LA REINA Margot

PARÍS · 24 DE AGOSTO DE 1572

ALEJANDRO DUMAS

LIBRO LIBERADO

ALEJANDRO DUMAS

La reina Margot

Libro Liberado · libroliberado.cl

La reina Margot
Alejandro Dumas
Traducción: de dominio público, según la edición de origen
Texto de dominio público. Libre para leer, copiar y compartir.
Edición digital: *Libro Liberado*, 2026.
libroliberado.cl

Índice

Primera parte

I. El latín del duque de Guisa
II. Las habitaciones de la reina de Navarra
III. Un rey poeta
IV. La noche del 24 de agosto de 1572
V. Del Louvre en particular y de la virtud en general
VI. La deuda pagada
VII. La noche del 24 de agosto de 1572
VIII. Las víctimas
IX. Los asesinos
X. Muerte, misa o Bastilla
XI. El espino blanco del cementerio de los Inocentes
XII. Las confidencias
XIII. De cómo hay llaves que abren puertas a las que no estaban destinadas
XIV. Segunda noche de bodas
XV. Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere
XVI. El cadáver de un enemigo siempre huele bien
XVII. Un colega de Ambrosio Paré
XVIII. Los aparecidos
XIX. La casa de Renato, el perfumista de la reina madre
XX. Las gallinas negras Las habitaciones de la señora de Sauve
XXII. «Sire, vos seréis rey»
XXIII. El nuevo converso
XXIV. La calle Tizon y la calle de Cloche-Percée
XXV. La capa color cereza
XXVI. Margarita
XXVII. La mano de Dios
XXVIII. Una carta de Roma
XXIX. La cacería

Xxx. Maurevel

Xxxi. Caza mayor. .

Segunda parte

I. Fraternidad
II. La gratitud del rey Carlos IX
III. Dios dispone IV. La noche de los reyes . . .
VI. El regreso al Louvre
VII. El cordón de la reina madre
VIII. Proyectos de venganza
IX. Los atridas.
X. El horóscopo
XI. Confidencias.
XII. Los embajadores
XIII. Orestes y Pílades
XIV. Orthon
XV. La posada A la Belle Etoile
XVI. De Mouy de Saint-Phale
XVII. Dos cabezas para una corona
XVIII. El libro de cetrería
XIX. La caza con halcones
XX. El pabellón de Francisco I
XXI. Investigaciones
XXII. Acteón
XXIII. El bosque de Vincennes
XXIV. La figura de cera
XXV. Escudos invisibles
XXVI. Los jueces
XXVII. El tormento de los borceguíes
XXVIII. La capilla
XXIX. La plaza de Saint-Jean-en-Grève

Xxx. La picota

Xxxi. Sudor sanguíneo

Xxxii. La plataforma del castillo de Vincennes

XXXIII La regencia

XXXIV El rey ha muerto. ¡Viva el rey!

XXXV Epílogo

Primera parte

El latín del duque de guisa

El lunes 18 de agosto de 1572 se celebraba en el Louvre una gran fiesta.

Las ventanas de la gran residencia, habitualmente a oscuras, se hallaban profusamente iluminadas; las calles y las plazas contiguas, siempre solitarias en cuanto se oían las nueve campanadas en Saint-Germain d'Auxerre, estaban, aun siendo ya media noche, atestadas de gente. Aquella multitud apretujada, amenazadora y escandalosa parecía en la oscuridad de la noche un mar tenebroso y revuelto, cuyo ímpetu rompía en oleadas murmuradoras y cuyo caudal, desembocando por la calle de Fossés-Saint-Germain y por la de l'Astruce, fluía al pie de los muros del Louvre, batiendo con su reflujo las paredes del palacio de Borbón, que se elevaba enfrente.

A pesar de la fiesta real, o quizá debido a ella, la muchedumbre ofrecía un aspecto poco tranquilizador. El pueblo ignoraba que semejante solemnidad, en la que tan sólo tomaba parte como simple espectador, no era sino el preludio de otra, aplazada para ocho días después, a la que sí sería convidado y a la que asistiría sin recelo alguno.

Celebraba la corte las bodas de doña Margarita de Valois, hija del rey Enrique II y hermana del rey Carlos IX, con Enrique de Borbón, rey de Navarra. Aquella misma mañana, el cardenal de Borbón los había casado, sobre una tribuna erigida frente a la puerta de Nótre-Dame, siguiendo el ceremonial de rigor en las bodas de las princesas de Francia.

Este matrimonio sorprendió a todo el mundo y dio mucho que pensar a los más perspicaces. Nadie se explicaba cómo se habían reconciliado dos partidos como el protestante y el católico, que tanto se odiaban en aquella época. ¿Perdonaría el joven príncipe de Condé al duque de Anjou, hermano del rey, la muerte de su padre, asesinado en Jarnac por Montesquieu? Y el joven duque de Guisa ¿perdonaría al almirante Coligny la muerte del suyo, asesinado en Orleáns por Poltrot de Meré? Más aún: Juana de Navarra, la valiente esposa del débil Antonio de Borbón, que condujera a su hijo Enrique a este regio enlace, había muerto, apenas hacía dos meses, y corrían singulares rumores acerca de tan repentina muerte. En todas partes se comentaba a media voz, y en algunos lugares se llegó a decir en voz alta que Catalina de Médicis, temerosa de que revelara algún terrible secreto, la había envenenado con unos guantes perfumados, obra de un tal Renato, florentino muy hábil en tales menesteres. El rumor se propagó, adquiriendo mayores visos de verosimilitud cuando, después de la muerte de la reina, a petición de su hijo, dos médicos, uno de los cuales era el famoso Ambrosio Paré, fueron autorizados para abrir y estudiar el cadáver, excepción hecha del cerebro. Como quiera que Juana de Navarra había sido envenenada por la vía del olfato, sólo el cerebro, única parte del

cuerpo excluida de la autopsia, podía presentar huellas del crimen. Y empleamos esta palabra porque nadie dudó que se trataba de un crimen.

No acababan aquí los motivos de extrañeza. Señalemos particularmente con qué empeño, lindante con la obstinación, había tomado el rey Carlos esta boda; bien es verdad que no solamente restablecía la paz en su reino, sino que atraía a París a los principales hugonotes de Francia.

Como los desposados pertenecieran, uno a la religión católica y otro a la reformada, hubo de recurrirse para la autorización a Gregorio XIII, que ocupaba por entonces la Sede Pontificia. Pero la dispensa tardaba y tal retraso llegó a inquietar en sumo grado a la reina de Navarra, quien un día expresó al rey Carlos IX sus temores de que no fuera concedida, a lo que el rey tuvo a bien contestar:

—No os preocupéis, mi buena tía: os respeto más que al Papa y amo a mi hermana más de lo que parece. No soy hugonote, pero tampoco soy tonto, y si el señor Papa pretende hacerse el remolón, yo mismo cogeré a Margarita del brazo y la llevaré hasta el templo protestante para que se case con vuestro hijo.

Estas palabras circularon por el palacio y por la ciudad, regocijando profundamente a los hugonotes y procurando graves motivos de intranquilidad a los católicos, que ya se preguntaban en secreto si el rey les traicionaría o si sólo estaba representando una comedia que tendría a la postre cualquier desenlace inesperado.

Sobre todo al almirante Coligny, quien desde cinco o seis años atrás no había cesado en su encarnizada oposición al rey, la conducta de Carlos IX parecía inexplicable. Luego de haber puesto a precio su cabeza ofreciendo por ella ciento cincuenta mil escudos de oro, el rey no brindaba más que a su salud, llamándole padre y declarando ante todo el mundo que sólo a él confiaría en adelante la dirección de la guerra. Llegaron las cosas a tal punto, que la propia Catalina de Médicis, que hasta entonces dirigió los actos, la voluntad y hasta los deseos del joven príncipe, parecía empezar a inquietarse seriamente; no sin motivo, ya que, en un momento de desahogo, Carlos IX había dicho al almirante a propósito de la guerra de Flandes:

—Padre mío, será preciso que cuidemos de que la reina madre, que como sabéis en todo quiere meter la nariz, no se entere de nada. Hemos de mantener este asunto tan en secreto, que ella no lo pueda adivinar, pues embrolladora como es, nos lo echaría todo a perder.

A pesar de su buen sentido y de su experiencia, Coligny no supo mantenerse fiel a una confianza tan ilimitada. Había llegado a París con grandes sospechas, pues, al salir de Châtillon, un campesino se arrojó a sus pies gritando: «¡oh señor, nuestro buen amo, no vayáis a París, porque, si vais, moriréis lo mismo que todos los que os acompañan!» Sin embargo, aquellos recelos se apagaron poco a poco en su corazón y en el de su yerno, Teligny, a quien el rey también daba grandes muestras de amistad llamándole su hermano, así como llamaba padre al almirante, y tuteándole como solía hacer con sus mejores amigos.

Los hugonotes, pues, excepto algunos de espíritu melancólico y desconfiado, se hallaban por completo tranquilos. La muerte de la reina de Navarra se había atribuido a una pleuresía, y los espaciosos salones del Louvre se veían llenos de todos aquellos valientes protestantes que esperaban del matrimonio de su joven jefe Enrique un inesperado cambio de fortuna. El almirante Coligny, La Rochefoucauld, el príncipe de Condé hijo, Teligny, en fin, todos los capitostes del partido se consideraban triunfantes al ver todopoderosos en el Louvre y tan bien acogidos en París a aquellos mismos a quienes tres meses antes el rey Carlos y la reina Catalina querían colgar de horcas más altas que las empleadas para los reos de asesinato. No faltaban más que el mariscal de Montmorency, a quien en vano se hubiera buscado entre sus pares. Ninguna promesa pudo seducirlo ni se dejó engañar por ningún gesto. Retirado en su castillo de L'Isle-Adam, daba por excusa de su ausencia el dolor que aún le causaba la falta de su padre, el condestable Anio de Montmorency, muerto de un tiro de pistola por Robert Stuart en la batalla de San Dionisio. Como habían transcurrido ya más de tres años desde tan desdichado acontecimiento y la sensibilidad no era una virtud muy en boga en aquella época, cada cual interpretó como quiso aquel luto que prolongaba más de lo común.

Nada daba la razón al mariscal de Montmorency: el rey, la reina y los duques de Anjou y de Alençon cumplían a las mil maravillas con los honores de la fiesta.

El duque de Anjou recibía de los propios hugonotes alabanzas muy merecidas con motivo de las dos batallas de Jarnac y de Montcontour, que supo ganar cuando todavía no había cumplido los dieciocho años, siendo en esto más precoz que César y Alejandro, a quienes se les comparaba, cuidando muy bien de situar en un plano inferior a los vencedores de Issus y de Farsalia. El duque de Alençon veía todo esto con su mirada seductora y falsa. La reina Catalina, resplandeciente de alegría, hecha una dulzura, felicitaba al príncipe Enrique de Condé por su reciente matrimonio con María de Cleves. En fin, hasta los señores de Guisa sonreían a los seculares enemigos de su casa, y el duque de Mayenne conversaba con el señor de Tavannes y el almirante sobre la próxima guerra que, ahora más que nunca, era llegado el momento de declarar a Felipe II.

Por en medio de los grupos iba y venía, con la cabeza ligeramente ladeada y el oído atento a todas las conversaciones, un joven barbilampiño de dieciocho años, de inteligente mirada, cabello negro muy corto, cejas espesas, nariz aguileña y sonrisa maliciosa. Este joven, que tan sólo se había distinguido en el combate de Arnay-leDuc, donde expuso valientemente su vida, y que ahora recibía múltiples felicitaciones, era el alumno preferido de Coligny y el héroe del día. Tres meses antes, es decir, cuando todavía su madre no había muerto, le llamaban príncipe de Bearne; ahora era rey de Navarra, hasta tanto no fuese Enrique IV.

De vez en cuando, una nube sombría y rápida cruzaba por su frente; sin duda recordaba que hacía apenas dos meses que su madre había muerto y que él era quien menos podía dudar que había sido envenenada, pero la nube debía ser pasajera, puesto que desaparecía como una

sombra flotante; precisamente quienes le dirigían la palabra, le felicitaban y se codeaban con él, eran los mismos que habían asesinado a la valiente Juana de Albret.

A pocos pasos del rey de Navarra, casi tan pensativo y preocupado como alegre y expansivo aparentaba estar el rey, el joven duque de Guisa conversaba con Teligny. Más afortunado que el bearnés, su fama, a los veintidós años, era casi tan grande como la de su padre, el gran Francisco de Guisa. Era un distinguido mozo, de elevada estatura, de mirada altiva y orgullosa y do tado de tan natural majestuosidad, que a su paso los demás príncipes parecían plebeyos. Pese a su juventud, los católicos le consideraban jefe de su partido, mientras que los hugonotes reconocían como jefe del suyo a Enrique de Navarra, cuyo retrato se acaba de esbozar.

Comenzó usando el título de príncipe de Joinville, habiendo hecho sus primeras armas en el sitio de Orleáns, al lado de su padre, que murió en sus brazos acusando al almirante Coligny de ser su asesino. Entonces, el joven duque hizo, como Annibal, un solemne juramento: vengar la muerte de su padre en la persona del almirante o en la de algún miembro de su familia, y perseguir a los de su religión sin tregua ni reposo, prometiendo a Dios convertirse en su ángel exterminador sobre la tierra hasta concluir con el último hereje. Por fuerza había de producir gran asombro el ver a este príncipe, siempre tan fiel a su palabra, estrechar la mano de quienes juró ser enemigo mortal y charlar amistosamente con el yerno de aquél a quien, ante su padre agonizante, prometió dar muerte.

Pero, como ya hemos dicho, ésta era la noche de las sorpresas. El observador privilegiado, que hubiese podido asistir a la fiesta provisto de ese conocimiento del porvenir del que por fortuna carecen los hombres y de esa facultad de leer en los corazones que, por desdicha, solo pertenece a Dios, habría gozado sin duda del más curioso espectáculo que ofrecen los anales de la triste comedia humana.

Este observador, que faltaba en las galerías interiores del Louvre, continuaba en la calle, mirando con ojos llameantes y rugiendo con voz amenazadora: este observador era el pueblo, quien, con su instinto maravilloso agudizado por el odio, seguía desde lejos el ir y venir de las sombras de sus enemigos implacables, deduciendo sus pasiones tan claramente como pueda hacerlo un espectador situado ante las ventanas de un salón de baile en el que no puede entrar. La música embriaga y marca el compás al bailarín, mientras que el espectador de fuera, como no la oye y tan sólo advierte el movimiento, ríe de ese muñeco que parece agitarse caprichosamente.

La música que embriagaba a los hugonotes era la voz de su orgullo. Aquellas luminarias que a media noche veían los parisienses eran los relámpagos de su odio que iluminaban el porvenir. Sin embargo, todo reía en el interior del Louvre, y ahora un murmullo más dulce y halagador que nunca se dejó sentir: la joven desposada, después de quitarse su traje de boda, su manto y su largo velo, acababa de entrar en el salón de baile, acompañada por la hermosa duquesa de Nevers, su mejor amiga, y conducida por su hermano Carlos IX, que la presentaba a sus principales invitados.

La recién casada, hija de Enrique II, era la perla de la corona de Francia, es decir, Margarita de Valois, a quien el rey Carlos IX, con su familiar ternura, llamaba siempre «mi hermana Margot».

Jamás un recibimiento, por halagador que fuese, había sido tan merecido como el que ahora se dispensaba a la nueva reina de Navarra. Margarita, que entonces apenas contaba veinte años, era ya el objeto de las alabanzas de todos los poetas. Unos la comparaban a la aurora, otros a Citerea. Era, en efecto, la belleza sin rival en aquella corte donde Catalina de Médicis había reunido, para convertirlas en sus Sirenas, a las mujeres más hermosas que pudo hallar. Tenía los cabellos negros, el color encendido, la mirada voluptuosa y velada por largas pestañas, la boca roja y delicada, el cuello airoso, el talle firme y flexible y, ocultos en calzado de raso, unos pies de niña. Los franceses se sentían orgullosos detenerla con ellos, viendo cómo se abría en su tierra una flor tan magnífica... Los extranjeros que pasaban por Francia regresaban a sus países deslumbrados por su belleza si sólo la habían visto y admirados de su saber si habían logrado hablar con ella. Margarita no so lamente era la más bella, sino también la más culta de las mujeres de su tiempo. Se citaba la frase de un sabio italiano que le había sido presentado y que, después de haber conversado una hora con ella en italiano, español, latín y griego, se había ido diciendo lleno de entusiasmo: «Ver la corte de Francia sin ver a Margarita de Valois, ni es ver Francia ni es ver la corte».

No escasearon, por lo tanto, los murmullos de aprobación al rey Carlos IX y a la reina de Navarra; ya se sabe lo aficionados que eran los hugonotes a tales demostraciones. No faltaron infinidad de alusiones al pasado y hubo no pocas preguntas acerca del porvenir que fueron hábilmente deslizadas hasta el oído del rey en medio de los cumplidos.

A todas estas alusiones respondía el monarca con sus labios pálidos y su falsa sonrisa:

—Al entregar a mi hermana Margarita en brazos de Enrique de Navarra, entrego mi corazón en brazos de todos los protestantes del reino.

Esta frase tranquilizaba a unos y hacía sonreír a otros, porque en realidad tenía dos sentidos: uno paternal, en el que Carlos IX no quería insistir demasiado; otro injurioso, para la desposada, para su marido y hasta para el rey mismo, porque aludía a ciertos escándalos privados con que la crónica de la corte había encontrado ya el medio de manchar el velo nupcial de Margarita de Valois.

Entre tanto, el señor de Guisa conversaba, como decíamos, con Teligny, pero sin prestar al diálogo tanta atención como para no poder dirigir de vez en cuando una mirada al grupo de damas en cuyo centro resplandecía la reina de Navarra.

Cuando la mirada de la princesa chocaba con la del joven duque, una nube parecía oscurecer la encantado ra frente coronada por una aureola temblorosa de rutilantes estrellas, y un oculto designio parecía descubrirse en su actitud impaciente y agitada.

La princesa Claudia, hermana mayor de Margarita, casada desde hacía varios años con el duque de Lorena, había notado esa inquietud, y ya se acercaba a ella para preguntarle la causa,

cuando, al apartarse todos para dar paso a la reina madre, que entraba apoyándose en el brazo del joven príncipe de Condé, la princesa se halló de nuevo alejada de su hermana.

Se produjo entonces un movimiento general que el duque de Guisa aprovechó para acercarse a su cuñada, la señora de Nevers, y, por consiguiente, a Margarita.

La señora de Lorena, que no había perdido de vista a la joven reina, vio desaparecer de su frente la nube que hasta entonces la velara y subir hasta sus mejillas una encendida llama. El duque continuaba aproximándose y, cuando estuvo a dos pasos de Margarita, esta, que más parecía sentirle que verle, se volvió, no sin hacer un violento esfuerzo para dar a su semblante una expresión calmosa a indiferente. El duque se inclinó ante ella en un respetuoso saludo mientras murmuraba a media voz:

—Ipse attuli.

Lo que significaba: «Lo he traído» o «Lo he traído yo mismo».

Margarita devolvió su reverencia al joven duque y al incorporarse pronunció esta respuesta:

—Noctu pro more.

O lo que es igual: «Esta noche, como de costumbre».

Estas dulces palabras, apagadas por el enorme cuello almidonado del vestido de la princesa, cual lo hubieran sido por una mampara, no fueron oídas más que por la persona a quien iban dirigidas. Por corto que fuese, el diálogo encerraba, sin duda, cuanto tenían que decirse, ya que, terminado este intercambio de dos palabras por tres, se separaron, Margarita más pensativa y el duque con el rostro más radiante que antes de haberse acercado.

Tuvo lugar esta pequeña escena sin que el más interesado en observarla pareciera prestar la menor atención. El rey de Navarra no tenía ojos más que para una sola persona, que reunía en torno suyo una corte casi tan numerosa como Margarita de Valois: esta persona era la bella señora de Sauve.

Carlota de Beaune-Semblancay, nieta del desdichado Semblancay y esposa de Simón de Fizes, barón de Sauve, era una de las damas de honor de Catalina de Médicis y una de las más temibles colaboradoras de esta reina, que ofrecía a sus enemigos el filtro del amor cuando no se atrevía a darles el veneno florentino. Pequeña, rubia, tan pronto chispeante como melancólica, siempre dispuesta al amor y a la intriga, esos dos grandes quehaceres que desde hacía cincuenta años ocupaban a la corte de los tres últimos reyes, mujer en toda la acepción de la palabra y con todo el encanto que esto implica, desde los ojos azules lánguidos o llameantes hast a los piececitos inquietos y arqueados en su calzado de terciopelo, la señora de Sauve era dueña desde hacía algunos meses de todos los pensamientos del rey de Navarra, que se iniciaba entonces tanto en la carrera amorosa como en la política; de modo que Margarita de Navarra, belleza magnífica y real, ni siquiera pudo despertar la admiración en el fondo del corazón de su esposo. Cosa extraña y que asombraba a todo el mundo, incluso a este alma llena de tinieblas y de misterios, era que Catalina de Médicis, al mismo tiempo que perseguía su proyecto de unión entre su hija y el rey de Navarra, no había dejado de favorecer, casi abiertamente, los amores de

éste con la señora de Sauve. Mas a pesar de ayuda tan poderosa y a despecho de las costumbres fáciles de la época, la bella Carlota había resistido hasta entonces. De esta resistencia sin precedentes, increíble, inaudita, más aún que de la belleza y de la inteligencia de la que resistía, nació en el corazón del bearnés una pasión que, no pudiendo satisfacerse, se replegó sobre sí misma, devorando en el corazón del joven rey la timidez, el orgullo y hasta aquella despreocupación mitad filosófica, mitad perezosa, que constituía el fondo de su carácter.

La señora de Sauve hacía unos minutos que acababa de entrar en el salón de baile; fuera por desprecio o por resentimiento, había resuelto en un principio no asistir al triunfo de su rival y, pretextando una indisposición, había consentido que su esposo, secretario de Estado desde hacía cinco años, fuera solo al Louvre. Pero, al ver al barón de Sauve sin su esposa, Catalina de Médicis se informó de la causa que mantenía alejada a su amada Carlota. Al saber que sólo se trataba de una leve indisposición, le escribió unas líneas rogándole que se presentara, ruego que ésta se apresuró a obedecer. Enrique, aunque muy triste al principio por su ausencia, respiró con más libertad al ver entrar solo al señor de Sauve; pero en el momento en que, no esperando ni remotamente su llegada, se acercaba suspirando a la amable criatura a la que estaba condenado si no a amar, por lo menos a tratar como esposa, vio aparecer a la señora de Sauve en el extremo de la galería. Entonces se quedó clavado en su sitio con los ojos fijos en aquella Circe que lo encadenaba con un lazo mágico. Luego, en lugar de dirigirse a su esposa, se acercó a la señora de Sauve con un movimiento de vacilación que más parecía de asombro que de temor.

Los cortesanos, por su parte, viendo que el rey de Navarra, cuyo corazón ardiente conocían, se aproximaba a la hermosa Carlota, no se atrevieron a impedirlo, y se alejaron. Así, al mismo tiempo que Margarita de Valois y el señor de Guisa intercambiaban las pocas palabras latinas que hemos mencionado, Enrique entablaba con la señora de Sauve, en un francés muy inteligible, aunque salpicado de acento gascón, una charla menos misteriosa.

—¡Oh, amiga mía —le dijo—, aparecéis aquí en el momento en que acaban de informarme que estabais enferma y cuando había perdido ya la esperanza de veros!

—¿Pretenderá Vuestra Majestad —respondió la señora de Sauve— hacerme creer que le habría costado mucho perder esa esperanza?

—¡Cómo! Ya lo creo —repuso el bearnés—. ¿Acaso no sabéis que vos sois mi sol durante el día y mi estrella durante la noche? Os aseguro que me creía en la oscuridad más profunda. Al llegar vos iluminasteis todo de pronto.

—Entonces, ¿os he hecho una mala pasada?

—¿Qué queréis decir, amiga mía?

—Quiero decir que, cuando se es dueño de la mujer más hermosa de Francia, lo único que se debe desear es que la luz deje paso a la oscuridad, porque es en la oscuridad donde nos espera la dicha.

—Esta dicha, querida, sabéis muy bien que depende de una sola persona y que esta persona se ríe y se burla del pobre Enrique.

—¡Oh! —replicó la baronesa—. Yo había creído que, por el contrario, esa persona era el juguete y la burla del rey de Navarra.

Enrique se quedó estupefacto ante aquella actitud hostil, pero después cayó en la cuenta de que era producto del despecho, y pensó que éste no es más que la máscara del amor.

—En verdad, querida Carlota —dijo—, me acusáis muy injustamente y no comprendo cómo una boca tan bella pueda ser a un mismo tiempo tan cruel. ¿Creéis por ventura que soy yo quien se casa? ¡Oh, no, de ninguna manera! ¡Qué voy a ser yo!

—Seré yo entonces —repuso la baronesa con acritud, si es que puede parecer agria la voz de la mujer que nos ama y se queja de no sentirse correspondida.

—¿Con unos ojos tan bellos, no alcanzáis a ver más allá? No, no, no es Enrique de Navarra quien se casa con Margarita de Valois.

—¿Pues quién es?

—¡Por Dios, baronesa! Es la religión reformada la que se casa con el Papa. ¡Ni más ni menos!

—Nada de eso, señor, no pienso dejarme engañar por vuestros juegos de ingenio; Vuestra Majestad ama a Margarita y no soy yo, Dios me libre, quien puede reprochároslo. Ella es lo bastante hermosa como para ser amada.

Enrique reflexionó un instante, durante el cual las comisuras de sus labios fingieron una sonrisa.

—baronesa —dijo—, según veo, buscáis querella. No tenéis derecho a ello. ¿Qué habéis hecho, decidme, para impedir que me case con Margarita? Nada. Por el contrario, me habéis hecho perder toda esperanza.

—¡Bien castigada estoy! —respondió la señora de Sauve.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que hoy os casáis con otra.

—¡Si me caso con ella es porque vos no me amáis...!

—Si os amase, Sire, moriría antes de una hora.

—¡Dentro de una hora! ¿Qué queréis decir? ¿Cuál sería la causa de vuestra muerte?

—¡Los celos!... Dentro de una hora, la reina de Navarra despedirá a sus damas y Vuestra Majestad a sus gentiles hombres.

—¿Es ésta la idea que en realidad os tortura, amiga mía?

—No he querido decir eso; lo que sí digo es que, si os amara, me torturaría horriblemente.

—¡Pues bien! —exclamó Enrique lleno de júbilo al oír tal confesión, la primera que recibía de aquellos labios—. ¿Y si el rey de Navarra no despidiera a ninguno de sus gentiles hombres esta noche?

—Sire —dijo la señora de Sauve, mirando al rey con un asombro que por esta vez no era fingido—, estáis diciendo cosas imposibles y sobre todo increíbles.

—Para que las creyerais, ¿qué tendría que hacer?

—Tendríais que darme una prueba que no podéis darme.

—¡Oh, señora, por san Enrique, os la daré, estad segura! —exclamó el rey devorando a la joven con una mirada amorosa.

—¡Majestad!... —murmuró la bella Carlota bajando la voz y los ojos—. No comprendo... ¡No, no, es imposible que renunciéis a la felicidad que os espera!

—Hay cuatro Enriques en esta sala, mi bien —repuso el rey—: Enrique de Francis, Enrique de Condé, Enrique de Guisa y Enrique de Navarra.

—¿Y qué?

—Que Enrique de Navarra no hay más que uno. ¿Si le tuvierais a vuestro lado toda la noche...?

—¿Toda la noche?

—Sí, toda la noche. ¿Estaríais segura de que no está con otra?

—¡Ah, si sois capaz de hacer eso! —exclamó a su vez la señora de Sauve.

—Palabra de caballero.

La señora de Sauve levantó sus grandes ojos llenos de voluptuosas promesas y sonrió al rey, cuyo corazón se colmó de alegría.

—En ese caso, ¿qué diríais? —preguntó Enrique.— ¡Oh! En ese caso diría que Vuestra Majestad verdaderamente me ama —respondió Carlota.

—¡Cuerpo de Baco! Entonces decidlo, porque así es.

—Pero ¿cómo haremos? —prosiguió la señora de Sauve.

—¡Por Dios, baronesa, no os faltará alguna camarera, alguna doncella o alguna joven de la que podáis estar segura!

—Tengo a Dariole, que me sirve con tanta devoción que con gusto se dejaría cortar en pedazos por mí. ¡Un verdadero tesoro!

—Decidle, ¡por Satanás!, baronesa, que haré su fortuna cuando se cumpla lo que han predicho los astrólo —gos y yo sea rey de Francia.

Carlota sonrió; ya en esa época estaba formada la reputación gascona del bearnés en lo que respecta a sus promesas.

—¿Qué deseáis de Dariole?

—Muy pocas cosa. Lo que para ella no será nada lo será todo para mí.

—¿En resumen?

—Vuestro departamento está situado encima del mío, ¿no es cierto?

—Sí.

—Decidle que espere detrás de la puerta. Daré tres golpes suaves. Cuando me abra, vos tendréis la prueba que os he prometido.

La señora de Sauve guardó silencio unos segundos; luego, como si hubieramirado a su alrededor para asegurarse de que nadie la oía, fijó por un instante los ojos en el grupo donde se

encontraba la reina madre, instante que bastó para que Catalina y su dama de honor cambiaran una mirada.

—¡Ah! Si yo quisiera —dijo la señora de Sauve con un acento de Sirena que hubiese derretido la cera en los oídos de Ulises—, si yo quisiera sorprender en una mentira a Vuestra Majestad...

—Tratad de hacerlo, amiga mía, es cuestión de que lo intentéis...

—Os confieso que tengo que luchar contra la tentación.

—Daos por vencida, nunca son tan fuertes las mujeres como después de haber cedido.

—Señor, os cojo la palabra en nombre de Dariole para el día en que seáis rey de Francia.

Enrique lanzó un grito de alegría.

En el preciso momento en que este grito se escapaba de los labios del bearnés, la reina de Navarra respondía al duque de Guisa:

—Noctu pro more: esta noche, como de costumbre.

Enrique se alejó entonces de la señora de Sauve tan dichoso como el duque de Guisa de Margarita de Valois.

Una hora después de esta doble escena que acaba mos de relatar, el rey Carlos y la reina madre se retiraban a sus aposentos. Inmediatamente, los salones comenzaron a despoblarse y las galerías dejaron ver la base de sus columnas de mármol.

El almirante y el príncipe de Condé salieron escoltados por cuatrocientos gentiles hombres, abriéndose paso entre la multitud que murmuraba. Luego, Enrique de Guisa y los caballeros loreneses y católicos salieron a su vez acompañados por los gritos de alegría y los aplausos de la multitud.

En cuanto a Margarita de Valois, Enrique de Navarra y la señora de Sauve, ya se sabe que habitaban en el mismo palacio del Louvre.

Las habitaciones de la reina de navarra

✦

El duque de Guisa acompañó a su cuñada, la duquesa de Nevers, a su casa, sita en la calle de Chaume, frente a la de Brac. Después de haberla dejado al cuidado de sus doncellas, entró en su cuarto para cambiarse de ropa, coger una capa y armarse de uno de esos puñales cortos y agudos llamados «fe de caballero», que se llevaban sin la espada. En el momento en que iba a cogerlo de encima de la mesa, vio entre la hoja y la vaina un papel.

Lo abrió y leyó lo que sigue:

«Espero que el señor de Guisa no vuelva esta noche al Louvre, o, si lo hace, tome al menos la precaución de armarse con una buena cota de malla y una buena espada. »

—¡Ah! —dijo el duque, volviéndose hacia su ayuda de cámara—. ¡Singular advertencia, Robin! Espero que me digas quién entró aquí durante mi ausencia.

—Una sola persona, monseñor.

—¿Quién?

—El señor Du Gast.

—¡Perfectamente! Me pareció reconocer la letra. ¿Estás seguro de que Du Gast ha venido? ¿Le has visto?

—Más todavía, monseñor, he hablado con él.

—¡Muy bien! Seguiré su consejo. Tráeme la cota y la espada.

El criado, habituado a estos cambios de indumentaria, le entregó al instante lo que pedía. El duque se puso la cota tejida con mallas tan flexibles que la trama de acero no era más gruesa que el terciopelo. Ciñóse las calzas y se vistió con un jubón gris y plata, sus colores favoritos. Se calzó unas altas botas que le llegaban hasta la mitad del muslo, se caló un gorro de terciopelo negro sin plumas ni pedrerías, se envolvió en una capa oscura, colgó su puñal al cinto y poniendo su espada en manos de un paje, única escolta que eligió como compañía, tomó el camino del Louvre.

Al poner los pies en la calle, el sereno de Saint Germain d'Auxerre acababa de cantar la una de la madrugada.

Pese a lo avanzado de la noche y a las pocas seguridades que ofrecían las calles en aquella época, el prín - cipe aventurero no tuvo ningún tropiezo por el camino, llegando sano y salvo ante la masa colosal del viejo Louvre, cuyas luces se habían apagado una tras otra y ahora se erguía, sombrío y formidable, en medio del silencio y la oscuridad.

Delante del castillo real se extendía un profundo foso, al que daban la mayoría de las habitaciones de los príncipes. Las habitaciones de Margarita estaban situadas en el primer piso.

Este primer piso hubiera sido muy accesible a no ser por el foso, de cuyo fondo le separaba una distancia de cerca de treinta pasos. Por consiguiente, quedaba fuera del alcance de los amantes y de los ladrones, lo que no impidió que el señor de Guisa bajara resueltamente al foso.

En el momento en que lo hacía se oyó abrirse una ventana en la planta baja. Esta ventana estaba enrejada, pero una mano levantó uno de los barrotes, falseado con premeditación, y dejó caer un cordón de seda.

—¿Sois vos, Guillonne? —preguntó el duque en voz baja.

—Sí, monseñor —respondió una voz femenina en tono todavía más bajo.

—¿Y Margarita?

—Os espera.

—Magnífico.

Dichas estas palabras, el duque hizo una señal a su paje, quien, abriendo su capa, desenrolló una pequeña escala de cuerda. El príncipe ató uno de los extremos de la escala al cordón. Guillonne atrajo hacia sí la escala y la sujetó sólidamente. El señor de Guisa, luego de ceñirse la espada, comenzó la ascensión, que hizo sin tropiezo alguno. Detrás de él volvió a su sitio el barrote, la ventana se cerró de nuevo y el paje, después de contemplar cuán tranquilamente entraba su señor en el Louvre, fue a tenderse, arrebujado en su capa, sobre la hierba del foso, al amparo de la muralla.

La noche era muy cerrada y caían algunas gotas de lluvia, tibias y gruesas, procedentes de unos nubarrones cargados de electricidad.

El duque de Guisa siguió a su guía, que era nada menos que la hija de Jacques de Matignon, mariscal de Francia. Pasaba por ser la confidente de Margarita, quien no tenía secretos para ella y, según las malas lenguas de la corte, entre losmisterios que ocultaba su incorruptible fidelidad, había algunos tan terribles que le obligaban a guardar los otros.

Ninguna luz había quedado encendida en las habitaciones del piso bajo ni en los corredores. Sólo de vez en cuando un tenue relámpago iluminaba las oscuras habitaciones con un reflejo azulado y fugaz. El duque, siempre guiado por la muchacha que lo llevaba de la mano, llegó por fin a una escalera de caracol que se abría en el espesor de un muro y que iba a dar a una puerta secreta a invisible de la antecámara de las habitaciones de Margarita. Esta antecámara, como las demás cámaras del piso bajo, estaba sumergida en la más completa oscuridad.

Al llegar allí, Guillonne se detuvo.

—¿Habéis traído lo que la reina desea? —inquirió en voz baja.

—Sí —respondió el duque de Guisa—, pero sólo se lo entregaré a Su Majestad en persona.

—Venid, pues, sin perder un instante —dijo entonces, en medio de la oscuridad, una voz que hizo estremecer al duque, pues reconoció en ella a la de Margarita.

Al mismo tiempo, al levantarse un cortinaje de terciopelo violeta con doradas flores de lis, el duque distinguió en la sombra a la reina en persona que, impaciente, le salía al encuentro.

—Heme aquí, señora —dijo entonces el duque, y traspuso rápidamente la cortina, que se cerró tras él. Tocó el turno a Margarita de Valois de servir de guía al príncipe en estas habitaciones, que él conocía de sobra, mientras Guillonne, quedándose en la puerta, se llevaba un dedo a los labios para tranquilizar a su augusta señora.

Como si hubiera comprendido las celosas inquietudes del duque, Margarita le condujo hasta su dormitorio, donde le dijo:

—¿Estáis contento, duque?

—¿Contento, señora? —preguntó éste—. ¿Y de qué, si puede saberse?

—De esta prueba que os doy —repuso Margarita con un imperceptible tono de despecho —, pues pertenezco a un hombre que la misma noche de bodas hace tan poco caso de mí, que ni siquiera ha venido a agradecerme el honor que le he hecho, no ya eligiéndole por esposo, sino aceptándole como tal.

—¡Oh, señora! —dijo tristemente el duque—. Tranquilizaos: vendrá, sobre todo si vos lo deseáis.

—¡Y sois vos quien dice eso, Enrique! —exclamó Margarita—. ¡Vos, que sabéis mejor que nadie lo contrario de lo que estáis diciendo! ¿Os hubiera yo pedido que vinierais al Louvre si tuviera este deseo?

—Me habéis pedido que viniera al Louvre, Margarita, porque deseáis borrar todo vestigio de nuestro pasado, pasado que no sólo vivía en mi corazón, sino también en este cofre de plata que os traigo.

—¿Queréis que os diga una cosa, Enrique? —repuso Margarita mirando fijamente al duque —. ¡Más que un príncipe, me parecéis un colegial! ¿Yo negar que os he amado? ¿Yo querer apagar una llama que quizá se extinga, pero cuya luz perdurará siempre? Sabed que los amores de las personas de mi rango iluminan y a veces incendian toda una época. ¡No, no, mi dueño! Podéis conservar las cartas de vuestra Margarita y el cofre que ella os dio. De todas esas cartas, ella no reclama más que una sola, que es tan peligrosa para vos como para ella misma.

—Todo es vuestro —replicó el duque—; elegid, pues, y destruid lo que queráis.

Margarita registró con rapidez el cofre abierto. Fue cogiendo con sus manos febriles hasta una docena de cartas, limitándose a ver los sobres, como si con esto su memoria recordara cuál era su contenido, pero, al llegar al final de su examen, miró al duque y, palideciendo, le dijo:

—Señor, no está aquí la que busco. ¿Acaso la habéis perdido? Porque si la habéis entregado...

——¿Qué carta buscáis, señora?

—Aquella en que os decía que os casarais sin tardanza.

—¿Para excusar vuestra infidelidad?

Margarita se limitó a encogerse de hombros:

—No, por cierto, sino para salvaros la vida. Busco la carta en la que os decía que el rey, enterado de nuestro amor y viendo los esfuerzos que yo hacía para romper vuestra futura unión

con la infanta de Portugal, había llamado a su hermano, el bastardo de Angulema, y le había dicho, mostrándole dos espadas: «Con ésta matarás a Enrique de Guisa esta noche o yo lo mataré mañana con esta otra». Decidme, ¿dónde está esa carta?

—Vedla aquí —dijo el duque sacándola de su pecho.

Margarita casi se la arrebató de las manos, la abrió con avidez, se cercioró de que era realmente la que buscaba, lanzó una exclamación de alegría y la acercó a una vela. La llama se comunicó enseguida al papel, que ardió en un instante. Luego, como si Margarita temiese que pudieran descubrirla, aplastó las cenizas con su pie.

Durante toda esta febril escena, el duque de Guisa había seguido con la mirada a su amante.

—¿Y ahora, Margarita? —le dijo cuando ella hubo terminado—. ¿Estáis contenta?

—Sí, porque ahora que estáis casado con la princesa de Porcian, mi hermano me perdonará vuestro amor, mientras que antes no me hubiese perdonado el haberos revelado un secreto como el que, en mi debilidad por vos, no tuve el valor de ocultaros.

—Es verdad —respondió el duque de Guisa—. Claro que en aquel tiempo me amabais...

—Y os amo todavía, Enrique, tanto o más que antes.

—¿Vos?

—Sí, yo. Nunca he necesitado tanto un amigo sincero y fiel como ahora que soy una reina sin trono y una esposa sin marido.

El joven príncipe ladeó tristemente la cabeza.

—Os digo y os repito, Enrique, que mi marido no solamente no me ama, sino que me odia, me desprecia. ¿Queréis mejor prueba de ese odio y de ese desprecio que vuestra presencia aquí, en la habitación donde él debería estar a estas horas?

—Aún no es tarde, señora, y el rey de Navarra necesita tiempo para despedir a sus gentiles hombres. Si no ha venido, no tardará en llegar.

—¿Cómo queréis que os diga que no vendrá? —exclamó Margarita con creciente despecho.

—Señora —dijo Guillonne abriendo la puerta y levantando las cortinas—, el rey de Navarra sale en este momento de sus habitaciones.

—¡Estaba seguro de que vendría! —gritó el duque de Guisa.

—Enrique —dijo Margarita con voz cautelosa, cogiéndole de la mano—. Enrique, vais a ver si soy una mujer de palabra y si se puede confiar en mis promesas; entrad en ese gabinete.

—¡Señora, dejadme partir si es tiempo todavía, porque a la primera prueba de amor que el rey os dé, saldré de mi escondite y... desdichado de él!

—¡Entrad os digo! ¡Estáis loco! ¡Entrad! Yo responderé de todo.

Y empujó al duque hacia el gabinete. ¡Con qué oportunidad! Apenas se cerró la puerta detrás del duque, apareció sonriente el rey de Navarra, escoltado por dos pajes que llevaban ocho velas de cera amarilla. Margarita disimuló su turbación en una profunda reverencia.

—¿Todavía no estáis acostada, señora? —preguntó el bearnés con su aspecto franco y jovial —. ¿O es que por ventura me esperabais?

—No, señor —respondió Margarita—, ayer mismo me dijisteis que sabíais perfectamente que nuestro matrimonio era una alianza política y que nunca ejerceríais vuestros derechos sobre mí.

—Desde luego, pero esto no es razón para que no conversemos un poco los dos. Guillonne, cerrad las puertas y dejadnos.

Margarita, que se había sentado, levantóse y extendió la mano como para ordenar a los pajes que se quedaran.

—¿Será preciso que llame a vuestras damas? —preguntó el rey—. Así lo haré si es vuestro deseo, pero os confieso que, por las cosas que tengo que deciros, preferiría que estuviésemos solos. —Y el rey de Navarra se adelantó hacia el gabinete.

—¡No! —gritó Margarita, interceptándole violentamente el paso—. Es inútil; estoy dispuesta a escucharos. El bearnés sabía ya cuanto deseaba saber. Dirigió una rápida mirada hacia el gabinete, como si a través de los cortinajes hubiese querido penetrar en sus más sombrías profundidades. Y luego, volviendo sus ojos hacia su bella esposa, pálida de terror:

—En ese caso, señora —le dijo con voz perfectamente tranquila—, podremos conversar un momento.

—Como guste Vuestra Majestad —dijo la joven, dejándose caer en el sillón que le indicaba su marido. El bearnés se colocó cerca de ella.

—Señora, a pesar de lo que diga la gente, creo que nuestro matrimonio es un buen matrimonio. Yo soy vuestro y vos sois mía.

—Pero... —dijo Margarita.

—Debemos, por consiguiente —continuó el rey de Navarra, sin advertir al parecer la vacilación de Margarita—, obrar como buenos aliados, puesto que hoy nos hemos jurado alianza ante Dios. ¿No es esta vuestra opinión?

—Sin duda, señor.

—Conozco, señora, cuán grande es vuestra inteligencia. No ignoro de cuántos peligrosos abismos está sembrado el terreno de la corte; soy joven y, aunque nunca hice mal a nadie, tengo muchos enemigos. ¿En qué bando, señora, debo colocar a quien lleva mi nombre y me ha jurado fidelidad al pie del altar?

—¡Oh, señor! Podíais pensar...

—No pienso nada, señora, espero y quiero asegurarme de que mi esperanza es fundada. Es indudable que nuestro casamiento no es más que un pretexto o una trampa.

Margarita se estremeció, sin duda porque también a su mente había acudido la misma idea.

—Ahora bien, ¿en cuál de los dos bandos? —continuó Enrique de Navarra—. El rey me odia, el duque de Anjou me odia, el duque de Alençon me odia, Catalina de Médicis odiaba demasiado a mi madre para no odiarme a mí también.

—¡Oh, señor! ¿Qué estáis diciendo?

—La verdad, señora —prosiguió el rey—, y desearía, para que nadie creyera que me engaño acerca del asesinato del señor De Mouy y del envenenamiento de mi madre, que hubiese aquí alguien que pudiera oírme.

—Señor —interrumpió Margarita, con el tono más tranquilo y sonriente que pudo—, sabéis muy bien que aquí no hay nadie más que vos y yo.

—Por eso justamente me atrevo a deciros que no me engañan los halagos que me hace la Casa de Francia ni los que me prodiga la Casa de Lorena.

—¡Sire, Sire! —exclamó Margarita.

—¿Qué hay, amiga mía? —preguntó sonriendo, a su vez, Enrique.

—Hay, señor, que tales palabras son muy peligrosas...

—De ningún modo estando... solos como estamos —repuso el rey—. Os decía, pues...

Margarita, visiblemente atormentada, hubiera querido detener cada palabra en los labios del bearnés. Enrique proseguía con su aparente ingenuidad:

—Os decía, pues, que estoy amenazado por todas partes: amenazado por el rey, amenazado por el duque de Alençon, amenazado por el duque de Anjou, amenazado por la reina madre, amenazado por el duque de Guisa, por el de Mayenne, por el cardenal de Lorena, por todo el mundo, en fin. Esto se sabe por instinto, de sobra lo comprendéis, señora. Pues bien, contra todas esas amenazas, que no tardarán en convertirse en ataques, puedo defenderme con vuestro apoyo. A vos os quieren todas esas personas que a mí me detestan.

—¿A mí? —preguntó Margarita.

—Sí, a vos —respondió Enrique de Navarra con la mayor naturalidad—. Os quiere el rey Carlos, os quiere

—añadió recalcando el nombre —el duque de Alençon, os quiere la reina Catalina, os quiere el duque de Guisa.

—Señor... —murmuró Margarita.

—Nada tiene de extraño que todo el mundo os quiera. Quienes acabo de nombrar son vuestros hermanos o vuestros parientes. Amar a los parientes y a los hermanos es vivir conforme a la ley de Dios.

—Terminad ya, de una vez —dijo Margarita sofocada—. ¿Hasta dónde queréis llegar, señor?

—Quiero llegar hasta donde os he dicho y es que si os convertís, no diré en mi amiga, sino en mi aliada, podré afrontarlo todo; pero si, por el contrario , preferís ser mi enemiga, estoy perdido.

—¡Oh! Jamás seré vuestra enemiga —exclamó Margarita.

—Por lo que se ve, ¿tampoco seréis nunca mi amiga?

—Puede ser.

—¿Y mi aliada?

—Eso sí.

Y Margarita se volvió, tendiendo la mano al rey.

Enrique la cogió, la besó con galantería y, guardándola entre las suyas más por un deseo de investigación que por un sentimiento de ternura, dijo:

—Os creo, señora, y desde ahora os tengo como aliada. Nos han casado sin que nos conociéramos, sin que nos amásemos, incluso sin consultarnos. No nos debe mos, por lo tanto, nada como marido y mujer. Ya veis, señora, que, anticipándome a vuestros deseos, vengo a confirmaros esta noche lo que os dije ayer. Ahora nosotros nos aliamos libremente sin que nadie nos obligue a ello; nos aliamos como dos corazones leales que se deben mutua protección. ¿Lo entendéis así?

—Sí, señor —dijo Margarita, tratando de retirar la mano.

—Si es así —continuó el bearnés sin apartar los ojos de la puerta del gabinete—, como quiera que la primera prueba de una sincera alianza es la confianza más absoluta, voy a contaros, señora, en sus más secretos detalles, el plan que tengo concebido para salir victorioso de tantas enemistades.

—Señor... —susurró Margarita, volviendo a pesar suyo los ojos hacia el gabinete, mientras el bearnés, al ver que su treta surtía efecto, sonreía para sus adentros.

—He aquí mi plan —prosiguió, fingiendo no advertir la confusión de la reina—. Voy a...

—Señor —gritó Margarita, levantándose súbitamente y cogiendo del brazo al rey—; ¡permitidme que respire... la emoción... el calor..., no sé..., me ahogo!

En efecto, Margarita se hallaba pálida y temblorosa como si hubiera estado a punto de desmayarse. Enrique se dirigió hacia una ventana situada a cierta distancia y la abrió. La ventana daba sobre el río. Margarita le siguió con la mirada.

—Silencio, silencio, Sire. Os lo suplico, por vuestro bien.

—Pero, señora, ¿no me habéis dicho que estamos solos? —dijo el bearnés, sonriendo a su manera.

—Sí, señor, pero ¿no habéis oído decir que por medio de un tubo introducido a través de un techo o de una pared se puede escuchar todo?

—Está bien, señora —replicó en voz baja el bearnés—. No me amáis, es cierto, pero sois una mujer honrada.

—¿Qué queréis decir, señor?

—Que si fuerais capaz de traicionarme, me hubieseis dejado continuar, puesto que yo mismo me traicionaba. Me habéis hecho callar. Sé ahora que hay alguien escondido aquí, que sois una esposa infiel, pero una fiel aliada, y en este momento —agregó sonriendo el bearnés— os confieso que me hace más falta la fidelidad política que amorosa.

—Sire... —murmuró confusa Margarita.

—Bueno, bueno, ya hablaremos de todo esto más adelante, cuando nos conozcamos mejor —dijo Enrique. Y luego, elevando la voz—: ¿Respiráis más libremente ahora?

—Sí, Sire —afirmó Margarita.

—En ese caso —agregó el rey— no quiero importunaros por más tiempo. Os presento mis respetos y os ofrezco por anticipado mi buena amistad. Os ruego que la aceptéis como os la ofrezco, es decir, de todo corazón. Descansad y buenas noches.

Margarita levantó hacia su esposo unos ojos brillantes de gratitud a la vez que le tendía la mano.

—Queda convenido —le dijo.

—¿Alianza política, franca y leal?

—Franca y leal —respondió la reina.

Atrayendo la mirada de Margarita, que parecía fascinada, el bearnés se dirigió hacia la puerta. Luego, cuando los cortinajes cayeron entre ellos y la alcoba, añadió:

—Gracias, Margarita, gracias. Sois una verdadera princesa de Francia. Me marcho tranquilo. A falta de vuestro amor, cuento con vuestra amistad, cuento con vos, como vos podéis contar conmigo. Adiós, señora. Enrique besó la mano de su esposa, oprimiéndola suavemente. Luego, con pasos ligeros, regresó a sus habitaciones, preguntándose para sus adentros:

«¿Quién demonios estará con ella? ¿El duque de Anjou? ¿El duque de Alençon? ¿El de Guisa? ¿Será su hermano, su amante o las dos cosas a la vez? En verdad casi estoy arrepentido de haberme citado con la baronesa, pero empeñé mi palabra y Dariole me espera... Sospecho que será ella la que haya salido perdiendo con mi paso por el dormitorio de mi esposa antes de ir al suyo. Y es que, ¡voto a Satanás!, esta "Margot", como la llama mi cuñado Carlos IX, es una adorable criatura.»

Con un andar en el que se delataba cierta vacilación, Enrique de Navarra subió la escalera que conducía a las habitaciones de la señora de Sauve.

Margarita le siguió con los ojos hasta que desapareció. Al entrar de nuevo en su alcoba, encontró al duque en la puerta del gabinete. Su presencia le produjo casi un remordimiento.

El duque, por su parte, estaba serio y su entrecejo fruncido denotaba una amarga preocupación.

—Margarita es hoy neutral —dijo—, Margarita será hostil dentro de ocho días.

—¡Ah! ¿Conque habéis escuchado?

—¿Qué otra cosa queríais 'que hiciese encerrado ahí?

—¿Y os parece que me he conducido de distinto modo a como debía conducirse la reina de Navarra?

—No, pero sí de otro modo a como debía hacerlo la amante del duque de Guisa.

—Señor —repuso la reina—, podré no amar a mi marido, pero nadie tiene derecho a exigirme que le traicione. Decidme de buena fe si traicionaríais vos el secreto de vuestra esposa, la princesa de Porcian.

—Vamos, señora —dijo el duque moviendo la cabeza—, creo que ya está bien. Comprendo que ya no me amáis como en aquellos días en que me contabais lo que tramaba el rey contra mí

y contra los míos.

—Entonces, el rey era el fuerte y vosotros erais los débiles. Ahora, Enrique es el débil y vosotros sois los fuertes. Como veréis, desempeño siempre el mismo papel.

—Salvo que os cambiéis de bando.

—Es un derecho que he adquirido salvándoos la vida.

—Perfectamente, señora, y como entre los amantes, cuando uno se separa, se le devuelve todo lo que ha dado, os salvaré la vida a mi vez si se presenta la ocasión y estaremos en paz.

Después de pronunciar estas palabras, el duque se inclinó y abandonó la estancia sin que Margarita hiciera un solo gesto para retenerle. En la antecámara encontró a Guillonne, que le condujo hasta la ventana de la planta baja, y en el foso a su paje, con el cual regresó a su casa.

Entre tanto, Margarita se acercó pensativa a la ventana.

—¡Qué noche de bodas! —murmuró—. ¡El esposo me rehuye y el amante me abandona!

En este momento pasó del otro lado del foso, viniendo de la Tour du Bois y en dirección a la Casa de la Moneda, un colegial, que, con las manos puestas en la cintura, cantaba:

Pourquoi doncques, quan je veux ou mordre tes beaux cheveux ou baiser lo bouche aimée, ou toucher à ton beau sein, contrefais-tu la nonnain dedans un cloître enfermée?

Pour qui gardes-tu tes yeux et ton sein délicieux, ton front, lo lèvre jumelle?

En veux-lo baiser Pluton, là-bas, après que Caron t'aura mise en sa nacelle?

Après ton dernier trépas, belle, lo n'auras là-bas ou'une bouchette blémie; et quand, mort, je te verrai, aux ombres je n'avoûrai que jadis lo fus ma mie.

Doncques, tandis que tu vis, change, maîtresse, d'avis, et ne m'épargne te bouche; car au jour où tu mourras.

Lors tu te repentiras de m'avoir été farouche.

Margarita escuchó esta canción sonriendo con melancolía; luego, cuando la voz del colegial se hubo per-

dido en lontananza, cerró la ventana y llamó a Guillonne para que la ayudara a meterse en la cama.

ojos / y lo delicioso seno, / lo frente y tus

Un rey poeta

✦

Los días siguientes a la boda transcurrieron entre fiestas, bailes y torneos. Continuaba estrechándose la muerta, / ni a las sombras les diré / que

unión entre los dos partidos rivales. Se prodigaron finezas y ternuras capaces de hacer perder la cabeza a

los más fanáticos hugonotes; se vio al padre Gotton cenar y divertirse en compañía del barón de

Courtaumer y al duque de Guisa remontar el Sena con el príncipe de Condé, en un barco con música.

El rey Carlos parecía haber olvidado su habitual melancolía y no se alejaba ni un minuto de su cuñado mostrado esquiva. Enrique. Hasta la reina madre llegó a perder el sueño, tan alegre y entretenida estaba con sus bordados, joyas y plumas.

Los hugonotes, cediendo un tanto a la molicie de esta nueva Capua, comenzaron a lucir jubones de seda, a enarbolar sus divisas y a pavonearse ante ciertos balcones como si hubieran sido católicos. Por doquier se advertía tal reacción a favor de la religión reformada que pudo creerse por un momento que toda la corte se iba a convertir al protestantismo.

Incluso el almirante, a pesar de su experiencia, se dejó engañar como los demás y, tan aturdido estaba, que una tarde, durante dos horas, se olvidó de morder su palillo de dientes, ocupación a la que solía dedicarse desde las dos de la tarde, hora en que concluía su almuerzo, hasta las ocho de la noche, en que se sentaba a la mesa para cenar.

La noche en que el almirante, faltando a sus costumbres, cometió tan increíble descuido, el rey Carlos IX había invitado a Enrique de Navarra y al duque de Guisa a una merienda íntima. Terminada la colación, pasó con ellos a su dormitorio, donde comenzó a explicarles el ingenioso mecanismo de un cepo para cazar lobos, que él mismo había inventado, cuando se interrumpió repentinamente:

—¿No viene el señor almirante esta noche? —preguntó—. ¿Quién le ha visto hoy y puede darme nuevas suyas?

—Yo —dijo el rey de Navarra—, y si Vuestra Majestad se interesa por su salud, tranquilícese, porque le he visto esta mañana a las seis y esta tarde a las siete.

—¡Ah, ah! —comentó el rey, cuya mirada, por un momento distraída, se clavó con penetrante curiosidad en su cuñado—. Sois demasiado madrugador, Enrique, para ser un recién casado.

—Sí, Sire —respondió el rey de Navarra—, quería saber a través del almirante, que todo lo sabe, si están ya en camino hacia aquí algunos gentiles hombres que aún espero.

—¡Más gentiles hombres! Teníais ya ochocientos el día de vuestra boda, y a diario llegan nuevos contingentes. ¿Queréis, acaso, invadirme? —dijo Carlos riendo.

El duque de Guisa frunció el ceño.

—Sire —replicó el bearnés—, se habla de una campaña contra Flandes. Por eso reúno en torno mío a todos aquellos de mi país y sus alrededores que creo puedan ser útiles a Vuestra Majestad.

El duque, acordándose del proyecto que el bearnés comunicara a Margarita el día de sus bodas, escuchó con mayor atención.

—¡Bueno, bueno! —respondió el rey con su sonrisa felina—. Mientras más haya, más contentos estaremos. Traedlos, pues, Enrique, traedlos. Pero ¿quiénes son esos gentiles hombres? Supongo que serán valientes...

—Ignoro, Sire, si mis gentiles hombres valdrán tanto como los de Vuestra Majestad, los del duque de Anjou o los del señor de Guisa, pero los conozco y sé que, llegado el caso, harán lo que puedan.

—¿Esperáis a muchos?

—A diez o doce todavía.

—¿Cuáles son sus nombres?

—Sire, sus nombres escapan a mi memoria y, excepto uno que me ha sido recomendado por Teligny como cabal gentilhombre y que se llama La Mole, todos los demás...

—¡La Mole! ¿No es un Lerac de La Mole? —pregun tó el rey, muy versado en genealogía—. ¿Un provenzal?

—Precisamente, Sire; como veis, los recluto hasta en Provenza.

—Todavía voy yo más lejos que Su Majestad el rey de Navarra —intervino el duque de Guisa con sonrisa burlona—, porque voy a buscar hasta Piamonte a cuantos católicos de confianza pueda hallar.

—Católicos o hugonotes —terminó el rey—. Me importa m uy poco con tal de que sean valientes.

Para decir estas intencionadas palabras que pretendían confundir a católicos y hugonotes, el rey adoptó tal expresión de indiferencia, que hasta el duque de Guisa quedóse asombrado.

—¿Vuestra Majestad se ocupa de nuestros flamencos? —dijo el almirante, a quien el rey, desde hacía unos días, había concedido el favor especial de entrar en sus habitaciones sin ser anunciado, y que acababa de oír las últimas palabras del rey.

—¡Oh! He aquí a mi padre el almirante —exclamó Carlos IX abriendo los brazos—. Se habla de guerra, de gentiles hombres, de valientes, y él se presenta. El imán atrae al hierro. Mi cuñado, el rey de Navarra, y mi primo, el duque de Guisa, esperan refuerzos para vuestro ejército. A esto nos referíamos.

—Pues sabed que esos refuerzos están al llegar —dijo el almirante.

—¿Habéis tenido noticias, señor? —preguntó el bearnés.

—Sí, hijo mío, y en particular del señor de La Mole; estaba ayer en Orleáns y mañana o pasado mañana estará en París.

—¡Demonios! ¿Acaso es un brujo el señor almirante para saber así lo que ocurre a treinta o cuarenta leguas de distancia? Por lo que a mí respecta, me interesaría saber con igual certeza lo que pasa ahora en Orleáns, y más aún lo que pasó.

Coligny aguantó impasiblemente la sangrienta puya del duque de Guisa, quien sin duda aludía a la muerte de su padre, don Francisco de Guisa, asesinado por Poltrot de Meré, sospechándose que fue el almirante quien aconsejó este crimen.

—Señor —replicó éste fría y dignamente—, soy brujo o nigromante siempre que deseo saber con exactitud lo que concierne a mis asuntos o a los del rey. Mi correo de Orleáns llegó hace una hora, y gracias a la posta, ha recorrido treinta y dos leguas en el día. El señor de La Mole, que viaja a caballo, no hace sino diez por día, así es que llegará el veinticuatro. He aquí a lo que se reduce toda mi magia.

—¡Bravo, padre mío! Muy bien contestado —dijo Carlos IX—; demostradles a estos jóvenes que la sabiduría, al mismo tiempo que los años, ha hecho blanquear vuestra barba y vuestra cabellera. Enviémosles a que hablen de sus torneos y de sus amores y quedemos nosotros hablando de nuestras guerras. Los buenos soldados son quienes resultan buenos reyes. Conque ya lo sabéis, señores, tengo que conversar con el almirante.

Los dos jóvenes salieron. El rey de Navarra, primero; el duque de Guisa, después.

En cuanto traspusieron la puerta, cada uno se fue por su lado, luego de cambiar una fría reverencia. Coligny los siguió con la mirada, no sin abrigar cierta inquietud. Siempre que veía aproximarse aquellos dos odios, temía el choque que hiciera surgir el relámpago. Carlos IX, comprendiendo lo que turbaba su mente, se le acercó y, cogiéndole por el brazo:

—Estad tranquilo, padre —le dijo—. Aquí estoy yo para mantener a cada uno dentro de la obediencia y del respeto debido. Soy rey desde que mi madre dejó de ser reina, esto es, desde que Coligny es mi padre.

—¡Oh, Sire! —dijo el almirante—. La reina Catalina...

—... Es una intrigante. Con ella no hay paz posible. Esos católicos italianos son fanáticos y no entienden de otra cosa que no sea exterminar. Yo, por el contrario, no sólo quiero pacificar, sino que, además, deseo fortalecer a los de la religión reformada. Los otros, padre mío, son demasiado disolutos y me escandalizan con sus amoríos y desvergüenzas. Mira, ¿quieres que lo hable con franqueza? —continuó Carlos IX, cada vez más expansivo—. Pues bien: desconfío de todos los que me rodean, exceptuando a mis nuevos amigos. La ambición de Tavannes me resulta sospechosa. A Vieilleville sólo le interesa el buen vino, y sería capaz de traicionara su rey por un tonel de malvasía. Montmorency no tiene más preocupación que la caza y pierde todo su tiempo con sus perros y sus halcones. El conde de Retz es español, los Guisa son loreneses;

creo que no hay más verdade ros franceses en Francia, ¡Dios me perdone!, que yo, mi cuñado, el de Navarra, y tú. Pero yo estoy encadenado al trono y no puedo mandar ejércitos, a lo sumo me dejan cazar a gusto en Saint —Germain y en Rambouillet. Mi cuñado, el de Navarra, es demasiado joven a inexperto. Por otra parte, parece el vivo retrato de su padre Antonio, a quien las mujeres echaron a perder. Tan sólo tú, padre mío, eres al mismo tiempo valiente como Julio César y sabio como Platón. Por eso dudo, en verdad, qué debo hacer: si conservarte aquí como consejero o enviarte allá como general. Si tú me aconsejas, ¿quién mandará el ejército? Y si tú combates, ¿quién me aconsejará?

—Sire —respondió Coligny—, lo primero es vencer; el consejo vendrá después de la victoria.

—¡Sea! El lunes partirás para Flandes y yo para Amboise.

—¿Se aleja Vuestra Majestad de París?

—Sí, estoy fatigado de todas estas fiestas y de tanto bullicio. Yo no soy un hombre de acción sino un soñador. No nací para ser rey, sino para ser poeta. Formarás una especie de Consejo que gobernará mientras tú haces la guerra; y siempre que mi madre no intervenga en él, todo marchará perfectamente. Yo he prevenido a Ronsard para que vaya a reunirse conmigo y, allá, los dos juntos, lejos del ruido, lejos del mundo, lejos de los inoportunos, a la sombra de nuestros grandes bosques, junto a la orilla del río y oyendo el murmullo de los arroyos, hablaremos de Dios, única compensación que tiene el hombre en este mundo. Escucha estos versos, en los cuales le invito a que me acompañe. Los hice esta mañana.

Coligny sonrió. Carlos IX se pasó la mano por su frente amarillenta y tersa como el marfil. Con ritmo cadencioso recitó los versos siguientes:

Ronsard, je connais bien que si lo ne me vois lo oublies soudain de ton grand rot la voix.

Mais, pour ton souvenir, pense que je n'oublie continuer toujours d'apprendre en poésie, et pour ce j'ai voulu t'envoyer cet écrit, pour enthousiasmer ton fantastique esprit.

Donc ne t'amuse plus aux so ins de ton ménage, maintenant n'est plus temps de faire jardinage; il faut suivre ton rot, qui t'aime par sus tous, pour les vers qui de tot coulent braves et doux, et crois, si lo ne viens me trouver à Amboise, qu'entre nous adviendra une bien grande noise.

—¡Bravo, Sire! —dijo Coligny—. Soy más entendido en cosas de guerra que en poesía, pero creo que esos

versos pueden compararse a los más bellos de Ronsard, Dorat y hasta de Miguel de L'Hôpital, canciller de

Francia. querido enviarte este escrito / para

—¡Ay, padre mío! —exclamó Carlos IX—. ¡Si fuera verdad lo que dices! El título de poeta es el que ambi —entusiasmar lo fantástico genio. / No lo

ciono por encima de todo. Como le decía hace pocos días a mi maestro de poesía:

L'art de faire des vers, dût-on s'en indigner,

doit être à plus haut prix que celui de régner; versos que de ti fluyen altivos y dulces, /

tous deux également nous portons des couronnes

mats rot, je les reçus, poéte, lo les donnes;

ton esprit, enflammé d'une celeste ardeur éclate par sot-méme et mot par ma grandeur.

Si du côté des dieux je cherche l'avantage,

Ronsard est leur mignon et je suis leur image, ta lyre, qui ravit par de si doux accords, te soumet les esprits dont je n'ai que les corps; elle t'en rend le maître et lo fait introduire oú le plus fier tyran n'a jamais eu d'empire.

—Sire —dijo Coligny—, sabía que Vuestra Majestad se entretenía con las musas, pero ignoraba que hubiese

hecho de ellas sus principales consejeras.

—Después de ti, padre mío, después de ti; y para no turbar mis relaciones con ellas voy a darte el gobierno lo espíritu inflamado por una llama divina de todos los asuntos. Escucha, pues: en este momento tengo que responder a un nuevo madrigal que mi / brilla por sí mismo, el mío por su rango.

querido y gran poeta me ha enviado...; no puedo, por lo tanto, entregarte todos los papeles necesarios para

que lo pongas al corriente de la gran cuestión que nos separa a Felipe II y a mí. Tengo, además, una especie

de plan de campaña que proyectaron mis ministros. Buscaré todo eso y lo entregaré mañana por la mañana.

—¿A qué hora, señor?

—Alas diez; y si por casualidad me hallara ocupado con mis versos y estuviese encerrado en mi despa —ella lo hace dueño y lo introduce / donde

cho... ¡No importa! Entra de todos modos y coge cuantos papeles encuentres sobre esta mesa, dentro de esa carpeta roja: su color es tan llamativo que no podrás equivocarte. Voy a escribir ahora mismo a Ronsard.

—Adiós, señor.

—Adiós, padre mío.

—¿Vuestra mano?

—¿Mi mano? ¡Ven a mis brazos, junto a mi corazón! Es el lugar que lo corresponde. ¡Ven acá, viejo guerrero, ven!

Y Carlos IX, atrayendo hacia sí a Coligny cuando éste se inclinaba, le besó sus blancos cabellos. El almirante salió enjugándose una lágrima.

Carlos IX le siguió mirando hasta perderlo de vista, aguzó el oído hasta que no oyó sus pasos y, cuando ya no veía ni oía nada, inclinó, como acostumbraba, su cabeza sobre el hombro y pasó lentamente a la sala de armas.

Aquél era el lugar favorito del rey; allí recibía las lecciones de esgrima de Pompeyo y aprendía con Ronsard las reglas de la poesía. Había reunido una gran colección de las más perfectas armas ofensivas y defensivas que pudo hallar.

Todas las paredes estaban cubiertas de hachas, escudos, picas, alabardas, pistolas y mosquetes. Aquel mismo día, un célebre armero le había traído un magnífico arcabuz, en cuyo cañón, incrustados en letras de plata, podían leerse estos cuatro versos compuestos por el rey poeta:

Pour maintenir la foy,
Je suis belle et fidèle;
Aux ennemis du roy
Je suis belle et cruelle.

Carlos IX entró, como hemos dicho, en esta sala y, después de cerrar la puerta principal por donde había entrado, fue a levantar un tapiz que disimulaba el paso a otra habitación, donde una mujer, arrodillada en un reclinatorio, rezaba sus oraciones.

Como este movimiento fue efectuado con lentitud y los pasos del rey, ahogados por la alfombra, no hicieron más ruido que los de un fantasma, la mujer arrodillada no oyó nada, continuando su rezo sin volver la cabeza. Carlos permaneció un instante de pie, pensativo y contemplándola.

Era una mujer de treinta y cuatro o treinta y cinco años, cuya enérgica belleza se veía realzada por el traje de las aldeanas de los alrededores de Caux. Llevaba un gorro alto que estuvo muy de moda en la corte de Francia durante el reinado de Isabel de Baviera. Su corpiño encarnado estaba completamente bordado en oro, tal y como lo usan hoy las aldeanas de Nettuno y de Sora. El departamento contiguo al dormitorio del rey, que ocupaba desde hacía casi veinte años, ofrecía una mezcla singular de elegancia y rusticidad, debido a que el palacio se había introducido en la cabaña en las mismas proporciones que ésta en el palacio. Así, la habitación era un término medio entre la sencillez de la campesina y el lujo de la gran dama. En efecto, el reclinatorio sobre el cual estaba arrodillada era de madera de roble prodigiosamente tallada y tapizado de terciopelo con hilos de oro; mientras que la Biblia en que leía sus oraciones, pues esta mujer pertenecía a la religión reformada, era uno de esos viejos libros, medio destrozados, como los que se encuentran en las casas más pobres. Todo lo demás se hallaba de acuerdo con este reclinatorio y esta Biblia.

—¡Eh, Madelón! —dijo el rey.

La mujer arrodillada levantó sonriendo la cabeza al oír aquella voz familiar.

Luego, incorporándose:

—¡Ah, eres tú, hijo mío! —exclamó.

—Sí, nodriza, ven aquí.

Carlos IX dejó caer el tapiz y fue a sentarse en el brazo de un sillón. No tardó en volverse a levantar el tapiz para dar paso a la nodriza.

—¿Qué quieres, pequeño? —preguntó.

—Ven aquí y responde en voz baja.

La nodriza se acercó con esa familiaridad que muy bien podía provenir de la ternura maternal que siente la mujer por el niño que ha amamantado, pero que los libelos de la época atribuían a un origen infinitamente menos puro.

—Aquí estoy —dijo—, hablad.

—¿Está ahí el hombre a quien mandé llamar?

—Desde hace media hora.

Carlos se levantó, se dirigió a la ventana, observando si había algún curioso, se acercó a la puerta para asegurarse de que nadie escuchaba, sacudió el polvo de sus trofeos guerreros y acarició a un gran lebrel que le seguía paso a paso, deteniéndose cuando su amo se detenía y continuando su camino cuando éste se ponía en marcha. Luego, volviéndose hacia su nodriza:

—Está bien, hazlo entrar.

La buena mujer salió por el mismo pasadizo por donde había entrado, mientras el rey se reclinaba sobre una mesa en la que había una colección de armas de toda clase.

Inmediatamente volvió a levantarse el tapiz, dando paso al hombre que el rey esperaba. Tenía unos cua - renta años, ojos grises y falsos, nariz de lechuza, rostro alargado y pómulos salientes. Quiso parecer respetuoso, mas su gesto se quebró en sus labios descoloridos por el miedo con una sonrisa hipócrita. Carlos alargó pausadamente el brazo, apoyando su mano sobre el mango de una pistola de reciente invención, que disparaba mediante una piedra puesta en contacto con una rueda de acero, en lugar de hacerlo merced a una mecha. Miró con sus ojos turbios al nuevo personaje que acabamos de presentar. Durante el examen silbaba con una justeza y un oído admirables uno de sus aires de caza favoritos.

Después de algunos segundos, durante los cuales se descompuso cada vez más el rostro del desconocido, preguntó el rey:

—¿Vuestro nombre es Francisco Louviers Maurevel?

—Sí, señor.

—¿Sois jefe de petarderos?

—Sí, señor.

—Os quiero hablar.

Maurevel se inclinó.

—Sabréis —continuo Carlos subrayando cada palabra— que quiero por igual a todos mis súbditos.

—Sé que Vuestra Majestad es el padre de su pueblo —balbuceó Maurevel.

—Y que tanto a los hugonotes como a los católicos les considero mis hijos...

Maurevel se quedó callado; sólo el temblor que agitaba su cuerpo se hizo visible a las miradas penetrantes del rey, que descubrían a su interlocutor aun cuando se hallase casi por completo oculto en las sombras.

—Quizás os contraríe lo que digo —continuo el rey—, ya que habéis librado guerra sin cuartel a los hugonotes.

Maurevel cayó de rodillas.

—Sire —balbuceó—, creedme, yo...

—Creo —continuo Carlos IX, clavando en Maurevel una mirada vidriosa que se fue iluminando hasta tornarse de fuego— que tuvisteis muchos deseos de matar en Moncontour al señor almirante, que acaba de salir de aquí; creo que errasteis vuestro golpe y os pasasteis entonces al ejército de nuestro hermano, el duque de Anjou; creo, en fin, que os volvisteis a pasar al bando de los príncipes y entrasteis en compañía del señor De Mouy de Saint —Phale...

—¡Oh, Sire!

—¿Un valiente gentilhombre picardo?

—¡No me abruméis, Sire! —exclamó Maurevel.

—Era un digno oficial — continuo Carlos IX y, a medida que hablaba, una expresión de crueldad casi feroz se pintaba en su rostro—, que os acogió como a un hijo, os dio albergue, os vistió y alimentó...

Maurevel dejó escapar un suspiro de desesperación.

—Creo que le llamabais vuestro padre —continuo implacablemente el rey— y que una tierna amistad os unía a su hijo, el joven De Mouy.

Maurevel, siempre de rodillas, se inclinaba cada vez más abrumado por las palabras de Carlos IX, quien permanecía de pie, impasible, semejante a una estatua en la que solamente los labios estuviesen dotados de vida.

—A propósito —continuo el rey—, ¿no eran diez mil escudos los que debíais recibir del señor de Guisa si matabais al almirante?

El asesino, consternado, tocaba el suelo con la frente.

—En cuanto al señor De Mouy, vuestro buen padre, tengo entendido que un día lo escoltasteis en un reconocimiento que efectuaba por el lado de Chevreux. Se le cayó el látigo y bajó del caballo para recogerlo. Tan sólo vos estabais con él; desenfundasteis una pistola y mientras se agachaba le disparasteis por la espalda; luego, viéndolo muerto, huisteis en el mismo caballo que él os había regalado. Ésta es la historia, según creo.

Y como Maurevel permaneciera mudo ante esta acusación, cuyos detalles todos eran ciertos, Carlos IX volvió a silbar con igual justeza y ritmo el mismo aire de caza.

—¿Sabéis que con esto, señor asesino —dijo al cabo de un instante—, me están entrando ganas de haceros colgar? .

—¡Por favor, Majestad! —gritó Maurevel.

—El joven De Mouy me lo suplicaba ayer mismo y, en verdad, no supe qué decirle, porque tiene mucha razón.

Maurevel juntó sus manos.

—Tanto más justa sería vuestra condena cuanto que, como vos lo habéis dicho, soy el padre de mi pueblo y que, como os he respondido ahora que estoy reconciliado con los hugonotes, los considero tan hijos míos como a los católicos.

—Sire —dijo Maurevel completamente desarmado—, mi vida está en vuestras manos, haced con ella lo que queráis.

—Sólo os digo que yo no daría ni un céntimo por ella.

—Pero, Sire, ¿no habría algún medio para que se me perdonara mi crimen? —preguntó el asesino.

—No conozco ninguno. Sin embargo, si estuviera en vuestro lugar, cosa que no es así, ¡gracias a Dios!...

—¿Si estuvierais en mi lugar...? —murmuró Maurevel, la mirada suspensa de los labios de Carlos IX.

—Creo que saldría del paso.

Maurevel levantó una rodilla y se apoyó con una mano en el suelo, sin dejar de mirar a Carlos para asegurarse de que no se burlaba.

—Quiero mucho, sin duda, al joven De Mouy —continuó el rey—, pero también quiero mucho a mi primo el duque de Guisa, y si él me pidiera la vida de un hombre cuya muerte me implorase el otro, confieso que me hallaría en un aprieto. Sin embargo, tanto en buena política como en buena religión debería complacer a mi primo, pues, por valiente capitán que sea De Mouy no puede comparársele a un príncipe de Lorena. Conforme oía estas palabras, Maurevel se iba incorporando lentamente como si volviese a la vida.

—Por lo tanto, lo más importante para vos en la difícil situación en que os halláis es ganar la confianza de mi primo, y a este respecto recuerdo una cosa que me contó ayer: «Figuraos, Sire —me decía—, que todas las mañanas, a eso de las diez, pasa por la calle de Saint Germain d'Auxerre, de vuelta del Louvre, mi enemigo mortal; le veo desde una ventana enrejada de la planta baja que corresponde a la habitación de mi antiguo preceptor el canónigo Pedro Piles, y cada vez ruego al diablo que le hunda en las entrañas de la tierra. Decidme, pues, Maurevel —prosiguió Carlos—, si vos fueseis el diablo o si por un momento ocupaseis su lugar, ¿le desagradaría a mi primo el de Guisa?

Maurevel recuperó su infernal sonrisa, y sus labios, pálidos aún de terror, dejaron caer estas palabras:

—¡Pero, Sire, yo no tengo poder para abrir la tierra! —Sin embargo, si no recuerdo mal, la abristeis para el bravo De Mouy. Me diréis que fue con una pistola... ¿La habéis perdido?...

—Perdonad, Sire —repuso el truhán, ya casi tranquilizado—, pero manejo mejor el arcabuz que la pistola.

—¡Oh! —exclamó Carlos IX—. Poco importa que sea pistola o arcabuz, estoy seguro de que mi primo no hará cuestión por esto.

—Pero —dijo Maurevel— precisaría un arma muy segura, porque probablemente tendré que tirar de lejos.

—Tengo diez arcabuces en esta sala —dijo Carlos IX—; con cualquiera de ellos soy capaz de dar a un escudo de oro a cincuenta pasos. ¿Queréis ensayar alguno?

—¡Oh, Sire, con el mayor placer! —exclamó Maurevel, aproximándose a un rincón donde se hallaba el arcabuz que aquel mismo día habían entregado a Carlos IX.

—No, ése no —dijo el rey—. Lo reservo para mí. Uno de estos días tendré una importante partida de caza donde espero que me sea útil. Todos los demás están a vuestra disposición.

Maurevel descolgó un arcabuz de una panoplia.

—¿Y quién será la víctima, si puede saberse? —preguntó el asesino.

—¿Acaso lo sé yo? —respondió Carlos IX, aplastando al miserable bajo una desdeñosa mirada.

—Se lo preguntaré entonces al señor de Guisa —balbuceó Maurevel.

El rey se limitó a encogerse de hombros.

—Más vale que no preguntéis nada. El señor de Gui sa no os responderá. ¿Por ventura se contestan esa clase de preguntas? Corresponde a aquellos que no quieren ser ahorcados adivinarlo.

—Pero, en fin, ¿cómo podré reconocer a la víctima?

—Ya os dije que todas las mañanas, a eso de las diez, pasa por delante de la ventana del canónigo.

—¡Pasarán tantos frente a esa ventana! Dígnese Vuestra Majestad indicarme siquiera alguna señal.

—¡Oh! Es muy fácil. Mañana, por ejemplo, llevará bajo el brazo una cartera de cuero rojo.

—Basta con eso, Sire.

—¿Conserváis aún aquel caballo tan ligero que os regaló el señor De Mouy?

—Tengo uno, árabe, de los más veloces.

—No creáis que os compadezco: sin embargo, os convendrá saber que el claustro tiene una puerta trasera.

—Gracias, Sire. Ahora rogad a Dios por mí.

—¡Que os lleven los demonios! Y encomendaos a ellos, porque sólo con su protección podréis evitar la horca.

—Adiós, Sire.

—Adiós. Y a propósito, señor de Maurevel, quiero que sepáis que si por cualquier motivo se oye hablar de vos mañana antes de las diez o si no se oye hablar después de esa hora, hay una mazmorra en el Louvre. Y Carlos IX se puso a silbar tranquilamente, y con mejor entonación que nunca, su canción favorita.

La noche del 24 de agosto de 1572

✦

Nuestro lector no habrá olvidado que en el capítulo anterior se habla de un gentilhombre apellidado La Mole, a quien esperaba con cierta impaciencia Enrique de Navarra. Tal y como había anunciado el almirante, dicho gentilhombre entraba en París al anochecer del día 24 de agosto de 1572 por la puerta de Saint-Marcel. Luego de contemplar desdeñosamente las numerosas posadas que a derecha a izquierda de su camino ostentaban pintorescos letreros, dejó que su fogoso caballo penetrase hasta el corazón de la ciudad. Después de atravesar la plaza Maubert, el Petit-Pont, el puente de Nôtre Dame y de seguir la orilla del río, se detuvo en la esquina de la calle de Bresec, que se llamó luego calle de l'Arbre Sec, nombre que adoptaremos, para mayor comodidad del lector, por ser más moderno.

Debió agradarle el nombre de la calle, porque do bló por ella descubriendo a su izquierda una magnífica plancha de metal que se balanceaba con acompañamiento de campanillas. Como llamase su atención el rótulo, se detuvo por segunda vez para leer estas palabras: A la Belle Etoile, escritas bajo una pintura que representaba el espectáculo más atrayente para un viajero hambriento. En medio de un cielo negro se distinguía un ave asándose, mientras un hombre con capa colorada tendía hacia tan apetitoso astro de nueva especie sus brazos, su bolsa y sus ansias.

—¡Vaya! —se dijo el gentilhombre—. Ésta es una posada que se anuncia bien, cuyo dueño ha de ser, ¡por mi honor!, un ingenioso compadre. Siempre he oído decir que la calle de l'Arbre —Sec pertenece al mismo barrio que el Louvre, y, por poco que el establecimiento esté de acuerdo con la muestra, estaré perfectamente aquí.

Mientras el recién llegado monologaba así, otro caballero que había entrado por el extremo opuesto de la calle, es decir, por la de Saint-Honoré, se detenía, permaneciendo también en éxtasis ante el letrero de A la Belle Etoile.

Aquel a quien conocemos por lo menos de nombre montaba un caballo blanco de raza española y vestía un jubón negro adornado de azabache. Su capa era de terciopelo color violeta oscuro; llevaba botas de cuero negro, una espada con puño de acero cincelado y un puñal que hacía juego. Si pasamos del traje al rostro diremos que era un hombre de veinticuatro o veinticinco años, de tez bronceada, de ojos azules, finos bigotes, dientes brillantes que parecían iluminar su rostro cuándo sus labios se entreabrían al sonreír, con una boca de forma perfecta y de la más notable distinción. En cuanto al segundo viajero, digamos que formaba el más absoluto contraste con el primero. Bajo el sombrero de alas levantadas aparecían, abundantes y

rizados, unos cabellos más bien rojos que rubios. Bajo sus cabe llos, unos ojos grises brillaban a la menor contrariedad con tan resplandeciente llama que llegaban a parecer negros.

El resto de su cara, por lo demás de un tinte rosado, se componía de unos dientes admirables y de unos labios finos bajo un bigote rojizo. En suma, con sus anchos hombros era lo que se dice un apuesto caballero. Hacía más de una hora que levantaba la nariz hacia todas las ventanas, con el pretexto de buscar letreros de posadas, y durante este tiempo las mujeres le habían mirado mucho y los hombres que quizás experimentaran tentaciones de reír al ver su capa raquítica, sus calzas arruga das y sus botas de forma anticuada, habían concluido con un « ¡Dios os guarde! » de lo más gracioso ante aque lla fisonomía que cambiaba en un minuto diez veces de expresión sin adoptar nunca la que es peculiar al rostro bonachón del provinciano cohibido.

Él fue quien, primero se dirigió al otro gentilhombre, el cual, como hemos dicho, contemplaba la posada de A la Belle Etoile.

—¡Pardiez, señor! —dijo con ese horrible acento de la montaña que permitiría reconocer con una sola palabra a un piamontés entre cien extranjeros—. ¿Estamos cerca del Louvre? En todo caso creo que habéis tenido el mismo gusto que yo, lo que para mí es un honor. . .

—Señor —respondió el otro con un acento provenzal que no tenía nada que envidiar al acento piamontés de su compañero—, creo, en efecto, que esta posada está cerca del Louvre. Sin embargo, aún me pregunto si tendré el honor de ser de vuestra misma opinión. Lo estoy pensando.

—¿No os habéis decidido, señor? El aspecto de la posada es atrayente. Además, quizá yo me haya dejado influir por vuestra presencia, pero reconoced, por lo menos, que la pintura del rótulo es prometedora.

—¡Oh! Sin duda, y eso es justamente lo que me hace desconfiar de la realidad. París está lleno de pícaros, según me han dicho, y esa muestra bien puede ser un reclamo para cazar incautos.

—¡Por Dios, señor! —repuso el piamontés—. No seré yo quien se deje engañar. Si el dueño no me sirve un ave tan bien asada como la de su letrero, le pondré a él mismo en el asador y no le dejaré hasta que quede convenientemente tostado.

—Acabáis de decidirme —dijo el provenzal riendo—.Indicadme el camino, señor, os lo ruego.

—¡Oh, señor! Por mi alma que no lo haré; no soy sino vuestro humilde servidor, el conde Annibal de Coconnas.

—Y yo, señor, no soy más que el conde Joseph —Hyacinte— Boniface de Lerac de la Mole, para serviros.

—En ese caso, cojámonos del brazo y entremos juntos.

El resultado de esta conciliadora proposición fue que los dos jóvenes, descendiendo de sus cabalgaduras y entregando las bridas en manos de un palafrenero, se ciñeron las espadas y,

cogidos del brazo, se encaminaron hacia la puerta de la posada, en cuyo umbral estaba el dueño. Contra la costumbre de esta clase de gente, el digno propietario no debía de haber reparado en ellos, pues se hallaba ocupado en conversar muy interesadamente con un sujeto flaco y amarillo envuelto en una capa de color ceniciento, tal que un búho bajo sus plumas.

Los dos gentiles hombres se habían aproximado tanto al posadero y a su interlocutor, que Coconnas, impaciente por la poca importancia que el tal posadero les otorgaba, le dio un tirón de la manga. Éste pareció entonces despertar sobresaltado y despidió a su compinch e diciéndole: «Hasta la vista. Volved pronto y, sobre todo, tenedme al corriente de la hora.»

—¡Eh, señor estúpido! —dijo Coconnas—. ¿No veis que nos dirigimos a vos?

—Perdón, señores, no les había visto.

—¡Cristo! Tendríais que habernos visto, y ahora en lugar de decir «Señor» a secas, deberíais haber dicho «Señor conde». Digo, si os place.

La Mole se mantenía aparte, dejando hablar a Coconnas, que parecía haber tomado el asunto por su cuenta.

Sin embargo, al ver su ceño fruncido era fácil darse cuenta de que estaba dispuesto a ir en su ayuda en cuanto se presentara la ocasión.

—¿Y qué es lo que deseáis, señor conde? —preguntó el posadero, con calma.

—Así, esto ya es otra cosa, ¿no es cierto? —dijo Coconnas volviéndose hacia La Mole, quien hacía con su cabeza un signo afirmativo—. El señor conde y yo, atraídos por vuestro anuncio, deseamos comer y alo —jarnos en vuestra posada.

—Lo siento infinitamente, señores —repuso el posadero—, pero no tengo más que una habitación disponible y temo que no os convenga.

—¡Tanto mejor, a fe mía! ¡Nos iremos a otra parte! —dijo La Mole.

—¡Ah! No, no, de ninguna manera —añadió Coconnas—. Yo me quedo aquí; mi caballo está reventado. Tomo, pues, ese cuarto si vos no lo queréis.

—Éste es otro inconveniente —respondió el dueño con la misma calma a igual impertinencia—. Si no sois más que uno no puedo admitiros de ningún modo.

—¡Gran Dios! —exclamó Coconnas—. A fe mía que nunca he visto un tipo tan gracioso. Antes éramos demasiados dos y ahora uno no es bastante. ¿Es que no quieres darnos albergue, bribón?

—Puesto que lo tomáis tan a la tremenda, os responderé con franqueza.

—Responde entonces, pero date prisa.

—¡Sea! Prefiero no tener el honor de alojaros.

—¿Por qué? —preguntó Coconnas, pálido de ira.

—Porque no tenéis lacayo, y por un cuarto de amo ocupado tendré dos cuartos de lacayo vacíos, de modo que, si os doy el cuarto principal, corro el riesgo de no alquilar los otros.

—Señor de La Mole —dijo Coconnas volviéndose hacia su acompañante—, ¿no os está pareciendo que v amos a tener que dar una paliza a este pícaro?

—La cosa es muy sencilla —dijo La Mole preparándose como su compañero a moler a latigazos al posadero.

A pesar de esta doble amenaza, que no tenía nada de tranquilizadora tratándose de dos gentiles hombres que parecían tan dispuestos a llevarla a cabo, el posadero no se inmutó, contentándose con retroceder un paso y ganar la puerta de su casa.

—Se ve que estos caballeros —dijo con aire burlón— llegan de provincias. En París ya pasó la moda de apalear a los posaderos que se niegan a alquilar sus cuartos. Ahora son los grandes señores los apaleados y no los burgueses, y si gritáis demasiado llamaré a mis vecinos, de modo que os molerán a golpes, tratamiento verdaderamente indigno para dos gentiles hombres.

—¡Se burla de nosotros! —exclamó Coconnas exasperado—. ¡Maldito sea!

—Gregorio, mi arcabuz —dijo el hombre dirigiéndose a su criado con el mismo tono que si hubiera dicho: «Una silla para estos señores.»

—¡Por las tripas del Papa! —aulló Coconnas, desenvainando la espada—. ¿No os indignáis, señor de La Mole?

—No, si me lo permitís, ¡mientras peleamos noso tros la cena se enfría!

—¡Cómo! ¿Eso decís? —exclamó Coconnas.

—Digo que me parece que el patrón de A la Belle Etoile tiene razón, aunque no sabe recibir a los viajeros, sobre todo cuando éstos son gentiles hombres. En lugar de decirnos brutalmente: «Señores, no quiero daros albergue», habría hecho mejor en decir con amabilidad: «Entrad, señores», y poner luego en su cuenta: «Cuarto de amo, tanto; cuarto de criado, tanto.».Puesto que si no tenemos lacayos, pensamos tenerlos. Y al decir esto, La Mole apartó suavemente al posadero, que ya alargaba la mano para coger su arcabuz, hizo pasar a Coconnas al mesón y entró tras él.

—No importa —dijo Coconnas—, pero siento tener que envainar la espada antes de saber si pincha tan bien como los tenedores de este bandido.

—Paciencia, estimado compañero, paciencia —dijo La Mole—. Todas las posadas están llenas de gentiles hombres atraídos a París por las fiestas de la boda o por la próxima guerra de Flandes y será difícil que encontremos otra. Además, quizá sea costumbre en París recibir de este modo a los extranjeros que llegan.

—¡Bendito seáis con vuestra maldita paciencia! —murmuró Coconnas, retorciéndose con furia sus bigotes y fulminando al posadero con su mirada—. ¡Ya puede cuidarse el pícaro! Si su cocina es mala, si su vino no tiene tres años de embotellado, si su criado no es tan dócil como un junco...

—¡Vaya, vaya, señor mío! —dijo el hombre, afilando contra una piedra el cuchillo que llevaba en la cintura—. Tranquilizaos, esto es jauja.

Luego, en voz baja y moviendo la cabeza:

—Debe de ser un hugonote —murmuró—. ¡Se han vuelto tan insolentes los traidores desde el casamiento de su Bearnés con nuestra Margarita!...

Y con una sonrisa, que hubiera hecho estremecer a sus huéspedes si la hubieran visto, agregó:

—¡Ja, ja! Sería gracioso que hubiera caído un hugonote... y que...

—¿Qué, no cenamos? —preguntó con acritud Coconnas, interrumpiendo las cavilaciones del posadero.

—Cuando gustéis, señor —contestó éste, satisfecho por el último pensamiento que había tenido.

—Cuanto antes —repuso Coconnas.

Después, dirigiéndose a La Mole, dijo:

—Decidme, señor conde, mientras nos preparan el cuarto: ¿por ventura os parece. París una ciudad alegre?

—No, a fe mía —respondió La Mole—, creo no haber visto hasta ahora más que rostros huraños o repulsivos. Quizá los parisienses tengan también miedo de la tormenta. Mirad qué negro y plomizo está el cielo.

—Decidme otra cosa, señor conde, buscáis el Louvre, ¿no es cierto?

—Y vos también, según creo, señor de Coconnas. —Pues si queréis lo buscaremos juntos.

—¡Ahora! ¿No es un poco tarde para salir? —dijo La Mole.

—Tarde o no es preciso que yo vaya. Las órdenes que he recibido son concluyentes. Llegar cuanto antes a París y en seguida entrevistarme con el duque de Guisa.

Al oír este nombre, el hostelero se acercó interesado.

—Me parece que este pájaro nos está escuchando —dijo Coconnas, quien, como buen piamontés, era muy rencoroso y no podía olvidar la forma poco amable con que recibía a los viajeros el dueño de A la Belle Etoile.

—Sí, señores, os estoy escuchando —asintió, llevándose la mano al gorro—, pero es para serviros. Oigo hablar del gran duque de Guisa y heme aquí, ¿en qué puedo serviros, caballeros?

—¡Ah! ¡Ah! Este nombre es mágico, por lo visto, porque de insolente se ha vuelto obsequioso. ¡Caramba con el posadero!... ¿Y cómo lo llamas?

—Maese La Hurière —respondió el aludido inclinándose.

—Pues bien, maese La Hurière. ¿Crees que mi brazo es menos pesado que el del señor duque de Guisa, que tiene la virtud de volverte tan amable?

—No, señor conde, pero es menos largo —replicó La Hurière—. Además, debo deciros que ese gran Enrique es el ídolo de nosotros los parisienses.

—¿Qué Enrique? —dijo La Mole.

—Me parece que no hay más que uno —dijo el posadero.

—Excusadme, amigo mío, hay otro de quien os advierto que no debéis hablar mal y es Enrique de Navarra, sin contar a Enrique de Condé, que también tiene su mérito.

—A esos no los conozco —respondió La Hurière.— Pues yo sí —dijo La Mole—, y como vengo a presentarme al rey Enrique de Navarra, os invito a que no habléis mal de él en mi

presencia.

El hombre, sin contestar a La Mole, se limitó a tocarse ligeramente el gorro y siguió adulando a Coconnas:

—¿Conque vais a hablar con el gran duque de Guisa? Realmente sois dichoso; sin duda vendréis para...

—¿Para qué? —preguntó Coconnas.

—Para la fiesta —respondió el posadero con extraña sonrisa.

—Para las fiestas diréis, porque París entero arde en fiestas, según he oído decir. Al menos no se habla más que de baffles, festines y paradas. ¡Todo París se divierte!

—No mucho, señor, por lo menos hasta este momento —contestó el aludido—, pero creo que nos vamos a divertir de lo lindo.

—Las bodas de Su Majestad el rey de Navarra han atraído mucha gente a esta ciudad —dijo La Mole.

—Muchos hugonotes, sí señor —respondió bruscamente La Hurière.

Luego, conteniéndose, añadió:

—Perdón, ¿acaso pertenecen los señores a la religión reformada?

—¡Yo a la religión reformada! —exclamó Coconnas—. ¡Vamos, al diablo se le ocurre! Soy tan católico como nuestro Santo Padre el Papa.

La Hurière se volvió hacia La Mole como para interrogarle, pero o éste no comprendió su mirada o no juzgó conveniente responder de mejor modo que con otra pregunta.

—Ya que no conocéis a Su Majestad el rey de Navarra, maese La Hurière, tal vez conozcáis al señor almirante. He oído decir que el señor almirante goza de algún favor en la corte, y como vengo recomendado a él desearía, si es que la dirección de su casa no os quema la lengua, que me dijerais dónde vive.

—Vivía en la calle Bethisy, señor, aquí a la derecha —respondió el posadero con una satisfacción interior que no pudo mantener oculta.

—¿Cómo que vivía? —preguntó La Mole—. ¿Acaso se ha mudado?

—De este mundo es muy probable.

—¿ Qué significa esto? —exclamaron a un tiempo los dos caballeros—. ¿El almirante ya no es de este mundo?

—¡Cómo, señor de Coconnas! —continuó el hombre con maliciosa sonrisa—. ¿So is de los de De Guisa y no lo sabíais?

—¿Saber qué?

—Que anteayer, al pasar por la plaza de SaintGermain d'Auxerre, frente a la casa del canónigo Pedro Piles, el almirante recibió un balazo de arcabuz.

—¿Y ha muerto? —preguntó La Mole.

—No, el tiro sólo le rompió un brazo y le cortó dos dedos, pero se espera que la bala estuviese envenenada.

—¡Cómo, miserable! —exclamó La Mole—. Se espera...

—Quiero decir que se cree. No disputemos por una palabra; se me ha trabucado la lengua.

Y maese La Hurière, volviendo la espalda a La Mole, sacó la lengua a Coconnas de la manera más burlesca, acompañando el gesto de una mirada de inteligencia.

—¿Será cierto? —dijo Coconnas, radiante de alegría.

—¿Será cierto? —murmuró La Mole, con dolorosa estupefacción.

—Es... tal y como he tenido el honor de deciros —dijo La Hurière.

—En ese caso —dijo La Mole—, me voy al Louvre sin perder un segundo. ¿Encontraré allí al rey Enrique?

—Es muy posible, pues allí vive.

—Y yo también me voy al Louvre —añadió Co connas—. ¿Encontraré al duque de Guisa?

—Es probable, porque acabo de verle pasar, no hará todavía un instante, con doscientos gentiles hombres.

—Entonces, venid conmigo, señor de Coconnas —dijo La Mole.

—Ya os sigo, señor.

—¿Y vuestra cena, señores? —preguntó maese La Hurière.

—¡Ah! —repuso La Mole—. Yo cenaré tal vez con el rey de Navarra.

—Y yo con el duque de Guisa —dijo Coconnas.

—Y yo —murmuró el posadero después de haber seguido con la vista a los dos gentiles hombres que se encaminaban al Louvre— voy a limpiar mi casco, a poner una mecha en el arcabuz y a afilar la partesana. Nadie sabe lo que puede ocurrir.

DEL LOUVRE EN PARTICULAR Y DE LA VIRTUD EN GENERAL

Los dos gentiles hombres, informados por la primera persona que encontraron, tomaron por la calle de Averon, luego por la de Saint-Germain d'Auxerre y no tardaron en hallarse ante el Louvre, cuyas torres se confundían ya con las primeras sombras de la noche.

—¿Qué os ocurre? —preguntó Coconnas a La Mole que, absorto a la vista del viejo castillo, miraba con profundo respeto los puentes levadizos, las ventanas estrechas y los campanarios puntiagudos que se presentaban ante sus ojos.

—¡A fe mía que no lo sé! —dijo La Mole—. Pero el corazón me late agitado. No soy cobarde, pero no sé por qué este palacio me parece sombrío y hasta diría terrible.

—Pues a mí no sé lo que me pasa —dijo Coconnas—, pero siento una alegría extraña. Mi aspecto es algo descuidado —continuó observando su traje de viaje—;pero ¡bah!, tengo apostura de caballero. Además, las órdenes me indicaban rapidez. Seré, pues, bien acogido, ya que obedezco puntualmente.

Y los dos jóvenes continuaron su camino, preocupado cada cual por los sentimientos que había expresado.

Había numerosa guardia en el Louvre; todos los puestos parecían reforzados. Nuestros dos viajeros se quedaron al principio un tanto perplejos. Pero Coconnas, que había notado que el

nombre del duque de Guisa era una especie de talismán para los parisienses, se acercó a un centinela y, mencionando este nombre omnipotente, preguntó si, gracias a él, podría entrar en el Louvre.

El nombre pareció ejercer sobre el centinela el efecto acostumbrado; sin embargo, también preguntó a Coconnas el santo y seña.

Coconnas se vio obligado a confesar que no lo sabía.

—Retiraos entonces, caballero —dijo el soldado.

En este momento, un hombre que conversaba con el oficial de guardia y oyó a Coconnas pedir permiso para entrar en el Louvre, interrumpiendo su charla se le acercó y le dijo:

—¿Qué quiere vos del sinnior de Güise?

—Yo querer hablarle —respondió Coconnas sonriendo.

—Imposible, el dugue estar con el rey.

—Sin embargo, tengo una carta llamándome a París.

—¡Ah! ¿Fos tener una cagta?

—Sí, y vengo desde muy lejos.

—¡Ah! ¿Fos llegar teste muy lejos?

—Vengo del Piamonte.

—¡Pien, pien! Esto es otra cosa. ¿Y cómo os llamáis

—Soy el conde Annibal de Coconnas.

—¡Pueno! ¡Pueno! Tadme la cagta, sinior Annibal, y tádmela.

—Vaya un hombre amable —se dijo La Mole—. ¡Si pudiera encontrar otro igual que me condujera ante el rey de Navarra!

—Pero tadme la cagta —continuó el gentilhombre alemán extendiendo la mano hacia Coconnas, que vacilaba.

—¡Cáspita! —dijo el piamontés desconfiado como un semi— italiano—. No sé si debo. Tan siquiera tengo el honor de conoceros, señor.

—Soy Pesme; bertenezco al serficio del sinior de Güise.

—Pesme... —murmuró Coconnas—. No conozco ese nombre.

—Es el señor de Besme —dijo el centinela—. La pronunciación os confunde. Dadle vuestra carta, yo respondo.

—¡Ah! ¡Es el señor Besme! —exclamó Coconnas—. ¡Ya lo creo que lo conozco! ¡Cómo no! Con el mayor placer. Aquí tenéis mi carta y perdonad mi duda. Es preciso dudar cuando se quiere ser fiel.

—¡Pien, pien! —dijo Besme—. No hafía necesidad de esgusa.

—Señor —dijo La Mole aproximándose—. Ya que sois tan amable, ¿querríais encargaros de mi carta como acabáis de hacer con la de mi compañero?

—¿Quién sois fos?

—El conde Lerac de La Mole.

—¿El gonde Lerac de La Mole?

—Sí, señor.

—No gonosgo ese nombre.

—Es muy fácil que yo no tenga el honor de que me conozcáis, pues soy extranjero y, lo mismo que el conde de Coconnas, acabo de llegar de muy lejos.

—¿De dónde fenís?

—De Provenza.

—¿Y con una cagta?

—Sí, con una carta.

—¿Para el sinior de Güise?

—No, para Su Majestad el rey de Navarra.

—Yo no servir al rey de Naparra, sinior —respondió Besme con súbita frialdad—. Yo no poder llefar puestra cagta.

Y volviendo la espalda a La Mole, Besme entró en el Louvre haciendo señas a Coconnas de que le siguiera de cerca.

La Mole se quedó solo.

En el mismo momento en que desaparecían Besme y Coconnas por una puerta del Louvre, un grupo formado por un centenar de caballeros salía por otra.

—¡Ah, ah! —dijo el centinela a un compañero de servicio—. Es De Mouy con sus hugonotes. ¡Están radiantes! El rey les habrá prometido la muerte del asesino del almirante y, como es el mismo que mató al padre de De Mouy, el hijo matará dos pájaros de un tiro.

—Perdón —dijo La Mole dirigiéndose al soldado—. Creo haber oído que ese oficial es el señor De Mouy.

—En efecto.

—Y que los que le acompañan son...

—Herejes.

—Gracias —dijo La Mole sin dar muestras de haber oído el término despectivo empleado por el centinela—. Eso es todo cuanto deseaba saber.

Y dirigiéndose al jefe de los caballeros:

—Señor —dijo abordándole—, acabo de saber que sois el señor De Mouy.

—El mismo, caballero —respondió el oficial cortésmente.

—Vuestro nombre, tan conocido por los de mi religión, me anima a dirigirme a vos, señor, para pediros un favor.

—¿De qué se trata? Pero ante todo, ¿con quién tengo el honor de hablar?

—Con el conde de Lerac de La Mole.

Los dos jóvenes se saludaron.

—Os escucho, señor —dijo De Mouy.

—Acabo de llegar de Aix y soy portador de una carta del señor Auriac, gobernador de Provenza. Esta carta va dirigida al rey de Navarra y contiene noticias importantes y urgentes. ¿Cómo podré entregarla? ¿Cómo podré entrar en el Louvre?

—Nada más fácil que entrar en el Louvre, señor —replicó De Mouy—. Únicamente temo que el rey de Navarra esté demasiado ocupado en este momento para recibiros. Pero no importa; si queréis seguirme, os conduciré hasta sus habitaciones. El resto corre por vuestra cuenta.

—Mil gracias.

—Venid, pues —dijo De Mouy.

El oficial dejó las riendas de su caballo en manos de un lacayo y, encaminándose hacia la garita, se dio a conocer al centinela. Luego introdujo a La Mole en el castillo y, abriendo la puerta que daba paso a las habitaciones del rey:

—Entrad —le dijo—, a informaos.

Y saludándole se retiró.

Apenas estuvo solo, La Mole miró a su alrededor. La antecámara estaba vacía y una de sus puertas interiores abierta. Dio algunos pasos y se encontró en un pasillo. Golpeó y llamó sin que nadie le respondiera. El más profundo silencio reinaba en esta parte del Louvre.

« ¡Y pensar que me habían hablado de un rígido protocolo! -dijo para sí-. En este palacio todo el mundo entra y sale como en una plaza pública.»

Y volvió a llamar sin obtener mejor resultado que la primera vez.

«¡Adelante, pues! -pensó-. ¡Ya tropezaré con alguien! »

Y se metió por el pasillo, que se hacía cada vez más oscuro.

De pronto, la puerta que quedaba enfrente de aquélla por donde había entrado se abrió y aparecieron dos pajes llevando antorchas con las que iluminaban el camino a una mujer de estatura imponente, porte majestuoso y, sobre todo, de una admirable belleza.

La luz dio de lleno sobre La Mole, que permaneció inmóvil.

La dama se detuvo al verle.

—¿Queríais algo, señor? —le preguntó con una voz que en los oídos del joven hizo el efecto de una música deliciosa.

—¡Oh, señora! —dijo La Mole bajando la vista—. Excusadme, os lo ruego. Acabo de dejar al señor De Mouy, que ha tenido la gentileza de conducirme hasta aquí, y buscaba al rey de Navarra.

—Su Majestad no se encuentra aquí, señor; está con su cuñado. Pero en su ausencia podríais decir a la reina...

—Sí, sin duda, señora, con tal de que alguien se dignara llevarme hasta ella.

—Estáis en su presencia.

—¡Cómo! —exclamó La Mole.

—Soy la reina de Navarra —dijo Margarita.

La Mole, asustado, hizo un gesto de estupor que provocó la risa de la reina.

—Hablad pronto, señor, que me está esperando la reina madre.

—¡Oh! Señora, si tenéis prisa, permitidme que me retire, porque me sería imposible hablaros en este momento. Me siento incapaz de concebir una idea; vuestra presencia me ha deslumbrado. Ya no pienso, admiro.

Margarita se acercó llena de gracia y de belleza a aquel joven que, sin saberlo, acababa de expresarse como un refinado cortesano.

—Serenaos, señor. Esperaré y me esperarán.

—Perdonadme, señora, si no he saludado antes a Vuestra Majestad con todo el respeto que tiene derecho a esperar de uno de sus más humildes servidores, pero...

—Pero —continuó Margarita—, ¿me tomasteis por una de mis damas?

—No, no, señora: por la sombra de la bella Diana de Poitiers. Me han dicho que suele aparecerse en el Louvre.

—Vamos, señor —dijo Margarita—, ya no necesitáis que me preocupe más de vos: ¡seguro que haréis fortuna en la come! ¿Dijisteis que teníais una carta para el rey? Es inútil que esperéis, pero no importa, podéis dármela y yo se la entregaré... Pero daos prisa, os lo ruego.

En un abrir y cerrar de ojos, La Mole desató los cordones de su jubón y sacó del pecho una carta encerrada en un sobre de seda.

Margarita la cogió y observó la Tetra.

—¿Sois el señor de La Mole? —preguntó.

——Sí, señora. ¡Dios mío! ¿Tendré la dicha de que mi nombre sea conocido por Vuestra Majestad?

—Se lo he oído pronunciar al rey mi marido y a mi hermano el duque de Alençon. Sé que os esperan. Y deslizó en su corpiño recamado de bordados y diamantes aquella carta que le entregaba el joven y que aún conservaba el calor de su pecho. La Mole seguía ávidamente con los ojos cada uno de los movimientos de Margarita.

—Ahora —le dijo—, descended a la galería y esperad hasta que vayan a buscaros de parte del rey de Navarra o del duque de Alençon. Uno de mis pajes os va a conducir.

Después de pronunciar estas palabras Margarita continuó su camino. Aunque La Mole se apretó contra la pared, el pasillo era tan estrecho y el miriñaque de la reina de Navarra tan ancho que su vestido de seda rozó con el joven. Quedó tras ella una estela de penetrante perfume.

La Mole se estremeció por entero y, sintiéndose a punto de caer desvanecido, se apoyó contra la pared. Margarita desapareció como una quimera.

—¿Venís, señor? —dijo el paje encargado de acompañar a La Mole hasta la galería inferior. .

—Sí, sí —respondió La Mole entusiasmado. Precisamente, el muchacho le indicaba el camino por donde acababa de alejarse Margarita, con lo que pensó que, apresurándose, aún la vería.

En efecto; al llegar a lo alto de la escalera logró verla cuando llegaba al piso de abajo, y, sea por casualidad o porque el ruido de sus pasos llegara hasta ella, lo cierto es que levantó la cabeza y el joven La Mole pudo contemplar otra vez aquellos ojos.

—¡Oh! —exclamó—. No es una mortal, es una diosa, y como dijo Virgilio : Et vera incessu patuit dea.

—¿Me seguís? —preguntó el paje.

—Aquí estoy, perdonad, ya os sigo —respondió La Mole.

El paje, precedido de La Mole, descendió un piso, abrió una puerta, luego otra y, deteniéndose en el umbral, dijo:

—Éste es el lugar donde debéis esperar.

La Mole entró en la galería y la puerta se cerró a sus espaldas.

En la galería tan sólo halló a otro gentilhombre que se paseaba y parecía esperar también.

Ya la noche comenzaba a enviar espesas sombras desde lo alto de las bóvedas y, aunque los dos hombres estaban apenas a veinte pasos de distancia uno de otro, no podían distinguir sus rostros. La Mole se acercó.

—¡Dios me perdone! —exclamó cuando estuvo a pocos pasos del otro—. ¡Si es el señor conde de Coconnas! Al oír sus pasos, el piamontés se había vuelto y le miraba con el mismo asombro con que era mirado.

—¡Pardiez! ¡Que el diablo me lleve si no sois el señor conde de La Mole! ¡Uf! ¿Qué estoy haciendo? ¿Jurar en la casa del rey? Pero ¡bah! Tengo entendido que el rey jura más que yo y hasta en la iglesia. Nos encontramos de nuevo en el Louvre...

—Tal como lo estáis viendo. ¿Os introdujo el señor Besme?

—Sí, es un alemán sumamente amable... Y a vos ¿quién os sirvió de introductor?

—El señor De Mouy. No me equivocaba al deciros que los hugonotes tenían prestigio en la corte... ¿Habéis visto al duque de Guisa?

—Aún no. Y vos ¿obtuvisteis vuestra audiencia con el rey de Navarra?

—No, pero no tardaré en conseguirla. Me trajeron hasta aquí diciéndome que esperara.

—¡Ya veréis cómo se trata de algún magnífico festín al que seremos invitados! ¡Pero qué singular casualidad, a fe mía! Desde hace dos horas el destino nos une. Pero ¿qué tenéis? Parecéis preocupado...

—¿Yo? —dijo en seguida La Mole, estremeciéndose porque, efectivamente, seguía como en éxtasis recordando la visión que se le había aparecido—. No, pero el lugar en que nos hallamos trae a mi espíritu multitud de sugerencias.

—Filosóficas, ¿no es cierto? Lo mismo me ocurre a mí. Justamente cuando entrasteis, acudían a mi mente todas las recomendaciones de mi preceptor. ¿Habéis leído a Plutarco, señor conde?

—¡Cómo no! —dijo La Mole sonriendo—. Es uno de mis autores predilectos.

—Pues bien —continuo gravemente Coconnas—, creo que ese gran hombre no se equivoca cuando compara los dones de la naturaleza con flores brillantes pero efímeras, mientras que considera a la virtud como una planta balsámica de perfume imperecedero y de soberana eficacia para curar las heridas.

—¿Sabéis griego, señor Coconnas? —dijo La Mole, mirando fijamente a su interlocutor.

—No, pero mi preceptor sabía y me recomendó con mucho interés que, cuando estuviese en la corte, no dejara de discurrir sobre la virtud: «Eso —me dijo— está bien visto.» En cuanto a eso, he venido bien pertrechado, os lo advierto. Y a propósito ¿tenéis apetito?

—No.

—Me parece, sin embargo, que os atraía bastante el ave asada de A la Belle Etoile. Yo me muero de inanición.

—Señor Coconnas, ésta es una buena ocasión para sacar a relucir vuestros argumentos sobre la virtud y probar vuestra admiración por Plutarco. Este buen escritor dice en alguna parte: «Es bueno acostumbrar el alma al dolor y el estómago al hambre.» Prepon esti tên men psuchên odunê, ton de gastéra sem askeïn.

—¡Ah! ¿Sabíais el griego? —exclamó Coconnas, estupefacto.

—Ya lo creo; mi preceptor me lo enseñó.

—¡Voto al diablo, conde! Entonces tenéis asegurada la fortuna: haréis versos con el rey Carlos IX y hablaréis en griego con la reina Margarita.

—Sin contar —añadió La Mole riendo— con que, además, puedo hablar en gascón con el rey de Navarra. En aquel momento se abrió una puerta de la galería que comunicaba con las habitaciones del rey; resonaron unos pasos y se vio en la oscuridad una sombra que avanzaba. Esta sombra se convirtió en un cuerpo. Y este cuerpo era el del señor de Besme.

Olfateó a los dos jóvenes para. reconocer al que buscaba a hizo señas a Coconnas para que le siguiera. Coconnas se despidió de La Mole agitando el brazo.

Besme condujo a Coconnas al extremo de la galería, abrió una puerta y se encontraron ante el primer peldaño de una escalera.

Llegados allí, Besme se detuvo, y luego de mirar alrededor, arriba y abajo, preguntó:

—Sinior de Cogonnas, ¿dónde fifís?

—En la posada de A la Belle Etoile, calle de l'Arbre —Sec.

—¡Pueno! ¡Pueno! Estar a dos basos de aquí... Folfed bronto a fuestro hotel y esta noche...

Miró otra vez en torno suyo.

—¿Esta noche? —preguntó Coconnas.

—Pien, esta noche folfed aquí con una puena esbada. La consigna es Güise. ¡Silencio! Poca cerrada.

—¿Pero a qué hora debo venir?

—Cuando oigáis la cambana.

—¿Cómo, la cambana?

—Sí, la cambana, ¡tam! ¡tam!

—¡Ah! ¿La campana?

—Sí, esto es lo que decía.

—Así será —dijo Coconnas.

Y saludó a Besme, preguntándose en voz baja cuando se alejaba:

—¿Qué diablos querrá decir y con qué motivo tocarán las campanas? De todos modos mantengo mi opinión: el señor Besme es un tedesco muy amable. ¿Si esperara al conde de La Mole?... Pero no; es probable que cene con el rey de Navarra.

Y Coconnas se dirigió hacia la calle de l'Arbre-Sec, donde el anuncio de A la Belle E'toile le atraía como un imán. Entre tanto, la puerta de la galería correspondiente a las habitaciones del rey de Navarra se abrió y un paje se adelantó hacia La Mole.

—¿Sois el conde de La Mole? —preguntó.

—El mismo.

—¿Dónde vivís?

—En la calle de l'Arbre —Sec, posada de A la Belle Etoile.

—Bien, está a las puertas del Louvre. Escuchad... Su Majestad os envía decir que no puede recibiros en este momento; quizás esta noche os mande llamar. En todo caso, si mañana por la mañana no habéis recibido noticias suyas, venid al Louvre.

—¿Y si el centinela me niega la entrada?

—¡Ah! Es cierto. El santo y seña es Navarra; pronunciad esta palabra y se os abrirán todas las puertas.

—Gracias.

—Esperad, caballero; tengo orden de acompañaros hasta la salida para que no os extraviéis por el palacio.

—¿Qué será de Coconnas? —se preguntó La Mole cuando estuvo en la calle—. ¡Oh! Seguramente se habrá quedado a cenar con el duque de Guisa.

Pero al volver a casa de maese La Hurière, la primera persona que vio nuestro hombre fue Coconnas, sentado ante una gigantesca tortilla con tocino.

—¡Oh, oh! —exclamó Coconnas, riendo a carcajadas—. Parece que os quedasteis sin la cena del rey de Navarra, así como yo sin la del duque de Guisa.

—Así parece.

—¿Y os volvió el apetito?

—Creo que sí.

—¿A pesar de Plutarco?

—Señor conde —dijo riendo La Mole—, Plutarco dice en otra parte que el que tiene debe repartir con el que no tiene. ¿Queréis, por amor a Plutarco, compartir vuestra tortilla conmigo? Hablaremos de la virtud mientras cenamos.

—¡Oh, no! —dijo Coconnas—. Eso está bien para cuando uno se halla en el Louvre, temiendo ser escuchado y con el estómago vacío. Sentaos ahí y cenemos.

—Veo que la suerte nos ha hecho inseparables. ¿Dormiréis aquí?

—No sé todavía.

—Yo tampoco.

—En todo caso sé muy bien dónde pasaré la noche.

—¿Dónde?

—Pues en el mismo sitio donde la paséis vos. ¡No fallará!

Ambos se echaron a reír, haciendo los honores a la tortilla de maese La Hurière.

La deuda pagada

✦

Si el lector siente la curiosidad de saber por qué el señor de La Mole no fue recibido por el rey de Navarra y cuál fue la razón por la cual Coconnas no pudo ver al señor de Guisa, y, por último, por qué, en lugar de cenar los dos en el Louvre con faisanes, perdices y corzos, se contentaron con la tortilla de tocino de A la Belle Etoile, será preciso que tenga la bondad de volver con nosotros al viejo palacio de los reyes y de seguir a la reina Margarita de Navarra, a quien La Mole perdió de vista a la entrada de la galería. Mientras Margarita descendía la escalera, el duque Enrique de Guisa, a quien ella no había vuelto a ver desde la noche de su boda, se hallaba en el gabinete del rey. La escalera salía a un corredor que comunicaba directamente con las habitaciones de la reina madre, Catalina de Médicis. El gabinete donde se encontraba el duque tenía una puerta que daba a este mismo corredor.

Se hallaba Catalina de Médicis sola, sentada junto a una mesa, con el codo apoyado sobre un libro de misa entreabierto y la cabeza reclinada sobre una mano todavía notablemente hermosa, gracias al cosmético que le preparaba el florentino Renato, que desempeñaba el doble cargo de perfumista y proveedor de venenos de la reina madre.

La viuda de Enrique II llevaba el mismo luto que adoptó a la muerte de su marido. Era una mujer de cin - cuenta y dos o cincuenta y tres años, que conservaba, gracias a su lozana robustez, algunos rasgos de su antigua belleza. Su cuarto, como su vestido, era el de una viuda. Todo tenía en él igual carácter sombrío: tapices, paredes y muebles. Tan sólo encima de una especie de dosel que cubría un sillón real, donde en aquel momento dormía la perra favorita de la reina madre, regalo de su yerno Enrique de Navarra y a la que habían puesto el nombre mitológico de Febe, se veía pintado al fresco un arco iris rodeado de esta divisa griega que el rey Francisco I había dedicado a la reina: Phôs pherei a de kai aïth zen, y que puede traducirse así:

Lleva la luz y la serenidad.

De pronto, y cuando más absorta parecía la reina en sus pensamientos, que dibujaban en sus labios pintados con carmín una sonrisa lenta y vacilante, un hombre abrió la puerta, levantó un tapiz y mostró su rostro pálido, al mismo tiempo que decía:

—Todo va mal.

Catalina levantó la cabeza y reconoció al duque de Guisa.

—¿Cómo que todo va mal? —respondió—. ¿Qué queréis decir, Enrique?

—Que el rey está cada vez más engañado con sus malditos hugonotes y que, si esperamos su consentimiento para ejecutar la gran empresa, tendremos para largo o para nunca.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Catalina, conservando aquel rostro impasible que le era habitual, aun que tan divinamente sabía, según la ocasión, darle las expresiones más opuestas.

—Ocurre que acabo de hacer a Su Majestad por vigésima vez la pregunta de si habremos de continuar soportando las insolencias que se permiten desde el atentado contra el almirante los señores de la religión reformada.

—¿Y qué os ha respondido, hijo mío?

—Textualmente: «Señor duque, el pueblo debe sospechar que sois vos el autor del asesinato cometido en la persona de mi segundo padre el almirante, defendeos como os plazca. En cuanto a mí, ya sabré defenderme si me insultan...» Y, después de estas palabras, me ha vuelto la espalda para ir a dar de comer a sus perros.

—¿Y no habéis intentado retenerlo?

—Sí, pero me ha contestado con esa voz que ya conocéis y mirándome de ese modo especial que sólo él sabe: «Señor duque, mis perros tienen hambre y no son hombres para que los haga esperar...» En seguida he venido a preveniros.

—Habéis hecho bien —dijo la reina madre.

—Pero ¿qué hacer ahora?

—Intentar un último esfuerzo.

—¿Quién será el que lo intente?

—Yo. ¿El rey está solo?

—No, está con el señor de Tavannes.

—Esperadme aquí, o mejor, seguidme de lejos.

Catahna se levantó en seguida y fuese hacia la habitación donde, sobre alfombras turcas y almohadones de terciopelo, estaban los lebreles favoritos del rey. So bre algunas perchas sujetas a la pared había dos o tres halcones elegidos y un pequeño alcaudón, con el cual Carlos IX solía divertirse en cazar pajaritos en los jardines del Louvre y en los de las Tullerías, que empezaban a construirse.

Por el camino, la reina madre dio un aspecto de angustia a su fisonomía, dejando rodar por su artificial palidez una última lágrima que era sin duda la primera.

Se acercó sin hacer ruido a Carlos IX, que a la sazón repartía entre sus perros un pastel dividido en trozos iguales.

—¡Hijo mío! —dijo Catalina con un temblor en la voz, tan bien fingido que hizo estremecerse al rey.

—¿Qué tenéis, señora? —preguntó Carlos, volviéndose bruscamente.

—Vengo a pediros, hijo mío, que me permitáis retirarme a uno de vuestros castillos, cualquiera que sea, con tal de que esté situado muy lejos de París.

—¿Por qué razón, señora? —preguntó Carlos IX, clavando en su madre aquella vidriosa mirada que en ciertas ocasiones se hacía tan penetrante.

—Porque todos los días recibo nuevos ultrajes de los partidarios de la religión reformada; porque hoy he oído a los protestantes amenazaros hasta en vuestro propio Louvre y no quiero asistir más a semejantes espectáculos.

—Pero, en fin, madre —dijo Carlos IX con convicción—, han querido matarles a su almirante. Un infame asesino ya les mató al valiente De Mouy. ¡Pobre gente! ¡Por vida mía! Es preciso que haya justicia en mi reino.

—¡Oh! Estad tranquilo, hijo mío —dijo Catalin a—. No les faltará justicia, porque si vos se la negáis, ellos se la tomarán por su mano. Hoy, sobre el duque de Guisa, mañana sobre mí, al otro día sobre vos...

—¿Creéis esto, señora? —respondió Carlos IX dejando traslucir en su voz un primer acento de duda.

—Hijo mío —añadió Catalina abandonándose por entero a la violencia de sus pensamientos—, ¿no veis que ya no se trata de la muerte de Francisco de Guisa ni de la del almirante, de la religión protestante ni de la católica, sino simplemente de la sustitución del hijo de Enrique II por el de Antonio de Borbón?

—Vamos, madre mía, reportaos; ya volvéis a caer en vuestras exageraciones de siempre —dijo el rey.

—¿Cuál es vuestra opinión, hijo mío?

—Esperar, madre, esperar. Toda la sabiduría humana reside en esta palabra. El más grande, el más fuerte. el más hábil es aquel que, sobre todo, sabe esperar.

—Esperad, pues; pero yo no esperaré.

Y sin más, haciendo una reverencia, Catalina se acercó a la puerta para volver a sus habitaciones. Carlos IX la detuvo.

—¿Qué queréis que haga entonces? Porque, ante todo, soy justo y quisiera que todo el mundo estuviese contento de mí.

Catalina regresó a su lado.

—Venid, señor conde —le dijo a Tavannes que estaba acariciando un halcón—, y decid al rey cuál es vuestro punto de vista.

—Si Su Majestad me lo permite —insinuó el conde.

—Di, Tavannes, di.

—¿Qué hace Vuestra Majestad en una cacería si se ve atacado por un jabalí?

—¡Pardiez! Señor, le espero a pie firme y le atravieso la garganta con un venablo.

—Sólo para evitar que os haga daño —agregó Catalina.

—¡Y para divertirme! —dijo el rey, dando un suspiro que indicaba un valor llevado a la temeridad—. Pero no me divertiré matando a mis súbditos, porque, después de todo, los hugonotes son mis vasallos lo mismo que los católicos.

—Entonces, Sire —dijo Catalina—, vuestros vasallos los hugonotes harán como el jabalí cuando no se le clava un venablo en la garganta: echarán abajo el trono.

—¡Bah! ¿Eso creéis, señora? —dijo el rey en un tono revelador de que no daba mucho crédito a las predicciones de su madre.

—¿Pero no habéis visto hoy al señor De Mouy y a los suyos?

—Sí, los he visto; acabo de dejarlos; ¿acaso me han pedido algo que no sea justo? De Mouy me ha rogado el castigo de l asesino de su padre y del que atentó contra el almirante. ¿Acaso no condenamos al señor de Montmorency por la muerte de mi padre y vuestro esposo, aunque esta última se debiera a un simple accidente?

—Está bien, Sire —dijo Catalina secamente—. No hablemos más de este asunto. Vuestra Majestad goza de la protección de Dios, que le da fuerza, sabiduría y confianza; pero yo, pobre mujer abandonada de Dios, sin duda a causa de mis pecados, debo temer y cedo.

Al decir esto, Catalina saludó por segunda vez y salió haciendo señas al duque de Guisa, que había entrado en la habitación, de que se quedara para hacer una última tentativa.

Carlos IX siguió con la mirada a su madre, pero esta vez no intentó detenerla, sino que se puso a acariciar sus perros mientras silbaba una melodía de caza. De repente se interrumpió:

—¡La verdad es que mi madre es todo un carácter! De nada duda. Pero ¿quién se atreve a matar deliberadamente a unas cuantas docenas de hugonotes sólo porque vienen a pedir justicia? ¿Acaso no están en su perfecto derecho?

—¡Unas cuantas docenas! —murmuró el duque de Guisa.

—¡Ah! ¿Estáis ahí, señor? —preguntó el rey fingiendo advertir entonces su presencia—. Sí, unas cuantas docenas; ¡buena caza!... ¡Ah! Si alguien viniera a decirme: «Sire, os libraréis de todos vuestros enemigos de tal modo que mañana no quedará uno solo para reprocharos la muerte de Los demás», entonces no me opondría.

—¿Entonces?...

—Tavannes —interrumpió el rey—, estás fastidiando a Margot; vuelve a ponerla en su perchera; porque lleve el nombre de mi hermana la reina de Navarra no es razón para que todo el mundo la acaricie.

Tavannes dejó a Margot en su sitio y se entretuvo en enrollar y desenrollar Las orejas de un lebrel.

—Pero, señor —replicó el duque de Guisa—, si dijesen a Vuestra Majestad: «Sire, Vuestra Majestad se verá libre mañana de todos sus enemigos...»

—¿Y por intervención de qué santo se haría tan gran milagro?

—Sire, hoy es veinticuatro de agosto; sería por obra y gracia de San Bartolomé.

—¡Bonito santo —dijo el rey—, que se dejó desollar vivo!

—¡Tanto mejor! Mientras más haya sufrido, mayor rencor guardará a sus verdugos.

—¿Y sois vos, primo —dijo el rey—, vos, con esa Linda espadita de dorada empuñadura, quien matará de aquí a mañana a diez mil hugonotes? ¡Ja, ja, ja! ¡Me muero de risa! ¡Sois muy gracioso, señor duque! Con esto lanzó el rey una carcajada tan falsa, que Las paredes devolvieron un eco lúgubre.

—Sire, una sola palabra, una señal y todo está dispuesto —respondió el duque, estremeciéndose a pesar suyo al oír aquella risa que no tenía nada de humana—. Cuento con Los suizos, mil cien gentiles hombres, la caballería ligera, Los burgueses. Vuestra Majestad, por su parte, tiene sus guardias, sus amigos, su nobleza católica... ¡Seremos veinte contra uno!

—Entonces, si sois tan fuerte, primo, ¿por qué diablos venís a zumbarme Los oídos con esta historia? Haced lo que os parezca sin contar conmigo...

Y el rey tornó a ocuparse de sus perros.

En aquel momento se levantó el tapiz y reapareció Catalina.

—Todo va bien —le susurró al duque— ¡insistid y cederá!

Y el tapiz volvió a caer ocultando a Catalina, sin que Carlos IX la viese o al menos demostrara haberla visto.

—Sólo quiero saber —dijo el duque de Guisa—, si, obrando conforme a mis deseos, complaceré a Vuestra Majestad.

—En verdad os digo, primo Enrique, que eso es ponerme un puñal al pecho. Pero resistiré, ¡pardiez! ¿Acaso no soy el rey?

—Todavía no, señor; pero lo seréis mañana si queréis.

—¡Ah! Pero entonces habrá que matar también al rey de Navarra, al príncipe de Condé... ¡Y en mi palacio!... ¡Es demasiado!

Luego agregó con voz apenas inteligible:

—Fuera de mi casa yo no digo nada.

—¡Sire! —exclamó el duque—. Esta noche salen los dos con vuestro hermano el duque de Alençon a divertirse.

—Tavannes —dijo el rey simulando admirablemente un gesto de impaciencia—. ¿No veis que estáis molestando a ese perro? ¡Ven aquí, Acteón, ven!

Sin querer oír más, Carlos IX salió de la pieza en dirección a su dormitorio, dejando al duque de Guisa y a Tavannes con la misma incertidumbre que antes.

Mientras tanto, en los aposentos de la reina madre se desarrollaba una escena de muy distinto género. Catalina, después de aconsejar al duque de Guisa que insistiera en sus propósitos, había regresado a su alcoba, donde halló reunidas a las personas que solían acompañarla mientras se acostaba. Tenía ahora una expresión tan risueña como afligida la tuvo al salir. Despidió paulatinamente y con la mayor amabilidad a sus damas y cortesanos hasta quedar sola con Margarita, quien, sentada sobre un cofre cerca de la ventana abierta, contemplaba el cielo entregada a sus pensamientos.

Al verse sola con su hija, la reina madre abrió dos o tres veces la boca con intención de hablar, pero cada vez una sombría idea hizo retroceder hasta el fondo de su pecho aquellas palabras que parecían a punto de escaparse de sus labios.

A todo esto se levantó el tapiz y entró en la estancia Enrique de Navarra. La perrita que dormía en el sillón real dio un salto y corrió a su encuentro.

—¿Vos aquí, hijo mío? —exclamó Catalina, estremeciéndose—. ¿Vais a cenar en el Louvre?

—No, señora —respondió Enrique—. Iré a recorrer la ciudad esta noche con los duques de Alençon y de Condé. Creí que estarían aquí haciéndoos la corte.

Catalina sonrió.

—Id, señor... Los hombres tienen la dicha de poder divertirse así... ¿No es cierto, hija mía?

—Así es, señora —respondió Margarita—. ¡Es tan bella y tan valiosa la libertad!

—¿Queréis decir que yo encadeno la vuestra? —dijo Enrique, inclinándose ante su esposa.

—No, señor, no me quejo por mí, aludo a la condición de la mujer en general.

—¿Iréis a ver al señor almirante, hijo mío? —preguntó Catalina.

—Sí, tal vez.

—No dejéis de ir; será un buen ejemplo, y mañana me diréis cómo se encuentra.

—Iré, pues, ya que aprobáis tal visita.

—Yo no apruebo nada —dijo Catalina—. Pero ¿quién anda ahí? Despedida quienquiera que sea.

Enrique dio un paso hacia la puerta para ejecutar la orden de Catalina, pero en este instante se levantó el tapiz y apareció la rubia cabeza de la señora de Sauve.

—Señora —anunció—, es Renato, el perfumista, a quien Vuestra Majestad mandó llamar.

Catalina lanzó una mirada tan rápida como el rayo a Enrique de Navarra.

El joven príncipe enrojeció y, al momento, quedóse pálido de un modo horrible. Acababa de oír pronunciar el nombre del asesino de su madre. Como sintiera que su rostro traicionaba su emoción, fue a apoyarse contra el barrote de una ventana.

La perrita lanzó un gemido.

En seguida entraron dos personas, una que había sido anunciada y otra que no tenía necesidad de serlo. Era la primera Renato, el perfumista, quien se acercó a Catalina con la obsequiosidad característica de los sirvientes florentinos; llevaba una caja que al abrirse dejó ver una serie de divisiones llenas de polvos y algunos frascos.

La otra, era la señora de Lorena, hermana de Margarita. Entró por una puertecita secreta que comunicaba con el gabinete del rey y, pálida y temblorosa, trató de ocultarse a la vista de Catalina, que estaba examinando con la señora de Sauve el contenido de la caja llevada por Renato. Fue a sentarse al lado de Margarita, junto a la cual estaba, con una mano en la frente, como quien trata de reponerse de algún desvanecimiento, el rey de Navarra.

Catalina volvió la cabeza.

—Hija mía —dijo a Margarita—, podéis retiraros a vuestras habitaciones. Y vos —agregó dirigiéndose a Enrique— id a divertiros.

Margarita se levantó y Enrique se volvió a medias.

La señora de Lorena cogió de la mano a Margarita.

—Hermana mía —dijo en voz baja y apresuradamente—: en nombre del duque de Guisa, que os quiere salvar la vida como vos se la salvasteis a él, no salgáis de aquí, no vayáis a vuestras

habitaciones.

—¿Eh? ¿Qué dices, Claudia? —preguntó Catalina, volviendo la cabeza.

—Nada, madre.

—¿No estabas hablando en voz baja con Margarita?

—Le deseaba buenas noches, señora; y le daba recuerdos de parte de la señora de Nevers.

—¿Dónde está la bella duquesa?

—Con su cuñado el señor de Guisa.

Catalina miró a las dos mujeres con aire de desconfianza y dijo, frunciendo el ceño:

—Acércate, Claudia.

Claudia obedeció. Catalina le cogió la mano.

—¿Qué le habéis dicho? Sois una indiscreta —añadió apretando por la muñeca a su hija hasta que la hizo gritar.

—Señora —dijo a su esposa Enrique, que, aunque sin oír una palabra, no había perdido ningún movimiento de la escena de la que fueron protagonistas la reina, Claudia y Margarita —, ¿me haríais el honor de darme a besar vuestra mano?

Margarita le tendió una mano temblorosa.

—¿Qué os ha dicho? —murmuró Enrique mientras se inclinaba para rozar su mano con los labios.

—Que no debo salir. ¡En nombre del Cielo, no salgáis vos tampoco!

No fue más que un relámpago, pero por fugaz que fuese, Enrique adivinó que se trataba de un complot.

—Esto no es todo —añadió Margarita—; aquí tenéis una carta que os trajo un gentilhombre provenzal.

—¿El señor de La Mole?

—Sí.

—Gracias —dijo el rey, cogiendo la carta y guardándola en su jubón. Y, pasando por delante de su atribulada esposa, fue al encuentro del florentino, y poniéndole la mano en el hombro, dijo—: Qué tal, maese Renato, ¿cómo marchan vuestros asuntos?

—No del todo mal, señor —respondió el envenenador con su pérfida sonrisa.

—No me extraña —continuó Enrique— cuando se es, como sois vos, proveedor de todas las testas coronadas de Francia y del extranjero.

—Excepto del rey de Navarra —respondió cínicamente el florentino.

—A fe que tenéis razón —dijo Enrique—, y eso que mi pobre madre, que también compraba vuestros perfumes, me recomendó al morir a maese Renato. Venid a verme mañana o pasado mañana y traedme vuestros mejores productos.

—No estará de más —dijo sonriendo Catalina—, porque dicen...

—¿Que sudo mucho? —concluyó Enrique riendo—. ¿Quién os lo dijo, madre? ¿Margot?

—No, hijo mío —respondió Catalina intencionadamente—, la señora de Sauve.

En aquel momento, la duquesa de Lorena, que a pesar de los esfuerzos que hacía no podía contenerse, rompió a llorar.

Enrique ni siquiera se volvió.

—¡Hermana mía! —gritó Margarita, lanzándose hacia donde estaba Claudia—. ¿Qué tenéis?

—Nada —dijo Catalina colocándose entre las dos jóvenes— es un acceso de esa fiebre nerviosa que Mazille le ha aconsejado que combata con aceites aromáticos.

Dicho lo cual apretó de nuevo, con más fuerza que lo hizo la primera vez, el brazo de su hija mayor. Luego, volviéndose hacia la menor, dijo:

—Margot, ¿no habéis oído que os he invitado a que os retiréis? Si no basta con esto, sabed que os lo ordeno.

—Perdonad, señora —dijo Margarita pálida y temblorosa—. Deseo que duerma bien Vuestra Majestad.

—Y yo espero que sea cumplido vuestro deseo. Buenas noches.

Margarita salió tambaleándose, buscando en vano la mirada de su esposo, quien ni siquiera se dignó volver la cabeza.

Hubo un instante de silencio, durante el cual tuvo Catalina clavados los ojos en la duquesa de Lorena, quien, por su parte, miraba a su madre sin pronunciar palabra, uniendo las manos en actitud de súplica. Enrique, aunque se hallaba de espaldas, veía la escena reflejada en un espejo, ante el cual fingía alisarse el bigote con una pomada que acababa de darle Renato.

—¿Y vos, Enrique, no ibais a salir por fin? —preguntó Catalina.

—¡Ah, sí! —exclamó el rey de Navarra—. ¡Por Belcebú! Olvidaba que me esperan el duque de Alençon y el príncipe de Condé. Estos admirables perfumes me embriagan de tal manera, que hasta creo que me hacen perder la memoria. Hasta la vista, señora.

—Adiós. Mañana me daréis noticias del almirante. ¿No es cierto?

—No faltaré. Vamos, Febe, ¿qué hay?

—¡Febe! —exclamó la reina madre con impaciencia.

—Llamadla, señora —dijo el bearnés—, porque no quiere dejarme salir.

La reina madre se levantó y la sujetó por el collar, mientras Enrique se alejaba con el rostro tan sereno y risueño como si no hubiera sentido en el fondo de. su corazón que corría un peligro de muerte.

La perrita, dejada ya en libertad por Catalina de Médicis, corrió detrás de él para alcanzarlo; pero la puerta se había cerrado y sólo pudo alargar el hocico por debajo del tapiz para lanzar un aullido lúgubre y prolongado.

—Ahora, Carlota —dijo la reina a la señora de Sauve—, id a buscar al duque de Guisa y al señor Tavannes, que están en mi oratorio, y volved con ellos a hacer compañía a la duquesa de Lorena, que se halla indispuesta.

La noche del 24 de agosto de 1572

✦

Cuando La Mole y Coconnas concluyeron su frugal comida, pues las aves de la posada de A la Belle Etoile no existían más que en el anuncio, Coconnas hizo girar su silla sobre una pata, estiró las piernas, apoyó el codo sobre la mesa y, saboreando el último vaso de vino:

—¿Pensáis acostaros inmediatamente, señor de La Mole? —preguntó.

—¡A fe mía! Puesto que es muy posible que vengan a despertarme a medianoche.

—A mí también —dijo Coconnas—; por eso creo que en lugar de acostarnos y luego hacer esperar a quien venga en busca nuestra, haríamos mejor en pedir una baraja y jugar. Así estaremos prevenidos en todo momento.

—Aceptaría complacido vuestra proposición, pero tengo poco dinero para jugar: escasamente cien escudos de oro en mi maleta. Y ése es todo mi tesoro. Con tan poco trataré de hacer fortuna en París.

—¡Cien escudos de oro! —exclamó Coconnas—. ¿Y os quejáis? ¡Pardiez! ¡Qué diré yo, que sólo poseo seis!...

—¡Vaya! —repuso La Mole—. Os he visto sacar de vuestro bolsillo una bolsa que me ha parecido no sólo bien redondeada, sino a punto de estallar.

—¡Ah! —dijo Coconnas—. Eso lo traigo para cancelar una antigua deuda con un amigo de mi padre, de quien sospecho, igual que de vos, que es algo hugonote. Sí, aquí hay cien apetitosas libras —continuó golpeando la bolsa—, pero estas cien opulentas damas le pertenecen a maese Mercandon. En cuanto a mi patrimonio personal, ya os he dicho que se reduce a seis escudos.

—¿Cómo vamos a jugar entonces?

—Precisamente por eso quiero jugar. Además, se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—¿No hemos venido los dos a París con un mismo objetivo?

—Sí.

—¿No contáis con el vuestro tanto como yo con el mío?

—Sí.

—Pues bien, se me ocurre que juguemos por lo pronto nuestro dinero y luego el primer favor que recibamos, sea de la corte, sea de nuestras queridas...

—Realmente es un procedimiento muy ingenioso —dijo La Mole sonriendo—, pero confieso que no soy tan hábil jugador como para arriesgar mi vida entera a una carta o a los

dados; puesto que de ese primer favor que aludís dependerá probablemente mi vida o la vuestra.

—Suprimamos entonces el primer favor de la corte y juguemos el primero de nuestras queridas.

—No veo más que un inconveniente —repuso La Mole.

—¿Y es?

—Que no tengo querida.

—Yo tampoco; pero pronto tendré alguna. ¡Gracias a Dios no estoy hecho a pasarme sin mujeres!

—No os faltarán a vos, señor de Coconnas, pero como yo no tengo la misma confianza en mi estrella amorosa, creo que sería un robo apostar mis posibilidades contra las vuestras. Juguemos, pues, los seis escudos que poseéis y si os los gano por desdicha vuestra y aún queréis seguir el juego... ¡Pardiez! Sois un caballero y vuestra palabra vale oro.

—¡En buena hora! —exclamó Coconnas—. ¡Así se habla! Y tenéis razón; la palabra de un gentilhombre vale oro, sobre todo cuando ese gentilhombre tiene crédito en la corte. Creedme que no arriesgaría mucho jugando contra vos el primer favor que obtenga.

—Sólo que podríais perderlo y yo no lo podría ganar, puesto que siendo yo del rey Enrique de Navarra no puedo recibir nada del señor duque de Guisa.

—¡Ah, el impío! Ya lo suponía —murmuró el posadero limpiando su viejo casco.

Y se interrumpió para hacer la señal de la cruz.

—¿Conque decididamente sois de los otros? —preguntó Coconnas mientras barajaba los naipes que le había traído el mozo.

—¿De qué otros?

—Dé los protestantes.

—¿Yo?

—Sí, vos.

—Suponed que así sea —dijo sonriendo La Mole—. ¿Tenéis algo en contra nuestra?

—No, a Dios gracias, no. Podéis ser lo que queráis, me es igual. Odio profundamente el protestantismo, pero no detesto a los hugonotes. Además, ahora están de moda.

—Sí —repuso La Mole, riendo con sorna—; prueba de ello es el atentado al señor almirante. ¿Queréis que también apostemos las balas de nuestros arcabuces?

—Como gustéis —replicó Coconnas—;con tal de jugar, poco me importa el qué.

Juguemos, pues -dijo La Mole, recogiendo sus cartas y acomodándolas en su mano.

Jugad y hacedlo con confianza, porque aunque pierda cien escudos de oro como los vuestros, mañana tendré con qué pagarlos.

—¿Vendrá a veros la fortuna mientras dormís?

—No, seré yo quien vaya a su encuentro.

—Decidme dónde y os acompañaré.

—Al Louvre.

—¿Volveréis allí esta noche?

—Sí, tengo una audiencia particular con el duque de Guisa.

Desde que Coconnas hubo mencionado su propósito de ir al Louvre a buscar fortuna, La Hurière dejó de frotar su casco y fue a colocarse detrás de la silla de La Mole, de modo que sólo el otro jugador pudiera verlo, y desde allí empezó a hacerle señas al piamontés, quien, atento a su juego y pendiente de la conversación, no las veía.

—¡Es milagroso! —exclamó La Mole—. Teníais razón al decir que habíamos nacido bajo la misma estrella. Yo también tengo una cita esta noche en el Louvre; pero no con el duque de Guisa, sino con el rey de Navarra.

—¿Sabéis el santo y seña?

—Sí.

—¿Y tenéis algún distintivo?

—No.

—Pues yo sí: el santo y seña es...

Al oír estas palabras del piamontés, La Hurière hizo un gesto tan expresivo, precisamente en el momento en que el indiscreto gentilhombre levantaba la cabeza, que Coconnas se quedó petrificado más por la cara del posadero que por la jugada en que acababa de perder tres escudos. Viendo el asombro que se pintaba en el rostro de su adversario, La Mole miró hacia atrás, pero no vio sino al posadero cruzado de brazos y cubierto con el casco que hacía un momento estaba limpiando.

—¿Qué os pass? —preguntó La Mole a Coconnas.

Coconnas miraba al posadero y a su compañero sin responder, pues era incapaz de descifrar las reiteradas s señas de maese La Hurière.

Éste comprendió que debía sacarle de apuros.

—Es que yo también soy muy aficionado al juego

—dijo rápidamente—, y como me acerqué para ver la baza que acabáis de ganar, os habrá sorprendido sin duda este aspecto belicoso en un pobre burgués como yo.

—¡Tenéis un gran tipo, a fe mía! —exclamó el conde de La Mole riendo a carcajadas.

—¡Pues, señor! —replicó La Hurière con una inocencia admirablemente fingida y un encogimiento de hombros lleno del sentimiento de su propia inferioridad—. Nosotros no tenemos por qué ser valientes ni poseer esa esbeltez refinada. Esto est á bien para los nobles gentiles hombres como vos, que lucen cascos dorados y elegantes espadas. Nosotros con montar puntualmente las guardias...

—¡Ah! —dijo La Mole barajando—. ¿Hacéis guardias?

—¡Por Dios, señor conde! ¡Naturalmente! Soy sargento de las milicias burguesas.

Dicho esto, y mientras La Mole Baba las cartas, se retiró llevándose un dedo a los labios para recomendar discreción a Coconnas, que cada vez se hallaba más desorientado.

Esta precaución fue causa sin duda de que Coconnas perdiera la segunda jugada con tanta rapidez como la primera.

—Con esto —dijo La Mole— habéis perdido vuestros seis escudos. ¿Queréis jugar la revancha y responder con vuestra futura fortuna?

—Encantado —dijo Coconnas.

—Pero antes de empezar, ¿no teníais una cita con el señor de Guisa?

Coconnas miró hacia la cocina, donde tropezó con los abultados ojos de La Hurière, que repetía la misma advertencia.

—Sí —dijo—, pero aún no es la hora. Hablemos un poco de vos, señor de La Mole.

—Mejor haríamos hablando del juego, querido señor Coconnas, porque o mucho me equivoco o voy a ganaros otros seis escudos.

—¡Es verdad, voto al diablo!..: Siempre he oído decir que los hugonotes son afortunados en el juego. ¡Que el diablo me lleve, pero me están entrando ganas de hacerme protestante!

Los ojos de La Hurière brillaron como dos carbones encendidos; pero Coconnas, distraído, no se dio cuenta.

—Hacedlo, conde, hacedlo; y aunque es bastante singular la forma en que os ha entrado la vocación, seréis bien recibido entre nosotros.

Coconnas se rascó una oreja.

—Si estuviese seguro de que vuestra suerte se debe a eso —dijo—, os aseguro que... Porque, en fin, no tengo demasiado apego a la misa y, desde que al rey tampoco le gusta...

—Además, es una religión hermosa, tan sencilla, tan pura... —agregó La Mole.

—Además... está de moda —dijo Coconnas— y da suerte en el juego, porque ¡que me lleve el diablo!, no hay ases en la baraja más que para vos. Sin embargo, os estoy observando desde que empezamos a jugar y veo que no hacéis trampas... ¡Tiene que ser influencia de la religión!...

—Me debéis seis escudos más —dijo tranquilamente La Mole.

—¡Ah! ¡Cómo me tentáis! —dijo Coconnas—. Si esta noche el duque de Guisa no me satisface...

—¿Qué haréis?

—¿Qué? Pues mañana os pediré que me presentéis al rey de Navarra, y estad tranquilo, si llego a hacerme hugonote, seré más hugonote que Lutero, Calvino, Melanchthon y todos los protestantes de la tierra.

—¡Silencio! —observó La Mole—, nos vamos a disgustar con nuestro posadero.

—¡Cierto! —dijo Coconnas mirando a la cocina—. Pero no nos escucha; está demasiado ocupado en este momento.

—¿Qué hace? —preguntó La Mole. No podía verle desde su sitio.

—Conversa con.. ¡Lléveme el diablo! ¡Si es él!

—¿Quién?

—Aquella especie de lechuza con quien estaba hablando cuando llegamos; el hombre del jubón amarillo y la capa color ceniciento. ¡Voto al diablo! ¡Con qué fuego discute! Decidme, maese La Hurière, ¿habláis de política por casualidad?

Pero esta vez la respuesta de La Hurière fue un gesto tan enérgico a imperio so que Coconnas, pese a su afición por la baraja, se levantó y se acercó a él.

—¿Qué os pasa? —preguntó La Mole.

—¿Pedís vino, caballero? —dijo La Hurière, tirando de la manga a Coconnas—. Ahora os lo servirán. ¡Gregorio: vino para estos señores!

Luego al oído del piamontés:

—¡Silencio! —bisbiseó—. ¡Silencio! ¡Por vuestra vida, separaos de vuestro compañero!

La Hurière estaba tan pálido y el individuo vestido de amarillo tan lúgubre, que Coconnas sintióse traspasado por un escalofrío y volviéndose a La Mole:

—Os ruego que me excuséis, querido señor de La Mole —le dijo—. He perdido ya cincuenta escudos. Tengo mala suerte esta noche y temo comprometerme demasiado.

—Muy bien, señor, como os plazca. Además, no me disgusta la idea de echarme un rato en la cama. ¡Maese La Hurière!

—¿Señor conde?

—Si vienen a buscarme de parte del rey de Navarra, despertadme. Me acostaré vestido para estar listo en un momento.

—Lo mismo haré yo —dijo Coconnas—; voy a preparar mi distintivo para no hacer esperar a Su Alteza un so lo instante. La Hurière, traedme tijeras y papel blanco.

—¡Gregorio! —gritó La Huriére—. ¡Papel para cartas y unas tijeras para cortar un sobre!

«Decididamente -dijo para sí el piamontés-, aquí ocurre algo muy misterioso.»

—¡Buenas noches, señor de Coconnas! Y vos, posadero, tened la bondad de indicarme el camino de mi cuarto. ¡Buena suerte, amigo!

Y La Mole desapareció por una escalera de caracol, seguido de La Hurière. Entonces, el hombre misterio so cogió del brazo a Coconnas y atrayéndole hacia sí le dijo sin transición:

—Señor, cien veces habéis estado a punto de revelar un secreto del que depende la suerte del reino. Dios ha querido que vuestra boca se cerrara a tiempo. Una palabra más y os hubiera hecho callar con una bala de mi arcabuz. Ahora, felizmente, estamos solos : escuchad.

—¿Pero quién sois vos para hablarme con ese tono de mando? —preguntó Coconnas.

—¿Habéis oído hablar por casualidad del señor Maurevel?

—¿Del asesino del almirante?

—Y del capitán De Mouy.

—Sí, por cierto.

—¡Pues bien! El señor Maurevel soy yo.

—¡Oh! —exclamó Coconnas.

—Escuchadme, pues.

—¡Voto al diablo! Ya lo creo que os escucho.

—¡Chist! —dijo Maurevel, poniéndose un dedo en los labios.

Coconnas aguzó el oído.

Se oyó en aquel momento al posadero cerrar la puerta de un cuarto, luego la del corredor, echar los cerrojos y volver precipitadamente al lugar donde estaban Coconnas y Maurevel.

Ofrecióles a cada uno una silla, y cogiendo otra para él, dijo:

—Podéis hablar, señor Maurevel. Todo está cerrado.

Dieron las once en Saint-Germain d'Auxerre. Maurevel contó una por una las campanadas, que resonaron vibrantes y lúgubres en la noche. Cuando la última se perdió en el espacio:

—Señor —dijo, volviéndose a Coconnas, asustado al ver las precauciones que tomaban—, ¿sois buen católico?

—Por tal me tengo —respondió Coconnas.

—¿Sois adicto al rey?

—En cuerpo y alma. Hasta os diré que me ofendéis al hacerme semejante pregunta.

—No disputemos por eso. Sólo sé que habréis de seguirnos.

—¿Adónde? .

—Poco os importa. Dejaos guiar. Depende de ello vuestra fortuna y tal vez vuestra vida.

—Os advierto que a las doce tengo que estar en el Louvre.

—Precisamente vamos allí.

—El señor de Guisa me espera.

—A nosotros también.

—Tengo un santo y seña particular —continuó Coconnas, un poco mortificado al ver que tenía que compartir una audiencia con Maurevel y maese La Huriére.

—Nosotros también.

—Pero yo poseo además un distintivo para darme a conocer.

Maurevel sonrió; sacó de su capa un puñado de cruces de tela blanca, dio una a La Huriére, otra a Coconnas y se quedó con una tercera para él. La Hurière prendió la suya a su casco. Maurevel hizo lo mismo con la suya en su sombrero.

—¡Oh! —exclamó Coconnas estupefacto—. ¿De modo que la cita, el santo y seña y el distintivo son para todo el mundo?

—Sí, señor; es decir, para los buenos católicos.

—¿Hay entonces fiesta en el Louvre? ¿Algún banquete real? —dijo Coconnas—. Y quieren excluir a esos perros de hugonotes, ¿no es cierto? ¡Bueno! ¡Está bien! ¡Magnífico! Hace ya demasiado tiempo que gozan de favor.

—En efecto, hay fiesta en el Louvre —afirmó Maurevel—. Hay banquete real y los hugonotes están convidados... Más aún: serán los héroes de la fiesta, ¡pagarán el festín! Conque si queréis ser de los nuestros, venid. Comenzamos invitando a su principal campeón, a su Gedeón, como ellos le llaman.

—¿Al almirante? —preguntó Coconnas.

—Sí, al viejo Gaspar, a quien no pude acertar con mi puntería. ¡Imbécil de mí! Y eso que tiré con el arcabuz del rey.

—Aquí tenéis la causa, señor mío, de que lustrara mi casco, afilara mi espada y dispusiera mis cuchillos

——dijo con voz estridente maese La Hurière, disfrazado de guerrero.

Al oír estas palabras, Coconnas se estremeció y se puso sobremanera pálido. Empezaba a comprender.

—Pero ¿es posible?... Esta fiesta, este banquete..., es que... van a...

—Habéis tardado mucho en adivinarlo, señor — dijo Maurevel—. Se ve que no estáis harto como nosotros de las impertinencias de esos herejes.

—¿Y vosotros os encargáis de ir a casa del almirante y de...?

Maurevel sonrió y llevando a Coconnas hacia una ventana:

—Mirad —le dijo—: ¿veis allá en la placita, al extremo de la calle, detrás de la iglesia, esa tropa que se alinea sigilosamente en la oscuridad?

—Sí.

—Los hombres que la forman llevan como maese La Hurière y como nosotros una cruz blanca en el sombrero.

—¿Y qué?

—Esos hombres pertenecen a un batallón de suizos de los pequeños cantones mandado por Toquenot. Ya sabéis que esos suizos de los pequeños cantones son compadres del rey.

—¡Ajá! —dijo Coconnas.

—¿Y no veis ahora ese escuadrón de caballería que entra por la calle? ¿Reconocéis a su jefe?

—¿Cómo queréis que lo reconozca —repuso Coconnas estremeciéndose— si he llegado a París esta misma noche?

—Pues es el mismo con quien tenéis una cita a medianoche en el Louvre. Vedl e: se dirige a esperaros.

—¿Es el duque de Guisa?

—¡El mismo! Los que le escoltan son Marcelo, ex preboste de los mercaderes, y J. Cheron, preboste actual. Los dos van a movilizar sus batallones de paisanos: allí tenéis al capitán del barrio, que viene por esta calle; observad bien lo que hace.

—Viene llamando a las puertas. Pero ¿qué es lo que tienen pintado encima las puertas donde llama?

—Una cruz blanca, joven; una cruz igual a la que llevamos en los sombreros. Antes se encomendaba a Dios el trabajo de reconocer a los suyos, hoy somos más civilizados y le ahorramos esta molestia.

—Todas las puertas donde llama se abren, y de cada casa salen hombres armados.

—Llamará también a la nuestra y saldremos cuando nos toque el turno.

—¿Pero toda esa gente se pone en pie para ir a matar a un anciano hugonote? ¡Esto es vergonzoso! Es una faena propia de asesinos y no de soldados.

Joven -dijo Maurevel-, si os repugnan los ancianos, podréis elegir entre los maduros. Habrá para todos los gustos. Si despreciáis el puñal, podréis requerir la espada; porque los hugonotes no son hombres que se dejen degollar sin defenderse, y sabréis que todos ellos, jóvenes o viejos, tienen el pellejo duro.

—¿Pero van a matarlos a todos? —exclamó Coconnas.

—A todos.

—¿Por orden del rey?

—Por orden del rey y del duque de Guisa.

—¿Cuándo?

—Cuando oigáis la campana en Saint —Germain d'Auxerre.

—¡Ah! Por eso aquel amable alemán que está al servicio del señor de Guisa... Por cierto, ¿cómo se llama?

—¿El señor de Besme?

—¡Exacto! Por eso me dijo que fuese al Louvre cuando oyera la campana.

—¿Habéis visto al señor de Besme?

—Le he visto y he hablado con él.

—¿Dónde?

—En el Louvre. Fue quien me facilitó la entrada, me dio el santo y seña y me...

—Mirad.

—¡Pardiez! ¡Si es él!

—¿Queréis hablarle?

—¡Por mi alma! No me disgustaría.

Maurevel abrió la ventana sin hacer ruido. Precisamente pasaba Besme con una veintena de hombres.

—¡Guisa y Lorena! —dijo Maurevel.

Besme se volvió, y comprendiendo que le llamaban, acercóse a la ventana.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Sois fos, sinior Maurefel?

—Sí, yo soy, ¿qué buscáis?

—Busco la bosada de A la Pelle Etoile, para avisar a un tal sinior Gogonnas.

—¡Aquí estoy, señor Besme! —exclamó el joven.

—¡Pueno! ¡Muy pien!... ¿Estáis listo?

—Sí, ¿qué debo hacer?

—Lo que os tiga el sinior Maurefel. Estar un puen católico.

—¿Oís? —preguntó Maurevel.

—Sí —respondió Coconnas—. Pero vos, señor de Besme, ¿dónde vais?

—¿Yo? —preguntó Besme riendo.

—Sí, vos.

—A decir un balabrita al almirante.

—Decidle dos si es preciso —dijo Maurevel—. Si con la primera se despierta, que se quede dormido con la segunda.

—Estad tranquilo, sinior Maurefel, estad tranquilo y aleccionad pien a este joven.

—No temáis. Los Coconnas son buenos sabuesos de fino olfato y cazadores de pura sangre.

—Atiós.

—Adiós.

—¿Y fos?

—Comenzad la caza; nosotros llegaremos para el festín.

Besme se alejó y Maurevel cerró la ventana.

—¿Habéis oído, joven? —dijo Maurevel—. Si tenéis algún enemigo particular, aunque no sea del todo hugonote, ponedlo en la lista y caerá con los demás.

Coconnas, más aturdido que nunca por lo que oía y presenciaba, miró alternativamente al posadero, que adoptaba bélicas actitudes, y a Maurevel, que tranquilamente sacaba un papel de su bolsillo.

—Aquí está mi lista —dijo—:son trescientos. Que cada bue n católico haga esta noche la décima parte de lo que haré yo y mañana no quedará un solo hereje en el reino.

—¡Silencio! —previno La Hurière.

—¿Qué pasa? —preguntaron a la vez Coconnas y Maurevel.

Se oyó vibrar en aquel momento la campana de Saint-Germain d'Auxerre.

—¡La señal! —gritó Maurevel—. Por lo visto han adelantado la hora. Me dijeron que sería a medianoche... ¡Tanto mejor! Cuando se trata de la gloria de Dios y del rey, más vale que adelanten los relojes y no que atrasen.

Retumbó el toque lúgubre de las campanas de la iglesia. Casi al mismo tiempo sonó un tiro a inmediatamente el resplandor de muchas antorchas iluminó como un relámpago la calle de l'Arbre-Sec. Coconnas se pasó por la frente su mano sudorosa.

—¡Ya empezó! —gritó Maurevel—. ¡Vamos!

—¡Un momento! ¡Un momento! —dijo el posadero—. Antes de entrar en campaña aseguremos la retaguardia. No quiero que degüellen a mi mujer y a mis hijos mientras yo no esté. Aquí dentro hay un hugonote.

—¿El señor de La Mole? —preguntó Coconnas sobresaltado .

—Sí, ¡el muy impío se ha metido en la boca del lobo!

—¿Cómo? ¿Atacaréis a vuestro huésped? —preguntó Coconnas.

—Para él afilé mi tizona.

—¡Oh! ¡Oh! —dijo el piamontés frunciendo el entrecejo.

—Hasta ahora no he matado más que conejos, patos y pollos —replicó el digno hostelero —. No sé cómo me las arreglaré para matar a un hombre. Ensayaré con él. Si cometo alguna

torpeza, nadie podrá burlarse de mí.

—¡Voto al diablo! ¡Es demasiado! —objetó Coconnas—. El señor, de La Mole es mi compañero. Ha cenado y jugado conmigo.

—Sí, pero el señor de La Mole es un hereje —intervino Maurevel— y está condenado. Si nosotros le dejamos, otros le matarán.

—Sin contar —añadió el posadero— que os ha ganado cincuenta escudos.

—Muy cierto —repuso Coconnas—, pero en bue na ley.

—Os los haya ganado honradamente o no, el caso es que se los tendréis que pagar, mientras que, muerto el perro, se acabó la rabia.

—¡Vamos! ¡Vamos! Apresurémonos, señores —gritó Maurevel—. Matadlo de un balazo, de una estocada, de un martillazo, de un palo o de un golpe cualquiera, con lo que más os guste, pero acabemos si queréis llegar a tiempo como hemos prometido, para ayudar al señor de Guisa en casa del almirante.

Coconnas suspiró.

—¡Vengo volando! —gritó La Hurière—. Esperadme.

—¡Maldita sea! —exclamó Coconnas—. Va a hacer sufrir a ese pobre muchacho y es capaz de robarle. Acabaré con él si es preciso; pero impediré que toque su dinero.

Y movido por tan generosa idea, Coconnas subió la escalera detrás de maese La Hurière, a quien pronto dio alcance, ya que el posadero, a medida que se acercaba a la habitación de su huésped, sin duda por efecto de la reflexión, acortaba el paso. En el momento en que llegaba a la puerta seguido de Coconnas, se oyeron varios disparos en la calle.

Al oírlos, La Mole saltó de la cama y sus pasos hicieron crujir el suelo.

—¡Diablo! —murmuró La Hurière un poco perplejo—. Parece despierto.

—Así lo creo —dijo Coconnas.

—¿Y se defenderá?

—Es capaz. Sería gracioso que os matase, maese La Hurière.

—¡Hum! —contestó el aludido .

Pero viéndose armado de un buen arcabuz, cobró ánimos y derribó la puerta de un vigoroso puntapié. Apareció entonces La Mole, sin sombrero, pero completamente vestido. Se hallaba atrincherado detrás de la cama con la espada entre los dientes y una pistola en cada mano.

—¡Oh! —exclamó Coconnas dilatando las narices como fiera que huele la sangre—. Esto se está poniendo muy interesante, maese La Hurière. ¡Adelante!

—¡Pretenden asesinarme, a lo que veo! —gritó La Mole mientras sus ojos echaban chispas —. ¿Y eres tú, miserable?

Maese La Hurière respondió cargando el arcabuz y apuntando al joven. Gracias a que, vista la maniobra, La Mole se encogió de rodillas, la bala pasó por encima de su cabeza.

—¡A mí! ¡A mí, señor de Maurevel! —gritó La Hurière.

—A fe mía, señor de La Mole —repuso Coconnas—. Lo más que puedo hacer en este caso es no tomar parte en la pelea. Por lo visto esta noche matamos a los hugonotes en nombre del rey. Salid como podáis del apuro.

—¡Traidores! ¡Asesinos! ¿Conque es así? ¡Está bien!¡Esperad!

Y La Mole, apuntando a su vez, apretó el gatillo de una de sus pistolas. La Hurière, que no le quitaba ojo, tuvo tiempo de hacerse a un lado; pero Coconnas, que no esperaba esta respuesta, permaneció inmóvil y la bala le rozó un hombro.

—¡Voto al diablo! —gritó apretando los dientes—. Estoy herido. Te verás con los dos, puesto que así lo quieres.

Y, desenvainando su espada, se lanzó contra La Mole.

Si hubiera estado solo, La Mole le habría hecho frente; pero Coconnas tenía a sus espaldas a La Hurière, que cargaba de nuevo su arcabuz, sin contar con que Maurevel, al oír la invitación del posadero, subía de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera. La Mole se metió en otra habitación y atrancó la puerta.

—¡Ah! ¡Desalmado! —exclamó Coconnas furioso golpeando la puerta con la empuñadura de su espada—. ¡Espera! ¡Espera! ¡Voy a agujerearte el pellejo tantas veces como escudos me ganaste anoche! ¿De modo que vengo para impedir que lo hagan daño, para que no lo roben, y me recompensas con un tiro en el hombro? ¡Espera! ¡Canalla! ¡Espera!...

Entre tanto maese La Hurière se acercó a la puerta, haciéndola saltar en astillas con un culatazo de su arcabuz.

Coconnas se precipitó por el hueco y fue a dar con la nariz en la pared de enfrente.

La pieza estaba vacía y la ventana abierta.

—Se ha tirado a la calle —dijo el posadero—, y como estamos en el cuarto piso se habrá matado.

—O se habrá escapado por el techo de la casa vecina —añadió Coconnas, saltando por encima del barrote de la ventana y dispuesto a seguirle por aquel escarpado y resbaladizo terreno.

Maurevel y La Hurière se precipitaron tras él con ánimo de obligarle a desistir de sus propósitos.

—¿Estáis loco? —le dijeron los dos a la vez—. Vais a mataros.

—¡Bah! —dijo Coconnas—. Soy de la montaña y estoy acostumbrado a correr sobre el hielo. Además, cuando un hombre me ha insultado una vez, soy capaz de subir hasta el cielo o de bajar hasta los infiernos con tal de alcanzarle. ¡Dejadme!

—Id, si queréis —dijo Maurevel—, pero si no se ha muerto, ya estará muy lejos. Mejor será que vengáis con nosotros; si ése se escapa ya encontraréis otros mil que le reemplacen.

—Tenéis razón —aulló Coconnas—. ¡Mueran los hugonotes! ¡Necesito vengarme y cuanto antes mejor! Los tres bajaron la escalera como un alud.

—¡A casa del almirante! —gritó Maurevel.

—¡A casa del almirante! —repitió La Hurière.

—¡A casa del almirante, pues! —terminó Coconnas.

Y juntos los tres salieron de A la Belle Etoile, dejando de guardia en la posada a Gregorio y a los demás mozos. Se encaminaron hacia la casa del almirante, situada en la calle Bethisy. El fulgor de las antorchas y el ruido de las armas les orientaban.

—¿Eh? ¿Quién viene ahí? —gritó Coconnas—. Un hombre sin jubón y sin capa.

—Alguien que trata de escapar —dijo Maurevel.

—¡Tiradle vos, que tenéis arcabuz! —dijo Coconnas.

—¡Quiá! —respondió Maurevel—. Guardo la pólvora para caza mayor.

—Esperad, esperad —repuso el posadero apun tando.

—Sí, y mientras tanto, se os irá de las manos —dijo Coconnas.

Y se lanzó en persecución del infeliz, a quien no tardó en dar alcance, pues se hallaba herido. En el momento en que, para no matarle por la espalda, le gritaba: «¡Volveos! ¡Volveos!», sonó un tiro, pasó silbando una bala de arcabuz y el fugitivo cayó rodando como una liebre alcanzada en plena carrera por el plomo certero del cazador.

Se oyó un grito de triunfo y, al volverse, el piamontés vio a La Hurière blandiendo su arma.

—¡Ah! —gritaba—. ¡Al menos me he estrenado!

—Sí, pero estuvisteis a punto de atravesarme de parte a parte.

—¡Cuidado, caballero, cuidado! —advirtió La Hurière.

Coconnas dio un salto hacia atrás. El herido se había levantado apoyándose en una rodilla y, dispuesto a vengarse, iba a dar una puñalada a Coconnas en el preciso instante en que la advertencia del posadero puso en guardia al piamontés.

—¡Ah, víbora! —gritó Coconnas, y arrojándose sobre el herido le hundió tres veces la espada en el pecho hasta la empuñadura—. ¡Y ahora, a casa del almirante! —añadió dejando al hugonote debatiéndose en las últimas convulsiones de la agonía.

—¡Ah! ¡Ah, señor mío, parece que os vais aficio nando! —dijo Maurevel.

—Sí, por cierto. No sé si será el olor de la pólvora lo que me embriaga o la vista de la sangre lo que me excita; pero, ¡voto al diablo!, os juro que le estoy tomando gusto a la matanza. Es como si fuera una batida de hombres. Hasta ahora sólo había participado en las de osos o de lobos; pero ¡por mi honor! que la batida de hombres me resulta más divertida.

Y los tres siguieron animosos su camino.

Las víctimas

✦

La mansión que habitaba el almirante se hallaba, como ya hemos dicho, en la calle Bethisy. El cuerpo principal del edificio se elevaba al fondo de un patio.

Las dos alas de esta gran construcción miraban a la calle. Daban acceso a este patio una puertagrande y dos pequeñas abiertas en el muro.

Cuando los tres partidarios del duque de Guisa llegaron a la esquina de la calle Bethisy, qué es una prolongación de la de Saint-Germain d'Auxerre, vieron el palacio rodeado de suizos, soldados y paisanos armados; todos empuñaban en el brazo derecho espadas, picas o arcabuces, y algunos llevaban en la mano izquierda antorchas que iluminaban aquella escena con un resplandor fúnebre y vacilante que tan pronto se proyectaba sobre el suelo o las paredes como sobre aquel mar viviente en el que relampagueaban las armas con su brillo metálico.

Alrededor del palacio y en las calles Tirechappe, Etienne y Bertin-Poirée, la terrible empresa se ponía en práctica. Se oían gritos prolongados, resonaban descargas de mosquetes y a ratos cruzaba algún desdichado semidesnudo, pálido y cubierto de sangre, saltando como un gamo perseguido en medio de un círculo de lúgubre penumbra en el que parecía agitarse un mundo de demonios.

Coconnas, Maurevel y La Hurière, a quienes se distinguía desde lejos por sus cruces blancas, fueron acogidos con gritos de bienvenida, y pronto se hallaron en lo más compacto de aquella multitud jadeante y apretada como una jauría.

A no ser porque algunos reconocieron a Maurevel y le abrieron paso, seguramente ni él ni Coconnas y La Hurière, que se deslizaron detrás, hubieran conseguido introducirse en el patio.

En el centro de este patio, cuyas tres puertas habían sido derribadas, se hallaba de pie un hombre, en torno del cual los asesinos dejaban libre un respetuoso espacio.

Apoyado en una espada desnuda, tenía los ojos clavados en el balcón principal del palacio, que se elevaba a unos quince pies del suelo. Este hombre golpeaba impaciente el suelo con un pie y a cada momento se volvía para interrogar a quienes encontraba más cerca.

—¡Todavía, nada! —murmuraba—. Nadie aparece... ¿ Le habrán avisado y habrá huido? ¿Qué os parece, Du Gast?

—Que es imposible, señor.

—¿Por qué? ¿No me dijisteis que un momento antes de que llegáramos, un hombre sin sombrero, con la espada desenvainada y corriendo como si le persiguiesen, vino a golpear la puerta y le abrieron?

—Sí, monseñor; pero casi en seguida llegó el señor de Besme, derribó las puertas a hizo rodear el edificio. El hombre entró, pero os aseguro que no ha podido salir.

—Pero... —dijo Coconnas a La Hurière—, si no me equivoco, aquel que veo allí es el señor de Guisa.

—El mismo, caballero. El gran Enrique de Guisa en persona, que sin duda espera que salga el almirante para hacer con él lo que el almirante hizo con su padre. A cada cual le llega su turno, señor mío, y gracias a Dios, hoy nos ha llegado el nuestro.

—¡Hola, Besme! ¡Hola! —gritó el duque con su voz potente—. ¿No habéis terminado aún?

Y la punta de su espada, tan impaciente como él, sacaba chispas contra las piedras del suelo.

Se oyeron entonces en el palacio gemidos ahogados, algunos tiros, luego un gran rumor de pisadas y chocar de armas, hasta que por último volvió a hacerse el silencio.

El duque hizo ademán de precipitarse dentro de la casa.

—¡Monseñor! ¡Monseñor! —le dijo Du Gast, acercándose y cerrándole el paso—. Vuestra dignidad os obliga a quedaros aquí a esperar.

—Tienes razón, Du Gast; gracias, esperaré. Pero en verdad me muero de impaciencia a inquietud. ¡Ah! ¡Si se me escapara!

De pronto, el ruido de pasos se oyó más cerca..., los cristales del primer piso se iluminaron con reflejos de incendio.

La ventana hacia la que el duque alzara tantas veces sus ojos se abrió, o mejor dicho, voló en astillas, y un hombre, con el rostro pálido y el cuello blanco empapado de sangre, apareció en el balcón.

—¡Besme! —gritó el duque— ¡Por fin! ¡Eres tú! ¿Qué hay?

—¡Mirad, mirad! —respondió con calma el alemán, que, agachándose, volvió a levantarse, pareciendo so— portar un peso considerable.

—¿Y los demás? —preguntó con impaciencia el duque—. ¿Dónde están?

—Los demás acafan con los otros.

—¿Y tú qué estás haciendo?

—Ya feréis, retiraros un poco.

El duque retrocedió un paso.

Pudo ver entonces el objeto que Besme sostenía con tan extraordinario esfuerzo.

Era el cuerpo de un anciano. Lo puso sobre la barandilla, lo balanceó un instante en el vacío y lo arrojó a los pies de su amo.

El ruido sordo de la caída y las gotas de sangre que salpicaron el suelo produjeron honda impresión, hasta en el mismo duque.

Pero tal sentimiento no duró mucho; la curiosidad hizo que todos avanzaran algunos pasos y el resplandor de una antorcha iluminó con su luz vacilante a la víctima.

Se distinguió entonces una barba blanca, un rostro venerable y dos manos crispadas por la inminencia de la muerte.

—¡El almirante! —exclamaron a un tiempo veinte voces, volviendo a guardar silencio en seguida.

—Sí, el almirante. ¡Es él! —dijo el duque, acercándose al anciano para contemplarlo con silenciosa satisfacción.

—¡El almirante! ¡El almirante! —repitieron en voz baja todos los testigos de la terrible escena, apretándose unos contra otros y aproximándose tímidamente al gran anciano vencido.

—¡Ah, hete aquí, Gaspar! —dijo el duque de Guisa en tono de triunfo—. ¡Hiciste asesinar a mi padre y ésta es mi venganza!

Y se atrevió a poner el pie sobre el pecho del héroe protestante.

Los ojos del moribundo se abrieron penosamente, su mano ensangrentada se crispó por última vez y el almirante, sin romper su rigidez cadavérica, dijo al sacrílego con voz sepulcral:

—Enrique de Guisa, algún día también sentirás sobre lo pecho la bota de un asesino. Yo no maté a lo padre. ¡Maldito seas!

El duque, pálido y tembloroso a pesar suyo, sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Se pasó la mano por la frente como para apartar la fúnebre visión; cuando la dejó caer y osó dirigir sus ojos hacia el almirante, éste había cerrado ya los suyos, sus manos se habían vuelto inertes, y un coágulo de sangre negra saliendo de su boca y manchando su blanca barba, había sucedido a las terribles palabras que acababa de pronunciar. El duque levantó su espada con un gesto de trágica resolución.

—Y bien, señor —le dijo Besme—. ¿Estáis contento?

—Sí, mi amigo —repuso Enrique—, porque has vengado...

—Al duque Francisco, ¿no es cierto?

—A la religión —contestó Enrique con voz ronca—. Y ahora —continuó volviéndose hacia los suizos, soldados y paisanos que llenaban el patio y la calle—: ¡Manos a la obra, amigos, manos a la obra!

—Buenas noches, señor de Besme —dijo entonces Coconnas acercándose con cierta admiración al alemán, que, todavía en el balcón, limpiaba parsimoniosamente su espada.

—¿Sois vos quien lo mató? —gritó La Hurière en éxtasis—. ¿Cómo lo hicisteis, digno señor mío?

—¡Oh! Muy sincillamente: él haber oído un ruido , él haber apierto la buerta y yo haberle hundido mi esbada en su cuerpo. Pero eso no es toto; creo que Teligny tatapía resiste, le oigo gritar.

En efecto; oyéronse entonces gritos de angustia que parecían salir de una garganta de mujer; reflejos rojizos iluminaron una de las dos alas que formaban la galería. Dos hombres huían perseguidos por una larga fila de asesinos. Un tiro de arcabuz acabó con uno de ellos; el otro encontró en su camino una ventana abierta y, sin medir la altura ni preocuparse de losenemigos que le esperaban abajo, saltó intrépidamente al patio.

—¡Matadlo! ¡Matadlo! —gritaron los perseguido res, viendo que su presa se escapaba.

El hombre se levantó recogiendo su espada, que al caer se le había escurrido de la mano, reanudó su carrera agachando la cabeza entre los espectadores, derribó a tres o cuatro, atravesó a uno con la espada y en medio de los disparos de pistola, de las imprecaciones de los soldados, furiosos por haber fallado la puntería, pasó como un rayo junto a Coconnas, que le esperaba en la puerta con un puñal en la mano.

—¡Tomad! —gritó el piamontés atravesándole el brazo con su afilado y puntiagudo acero.

—¡Cobarde! —respondió el fugitivo, golpeando el rostro de su agresor con la hoja de su espada, ya que carecía de espacio para herirle con la punta.

—¡Mil demonios! —gritó Coconnas—. ¡Si es el señor de La Mole!

—¡El señor de La Mole! —repitieron La Hurière y Maurevel.

—¡Es el que previno al almirante! —gritaron varios soldados.

—¡Muera! ¡Muera! —aullaron por todas partes.

Coconnas, La Hurière y diez más se lanzaron en persecución de La Mole que, cubierto de sangre y ya en ese estado de exaltación que es la última reserva del vigor humano, atravesaba las calles sin otro guía que su instinto. Detrás de él, los pasos y gritos de sus enemigos le espoleaban y parecían prestarle alas. A veces, una bala silbaba junto a su oído a imprimía a su carrera, ya próxima a agotarse, nueva velocidad. Ya no era respiración ni aliento lo que salía de su pecho, sino un sordo ronquido. El sudor y la sangre corrían por sus cabellos y empapaban su rostro.

Pronto su jubón fue demasiado estrecho para contener los latidos de su corazón y hubo de arrancárselo. Su espada se hizo tan pesada para su mano que la tiró lo más lejos que pudo. A veces le parecía que los pasos se alejaban y que se libraría de sus verdugos. Pero, al oír los gritos de éstos, otros asesinos que encontraba a su paso abandonaban su sangrienta tarea y acudían. De pronto, a su izquierda, vio el río que se deslizaba silenciosamente; por un momento pensó que, como el ciervo en el bosque, experimentaría un indecible placer arrojándose al agua, idea de la que sólo la fuerza suprema de la razón pudo disuadirle. A su derecha estaba el Louvre, sombrío, inmóvil, pero lleno de ruidos sordos y siniestros. Por los puentes levadizos entraban y salían soldados cubiertos de cascos y corazas que reflejaban con vivos destellos la luz de la luna. La Mole se acordó del rey de Navarra, así como se había acordado de Coligny: eran sus dos únicos protectores. Reunió todas sus fuerzas, miró al cielo, haciéndose a sí mismo la promesa de abjurar si escapaba con vida de la matanza, dio un rodeo para hacer perder tiempo a sus perseguidores, luego se dirigió derecho hacia el Louvre, atravesando el puente entre la confusión de soldados, recibió otra puñalada de refilón que le rozó las costillas y a pesar de los gritos « ¡Matadlo! ¡Matadlo! » que oía a sus espaldas y de la actitud ofensiva que adoptaban los centinelas, se precipitó como una flecha en el patio , llegó hasta el vestíbulo, subió por la escalera hasta el segundo piso, reconoció una puerta y, apoyándose contra ella, golpeó con pies y manos.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró La Mole—. Ya vienen..., los oigo..., aquí están..., los veo... Soy yo...

—¿Quién sois vos? —preguntó la voz.

La Mole recordó el santo y seña.

—¡Navarra! ¡Navarra! —gritó.

La puerta se abrió inmediatamente. La Mole, sin ver ni dar las gracias a Guillonne, se precipitó a un vestíbulo, atravesó un corredor y dos o tres departamentos y llegó .por último a una habitación iluminada por una lámpara suspendida del techo.

Bajo unos cortinajes de terciopelo bordado con flores de lis de oro, en un lecho de roble tallado, una mujer semidesnuda, con la cabeza apoyada sobre una mano, tenía los ojos dilatados por el terror. La Mole corrió hacia ella.

—¡Señora! —exclamó—. Están matando y estrangulando a mis hermanos; quieren asesinarme y degollarme a mí también. Sois la reina. ¡Salvadme!

Y se precipitó a sus pies, dejando sobre la alfombra un reguero de sangre.

Al ver a aquel hombre pálido y deshecho arrodillado ante ella, la reina de Navarra se levantó asustada, ocultando su rostro entre las manos y pidiendo auxilio.

—Señora —dijo La Mole, haciendo un esfuerzo para incorporarse—. ¡En nombre del Cielo no llaméis, porque, si os llegan a oír, estoy perdido! Los asesinos me persiguen, subían las escaleras detrás de mí. Los oigo. Ahí están...

—¡Socorro! —repitió la reina de Navarra fuera de sí—. ¡Socorro!

—¡Ah! Sois vos quien me ha matado —dijo La Mole con desesperación—. ¡Morir por tan hermosa voz, morir por tan bella mano! ¡Ah, hubiera creído que era imposible!

En aquel mismo momento la puerta se abrió y una jauría de hombres jadeantes, furiosos, con las caras manchadas de sangre y de pólvora, armados de arcabuces, alabardas y espadas, se precipitó dentro de la habitación.

Al frente del grupo estaba Coconnas, con sus cabellos rojizos erizados, sus claros ojos azules desmesuradamente abiertos, con la mejilla señalada por la espada de La Mole, que había trazado en ella un surco sangriento. Así, desfigurado de aquel modo, el piamontés tenía un aspecto terrible.

—¡Voto al diablo! —gritó—. ¡Aquí está! ¡Ahora no se nos escapará!

La Mole buscó un arma en torno suyo y no halló ninguna. Clavó los ojos en la reina y vio la más profunda conmiseración reflejada en su semblante. Comprendió entonces que sólo ella podía salvarlo; de un salto estuvo a su lado y, una vez allí, la estrechó entre sus brazos.

Coconnas avanzó tres pasos y con la punta de su enorme espada hirió de nuevo el hombro de su enemigo; algunas gotas de sangre tibia y roja salpicaron, como espeluznante rocío, las sábanas blancas y perfumadas de Margarita.

La reina vio correr la sangre, sintió palpitar aquel cuerpo enlazado al suyo y, por defenderlo, creyó lo mejor arrojarse con él sobre la cama. A tiempo lo hizo. La Mole, agotadas hasta el

límite sus fuerzas, era incapaz de hacer un solo movimiento para huir o defenderse. Apoyó su rostro lívido sobre el hombro de la joven y sus dedos crispados se asieron, desgarrándola, a la fina batista bordada que cubría como un velo el cuerpo de Margarita.

—¡Señora! —murmuró con voz moribunda—. ¡Salvadme!

Fue cuanto pudo decir. Una nube, semejante a la que precede a la muerte, veló sus ojos, su cabeza cayó hacia atrás, abrió los brazos, dobló el cuerpo y cayó al suelo bañado en su propia sangre y arrastrando a la reina consigo.

Coconnas, exaltado por los gritos, embriagado por el olor de la sangre, exasperado por la febril carrera que acababa de realizar, estiró su brazo hacia el lecho real. Un momento antes y su espada hubiera atravesado el corazón de La Mole, junto quizá con el de la reina.

Al ver aquel acero desnudo, o más bien ante aquella brutal insolencia, la hija de los reyes se levantó con gesto majestuoso y lanzó un grito en el que había tanto horror, rabia a indignación, que el piamontés se quedó petrificado por un sentimiento desconocido. Cierto que si esta escena se hubiera prolongado entre los mismos actores, dicha sensación se habría fundido como la escarcha matinal bajo el sol de abril. Pero apareció de pronto, por una puerta disimulada en la pared, un joven de dieciséis o diecisiete años, vestido de negro, pálido y con los cabellos en des orden.

—¡Espera, hermana mía, espera! —gritó—. ¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy!

—¡Socorredme, Francisco! —rogó Margarita.

—¡El duque de Alençon! —murmuró La Hurière bajando su arcabuz.

—¡Voto al diablo! ¡Un príncipe de la familia real! —refunfuñó Coconnas retrocediendo.

El duque de Alençon miró a su alrededor. Vio a Margarita despeinada, más bella que nunca, apoyada en la pared, rodeada de hombres con los ojos encendidos de rabia, las frentes cubiertas de sudor, echando espuma por la boca.

—¡Miserables! —gritó.

—¡Salvadme, hermano! —dijo Margarita extenuada—. Quieren asesinarme.

El rostro pálido del duque enrojeció de ira.

Aunque estaba desarmado, sostenido sin duda por la conciencia de su rango, avanzó con los puños cerrados hacia Coconnas y sus compañeros, que retrocedieron atemorizados al ver los relámpagos que despedían sus ojos.

—¿Asesinaréis también a un príncipe de Francia?

Y luego, como continuaban retrocediendo ante él, gritó:

—¡Aquí, capitán de mi guardia, venid y haced ahorcar a todos estos bandidos!

Más asustado ante este joven desarmado que hubiera podido estarlo ante toda una compañía de guardias o de lansquenetes, Coconnas ya había salido de la habitación. La Hurière bajaba las escaleras con la rapidez de un gamo. Los soldados se empujaban y atropellaban en el vestíbulo para huir cuanto antes, siendo muy estrecha la puerta, comparada con las ansias que

tenían de verse fuera. Entre tanto, Margarita cubrió instintivamente con su colcha de damasco al joven desmayado y se alejó de él.

Cuando desapareció el último de los asesinos, el duque de Alençon se volvió hacia la reina.

—¡Hermana! —exclamó al ver a Margarita toda manchada de sangre—, ¿estáis herida?

Y se acercó a ella con una inquietud que hubiese hecho honor a su ternura si ésta no encerrara la sospecha de ser mayor de la que corresponde a un hermano.

—No —dijo Margarita—, creo que no, o si lo estoy, ha de ser levemente.

—Pero ¿y esta sangre? —preguntó el duque recorriendo con manos temblorosas todo el cuerpo de Margarita—. ¿De quién es?

—Lo ignoro —respondió la joven—. Uno de esos miserables me puso la mano encima. Quizás estuviese herido.

—¡Tocar a mi hermana! —exclamó el duque—. ¡Oh! Si me hubieras dicho quién era, si me lo hubieras señalado, ya sabría yo castigarle...

—¡Silencio! —dijo Margarita.

—¿Por qué? —preguntó Francisco.

—Porque si lo sorprendieran a estas horas en mi habitación...

—¿Es que un hermano no puede visitar a su hermana?

La reina clavó en el duque de Alençon una mirada tan fija y amenazadora, que el joven retrocedió.

—Sí, sí —dijo—, tienes razón, vuelvo a mi cuarto. ¿Pero podrás quedarte sola durante esta terrible noche? ¿Quieres que llame a Guillonne?

—No, no, a nadie: vete, Francisco, vuelve por donde viniste. '

El joven príncipe obedeció y, no bien hubo desaparecido, Margarit a oyó un suspiro que partía de debajo del lecho. Corrió hacia la puerta del pasaje secreto, echó los cerrojos, fue luego hacia la otra puerta a hizo lo mismo en el preciso momento en que un grupo de arqueros y de soldados, que perseguían a otros hugonotes alojados en el palacio, pasaban como un huracán por el extremo del corredor.

Entonces, después de haber mirado atentamente a su alrededor para asegurarse de que estaba sola, volvió hacia su cama y, levantando la colcha de damasco que ocultaba el cuerpo de La Mole a la vista del duque de Alençon, arrastró con esfuerzo la masa inerte y, viendo que el infeliz respiraba todavía, se sentó, le apoyó la cabeza en sus rodillas y le echó un poco de agua en la cara para que volviera en sí.

Sólo cuando el agua hizo desaparecer el velo de tierra, pólvora y sangre que cubría el rostro del herido, reconoció Margarita en él al hermoso gentilhombre que, Reno de vida y de esperanza, había ido tres o cuatro horas antes a pedirle su protección cerca del rey de Navarra y se había separado de ella deslumbrado por su belleza luego de causarle una honda emoción.

Margarita lanzó un grito de terror, porque lo que ahora sentía por el herido era algo más que compasión, era interés.

Ya no se trataba de un simple desconocido, sino casi de un amigo. Por sus cuidados, el hermoso rostro de La Mole apareció pronto tal cual era, aunque pálido y demacrado por el sufrimiento.

La reina, casi tan pálida como él y con un temor mortal, le puso una mano sobre el corazón y, al sentir que todavía latía, extendió el brazo hasta un frasco de sales que estaba sobre la mesa y se lo hizo aspirar. La Mole abrió los ojos.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¿Dónde estoy?;

—A salvo —dijo Margarita—. Tranquilizaos.

La Mole dirigió con esfuerzo sus ojos a la reina, la devoró un instante con la mirada y balbució:

—¡Oh! ¡Qué bella sois!

Y casi desvanecido cerró los párpados suspirando.

Margarita dio un grito. El joven se había puesto más pálido aún si cabe y ella creyó que aquel suspiro era el último.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! —imploró—. ¡Tened piedad de él!

En aquel momento golpearon violentamente la puerta.

Margarita se levantó a medias sosteniendo a La Mole por debajo del brazo.

—¿Quién es? —preguntó.

—¡Señora, soy yo! —gritó una voz de mujer—. Yo, la duquesa de Nevers.

—¡Enriqueta! —exclamó tranquilizadora Margarita—. ¡Oh! No hay peligro, es una amiga, ¿oís, señor? La Mole, haciendo un esfuerzo, se apoyó sobre una rodilla.

—Tratad de sosteneros mientras yo abro la puerta —le dijo la reina.

La Mole apoyó una mano en el suelo y logró mantenerse en equilibrio.

Margarita dio un paso hacia la puerta, pero se detuvo de pronto estremeciéndose de terror.

—¡Ah! ¿No estáis sola? —preguntó al oír ruido de armas.

—No, me acompañan doce guardias que me dio mi cuñado, el señor de Guisa.

—¡El señor de Guisa! —murmuró La Mole—. ¡Asesino! ¡Asesino!

—¡Silencio! —le ordenó Margarita—. No pronunciéis ni una sola palabra.

Y miró a su alrededor buscando donde esconder al herido.

—Dadme una espada o un puñal —murmuró La Mole.

—¿Para defenderos? Es inútil. ¡No habéis oído? Ellos son doce y vos estáis solo.

—No, para no caer vivo entre sus manos.

¡No! ¡No! --dijo Margarita-. Yo os salvaré. ¡Ah! Ese gabinete. Venid.

La Mole hizo un esfuerzo y, sostenido por Margarita, se arrastró hasta el gabinete. Margarita cerró la puerta y guardó la llave en la limosnera.

—No deis un grito, una queja ni un suspiro y estaréis salvado —le dijo a través del tabique.

Y echándose sobre los hombros una bata, fue a abrir la puerta a su amiga, que se precipitó en sus brazos preguntando:

—¿No os ha pasado nada, señora?

—No, nada —dijo Margarita, cruzándose la bata para que no viese las manchas de sangre de su camisón.

—Más vale así; pero de todos modos, como el señor duque de Guisa me dio doce guardias para que me acompañaran hasta su palacio y no necesito tanta escolta, dejaré seis a Vuestra Majestad. Seis guardias del duque de Guisa valen más esta noche que un regimiento entero de guardias del rey.

Margarita no se atrevió a rechazar este ofrecimiento; instaló a los seis hombres en el corredor y abrazó a la duquesa, quien, con el resto de sus guardias, se fue al palacio del duque de Guisa, donde habitaba durante la ausencia de su marido.

Los asesinos

✦

Coconnas no había huido, se había retirado. La Hurière no había huido, se había precipitado. Uno desapareció como el tigre, el otro como el lobo.

A esta razón se debe el que La Hurière estuviese ya en la plaza de Saint-Germain d'Auxerre mientras Co - connas apenas había salido del Louvre.

La Hurière, al verse solo con su arcabuz en medio de la gente que corría, del silbido de las balas y de los cadáveres que caían desde los balcones, unos enteros, otros despedazados, empezó a sentir miedo y se encaminó prudentemente hacia su posada. Pero, al desembocar por la calle de Averon en la de l'Arbre-Sec, tropezó con una compañía de suizos y de caballería ligera; precisamente la que mandaba Maurevel.

—¡Hola! —exclamó quien se había puesto a sí mismo el apodo de «asesino del rey»—. ¿Terminasteis ya? ¿Volvéis a vuestra posada? ¿Qué diablos habéis hecho de nuestro hidalgo piamontés? ¿Le ha ocurrido alguna desgracia? Sería una lástima, porque se portó como un valiente.

—No, creo que no —repuso La Hurière—. Espero que pronto se reunirá con nosotros.

—¿De dónde venís?

—Del Louvre, donde, por cierto, me recibieron bastante mal.

—¿Quién?

—El señor duque de Alençon. ¿No iba a ser de los que participasen en la matanza?

—Querido, el duque de Alençon no participa más que en las cosas que le interesan personalmente; proponedle que trate como hugonotes a sus dos hermanos mayores y lo hará siempre que con ello no resulte él comprometido. ¿Pero no vais con esta buena gente, maese La Hurière?

—¿Adónde va?

—¡Oh, Dios mío! A la calle de Montorgueil; allí vive un pastor protestante, a qui en conozco, que tiene mujer y seis hijos. Será un curioso espectáculo.

—¿Y vos? ¿Adónde vais?

—Tengo un asunto particular.

—No vayáis sin mí —dijo una voz que hizo estremecer a Maurevel—. Conocéis buenos lugares y quiero acompañaros.

—¡Ah, si es nuestro piamontés! —dijo Maurevel.

—Es Coconnas —corroboró La Hurière—. Creí que no me seguíais.

—¡Cáspita! Corréis demasiado ligero; además, me desvié un poco de la línea recta para ir a arrojar al río a un condenado muchacho que gritaba: « ¡Abajo los papistas, viva el almirante! » Desgraciadamente, creo que el maldito sabía nadar. Si se quiere exterminar a estos impíos miserables habrá que arrojarlos al agua de recién nacidos, como a los gatos.

—¿Conque venís del Louvre? —preguntó Maurevel—. ¿Se refugió allí vuestro hugonote?

—¡Sí, Dios mío, sí!

—Le disparé un pistoletazo en el momento en que se inclinaba para recoger su espada en el patio de casa del almirante; no sé cómo no le di.

—Por mi parte —añadió Coconnas—, puedo asegurar que le he acertado; le he hundido mi espada en el hombro y al sacarla estaba la hoja húmeda hasta cinco pulgadas de la empuñadura. Cayó en brazos de Margarita: linda mujer, ¡voto al diablo! Sin embargo, confieso que no me disgustaría saber con seguridad que ha muerto, porque me parece que es un hombre muy rencoroso y sería capaz de odiarme durante toda su vida. Pero ¿no hablabais de ir no sé adónde?

—¿Insistís en venir conmigo?

—Insisto en no quedarme quieto, ¡voto al diablo! Todavía no he matado más que a tres o cuatro y en cuanto me enfrío me duele el hombro. ¡Vamos!

—Capitán —dijo Maurevel al jefe de la tropa—. Dadme tres hombres y con el resto id a despachar al sacerdote.

Del pelotón se destacaron tres suizos que fueron a reunirse con Maurevel. Los dos contingentes marcharon juntos hasta la altura de la calle Tirechappe. Allí, la caballería ligera y los suizos doblaron por la calle de la Tonnellerie, mientras que Maurevel, La Hurière y sus tres soldados tomaban por la de la Ferronnerie, seguían por la de Trousse-Vache y llegaban hasta la de Saint-Avoye.

—Pero ¿dónde diablos me lleváis? —preguntó Coconnas, que empezaba a aburrirse de tan larga caminata sin sentido.

—Os conduzco a una aventura brillante y provechosa a la vez. Después del almirante de Teligny y de esos príncipes hugonotes, nada mejor podría ofreceros. Tened paciencia. Nos dirigimos a la calle de Chaume y llegaremos allí dentro de un momento.

—Decidme —preguntó Coconnas—, ¿la calle de Chaume queda cerca del Temple?

—Sí, ¿por qué?

—Porque en ella vive un antiguo acreedor de nuestra familia, un tal Lambert Mercandon, a quien mi padre me encargó que devolviese cien libras que con tal objeto llevo en el bolsillo.

—Ahora tenéis una excelente ocasión para quedar en paz con él.

—¿Cómo?

—Hoy es el día en que se saldan todas las viejas cuentas. ¿Es hugonote Mercandon?

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ya comprendo —dijo Coconnas—. Debe de serlo.

—¡Silencio! Hemos llegado.

—¿Qué edificio es ése del mirador?

—El palacio de Guisa.

—Realmente — dijo Coconnas—, no podía dejar de venir aquí, puesto que llegué a París para ponerme al servicio del gran Enrique. Pero, ¡voto al diablo!, en este barrio todo parece tan tranquilo y, si no fuera por las descargas de los arcabuces, podría creerse que estamos en una ciudad de provincias. ¡Que el diablo me lleve si aquí no duerme todo el mundo!

En efecto, hasta el palacio de Guisa parecía tan tranquilo como de ordinario. Todas las ventanas estaban cerradas y una sola luz brillaba tras la persiana de aquel mirador que había llamado la atención de Co - connas desde que entró en la calle.

Un poco más allá del palacio de Guisa, es decir, en la esquina de la calle Petit-Chantier y de la de QuatreFils, Maurevel se detuvo.

—Aquí vive quien buscamos.

—Quien buscáis... —dijo La Hurière.

—Puesto que venís conmigo, todos buscamos al mismo.

—¿Cómo? ¿En esta casa que parece sumida en profundo sueño?...

—Precisamente. Vos, La Hurière, utilizaréis esa cara de hombre honrado, que por equivocación os dio el cielo, llamando a la puerta. Pasad vuestro arcabuz al señor de Coconnas, porque hace una hora que veo que lo está deseando. Si lográis entrar, pedid que os dejen hablar con el señor De Mouy.

—¡Vaya! —exclamó Coconnas—. Ya comprendo; vos también tenéis un acreedor en el barrio del Temple.

—Así es —contestó Maurevel—. Subiréis haciéndoos pasar por hugonote y advertiréis a De Mouy de todo lo que ocurre; como es valiente, bajará...

—¿Y cuando baje? —preguntó La Hurière.

—Le pediré que mida su espada con la mía.

—¡Esto es lo propio de un caballero, por mi vida! —dijo Coconnas—. Y pienso hacer exactamente lo mismo con Lambert Mercandon; si es demasiado viejo para aceptar, desafiaré a alguno de sus hijos o de sus sobrinos.

La Hurière, sin replicar, llamó a la puerta. Sus golpes, vibrando en el silencio de la noche, hicieron que se abrieran las puertas del palacio de Guisa y que asomaran por las ventanas algunas cabezas. Se vio entonces que el palacio estaba tan tranquilo como pudiera estarlo una fortaleza: porque estaba lleno de soldados. Aquellas cabezas desaparecieron en seguida, adivinando sin duda de qué se trataba.

—¿Vive aquí el señor De Mouy? —preguntó Co connas señalando la casa donde La Hurière estaba llamando.

—No, quien vive aquí es su amante.

—¡Voto al diablo! ¡Qué galantería la vuestra! Le ofrecéis una oportunidad de batirse ante los ojos de su querida. Nosotros seremos los jueces de campo. Y eso que mucho me gustaría pelear a mí también. Tengo el hombro que me quema.

—¿Y la herida de la cara? —preguntó Maurevel—. También parece muy profunda.

Coconnas lanzó una especie de rugido.

—¡Voto a...! —dijo—. Espero que habrá muerto, porque, de lo contrario, volveré al Louvre a rematarle. La Hurière seguía llamando.

Al cabo de un rato se abrió una ventana del primer piso y apareció en el balcón un hombre en calzoncillos y gorro de dormir.

—¿Quién es? —gritó.

Maurevel hizo señas a los suizos para que se alinearan debajo de una cornisa, mientras Coconnas se arrimaba contra la pared.

—¡Ah, señor De Mouy! ¿Sois vos? —dijo el posadero con voz melosa.

—Sí, soy yo, ¿qué queréis?

—¡Es él! —murmuró Maurevel estremeciéndose de placer.

—¿No sabéis lo que pasa, señor? —continuó La Hurière—. Han asesinado al almirante y están matando a nuestros hermanos. ¡Venid pronto en su auxilio! ¡Venid!

—¡Ah! —exclamó De Mouy—. Ya sospechaba que se estaba tramando algo para esta noche. No debiera haber abandonado a mis buenos compañeros. Ahora voy, amigo mío, ahora voy; esperadme.

Y sin cerrar de nuevo la ventana, por la cual se escaparon algunos gritos de mujer atemorizada y algunas tiernas súplicas, el señor De Mouy se puso el jubón y cogió su capa y sus armas.

—¡Ya baja! ¡Ya baja! —murmuró Maurevel, pálido de alegría—. Atención vosotros —agregó al oído de los suizos.

Luego, cogiendo el arcabuz de manos de Coconnas y soplando la mecha para asegurarse de que estaba bien encendida:

—Toma, La Hurière —le dijo al posadero, que se había retirado hacia el grueso de la tropa —. Aquí tienes lo arcabuz.

—¡Voto al diablo! —exclamó Coconnas—. Ahora sale la luna de entre las nubes para ser testigo de este noble encuentro. Daría cualquier cosa porque Lambert Mercandon estuviese aquí y sirviera de segundo al señor De Mouy.

—¡Esperad! ¡Esperad! —dijo Maurevel—. El señor De Mouy vale por diez y quizá nosotros seis seamos pocos para dar cuenta de él. Adelante vosotros —continuó, haciendo señas a los suizos para que se deslizaran hasta la puerta a fin de atacarlo cuando saliera.

—¡Oh! —exclamó Coconnas viendo los preparativos—. Me parece que no van a suceder las cosas como yo esperaba.

Se oía ya el ruido que hacía De Mouy al levantar la barra de hierro que atrancaba la puerta. Los suizos h abían salido de su escondite para ocupar el puesto señalado. Maurevel y La Hurière se acercaban de puntillas mientras que, por un resto de caballerosidad, Coconnas se

quedaba en el mismo lugar, cuando apareció en el balcón la joven, de quien ya nadie se acordaba, y lanzó un grito terrible al ver a los suizos, a Maurevel y a La Hurière.

De Mouy, que ya había entreabierto la puerta, se detuvo.

—¡Sube! ¡Sube! —gritó la joven—. Veo relucir las espadas y brillar la mecha de un arcabuz. Es una emboscada.

—¡Oh! ¡Oh! —respondió la voz del caballero hugonote—. Vayamos con calma hasta ver qué significa todo esto.

Y volvió a cerrar la puerta poniendo la barra de hierro y echando el cerrojo. Luego subió a su piso. Maurevel cambió el orden de batalla al ver que De Mouy no saldría. Los suizos fueron a apostarse en la acera de enfrente y La Hurière, con su arcabuz en alto, esperaba a que el enemigo asomara de nuevo al balcón. No tuvo que esperar mucho tiempo. Apareció De Mouy precedido por dos pistolas de tan respetable calibre que La Hurière, que ya le apuntaba a la cara, cayó de pronto en la cuenta de que las balas del hugonote no tenían que recorrer más distancia para llegar a la calle que las suyas para llegar al balcón. «Es cierto que puedo matarlo -se dijo-, pero también él puede matarme a mí al mismo tiempo.» Y como, a fin de cuentas, maese La Hurière, posadero de profesión, no era soldado más que por casualidad, su reflexión le determinó a retirarse buscando refugio en la esquina de la calle de Braque, desde donde difícilmente podría, y más siendo de noche, calcular la trayectoria que habría de recorrer su bala hasta llegar a De Mouy.

De Mouy miró alrededor y se asomó en actitud de guardia, como quien se prepara a un duelo; pero viendo que nadie aparecía:

—Oíd, señor mensajero —dijo—, no parece sino que habéis dejado olvidado el arcabuz en la puerta de mi casa. ¡Aquí estoy! ¿Qué me queréis?

«¡Ah! -se dijo Coconnas-. Es sin duda un valiente. »

—Amigos o enemigos —continuó De Mouy— sea quien sea, ¿no veis que aquí os espero?

La Hurière guardó silencio. Maurevel no respondió y los tres suizos permanecieron quietos.

Coconnas esperó un momento. Luego, viendo que nadie seguía la conversación iniciada por La Hurière y continuada por De Mouy, salió hasta el centro de la calle y con el sombrero en la mano dijo:

—Señor, no hemos venido aquí a cometer un asesinato, como acaso supongáis, sino a proponeros un desafío... Acompaño a un enemigo vuestro que querría medirse con vos para terminar caballerescamente una vieja diferencia. ¡Eh! ¡Por Dios! Venid, señor de Maurevel, en lugar de volver la espalda: el señor acepta.

—¡Maurevel! —gritó De Mouy—. ¡Maurevel! ¡El asesino de mi padre! ¡El «asesino del rey»!... ¡Ya lo creo que acepto!

Y apuntando a Maurevel, que iba a llamar al palacio de Guisa para buscar refuerzos, atravesóle el sombrero de un balazo.

Al oír la descarga y los gritos de Maurevel, salieron los guardias que habían acompañado a la duquesa de Nevers seguidos por tres o cuatro caballeros y sus pajes, y avanzaron hacia la casa de la amante del joven De Mouy.

Un segundo pistoletazo dirigido hacia el grupo de soldados mató al que se hallaba más cerca de Maurevel, después de lo cual De Mouy, viéndose desarmado o al menos con armas inútiles, pues sus dos pistolas estaban ya descargadas y sus adversarios fuera del alcance de su espada, se protegió detrás del quicio de su ventana.

Entre tanto comenzaban a abrirse las puertas de las casas de los alrededores y, según fuese pacífico o belicoso el carácter de sus moradores, volvían a cerrarse o se erizaban de mosquetes y arcabuces.

—¡A mí, valiente Mercandon! —gritó De Mouy haciendo señas a un hombre ya viejo que, desde una ventana que acababa de abrirse frente al palacio de Guisa, intentaba enterarse del significado de aquel escándalo.

—¿Me llamáis, señor De Mouy? —respondió el anciano—. ¿Es a vos a quien atacan?

—A mí, a vos y a todos los protestantes. ¿Queréis mejor prueba que ésta?

En aquel momento, De Mouy vio que el arcabuz de La Hurière apuntaba hacia donde él estaba. Partió el tiro, pero el joven tuvo tiempo de agacharse, de modo que la bala fue a estrellarse contra el vidrio por encima de su cabeza.

—¡Mercandon! —gritó Coconnas, que en medio del combate rebosaba de placer y había olvidado a su acreedor, hasta que al oír el apóstrofe de De Mouy lo recordó de nuevo—. Mercandon y calle de Chaume, aquí es. ¡Oh! Así cada uno se entenderá con el hombre que le interesa.

Y en tanto los hombres del palacio de Guisa derribaban las puertas de la casa donde estaba De Mouy, Maurevel, con una antorcha en la mano, trataba de prender fuego al edificio. Y, mientras, echadas abajo las puertas, se entablaba un terrible combate contra un solo hombre que a cada estocada abatía a un enemigo, Coconnas traba de derribar la puerta de Mercandon, ayudándose con una piedra del pavimento, sin que el anciano, intimidado por tan solitario ataque, cesase de disparar desde su ventana.

Aquel barrio desierto y oscuro se iluminó entonces como en pleno día, poblándose como el interior del hormiguero; desde el palacio de Montmorency, seis ocho caballeros hugonotes, acompañados de sus sirvientes, hicieron una furiosa descarga y, ayudados por fuego de los balcones, comenzaron a hacer retroceder a Maurevel y a la gente del palacio de Guisa hasta que consiguieron meterlos en el mismo lugar de donde habían salido.

Coconnas, que no había logrado aún derribar la cerca de Mercandon, fue envuelto por la brusca maniobra. Apoyándose entonces en la pared, espada en mano, comenzó no sólo a defenderse, sino a atacar, lanzando terribles imprecaciones que dominaban todo el estruendo. Golpeó con su acero a derecha a izquierda, riendo a amigos y enemigos hasta que se hizo sitio libre a su alrededor. A medida que su espada atravesaba un pecho y la sangre tibia le salpicaba

las manos o el rostro, con los ojos abiertos, la nariz dilatada y los dientes apretados, recuperaba el terreno perdido y se aproximaba a la casa sitiada. De Mouy, después de librar un tremendo combate en la escalera y en él vestíbulo, había acabado por salir como un héroe, en medio de toda aquella lucha, de su casa incendiada. Ni un momento había dejado de gritar: «¡A mí, Maurevel! ¿Dónde estás?» insultándolo con los epítetos más injuriosos.

Apareció por último en la calle sosteniendo con un brazo a su querida, semidesnuda y casi desmayada. Llevaba un puñal entre los dientes.

Su espada, resplandeciente por el movimiento de rotación que le imprimía, trazaba círculos blancos o rojos, según que la luz de la luna plateara el acero o que una antorcha hiciera brillar la sangre de que estaba teñida.

Maurevel había huido. La Hurière, empujado por De Mouy hasta donde se hallaba Coconnas, que no le reconocía y le recibía con la punta de su espada, pedía a ambos bandos que le perdonasen la vida. En aquel momento le vio Mercandon, reconociendo en él, por su blanco distintivo, a uno de los asesinos.

Disparó contra él. La Hurière dio un grito, extendió los brazos, dejó caer su arcabuz y, después de tratar de acercarse a la pared para sostenerse, cayó boca abajo al suelo.

De Mouy, aprovechando esta circunstancia, se metió por la calle de Paradis y desapareció.

La resistencia de los hugonotes fue tal, que los partidarios de Guisa hubieron de replegarse de nuevo en palacio,, atrancando las puertas por temor de ser cogidos en su propia casa.

Coconnas, aturdido y ebrio de sangre, había llegado a ese punto de exaltación en que el valor, sobre todo en los temperamentos meridionales, suele convertirse en locura. No había visto ni oído nada. A sus oídos no llegaban sino rumores atenuados y advirtió que la sangre de su rostro y de sus manos empezaba a secarse. Bajando su espada no vio por allí cerca más que a un hombre tendido en el suelo, con la cara en un charco rojizo. El incendio que provocara Maurevel se había propagado a las casas vecinas.

Fue una tregua muy breve. En el momento en que se disponía a acercarse a aquel hombre, en quien creyó reconocer a La Hurière, se abrió la puerta en la que tan baldíamente acababa de golpear con un pedrusco y el anciano Mercandon, acompañado de su hijo y de sus dos sobrinos, se lanzó hacia el piamontés, que estaba tomando aliento.

—¡Aquí está! ¡Aquí está! —gritaron todos a un tiempo.

Se hallaba, en efecto, Coconnas en medio de la calle y, temeroso de verse rodeado por los cuatro hombres que le atacaban a la vez, dio un salto hacia atrás con la misma agilidad que uno de aquellos gamos que tantas veces persiguiera por la montaña. Se apoyó contra la pared del palacio de Guisa y, repuesto de la sorpresa, púsose en guardia y recuperó su tono burlón.

—¡Hola, papá Mercandon! ¿No me reconocéis? —preguntó.

—¡Ah, miserable! —gritó el anciano hugonote—. ¡Ya lo creo que lo reconozco! ¡Quieres matarme, a mí, el amigo, el compañero de lo padre!

—Y su acreedor, ¿no es cierto?

—Así es, ya que lo dices.

—Pues bien, vengo a arreglar cuentas —respondió Coconnas.

—¡Cogedlo y atadlo! —dijo el viejo a los jóvenes que le acompañaban, quienes, al oírlo, avanzaron hacia el muro en que el piamontés guardaba sus espaldas.

—¡Un momento! ¡Un momento! —dijo riendo Co connas—. Para detener a un hombre es necesario poseer una orden de arresto, y vosotros habéis de solicitarla al preboste.

Y después de pronunciar estas palabras cruzó su espada con la del joven que halló más próximo. A la primera estocada le rompió la muñeca y el infeliz retrocedió gimiendo.

—¡Uno menos! —dijo Coconnas.

En aquel instante se abrió rechinando la ventana debajo de la cual el piamontés había buscado refugio. De pronto se sobresaltó, temiendo un nuevo ataque, pero en lugar de un enemigo apareció una mujer y, en lugar del arma mortífera que se preparaba a combatir, cayó un ramo de flores a sus pies.

—¡Una mujer! —exclamó.

Y saludó a la dama con la punta de su espada, inclinándose para recoger el regalo.

—¡Cuidado, valiente católico! ¡Cuidado! —gritó la dama.

Coconnas se irguió, pero no tan rápidamente como para poder evitar que el puñal del otro sobrino atravesara su capa a hiriera su hombro.

La señora lanzó un grito agudo.

Coconnas, agradecido, la tranquilizó con un gesto. Inmediatamente se lanzó contra el segundo sobrino, que le hizo frente. A la segunda embestida el pie de su enemigo resbaló en un charco de sangre. Coconnas dio un salto con la velocidad de un gato montés y le atravesó el pecho con su espada.

—¡Muy bien! ¡Muy bien, valiente caballero! —gritó la dama del palacio de Guisa—. ¡Muy bien! Os envío ayuda.

—No merece la pena de que os molestéis, señora —dijo Coconnas—. Mirad más bien hasta el final si os interesa y veréis cómo el conde de Coconnas despacha a los hugonotes.

El hijo del anciano Mercandon aprovechó este momento para dispararle casi a boca de jarro un pistoletazo que le hizo caer de rodillas.

La dama de la ventana dio un grito, pero Coconnas ya estaba en pie; se había arrodillado simplemente para librarse de la bala, que fue a dar contra la pared, a dos pies de distancia de la bella espectadora. Casi al mismo tiempo, de la ventana correspondiente a la casa de Mercandon partió una exclamación de furia y una señora anciana, que reconoció en Coconnas a un católico por su cruz blanca, le arrojó una maceta con flores, que le pegó al piamontés en una rodilla.

—¡Bueno! —exclamó Coconnas—. ¡Una me tira flores y otra macetas! Si esto continúa así, van a terminar por tirar sus casas.

—Gracias, madre mía —gritó el muchacho.

—Está bien, mujer —dijo el viejo Mercandon—, defiéndenos.

—Esperad, señor Coconnas, esperad —dijo la dama del palacio de Guisa—. Haré que tiren a las ventanas.

—Parece que éste es un infierno de mujeres, en el que unas están de mi parte y otras en contra mío —dijo Coconnas—. ¡Voto al diablo, acabemos!

La escena, efectivamente, había cambiado mucho y llegaba a su desenlace. Frente a Coconnas, herido, pero con todo el vigor de sus veinticuatro años, acostumbrado a manejar las armas y más irritado que debilitado por los tres o cuatro rasguños que había recibido, no quedaban más que Mercandon y su hijo. Mercandon, anciano de sesenta o setenta años; su hijo, un muchacho de dieciséis o diecisiete. Este último, pálido, rubio y delicado, había arrojado su pistola descargada y, por lo tanto, in útil, y agitaba, temblando, una espada que tenía a lo sumo la mitad del largo que la del piamontés. El padre, armado únicamente de un puñal y de un arcabuz sin mecha, pedía auxilio. Una mujer anciana, la madre del muchacho, asomada a una ventana, tenía en las manos un trozo de mármol que se disponía a arrojar.

Coconnas, excitado de un lado por las amenazas y de otro por los aplausos, orgulloso de su doble victoria, embriagado de pólvora y de sangre, iluminado por los reflejos de una casa en llamas, exaltado por la idea de que combatía ante una mujer cuya belleza le había parecido tan extraordinaria como debía de ser su alcurnia, sintió, como el último de los Horacios, que sus fuerzas se duplicaban, y viendo vacilar a su joven enemigo, corrió a cruzar su terrible y sangrienta espada con la pequeña y trémula que su contrincante blandía.

Dos golpes bastaron para hacérsela saltar de las manos. Entonces Mercandon trató de hacer retroceder a Coconnas para que los proyectiles lanzados desde la ventana pudieran alcanzarle.

Coconnas, por el contrario, para paralizar el doble ataque del viejo Mercandon, que trataba de hundirle su puñal, y de la madre del muchacho, que pretendía partirle su cabeza con la piedra que estaba a punto de tirarle, cogió entre sus brazos a su adversario y, presentándolo a todos los golpes, le utilizaba como escudo oprimiéndole entre sus brazos hercúleos.

—¡A mí! ¡A mí! —gritó el joven—. ¡Me rompe el pecho! ¡Socorro! —Y su voz empezó a perderse en un ronquido sordo y ahogado,

Mercandon dejó entonces de amenazar y suplicó:

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡Señor Coconnas! ¡Es mi único hijo!

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! —gritó la madre—. ¡Es el consuelo de nuestra vejez! ¡No le matéis, señor! ¡No le matéis!

—¡Ah! ¿Me pedís que no le mate? —respondió Coconnas echándose a reír—. ¿Y qué pretendía hacer él con su pistola?

—Señor —continuó Mercandon, uniendo las manos en actitud de ruego—. Tengo en mi casa el pagaré firmado por vuestro padre; os lo devolveré; poseo diez mil escudos de oro que os daré junto con las joyas de la familia, pero ¡no le matéis! ¡No le matéis!...

—Y yo os daré mi amor —dijo la dama del palacio de Guisa—, os lo prometo.

Coconnas reflexionó por espacio de un segundo y, sin rodeos, le preguntó al muchacho:

—¿Sois hugonote?

—Sí —murmuró éste.

—En ese caso tendréis que morir —respondió Coconnas, frunciendo el ceño y acercando al pecho de su adversario su amenazadora espada.

—¡Morir! —exclamó el anciano—. ¡Pobre hijo mío! ¡Morir!

Se oyó un grito de mujer tan lastimero y profundo que hizo vacilar por un momento la salvaje resolución del piamontés. .

—¡Señora duquesa! —gritó el padre dirigiéndose a la dama asomada en el balcón del palacio de Guisa—. Interceded por nosotros y todos los días vuestro nombre será pronunciado en nuestras oraciones.

—¡Que se convierta entonces! —dijo la dama.

—Soy protestante —replicó el chico.

—¡Muere, pues! —gritó Coconnas levantando su daga—. Muere, ya que no aceptas la vida que una boca tan bella lo ofrece.

Mercandon y su esposa vieron brillar el terrible acero como un relámpago encima de la cabeza de su hijo.

—¡Oliverio, hijo mío, abjura..., abjura! —imploró la madre.

—¡Abjura, hijo querido! —gritó Mercandon echándose a los pies de Coconnas—. No nos dejes solos en el mundo.

—¡Abjurad todos juntos! —gritó Coconnas—. Por un credo se salvarán tres almas y una vida.

—¡Acepto! —dijo el joven.

—Así lo haremos —dijeron Mercandon y su mujer.

—¡De rodillas, entonces! —ordenó Coconnas—. Y que tu hijo repita la oración que voy a decir.

El padre obedeció primero.

—Estoy dispuesto —dijo el joven.

Y se arrodilló a su vez.

Coconnas comenzó entonces a dictarle en latín las palabras del credo. Pero, ya sea por casualidad o cálculo, el joven Oliverio se había arrodillado cerca del sitio donde cayera su espada. Apenas vio el arma al alcance de su mano, sin dejar de repetir las palabras de Coconnas, extendió el brazo para cogerla. Coconnas advirtió el movimiento, aunque fingió no verlo, y en el momento en que el muchacho tocaba la empuñadura con la punta de sus dedos crispados se lanzó sobre él derribándole.

—¡Ah! ¡Traidor! —le dijo.

Y le hundió su daga en la garganta.

El joven lanzó un grito, se levantó convulsivamente sobre una rodilla y cayó muerto.

—¡Ah, verdugo! —aulló Mercandon—. Nos matas para robarnos los escudos que nos debes.

—No, a fe mía —dijo Coconnas—. Y la prueba...

Al decir estas palabras, Coconnas arrojó a los pies del anciano la bolsa que antes de partir le entregara su padre para saldar su deuda.

—La prueba —continuó— es que aquí tenéis vuestro dinero.

—¡Y aquí times tú lo muerte! —gritó la madre desde la ventana.

—¡Cuidado, señor de Coconnas, cuidado! —dijo la señora del palacio de Guisa.

Pero antes de que el piamontés pudiese volver la cabeza para atender a este último aviso o para sustraerse a la primera amenaza, una pesada maza cruzó el aire silbando y le cayó sobre el sombrero, le rompió la espada en la mano y le tendió en tierra aturdido, lelo, aplastado, sin que pudiera oír el doble grito de alegría y de aflicción que sonó a derecha a izquierda. Mercandon se lanzó en seguida, puñal en mano, hacia Coconnas, desvanecido. Pero en aquel momento se abrió la puerta del palacio de Guisa y el anciano, al ver brillar las partesanas y las espadas, huyó, mientras que la dama, a quien Coconnas había dado el título de duquesa, mostrando una belleza que parecía terrible a la luz del incendio, resplandeciente de diamantes y pedrerías, sacó medio cuerpo fuera del balcón para gritar a los recién llegados, señalando a Coconnas:

—¡Allí! ¡Allí! Frente a mí; un caballero vestido con jubón rojo. ¡Ese, sí, sí, ése...!

Muerte, misa o bastilla

✦

Como ya hemos dicho, Margarita, después de entrar en su habitación, había cerrado la puerta. Pero al hacerlo, llena de temor, vio a Guillonne que, inclinada junto a la puerta del gabinete, contemplaba atónita las manchas de sangre esparcidas por el lecho, los muebles y la alfombra.

—¡Ah, señora! —exclamó al ver a la rema—. ¿Ha muerto?

—¡Silencio, Guillonne! —dijo Margarita, con ese tono de voz que indica la importancia de la recomendación.

Guillonne no despegó los labios.

Margarita sacó entonces de su limosnera una llavecita dorada y, abriendo la puerta del gabinete, señaló con el dedo al joven.

La Mole había conseguido levantarse y acercarse a la ventana. Por casualidad encontró un puñalito de los que en aquella época usaban las mujeres y, al oír que se abría la puerta, lo empuñó.

—Nada temáis, señor —dijo Margarita—. Os juro por mi alma que estáis seguro.

El caballero se arrodilló.

—¡Señora! —exclamó—. Sois para mí más que una reina, sois para mí una diosa.

—No os agitéis así —gritó Margarita— ¡Todavía sangran vuestras heridas...! ¡Oh, Guillonne! ¡Mira qué pálido está! Veamos, ¿dónde estáis herido?

—Señora —dijo La Mole, tratando de reconocer los puntos principales del dolor que sentía por todo el cuerpo—. Creo que recibí una estocada en el hombro y otra en el pecho; las otras heridas ni siquiera merecen.' que os ocupéis de ellas.

—Ya veremos —repuso Margarita—. Guillonne, alcánzame la caja de los bálsamos.

Obedeció la muchacha y volvió llevando en una mano la caja y en la otra una vasija dorada y un fino lienzo de Holanda.

—Ayudadme a levantarlo, Guillonne —prosiguió la reina—. Porque el infeliz se ha quedado sin fuerzas al incorporarse.

—Señora —dijo La Mole—. Estoy confundido; verdaderamente yo no puedo permitir...

—Supongo que os dejaréis curar —interrumpió Margarita—. Pudiendo salvaros, sería un crimen que os dejásemos morir.

—¡Oh! —exclamó La Mole—. Prefiero morir antes que ver cómo os manchéis vuestras manos con una sangre tan indigna como la mía... ¡Eso, jamás!

Y retrocedió respetuosamente.

—¿Vuestra sangre, señor mío? —preguntó sonriendo Guillonne—. Así que no habéis manchado bastante el lecho y la alcoba de Su Majestad...

Margarita se cruzó la bata sobre su camisón de batista todo salpicado de gotas de sangre. Y este gesto, lleno de pudor femenino, recordó a La Mole que había tenido entre sus brazos y oprimido contra su pecho a aquella reina tan bella y tan amada. Este recuerdo hizo acudir a sus pálidas mejillas un fugitivo rubor.

—Señora —balbuceó—, ¿no podríais dejarme al cuidado de un cirujano?

—De un cirujano católico, ¿no es cierto? —preguntó la reina con una expresión que comprendió La Mole y que le hizo estremecerse.

—¿Ignoráis acaso —continuó la reina con una voz y una sonrisa de infinita dulzura— que nosotras, las prin —cesas de Francia, aprendemos a conocer el valor de las plantas y a preparar bálsamos? Porque nuestro deber como mujeres y como reinas ha sido siempre el de aliviar los dolores. Por eso valemos tanto como el mejor cirujano del mundo; esto es, al menos, lo que dicen nuestros aduladores. ¿Mi reputación en este aspecto no llegó hasta vuestros oídos? Vamos, Guillonne, manos a la obra.

La Mole trató de resistir aún; repitió de nuevo que prefería morir antes que ocasionar a la reina un trabajo que podía comenzar por la compasión y terminar por el hastío... Esta lucha no tuvo otro resultado que el de agotar completamente sus fuerzas. Se tambaleó, cerró los ojos y dejó caer hacia atrás la cabeza, desmayándose por segunda vez.

Margarita, cogiendo el puñal que había soltado el herido, cortó rápidamente la cinta que cerraba su jubón, mientras Guillonne, con otro cuchillo, descosía o más bien rasgaba las mangas.

Luego, con un trapo mojado en agua fresca, limpió la sangre que salía del hombro y del pecho del joven, mientras que Margarita, con una aguja de oro sin punta, exploraba las heridas con toda la delicadeza y habilidad que el propio Ambrosio Paré hubiese podido emplear en iguales circunstancias.

La herida del hombro era profunda y la del pecho se extendía a lo largo de las costillas, interesando solamente los músculos. Ninguna de las dos penetraba en las cavidades de esa fortaleza natural que protege el corazón y los pulmones. .

—Herida dolorosa, no mortal. Acerrzmun humeri vulnus, non autem lethale —murmuró la bella y diestra cirujana—. Alcánzame el bálsamo y prepara vendas, Guillonne.

Entre tanto, ésta, a quien la reina acababa de dar la nueva orden, ya había limpiado y perfumado el pecho del joven, lo mismo que sus brazos, que parecían modelados conforme algún dibujo antiguo. Sus hombros, graciosamente echados hacia atrás y su cuello sombreado por espesos bucles, parecían pertenecer más bien a una estatua de mármol de Paros que al cuerpo de un hombre moribundo.

—¡Pobre joven! —murmuró Guillonne mirando, más que a su obra, a quien acababa de ser objeto de ella.

—¿No es cierto que es hermoso? —preguntó Margarita con la franqueza que le permitía su rango.

—Sí, señora. Pero me parece que en lugar de dejarlo así, tendido en el suelo, deberíamos levantarlo y acostarlo en ese mismo diván en que está apoyado.

—Sí —contestó Margarita—, tienes razón.

Y las dos mujeres, inclinándose y juntando sus fuerzas, levantaron a La Mole, depositándolo sobre un gran sofá de respaldo tallado que estaba junto a una ventana, que entreabrieron para que le entrase aire. El movimiento reanimó a La Mole y le hizo lanzar un suspiro y, abriendo los ojos, comenzó a experimentar ese increíble bienestar que acompaña todas las sensaciones del herido cuando, al volver a la vida, siente frescura en lugar del terrible ardor, y los perfumes del bálsamo en lugar del tibio y nauseabundo olor de la sangre.

Murmuró algunas palabras sin sentido, a las cuales respondió Margarita sonriendo y poniéndole un dedo sobre los labios.

En aquel momento se oyó llamar con insistencia a una puerta.

—Golpean en el pasaje secreto —dijo Margarita.

—¿Quién puede ser, señora? —preguntó Guillonne aterrada.

—Voy a ver —dijo Margarita—. Quédate con él y no le abandones ni un solo instante.

Margarita entró en su dormitorio y, cerrando la puerta del gabinete, abrió la del pasaje que daba a los departamentos del rey y de la reina madre.

—¡La señora de Sauve! —exclamó, retrocediendo vivamente y con una expresión que reflejaba si no espanto, odio al menos: de tal modo es cierto el que una mujer, aun cuando no ame a un hombre, no perdona jamás el que otra se lo quite.

—Sí, Majestad —dijo ésta juntando las manos.

—¿Vos aquí, señora? —continuó Margarita, cada vez más asombrada, pero con un tono más imperativo. Carlota cayó de rodillas.

—Señora —dijo—, perdonadme, reconozco hasta qué punto soy culpable para con vos; pero, si supierais... L a culpa no es del todo mía. Una orden expresa de la reina madre...

—Levantaos —repuso Margarita—. Y como no creo que hayáis venido solamente a justificaros ante mí, decidme qué os ocurre.

—He venido, señora —dijo Carlota siempre de rodillas y con una mirada medio enloquecida—, he venido a preguntaros si está aquí...

—¿Aquí? ¿Quién? ¿A quién os referís, señora?... Porque realmente no comprendo.

—Al rey.

—¿Al rey? ¿Lo perseguís hasta mis aposentos? Sin embargo, sabéis muy bien que no viene nunca.

—¡Ah! ¡Señora! —continuó la baronesa de Sauve, sin responder a semejantes ataques y aparentando no sentirlos tan siquiera—. ¡Ojalá estuviese aquí!

—¿Por qué?

—¡Dios mío, porque están degollando a los hugonotes y el rey de Navarra es su jefe!

—¡Oh! —gritó Margarita, cogiendo de la mano a la señora de Sauve y obligándola a levantarse— ¡Oh, lo había olvidado! Además, no creí que un rey pudiese correr los mismos peligros que los demás hombres.

—¡Más, señora, mil veces más! —exclamó Carlota.— En efecto, la señora de Lorena me lo advirtió. Le dije que no saliera. ¿Habrá salido?

—No, no; está en el Louvre. Pero no se le encuentra. Y si no está aquí...

—No está.

—¡Oh! —exclamó la señora de Sauve, con una expresión de dolor—. Entonces ya no tiene remedio, por que la reina madre ha jurado darle muerte.

—¡Oh, me espantáis, es imposible! —dijo Margarita.

—Señora —respondió la señora de Sauve con esa energía que sólo puede producir la pasión —, os digo que no se sabe dónde está el rey de Navarra.

—¿Y la reina madre, dónde está?

—M e envió a buscar al señor de Guisa y al de Tavannes, que estaban en su oratorio, y después me despidió. Entonces volví a mi cuarto y, perdonadme, señora, como de costumbre, esperé...

—A mi esposo, ¿no es cierto? —dijo Margarita.

—Y no ha venido, señora. Entonces lo he buscado por todas partes y he preguntado a todo el mundo. So —lamente un soldado me ha respondido que creía haberle visto entre unos guardias que le acompañaban con las espadas desenvainadas un rato antes de comenzar la matanza, y ésta empezó hace una hora.

—Gracias —repuso Margarita—. Y aunque quizás el sentimiento que os mueve suponga una nueva ofensa para mí, gracias.

—¡Oh! Perdonadme entonces, señora, y volveré más tranquila con vuestro perdón, porque no me atrevo a seguiros ni siquiera de lejos.

Margarita le tendió la mano.

—Voy a buscar a la reina Catalina —dijo—; volved a vuestro cuarto. El rey de Navarra está bajo mi protección, le prometí alianza y seré fiel a mi promesa.

—Pero ¿y si no podéis llegar hasta la reina madre, señora?

—Entonces, recurriré a mi hermano Carlos y le hablaré.

—Id, id, señora —dijo Carlota dejándole paso libre a Margarita—, y que Dios guíe a Vuestra Majestad. Margarita salió apresuradamente al corredor, pero, al llegar al extremo de éste se volvió para asegurarse de que la señora de Sauve no la seguía. La reina de Navarra la vio subir la escalera que conducía a sus habitaciones y después siguió su camino hacia las habitaciones de la reina madre.

Todo había cambiado; en lugar de la multitud de cortesanos obsequiosos que habitualmente se inclinaban al paso de la reina saludándola con respeto, Margarita no encontró

más que guardias con sus partesanas enrojecidas y los trajes manchados en sangre, o gentiles hombres con las capas desgarradas y los rostros ennegrecidos por la pólvora, que entraban y salían portadores de órdenes y mensajes. Estas idas y venidas producían un hormigueo terrible a inmenso en las galerías, lo que no impidió que Margarita, continuando su camino, llegase hasta la antecámara de su madre. Esta antecámara estaba guardada por una doble fila de soldados, que sólo dejaban entrar a quienes conocían determinado santo y seña.

Margarita intentó en vano franquear la barrera viviente. Vio varias veces abrirse la puerta y cada vez pudo distinguir por la rendija a Catalina, rejuvenecida por la acción, activa como si tuviera veinte años, escribiendo, recibiendo cartas, abriéndolas, dando órdenes, dirigiendo a éste una palabra amable, al otro una sonrisa, y las sonrisas más amables eran para los que veía más cubiertos de polvo y de sangre. En medio de aquella confusión que reinaba en todo el Louvre, llenándolo de lúgubres rumores, se oían en la calle, cada vez más frecuentes, las descargas.

«Jamás podré llegar hasta ella -se dijo Margarita después de hacer tres inútiles tentativas con los alabarderos-. En vez de perder el tiempo aquí, voy a buscar a mi hermano.»

En aquel momento pasó el duque de Guisa; había ido a anunciar a la reina la muerte del almirante y regresaba de nuevo para seguir tomando parte en la carnicería.

—¡Oh, Enrique! —exclamó Margarita—. ¿Dónde está el rey de Navarra?

El duque la contempló sonriendo y, con expresión de asombro, se inclinó y, sin responder, salió con sus guardias.

Margarita se dirigió a un capitán que iba a salir del Louvre y mandaba cargar los arcabuces a sus soldados.

—El rey de Navarra, señor, ¿dónde está el rey de Navarra?

—No sé, señora —respondió éste—. No pertenezco a los guardias de Su Majestad.

—¡Oh, mi querido Renato! —gritó Margarita reconociendo al perfumista de Catalina—. Sois vos... Acabáis de salir del cuarto de mi madre... ¿Sabéis qué ha sido de mi esposo?

—Su Majestad, el rey de Navarra, no es amigo mío, señora... Deberíais recordarlo. Hasta aseguran —añadió con un gesto que más parecía una mueca de una sonrisa— que se atreve a acusarme de haber envenenado a su madre en complicidad con la reina Catalina.

—¡No, no! —gritó Margarita—. No creáis eso, mi buen Renato.

—¡Oh, poco me importa, señora! —dijo el perfumista—. Ni el rey de Navarra ni los suyo s son de temer en estos momentos.

Y volvió la espalda a Margarita.

—¡Señor de Tavannes! ¡Señor de Tavannes! —gritó Margarita—. ¡Una palabra, una sola, os lo ruego! Tavannes se detuvo.

—¿Dónde está el rey de Navarra? —le preguntó Margarita.

—¡A fe mía! —dijo en voz alta—. Creo que salió con los señores de Alençon y de Condé.

Y luego, de forma que sólo Margarita pudiera oírle:

—Hermosa reina, si queréis ver a la persona que ocupa un lugar por el que yo daría mi vida, id a la sala de armas del rey.

—¡Oh, gracias, Tavannes! —dijo Margarita, que de todo lo que le había dicho tan sólo había oído lo más importante—. Gracias, ya voy.

Y Margarita continuó su camino murmurando:

—Después de mi promesa, después de la forma en que se portó conmigo cuando el ingrato Enrique estaba escondido en mi gabinete, no puedo dejarle morir.

Fue a golpear la puerta de las habitaciones del rey, pero estaban custodiadas interiormente por dos compañías de guardias.

—No se puede entrar en las habitaciones del rey —dijo el oficial adelantándose rápidamente.

—¿Pero yo?... —dijo Margarita.

—La orden es general.

—¡Yo, la reina de Navarra! ¡Yo, su hermana!...

—Mi consigna no admite excepciones, señora; recibid, pues, mis excusas.

El oficial cerró la puerta.

—¡Oh, está perdido! —exclamó Margarita al ver aquellas caras siniestras que, cuando no respiraban venganza, expresaban inflexibilidad—. Sí, sí, lo comprendo todo... Me han utilizado como un cepo. Soy el lazo con el que cazan y degüellan a los hugonotes... ¡Oh, entraré aunque me maten!

Y Margarita siguió corriendo como una loca por los corredores y las galerías del palacio, cuando, de repente, al pasar frente a una pequeña puerta, oyó un canto suave, casi lúgubre de tan monótono. Era una salmo calvinista que entonaba una voz temblorosa en la pieza vecina.

—¡La nodriza de mi hermano el rey, la buena Madelón, está aquí! —exclamó Margarita, dándose una palmada en la frente, inspirada por una sola idea—. ¡Está aquí! ¡Ayudadme, Dios de los cristianos! Y llena de esperanza llamó suavemente a la puerta. En efecto, Enrique de Navarra, luego de recibir el aviso que le dio Margarita después de su conversación con Renato, cuando hubo salido de la alcoba de la reina madre, a lo que había querido oponerse la pobre Febe como un genio benéfico, había encontrado a unos gentiles hombres que, con el pretexto de agasajarle, le acompañaron hasta su habitación, donde le esperaban una veintena de hugonotes, los cuales se obstinaban en no abandonarle: tan grande era desde hacía algunas horas en el Louvre el presentimiento de lo que iba a ocurrir. Allí se quedaron sin que nadie intentara molestarles. Por fin, al oírse la primera campanada de la iglesia de Saint —Germain d'Auxerre, que resonó en todos los corazones como un toque fúnebre, entró Tavannes y, en medio de un silencio de muerte, anunció a Enrique que el rey Carlos IX quería hablarle.

Era imposible intentar cualquier resistencia, y a nadie se le ocurrió semejante idea.

Se oían crujir los techos, las galerías y los corredores del Louvre bajo los pies de los soldados reunidos en los patios y habitaciones casi en número de dos mil. Enrique, después de despedirse

de sus amigos, a los que no volvería a ver, siguió a Tavannes, que le condujo a una pequeña galería contigua al departamento del rey y allí lo dejó solo, sin armas y con el corazón henchido de desconfianza.

El rey de Navarra vio transcurrir así, minuto a minute, hasta dos horas mortales. Oyó con creciente terror el toque de rebato y las descargas de los arcabuces. Asomándose a la mirilla de la puerta vio, al resplandor de los incendios y de las antorchas, pasar a los fugitivos perseguidos por sus asesinos.

No podía comprender el significado de aquellos clamores de victoria ni de aquellos gritos de angustia, pues, a pesar del profundo conocimiento que tenía de los caracteres de Carlos IX, de la reina madre y del duque de Guisa, no suponía el horrible drama que se desarrollaba en aquel momento.

Enrique no tenía valor físico, pero poseía algo mejor: fuerza moral. Temía el peligro pero lo arrastraba sonriendo cuando se trataba de un peligro en un campo de batalla, al aire libre, a la luz del día, a la vista de todo el mundo, acompañado por la estridente armonía de las trompetas y la voz sorda y vibrante de los tambores... Pero allí estaba solo, encerrado, sin armas, perdido en una semioscuridad que apenas bastaba para ver al enemigo que podía deslizarse hasta él o para distinguir el acero que podía herirle. Aquellas dos horas fueron sin duda para él las más crueles de su vida.

Cuando más intenso era el tumulto y Enrique comenzaba a comprender que, según todas las probabi - lidades, se trataba de una matanza organizada, entró a buscarle un capitán que le condujo por un corredor hasta el departamento del rey. Cuando se acercaron a él, la puerta se abrió y, una vez que entraron, se cerró tras ellos como por arte de encantamiento. Luego, el oficial introdujo a Enrique en presencia de Carlos IX, que se hallaba en la sala de armas, sentado en un gran sillón con las manos apoyadas sobre los dos brazos del asiento y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Al ruido que hicieron los recién llegados Carlos IX alzó la frente, sobre la cual vio brillar Enrique gruesas gotas de sudor.

—Buenas noches, Enrique —dijo el joven monarca en tono brutal—. Vos, La Chastre, dejadnos.

El capitán obedeció.

Se hizo un silencio lúgubre.

Durante este momento, Enrique miró a su alrededor con inquietud, dándose cuenta de que se hallaba a solas con el rey.

Carlos IX se levantó de pronto.

—¡Por los clavos de Cristo! —dijo, alisándose con gesto rápido sus rubios cabellos al tiempo que se enjugaba la frente—. Estaréis contento de hallaros cerca de mí, ¿verdad, Enrique?

—Sin duda, Sire —respondió el rey de Navarra—. Para mí siempre es un placer estar junto a Vuestra Majestad.

—Más contento que allá abajo, ¿eh? —agregó Carlos IX, siguiendo sus propios pensamientos más que respondiendo a la cortesía de Enrique.

—No comprendo, señor... —dijo Enrique.

—Mirad y comprenderéis.

Con rápido movimiento, Carlos IX se acercó o mejor dicho dio un salto hasta la ventana.

Y atrayendo también a su cuñado, que cada vez estaba más aterrorizado, le mostró la horrible silueta de los asesinos que sobre la cubierta de un barco degollaban o ahogaban a las víctimas que les llevaban a cada momento.

—¡En nombre del Cielo! —gritó Enrique muy pálido—. ¿Qué pasa esta noche?

—Esta noche, señor —dijo Carlos IX—, ¡me libran de todos los hugonotes! ¿Veis allá, al fondo, aquel humo y aquellas llamas que salen por encima del palacio de Borbón? Son las llamas y el humo de la casa del almirante, que está ardiendo. ¿Veis aquel cuerpo que unos buenos católicos arrastran sobre un jergón roto? Es el cadáver del yerno del almirante, de vuestro amigo Teligny.

—¿Qué significa todo esto? —exclamó el rey de Navarra, buscando inútilmente la empuñadura de su daga y temblando de vergüenza y de cólera viendo a la vez que se burlaban de él y le amenazaban.

—Esto significa —gritó Carlos IX furioso sin transición y palideciendo de una manera espantosa que no deseo ya verme rodeado de hugonotes. ¿Ois, Enrique? ¿No soy yo el rey? ¿No soy el amo?

—Pero Vuestra Majestad...

—Mi Majestad mata y extermina hoy a todo el que no es católico, porque así le place. ¿Sois católico? —gritó Carlos, cuya cólera aumentaba sin cesar como una marea terrible.

—Sire —dijo Enrique—, recordad vuestras propias palabras: «¿Qué me importa la religión del que me sirve bien?»

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —exclamó Carlos lanzando una siniestra carcajada. ¡Que recuerde mis palabras! Verba volant, como dice mi hermana Margarita. Mira— añadió señalando la ciudad —, ¿acaso todos ésos no me sirvieron bien? ¿No eran también valientes en el combate, prudentes en sus consejos y fieles en todo momento? Todos ellos eran súbditos útiles, pero eran hugonotes y no quiero más que católicos.

Enrique permaneció callado.

—¡Comprendedme, pues, Enrique! —exclamó Carlos IX.

—Ya os comprendo, señor.

—¿Y qué?

—Que no veo por qué razón el rey de Navarra va a hacer algo distinto a lo que han hecho tantos caballeros y tantos infelices. Porque, al fin, si mueren todos esos desgraciados, es porque también les han propuesto lo que Vuestra Majestad me propone y lo han rechazado como lo rechazo yo.

Carlos cogió del brazo al joven príncipe y clavando en él una mirada cuya atonía se transformaba gradualmente en acerado brillo, le preguntó:

—¡Oh! ¿Crees que me he tomado la molestia de ofrecerles la misa a todos los que están pereciendo allí?

—Sire —dijo Enrique retirando su brazo—, ¿no moriríais vos en la religión de vuestros padres?

—¡Sí, vive Dios! ¿Y tú?

—Yo también, Sire —respondió Enrique.

Carlos lanzó un rugido de furia y cogió con mano temblorosa su arcabuz, que se hallaba encima de una mesa. Enrique, pegado a un tapiz, sentía correr un sudor de angustia por su frente, pero, gracias al dominio que ejercía so bre sí mismo, pudo seguir, tranquilo en apariencia, con el ávido estupor del pájaro fascinado por la serpiente, todos los movimientos del terrible monarca.

Carlos cargó su arcabuz y pateando el suelo con ciego furor:

—¿Aceptas la misa? —preguntó a su cuñado, iluminándole con el resplandor del arma fatal.

Enrique no contestó.

Carlos IX conmovió las bóvedas del Louvre con el más terrible juramento que haya salido jamás de la boca de un hombre, y de pálido que estaba se puso lívido.

—¡Muerte, misa o Bastilla! —gritó apuntando al rey de Navarra.

—¡Oh, Sire! ¿Vais a matarme a mí, a vuestro hermano?

Enrique acababa de eludir, con aquella incomparable presencia de ánimo que constituía una de sus más poderosas facultades, la respuesta que le exigía Carlos IX; ya que, sin duda, en el caso de haber sido negativa, habría muerto.

Así como al paroxismo de la cólera sucede siempre el comienzo de la reacción, Carlos IX no reiteró la pregunta que acababa de formular al príncipe de Navarra y, después de un instante de vacilación, durante el cual dejó oír un sordo rugido, se volvió hacia la ventana abierta y apuntó a un hombre que corría por la orilla del río.

—Es preciso que mate a alguien —gritó Carlos IX, lívido como un cadáver y con los ojos inyectados de sangre.

Y apretando el gatillo dejó muerto al hombre que corría.

Enrique dejó escapar un gemido.

Entonces, animado por una terrible excitación, Carlos cargó y descargó sin descanso su arcabuz, lanzando exclamaciones de placer cada vez que acertaba a dar a un hombre.

«Estoy perdido -pensó el rey de Navarra-. Cuando no encuentre a nadie a quien tirar, me matará a mí.»

—¿Ya terminó todo? —preguntó de repente una voz detrás de los príncipes.

Era Catalina de Médicis, que acababa de entrar sin ser oída en el mismo momento en que sonaba la última detonación.

—¡No, por mil demonios! —aulló Carlos, arrojando al suelo su arcabuz—. ¡No, el testarudo no quiere!... Catalina no respondió.

Volvió lentamente sus ojos hacia donde se hallaba Enrique, tan inmóvil como las figuras pintadas en el tapiz contra el cual se apoyaba. Después miró a su hijo con una expresión que significaba: «Entonces, ¿por qué vive?»

—Vive..., vive... —murmuró Carlos IX, que comprendía perfectamente aquella mirada y que respondía, como se ve, sin titubear—. Vive..., porque es pariente mío.

Catalina sonrió.

Al ver Enrique aquella sonrisa comprendió que contra quien tenía que combatir era, sobre todo, contra Catalina.

—Señora —le dijo—, vos sois la culpable de todo, ahora lo veo, y no mi cuñado Carlos. Vos habéis concebido la idea de tenderme un lazo; vos habéis ideado convertir a vuestra hija en el cebo que nos perdería a todos; vos me habéis separado de mi esposa para que ella no sufriera la afrenta de que me mataran ante sus ojos.

—¡Sí, pero eso no sucederá! —gritó otra voz jadeante y apasionada y que hizo estremecer de sorpresa a Carlos IX y de furor a Catalina.

—¡Margarita! —exclamó totalmente sorprendido Enrique.

—¡Margot! —dijo Carlos IX.

—¡Mi hija! —murmuró Catalina.

—Señor —dijo Margarita dirigiéndose a Enrique—, vuestras últimas palabras me acusan y son a la vez justas e injustas. justas porque, en efecto, soy el instrumento de que se han servido para perderos a todos; a injustas porque yo ignoraba que marchabais a vuestra perdición. Yo misma, señor, tal como me veis, debo la vida a la casualidad o quizás al olvido de mi madre; pero no bien me he enterado del peligro que corríais, recordé mi deber. Y el deber de una esposa es el de compartir la suerte de su marido. Si os destierran, os acompañaré al destierro; si os encierran en una prisión, haré que me lleven presa; si os matan, moriré con vos.

Y tendió la mano a su marido, que éste cogió si no con amor, al menos con gratitud.

—¡Ah, mi pobre Margot! —dijo Carlos IX—. Mejor sería que le aconsejaras que se convirtiera al catolicismo.

—Sire —respondió Margarita con aquella altiva dignidad tan natural en ella—.Sire, creedme: en consideración a vos mismo, no exijáis una cobardía a un príncipe de vuestra casa.

Catalina lanzó a su hijo una significativa mirada.

—Hermano —exclamó Margarita, que, como el rey Carlos, comprendía perfectamente la terrible pantomima de Catalina—, pensad que vos hicisteis de él mi esposo.

Carlos IX, asediado por las miradas imperativas de Catalina y las suplicantes de Margarita, como por dos fuerzas opuestas, quedó indeciso un instante, pero, al fin, venció Ormaz, el genio

del bien.

—En realidad, señora — lijo inclinándose al oído de Catalina—, Margot tiene razón y Enrique es mi .cuñado.

—Sí —respondió Catalina, aproximándose a su vez al oído de su hijo—, es cierto..., pero ¿y si no lo fuera?

El espino blanco del cementerio de los inocentes

✦

Al volver de su habitación, Margarita trató en vano de adivinar las palabras que Catalina de Médicis pronunciara al oído de Carlos IX y que había dado término al terrible consejo de vida o muerte que se celebraba en aquel momento.

Una parte de la mañana la empleó en cuidar a La Mole y la otra en resolver el enigma que su mente no acertaba a comprender.

El rey de Navarra quedó prisionero en el Louvre. Los hugonotes eran perseguidos más que nunca. A la terrible noche había sucedido un día de matanza más espantoso aún. Las campanas ya no tocaban a rebato. Los gloriosos acentos de los Te Deum, en medio del crimen y de los incendios, resonaban más tristes a la luz del sol que los toques a muertos en la oscuridad de la noche anterior. Pero había algo más. Había sucedido una cosa extraña: un espino blanco, ya florecido en primavera, y que, como de costumbre, perdiera sus perfumadas galas al llegar al mes de junio, acababa de florecer durante la noche. Los católicos, que veían en este acontecimiento un milagro, tomando a Dios por cómplice de sus desmanes, iban en procesión, con cruces y banderas, al cementerio de los Inocentes, donde florecía el espino. Esta especie de aprobación dada por el Cielo a la matanza había duplicado el ardor de los asesinos. Y mientras la ciudad seguía ofreciendo en cada una de sus calles y de sus plazas una escena de desolación, el Louvre había servido ya de fosa común a todos los protestantes que se encontraban dentro en el momento de la señal. El rey de Navarra, el príncipe de Condé y La Mole eran los únicos supervivientes.

Tranquilizada con respecto a la salud de La Mole, cuyas heridas, como dijera la víspera, eran peligrosas, pero no mortales, Margarita no se preocupó más que de una cosa: salvar la vida de su esposo, que seguía amenazada. Sin duda, el primer sentimiento que la movió fue el de leal compasión por un hombre a quien, como dijera el mismo bearnés, acababa de jurar si no amor, al menos alianza.

Pero detrás de este sentimiento, otro menos puro había penetrado en el corazón de la reina.

Margarita era ambiciosa. Margarita había visto la posibilidad de reinar en su casamiento con Enrique de Borbón. Navarra, ambicionada por los reyes de Francia de una parte y por los reyes de España de otra, que pedazo a pedazo se habían apoderado de la mitad de su territorio, podía, si Enrique de Borbón no defraudaba las esperanzas que su valor había permitido abrigar en las pocas ocasiones que hubo de usar su espada, convertirse en un reino verdadero con los hugonotes de Francia por sus súbditos. Gracias a su espíritu fino y cultivado, Margarita había

entrevisto y calculado todo esto. Al perder a Enrique, no sólo perdería a un marido, sino también un trono.

Se hallaba en lo más íntimo de sus reflexiones cuando oyó llamar a la puerta del pasadizo secreto. Se estremeció, porque únicamente tres personas podían entrar por aquella puerta: el rey, la reina madre y el duque de Alençon.

Entreabrió la puerta del gabinete, indicó por señas a Guillonne y a La Mole que guardaran silencio y fue a ver quién llamaba.

El visitante era el duque de Alençon, que no había vuelto desde la noche anterior.

Por un instante, Margarita pensó pedirle su intercesión en favor del rey de Navarra; pero la detuvo una terrible idea.

El casamiento se había realizado a pesar suyo; Francisco detestaba a Enrique y sólo conservó cierta neutralidad en favor del bearnés, porque estaba convencido de que Enrique y su esposa eran extraños el uno para el otro.

Una prueba de interés dada por Margarita hacia su esposo podía, como consecuencia, en lugar de apartar, acercara su pecho uno de los tres puñales que lo amenazaban.

Margarita se estremeció, pues, al ver al joven príncipe, con mayor temor que si hubiese visto al rey Carlos IX o a la misma reina madre.

Por su aspecto nadie hubiera dicho que ocurría algo insólito en la ciudad ni en el palacio. Estaba vestido con tanta elegancia como de costumbre. De toda su persona se desprendían aquellos perfumes que Carlos IX despreciaba, pero que tanto su hermano, el duque de Anjou, como él usaban continuamente. Sólo una mirada tan aguda como la de Margarita podía notar, pese a su palidez más acentuada que de ordinario y al ligero temblor que agitaba sus manos bellas y cuidadas como las de una mujer, que ocultaba en el fondo de su corazón un sentimiento de gozo.

Entró como solía hacerlo. Se acercó a su hermana para besarla. Pero Margarita, en lugar de ofrecerle sus mejillas como hubiese hecho con el rey o con el duque de Anjou, se inclinó y le besó la frente.

El duque de Alençon exhaló un suspiro y apoyó sus labios amoratados sobre la frente de su hermana. Luego, sentándose, se puso a referir las sangrientas novedades de la noche: la muerte lenta y terrible del almirante; la muerte instantánea de Teligny, que, herido por una bala, expiró inmediatamente.

Se detuvo subrayando todos los detalles horribles de aquella noche con aquel particular amor por la sangre que sentían él y sus dos hermanos.

Margarita le dejó hablar. Por fin, cuando hubo terminado y tras un breve silencio:

—No será solamente para contarme esto para lo que habréis venido a visitarme, ¿verdad, hermano mío?

—preguntó Margarita.

El duque de Alençon sonrió.

—¿Tenéis algo más que decirme?

—No —respondió el duque—, estoy esperando.

—¿Qué esperáis?

—¿No me habéis dicho, querida Margarita —prosiguió el duque acercando su sillón al de su hermana—, que el matrimonio con el rey de Navarra se había realizado contra vuestra voluntad?

—Sí, sin duda. No conocía al príncipe de Bearne cuando me lo propusieron por esposo.

—Y cuando le conocisteis, ¿no me habíais afirmado que no sentíais ningún amor hacia él?

—En efecto, así os lo dije.

—¿No teníais la opinión de que el casamiento haría vuestra desdicha?

—Mi querido Francisco —dijo Margarita—, cuando un casamiento no es la suprema felicidad, es casi siempre el supremo dolor.

—Pues bien, querida Margarita; como os decía, estoy esperando.

—Pero ¿qué esperáis?

—Que demostréis vuestra alegría.

—¿De qué tengo que alegrarme?

—De esta inesperada ocasión que se os presenta para recuperar vuestra libertad.

—¡Mi libertad! —repitió Margarita, queriendo obligar al príncipe a decir todo lo que pensaba.

—Sí, vuestra libertad: vais a ser separada del rey de 1 Navarra.

—¡Separada! —exclamó Margarita, clavando sus ojos en el joven príncipe.

El duque de Alençon trató de sostener la mirada de su hermana; pero pronto hubo de bajar la vista azorado.

—¡Separada! —repitió Margarita—. Vamos a ver, hermano; me alegro de que me ofrezcáis la oportunidad de examinar profundamente la cuestión. ¿Cómo piensan separarnos?

—Enrique es hugonote —murmuró el duque.

—Es cierto, pero nunca ocultó su religión y ya se sabía cuando nos casaron.

—Sí, pero ¿qué ha hecho Enrique desde que se casó? —dijo el duque con el rostro iluminado a su pesar por un destello de alegría.

—Vos lo sabéis mejor que nadie, Francisco, puesto que casi todos los días los pasa en vuestra compañía, ya sea en partidas de caza, ya jugando al mallo o a la pelota.

—Sí, los días, sí —respondió el duque—; pero ¿y las noches?

Margarita guardó silencio y esta vez le tocó a ella bajar la vista.

—¿Y las noches? —repitió el duque.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Margarita comprendiendo que no podía permanecer callada.

—Que las noches las pasa con la señora de Sauve.

—¿Cómo lo sabéis? —exclamó Margarita.

—Lo sé porque tenía interés en saberlo —respondió el príncipe poniéndose pálido y desgarrando los bordados de sus mangas.

Margarita comenzaba a comprender las palabras que Catalina dijera en voz baja a Carlos IX, pero aparentó seguir en la ignorancia.

—¿Por qué me decís eso, hermano? —preguntó con un aire de melancolía admirablemente fingido—. ¿Será para recordarme que aquí nadie me ama ni se preocupa de mí, ni siquiera aquellos que la naturaleza me dio como protectores, m el que la Iglesia me ha dado por esposo?

—Sois injusta —dijo vivamente el duque de Alençon, acercando aún más su sillón al de su hermana—. Yo os amo y os protejo.

—Hermano —dijo Margarita mirándole fijamente—, vos tenéis algo que decirme de parte de la reina madre.

—¿Yo? No, Margarita; os juro que estáis equivocada. ¿Qué os hace creer tal cosa?

—El hecho de que rompáis la amistad que os unía a mi marido, de que abandonéis la causa del rey Enrique de Navarra...

—¿La causa del rey de Navarra? —exclamó el duque de Alençon, sumamente confuso.

—Sí, sin duda. Oíd, Francisco; hablemos con franqueza. Habéis convenido veinte veces en que no podéis elevaros ni sosteneros sino apoyándoos mutuamente. Esa alianza...

—Es ahora completamente imposible, hermana mía —interrumpió el duque de Alençon.

—¿Por qué?

—Porque el rey tiene sus intenciones con respecto a vuestro marido. Perdón, me equivoco al decir vuestro marido; quise decir Enrique de Navarra. Nuestra madre lo ha adivinado todo. Me alié a los hugonotes porque creí que gozaban del favor real. Pero ahora los matan y dentro de ocho días no quedarán cincuenta en todo el reino. Tendí la mano al rey de Navarra porque era... vuestro esposo. Pero resulta que no lo es. ¿Qué tenéis que decir a todo esto, vos que no sólo sois la mujer más bella de Francia, sino también la cabeza mejor organizada de todo el reino?

—Tengo que decir que conozco a nuestro hermano Carlos. Ayer le vi en uno de esos accesos de locura que le acortan cada vez diez años de vida. Esos ataques se suceden por desgracia con mucha frecuencia ahora, de modo que, según todas las posibilidades, Carlos no vivirá mucho tiempo. Tengo también que decir que el rey de Polonia acaba de fallecer y se busca, para que lo reemplace, a un príncipe de la casa de Francia. En fin, creo que, cuando las circunstancias se presentan de esta manera, no es el momento de abandonar aliados que, cuando llegue la ocasión, pueden contar con la ayuda de un pueblo y el apoyo de un reino.

—¿Y vos no hacéis una traición mayor prefiriendo a un extranjero que a vuestro hermano? —preguntó entonces el duque.

—Explicaos, Francisco. ¿En qué y cómo os he traicionado?

—¿No pedisteis ayer a Carlos la vida del rey de Navarra?

—¿Y qué? —preguntó Margarita con falsa ingenuidad.

El duque se levantó precipitadamente, dio dos o tres vueltas a la habitación dando muestras de hallarse exasperado, y luego volvió a coger la mano de Margarita.

Aquella mano estaba rígida y helada.

—Adiós, hermana —dijo—. No habéis querido comprenderme, de modo que no culpéis a nadie sino a vos de las desgracias que puedan ocurriros.

Margarita se puso pálida, pero no se movió, y dejó salir al duque de Alençon sin intentar un solo ademán para detenerlo.

Apenas le había perdido de vista por el corredor cuando le vio volver sobre sus pasos.

—Escuchad, Margarita —dijo—, se me olvidaba deciros una cosa, y es que mañana a estas horas el rey de Navarra habrá muerto.

Margarita dio un grito, pues la convicción de que era instrumento de un crimen le causaba un espanto invencible.

—¿Y no impediréis vos esa muerte? ¿No salvaréis la vida de vuestro mejor y más fiel aliado?

—Desde ayer el rey de Navarra ya no es mi aliado.

—¿De quién sois amigo, entonces?

—Del señor de Guisa. Como venció a los hugonotes, han nombrado al señor de Guisa rey de los católicos.

—¡Y el hijo de Enrique II reconoce por rey a un duque de Lorena...!

—Tenéis un mal día, Margarita, y no queréis comprender nada.

—Confieso que trato vanamente de leer en vuestro pensamiento.

—Hermana, vos sois de tan buena cuna como la princesa de Porcian, y Guisa es tan mortal como el rey de Navarra. Suponed ahora estas tres cosas, todas muy posibles. La primera: que el duque de Anjou sea elegido rey de Polonia; la segunda: que correspondáis al cariño que yo os profeso; en tal caso yo sería rey de Francia y vos... y vos... reina de los católicos.

Margarita ocultó la cara entre sus manos, deslumbrada por la profundidad de miras de aquel adolescente a quien nadie en la corte quería reconocer su inteligencia.

—Pero —le preguntó después de una pausa— ¿no tenéis los mismos celos del duque de Guisa que del rey de Navarra?

—Lo pasado, pasado está —dijo el duque de Alençon con voz sorda—. Cuando el duque de Guisa me dio motivos para tener celos también los tuve.

—Una sola cosa puede oponerse a la realización de tan hermoso proyecto.

—¿Y es?

—Que ya no amo al duque de Guisa.

—¿A quién amáis entonces?

—A nadie.

El duque de Alençon miró a Margarita con el asombro de una persona que a su vez no comprende y salió de la habitación suspirando y oprimiéndose las sienes entre sus manos heladas.

Margarita se quedó sola y pensativa. La situación comenzaba a precisarse ante sus ojos: el rey había dejado hacer la matanza de San Bartolomé y la reina y el duque de Guisa la habían organizado. El duque de Guisa y el de Alençon iban a aliarse para sacar de ella el mayor partido posible. La muerte del rey de Navarra era la consecuencia natural de aquella gran catástrofe. Una vez muerto Enrique de Navarra, se apoderarían de su reino. Margarita se quedaría viuda sin trono y sin poder, no teniendo otra perspectiva que encerrarse en un convento, en el que no le quedaría siquiera el consuelo de llorar a un esposo que jamás había llegado a serlo.

En estas cavilaciones, la reina Catalina le mandó preguntar si no quería ir con toda la corte en peregrinación hasta el espino del cementerio de los Inocentes.

El primer impulso de Margarita fue el de negarse a formar parte de la comitiva. Pero la idea de que quizá se ofreciera la oportunidad de tener alguna noticia sobre la suerte que corría el rey de Navarra, la decidió a aceptar. Respondió, pues, que si le ensillaban un caballo acompañaría gustosa a Sus Majestades. Cinco minutos después, un paje entró a anunciarle que el cortejo iba a ponerse en marcha. Margarita recomendó por señas a Guillonne que cuidara al herido y bajó.

El rey, la reina madre, Tavannes y los católicos más destacados estaban ya a caballo. Margarita lanzó una rápida ojeada sobre el grupo, que se componía de unas veinte personas, sin ver entre ellas al rey de Navarra.

La señora de Sauve formaba parte del grupo y dirigió a Margarita una mirada tan expresiva, que ésta comprendió que la amante de su esposo tenía algo que decirle.

Se pusieron en camino por la calle de Astruce para llegar hasta la de Saint-Honoré. Las gentes del pueblo se habían reunido al ver al rey, a la reina Catalina y a los jefes católicos, y seguían al cortejo como una marea en ascenso gritando:

—¡Viva el rey! ¡Viva la misa! ¡Mueran los hugo notes!

Al tiempo que proferían tales exclamaciones blandían espadas enrojecidas y arcabuces todavía humeantes que indicaban la parte que había tomado cada cual en el siniestro acontecimiento que acababa de ocurrir.

Al llegar a la altura de la calle de Prouvelles encontraron a unos hombres que arrastraban un cadáver sin cabeza. Era el del almirante. Y lo llevaban a Montfaucon para colgarlo por los pies.

Entraron al cementerio de los Inocentes por la puerta que se abría frente a la calle de Chaps, hoy llamada de los Déchargeurs. El clero, enterado de la visita del rey y de la reina madre, se había congregado para aclamar a Sus Majestades.

La señora de Sauve aprovechó el momento en que Catalina estaba escuchando un discurso de bienvenida para acercarse a la reina de Navarra y pedirle permiso para besarle la mano. Margarita extendió el brazo hacia ella. La señora de Sauve aproximó sus labios a la mano de la reina y, al inclinarse, le deslizó un papelito enrollado por la abertura de la manga.

Por rápido y disimulado que fuera el ademán de la señora de Sauve, Catalina lo advirtió y volvió la cabeza en el momento en que su dama de honor besaba la mano de la reina.

Las dos mujeres se dieron cuenta de esta mirada, que llegó hasta ellas como un rayo, pero permanecieron impasibles.

La señora de Sauve se alejó de Margarita y volvió a ocupar su sitio junto a Catalina.

Cuando hubo respondido a la salutación que acababan de dirigirle, Catalina, sonriendo, hizo una seña a la reina de Navarra para que se acercara.

Margarita obedeció.

—Hija mía —dijo la reina madre en su dialecto italiano—, parece que tenéis gran amistad con la señora de Sauve.

Margarita sonrió, dando a su hermosa fisonomía la expresión más amarga que pudo hallar.

—Sí, madre mía —respondió—, la serpiente vino a morderme la mano.

—¡Ja! ¡Ja! Estáis celosa, según parece —dijo Catalina riendo.

—Os engañáis, señora —respondió Margarita—. Estoy tan celosa del rey de Navarra como él está enamorado de mí. Lo que sucede es que sé distinguir a mis amigos de mis enemigos. Amo a quien me quiere y detesto a quien me odia. De lo contrario, ¿no sería indigna de llamarme hija vuestra?

Catalina sonrió, queriendo dar a entender a Margarita que, si pudo tener alguna sospecha, esta sospecha se había desvanecido.

Por otra parte, nuevos peregrinos llamaron la atención de la augusta asamblea en aquel momento. Llegaba el duque de Guisa, acompañado por un grupo de gentiles hombres excitados todavía por la reciente carnicería. Daban escolta a una litera ricamente tapizada que se detuvo ante el rey.

—¡La duquesa de Nevers! —exclamó Carlos IX—. ¡Vaya! Parece que viene a recibir nuestras felicitaciones la bella y valiente católica. Se ha dicho, prima, que desde vuestra propia ventana habéis atacado a los hugo —notes y hasta aseguran que matasteis a uno de una pedrada.

La duquesa de Nevers se ruborizó visiblemente.

—No, Sire —dijo en voz baja arrodillándose a los pies del rey—. Tan sólo tuve el honor de recoger a un católico herido.

—¡Bien! ¡Bien, prima! Hay dos maneras de servirme: una exterminando a mis enemigos, y otra protegiendo a mis amigos. Cada cual hace lo que puede y yo estoy seguro de que habríais hecho mucho más si hubierais podido.

Entre tanto, el pueblo, al ver la buena armonía que reinaba entre la Casa de Lorena y Carlos IX, prorrum - pió en aclamaciones.

—¡Viva el rey! ¡Viva el duque de Guisa! ¡Viva la misa!

—¿Volveréis al Louvre con nosotros, Enriqueta? —preguntó la reina madre a la bella duquesa.

Margarita dio con el codo a su amiga, que, enterada en seguida de la seña, contestó:

—No, señora, salvo que Vuestra Majestad me lo ordene, porque tengo algo que hacer en la ciudad con Su Majestad, la reina de Navarra.

—¿Qué vais a hacer juntas? —preguntó Catalina.

—Ver unos libros griegos muy raros a interesantes que han encontrado en casa de un. viejo pastor protestante y que han sido llevados a la torre de Saint —Jacques— la —Boucherie— respondió Margarita.

—Mejor haríais en ir a ver cómo arrojan al Sena, desde lo alto del puente de Meuniers, a los últimos hugonotes —dijo Carlos IX—. Eso es lo que corresponde hacer a los buenos franceses.

—Si esto agrada a Vuestra Majestad, iremos —respondió la duquesa de Nevers.

Catalina lanzó una mirada de desconfianza sobre las dos jóvenes. Margarita, que estaba al acecho, la in - terceptó y se volvió repetidas veces, empezando a observar a su alrededor con aire muy preocupado. Tan fingida o real inquietud no pasó inadvertida a los ojos de Catalina:

—¿Qué buscáis?

—Busco..., ya no la veo —contestó.

—¿Qué buscáis? ¿A quién no veis ya?

—Busco a la señora de Sauve. ¿Habrá regresado al Louvre?

—¡Cuando lo decía que estabas celosa! —dijo Catalina al oído de su hija—. O bestia...! ¡Vamos, vamos, Enriqueta! —continuó encogiéndose de hombros—. Id con la reina de Navarra.

Margarita fingió todavía mirar en torno suyo, y luego, inclinándose al oído de su amiga, le dijo:

—Llévame pronto. Tengo que decirte algo de suma importancia.

La duquesa hizo una reverencia a Carlos IX y a Catalina, y luego, dirigiéndose a la reina de Navarra, le preguntó:

—¿Se dignará Vuestra Majestad subir a mi literal

—Con mucho gusto, pero después tendréis que hacerme acompañar de nuevo hasta el Louvre.

—Mi litera, mis servidores y yo misma estamos a disposición de Vuestra Majestad —respondió la duquesa. La reina Margarita subió a la litera y le hizo señas a la duquesa para que hiciera lo mismo, sentándose ésta respetuosamente en el asiento delantero.

Catalina y su comitiva regresaron al Louvre por el mismo camino que habían seguido al ir. Pero durante todo el trayecto se vio a la reina madre hablar continuamente en voz baja con el rey y señalar varias veces a la señora de Sauve durante la conversación.

A cada oportunidad, el rey reía como acostumbraba hacerlo; es decir, con una risa más siniestra que una amenaza.

En cuanto a Margarita, una vez que la litera se puso en marcha y ya no tuvo que temer la mirada penetrante de Catalina, sacó rápidamente de su manga el papelito de la señora de Sauve y leyó lo siguiente: «He recibido la orden de enviar esta noche al rey de Navarra dos llaves: una

corresponde a la habitación donde está encerrado y la otra a la mía. Una vez que esté en mi cuarto debo obligarlo a permanecer allí hasta las seis de la mañana. Que Vuestra Majestad reflexione y decida sin tener en cuenta para nada mi vida.»

—Ya no hay duda —murmuró Margarita—. Esta pobre mujer es el instrumento que quieren utilizar para perdernos a todos. Pero veremos si de la reina «Margot», como dice mi hermano Carlos, hacen tan fácilmente una religiosa.

—¿De quién es esa carta? —preguntó la duquesa de Nevers señalando el papel que Margarita acababa de leer y releer con tanta atención.

—¡Ah, duquesa, tengo muchas cosas que contarte! —respondió Margarita, haciendo mil pedazos el mensaje.

Las confidencias

✦

—Ante todo, ¿adónde vamos? —preguntó Margarita—. Me imagino que no será al puente de Meuniers... ¡Ya he visto demasiados crímenes desde ayer, mi pobre Enriqueta!

—Me he tornado la libertad de conducir a Vuestra Majestad...

—En primer lugar, Mi Majestad lo ruega que olvides a Su Majestad... Me llevas, pues...

—Al palacio de Guisa, a menos que decidáis otra cosa.

—No, no, Enriqueta, vamos a lo casa. Ni el duque de Guisa ni lo marido están, ¿verdad?

—¡Oh, no! —exclamó la duquesa con una alegría que hizo brillar sus bellos ojos de color esmeralda—. ¡No, ni mi cuñado, ni mi mando, ni nadie! Soy libre, libre como el aire, como los pájaros, como las nubes... Libre, mi reina, ¿comprendéis? ¿Sabéis toda la felicidad que encierra esta palabra? ¡Libre!... Voy, vengo, ordeno. ¡Ah, pobre rema! Vos no sois libre, suspiráis...

—¡Vas, vienes, ordenas! ¿Eso es todo? ¿Tu libertad no consiste más. que en eso? Veamos, estás demasiado alegre para que sea sólo por estar libre.

—Vuestra Majestad me permitió iniciar las confidencias.

—¿Todavía Majestad? Vamos, ¿quieres que nos enfademos, Enriqueta? ¿Has olvidado lo convenido?

—No, soy vuestra respetuosa servidora ante el mun do y lo loca confidente cuando estamos solas. ¿No es verdad, Margarita?

—Sí, sí —dijo la reina sonriendo.

—Ni rivalidades de familia, ni perfidias de amor; todo bien, todo bueno, todo franco; en fin, una alianza ofensiva y defensiva, con el único objeto de encontrar y coger al vuelo, si es que lo hallamos, ese instante efímero que llaman felicidad.

—Bien, duquesa, así es, y para ratificarlo, bésame.

Y las dos encantadoras cabezas, una pálida y melancólica, la otra sonrosada, rubia y risueña, se aproximaron graciosamente y unieron sus labios así como habían unido sus pensamientos.

—¿Ha ocurrido algo nuevo? —preguntó la duquesa, clavando en Margarita una mirada ávida y llena de curiosidad.

—¿Acaso no es todo nuevo desde hace dos días?

—¡Oh! Hablo de amor y no de política. Cuando tengamos la edad de la señora Catalina, lo madre, nos ocuparemos de política. Pero tenemos veinte años, hermosa reina, hablemos de otra cosa. Veamos. ¿Te has casado por fin?

—¿Con quién? —preguntó riendo Margarita.

—¡Ah! Tu respuesta me tranquiliza.

—Lo que a ti lo tranquiliza a mí me aterra. Duquesa, es preciso que me case.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¡Bah! ¿Es tan necesario, pobre amiga mía?

—Absolutamente.

—¡Voto al diablo, como dice uno que yo conozco! ¡Esto es muy triste!

—¿Conoces a alguien que dice «Voto al diablo»? —preguntó Margarita riéndose.

—Sí.

—¿Quién es?

—Siempre me interrogas tú cuando lo toca hablar a ti. Acaba y empezaré yo.

—Pues lo diré en dos palabras: El rey de Navarra está enamorado y no quiere nada conmigo. Yo no estoy enamorada, pero tampoco quiero nada con él. Sin embargo, es necesario que los dos cambiemos de idea, o que aparentemos cambiar de hoy a mañana.

—Cambia tú y puedes estar segura de que él también lo hará.

—Precisamente eso es lo difícil, porque estoy menos dispuesta que nunca a cambiar.

—Espero que en lo que respecta a lo marido solamente.

—Enriqueta, tengo un escrúpulo.

—¿De qué clase?

—De religión. ¿Haces tú alguna diferencia entre hugonotes y católicos?

—¿En política?

—Sí.

—Naturalmente.

—¿Y en amor?

—Querida amiga, nosotras las mujeres somos tan paganas, que en cuanto a sectas las admitimos todas, y en cuanto a dioses, reconocemos varios.

—En uno solo, ¿no es cierto?

—Sí —dijo la duquesa con una mirada llena de paganismo—. Sí, ese que se llama Eros, Cupido, Amor; sí, ese que lleva un carcaj, una venda y alas... ¡Voto al diablo! ¡Viva la devoción!

—Sin embargo, tienes una manera muy particular de rezarle; arrojando piedras a la cabeza de los hugonotes.

—Hagamos el bien y dejemos que hablen... ¡Ah, Margarita! ¡Cómo se desfiguran las mejores ideas y las más bellas acciones al pasar por boca del vulgo!

—¡El vulgo! Si no me equivoco, el que lo felicitó fue mi hermano Carlos.

—Tu hermano Carlos, Margarita, es un gran cazador que se pasa todo el santo día soplando el cuerno; por eso está tan delgado... Rechazo, pues, hasta sus cumplidos. Por otra parte, respondí a lo hermano Carlos... ¿No oíste mi respuesta?

—No, hablabas en voz tan baja...

—Tanto mejor; así tendré más noticias que contarte. ¿Y el final de lo confidencia, Margarita?

—Es que..., es que...

—¿Qué?

—Que si la piedra de la que hablaba mi hermano —dijo la reina riendo— era histórica, me abstendría.

—¡Bueno! ¡Has elegido un hugonote! Puedes estar tranquila. Para aliviar lo conciencia lo prometo. enamorarme de uno a la primera ocasión.

—¡Ah! ¡Parece que esta vez has elegido un católico!

—¡Voto al diablo! —respondió la duquesa.

—Está bien, ya comprendo.

—¿Y cómo es lo hugonote?

—No lo he elegido yo, que conste; además no es nada para mí y quizá no lo sea nunca.

—Pero, en fin, ¿cómo es? Eso no impide el que me lo digas; ya sabes que soy muy curiosa.

—Un pobre muchacho, hermoso como el Nisus de Benvenuto Cellini, que fue a refugiarse en mi alcoba.

—¡Oh! ¡Oh! ¿Y no le habías invitado?

—¡Pobre muchacho! No lo rías así, Enriqueta, porque todavía se halla entre la vida y la muerte.

—¿Est á enfermo?

—Está gravemente herido.

—Pero es muy peligroso tener un hugonote herido; sobre todo en estos días. ¿Y qué haces con ese hugonote herido que no es nada para ti ni lo será jamás?

—Está en mi gabinete; lo tengo escondido y quiero salvarlo.

—Es hermoso, es joven, está herido. Tú lo ocultas en lo gabinete y quieres salvarlo. Ese hugonote sería el último de los ingratos si no sintiera por ti una profunda gratitud.

—Ya la siente y más de lo que yo quisiera...; por eso tengo miedo.

—¿Y no lo interesa... ese pobre joven?

—Por humanidad... únicamente.

—¡Ah! ¡La humanidad, mi pobre reina! Ésa es la virtud que nos pierde siempre a las mujeres.

—Compréndelo; como en cualquier momento Pueden entrar en mi alcoba el rey, el duque de Alençon, mi madre y hasta mi marido...

—Me pides que dé albergue al pequeño hugonote mientras se repone, con la condición de que lo devuelva cuando esté sano. ¿No es eso?

—¡Burlona! No, lo juro que mis proyectos no llegaban tan lejos. Pero si pudieras buscar el medio de esconder a ese pobre muchacho, si pudieras conservarle la vida que yo le he salvado... ¡en fin, lo confieso que lo agradecería eternamente! Tú eres libre en el palacio de Guisa, no

tienes cuñado, ni marido que lo espíe o lo ordene lo que has de hacer, y, además, al lado de lo cuarto, donde nadie, felizmente para ti, tiene derecho a entrar, posees un gabinete igual al mío. Préstamelo para mi hugonote; cuando esté bueno le abrirás la jaula y el pájaro volará.

—No hay más que un inconveniente, querida reina, y es que la jaula está ocupada.

—¡Cómo! ¿Tú también salvaste a alguien?

—Precisamente eso fue lo que respondí a lo hermano.

—¡Ah! ¡Ahora comprendo! Por eso hablabas en voz tan baja que no pude oírte.

—Oye, Margarita, es una historia admirable, no menos bella ni menos política que la tuya. Después de dejarte mis seis soldados, volví con los seis restantes al palacio de Guisa, desde donde me puse a ver el incendio y el saqueo de una casa que no está separada del palacio de mi hermano más que por la calle de Quatre —Fils, cuando de repente oigo gritos de mujeres y juramentos de hombres. Salgo al balcón y veo en primer término una espada cuyo brillo parecía iluminar toda la escena. Admiro este brioso acero; ya sabes mi afición por lo bello... Luego, naturalmente, trato de distinguir el brazo que lo agitaba y el cuerpo al que ese brazo pertenecía. En medio de las estocadas y de los gritos descubro, por fin, al hombre y veo... un héroe, un Ayax Telamon; y oigo una voz de Estentor. Me entusiasmo, me quedo palpitante de emoción, estremeciéndome a cada estocada que lo amenaza, a cada golpe que él acierta. Esta emoción duró un cuarto de hora, ¿sabéis, reina mía? Jamás-1 había experimentado otra parecida ni creí que pudiera existir. Permanecí allí jadeante, muda, en suspenso, cuando de pronto mi héroe desapareció.

—¿Cómo?

—Bajo una piedra que le tiró una anciana. Entonces, como Ciro, recuperé el habla y grité: «¡Auxilio, socorro!» Salieron nuestros guardias, le levantaron y le transportaron a la habitación que me pides para lo protegido.

—¡Ay! Te comprendo tanto mejor cuanto que esta historia, querida Enriqueta, es casi igual que la mía.

—Con la diferencia, mi reina, de que, como sirvo a mi rey y a mi religión, no necesito librarme del señor Annibal de Coconnas.

—¿Se llama Annibal de Coconnas? —replicó Margarita riendo.

—Es un nombre terrible, ¿no es cierto? —dijo Enriqueta—. Pues os aseguro que quien lo lleva es digno de él. ¡Qué campeón, voto al diablo! ¡Cuánta sangre ha hecho correr! Ponte el antifaz, reina, ya llegamos al palacio.

—¿Para qué quieres que me lo ponga?

—Porque deseo mostrarte a mi héroe.

—¿Es hermoso?

—Durante la batalla me pareció magnífico. Es verdad que era de noche y le vi a la luz de las llamas. Esta mañana a la luz del día me parece que ha perdido un poco, lo confieso. Sin embargo, creo que quedarás satisfecha.

—Entonces ¿no se admite a mi protegido en el palacio de Guisa? Me enfado; sería el último sitio donde vinieran a buscar a un hugonote.

—¡Por nada del mundo os enfadéis! Esta misma noche le mandaré buscar; uno dormirá en el lado derecho y el otro en el izquierdo de la habitación.

—Pero si se reconocen uno como protestante y otro como católico se van a devorar.

—¡Oh! No hay peligro. El señor de Coconnas recibió una herida en el rostro que le impide ver con claridad. Tu hugonote time una herida en el pecho que le obliga a permanecer inmóvil... Además, le recomendarás que no mencione para nada su religión, y todo saldrá a pedir de boca.

=-Entonces, ¡acepto!

—Entremos, ya está decidido.

—Gracias —dijo Margarita, oprimiendo la mano de su amiga.

—Aquí, señora, volvéis a ser Majestad —dijo la duquesa de Nevers—. Permitidme, pues, que os haga los honores del palacio de Guisa como deben hacerse a la reina de Navarra.

Y la duquesa, al bajar de su litera, se puso casi de rodillas para ayudar a Margarita a poner un pie en el suelo; luego, señalándole con la mano la puerta del palacio, custodiada por dos centinelas arcabuz en mano, siguió, guardando cierta distancia, a la reina, que avanzó majestuosamente, precediendo a la duquesa, quien mantuvo su humilde actitud mientras pudo ser vista. Una vez en la habitación, la duquesa cerró la puerta y llamando a su doncella, una siciliana sumamente despierta, le preguntó en italiano:

—Mica, ¿cómo sigue el señor conde?

—Mucho mejor.

—¿Y qué hace en este momento?

—Creo que está comiendo.

—¡Muy bien! —dijo Margarita—. Si vuelve el apetito, es buen síntoma.

—¡Ah! ¡Es verdad! Me había olvidado de que eres discípula de Ambrosio Paré. Retírate, Mica.

—¿La despides?

—Sí, para que vigile y no nos sorprendan.

Mica salió.

—Ahora —dijo la duquesa—, ¿quieres entrar a verlo o prefieres que le llame?

—Ninguna de las dos cosas; quisiera verlo sin ser vista.

—¿Qué puede importarte ser vista si llevas el antifaz?

—Puede reconocerme por los cabellos, las manos o las joyas.

—¡Qué prudente se ha vuelto mi hermosa reina desde que está casada!

Margarita sonrió.

—Bien; pero no se me ocurre más que un medio.

—¿Cuál?

—Que mires por el agujero de la cerradura.

—Sea, condúceme.

La duquesa cogió a Margarita de la mano, la llevó hasta una puerta oculta tras un tapiz, se puso de rodillas y miro por el ojo de la cerradura.

—Ven —dijo—, justamente está sentado a la mesa y vuelve la cara hacia este lado.

La reina Margarita ocupó el lugar de su amiga, y acercó los ojos a la cerradura. Coconnas, como había dicho la duquesa, se hallaba sentado ante una mesa admirablemente servida, a la que sus heridas no impedían hacer honor.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! —gritó Margarita retrocediendo.

—¿Qué tienes? —preguntó asombrada la duquesa.

—¡Imposible! ¡No! ¡Sí! ¡Por mi vida, es el mismo!

—¿Quién?

—¡Chist! —dijo Margarita levantándose y cogiendo una mano de la duquesa—. ¡Es el mismo que quería matar a mi hugonote y le persiguió hasta mi alcoba hiriéndole en mis brazos! ¡Oh! ¡Enriqueta! ¡Qué suerte que no me haya visto!

—Y dime, ya que le viste peleando, ¿no está admirable?

—No sé —respondió Margarita—. Yo miraba al perseguido.

—¿Y el perseguido, cómo se llama?

—¿No pronunciarás su nombre delante de él?

—No, os lo prometo.

—Lerac de La Mole.

—Y ahora, dime qué lo parece.

—¿Quién, el señor de La Mole?

—No, el señor Coconnas.

—A fe mía —dijo Margarita—, confieso que me parece...

Y se detuvo.

—Vamos, vamos —dijo la duquesa—. Ya veo que le guardas rencor por las heridas que le hizo a lo hugonote.

—Pero me parece —dijo riendo Margarita— que mi hugonote no le debe nada, porque el tajo con que le ha subrayado el ojo...

—Están en paz entonces y podemos reconciliarlos. Envíame a lo herido.

—No, aún no, más tarde.

—¿Cuándo?

—Cuando le hayas dado al tuyo otra habitación.

—¿Cuál?

Margarita miró a su amiga, que, después de un momento de silencio, la miró también y se echó a reír.

—¡Así será! —dijo la duquesa—. ¿Quedamos entonces más unidas que nunca?

—Amistad sincera, siempre —respondió la reina.

—¿Y cuál será la consigna, el santo y seña que usaremos para reconocernos si tenemos necesidad la una de la otra?

—El triple nombre de lo dios: Eros —Cupido— Amor.

Y las dos mujeres se separaron después de besarse por segunda vez y de darse la mano por vigésima.

DE CÓMO HAY LLAVES QUE ABREN PUERTAS A LAS QUE NO ESTABAN DESTINADAS

De regreso al Louvre, la reina de Navarra halló a Guillonne presa de una gran zozobra. Durante su ausencia, la señora de Sauve había ido a entregarle la llave que le diera la reina madre y que correspondía a la habitación donde estaba encerrado Enrique. Por la causa que fuese, lo evidente era que la reina madre necesitaba que el bearnés pasara aquella noche con la señora de Sauve.

Margarita cogió la llave y le dio vueltas y más vueltas entre sus dedos. Se hizo repetir minuciosamente las palabras pronunciadas por la baronesa y, sospesándolas mentalmente letra por letra, creyó adivinar los proyectos de su madre.

Tomó una pluma y tinta y escribió en una hoja de papel:

En lugar de ir esta noche a la habitación de la señora de Sauve, venid a la de la reina de Navarra.

Margarita.

✦

Luego enrolló el papel, lo introdujo en el hueco de la llave y ordenó a Guillonne que, en cuanto oscureciera, fuese a deslizarla por debajo de la puerta del prisionero.

Una vez hecho esto, Margarita pensó en el herido. Cerró todas las puertas, entró en el gabinete, y con gran asombro suyo encontró a La Mole vestido con las mismas ropas que usaba el día anterior, rotas y manchadas de sangre.

Al verla trató de ponerse en pie; pero, débil aún, no pudo sostenerse y cayó sobre el sofá, que se había transformado en lecho.

—¿Qué ocurre, señor? —preguntó Margarita—. ¿Y por qué cumplís tan mal las prescripciones de vuestro médico? ¡Os recomendé reposo y en lugar de obedecerme hacéis todo lo contrario!

—¡Oh, señora, no es culpa mía! —dijo Guillonne—. Rogué y supliqué al señor conde que no hiciera tales locuras, pero me ha declarado que nada podría detenerlo por más tiempo en el Louvre.

—¡Abandonar el Louvre! —dijo Margarita, mirando con asombro al joven, que bajó la vista —. ¡Pero eso es imposible! No podéis caminar, estáis pálido y sin fuerzas, vuestras rodillas tiemblan. Esta mañana la herida del hombro sangraba todavía.

—Señora —respondió el caballero—, del mismo modo que os agradecí profundamente el haberme dado asilo anoche, os suplico que me permitáis marcharme ahora.

—Pero —dijo Margarita asombrada—, no sé cómo calificar tan descabellada resolución: es peor que la ingratitud.

—¡Oh, señora! —exclamó La Mole juntando las manos—. Creedme. Lejos de ser ingrato, hay en mi corazón un sentimiento de gratitud que durará toda la vida.

—Entonces no durará mucho tiempo —dijo Margarita conmovida por este tono que no permitía dudar de la sinceridad de las palabras—. Porque se abrirán vuestras heridas y moriréis a causa de la pérdida de sangre o seréis reconocido como hugonote y no andaréis cien pasos sin que os maten.

—Sin embargo, es preciso que abandone el Louvre —murmuró La Mole.

¡Es preciso! -dijo Margarita mirándole con sus ojos claros y profundos.

Luego, palideciendo ligeramente, continuó:

—¡Ah!, sí, ya comprendo, perdonadme, señor. Hay sin duda fuera del Louvre una persona a quien vuestra ausencia inquieta cruelmente. Es justa, señor de La Mole, vuestra actitud, es natural y yo me hago cargo. ¿Cómo no lo habéis dicho en seguida y cómo no se me ha ocurrido

a mí pensarlo? Cuando se ejerce la hospitalidad, se tiene el deber de respetar los afectos del huésped, así como de curar sus heridas y ocuparse tanto de su alma como de su cuerpo.

—¡Ay, señora! —respondió La Mole—. Os equivocáis de un modo singular. Estoy casi solo en el mundo y completamente solo en París, donde nadie me conoce. Mi agresor fue el primer hombre con quien hablé en la ciudad y Vuestra Majestad es la primera mujer que me ha dirigido la palabra.

—Entonces —dijo Margarita sorprendida—, ¿por qué insistís en partir?

—Porque anoche Vuestra Majestad no descansó ni un momento y esta noche...

Margarita se ruborizó.

—Guillonne —dijo—, ya oscurece; creó que es hora de que vayas a llevar la llave.

La doncella sonrió y se retiró.

—Pero —continuó Margarita— si estáis solo en París y sin amigos, ¿cómo os las arreglaréis?

—Señora, pronto tendré muchos amigos; porque cuando huía de mis perseguidores, pensé en mi madre, que era católica; me pareció verla deslizarse delante de mí en dirección al Louvre con una cruz en la mano, e hice la promesa de convertirme a la religión de mi madre si Dios me conservaba la vida. Dios hizo algo más que conservarme la vida, señora: me envió a uno de sus ángeles para hacerme amar la existencia.

—Pero no podréis andar; antes de dar cien pasos caeréis desvanecido.

—Señora, estuve ensayando hoy en el gabinete; aún ando despacio y con dolores, es cierto, pero necesito llegar hasta la plaza del Louvre; una vez allí, sucederá lo que Dios quiera.

Margarita apoyó la cabeza en una mano y reflexionó profundamente.

—¿Y el rey de Navarra? —preguntó con intención—. Ya no me habláis de él. ¿Es que habéis perdido el deseo de entrar a su servicio al cambiar de religión?

—Señora —respondió La Mole, poniéndose pálido—, acabáis de mencionar la verdadera causa de mi marcha. Sé que el rey de Navarra corre los mayores peligros y que todo el prestigio de Vuestra Majestad, como princesa de Francia, apenas bastará para salvar su cabeza.

—¿Cómo? —preguntó Margarita—. ¿Qué queréis decir y de qué peligros me habláis?

—Señora —dijo La Mole—, desde este gabinete donde estoy se oye todo.

—Es cierto —murmuró Margarita para sí—, ya me lo dijo el señor de Guisa.

Y en voz alta agregó:

—¿Qué habéis oído?

—En primer lugar la conversación que tuvo Vuestra Majestad con su hermano.

—¿Con Francisco? —preguntó Margarita ruborizándose.

—Sí, con el duque de Alençon, señora; y luego, después que vos salisteis, la de la señorita Guillonne con la señora de Sauve.

—¿Y son esas dos conversaciones las que...?

—Sí, señora. Hace apenas ocho días que os habéis casado. Amáis a vuestro esposo. Él vendrá, como vinieron el duque de Alençon y la señora de Sauve. Os revelarán sus secretos. Y

yo no debo oírlos, sería portarme como un indiscreto... Y yo no puedo.... no debo, ¡sobre todo, no quiero serlo!

Por el tono en que pronunció La Mole estas últimas palabras, por el temblor de su voz y la turbación que mostraba su rostro, Margarita comprendió súbitamente lo que le ocurría.

—¡Ah! —dijo—. ¿Habéis oído desde este gabinete lo que se ha dicho en la alcoba hasta este momento?

—Sí, señora.

Estas palabras salieron de sus labios como un suspiro.

—¿Y queréis marcharos hoy mismo para no escuchar más?

—En este preciso instante, si Vuestra Majestad me lo permite. .

—¡Pobre criatura! —dijo Margarita con un singular acento de piedad.

Asombrado al oír una respuesta tan dulce, cuando esperaba una brusca contestación, La Mole alzó tímidamente la cabeza. Su mirada se encontró con la de Margarita, y el joven se sintió atraído, como por una fuerza magnética, por la profunda mirada de la reina.

—¿Os sentís incapaz entonces de guardar un secreto, señor de La Mole? —dijo dulcemente Margarita, que, inclinada sobre el respaldo de su asiento, oculta a medias por la sombra de un tapiz, gozaba de la dicha de leer en aquella alma permaneciendo ella impenetrable.

—Señora —dijo La Mole—, mi naturaleza es miserable y desconfío de mí mismo; la felicidad ajena me hace daño.

—¿La felicidad de quién? —dijo Margarita sonriendo—. ¡Ah! Sí, la felicidad del rey de Navarra. ¡Pobre Enrique!

—¡Ya veis que es dichoso, señora! —exclamó vivamente La Mole.

—¿Dichoso...?

—Sí, puesto que Vuestra Majestad le compadece.

Margarita arrugó la seda de su limosnera y deshilachó los cordones de oro.

—¿De modo que os negáis a ver al rey de Navarra? —preguntó—. ¿Estáis completamente decidido?

—Temo importunar a Su Majestad en este momento.

—¿Y a mi hermano el duque de Alençon?

—¡Oh, señora! —exclamó La Mole—. ¡Al señor duque de Alençon, no; menos todavía al duque que al rey de Navarra!

—¿Por qué? —preguntó Margarita, conmovida hasta el punto de temblarle la voz.

—Porque siendo ya muy mal hugonote para servir fielmente a Su Majestad el rey de Navarra, no soy toda —vía lo bastante buen católico para ser amigo del señor de Alençon y del señor de Guisa.

Esta vez fue Margarita quien bajó los ojos y sintió vibrar su corazón; no hubiera sabido decir si las palabras del señor de La Mole eran para ella acariciadoras o dolorosas.

Guillonne entró en aquel momento. Margarita la interrogó con la mirada y, en la misma forma, respondió la sirvienta de modo afirmativo. Había logrado hacer llegar la llave a manos del rey de Navarra. Margarita volvió sus ojos hacia La Mole, que permanecía ante ella indeciso, con la cabeza inclinada sobre el pecho y pálido como un hombre que sufre en cuerpo y alma.

—El señor de La Mole es orgulloso —dijo ella—, y no me atrevo a hacerle una proposición que rechazará sin duda.

El caballero se levantó, dio un paso hacia Margarita y quiso inclinarse ante ella para demostrarle que estaba a sus órdenes; pero un dolor profundo, agudo, intenso, hizo saltar lágrimas de sus ojos, y, sintiendo que se iba a caer, se acercó a un tapiz, donde se apoyó.

—Ya veis —gritó Margarita corriendo hacia él y sosteniéndole en sus brazos—, ya veis, señor, cómo tenéis necesidad de mí.

Un movimiento apenas visible agitó los labios de La Mole.

—¡Oh, sí! —murmuró—. ¡Como del aire que respiro, como de la luz que veo!

En aquel momento se oyeron tres golpes. Llamaban a la puerta de la habitación de Margarita.

—¿Oís, señora? —preguntó Guillonne aterrada.

—¡Ya! —murmuró Margarita.

—¿Voy a abrir?

—Espera. Quizá sea el rey de Navarra.

—¡Oh, señora! —exclamó La Mole reanimado al escuchar las palabras que la reina había pronunciado en voz tan baja como para que solamente Guillonne pudiera oírlas—. Señora, os lo suplico de rodillas, dejadme salir vivo o muerto. Tened piedad de mí. ¡Oh! No me contestáis. Está bien, hablaré, y cuando haya hablado espero que me echaréis.

—¡Oh! ¡Callaos, desdichado! —dijo Margarita, que experimentaba un placer infinito al escuchar los reproches del joven—. Callaos, pues.

—Señora —prosiguió La Mole, que no encontraba sin duda en el acento de Margarita el esperado rigor—. Señora, os lo repito, se oye todo desde este gabinete. No me hagáis morir de un suplicio que los más crueles verdugos no se han atrevido a inventar.

—¡Silencio! ¡Silencio! —dijo Margarita.

—¡Oh, señora! No tenéis, piedad, no queréis escuchar ni comprender, pero sabed al menos que os amo...

—Silencio, pues, os repito... —interrumpió Margarita apoyando su mano cálida y perfumada sobre la boca del joven, que, tomándola entre las suyas, la besó.

—Pero... —murmuró La Mole.

—Callaos, criatura. ¿Qué clase de rebelde es este que no quiere obedecer a su reina?

Luego, saliendo del gabinete, cuya puerta cerró y, apoyándose contra la pared para amortiguar con mano temblorosa los latidos de su corazón:

—Abre, Guillonne —dijo.

Guillonne salió de la habitación y un instante después la cabeza fina, espiritual y un poco inquieta del rey de Navarra apareció al levantarse un tapiz.

—¿Me llamasteis vos, señora? —preguntó el rey de Navarra a Margarita.

—Sí, señor. ¿Recibió Vuestra Majestad mi mensaje?

—Y no sin cierta sorpresa, lo confieso —dijo Enrique, mirando a su alrededor con una desconfianza que no tardó en desvanecerse.

—Y no sin cierta inquietud, ¿verdad, señor? —añadió Margarita.

—También lo confieso, señora. Sin embargo, aun que estoy rodeado de encarnizados enemigos y de amigos que son aún más peligrosos, recordé que una noche vi brillar en vuestros ojos el sentimiento de la generosidad. Era la noche de nuestra boda; otro día vi brillar la estrella del valor, y ese día, ayer, era el fijado para mi muerte.

—¿Y, sin embargo... señor? —dijo Margarita sonriendo mientras Enrique pretendía leer hasta el fondo de su corazón.

—Pues bien, señora; pensando en todo esto me dije en cuanto leí vuestro mensaje en el que me ordenabais venir: «Sin amigos, sin armas, prisionero, el rey de Navarra no tiene más que una manera de morir con honor, con una muerte que figure en la Historia, y es morir traicionado por su esposa.» Y he venido.

—Señor —respondió Margarita—, cambiaréis de lenguaje en cuanto sepáis que todo lo que ocurre en este momento es obra de una persona que os ama... y a la que amáis.

Enrique retrocedió al oír estas palabras y sus ojos grises y penetrantes bajo sus negras cejas interrogaron a la reina con curiosidad.

—¡Oh! Tranquilizaos, señor —dijo la reina sonriendo—. No tengo la pretensión de haceros creer que esa persona sea yo.

—Pero, no obstante, señora —repuso Enrique—, vos me habéis enviado esta llave; y esta letra es vuestra.

—Confieso que es mi letra, y no niego haberos enviado ese papel. Pero en cuanto a la llave es otra cosa. Conformaos con saber que ha pasado por las manos de cuatro mujeres antes de llegar a las vuestras.

—¡De cuatro mujeres! —exclamó Enrique asombrado.

—Sí, de cuatro mujeres —contestó Margarita—. Por las de la reina madre, por las de la señora de Sauve, por las de Guillorme y por las mías.

Enrique se puso a meditar sobre este enigma.

—Hablemos razonablemente, señor —dijo Margarita—, y sobre todo, con franqueza. ¿Es verdad, según dicen hoy públicos rumores, que Vuestra Majestad consiente en abjurar?

—Esos rumores engañan, señora, porque todavía no he dado mi consentimiento.

—Pero ya os habéis decidido, sin embargo.

—Es decir, reflexiono. ¿Qué queréis? Cuando uno tiene veinte años y es casi rey, hay cosas, ¡por Dios!, que bien valen una misa.

—La vida, entre otras cosas, ¿no es cierto?

Enrique no pudo reprimir una ligera sonrisa.

—No me decís todo vuestro pensamiento, señor —dijo Margarita.

—Tengo ciertas reservas para con mis aliados, señora; porque, como sabéis, no somos más que simples aliados; si fueseis a la vez mi aliada... y...

—¿Y vuestra esposa, Sire?

—Sí, mi esposa.

—¿Entonces?

—Entonces tal vez sería distinto; y quizá tendría interés en seguir siendo rey de los hugonotes, como me dicen... Ahora tengo que contentarme con vivir.

Margarita contempló a Enrique de un modo tan singular que hubiera infundido sospechas a un espíritu menos sutil que el del rey de Navarra.

—¿Y estáis seguro al menos de obtener ese resultado?

—Casi. Ya sabéis que en este mundo, señora, uno nunca puede estar completamente seguro de nada.

—¿Es cierto —agregó Margarita— que Vuestra Majestad, que ha dado muestras de tanta moderación y profesa tanto desinterés, después de renunciar a su corona y a su religión, renunciará probablemente, por lo menos así se espera, a su alianza con una princesa de Francia?

Encerraban tan profundo significado estas palabras, que Enrique se estremeció a pesar suyo. Pero, dominando su emoción, contestó con la rapidez de un relámpago:

—Dignaos recordar, señora, que en estos momentos no tengo libre albedrío. Haré, pues, lo que me ordene el rey de Francia. En cuanto a mí, si me consultaran con respecto a esta cuestión, en la que se juega nada menos que mi trono, mi honor y mi vida, antes que afianzar mi porvenir en los derechos que me da nuestro forzado matrimonio, preferiría retirarme como cazador a un castillo o como penitente a un convento. Aquella tranquila resignación, aquel renunciamiento a las cosas del mundo, asustaron a Margarita. Pensó que quizá la ruptura del matrimonio habría sido convenida entre Carlos IX, Catalina y el rey de Navarra. Pero ¿por qué no la tomarían a ella también como víctima? ¿Acaso porque era hermana de uno a hija de la otra? La experiencia le había enseñado que ésa no era una razón para confiar en su seguridad. La ambición mordió, pues, el corazón de esta mujer, o mejor dicho de esta joven reina situada demasiado por encima de las vulgares flaquezas para dejarse llevar por el amor propio: en toda mujer, aun mediocre, cuando ama, el amor no conoce miserias, porque el amor verdadero es también una ambición.

—Vuestra Majestad —dijo Margarita con cierto irónico desdén— parece no tener gran confianza en la estrella que brilla en la frente de cada rey.

—¡Ah! —repuso Enrique—. En vano busco la mía en este momento; no puedo verla, porque está oculta entre las nubes de la tormenta que se ciernen sobre mi cabeza.

—¿Y si el aliento de una mujer disipase esa tormenta y volviera esa estrella más brillante que nunca?

—Es muy difícil —dijo Enrique.

—¿Negáis, señor, la existencia de esa mujer?

—No, niego solamente su poder.

—¿Querréis decir su voluntad?

—He dicho su poder, y lo repito. La mujer no es realmente poderosa sino cuando el amor y el interés existen en ella en igual proporción; si sólo le preocupa uno de estos dos sentimientos, es vulnerable como Aquiles. Ahora bien, si no me equivoco, no puedo contar con el amor de esa mujer.

Margarita se quedó callada.

—Oídme —continuó Enrique—. Al dar el último toque la campana de Saint —Germain d'Auxerre, debisteis pensar en recuperar vuestra libertad, que utilizaron como prenda para destruir a mis partidarios. Yo tuve que pensar en salvar la vida. Era lo más urgente... Perdemos Navarra, es cierto; pero Navarra es poca cosa comparada con la libertad que recobráis de poder hablar en voz alta en vuestra habitación, cosa a la que no os atrevíais cuando alguien os escuchaba desde ese gabinete.

A pesar de hallarse sumamente preocupada por la entrevista, Margarita no pudo reprimir una sonrisa. El rey de Navarra, por su parte, se había levantado para volver a su cuarto; hacía ya un rato que dieran las once y todo el mundo dormía o parecía dormir en el palacio.

Enrique avanzó tres pasos en dirección a la puerta; luego, deteniéndose de pronto como si recordara entonces las circunstancias que lo habían llevado a las habitaciones de la reina, dijo:

—A propósito, señora, ¿no teníais algo que comunicarme o no queríais más que ofrecerme la oportunidad de agradeceros de nuevo el momento de tregua que vuestra presencia en la sala de armas del rey me dio anoche? En verdad, señora, llegasteis a tiempo, no puedo negarlo. Descendisteis al lugar de la escena como una antigua divinidad, justo en el momento de salvarme.

—¡Desdichado! —exclamó Margarita con voz sorda y cogiendo el brazo de su marido—. ¿Cómo no veis que, por el contrario, no está nada salvado, ni vuestra libertad, ni vuestra corona, ni vuestra vida?... ¡Ciego! ¡Loco! ¡Pobre loco! ¿No visteis en mi carta otra cosa que una cita? ¿Habéis creído que Margarita, ofendida por vuestra frialdad, deseaba una reparación?

—Señora —dijo Enrique asombrado—, confieso...

Margarita se encogió de hombros con una expresión imposible de describir.

En aquel mismo instante se oyó un ruido extraño como si alguien arañara nerviosa y apresuradamente en la puerta secreta.

Margarita acercó al rey a la puerta y le dijo:

—Escuchad.

—La reina madre sale de sus habitaciones —murmuró una voz entrecortada por el miedo y la angustia en la que Enrique reconoció al momento a la señora de Sauve.

—¿Hacia dónde se dirige? —preguntó Margarita.

—Hacia las habitaciones de Vuestra Majestad.

Y en seguida el roce de un vestido de seda indicó que la señora de Sauve huía.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó Enrique.

—Estaba segura de esto —dijo Margarita.

—Yo lo temía —añadió Enrique—. Y aquí tenéis la prueba.

Entonces, con un gesto rápido, abrió su jubón de terciopelo negro y Margarita vio brillar sobre su pecho una fina cota de malla de acero y un largo puñal de Milán que relampagueó en su mano como una víbora al sol.

—¡No se trata aquí de aceros ni de corazas! —gritó Margarita—. Vamos, señor, guardad esa daga. Viene la reina madre, es cierto, pero viene sola.

—Sin embargo...

—¡Es ella, ya la oigo, silencio!

Y acercándose al oído de Enrique le dijo en voz baja algunas palabras que el joven rey escuchó con atención y asombro.

Inmediatamente se ocultó entre las cortinas de la cama.

Margarita saltó, con la agilidad de una pantera, hasta el gabinete donde La Mole esperaba sobresaltado, abrió la puerta, buscó al joven y apretándole la mano en la oscuridad:

—¡Silencio! —le dijo, aproximándose tanto a su rostro que él sintió su aliento tibio y perfumado—. ¡Silencio! Luego, volviendo a su alcoba y cerrando de nuevo la puerta, desordenó su cabellera, cortó rápidamente con un puñal todos los lazos de su vestido y se tendió en el lecho.

La llave giraba ya en la cerradura. Catalina tenía llaves para todas las puertas del Louvre.

—¿Quién es? —gritó Margarita, mientras Catalina dejaba guardando la puerta a cuatro caballeros que la acompañaban.

Como asustada por aquella brusca irrupción en su dormitorio, Margarita saltó de la cama, salió de entre las cortinas cubierta por un blanco camisón y, reconociendo a Catalina, se acercó a besarle la mano con una sorpresa tan bien simulada que engañó a la misma florentina.

Segunda noche de bodas

✦

La reina madre miró a su alrededor con una maravillosa rapidez. Los escarpines de terciopelo dejados a los pies de la cama, las ropas de Margarita esparcidas sobre las sillas, las veces que la reina de Navarra se restregó los ojos como para ahuyentar el sueño, convencieron a Catalina de que había despertado a su hija. Sonrió entonces como quien ve logrados sus propósitos y, señalando un sillón:

—Sentémonos, Margarita —dijo—, y hablemos.

—Os escucho, señora.

—Ya es hora —dijo Catalina, cerrando los ojos con esa lentitud propia de las personas que reflexionan o disimulan profundamente—. Es hora, hija mía, de que comprendáis cuánto deseamos vuest ro hermano y yo veros dichosa.

Este exordio era terrible para cualquiera que conociese a Catalina.

«¿Qué irá a decirme?»,-pensó Margarita.

—Es verdad que al casaros —continuó la florentina— hemos realizado uno de esos actos políticos a los que se ven obligados muchas veces, por graves intereses, quienes gobiernan. Pero es preciso reconocer, mi pobre niña, que no creímos que la repugnancia del rey de Navarra hacia vos, tan joven, bella y seductora, llegase a tales extremos.

Margarita se levantó y cruzándose su bata hizo una ceremoniosa reverencia a su madre.

—Hasta esta noche —dijo Catalina— no he sabido, pues de otro modo hubiera venido antes a veros, que vuestro esposo está muy lejos de tener para con vos no ya las atenciones que se deben a una hermosa mujer, sino a una princesa de Francia.

Margarita suspiró, y Catalina, animada por aquella muda adhesión, continuó:

—En efecto, que el rey de Navarra mantenga públicamente a una de mis damas, que la adore hasta el escándalo, que desdeñe por este amor a la mujer que le hemos dado por esposa, es una desgracia que nosotras, pobres todopoderosas, no podemos impedir, pero que hasta el más humilde gentilhombre de nuestro reino castigaría llamando a capítulo a su yerno o haciéndole llamar por su hijo.

Margarita bajó la cabeza.

—Desde hace algún tiempo —prosiguió Catalina veo por vuestros ojos enrojecidos, por vuestras amargas quejas contra la señora de Sauve, que la herida de vuestro corazón, a pesar de vuestros esfuerzos, no siempre sangra hacia dentro.

Margarit a se estremeció; un ligero temblor había agitado las cortinas de la cama; pero felizmente Catalina no lo advirtió.

—Esta herida —dijo acentuando la dulzura—, esta herida, hija, es la mano de una madre la que tiene que curarla. Aquellos que, creyendo asegurar vuestra felicidad, decidieron vuestro matrimonio, y que, en su preocupación por vos, comprueban que todas las noches Enrique de Navarra se equivoca de habitación; los que no pueden permitir que un reyezuelo como él desprecie constantemente a una mujer de vuestra belleza, de vuestro rango y de vuestros méritos, con desdén hacia vuestra persona y desinterés por su posteridad; aquellos que ven, en fin, que al primer viento favorable esa loca a insolente cabeza se volverá contra nuestra familia y os expulsará de su casa, tienen el derecho de separar del suyo vuestro destino, asegurándoos un porvenir más digno de vos y de vuestra condición.

—Sin embargo, señora —respondió Margarita—, a pesar de esas observaciones llenas de amor maternal que me colman de alegría y de honor, tendré el atrevimiento de hacer presente a Vuestra Majestad que el rey de Navarra es mi esposo.

Catalina hizo un gesto de cólera y acercándose a Margarita:

—¿Vuestro esposo? —exclamó—. ¿Acaso basta para ser marido y mujer la bendición de la Iglesia? ¿La consagración del matrimonio reside por ventura en las palabras del sacerdote? ¿Él, vuestro esposo? Vaya, hija mía, si fueseis la señora de Sauve, podríais responderme así. Pero, muy al contrario de lo que esperábamos de él, desde que concedisteis a Enrique de Navarra el honor de llamaros su esposa, ha dado a otra sus derechos, y en este mismo momento —dijo Catalina alzando la voz venid, venid conmigo, esta llave abre la puerta de la alcoba de la señora de Sauve y veréis.

—¡Oh! Hablad más bajo, más bajo, señora, por favor —dijo Margarita—, porque no solamente os engañáis, sino que, además...

—¿Qué?

—Que vais a despertar a mi marido.

Al decir estas palabras se levantó Margarita con voluptuosa gracia y, dejando flotar su bata entreabierta, cuyas cortas mangas dejaban desnudos sus brazos finamente modelados y sus manos verdaderamente dignas de una reina, acercó un candelabro de velas sonrosadas a la cama y, levantando la cortina, mostró sonriendo a su madre el perfil adusto, los cabellos negros y la boca entreabierta del rey de Navarra, que parecía reposar con el más profundo y más tranquilo de los sueños en medio del lecho en desorden. Pálida, con los ojos fuera de las órbitas, el cuerpo echado hacia atrás como si un abismo se hubiera abierto bajo sus pies, Catalina emitió no un grito, sino un sordo rugido.

—Ya veis, señora —dijo Margarita—, como estabais mal informada.

Catalina miró a su hija y, después, a Enrique. Unió rápidamente en su pensamiento la imagen de aquella frente pálida y húmeda, de aquellos ojos rodeados de un círculo azulado, a la sonrisa de Margarita, y se mordió los finos labios con silencioso furor.

Margarita dejó que su madre contemplara un momento aquel cuadro, que hacía sobre ella el efecto de la cabeza de Medusa. Luego dejó caer la cortina y acercándose de puntillas a

Catalina, volvió a sentarse y preguntó:

—¿Me decíais, señora?...

La florentina trató en vano de sondear la aparente candidez de su hija; y luego, como si sus miradas inquisidoras hubieran perdido su poder ante la calma de Margarita, dijo:

—Nada —y salió a grandes pasos de la habitación.

No bien se hubo perdido el ruido de sus pasos en el fondo del corredor, se abrieron de nuevo las cortinas del lecho y Enrique, con los ojos brillantes, la respiración entrecortada, temblorosas las manos, fue a arrodillarse ante Margarita.

Llevaba puestos únicamente los calzones y la cota de malla, de modo que al verlo así vestido, Margarita, mientras le tendía su mano de todo corazón, no pudo por menos de echarse a reír.

—¡Ah, señora! ¡Ah, Margarita! —exclamó el rey—. ¿Cómo podré pagaros lo que habéis hecho por mí? Y cubría su mano de besos que ascendían insensiblemente hasta el brazo de su esposa.

—Sire —dijo ella retrocediendo lentamente—, ¿olvidáis que a estas horas una pobre mujer a la que debéis la vida está sufriendo y gimiendo por vos? La señora de Sauve —agregó en voz baja— os ha hecho el sacrificio de sus celos enviándoos a mi lado y quizá, después de haberos sacrificado los celos, os sacrifique también la vida, porque vos mejor que nadie sabéis cuán terrible es la cólera de mi madre.

Enrique se estremeció y, levantándose, se dispuso a salir.

—Pero —dijo Margarita con una admirable coquetería— reflexiono y me tranquilizo. La llave os ha sido entregada sin indicación y supondrán que esta noche me habréis dado la preferencia.

—Y os la doy, Margarita; siempre que consintáis en olvidar...

—Más bajo, señor, hablad más bajo —replicó la reina, parodiando las palabras que diez minutos antes había dirigido a su madre—. Os oyen desde ese gabinete, y como aún no soy enteramente libre, os ruego que bajéis la voz.

—¡Oh! —exclamó Enrique entre risueño y triste—. Es cierto, me estaba olvidando de que quizá no me corresponda a mí ser el protagonista del final de esta interesante escena. Ese gabinete...

—Entremos, señor —dijo Margarita—, porque quiero tener el honor de presentar a Vuestra Majestad a un valiente caballero herido en la noche de la matanza cuando venía al Louvre a preveniros del peligro que corríais.

La rein a se acercó a la puerta. Enrique la siguió.

Al abrirse la puerta Enrique se quedó estupefacto al ver a un hombre en aquel gabinete predestinado a las sorpresas. La Mole se quedó más sorprendido aún al encontrarse inopinadamente frente al rey de Navarra. El resultado fue que Enrique dirigió una mirada irónica a Margarita, que la sostuvo valientemente.

—Sire —dijo Margarita—, me encuentro ante el temor de que maten en mi propia habitación a este caballero fiel a vuestra causa y que desde ahora pongo bajo la protección de Vuestra Majestad.

—Señor —dijo entonces el joven—, soy el conde Lerac de La Mole, el mismo a quien esperaba Vuestra Majestad. Vine recomendado por el propio señor de Teligny, que murió ayer a mi lado.

—¡Ah! —dijo Enrique—. En efecto, señor; la reina me entregó vuestra carta. Pero ¿no traíais también una del señor gobernador de Languedoc?

—Sí, señor, con el encargo de entregarla a Vuestra Majestad en cuanto llegara.

—¿Y por qué no lo hicisteis?

—Ayer por la tarde vine al Louvre, pero Vuestra Majestad estaba tan ocupado que no pudo recibirme.

—Es verdad —dijo el rey—, pero hubierais podido hacerla llegar a mi poder.

—El señor de Auriac me ordenó que la entregase a Vuestra Majestad en persona, porque me aseguró que se trataba de un aviso tan importante, que no se atrevía a confiarla en manos de un mensajero cualquiera.

—Así es —dijo el rey, cogiendo y leyendo la carta—, me aconsejaría que abandonara la corte y me retirara al Bearne. El señor de Auriac, aunque católico, es un buen amigo y es probable que como gobernador de la provincia tuviese alguna noticia de lo que iba a ocurrir. ¡Por Dios!, señor, ¿por qué no me entregasteis la carta hace tres días en lugar de hacerlo hoy?

—Porque, como he tenido el honor de deciros, por mucha diligencia que puse en mi viaje no pude llegar hasta ayer.

—¡Qué fastidio! ¡Qué fastidio! —murmuró el rey—. A estas horas estaríamos ya seguros en La Rochelle o en campo abierto con dos o tres mil caballos a nuestro alrededor.

—Lo hecho ya no tiene remedio —dijo Margarita a media voz— y en lugar de perder el tiempo en recriminaciones sobre el pasado, de lo que se trata ahora es de sacar el mejor partido posible del porvenir.

—En mi lugar, señora —dijo Enrique con una mirada interrogadora—, ¿tendríais todavía alguna esperanza?

—Sí, por cierto; y consideraría la situación como un juego dividido en tres partidas del que sólo hubiese perdido la primera.

—¡Ah, señora! —dijo en voz baja Enrique—. Si estuviera seguro de que iríais a medias conmigo en este juego...

—Si hubiese querido pasarme al bando de vuestros adversarios, creo que no habría esperado hasta ahora

—respondió Margarita.

—Tenéis razón; soy un ingrato y, como vos decís, aún es tiempo ale remediarlo todo.

—¡Ay, señor! —dijo La Mole—. Deseo a Vuestra Majestad toda suerte de venturas; pero ya no podemos contar con el señor almirante...

Enrique sonrió con aquella sonrisa de campesino astuto que nadie supo comprender en la corte hasta el día en que fue rey de Francia.

—Pero, señora —continuó mirando atentamente a La Mole—, este caballero no puede permanecer en vuestras habitaciones sin causaros infinitas molestias y sin verse expuesto a enojosas sorpresas. ¿Qué pensáis hacer con él?

—Estoy enteramente de acuerdo con vos; ¿y no podríamos sacarle del Louvre?

—Es difícil.

—Sire, ¿no podría el señor de La Mole entrar a formar parte del séquito de Vuestra Majestad?

—¡Ay, señora! Seguís tratándome como si todavía fuera rey de los hugonotes y mandase sobre un pueblo. Ya sabéis que estoy medio convertido y carezco de súbditos.

Otra mujer que no hubiera sido Margarita habría respondido inmediatamente: «Es católico.» Pero la reina quería que Enrique le pidiese lo que ella deseaba obtener de él. En cuanto a La Mole, viendo la reserva de su protectora y sin saber dónde apoyar sus pies en el resbaladizo terreno de una corte tan religiosa como era la de Francia, guardó también silencio.

—Aquí me dice el señor gobernador de Provenza —dijo Enrique releyendo la carta que La Mole le entregara— que vuestra madre era católica y que a eso se debe la amistad que os profesa.

—Creo que me hablasteis de una promesa que habéis hecho, señor conde, de cambiar de religión —dijo Margarita—. Mis ideas son algo confusas a este respecto; ayudadme, señor de La Mole. ¿No se trataba de algo semejante a lo que parece desear el rey?

—¡Ay! Pero Vuestra Majestad recibió con tanta frialdad mis explicaciones que no me atreví...

—Es que nada de eso me incumbía en modo alguno. Explicadle al rey.

—¿En qué consiste esa promesa? —preguntó Enrique.

—Sire —dijo La Mole—, al verme perseguido por los asesinos, sin armas, desfallecido a causa de mis heridas, me pareció ver la sombra de mi madre que me guiaba con una cruz en la mano hacia el Louvre. Entonces hice la promesa de adoptar, si salía con vida, la religión de mi madre, a quien Dios había permitido abandonar su tumba para servirme de guía en tan horrible noche. Dios me condujo aquí, Sire. Estoy bajo la doble protección de una princesa de Francia y del rey de Navarra. Mi vida fue salvada milagrosamente; no me queda más que cumplir mi promesa, Sire. Estoy dispuesto a hacerme católico.

Enrique frunció el ceño. Su carácter escéptico comprendía perfectamente una conversión por interés; pero dudaba de una conversión movida por la fe.

«El rey no quiere hacerse cargo de mi protegido», pensó Margarita.

Entre tanto, La Mole permanecía intimidado y cohibido entre aquellas dos opuestas voluntades. Sentía, sin acertar a explicárselo, lo ridículo de su posición. Fue de nuevo Margarita quien con su femenina delicadeza le sacó del paso.

—Sire —dijo—, nos hemos olvidado de que el he rido necesita reposo. Yo también me estoy cayendo de sueño; ¡ya lo veis!

En efecto, La Mole se puso pálido; pero la causa de su malestar fueron estas últimas palabras de Margarita, que oyó a interpretó a su manera.

—¡Pues bien, señora! Nada más sencillo: ¿no podemos dejar descansar al señor de La Mole? —dijo Enrique. El joven herido dirigió a Margarita una mirada suplicante y, a pesar de hallarse en presencia de dos majestades, se dejó caer en una silla, desfallecido de dolor y de fatiga.

Margarita comprendió todo lo que había de amor en aquella mirada y toda la desesperación que significaba aquel gesto de debilidad.

—Sire —dijo—, creo que Vuestra Majestad no tendrá inconveniente en conceder a este joven gentilhombre, que ha arriesgado su vida por su rey, puesto que estando herido acudió aquí para anunciaros la muerte del almirante y de Teligny, un honor por el que os quedará agradecido eternamente.

—¿Cuál, señora? —preguntó Enrique—. Decídmelo y estoy dispuesto.

—El señor de La Mole dormirá esta noche a los pies de Vuestra Majestad y vos dormiréis en este sofá. En cuanto a mí, con el permiso de mi augusto esposo —agregó Margarita sonriendo —, voy a llamar a Guillonne y volveré a acostarme: porque os aseguro, señor, que de los tres no soy la menos necesitada de descanso. Enrique era inteligente; demasiado quizá: tanto sus amigos como sus enemigos se lo reprocharon más tarde.

Comprendió, pues, que quien así le apartaba del lecho conyugal había adquirido ese derecho por la indiferencia que él había manifestado hacia ella. Por otra parte, Margarita acababa de vengarse de dicha indiferencia salvándole la vida. Así, pues, no hubo nada de amor propio en su respuesta.

—Señora —dijo—, si el señor de La Mole se hallase en estado de pasar a mi alcoba, le ofrecería mi propio lecho.

—Sí —repuso Margarita—, pero a estas horas vuestro departamento no ofrece garantías para ninguno de los dos, y la prudencia aconseja que Vuestra Majestad permanezca aquí hast a mañana.

Y sin esperar la respuesta del rey, llamó a Guillonne, hizo preparar los almohadones para su esposo y una cama para La Mole, que parecía tan feliz y satisfecho de aquel honor, que cualquiera hubiera jurado que no le dolían ya las heridas. Margarita, por su parte, saludó ceremoniosamente al rey, entró a su alcoba, cuyas puertas cerró herméticamente, y se metió en la cama.

«Ahora -dijo para sí- es preciso que el señor de La Mole tenga mañana mismo un protector en el Louvre, y acaso alguien que esta noche se hace el sordo se arrepienta muy pronto.»

Luego hizo señas a la doncella, que estaba esperando para recibir las últimas órdenes.

—Guillonne —le dijo en voz baja—, es preciso que mañana antes de las ocho venga aquí, con un pretexto cualquiera, mi hermano el duque de Alençon.

Daban las dos en palacio.

La Mole conversó un rato de política con el rey, quien poco a poco se fue quedando dormido y pronto empezó a roncar.

Tal vez hubiera dormido también La Mole con tanta placidez como el rey, pero Margarita no dormía y el ruido que hacía al dar vueltas en su lecho venía a turbar las ideas y el sueño del joven.

—Es muy joven —murmuraba Margarita en medio de un insomnio—, tímido; tal vez sea también ridículo, habrá que ver eso; tiene bellos ojos, sin embargo, talle esbelto y no pocos encantos. ¡Pero si no fuera valiente! Huyó... Abjura... Es una lástima, el sueño comenzaba bien... Vamos..., dejemos que las cosas sigan su curso y encomendemos nuestra alma al triple Dios de la loca Enriqueta.

Y cuando amanecía, Margarita se durmió por fin murmurando: «Eros-Cupido -Amor.»

Lo que la mujer quiere, dios lo quiere

✦

Margarita no se había equivocado: la cólera acumulada en el fondo del corazón de Catalina por aquella comedia cuya intriga adivinaba sin tener el poder de cambiar en nada el desenlace, necesitó descargarse so - bre alguien. En lugar de volver a su habitación, la reina madre subió directamente a la de su dama de honor. La señora de Sauve esperaba dos visitas; deseaba la de Enrique y temía la de la reina madre. Tendida en el lecho a medio vestir, mientras Dariole vigilaba en la antecámara, oyó girar una llave en la cerradura y luego unos pasos lentos que se aproximaban y que hubieran parecido pesados a no ser tan mullida la alfombra. No reconoció el modo de andar, ligero y apresurado, de Enrique; temió que impidieran a Dariole entrar a advertirla y, con la cabeza apoyada en una mano, aguardó con la mirada y el oído alerta. Se levantaron las cortinas y la joven vio aparecer a Catalina de Médicis. La reina parecía tranquila; pero la señora de Sauve, habituada desde hacía dos años a estudiar aquel semblante, comprendió cuántas sombrías preocupaciones y quizá crueles venganzas se ocultaban bajo tan aparente calma.

Al ver a Catalina, la señora de Sauve quiso levantarse de la cama, pero la reina le ordenó con un gesto que no lo hiciera, de modo que la pobre Carlota permaneció clavada en su sitio reuniendo interiormente todas las fuerzas de su alma para hacer frente a la tormenta que se preparaba en silencio.

—¿Enviasteis la llave al rey de Navarra? —preguntó Catalina sin que el tono de su voz revelara la más mínima alteración. Tan sólo sus labios se pusieron lívidos al pronunciar estas palabras.

—Sí, señora... —respondió Carlota, con una voz que en vano intentaba parecer tan serena como la de Catalina.

—¿Y le habéis visto?

—¿A quién? —preguntó la señora de Sauve.

—Al rey de Navarra.

—No, señora; pero como le estoy esperando, al oír girar la llave en la cerradura supuse que era él quien venía.

Al oír esta respuesta, que indicaba una perfecta confianza o un supremo disimulo por parte de la señora de Sauve, Catalina no pudo contener un ligero estremecimiento. Su mano carnosa y corta se crispó.

—Sin embargo, Carlota, sabías perfectamente —dijo con su sonrisa malévola— que el rey de Navarra no vendría esta noche.

—¿Yo, señora? ¿Cómo podía saberlo? —exclamó Carlota con un acento de sorpresa perfectamente imitado.

—Sí, tú lo sabías.

—Para no venir —repuso la joven estremeciéndose ante la sola suposición— tiene que haber muerto. Lo que daba valor a Carlota para mentir de esta manera era la certidumbre de una terrible venganza en el caso de que su pequeña traición fuera descubierta.

—¿No escribiste al rey de Navarra, Carlota mía? —preguntó Catalina con sonrisa cruel y silenciosa.

—No, señora —respondió Carlota con un admirable acento de ingenuidad—. Creo que Vuestra Majestad no me ordenó tal cosa.

Hubo un momento de silencio durante el cual la reina miró a la señora de Sauve como mira la serpiente al pajarito que quiere fascinar.

—Te crees bella y lo crees hábil, ¿no es cierto? —dijo entonces Catalina.

—No, señora —respondió Carlota—; sólo sé que Vuestra Majestad ha sido a veces demasiado indulgente para conmigo cuando se trataba de mi belleza o mi habilidad.

—Pues lo engañabas si lo creíste —dijo Catalina animándose— y yo mentía si os lo dije, porque no eres sino una tonta y una fea al lado de mi hija Margot.

—¡Oh! ¡Eso es verdad! —dijo Carlota—. No intentaré negarlo, y a vos menos que a nadie.

—Por eso —continuó Catalina—, el rey de Navarra prefiere a mi hija y eso no es ni lo que tú querías ni lo que habíamos convenido.

—¡Ay, señora! —exclamó Carlota, rompiendo a llorar sin tener que fingir en lo más mínimo—. Si eso es cierto, soy muy desdichada...

—Lo es —dijo Catalina clavando sus ojos como dos puñales en el corazón de la señora de Sauve.

—Pero ¿qué motivos tenéis para creer...? —preguntó Carlota.

—¡Baja a la habitación de la reina de Navarra, pasa, y encontrarás allí a la amante!

—¡Oh! —exclamó la señora de Sauve.

Catalina se encogió de hombros.

—¿Eres celosa, por ventura? —preguntó la reina madre.

—¿Yo? —dijo la señora de Sauve apelando a todas sus fuerzas, que estaban a punto de abandonarla.

—Sí, tú; tengo curiosidad por saber cómo son los celos de una francesa.

—¿Pero cómo quiere Vuestra Majestad que esté celosa? ¡Como no sea por amor propio! Yo no amo al rey de Navarra nada más que porque así lo exige el buen servicio de Vuestra Majestad.

Catalina la observó un momento con mirada pensativa.

—Después de todo, puede ser verdad lo que me dices —murmuró.

—Vuestra Majestad lee en mi corazón.

—¿Y ese corazón me es fiel?

—Ordenad, señora, y podréis juzgar.

—Ya que lo sacrificas a mi servicio, Carlota, es necesario que sigas enamorada del rey de Navarra y muy celosa sobre todo; celosa como una italiana.

—¿Y cómo son los celos de las italianas, señora?

—Ya os lo diré —contestó Catalina, y después de mover dos o tres veces la cabeza de arriba abajo, salió de la habitación tan lenta y silenciosamente como había entrado.

Carlota, turbada por las claras miradas de aquellos ojos dilatados como los de un gato o los de una pantera, sin que por ello perdieran nada de su profundidad, la dejó salir sin pronunciar una sola palabra, conteniendo la respiración hasta que oyó el ruido de la puerta al cerrarse y Dariole fue a decirle que la terrible aparición se había desvanecido.

—Dariole —le dijo entonces—, trae un sillón junto a mi cama y estate aquí toda la noche, por favor, pues no me atrevo a quedarme sola.

Dariole obedeció, pero la señora de Sauve, a pesar de la compañía de su doncella, que permaneció a su lado, a pesar de la luz de un velador que ordenó que se quedara encendida para mayor tranquilidad, no pudo conciliar el sueño hasta el amanecer; tanto resonaba en su oído el acento de la voz de Catalina.

Aunque tampoco se durmió hasta que empezaba a clarear el día, Margarita se despertó al primer toque de trompetas, al primer ladrido de los perros. Se levantó y vistióse con un traje aparentemente sencillo, pero lleno de coqueterías. Llamó a sus damas, hizo entrar en su antecámara a los gentiles hombres del servicio ordinario del rey de Navarra y, abriendo la puerta que encerraba en el mismo cuarto a Enrique y a La Mole, dio los buenos días con afectuosa mirada a este último y llamó a su esposo:

—Vamos, señor —dijo—; no es suficiente haber hecho creer a mi madre lo que no es cierto. Es conveniente, además, que toda vuestra corte se entere de la perfecta armonía que reina entre nosotros. Pero tranquilizaos

—añadió riendo —y recordad bien mis palabras, que en estas circunstancias son casi solemnes: ésta será la última vez que someta a Vuestra Majestad a una prueba tan cruel.

El rey de Navarra sonrió y dio orden de que hiciesen entrar a sus caballeros.

En el preciso momento de recibir sus saludos, aparentó darse cuenta de que había dejado su capa encima de la cama de la reina. Les pidió excusas por recibirles de aquel modo, cogió la capa de manos de Margarita muy ruborizada, y la prendió sobre sus hombros. Luego, volviéndose hacia ellos, les pidió noticias de la ciudad y de la corte.

Margarita observaba de reojo el imperceptible asombro que produjo a los caballeros la inesperada intimidad entre el rey y la reina de Navarra, cuando entró un oficial seguido de tres o cuatro gentiles hombres anunciando al duque de Alençon.

Para que el duque se decidiera a venir, Guillonne no tuvo más que decirle que el rey había pasado la noche en la alcoba de su esposa.

Francisco entró con tanta precipitación, que estuvo a punto de atropellar a los que le precedían. Su primera mirada fue para Enrique; Margarita sólo obtuvo la segunda. Enrique le respondió con un ceremonioso saludo. Margarita mostró un semblante en el que se expresaba la más perfecta serenidad.

Con otra mirada vaga, pero escrutadora, el duque abarcó toda la estancia. Vio la cama en desorden, la huella de dos cabezas en la almohada y el sombrero del rey abandonado sobre una silla. Se puso pálido; pero, so breponiéndose inmediatamente, dijo:

—Hermano Enrique, ¿vendréis esta mañana a jugar a la pelota con el rey?

—¿Es el rey quien me hace el honor de invitarme o se trata de una atención vuestra, hermano mío?

—No, el rey no me dijo nada —prosiguió el duque un poco cohibido—, ¿pero no sois de los asiduos a su partida cotidiana?

Enrique sonrió: habían pasado tantos y tan graves sucesos desde la última partida que jugara con el rey, que nada tendría de extraño que Carlos IX hubiese cambiado a sus habituales compañeros de juego.

—Venid —repuso el duque.

—Ya voy, hermano —dijo Enrique sonriendo.

—¿Ya os marcháis? —preguntó Margarita.

—Sí, hermana.

—¿Tenéis mucha prisa?

—Bastante.

—¿Y si os pidiera unos minutos?

Semejante petición era tan rara en boca de Margarita, que su hermano la miró ruborizándose y palideciendo sucesivamente.

«¿Qué irá a decirle?», pensó Enrique, no menos asombrado que el duque de Alençon.

Como si hubiese adivinado el pensamiento de su esposo, Margarita volvióse hacia él:

—Señor —le dijo con encantadora sonrisa—, podéis reuniros con Su Majestad si queréis, porque el secreto que he revelado a mi hermano ya lo conocéis. Como os negasteis al ruego que a propósito de este secreto os hice ayer, no quisiera fatigar por segunda vez a Vuestra Majestad repitiendo ante sus oídos un deseo que le ha parecido desagradable.

—¿De qué se trata? —preguntó Francisco mirando a los dos con curiosidad.

—¡Ah! —exclamó Enrique enrojeciendo de despecho—. Ya sé lo que queréis decir, señora, y en verdad lamento no ser libre. Pero si no puedo dar al señor de La Mole una hospitalidad, puesto que la que le diera no habría de ofrecerle garantía, no puedo por menos de recomendar a mi hermano de Alençon a la persona por quien os interesáis. Quizás —agregó para reforzar aún más las palabras que acabamos de subrayar— mi hermano encuentre el medio de hacer que el señor de La Mole permanezca aquí, al lado vuestro..., que sería lo mejor, ¿no es cierto, señora?

«Entre los dos harán lo que ninguno es capaz de hacer solo, se dijo Margarita.

Después de haber dicho a Enrique: «A vos, señor, corresponde explicar a mi hermano la razón de nuestro interés por el señor de La Mole, abrió la puerta del gabinete a hizo salir al joven herido.

Enrique, cogido en la trampa, contó en dos palabras al duque de Alençon, semiprotestante para llevar la contraria, así como Enrique era semicatólico por conveniencia, la llegada de La Mole a París y de qué dramática manera fue herido el joven cuando le llevaba una importante carta del señor de Auriac. Cuando el duque volvió la cabeza, La Mole, que había salido del gabinete, se hallaba de pie frente a él. Francisco, al verlo tan bello y pálido, doblemente seductor por su belleza y por su palidez, sintió nacer una nueva zozobra en el fondo de su alma. Margarita le atacaba al mismo tiempo por el lado de los celos y del amor propio.

—Hermano —le dijo—, respondo de que este joven gentilhombre será útil a quien sepa emplearlo. Si lo aceptáis a vuestro servicio, tendrá en vos un amo poderoso y vos en él un devoto servidor. En estos tiempos es preciso seleccionar bien a quienes nos rodean, sobre todo —añadió bajando la voz de manera que sólo el duque de Alençon pudiese oírla— cuando se es ambicioso y se tiene la desgracia de ser el tercero de los príncipes de Francia.

Y Margarita se llevó un dedo a los labios como para indicarle que, aunque le daba esta muestra de franqueza, reservaba todavía una parte importante de su pensamiento.

—Además —continuó—, es posible que, contrariamente a lo que opina Enrique, no os parezca muy adecuado el que este joven habite tan cerca de mi alcoba.

—Hermana mía —replicó rápidamente Francisco—, si el señor de La Mole está conforme, se hallará instalado dentro de media hora en mi departamento, donde nada tendrá que temer. Si me profesa afecto, yo sabré corresponderle.

Mentía al decir esto, puesto que en el fondo detestaba ya a La Mole.

«Bien, bien..., no me había equivocado -pensó Margarita al ver arrugarse el entrecejo del rey de Navarra-. Ya veo que para sacar partido de ellos es necesario enfrentarles. -Luego, completando su pensamiento, añadió-: Vamos, vamos, ¡bien, Margarita!, como diría Enriqueta.»

Media hora más tarde, en efecto, La Mole, eficazmente catequizado por Margarita, besaba la extremidad del vestido de la reina y subía, con bastante agilidad para estar herido, la escalera que conducía al departamento del duque de Alençon.

Transcurrieron dos o tres días durante los cuales pareció cada vez más consolidada la buena armonía entre Enrique y su esposa. El bearnés obtuvo la dispensa de no abjurar públicamente, pero hubo de renunciar a su religión ante el confesor del rey y todas las mañanas oía la misa que se celebraba en el Louvre. Por las noches se dirigía ostensiblemente hacia las habitaciones de su mujer, entraba por la puerta principal, conversaba con ella un rato y luego salía por la puerta secreta, subiendo a las habitaciones de la señora de Sauve, quien no dejó de participarle la visita que le hiciera Catalina y el peligro indudable que le amenazaba. Informado por ambos lados, Enrique desconfiaba cada vez más de la reina madre, con tanta mayor razón cuanto que el

semblante de su suegra comenzaba insensiblemente a volverse amable. Una mañana, Enrique la vio hasta sonreír con complacencia. Este día, con gran disgusto, tuvo que decidirse a no comer más que huevos cocidos que él mismo se mandó preparar y a no beber otra cosa que no fuera el agua sacada del Sena en su presencia. La matanza continuaba, aunque había disminuido su frenesí. El número de hugonotes era ya muy pequeño; la mayor parte había muerto, muchos se escaparon y algunos estaban ocultos.

De vez en cuando se oía una gran algazara en algún barrio: tratábase de que se había descubierto a un hugonote. La ejecución podía ser entonces pública o privada, según que el infeliz se viese acorralado en un lugar sin salida o pudiese huir. En este último caso, el acontecimiento era festejado por todo el vecindario. Los católicos, en lugar de apaciguarse al ver desaparecer a sus enemigos, .se volvían cada vez más feroces. Y mientras menos enemigos quedaban, más se encarnizaban contra sus desdichadas víctimas.

Carlos IX gozaba extraordinariamente cazando hugonotes, y luego, cuando no pudo hacerlo en persona, se deleitaba con las noticias de las cacerías efectuadas por los demás.

Un día, al volver de jugar al croquet, que, junto con el juego de pelota y la caza, era su deporte favorito, entró en la habitación de su madre con el semblante alegre y seguido de sus habituales cortesanos.

—Madre —dijo abrazando a la florentina, quien al ver su expresión jovial trataba de adivinar la causa—, traigo buenas noticias, ¡por mil demonios! ¿Sabéis una cosa? El ilustre esqueleto del señor almirante, que ya creíamos perdido, ha sido hallado.

—¡Ah! —exclamó Catalina.

—¡Sí, gracias a Dios! Habréis pensado como yo, seguramente, que los perros se habían dado un banquete con él, ¿verdad? Pero no fue así. Mi pueblo, mi buen pueblo, ha tenido la ocurrencia de colgarlo del garfio de Montfaucon.

Du haut en bas Gaspar on a jeté, et puis de bas en haut on l'a monté

—¿Y qué? —dijo Catalina.

—Mi buena madre —repuso Carlos IX—, siempre he tenido deseos, desde que murió, de ver de nuevo a ese buen hombre. Hace buen tiempo; hoy todo me parece recién florecido. El aire está lleno de vida y de perfumes. Me siento mejor que nunca. Si queréis, madre, montaremos a caballo a iremos a Montfaucon.

—Lo haría con mucho gusto, hijo mío —dijo Catalina—, si no tuviera una entrevista a la que no quiero faltar. Además, para visitar a una persona de la importancia del señor almirante es mejor convidar a toda la corte. Los espectadores tendrán oportunidad de hacer curiosas observaciones. Veremos quién viene y quién se queda.

—Tenéis razón, madre, lo dejaremos para mañana. Invitad, pues, por vuestra parte y yo haré lo mismo por la mía, o mejor dicho, no invitemos a nadie. Digamos solamente dónde nos proponemos ir, así cada uno hará lo que prefiera. Adiós, madre mía, voy a tocar el cuerno de caza.

—Abusáis de vuestras fuerzas, Carlos. Ambrosio Paré os lo repite sin cesar y tiene razón: es un ejercicio demasiado fuerte para vos.

—¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! —dijo Carlos—. Quisiera estar seguro de que no moriré de otra cosa. Enterraré a todos los de mi familia, incluso a Enrique, que deberá sucedernos algún día, según pretende Nostradamus. Catalina frunció el ceño.

—Hijo mío —dijo—, desconfiad sobre todo de las cosas que os parecen más imposibles y, entre tanto, cuidaos.

—Tocaré solamente dos o tres aires de caza para entretener a mis perros, que se mueren de fastidio los pobres. Debí soltarlos contra los hugonotes. Acaso se hubieran divertido.

Y Carlos IX salió de la habitación -de su madre, entró en su sala de armas, descolgó un cuerno de caza y se puso a soplar con un vigor que hubiera honrado al propio Rolando. Resultaba imposible comprender cómo de aquel cuerpo débil y enfermizo y de aquellos labios pálidos pudiese salir un soplido tan potente. Catalina aguardaba en efecto a alguien, tal como se lo había dicho a su hijo. Un momento después de salir el rey, entró una de sus damas de honor y le habló en voz baja. La reina sonrió, se puso de pie, saludó a los cortesanos que la acompañaban y siguió a la mensajera.

El florentino Renato, el mismo a quien el rey de Navarra hiciera una acogida tan diplomática la noche de san Bartolomé, la aguardaba en el oratorio.

—¿Sois vos, Renato? —le dijo Catalina—. Os esperaba con impaciencia.

Renato hizo una reverencia.

—¿Recibisteis el mensaje que os escribí ayer?

—Tuve ese honor, señora.

—¿Habéis repetido, como os ordené, la prueba del horóscopo sacado por Ruggieri y que concuerda tan bien con la profecía de Nostradamus, según la cual reinarán mis tres hijos...? Las cosas se han modificado en estos últimos días, Renato, y pensé que era probable que el destino se mostrara menos amenazador.

—Señora —respondió Renato meneando la cabeza—, Vuestra Majestad no ignora que las cosas no modifican el destino, sino que, por el contrario, es éste el que gobierna las cosas.

—Pero de todos modos ¿no habréis dejado de repetir el sacrificio?

—En absoluto; lo repetí, señora, porque mi primera obligación es obedeceros.

—¿Y cuál fue el resultado?

—El mismo de siempre, señora.

—¿Qué? ¿El cordero negro lanzó otra vez los tres gritos?

—Sí, señora.

—Anuncian tres crueles muertes en mi familia —murmuró Catalina.

—¡Ay! —respondió Renato.

—¿Y después?

—Después, señora, encontré en las entrañas del animal aquella rara disposición del hígado que notamos en los dos primeros y que se inclina en sentido inverso.

—Cambio de dinastía, siempre, siempre, siempre —murmuró Catalina entre dientes—. Sin embargo, es preciso luchar contra esto, Renato —añadió.

Renato movió la cabeza. _

—Ya le dije a Vuestra Majestad que el destino es quien gobierna.

—¿Estás seguro?

—Sí, señora.

—¿Recuerdas el horóscopo de Juana de Albret?

—Sí, señora.

—Repítemelo, porque lo he olvidado.

—Vives honorata —dijo Renato—, morieris reformidata, regina amplificabere.

—Que significa, según creo: «Vivirás con honores.» ¡Y la pobre carecía de lo más necesario! «Morirás temida.» Y nos hemos burlado de ella. «Serás más grande de lo que fuiste como reina.» Y resulta que ha muerto y su grandeza reposa en una tumba sobre la cual nos olvidamos hasta de grabar su nombre.

—Señora, Vuestra Majestad traduce mal el vives honorata. La reina de Navarra vivió con honores, en efecto, puesto que gozó del amor de sus hijos y del respeto de sus partidarios, sentimientos tanto más sin —ceros cuanto más pobre fue la que los inspiraba.

—Sí —dijo Catalina—, os concedo el «Vivirás con honores», pero ¿cómo explicáis el morieris reformidata?

—Nada más fácil: «Morirás temida.»

—¿Y es que acaso murió así?

—Tan temida, señora, que no hubiese muerto si Vuestra Majestad no le hubiera tenido miedo. Por último: «Como reina lo engrandecerás o serás más grande de lo que fuiste como reina», es también la verdad, señora, porque en lugar de su perecedera corona tiene quizá como reina y mártir la corona del Cielo; por otra parte, ¿quién puede saber qué reserva el porvenir a su dinastía sobre la tierra?

Catalina era supersticiosa en sumo grado.

Tal vez la atemorizó más la sangre fría del perfurnista que la persistencia de los augurios. Y como para ella un mal paso no era más que una ocasión de salir audazmente del aprieto, dijo bruscamente al florentino, sin más transición que el silencioso trabajo de su mente:

—¿Han llegado perfumes de Italia?

—Sí, señora.

—Me enviaréis un cofrecito surtido.

—¿De cuáles?

—De los últimos, de aquellos...

Catalina se detuvo.

—¿De aquellos que agradaban tanto a la reina de Navarra? —preguntó Renato—. No necesito prepararlos, ¿verdad, señora? Vuestra Majestad posee ahora tanta habilidad como yo.

—¿Te parece? —dijo Catalina—. Lo importante es que den resultado.

—¿No tiene otra cosa que ordenarme Vuestra Majestad? —preguntó el perfumista.

—No, no —contestó Catalina pensativa—, creo que no. Si ocurriera alguna novedad en los sacrificios, avisadme. A propósito, dejemos los corderos y probemos con gallinas.

—¡Ay, señora! Mucho me temo que cambiando la víctima no podremos cambiar los presagios.

—Haced lo que os he dicho.

Renato saludó y salió.

Catalina permaneció un rato sentada, meditabunda. Luego se levantó y fue a su cuarto, donde la esperaban sus camareras, a las que anunció, para el día siguiente, la peregrinación a Montfaucon.

La noticia de semejante gira circuló aquella noche por el palacio y la ciudad. Las damas hicieron preparar sus más elegantes vestidos; los caballeros, sus armas y corceles de gala. Los comerciantes cerraron sus tiendas y talleres y el populacho dio muerte aquí y allá a algunos hugonotes reservados para cuando llegara la ocasión con el fin de ofrecer un acompañamiento digno al cadáver del almirante.

Hubo gran agitación durante toda la tarde.

La Mole había pasado el día más triste de su vida después de tres o cuatro que no fueron menos sombríos.

El duque de Alençon, cumpliendo los deseos de Margarita, lo había instalado en sus habitaciones, pero no volvió a verlo. Se sentía de repente como un pobre niño abandonado, privado de los tiernos y delicados cuidados de dos mujeres, en particular de una cuyo recuerdo invadía continuamente sus pensamientos. Es verdad que había tenido noticias suyas por intermedio del cirujano Ambrosio Paré, que fue a verlo de su parte; pero tales noticias, transmitidas por un hombre de cin cuenta años que ignoraba o fingía ignorar el interés que sentía La Mole por el menor detalle que se refiriera a Margarita, fueron incompletas a insuficientes. También es cierto que Guillonne fue a verlo una vez, en su propio nombre, por supuesto, para saber cómo seguía. Aquella visita hizo el efecto de un rayo de sol en una celda y La Mole se quedó como deslumbrado en espera de una segunda aparición que no volvió a presentarse, aun cuando habían transcurrido ya dos días desde la primera.

Por eso, en cuanto llegó a oídos del convaleciente la noticia de la espléndida reunión de toda la corte, transmitió al señor de Alençon su deseo de que le permitiera acompañarle.

El duque, sin averiguar siquiera si La Mole se hallaba en estado de soportar semejante fatiga, respondió solamente:

—¡Magnífico! ¡Que le den uno de mis caballos!

Esto era cuanto La Mole deseaba. Cuando el maestro Ambrosio Paré fue a curarle como de costumbre, el herido le expuso la necesidad que tenía de montar a caballo y le rogó que le vendara cuidadosamente. Por lo demás, las dos heridas se habían cerrado y sólo la del hombro le hacía sufrir aún. Ambas presentaban un color rojizo como deben tenerlo las heridas que están en vías de cicatrizarse. El médico las cubrió con una tela adhesiva que se usaba mucho en aquella época para estos casos y aseguró a La Mole que nada le ocurriría siempre que evitara agitarse demasiado durante la excursión.

La Mole rebosaba júbilo. Sin contar cierta debilidad causada por la pérdida de sangre y un leve mareo consecuencia de ésta, se sentía perfectamente. Además, Margarita participaría seguramente en la peregrinación y volvería a verla. Al pensar en el enorme bien que le hiciera la presencia de Guillonne, no podía dudar de la eficacia curativa que le reportaría la presencia de su amada.

Empleó, pues, una parte del dinero que había traído de su casa, en comprar el más hermoso jubón de raso blanco y la capa más ricamente bordada que pudo procurarle el sastre de moda, quien también se encargó de proveerlo de unas botas de cuero perfumado que se usaban en aquel entonces. Todo el ajuar le fue enviado por la mañana, sólo media hora más tarde del plazo convenido, de modo que no tuvo motivos de queja. Se vistió rápidamente, contempló su figura en un espejo, encontrándose tan bien vestido, peinado y perfumado, como para estar satisfecho de sí mismo. Dio unas rápidas vueltas por su habitación convenciéndose de que, salvo algunos dolores bastante agudos, el bienestar moral podría acallar las incomodidades físicas.

Una capa de color cereza, de su invención, y cortada algo más larga de lo que se estilaba entonces, le sentaba particularmente bien.

Mientras se desarrollaba esta escena en el Louvre, otra del mismo género tenía lugar en el palacio de Guisa. Un gentilhombre de elevada estatura y cabellos rojizos examinaba frente al espejo una cicatriz encarnada que le atravesaba desagradablemente el rostro. Peinaba y perfumaba sus bigotes; tras esto extendió sobre la malhadada herida, que se obstinaba en reaparecer, todos los cosméticos conocidos a la sazón.

La cubrió con una triple capa de blanco y bermellón, pero, como su aplicación le pareciera insuficiente, ocurriósele una idea: el ardiente sol del mes de agosto incendiaba el patio con sus rayos; descendió, pues, al patio y quitándose el sombrero cerró los ojos y echó hacia atrás la cabeza. Así se estuvo paseando durante diez minutos, expuesto voluntariamente a esta abrasadora llama que caía a torrentes del cielo.

Al cabo de los diez minutos, y gracias a una insolación de primer orden, el caballero tenía el rostro tan encendido que ya la cicatriz desentonaba pareciendo amarilla en comparación al resto de la cara. Nuestro amigo no parecía por eso menos satisfecho de aquella especie de arco iris que trató de armonizar lo mejor que pudo con el resto de la cara mediante una capa de bermellón. Después se vistió con un magnífico traje que un sastre había llevado a su habitación sin que él lo pidiera. Así adornado, perfumado y armado de pies a cabeza, descendió por

segunda vez al patio y se puso a acariciar a un gran caballo negro cuya hermosura no hubiera tenido igual a no ser por una ligera cicatriz que, semejante a la de su amo, le había hecho, en una de las últimas batallas civiles, el sable de un reitre.

Tan satisfecho de su caballo como de sí mismo, el caballero, que nuestros lectores habrán reconocido sin duda, montó un cuarto de hora antes que nadie y atronó el patio del palacio de Guisa con los relinchos de su corcel, a los que respondía con «Voto al diablo» pronunciados en todos los tonos, a medida que lo dominaba. Al cabo de un momento, el caballo, completamente domado, dio muestras, por su docilidad y obediencia, de reconocer el legítimo dominio de su jinete. Pero la victoria *(y esto era quizá lo que pretendía nuestro caballero)* no se obtuvo sin ruido, el cual hizo salir a la ventana a una dama que sonrió con mucha amabilidad y a quien nuestro domador saludó respetuosamente.

Cinco minutos después, la señora de Nevers preguntó a su mayordomo:

—¿Han servido un buen almuerzo al señor conde Annibal de Coconnas?

—Sí, señora —respondió el mayordomo—. Y esta mañana ha comido con más apetito que de costumbre.

—Está bien —dijo la duquesa.

Y volviéndose hacia su primer gentilhombre:

—Señor de Arguzon —dijo—, vamos al Louvre y no descuidéis por favor al conde Annibal de Coconnas, pues todavía se encuentra débil a causa de sus heridas y no quisiera por nada del mundo que le ocurriese alguna desgracia; haría reír a los hugonotes, que le guardan rencor desde la venturosa noche de san Bartolomé.

Y montando a caballo, la señora de Nevers se dirigió radiante de felicidad hacia el Louvre, punto general de reunión.

Eran las dos de la tarde cuando una fila de jinetes, resplandecientes de oro, alhajas y lujosos vestidos, apareció por la calle de Saint-Denis y desembocó por la esquina del cementerio de los Inocentes, avanzando bajo el sol entre las dos filas de casas sombrías como un inmenso reptil de resplandecientes anillos.

El cadáver de un enemigo siempre huele bien

✦

Ninguna comitiva, por lujosa que sea, podría dar idea de lo que fue aquel espectáculo. Los rico s y brillantes trajes de seda, legados como espléndida moda por Francisco I a sus sucesores, no se habían transformado todavía en las vestimentas estrechas y oscuras que puso en boga Enrique III, de modo que el traje de Carlos IX, menos fastuoso pero probablemente más elegante que los de las épocas anteriores, destacábase sobre todo por su perfecta armonía. En nuestros días, semejante cortejo no puede ser comparado a ningún otro; los grandes desfiles de hoy los hemos reducido a simetría y uniformidad. Pajes, escuderos, gentiles hombres de poca catego ría, perros y caballos iban a los lados y detrás de la real comitiva convirtiéndola en un verdadero ejército. Se guía el pueblo o, mejor dicho, el pueblo estaba en todas partes; escoltaba y precedía gritando a un mismo tiempo: «¡Noel! » y «¡Haro! », porque entre los caballeros del cortejo figuraban varios calvinistas convertidos, y el pueblo es rencoroso.

Fue por la mañana, delante de Catalina y del duque de Guisa, cuando Carlos IX habló en presencia de Enrique de Navarra como de la cosa más natural del mundo de ir a visitar el patíbulo de Montfaucon o más bien el cadáver mutilado del almirante. El primer impulso de Enrique de Navarra fue el de negarse a tomar parte en la comitiva. Esto era lo que esperaba Catalina. A las primeras palabras que dijo expresando su repugnancia, la reina cambió una mirada y una sonrisa con el duque de Guisa. Enrique sorprendió ambos gestos, comprendió su intención y, cambiando de idea, dijo:

—Después de todo, ¿por qué no he de ir? Soy católico y me debo a mi nueva religión.

Luego, dirigiéndose a Carlos IX:

—Vuestra Majestad puede contar conmigo —dijo—; para mí será siempre un placer acompañaros donde vayáis.

Y lanzó una ojeada a su alrededor para contar los entrecejos que se fruncían. Quizá por esto la persona a quien miraban con más curiosidad en el cortejo era a este hijo sin madre, a este rey sin reino, a este hugonote convertido a la religión católica. Su figura alargada y característica, su aspecto un poco vulgar, su familiaridad para con sus inferiores, familiaridad que llegaba a un extremo casi inconveniente en un rey y que provenía de las costumbres montañesas adquiridas en su juventud y que conservó hasta la muerte, eran fácilmente visibles para los espectadores, algunos de los cuales le gritaban:

—¡A misa, Enrique! ¡A misa!

A lo que él respondía:

—Estuve ayer, he estado hoy y volveré mañana. ¡Por Dios!, creo que es bastante.

Margarita iba a caballo tan bella, tan elegante, que en torno de ella se oía un general concierto de exclamaciones de admiración, del que algunas notas, preciso es reconocerlo, se dirigían a su compañera, la señora de Nevers, con quien acababa de reunirse y cuyo caballo blanco, como orgulloso de su carga, agitaba briosamente la cabeza.

—¿Qué hay de nuevo, duquesa? —preguntó la reina de Navarra.

—Que yo sepa, nada, señora —respondió en voz alta Enriqueta.

Y luego, bajando la voz, dijo:

—Y el hugonote, ¿qué fue de él?

—Le encontré un refugio bastante seguro —repuso Margarita—. ¿Y tú qué has hecho de lo adorable asesino?

—Quiso participar en esta fiesta; monta el caballo de combate del señor de Nevers, un animal tan grande como un elefante. Es un jinete estupendo. Le permití que asistiese a la ceremonia, porque pensé qué lo hugonote se quedaría prudentemente en su habitación, y de ese modo no habría por qué temer ningún encuentro.

—¡Oh! —respondió Margarita sonriendo—. Aunque estuviese, no correríamos riesgo alguno. Mi hugo note es un buen mozo, pero nada más; una paloma y no un milano; arrulla, pero no muerde. Después de todo

—añadió con inexplicable acento y encogiéndose ligeramente de hombros—, tal vez le hemos tomado por un hugonote y sólo sea un adepto de Brahma, cuya religión le impide derramar sangre.

—¿Dónde está el duque de Alençon? —pregun tó Enriqueta—. No le veo.

—Llegará más tarde, se sintió mal esta mañana y no quería venir; pero como ya se sabe que para llevar la contraria a su hermano Carlos y a su hermano Enrique se inclina hacia los hugonotes, se le hizo notar que el rey podría interpretar mal su ausencia y por fin se ha decidido. Pero justamente miran y gritan hacia allá; debe de haber entrado por la puerta de Montmartre.

—En efecto, él es —dijo Enriqueta—. Hoy tiene buen aspecto. Desde hace algún tiempo se acicala con especial esmero; sin duda está enamorado. Ahí tenéis la ventaja de ser un príncipe de sangre real: atropella a todo el mundo y la gente se aparta sin protestar.

—Así es —dijo Margarita—, y nosotras también estamos amenazadas por su caballo. ¡Dios nos perdone! Haced retirar a vuestros gentiles hombres, duquesa; allí anda uno que, si no se pone en fila, se expone a morir.

—¡Es mi intrépido campeón! —exclamó la duquesa—. Mira, mira...

Coconnas se había destacado de su grupo para acercarse a la señora de Nevers; pero en el momento en que su caballo atravesaba el bulevar exterior que separa la calle del arrabal de Saint-Denis, un jinete del séquito del duque de Alençon, tratando inútilmente de contener el galope desenfrenado de su caballo, fue a chocar contra Coconnas. El piamontés vaciló en su colosal

montura, estuvo a punto de perder el sombrero, pero logrando sostenerlo volvió la cabeza furioso.

—¡Dios mío! —exclamó Margarita acercándose al oído de su amiga—. ¡Es el señor de La Mole!

—¿Ese hermoso joven tan pálido? —exclamó la duquesa, incapaz de dominar su primera impresión.

—Sí, sí; el mismo que ha estado a punto de derribar a lo piamontés.

—¡Oh! ¡Van a pasar cosas terribles! ¡Se han mirado y se han reconocido!

Efectivamente, Coconnas reconoció el rostro de La Mole al volverse, y como creía haber matado a su antiguo compañero o, por lo menos, haberlo dejado fuera de combate por algún tiempo, fue tal su sorpresa, que soltó las riendas de su caballo. La Mole, por su parte, reconoció a Coconnas y sintió que la sangre se le agolpaba en las mejillas. Durante unos instantes, que bastaron para expresar todos los sentimientos que albergaba el corazón de cada cual, los dos hombres se dirigieron una mirada que hizo estremecer a las dos mujeres.

El provenzal echó una ojeada a su alrededor y, comprendiendo sin duda que el lugar era poco propicio para una explicación, espoleó a su caballo y fue a reunirse con el duque de Alençon. Coconnas permaneció por un momento firme en su sitio, retorciendo su bigote y elevando sus puntas casi hasta la altura de los ojos, después de lo cual, al ver que La Mole se alejaba sin decirle nada, siguió también su camino.

—¡Ah! —dijo con desdeñoso dolor Margarita—. No me había equivocado... ¡Pero esta vez ya pasa de la raya! Y se mordió los labios hasta hacerse sangre.

—¡Es muy buen mozo! —respondió la duquesa con acento de conmiseración.

En aquel momento ocupó el duque de Alençon su puesto detrás del rey y la reina madre, de manera que para acercarse a él los caballeros de su séquito tuvieron que pasar por delante de Margarita y de la duquesa de Nevers. Al cruzar ante ellas, La Mole se quitó el sombrero, saludó a la reina inclinándose hasta el cuello de su caballo y permaneció con la cabeza descubierta en espera de que Su Majestad le honrase con una mirada.

Pero Margarita volvió orgullosamente la cabeza.

La Mole leyó sin duda la expresión de desdén que se reflejaba en el rostro de la reina, porque de pálido que estaba, púsose lívido, y para no caerse del caballo hubo de agarrarse a las crines.

—¡Oh! —dijo Enriqueta a la reina—. ¡Míralo, no seas cruel...! ¡Se va a desmayar!

—¡Bueno! Sería lo único que faltaba... —dijo la reina con despiadada sonrisa—. ¿Tienes sales aromáticas? Por esta vez la señora de Nevers se equivocaba.

La Mole, vacilante, sacó fuerzas de flaqueza y, apoyándose en los estribos, fue a unirse a la comitiva del duque de Alençon.

Seguía avanzando el cortejo y ya se distinguía a lo lejos la lúgubre silueta del patíbulo, alzado y estrenado por Enguerrando de Marigny. Nunca se vio tan honrado como aquel día.

Los oficiales y los guardias se adelantaron formando un amplio círculo en torno al recinto. A su llegada alzaron el vuelo, lanzando tristes graznidos, los cuervos que estaban posados cerca del siniestro lugar. La horca de Montfaucon ofrecía comúnmente refugio detrás de sus columnas a los perros atraídos por el frecuente festín y a los bandidos filósofos que iban a meditar allí sobre las tristes vicisitudes de la fortuna. Pero aquel día no había en Montfaucon, al menos en apariencia, niperros ni bandidos. Los oficiales y guardias habían desalojado a los primeros al mismo tiempo que a los cuervos, y los otros se confundieron con la multitud para realizar algunos buenos golpes, que en eso consiste el mejor atractivo de su oficio. El cortejo se aproximaba. Primero iban el rey y Catalina; luego el duque de Anjou, el de Alençon, el rey de Navarra, el señor de Guisa y sus respectivos séquitos; detrás seguían la reina Margarita, la duquesa de Nevers y todas las damas que componían lo que se llamaba el escuadrón volante de la reina; cerrando la marcha iban los pajes, los escuderos, los sirvientes y el pueblo; en total, unas diez mil personas. De la horca principal colgaba una masa informe, un cadáver negro, manchado de sangre coagulada y de barro blanqueado por el polvo.

Como el cadáver no tenía cabeza, le habían colgado por los pies, aunque el populacho, ingenioso como siempre, había reemplazado la cabeza por un montón de paja cubierto por una careta, en cuya boca se veía un palillo de dientes colocado sin duda por algún bromista, que conocía las costumbres del almirante. Era un lúgubre y extraño espectáculo en verdad el que ofrecían aquellos elegantes caballeros y aquellas hermosas damas, desfilando como en una procesión goyesca en medio de los ennegrecidos esqueletos y de las horcas de largos y descarnados brazos. Mientras más ruidosa era la alegría de los visitantes, más notable era el contraste con el sombrío silencio y la fría insensibilidad de aquellos cadáveres objeto de burlas que h acían estremecer a los mismos que las cometían.

Muchos de los presentes soportaban con gran esfuerzo la visión de tan terrible espectáculo. Entre el grupo de los hugonotes convertidos se destacaba por su palidez Enrique de Navarra. Por grande que fuese su presencia de ánimo y por perfecto que fuera el don de disimulo con que el cielo le dotara, lo cierto es que no pudo resistir. Pretextando el nauseabundo hedor que esparcían los restos humanos, se acercó a Carlos IX, que junto con Catalina se había detenido a contemplar los despojos del almirante.

—Sire —dijo—, ¿no le parece a Vuestra Majestad que este pobre cadáver despide muy mal olor para que sigamos aquí por más tiempo?

—¿Te parece? —dijo Carlos IX, cuyos ojos brillaban con una feroz alegría.

—Sí, señor.

——No pienso igual que tú. El cadáver de un enemigo siempre huele bien.

—A fe mía, señor —dijo Tavannes—; sabiendo Vuestra Majestad que íbamos a hacer una visita al almirante, debió avisar a Pedro Ronsard, su maestro de poesía; él hubiera compuesto aquí mismo un epitafio al viejo Gaspar.

—No necesitamos de él para eso —dijo Carlos IX—. Nosotros lo haremos... Por ejemplo, escuchad, señores

—añadió el rey después de reflexionar un instante:

Ci-gif.. -mais c'est mal entendu, pour lui le mot est trop honnête...

Ici l ámiral est pendu par les pieds à faute de tête.

—¡Bravo! ¡Bravo! —exclamaron los caballeros católicos, mientras que los hugonotes reconciliados fruncían

el ceño y guardaban silencio.

En cuanto a Enrique, como estaba conversando con Margarita y la señora de Nevers, fingió no haber oído.

—Vamos, vamos, señores —dijo Catalina, a quien el ambiente empezaba a causar malestar, pese a los perfumes que la cubrían—. Aunque es muy buena la compañía hay que separarse alguna vez. Despidámonos del almirante, y volvamos a París.

Hizo con la cabeza un gesto irónico como si se despidiera de algún amigo, y tomando la delantera, emprendió el regreso mientras todo el cortejo desfilaría ante el cadáver de Coligny.

El sol se ponía en el horizonte.

La multitud siguió los pasos de Sus Majestades para gozar hasta el final de las magnificencias del cortejo y de los detalles del espectáculo. Los ladrones siguieron a la multitud, de manera que, diez minutos después de la partida del rey, no quedaba nadie junto al cadáver mutilado del almirante, que las primeras brisas del anochecer balanceaban en lo alto.

Nos equivocamos al decir que no quedaba nadie. Un caballero montado en un negro corcel y que posiblemente no había podido contemplar a su gusto el tronco informe y negruzco en presencia de los príncipes, se había quedado el último y se divertía en examinar en todos sus detalles las cadenas, garfios, pilares de piedra y la horca en fin, todo lo cual le parecía, como recién llegado a París a ignorante de los adelantos con que cuenta para todo la capital, arquetipo de lo más terrible y feo que el hombre puede inventar. No es necesario decir a nuestros lectores que este hombre era nuestro amigo Coconnas. Una aguda mirada de mujer le buscó en vano en el cortejo y escudriñó las filas sin poderlo hallar.

El señor Coconnas, como hemos dicho, estaba extasiado ante la obra de Enguerrando de Marigny. Aquella mujer no era la única persona que buscaba al piamontés. Otro caballero que llamaba la atención por su jubón de raso blanco y su espléndida pluma, después de mirar hacia delante y a los lados, se le ocurrió mirar hacia atrás, viendo la elevada estatura de Coconnas y la gigantesca silueta de su caballo destacarse nítidamente en el cielo enrojecido por los últimos reflejos del sol poniente.

Entonces el jinete del jubón blanco salió del camino que seguía el resto del cortejo, tomó un pequeño sendero y, describiendo una curva, regresó al lugar donde se hallaba el patíbulo.

Casi al mismo tiempo, la dama, en quien reconocimos a la duquesa de Nevers, así como reconocimos a Coconnas en el gentilhombre del caballo negro, se acercó a Margarita y le dijo:

—Nos equivocamos las dos, Margarita, porque el piamontés se ha quedado atrás y La Mole se dispone a imitar su actitud.

—¡Voto al diablo! —dijo Margarita sonriendo—. Va a pasar algo. Confieso que no me disgustaría tener que cambiar la opinión que he formado de él.

Volvió la cabeza y vio, efectivamente, a La Mole ejecutando la maniobra que acabamos de describir. Tocó entonces a las princesas el turno de abandonar el cortejo. La ocasión era favorable; se abría allí cerca un sendero bordeado de altos arbustos que, subiendo y bajando, pasaba a treinta metros del patíbulo. La señora de Nevers dijo unas palabras al oído del capitán de su escolta, Margarita hizo una señal a Guillonne, y las cuatro personas tomaron por el sendero, emboscándose detrás del matorral más próximo al lugar donde iba a desarrollarse la escena que deseaban presenciar. Como hemos dicho, había unos treinta metros entre este sitio y el lugar donde Coconnas permanecía extasiado gesticulando ante el cadáver del almirante.

Margarita dejó su cabalgadura; lo mismo hicieron la señora de Nevers y Guillonne.

El capitán cogió las riendas de los cuatro caballos. Un césped fresco y mullido ofrecía a las tres mujeres un asiento como inútilmente lo buscan a veces las princesas.

Un claro entre las zarzas les permitía ver la escena sin perder detalle.

La Mole describió un círculo y se acercó hasta colocarse detrás de Coconnas y alargando la mano le dio un golpecito en el hombro.

El piamontés se volvió.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Entonces no fue un sueño? ¿Todavía vivís?

—Sí, señor, vivo todavía, aunque no gracias a vos, pero vivo al fin.

—¡Voto al diablo! Os reconozco perfectamente a pesar de vuestro rostro pálido. Teníais mejor color la última vez que nos vimos.

—Y yo —dijo La Mole— también os reconozco a pesar de esa cicatriz amarilla que os atraviesa la cara; estabais más pálido cuando os la hice.

Coconnas se mordió los labios, pero como parecía decidido a proseguir la conversación en tono irónico, continuó:

—¿No es cierto, señor de La Mole, que es curioso, sobre todo para un hugonote, poder contemplar al señor almirante colgado de ese gancho de hierro cuando hay tanta gente exagerada que nos acusa de haber matado hasta a los hugonotes de pecho?

—Conde —dijo La Mole inclinándose—, ya no soy hugonote; tengo el honor de ser católico.

—¡Bah! —gritó Coconnas echándose a reír—. ¿Conque os habéis convertido? ¡Vaya, qué valiente!

—Señor —continuó La Mole con el mismo tono serio y cortés—, había hecho la promesa de convertirme si escapaba de la matanza.

—Es una promesa muy prudente y os felicito —respondió el piamontés—. ¿Y no hicisteis alguna otra?

—Sí, señor, también hice otra —respondió La Mole acariciando a su caballo con perfecta tranquilidad.

—¿Cuál? —inquirió Coconnas.

—La de colgaros de allá arriba, de ese pequeño garfio que parece que os está esperando debajo del señor de Coligny.

—¿Cómo? —dijo Coconnas—. ¿Lleno de vida como estoy?

—No, señor, después de atravesaros el cuerpo con esta espada.

Coconnas se puso de color escarlata y sus ojos verdes arrojaron llamas.

—¿Conque de ese clavo? —dijo burlonamente.

—Sí, de ese mismo...

—No sois lo bastante alto para eso, jovencito.

—Entonces me subiré a vuestro caballo, mi buen asesino —respondió La Mole—. ¿Creéis, mi querido señor Annibal de Coconnas, que se puede asesinar así, impunemente, con el leal y honorable pretexto de ser cien contra uno? ¡No! Algún día el hombre encuentra al hombre, y creo que ese día ha llegado. No me faltan ganas de romperos esa horrible cara de un pistoletazo, pero temo hacer mala puntería, porque me tiembla aún la mano por las heridas que me hicisteis a traición.

—¡Mi horrible cara! —aulló Coconnas saltando de su caballo—. Apeaos, señor conde, desenvainemos.

—Creo que lo hugonote le ha llamado feo —murmuró la duquesa de Nevers al oído de Margarita—. ¿Te parece a ti tan feo?

—¡Es encantador! —dijo riendo Margarita—. Y no tengo más remedio que reconocer que el furor vuelve injusto al señor de La Mole; pero cállate, observemos.

El provenzal bajó de su cabalgadura con tanta calma como precipitación había empleado el piamontés. Dejó en el suelo cuidadosamente doblada su capa color cereza y se puso en guardia.

—¡Ay! —dijo al estirar el brazo.

—¡Uf! —murmuró Coconnas al mover el suyo.

Como se recordará, ambos estaban heridos en el hombro y cualquier movimiento rápido les causaba dolor.

Una risa mal contenida se oyó entre los matorrales.

Las princesas no pudieron evitarla al ver a los dos campeones tocarse el omóplato haciendo muecas. Al llegar la risa a oídos de los dos gentiles hombres, que creían batirse sin testigos, hizo que éstos se volvieran reconociendo inmediatamente a las dueñas de sus pensamientos.

La Mole volvió a ponerse en guardia, firme como un autómata y Coconnas empuñó el acero con un « ¡Voto al diablo!» de los más enérgicos.

—Mira que van a pelear en serio y son capaces de matarse si no ponemos orden. Basta de bromas. ¡Eh, señores! ¡Eh! —gritó Margarita.

—¡Déjalos! ¡Déjalos! —dijo Enriqueta que, habiendo visto pelear en otra ocasión a Coconnas, tenía esperanzas en el fondo de su corazón de que éste despachara a La Mole lo mismo que a los dos sobrinos y al hijo de Mercandon.

—¡Oh! ¡Realmente están hermosos así! — dijo Margarita—. Mira, parece que respiran fuego.

El combate comenzado con burlas y provocaciones se había vuelto silencioso desde que los dos campeones cruzaron sus aceros.

Ambos desconfiaban de sus fuerzas y, tanto uno como otro, se veían a cada momento obligados a reprimir un grito de dolor que les arrancaban sus antiguas heridas. Sin embargo, con los ojos fijos y ardientes, la boca entreabierta y los dientes apretados, La Mole avanzaba a pasos cortos y firmes acercándose a su adversario, quien, al reconocer en el provenzal a un maestro de esgrima, retrocedía y, aunque paso a paso también, lo cierto es que perdía terreno. Así llegaron los dos hasta el borde del foso en cuyo lado opuesto se hallaban los espectadores. Allí, y como si su retirada hubiera obedecido a un simple cálculo para acercarse a su amada, Coconnas se detuvo y, al dar La Mole un paso demasiado largo, le tiró una estocada con la rapidez del rayo apareciendo sobre el jubón blanco del provenzal una mancha roja que se agrandaba poco a poco.

—¡Valor! —gritó la duquesa de Nevers.

—¡Ah! ¡Pobre La Mole! —dijo Margarita con acento de dolor.

La Mole oyó aquel grito, dirigió a la reina una de esas miradas que penetran más profundamente en el corazón que la punta de una espada y tras una finta se tiró a fondo.

Esta vez las dos mujeres gritaron al mismo tiempo. El extremo del arma de La Mole apareció ensangrentado por la espalda de Coconnas.

Ninguno cayó. Sin embargo, ambos se quedaron inmóviles, mirándose con la boca abierta, pues cada uno sabía que al menor movimiento que hiciera se exponía a perder el equilibrio. Por último, el piamontés, más seriamente herido que su rival y sintiendo que con la sangre que perdía se le iban las fuerzas, se abalanzó sobre La Mole, sujetándole con un brazo y tratando con el otro de sacar un puñal. Por su parte, La Mole reunió todas sus energías, levantó la mano y dio con la cazoleta de su espada un golpe en medio de la frente a Coconnas, que cayó atontado, pero arrastrando a su adversario en la caída de modo que ambos rodaron al foso. Margarita y la duquesa de Nevers, al ver que, aunque moribundos, todavía trataban de darse el golpe de gracia, se precipitaron hacia ellos seguidas del capitán de guardias. Antes de que pudieran llegar a su lado les vieron estirar las manos, cerrar los ojos y, soltando las espadas, agitarse en una convulsión suprema.

Un gran charco de sangre se extendía a su alrededor.

—¡Oh, valiente La Mole! —exclamó Margarita, in capaz de contener por más tiempo su admiración—. ¡Perdón, mil veces perdón por haber dudado de ti!

Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Ay! ¡Ay! —murmuró la duquesa—. ¡Animoso Annibal! ¿Habéis visto alguna vez dos leones más valientes, señora?

Y prorrumpió en sollozos.

—¡Pardiez! .¡Qué estocadas tan tremendas! —dijo el capitán mientras trataba de contener la sangre que salía a torrentes de las heridas—. ¡Eh! ¡Vamos, acercaos más aprisa!

En efecto, un hombre sentado en el pescante de una especie de volquete pintado de rojo se acercaba entre la bruma del atardecer, cantando aquella vieja canción que sin duda el milagro del cementerio de los Inocentes le trajo a la memoria:

Bel aubespin fleurissant verdisant, le long de se beau rivage, tu es vêtu, jusqu'au bas, des longs bras dune lambrusche sauvage.

Le chantre rossignolet, nouvelet, courtisant sa bien-aimé, pour ses amours alléger, vient loger tons les ans sous la ramée,

Or, vis, gentil aubespin, vis sans fin; vis, sans que jamais tonnerre ou la cognée, ou les vents, ou le temps te puissentruer par...

—Venid, pues, ¿no oís que os están llamando? —repetía el capitán—. ¿No veis que estos caballeros necesitan

auxilio?

El hombre del carrito, cuyo aspecto repelente y rudo semblante formaba extraño contraste con la dulce y

bucólica canción que acabamos de citar, detuvo por fin su caballo, descendió a inclinándose sobre los dos cuerpos, dijo: vives, gentil espino, / vive sin fin; / vive sin que jamás el rayo, / el hacha, los vien -

—¡Lindas heridas! Pero yo las hago mejores.

—¿Quién sois vos? —preguntó Margarita experimentando un cierto terror al que era incapaz de sobreponerse.

—Señora —respondió el hombre inclinándose hasta el suelo—,soy maese Caboche, verdugo del distrito de París, y vengo a colgar de esa horca a unos que harán compañía al almirante.

—Pues yo soy la reina de Navarra —dijo Margarita—, arrojad allí vuestros cadáveres, extended en vuestro carro las gualdrapas de nuestros caballos, colocad sobre ellas a estos dos heridos y seguidnos despacio hasta el Louvre.

Un colega de ambrosio paré

✦

El carro en que fueron recogidos Coconnas y La Mole tomó el camino de París, siguiendo en la oscuridad al grupo que le servía de guía. Se detuvo al llegar al Louvre y el verdugo recibió una espléndida propina. Se hizo transportar a los heridos al departamento del duque de Alençon y se mandó buscar a Ambrosio Paré.

Cuando éste se presentó, ninguno de los dos heridos había recobrado el conocimiento.

La Mole era el menos grave; la estocada había penetrado por debajo de la axila derecha sin interesar ningún órgano esencial. En cambio, a Coconnas el acero le había atravesado un pulmón y el soplo que salía por la herida hacía vacilar la llama de una vela.

Ambrosio Paré no respondió de la vida de Coconnas.

La señora de Nevers se hallaba desolada: ella fue quien, confiando en la fuerza, la destreza y el valor del piamontés, impidió que Margarita interrumpiera el combate. Hubiera deseado llevar a Coconnas al palacio de Guisa para repetir en esta ocasión los mismos cuidados que en la primera, pero su marido podía regresar de Roma de un momento a otro y no parecerle conveniente el que un intruso estuviera instalado en el domicilio conyugal.

Para ocultar el motivo de las heridas, Margarita hizo llevar a los dos jóvenes a las habitaciones de su hermano, uno de los cuales ya vivía allí anteriormente, diciendo que habían sufrido una caída del caballo durante el paseo. Pero la admiración del capitán, testigo del duelo, hizo que fuera divulgada la verdad, de modo que pronto se supo en la corte que dos nuevos espadachines surgían a la luz de la fama.

Atendidos por el mismo cirujano, que dividía entre ambos sus cuidados, los dos heridos pasaron por las diferentes fases de su convalecencia, resultantes de la mayor o menor gravedad de su estado. La Mole, como enfermo menos grave, fue el primero en recobrar el conocimiento. En cuanto a Coconnas quedó postrado con una fiebre terrible y su vuelta a la vida fue acompañada por las manifestaciones de un espantoso delirio.

Aunque ocupaban la misma habitación, La Mole, al volver en sí, no vio a su compañero o por lo menos no dio muestras de advertir su presencia. Coconnas, por el contrario, al abrir los ojos, los clavó en el otro con una expresión que hubiese podido probar que la sangre que acababa de perder no disminuía en nada las pasiones de su fogoso temperamento.

Coconnas creyó que soñaba y en su sueño veía al enemigo a quien por dos veces había intentado matar. Pero esta visión se prolongaba con exceso. Después de ver a La Mole acostado como él, asistido como él por el cirujano, le vio incorporarse en el lecho donde él mismo se hallaba clavado por la fiebre, la debilidad y el dolor; le vio luego saltar de la cama, andar del

brazo del médico, después ir sólo apoyado en un bastón y, por último, sin ayuda de nada ni de nadie.

Coconnas, siempre presa del delirio, observaba los diferentes períodos de la convalecencia de su compañero con mirada tan pronto fría como iracunda, pero siempre amenazadora.

Producíase en la mente febril del piamontés una mezcla terrible de fantasía y de realidad. Para él, La Mole estaba muerto y bien muerto, dos veces a falta de una, y, sin embargo, reconocía la sombra del propio La Mole acostada en una cama igual a la suya. Luego, como hemos dicho, vio que la sombra se levantaba, andaba y, cosa extraña, se aproximaba a él. Esta sombra, a la que Coconnas hubiera querido hacer retroceder aunque fuera hasta el fondo de los infiernos, fue derecha hacia él, se detuvo a su cabecera y le contempló; hasta había en su semblante un gesto de tristeza y compasión, que el piamontés tomó por una mueca demoníaca.

Surgió entonces en su espíritu, más enfermo aún que su cuerpo, un ciego deseo de venganza. Desde entonces, Coconnas no tuvo otra preocupación que la de conseguirse un arma cualquiera para herir con ella aquel cuerpo o sombra que con tanta crueldad le atormentaba. Sus ropas, abando nadas al principio sobre una silla, habían sido retiradas por estar empapadas de sangre, pero habían dejado allí el puñal, suponiendo que habría de pasar mucho tiempo antes de que sintiera deseos de utilizarlo. Coconnas lo vio y durante tres noches, aprovechando el momento en que La Mole dormía, trató de estirar la mano para alcanzarlo, pero en las tres ocasiones le faltaron las fuerzas y se desmayó. Por fin, la cuarta noche llegó a tocarlo, lo asió con la punta de los dedos crispados y, lanzando un gemido de dolor, logró esconderlo debajo de la almohada. Al día siguiente observó algo singular: la sombra de La Mole, que parecía fortalecerse día tras día, dio con aire pensativo y cada vez con pasos más firmes dos o tres vueltas por el cuarto y, después de ceñirse la espada y calarse un sombrero de fieltro de anchas alas, abrió la puerta y se fue.

Coconnas respiró; se creyó libre por fin del fantasma. Durante dos o tres horas, la sangre le circuló por las venas más tranquila y fresca que antes del duelo; un día de ausencia de La Mole le hubiese devuelto el conocimiento; una semana quizá le hubiera curado, pero por desgracia el provenzal regresó al cabo de un par de horas.

Su presencia produjo en el piamontés el efecto de una puñalada, y aunque La Mole no entró solo, Coconnas no dirigió ni una mirada a su acompañante.

Sin embargo, éste era digno de ser examinado.

Tratábase de un hombre de unos cuarenta años, bajo, tripudo, vigoroso, con cabellos negros que le caían hasta las cejas y una barba del mismo color, que, contra las costumbres de la época, le cubría toda la parte inferior del rostro. Pero el recién llegado parecía tener muy poco en cuenta la moda. Llevaba una especie de túnica de cuero cubierta de manchas pardas, calzones color sangre de toro, casaca roja, gruesos zapatos de cuero que le subían hasta más arriba del tobillo, un gorro del mismo color que los calzones y un ancho cinturón del que pendía un cuchillo dentro de su vaina.

Este extraño personaje, cuya presencia parecía desusada en el Louvre, dejó sobre una silla la capa de color pardo que llevaba puesta y se acercó brutalmente a la cama en que yacía Coconnas, que continuaba con los ojos fijos, como fascinado, observando a La Mole, el cual se mantenía a cierta distancia. Examinó al herido y meneando la cabeza dijo:

—Habéis esperado demasiado, señor mío.

—No pude salir antes —dijo La Mole.

—¡Por Dios! Debisteis mandar a buscarme.

—¿Con quién?

—¡Ah! Es cierto. Me olvidaba del lugar en que nos hallamos. Ya se lo dije a aquellas damas, pero no quisieron escucharme. Si hubieran seguido mis consejos en lugar de hacerle caso a ese asno sin albarda que llaman Ambrosio Paré, ya estaríais hace tiempo en estado de correr aventuras juntos o de batiros de nuevo si os apetecía. En fin, ya veremos, ¿está en sus cabales vuestro amigo?

—No me fío mucho.

—Sacad la lengua, caballero.

Coconnas mostró la lengua a La Mole, haciendo una mueca tan desagradable que el curandero movió otra vez la cabeza.

—¡Oh! ¡Oh! —murmuró—. ¡Contracción de los músculos! No hay tiempo que perder. Esta misma tarde os enviaré una poción ya preparada que habrá de tomar en tres veces; la primera a medianoche, la segunda al dar la una y la tercera a las dos.

—Está bien.

—¿Pero quién se la hará tomar?

—Yo.

—¿Vos mismo?

—Sí.

—¿Me lo prometéis?

—¡Palabra de caballero!

—¿Y si algún médico quisiera sustraer la más minima parte del remedio para analizarla y saber qué ingredientes entran en su composición?

—La vertería hasta la última gota.

—¿Palabra de caballero también?

—Os lo juro.

—¿Con quién podré enviar el brebaje?

—Con quien os plazca.

—Pero mi mensajero...

—¡Qué?

—¿Cómo llegará hasta vos?

—Ya está previsto. Dirá que viene de parte de Renato el perfumista.

—¿Ese florentino que vive junto al puente de San Miguel?

—Precisamente. Tiene entrada en el Louvre a cualquier hora del día y de la noche.

El hombre sonrió.

—En efecto —dijo—. Eso es lo menos que la reina madre puede hacer por él. Está bien, vendrán de parte de Renato el perfumista. Bien puedo utilizar su nombre por una vez; demasiado ha ejercido él mi profesión sin tener ningún derecho.

—Entonces, ¿cuento con vos? —dijo La Mole.

—Podéis contar.

—En cuanto al pago...

—¡Oh! Ya arreglaremos eso con el enfermo cuando esté curado.

—Quedad tranquilo, porque está en condiciones de recompensaros con largueza.

—Así lo creo. Pero —agregó con singular sonrisa— como las personas que tienen algo que ver conmigo no acostumbran a ser agradecidas, no me extrañaría que una vez en pie se olvidara, o más bien, no quisiera acordarse de mí.

—¡Bueno, bueno! —dijo La Mole sonriendo—. En ese caso yo estaré aquí para refrescarle la memoria.

—¡Bien! Dentro de dos horas tendréis la poción.

—Hasta la vista.

—¿Cómo decís?

—Que hasta la vista.

El hombre sonrió.

—Yo tengo la costumbre de decir siempre adiós. Adiós, pues, señor de La Mole; dentro de dos horas tendréis vuestra poción. Ya sabéis, debe tomarla a medianoche... En tres dosis..., de hora en hora. Después de esto salió, dejando a La Mole solo con Coconnas.

Coconnas había oído toda la conversación, pero sin comprender nada; un vago rumor de voces y una rara mezcla de palabras fue lo único que llegó hasta él. De toda la conversación no pudo retener más que la frase: «A medianoche.»

Continuó, pues, observando con su mirada ardiente a La Mole, que siguió en la habitación paseándose pensativo.

El doctor desconocido cumplió su palabra y, a la hora convenida, mandó la poción que La Mole puso sobre un pequeño hornillo de plata y una vez tomada esta precaución se acostó.

Este gesto de La Mole tranquilizó un poco a Coconnas, quien trató de cerrar los ojos, pero su letargo febril no era sino la continuación de su delirante insomnio.

El mismo fantasma que le perseguía durante el día se le presentaba por la noche; a través de sus párpados inflamados seguía viendo la actitud amenazadora de La Mole y una voz repetía en sus oídos: «A medianoche.»

De pronto, en medio de la noche sonó el vibrante tañido de un reloj dando doce campanadas. Coconnas abrió sus ojos irritados; el penoso aliento de sus pulmones resecaba sus

labios; una sed devoradora consumía su abrasada garganta, la pequeña lamparilla de aceite lucía como de costumbre y a su tenue resplandor danzaban mil fantasmas ante la mirada vacilante de Coconnas.

Entonces vio una cosa terrible, vio cómo La Mole se levantaba de la cama y, después de dar dos o tres vueltas por la habitación, como hace el gavilán con el pájaro que quiere fascinar, se le acercaba enseñándole los puños. Coconnas extendió la mano hacia su puñal, lo cogió por el mango y se dispuso a clavárselo en el vientre a su enemigo.

La Mole seguía avanzando.

Coconnas murmuraba:

—¡Ah! ¡Eres tú! ¡Tú otra vez! ¡Siempre tú! Ven. ¡Ah! ¡Tú me amenazas! ¡Me enseñas el puño! ¡Te ríes! Ven, ven. ¡Ah! Sigues acercándote lentamente, paso a paso; ven, ven y lo mataré.

Y en efecto, uniendo el gesto a esta sorda amenaza, en el momento en que La Mole se inclinaba hacia él, sacó de entre las sábanas el reluciente acero; pero el esfuerzo que hizo el piamontés al incorporarse acabó con sus fuerzas; se detuvo a la mitad del camin o con el brazo tendido hacia La Mole, el puñal cayó de su debilitada mano y el moribundo volvió a derrumbarse sobre la almohada.

—Vamos, vamos —murmuró La Mole, levantándole suavemente la cabeza y acercando una taza a sus labios—. Bebed esto, pobre amigo mío, estáis ardiendo.

Porque lo que Coconnas había tomado por un puño amenazador, lo que había aterrorizado el vacío cerebro del herido, era simplemente una taza.

Al contacto agradable del benéfico líquido que humedeció sus labios y refrescó su pecho, Coconnas recobró la razón, o mejor dicho, el instinto: sintióse invadido por un bienestar que nunca había gozado: dirigió una mirada inteligente a La Mole, que le sostenía en sus brazos, y de aquellos ojos, contraídos hasta aquel momento por un sombrío furor, brotó una imperceptible lágrima que, resbalando por su ardiente mejilla, fue absorbida instantáneamente.

—¡Voto al diablo! —murmuró Coconnas recostándose en la almohada—. Si salgo con vida de ésta, señor de La Mole, seréis mi amigo.

—Viviréis, camarada —dijo La Mole—, si queréis tomar tres tazas como la que os acabo de dar y no os empeñáis en soñar disparates.

Una hora más tarde, La Mole, convertido en enfermero y obedeciendo puntualmente las órdenes del desconocido doctor, se levantó por segunda vez, vertió una segunda dosis del líquido en una taza y se lo ofreció a Coconnas. Pero esta vez el piamontés, en lugar de esperarle con el puñal en la mano, lo recibió con los brazos abiertos y bebió el brebaje con avidez; después, por primera vez, concilió un sueño tranquilo. La tercera taza produjo un efecto no menos maravilloso. El pecho del enfermo comenzó a respirar con cierta regularidad, aunque jadeaba todavía. Sus miembros contraídos se volvieron flexibles y un leve sudor se extendió por su piel ardiente, así que, cuando Ambrosio Paré fue a visitar al herido al día siguiente, sonrió con satisfacción diciendo:

—A partir de este momento respondo del señor de Coconnas, y ésta no será una de mis curas menos notables.

De esta escena semidramática, semiburlesca, pero que no carecía en el fondo de cierta poesía conmovedora, resultó que la amistad de los dos gentiles hombres, iniciada en la posada de A la Belle Etoile y violentamente interrumpida por los acontecimientos de la noche de San Bartolomé, reanudóse entonces con mayor vigor y aventajó muy pronto, con cinco estocadas y un tiro repartidos en ambos cuerpos, a la de Orestes y Pilades.

Sea como fuere, el caso es que las heridas, tanto las viejas como las recientes, tanto las graves como las leves, entraron por fin en franca mejoría. La Mole, fiel a su misión de enfermero, no quiso abandonar la habitación hasta que Coconnas estuviese completamente restablecido. Le ayudó a incorporarse en el lecho mientras la debilidad lo tenía encadenado, le ayudó a andar cuando pudo sostenerse, en una palabra, tuvo para con él todas las atenciones propias de su carácter amable y cariñoso, que, secundadas por la fortaleza del piamontés, hicieron la convalecencia más corta de lo que podía esperarse.

Sin embargo, un único pensamiento atormentaba a los dos jóvenes: cada uno de ellos, en el delirio de la fiebre, había creído ver junto a sí a la mujer que era dueña de su corazón; pero, desde que habían recobrado el conocimiento, ni Margarita ni la señora de Nevers habían entrado en la habitación. Por lo demás, esto era bien comprensible; una, esposa del rey de Navarra, y otra, cuñada del duque de Guisa, ¿podían dar ante los ojos de todo el mundo una prueba tan notoria de interés hacia dos simples caballeros? No. Ésta era sin duda la respuesta que debían darse a sí mismos La Mole y Coconnas. Pero esta ausencia, debida quizás a un olvido completo, no era por eso menos dolorosa.

Es verdad que el oficial que había asistido al duelo fue de cuando en cuando como por su propia voluntad a preguntar por la salud de los heridos.

También es cierto que Guillonne, por su parte, hizo otro tanto, pero ni La Mole se atrevió a hablar con ésta de Margarita, ni Coconnas con aquélla de la duquesa de Nevers.

Los aparecidos

✦

Durante algún tiempo los dos jóvenes guardaron el secreto encerrado en su pecho, hasta que un día de mutuas expansiones, en que su único pensamiento asomó a sus labios, quedó sellada definitivamente su amistad con aquella prueba de absoluta confianza sin la cual no hubiera existido jamás.

Estaban perdidamente enamorados: uno de una princesa, otro de una reina.

Resultaba sobremanera desagradable para los dos amantes la enorme distancia que los separaba del objeto amado. Sin embargo, la esperanza es un sentimiento tan profundamente arraigado en el corazón del hombre que, pese a la locura de su fundamento, supieron conservarla.

Por lo demás, cada uno de ellos, a medida que recobraba la salud, cuidaba su aspecto exterior con más atención. Cualquier hombre, por muy indiferente que sea a los atractivos físicos, tiene en determinadas circunstancias conversaciones mudas con su espejo, signos de inteligencia, después de los cuales casi siempre se aparta de su confidente muy satisfecho de la entrevista. Nuestros dos jóvenes no eran de aquellos a quienes el espejo pudiera desilusionar. La Mole, delgado, pálido y elegante, poseía el encanto de la distinción; Coconnas, vigoroso, bien formado, tenía los atractivos de la fortaleza. Más aún, la enfermedad constituyó para él una ventaja: había adelgazado y empalidecido. La famosa cicatriz que tanto le diera que hacer por su semejanza con un arco iris había desaparecido, anunciando probablemente, como el fenómeno postdiluviano, una larga serie de días hermosos y de noches serenas.

Los dos heridos seguían siendo objeto de las más delicadas atenciones: el día que pudieron levantarse halló cada cual una bata sobré el sillón más próximo a su cama; el día que pudieron vestirse, un traje completo. Además, en el bolsillo de cada jubón había una bolsa bien provista que aceptaron, por supuesto, con el propósito de devolverla a su debido tiempo al protector desconocido que velaba por ellos. Este protector desconocido no podía ser de ningún modo el príncipe en cuya habitación se alojaban, porque no sólo no había subido nunca a verlos, sino que tampoco se había dignado interesarse por su estado. Una vaga esperanza decía en secreto a cada corazón que el desconocido protector era la mujer amada. Nada de extraño, pues, que los dos heridos esperaran con impaciencia el momento de salir a la calle. La Mole, más fuerte, y restablecido antes que su compañero, ya podía haberlo hecho; pero una especie de tácito acuerdo le ligaba a la suerte de su amigo. Habían convenido en consagrar su primera salida a hacer tres visitas.

La primera, al desconocido doctor cuyo milagroso brebaje mejoró tan notablemente el inflamado pecho de Coconnas.

La segunda, a la posada del difunto maese La Hurière, donde habían dejado las maletas y los caballos. La tercera, al florentino Renato, el cual, uniendo a su título de perfumista el de mago, vendía no sólo cosméticos y venenos, sino que componía filtros y pronunciaba oráculos.

Por fin, después de más de dos meses de convalecencia y de reclusión, llegó tan ansiado día.

Hemos dicho reclusión, porque es la palabra que conviene emplear, ya que en su impaciencia varias veces intentaron adelantar este día; un centinela apostado en la puerta les impidió el paso manifestándoles que no podían salir más .que con el exeat de Ambrosio Paré.

Cuando el hábil cirujano hubo reconocido que los dos enfermos, si no del todo curados, se hallaban en vías de recuperar su salud, dio este exeat, y a eso de las dos de la tarde de uno de esos hermosos días de otoño con que París obsequia a veces a sus admirados habitantes que ya han hecho provisión de paciencia para pasar el invierno, los dos amigos, cogidos del brazo y sosteniéndose mutuamente, pusieron los pies fuera del Louvre.

La Mole, que había encontrado con gran alegría sobre un sillón la famosa capa color cereza que doblara con tanto cuidado antes del duelo, se había constituido en guía de Coconnas, mientras éste se dejaba llevar sin resistencia y hasta sin reflexionar. Sabía que su amigo le conduciría hasta la casa del desconocido doctor cuya poción, sin patentar aún, le había curado en una sola noche, en tanto que todas las drogas de Ambrosio Paré le habían estado matando lentamente. Hizo dos partes del dinero de su bolsa, es decir, de las doscientas libras, y destinó cien para recompensar al Esculapio anónimo, a quien debía su curación. Coconnas no temía la muerte, pero estaba muy satisfecho de vivir, y, como puede verse, se disponía a recompensar generosamente a su salvador.

La Mole se encaminó por la calle de Astruce, luego por la de Saint-Honoré y la de Prouvelles y pronto llegó a la plaza des Halles. Cerca de la antigua fuente, en el lugar que hoy se llama Carreau des Halles, se elevaba una construcción octogonal de mampostería coronada por una torre de madera que terminaba en un tejado puntiagudo, sobre el cual giraba rechinando una veleta. Esta torre de madera tenía ocho huecos atravesados, de modo semejante a como atraviesa los escudos de armas el fasce heráldico, por una especie de rueda de madera que se abría por la mitad con el fin de apresar entre sus radios la cabeza y las manos del condenado o de los condenados que eran expuestos en uno o en varios de los huecos.

Esta extraña construcción, sin semejanza alguna con los edificios que la rodeaban, se llamaba la picota. Una casa informe, jorobada, vieja, tuerta y coja, con el techo manchado de musgo, como la piel de un leproso, había brotado semejante a un hongo al pie de esta especie de torre.

Era la casa del verdugo.

Un hombre estaba expuesto al público y sacaba la lengua a los transeúntes; era uno de los ladrones que ejercían su oficio junto a la horca de Montfaucon y que, por casualidad, fue

cogido en el ejercicio de su función.

Coconnas creyó que su amigo le llevaba para que presenciase tan curioso espectáculo y se mezcló a la turba de aficionados que respondía a las muecas del reo con gritos y silbidos.

Como era cruel por naturaleza, la escena le divirtió mucho, aunque hubiera preferido que en vez de gritos y silbidos arrojaran piedras al insolente ladrón, que se atrevía a sacar la lengua a los nobles señores que le h acían el honor de visitarle.

Cuando la torre giró sobre su base para que otra parte de la plaza pudiera gozar de la vista del condenado y la multitud siguió el movimiento de aquélla, Co connas quiso hacer lo mismo, pero La Mole le detuvo diciéndole en voz baja:

—No hemos venido aquí para ver semejante cosa.

—¿A qué hemos venido entonces?

—Ya lo verás —respondió La Mole.

Los dos amigos se tuteaban desde el día siguiente a la famosa noche en que Coconnas quiso dar una puñalada en el vientre al provenzal.

Y La Mole le condujo hasta una ventanita que tenía la casa contigua a la torre y en la que estaba asomado un hombre.

—¡Ah! ¿Sois vos, señores? —dijo el hombre, quitándose el gorro color sangre de toro y dejando al descubierto su cabeza, cuyos negros y espesos cabellos le caían hasta las cejas—. Sed bien venidos.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Coconnas tratando de recordar, pues le parecía haber visto aquella cara durante la fiebre.

—Tu salvador, querido amigo —dijo La Mole—. El que lo llevó al Louvre aquella refrescante bebida que tanto bien lo hizo.

—¡Oh! —exclamó Coconnas—. En ese caso, mi amigo...

Y le tendió la mano.

Pero el hombre, en lugar de corresponder a este gesto con otro parecido, se incorporó echándose hacia atrás para dejar entre él y los dos amigos sitio sobrado para su rotundo vientre.

—Señor —le dijo a Coconnas—, gracias por el honor que queréis hacerme, pero es probable que si supierais quién soy no me lo haríais.

—A fe mía —repuso Coconnas—, os juro que aunque fueseis el diablo os estaría muy agradecido porque, a no ser por vos, a estas horas sin duda estaría muerto.

—No soy precisamente el diablo —respondió el hombre del gorro colorado—. Aunque muchos preferirían a veces ver al diablo antes que verme a mí.

—¿Quién sois entonces? —preguntó Coconnas.

—Señor —respondió el hombre—,soy maese Caboche, verdugo del distrito de París...

—¡Ah! —exclamó Coconnas retirando su mano.

—¿Lo veis? —dijo maese Caboche.

—¡No! ¡Os daré la mano aunque el diablo me lleve! Dádmela.

—¿De verdad?

—Y muy apretada.

—Aquí está.

—Apretad más..., más aún... así.

Coconnas sacó del bolsillo el puñado de oro que tenía preparado para su médico anónimo y lo depositó en la mano del verdugo.

—Hubiera preferido vuestra mano sola —dijo maese Caboche moviendo la cabeza—, porque oro no me falta; en cambio hay muy pocas manos que estrechen la mía. Pero ¡qué importa! Que Dios os bendiga, caballero.

—Así pues, amigo —dijo Coconnas examinando con curiosidad al verdugo—, ¿sois vos quien da tormento, quien apalea, descuartiza, corta cabezas y rompe huesos? Tengo un gran placer en conoceros.

—Señor —dijo maese Caboche—, yo no me ocupo de todo eso personalmente. Así como vosotros los caballeros tenéis lacayos que hacen lo que no queréis hacer, yo tengo ayudantes que realizan los trabajos pesados y despachan a los pobres diablos. Sólo cuando se trata de algún gentilhombre como vos o vuestro compañero, por ejemplo, entonces es otra cosa, y es para mí un honor intervenir en todos los detalles de la ejecución, desde el primero hasta el último, es decir, desde el interrogatorio hasta la decapitación. Coconnas sintió a pesar suyo que un escalofrío recorría sus venas, como si el cepo apresara sus piernas y el filo del hacha rozara su cuello. La Mole, sin darse cuenta de la causa, experimentó la misma sensación. Pero el piamontés pudo vencer la emoción que le avergonzaba y se despidió de maese Caboche con una broma final:

—Pues bien —le dijo—, os cojo la palabra para cuando me llegue el turno de subir a la horca de Enguerrando de Marigny o al patíbulo del señor de Nemours. Seréis el único que me toque.

—Os lo prometo.

—Aquí tenéis mi mano en prueba de que acepto vuestra promesa.

Y tendió al verdugo una mano que éste tocó tímidamente con la suya, aunque era bien visible su deseo de estrecharla.

A este simple contacto, Coconnas palideció ligeramente, aunque sin perder la sonrisa de sus labios, mientras que La Mole, bastante molesto y viendo que la muchedumbre se acercaba hacia ellos siguiendo el movimiento giratorio de la torrecilla, le tiró de la capa.

Coconnas, que sentía en su interior tantos deseos como su compañero de poner fin a esta escena en que por inclinación natural de su carácter había ido más allá de lo debido, saludó con la cabeza y se alejó.

—¡Vaya! —dijo La Mole cuando llegaron a la Cruz del Traidor—. Reconozco que aquí se respira mejor que en la plaza des Halles.

—Lo reconozco —declaró Coconnas—, pero no por eso estoy menos satisfecho de haber conocido a maese Caboche. Es bueno tener amigos en todas partes.

—Incluso en la posada de A la Belle Etoile —añadió La Mole riendo.

—¡Oh! Lo que es el pobre maese La Hurière —dijo Coconnas— está muerto y bien muerto. Vila llama del arcabuz, oí el tiro, que resonó como si hubiese dado en la campana mayor de Nuestra Señora, y le dejé tendido en el arroyo manando sangre por la nariz y la boca. Suponiendo que sea un amigo, es un amigo que tenemos en el otro mundo.

Charlando de este modo entraron los dos jóvenes por la calle de l'Arbre-Sec y se encaminaron hacia el anuncio de A la Belle Etoile, que seguía balanceándose en el mismo sitio, presentando siempre al viajero su horno gastronómico y su apetitosa leyenda.

Coconnas y La Mole esperaban encontrar la casa entregada a la desesperación, la viuda de luto y los marmitones con un crespón en el brazo; pero, con gran asombro suyo, la hallaron en plena actividad. La señora de La Hurière estaba rebosante de alegría, y los pinches más contentos que nunca.

—¡Oh, la infiel! —exclamó La Mole—. ¿Se habrá vuelto a casar?

Y dirigiéndose a la nueva Artemisa, dijo:

—Señora, somos dos gentiles hombres amigos de vuestro pobre marido. Dejamos aquí dos caballos y dos maletas que venimos a buscar.

—Caballeros —dijo la dueña de la casa después de intentar en vano reconocer sus rostros —, como no tengo el honor de conoceros, si no os parece mal voy a llamar a mi marido... Gregorio, llama a lo amo.

Gregorio pasó de la primera cocina, que era el pandemónium general, a la segunda, que era el laboratorio donde se confeccionaban los platos que maese La Hurière, en vida, juzgaba dignos de ser preparados por sus sabias manos.

—Que el diablo me lleve —murmuró Coconnas—, si no me da pena ver esta casa tan alegre cuando debía estar tan triste. ¡Pobre La Hurière!

—Quiso matarme —dijo La Mole—, pero le perdono de todo corazón.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando apareció un hombre llevando una cacerola en cuyo fondo se doraban unas cebollas que removía con una cuchara de madera.

La Mole y Coconnas dieron un grito de sorpresa.

Al oírlo, el hombre levantó la cabeza y respondiendo con otro grito semejante, dejó caer la olla quedándose con la cuchara en la mano.

—In nomine Patris —dijo el hombre agitando su cuchara a manera de hisopo—, et Filii, et Spiritus Sancti...

—¡Maese La Hurière! —exclamaron los dos Jóvenes.

—¡Señores de Coconnas y de La Mole! —dijo La Hurière.

—¿No estabais muerto? —preguntó Coconnas.

—¿Estáis vivos? —dijo La Hurière.

—Sin embargo —prosiguió Coconnas—, os vi caer y oí el ruido de la bala que os rompió no sé qué cosa. Os dejé tendido en el arroyo perdiendo sangre por la nariz, la boca y hasta por los ojos.

—Todo eso es tan cierto como el Evangelio, señor. Pero el ruido que oísteis fue el de la bala al chocar contra mi casco, donde felizmente se estrelló; verdad es que el golpe no dejó de ser fuerte y la prueba

—agregó La Hurière quitándose el gorro y mostrando su cabeza pelada como una rodilla —aquí la tenéis: no me ha quedado ni un solo pelo.

Los dos jóvenes se echaron a reír al ver aquella cabeza grotesca.

—¡Ah! ¿Os reís? —dijo el posadero un poco más tranquilo—. ¿No venís entonces con malas intenciones?

—Y vos, maese La Hurière, ¿os habéis curado de vuestras inclinaciones belicosas?

—Sí, por cierto; y ahora...

—¿Ahora qué?

—He hecho la promesa de no ocuparme de otro fuego que no sea el de mi cocina.

—¡Bravo! Eso es ser prudente —añadió el piamontés—. Y hablando de otra cosa, nosotros dejamos en vuestra cuadra dos caballos y en vuestras habitaciones dos maletas.

—¡Diablos! —dijo el posadero mientras se rascaba una oreja.

—¿Qué ocurre?

—¿Dos caballos, decís?

—Sí, en la cuadra.

—¿Y dos maletas?

—Sí, en las habitaciones.

—Es que... vosotros me creísteis muerto, ¿no?

—Exacto.

—Y sin embargo os equivocasteis... También pude equivocarme yo.

—¿Creyéndonos muertos? Es muy natural.

—¡Ah! Pero es el caso... que como moríais ab —intestato...— continuó maese La Hurière.

—Sigue.

—Creí, y ahora veo que estaba equivocado...

—¿Qué creísteis? Acabad.

—Que os podía heredar.

—¡Ah! ¡Ah! —exclamaron los dosjóvenes.

—Pero no por eso estoy menos satisfecho de veros con vida...

—¿De modo que habéis vendido nuestros caballos? —dijo Coconnas.

—¡Ay de mí!

—¿Y nuestras maletas? —interrogó La Mole.

—¡Oh! ¡Las maletas, no! —exclamó La Hurière—. Solamente lo que había dentro de ellas.

—Dime La Mole —dijo Coconnas— ¿no lo parece que es un rematado pillo? Si le destripáramos... Esta amenaza pareció surtir un gran efecto sobre La Hurière, que arriesgó estas palabras:

—Pero, señores, creo que podríamos arreglarnos.

—Oye —dijo La Mole—, yo soy quien tiene más motivo de queja contra ti.

—Es verdad, señor conde, porque me acuerdo que en un momento de locura tuve la audacia de amenazaros.

—Sí, con una bala que me pasó rozando la cabeza.

—¿Lo creéis así?

—Estoy seguro.

—Si estáis seguro, señor de La Mole —dijo La Hurière recogiendo su cacerola con aire inocente—, no seré yo, que soy vuestro humilde servidor, quien os desmienta.

—Por mi parte no lo reclamo nada.

—¿Cómo, señor mío?

—A no ser...

—¡Ay, ay! —dijo La Hurière.

—Que me des de comer a mí y a mis amigos cada vez que venga.

—¡Cómo no! —gritó el posadero encantado—. Estoy a vuestras órdenes, señor conde, a vuestras órdenes.

—Entonces, ¿es cosa hecha?

—Y de todo corazón. Y vos, señor Coconnas —continuó el posadero—, ¿os adherís al convenio?

—Sí, pero, como mi amigo, con una pequeña condición.

—¿Cuál? .

—Que devolváis al señor de La Mole los cincuenta escudos de oro que le debo y que os confié.

—¿A mí, señor? ¿Cuándo?

—Un cuarto de hora antes de que vendieseis mi caballo y mi maleta.

La Hurière hizo un gesto de resignación.

—¡Ah! ¡Ya comprendo! —dijo.

Y acercándose a un armario sacó uno tras otro los cincuenta escudos y se los entregó a La Mole.

—¡Está bien! —dijo el gentilhombre—. Servidnos una tortilla. Los cincuenta escudos serán para Gregorio.

—¡Oh! —exclamó La Hurière—. En verdad que tenéis un corazón de príncipe y podréis contar conmigo vivo o muerto.

—En ese caso —dijo Coconnas—, preparadnos la tortilla y no ahorréis manteca ni tocino.

Y mirando el reloj, agregó:

—A fe mía, La Mole, que tienes razón. Nos faltan todavía tres horas de espera y tanto da pasarlas aquí como en otra parte. Sin contar con que, si no me equivoco, estamos a mitad de camino del puente de SaintMichel.

Los dos jóvenes volvieron a ocupar la mesa que en la piececita del fondo tenía la famosa noche del 24 de agosto de 1572, durante la cual Coconnas propuso a La Mole que se jugaran la primera querida que tuviesen.

Confesemos, para hacer honor a la moral de los dos caballeros, que ninguno de ellos tuvo ahora la idea de hacer a su compañero semejante proposición.

LA CASA DE RENATO, EL PERFUMISTA DE LA REINA MADRE

En la época en que transcurre nuestra historia no existían para pasar de una parte a otra de la ciudad más que cinco puentes, unos de piedra y otros de madera, que acababan todos en la Cité. Eran el puente de Meuniers, el puente del Cambio, el puente de Nôtre-Dame, el puente Pequeño y el puente de Saint-Michel. En los demás sitios donde era necesaria la circulación se habían colocado barcas que mejor o peor los reemplazaban.

Sobre estos cinco puentes se elevaban algunas casas como las que existen todavía en el Ponte-Vechio de Florencia.

Cada uno de ellos tiene su historia, pero por el momento sólo nos ocuparemos del puente de Saint Michel.

El puente de piedra de Saint-Michel fue construido en 1373; pero a pesar de su aparente solidez, un desbordamiento del Sena lo destruyó en parte el 31 de enero de 1408; en 1416 fue reconstruido de madera, pero durante la noche del 16 de diciembre de 1547 fue arrastrado por segunda vez; hacia 1550, es decir, veintidós años antes de la fecha a que nos referimos en nuestro relato, fue construido nuevamente de madera, y aunque ya había necesitado algunas reparaciones, pasaba por ser bastante sólido.

En medio de las casas que bordeaban el puente, frente al pequeño islote en que fueron quemados los Templarios y donde se apoya hoy una de las bases del pont Neuf, se destacaba una de postigos de madera cuyo enorme tejado caía sobre ella como el párpado de un ojo colosal. Por la única ventana abierta del piso alto, encima de otra de la planta baja y de una puerta herméticamente cerrada, se filtraba una luz rojiza que atraía la atención de los paseantes hacia la ancha y baja fachada del edificio pintada de azul y con lujosas molduras doradas. En una especie de friso que separaba las dos plantas se representaban una multitud de diablillos en actitudes a cuál más grotesca, y una ancha faja, pintada de azul como la fachada, que se extendía entre el friso y la ventana superior, lucía esta inscripción:

Renato el florentino, perfumista de Su Majestad la reina madre...

Como ya hemos dicho, la puerta de la casa estaba bien cerrada; pero, más que por los cerrojos, estaba defendida de los ataques nocturnos por la terrible reputación de su inquilino, que hacía que los transeúntes que atravesaban el puente por aquel lugar describieran casi siempre una curva, como si temiesen que el olor de los perfumes se filtrara por las paredes.

Más todavía; los vecinos de la izquierda y los de la derecha, temiendo sin duda verse comprometidos por su proximidad desde que maese Renato se instaló en el puente de Saint-Michel, se mudaron a otra parte, de modo que las dos casas contiguas a la del florentino permanecían cerradas y desiertas. Sin embargo, a pesar de esta soledad y este abandono, los paseantes rezagados habían visto brillar, a través de los postigos cerrados de estas casas deshabitadas, cierto extraño resplandor y aseguraban haber oído ciertos ruidos, parecidos a quejas, que demostraban que las casas eran frecuentadas por algunos seres que no se sabía si pertenecían a éste o al otro mundo.

A consecuencia de tales rumores resultó que los inquilinos de las otras dos casas se preguntaban de vez en cuando si no sería lo más conveniente imitar la conducta de sus convecinos.

Renato debía sin duda a este privilegio terrorífico, públicamente reconocido, la concesión de tener luz en su casa después de la hora reglamentaria. Por otra parte, ni rondas ni patrullas se hubiesen atrevido a incomodara un hombre doblemente grato a Su Majestad por su calidad de perfumista y de compatriota. Como suponemos que el lector, bien preparado por la filosofía del siglo XVIII, no cree en la magia ni en los magos, le invitamos a entrar con nosotros en la casa que en aquella época de supersticiosas creencias infun día a su alrededor tan profundo espanto.

La tienda del piso bajo está sombría y desierta desde las ocho de la noche, hora en que se cierra para no volverse a abrir hasta que se halla bastante adelantada la mañana siguiente. Allí es donde se hace la venta cotidiana de perfumes, ungüentos y cosméticos de todo género que prepara el hábil químico. En esta venta al por menor le ayudan dos aprendices que no duermen en la casa, sino en la calle Calandre. Salen por la noche de la tienda un momento antes de que se cierre. Por la mañana se pasean frente a la puerta hasta que la ven abrirse.

En esta tienda, bastante ancha y profunda, hay dos puertas que dan a dos escaleras. Una de ellas sube lateralmente por la misma pared; la otra es externa y visible desde el muelle llamado hoy de los Agustinos y desde la orilla que hoy se llama de los Orfebres.

Ambas conducen a la habitación del piso superior. Ésta tiene las mismas dimensiones que la tienda, sólo que una cortina colocada en el mismo sentido que el puente la divide en dos compartimientos. En el fondo del primero se abre la puerta correspondiente a la escalera exterior. En una de las paredes laterales del segundo se abre la de la escalera secreta. Esta puerta es invisible, porque la oculta un alto armario tallado unido a ella por bisagras de hierro, que es preciso empujar para poderla abrir. Tan sólo Catalina y Renato conocen esta puerta secreta. Por ella sube y baja la reina; y aplicando la vista o el oído a unas aberturas practicadas sobre el mueble, ve y escucha cuanto ocurre en la habitación. Otras dos puertas perfectamente visibles se abren en las paredes laterales de este segundo compartimiento. Una comunica con una habitación pequeña, iluminada por el techo, en la que no hay más que un gran horno, retortas, alambiques y crisoles; es el laboratorio del alquimista. La otra da a una celda más extraña aún

que el resto de la casa, porque no recibe ninguna luz, ni tiene tapices ni muebles, sino solamente una especie de altar de piedra. El suelo está cubierto por una losa en declive. Al pie de las paredes corre un pequeño canal que concluye en un embudo por cuyo orificio se ve pasar el agua turbia del Sena. Cuelgan de varios clavos fijos en la pared instrumentos de formas raras, todos agudos o cortantes; unos tienen la punta como la de una aguja, otros están afilados como navajas de afeitar, los hay que brillan como espejos o que, por el contrario, tienen un color gris opaco o azul oscuro.

En un rincón rebullen dos gallinas negras atadas por las patas. Éste es el santuario del augur.

Volvamos a la habitación del centro, que se halla dividida en dos gabinetes. Allí es donde son recibidos los visitantes vulgares. Los ibis egipcios, las momias de vendajes dorados, el cocodrilo bostezando colgado del techo, las calaveras de ojos vacíos y dientes temblones, y, en fin, los libracos polvorientos venerablemente roídos por las ratas, ofrecen a los curiosos una mezcla de emociones diversas que les impiden razonar cuerdamente. Detrás de la cortina hay frascos, cajitas misteriosas, ánforas de aspecto siniestro; todo esto está iluminado por dos lamparillas de plata exactamente iguales que parecen sacadas de algún altar de Santa María Novella o de la iglesia Dei-Servi de Florencia y que, ardiendo con aceites aromáticos, arrojan su amarillo resplandor desde lo alto de la oscura bóveda en que están suspendidas por tres cadenitas ennegrecidas.

Aquella noche, Renato se hallaba solo y se paseaba con los brazos cruzados y moviendo la cabeza por el segundo compartimiento de la habitación principal. Después de una larga y dolorosa meditación se detuvo ante un reloj de arena.

—¡Ah! —exclamó—. Me olvidé de darle la vuelta y acaso hace ya tiempo que pasó toda la arena.

Y mirando la luna que asomaba apenas por detrás de un negro nubarrón que parecía prendido en la punta del campanario de Nôtre-Dame:

—¡Las nueve! —dijo—. Si viene, vendrá como siempre dentro de una hora o de hora y media; tendremos tiempo para todo.

En este momento se oyó ruido en el puente. Renato aplicó el oído a un largo tubo cuya extremidad se abría en la calle en forma de cabeza de serpiente.

—No —dijo—, no es «ella» ni «ellas». Son pasos de hombre, se detienen ante mi puerta, vienen aquí. Al mismo tiempo sonaron tres golpes secos.

Renato bajó rápidamente, pero se limitó a apoyar el oído contra la puerta antes de abrir. Se repitieron los mismos golpes.

—¿Quién es? —dijo Renato.

—¿Es necesario que digamos nuestros nombres? —preguntó una voz.

—Es indispensable.

—En ese caso, soy el conde Annibal de Coconnas —dijo la misma voz que se oyera anteriormente.

—Y yo soy el conde Lerac de la Mole —dijo otra voz que se oía por vez primera.

—Esperad, señores, en seguida os recibiré.

Dijo esto al mismo tiempo que descorría los cerrojos, levantaba las barras y abría la puerta a los dos jóvenes; la volvió a cerrar sólo con llave y conduciéndolos por la escalera exterior les introdujo en el segundo gabinete. La Mole, al entrar, hizo la señal de la cruz por debajo de su capa; estaba pálido y le temblaban las manos, sin que pudiese evitar esta muestra de debilidad.

Coconnas observó uno por uno los objetos que contenía la habitación y encontrando durante su examen la puerta de la celda quiso abrirla.

—Permitidme, caballero —dijo Renato con voz grave, poniendo su mano sobre la de Coconnas—. Las visitas que me hacen el honor de entrar aquí no disponen más que de esta parte de la casa.

—¡Ah! ¡Eso es otra cosa! —dijo Coconnas—. Además, siento necesidad de sentarme.

Y se dejó caer so bre una silla.

Hubo un instante de profundo silencio; Renato esperaba que alguno de los dos jóvenes se explicase. Durante este tiempo se oía como un silbido la respiración de Coconnas, que todavía no estaba del todo curado.

—Maese Renato —dijo el piamontés, por fin—, sois un hombre hábil; decidme, pues, si no quedaré bien de esta herida, es decir si me durará siempre esta respiración penosa que me impide montar a caballo, manejar las armas y comer tortillas con tocino.

Renato acercó el oído al pecho de Co connas y lo auscultó atentamente.

—No, señor conde —dijo—, os curaréis.

—¿De verdad?

—Os lo digo yo.

—Muchas gracias.

Hubo un nuevo silencio.

—¿Deseáis saber alguna otra cosa, conde?

—Sí —respondió Coconnas—, quiero saber si estoy enamorado.

—Lo estáis —dijo Renato.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque me lo preguntáis.

—¡Voto al diablo! Creo que tenéis razón. ¿Pero de quién?

—De la mujer que repite ahora a cada instante el juramento que acabáis de pronunciar.

—En verdad, maese Renato —dijo Coconnas estupefacto—, sois un hombre muy listo. Ahora llega lo turno, La Mole.

El provenzal se ruborizó y quedóse cohibido.

—¡Vamos, qué diablos! Habla, pues —le aconsejó Coconnas.

—Hablad —dijo el florentino.

—Señor Renato —balbució La Mole, cuya voz se fue serenando poco a poco—, yo no vengo a preguntaros si estoy enamorado, pues sé que lo estoy y no me engaño; pero decidme si seré amado, porque la verdad es que todo lo que me pareció al principio motivo de esperanza se vuelve ahora contra mí.

—No habréis hecho quizá todo lo que es menester.

—¿Qué más puede hacer un hombre que demostrar con su respeto y su fidelidad a la señora de sus pensamientos que la ama?

—Ya sabéis —dijo Renato— que estas demostraciones son a veces insuficientes.

—Entonces, ¿hay que perder las esperanzas?

—No, es preciso acudir a la ciencia. Hay en la naturaleza humana antipatías que pueden vencerse y simpatías que pueden lograrse. El hierro no es un imán, pero imantándolo atrae al mismo hierro.

—Sin duda, sin duda —murmuró La Mole—, pero me repugnan los conjuros.

—¡Ah! Pues si os repugnan, no haber venido —repuso Renato.

—Vamos, vamos —dijo Coconnas—, no lo hagas el niño ahora. Señor Renato, ¿podéis hacerme ver al diablo?

—No, señor conde.

—¡Cuánto lo siento! Tenía que decirle dos palabras y quizás eso hubiera decidido a La Mole:

—¡Sea! —consintió La Mole—. Abordemos francamente la cuestión. Me han hablado de ciertas figuras de cera modeladas a semejanza del objeto amado. ¿Es éste un medio eficaz?

—Infalible.

—¿Y no hay nada en este experimento que pueda afectar a la vida o a la salud de la persona querida?

—Nada.

—Ensayemos entonces.

—¿Quieres que yo comience? —dijo Coconnas.

—No —contestó La Mole—, ahora que me he comprometido llegaré hasta el fin.

—¿Tenéis, señor de La Mole, un grande, ardiente e imperioso deseo de saber a qué ateneros? —preguntó el florentino.

—¡Oh! —exclamó La Mole—. Deseo saberlo con toda mi alma.

En aquel mismo instante llamaron dulcemente a la puerta de la calle, tan dulcemente que sólo Renato oyó el ruido, sin duda porque lo esperaba.

Se acercó disimuladamente al tubo y, mientras hacía algunas preguntas indiferentes a La Mole, oyó cierto timbre de voz que al parecer acabó de convencerle.

—Resumid, pues, vuestro deseo y llamad a la persona que amáis.

La Mole se arrodilló como para hablar a una divinidad, y Renato, pasando sin hacer ruido al primer ga - binete, se deslizó silenciosamente por la escalera exterior; un momento después,

unos ligeros pasos sonaban en el piso de la tienda. Al levantarse, La Mole vio frente a sí a Renato, que llevaba en la mano una figurita de cera mediocremente hecha. La estatuita tenía corona y manto.

—¿Queréis ser siempre amado por la que es reina en vuestro corazón?

—Sí, aunque me cueste la vida, aunque se pierda mi alma —respondió La Mole.

—Está bien —dijo el florentino, mojándose la punta de los dedos y sacudiéndolos sobre la cabeza de la figurita mientras pronunciaba algunas palabras en latín.

La Mole se estremeció, comprendiendo que se trataba de un sacrilegio.

—¿Qué hacéis? —preguntó.

—Bautizo a est a figurita con el nombre de Margarita.

—¿Con qué objeto?

—Para establecer la simpatía.

La Mole iba a abrir la boca para impedirle que continuara, pero una irónica mirada de Coconnas le contuvo.

Renato, que había visto el gesto, esperó.

—Hace falta el pleno y absoluto consentimiento.

—Hacedlo —dijo La Mole.

Renato trazó en un banderita de papel rojo algunos caracteres cabalísticos y, atravesándola con una aguja de acero, la clavó en el corazón de la figurita.

¡Cosa extraña! Por el sitio del pinchazo brotó una gota de sangre. Luego, Renato quemó el papel. El calor de la aguja derritió la cera a su alrededor y secó la gota de sangre.

—Así —dijo Renato—, por la fuerza de la simpatía vuestro amor atravesará y encenderá el corazón de la mujer que amáis.

Coconnas, en su calidad de espíritu fuerte, se reía interiormente de la escena; pero La Mole, enamorado y supersticioso, sintió que un sudor frío le corría por la raíz del pelo.

—Ahora —dijo Renato— apoyad vuestros labios sobre los de esta estatua diciendo: «¡Yo lo amo, Margarita! ¡Margarita, ven! »

La Mole obedeció.

Oyóse en aquel momento abrir la puerta del segundo gabinete y aproximarse unos pasos leves. Coconnas, curioso a incrédulo, desenvainó su puñal y, temiendo que si intentaba levantar la cortina Renato le haría la misma observación que cuando quiso abrir la puerta, rasgó de una puñalada el grueso tapiz y mirando por la abertura lanzó un grito de asombro al que respondieron otros dos de mujer.

—¿Qué hay? —preguntó La Mole a punto de dejar caer la figurita de cera, que Renato se apresuró a coger de sus manos.

—Hay que la duquesa de Nevers y la reina Margarita están allí —repuso Coconnas.

—¿Y ahora, incrédulos? —dijo Renato con una leve sonrisa—. ¿Dudáis aún de la fuerza de la simpatía? La Mole se quedó petrificado al ver a su reina; Coconnas tuvo un instante de

sorpresa al reconocer a la señora de Nevers.

El primero se imaginó que las hechicerías de Renato habían evocado el fantasma de Margarita; el otro, al ver todavía entreabierta la puerta por donde habían penetrado tan encantadores fantasmas, encontró pronto la explicación del prodigio en el mundo vulgar y material.

Mientras La Mole se persignaba y suspiraba de un modo capaz de ablandar las rocas, Coconnas, que había tenido tiempo de hacerse preguntas filosóficas y de ahuyentar al espíritu del mal con ayuda de ese hisopo llamado incredulidad, habiendo visto por el agujero de la cortina la sorpresa de la señora de Nevers y la sonrisa un tanto cáustica de Margarita, juzgó llegado el momento decisivo. Comprendiendo que se puede decir por medio de un amigo lo que uno no se atreve a anunciar por sí mismo, marchó rectamente hacia Margarita, en lugar de dirigirse hacia la señora de Nevers, y poniendo una rodilla en tierra, a la manera como se representa en las ferias al gran Artajerjes, exclamó con una voz a la que el silbido que se escapaba por su herida le daba un cierto acento que no carecía de fuerza:

—Señora, en este mismo momento, a petición de mi amigo el conde de La Mole, Renato evocaba vuestra sombra y, con gran asombro mío, vuestra sombra ha surgido acompañada de un cuerpo que aprecio mucho y que recomiendo a mi amigo. Sombra de Su Majestad la reina de Navarra, ¿queréis decir al cuerpo de vuestra compañera que pase?

Margarita se echó a reír a hizo señas a Enriqueta para que pasara.

—Amigo La Mole —dijo Coconnas—, sé elocuente como Demóstenes, como Cicerón, como el señor canciller L'Hôpital, y piensa que mi vida depende de que persuadas al cuerpo de la señora de Nevers de que soy su más abnegado, obediente y fiel servidor.

—Pero... —balbució La Mole.

—Hazlo que lo digo, y vos, Renato, velad para que nadie nos importune.

Renato no se opuso a los deseos de Coconnas.

—¡Voto al diablo, señor! —dijo Margarita—. Sois ingenioso, os escucho, veamos, ¿qué tenéis que decirme?

—Señora, que la sombra de mi amigo, porque es una sombra y la prueba es que no pronuncia ni una sola palabra, me suplica que use la facultad de hablar que tienen los cuerpos para deciros: «Bella sombra, este incorpóreo caballero ha perdido las carnes y el aliento por el rigor de vuestros ojos.» Si vos fueseis la reina en persona, pediría a maese Renato que me hun diera en algún abismo sulfuroso antes de que pudiera emplear semejante lenguaje con la hija del rey Enrique II, la hermana de Carlos IX y la esposa del rey de Navarra. Pero las sombras están despojadas de todo orgullo terrestre y no se enojan porque alguien las ame. Rogad, pues, a vuestro cuerpo, señora, que ame un poco al alma de este pobre La Mole, alma en pena si la hay; alma perseguida primero por la amistad, que en tres ocasiones le introdujo varias pulgadas de acero en el vientre; alma abrasada por el fuego de vuestros ojos, fuego mil veces más devorador que todos los fuegos del Infierno. Tened piedad, pues, de esta pobre alma y amad un poco al

que fue hermoso La Mole, y, si carecéis del don de la palabra, emplead un gesto cualquiera, o por lo menos una sonrisa. El alma de mi amigo es muy inteligente y sabrá comprender. Hacedlo, ¡voto al diablo!, o atravesaré con mi espada el cuerpo de Renato para que en virtud del poder que ejerce sobre las sombras obligue a la que tan oportunamente supo evocar a que no haga cosas que resulten inconvenientes en una sombra tan discreta como me hace el efecto que debe ser la vuestra.

Al oír esta peroración de Coconnas, que se había plantado ante la reina como Eneas bajando a los in - fiernos, Margarita no pudo reprimir una carcajada y, aunque guardó el silencio que correspondía en tal ocasión a una sombra real, tendió la mano a Coconnas.

Éste la tomó delicadamente entre las suyas llamando a La Mole:

—¡Sombra dé mi amigo! —exclamó—, ven aquí en seguida.

La Mole, estupefacto y tembloroso, obedeció.

—Está bien —dijo Coconnas cogiéndole por la nuca—. Ahora acercad el aliento de vuestro hermoso rostro moreno a la blanca y delicada mano que veis aquí.

Y Coconnas, uniendo el gesto a la palabra, unió aquella delicada mano con la boca de La Mole, reteniéndolas por un instante respetuosamente apoyadas una sobre la otra, sin que la mano tratara de escapar a la dulce presión.

Margarita no había dejado de sonreír, pero la señora de Nevers no sonreía, se hallaba todavía impresionada por la repentina aparición de los dos gentiles hombres. Sentía aumentar su malestar con la fiebre de unos nacientes celos, pues pensaba que Coconnas no debía olvidar así sus propios asuntos por ocuparse de los que concernían a los demás.

La Mole vio cómo arrugaba el ceño, sorprendía el fulgor amenazador de sus ojos, y a pesar de la embriagadora turbación en que la voluptuosidad le aconsejaba deleitarse, comprendió el peligro que corría su amigo y adivinó lo que debía hacer para salvarlo.

Levantándose y dejando la mano de Margarita en la de Coconnas, fue a coger la mano de la duquesa de Nevers a hincando una rodilla en tierra:

—¡Oh, la más bella, la más adorable de las mujeres! —dijo—. Hablo de las mujeres vivas y no de las sombras.

Y dirigiendo una mirada y una sonrisa a Margarita prosiguió:

—Permitid que un alma despojada de su grosera envoltura repare las ausencias de un cuerpo enteramente absorbido por una amistad material. El señor de Co connas, que veis aquí, no es más que un hombre de firme estructura y buenas carnes, pero perecedero: Omnis taro fenum. Aunque este caballero me dirige de la noche a la mañana las letanías más fervorosas que pronuncia en vuestro honor, aunque le hayáis visto distribuir las mejores estocadas que se han dado jamás en Francia, este campeón, tan elocuente ante una sombra, no se atreve a hablar a una mujer. Por eso se ha dirigido a la sombra de la reina, encargándome que hable a vuestro hermoso cuerpo para deciros que deposita a vuestros pies su corazón y su alma, que pide a vuestros divinos ojos una mirada de piedad, a vuestros dedos rosados y ardientes una seña para

llamarle y a vuestra voz vibrante una de esas palabras que no se olvidan; en caso de que no os conmueva, me ha rogado que le atraviese por segunda vez con mi espada, que es de acero verdadero, porque las espadas no tienen sombra sino cuando les da el sol; que le atraviese con mi espada, por segunda vez, el cuerpo, digo, porque no podría vivir si vos no le autorizáis a vivir exclusivamente para adoraros.

Así como Coconnas empleó tanta verborrea y fanfarronería en su discurso, La Mole acababa de poner en el suyo sensibilidad, fuerza embriagadora y cálida humildad en su súplica.

Los ojos de Enriqueta se apartaron entonces de La Mole, a quien acababa de escuchar, y se dirigieron a Coconnas para ver si la expresión del rostro del caballero estaba de acuerdo con la oración amorosa de su amigo. Debió de quedar satisfecha del examen, puesto que, ruborosa, palpitante y vencida, le preguntó con una sonrisa que descubría una doble hilera de perlas engarzadas en coral:

—¿Es verdad?

—¡Voto al diablo! —exclamó Coconnas fascinado por aquella mirada y ardiendo en el mismo fuego—. ¡Es verdad!... Sí, señora, es verdad por vuestra vida y por mi muerte.

—Entonces, venid —dijo Enriqueta, tendiéndole la mano con un abandono que se reflejaba en la languidez de su mirada.

Coconnas tiró al aire su gorro de terciopelo y de un salto se aproximó a la dama, mientras que La Mole, obedeciendo a una seña de Margarita, realizaba como su amigo un intercambio amoroso.

Renato apareció en este momento por la puerta del fondo.

—¡Silencio! —exclamó en un tono que apagó la llama del entusiasmo—. ¡Silencio!

Se oyó en el espesor del muro el roce de una llave rechinando en la cerradura y el ruido de una puerta al girar sobre sus goznes.

—Pero —dijo Margarita con altivez— creo que nadie tiene derecho a entrar aquí mientras estemos nosotros.

—¿Ni siquiera la reina madre? —murmuró Renato a su oído.

Margarita se lanzó corriendo por la escalera exterior, arrastrando consigo a La Mole; Enriqueta y Co - connas, medio abrazados, siguieron tras ellos, levantando el vuelo los cuatro, como hacen los graciosos pajarillos que picotean una rama en flor al primer ruido indiscreto.

Las gallinas negras

✦

Las dos parejas se retiraron a tiempo. Catalina introducía la llave en la cerradura de la segunda puerta cuando Coconnas y la señora de Nevers salían por la del fondo, de modo que la reina madre, al entrar, pudo oír las pisadas de los fugitivos por la escalera.

Miró a su alrededor inquisitivamente, y clavando por último sus ojos desconfiados en Renato, que estaba de pie inclinado ante ella:

—¿Quién estaba aquí? —preguntó.

—Unos amantes que se quedaron tan contentos en cuanto les aseguré que se amaban.

—Dejemos eso —dijo Catalina encogiéndose de hombros—. ¿Queda alguien más aquí?

—Tan sólo Vuestra Majestad y yo.

—¿Hicisteis lo que os dije?

—¿Respecto a las gallinas negras?

—Sí.

—Ya están listas, señora.

—¡Ah! ¡Si fuerais judío! —murmuró Catalina.

—¿Yo judío, señora? ¿Y por qué?

—Porque podríais leer los libros sagrados que escribieron los hebreos sobre los sacrificios. Me he hecho traducir uno y he sabido que, a diferencia de los romanos, los hebreos no buscaban los presagios en el corazón o en el hígado, sino en la disposición del cerebro, donde leen las letras que han sido trazadas por la mano omnipotente del destino.

—Sí, señora, eso mismo le oí decir a un viejo rabino amigo mío.

—Hay —dijo Catalina— caracteres construidos de tal modo que abren todo un camino a las profecías que sólo los sabios caldeos recomiendan...

—¿Qué es lo que recomiendan? —preguntó Renato viendo que la reina vacilaba.

—Que el experimento se realice con cerebros humanos, porque están más de acuerdo con la voluntad de quien los consulta.

—¡Ah, pero Vuestra Majestad sabe que eso es imposible!

—Por lo menos es difícil. ¡Si lo hubiéramos sabido la noche de San Bartolomé!... ¡Ay, Renato, qué buena cosecha! En fin... lo haremos con el primer condenado a muerte que se ofrezca. Mientras tanto, no salgamos del círculo de lo posible. ¿Está preparado el altar de los sacrificios?

—Sí, señora.

—Pasemos entonces.

Renato encendió una lamparilla en la que se consumían extrañas materias cuyo olor, tan pronto sutil y penetrante como nauseabundo y espeso, revelaba la presencia de muchas materias. Pasó primero a la celda alumbrando a Catalina.

La reina eligió entre todos los instrumentos de sacrificio un cuchillo de azulado acero, mientras Renato iba a buscar una de las gallinas que movían desde el rincón sus inquietos ojos dorados.

—¿Cómo procederemos?

—Interrogaremos al hígado de una y al cerebro de la otra. Si los dos experimentos nos dan el mismo resultado habrá que tenerlo por cierto, sobre todo si coincide con los precedentes:

—¿Cuál experiencia hacemos primero?

—La del hígado.

—Está bien —dijo Renato.

Y dicho esto puso una de las gallinas cabeza abajo sobre el pequeño altar, atándola a dos argollas que había en los extremos, de suerte que el animal no podía, aunque se debatiera, cambiar de sitio.

Catalina le abrió el pecho de un solo tajo.

La gallina dio tres gritos y expiró después de agitarse durante largo rato.

—¡Siempre los tres gritos! —murmuró Catalina—. ¡Las tres señales de muerte!

Y abriéndole el cuerpo:

—Tiene el hígado muy inclinado hacia la izquierda —continuó—. ¡Siempre a la izquierda! Triple muerte seguida de un cambio de dinastía. ¿No lo parece espanto so, Renato?

—Es preciso ver, señora, si los presagios de la segunda víctima coinciden con los de ésta.

Renato desató el cadáver de la gallina y lo arrojó a un rincón; luego fue a coger la otra, que, juzgando que correría la misma suerte que su compañera, trató de escapar dando vueltas alrededor de la habitación hasta que al fin, viéndose acorralada, levantó el vuelo por encima de la cabeza del nigromante y fue a chocar contra la lamparilla mágica que tenía Catalina en la mano, apagándola.

—Ya lo veis, Renato —dijo la reina—, así se extinguirá nuestra estirpe. Un aleteo de la muerte la hará desaparecer de la superficie de la tierra. ¡Pero tengo tres hijos, sin embargo, tres hijos!... —murmuró tristemente. Renato cogió de las manos la lamparilla apagada y fue a encenderla a la habitación inmediata. Cuando volvió, la gallina había metido la cabeza en el embudo que desaguaba en el Sena.

—Esta vez evitaré los tres gritos —afirmó Catalina—, le cortaré la cabeza de un solo golpe.

En efecto, en cuanto la gallina estuvo atada, la reina le separó de una cuchillada la cabeza, tal como había dicho. Pero en la convulsión suprema el pico se abrió tres veces antes de quedar cerrado para siempre.

—¿Habéis visto? —dijo Catalina aterrada—. Cuando no son tres gritos son t res suspiros. Tres y siempre tres. Los tres morirán. Todas estas almas antes de partir cuentan y cantan el

número tres. Veamos ahora los signos de la cabeza.

Entonces Catalina cortó la cresta del animal, abrió con precaución el cráneo y, separándolo de modo que quedaran al descubierto los lóbulos del cerebro, trató de hallar la forma de una letra en las sanguinolentas sinuosidades que traza la división de la pulpa cerebral.

—¡Siempre! —exclamó golpeándose con las dos manos—. ¡Siempre! Y esta vez el pronóstico es más claro que nunca. Ven a ver.

Renato se acercó.

—¿Qué letra es ésta? —le preguntó la reina señalando un signo.

—Una E —respondió Renato.

—¿Cuántas veces está repetida?

El perfumista las contó y dijo:

—Cuatro.

—¡Y ahora! ¡Y ahora!... ¿Qué es esto?... Ya, ya comprendo. Esto quiere decir Enrique IV. ¡Oh! —gruñó arrojando el cuchillo—. Una maldición pesa sobre mi descendencia.

Aquella mujer, pálida como un cadáver, iluminada por el lúgubre resplandor de la lamparilla y crispando sus manos ensangrentadas, ofrecía un aspecto terrible.

—¡Reinará! —dijo con desesperado aliento—. ¡Reinará!

—Reinará —repitió Renato sumido en profundas cavilaciones.

Sin embargo, no tardó en desaparecer tan sombría expresión del rostro de la reina a la luz de una idea que parecía surgir del fondo de su cerebro.

—Renato —dijo extendiendo la mano hacia el florentino, pero sin levantar la cabeza que tenía reclinada sobre el pecho—, ¿conoces una terrible historia de un médico de Perusa que envenenó al mismo tiempo con una pomada a su hija y al amante de su hija?

—Sí, señora.

—¿Y quién era el amante? —continuó Catalina, siempre pensativa.

—El rey Ladislao, señora.

—¡Ah! ¡Es verdad! ¿Conoces algunos detalles acerca de esta historia?

—Poseo un viejo libro que trata de ella —respondió Renato.

—Está bien; pasemos al otro cuarto y me lo prestarás.

Los dos salieron de la celda, cuya puerta cerró el florentino.

—¿No tiene nada que ordenarme Vuestra Majestad respecto a nuevos sacrificios? —preguntó Renato.

—No, Renato, no, por ahora estoy del todo convencida. Esperaremos hasta que podamos conseguir la cabeza de algún reo. El día de la ejecución tú se la comprarás al verdugo.

Renato se inclinó en prueba de asentimiento, y con la lamparilla en la mano se acercó a los estantes donde se hallaban sus libros; se subió sobre una silla, cogió uno y se lo entregó a la reina.

Catalina lo abrió.

—¿Qué es esto? —preguntó—. «De la manera de criar y alimentar halcones y gerifaltes para que sean fuertes, valientes y estén siempre en buenas condiciones para volar.»

—¡Ah! Excusadme, señora, me he equivocado. Éste es un tratado de cetrería escrito por el sabio y famoso Castruccio Castracani. Estaba colocado al lado del que me pedís y encuadernado de la misma manera. Lo confundí. Por otra parte, éste es un libro muy valioso; no existen más que tres ejemplares en el mundo, uno que pertenece a la biblioteca de Venecia, otro que fue adquirido por vuestro abuelo Laurencio y regalado por Pedro de Médicis al rey Carlos VIII durante su visita a Florencia, y el tercero, éste que veis aquí.

—Lo admiro —dijo Catalina— por su rareza, pero como no lo necesito, os lo devuelvo.

Y extendió la mano derecha hacia Renato para coger el otro mientras que con la izquierda le entregaba el primero. Esta vez Renato no se equivocó; aquél era precisamente el libro que ella deseaba. Reriato bajó de la silla, lo hojeó un instante y se lo dio abierto.

Catalina se sentó ante una mesa, mientras Renato le alumbraba con su extraña lamparilla, a cuyo azulado resplandor leyó unas líneas en voz baja.

—Está bien —dijo volviéndolo a cerrar—, esto es todo lo que quería saber.

Se levantó dejando el libro encima de la mesa y llevando en su mente la idea que había germinado en ella y que debía madurar.

Renato esperó respetuosamente con la lámpara en la mano a que la reina, que parecía dispuesta a marcharse, le diera nuevas órdenes o le hiciera otras preguntas.

Catalina dio algunos pasos con la cabeza inclinada, un dedo sobre los labios y sin decir palabra. Luego, deteniéndose de pronto ante Renato y clavando en él sus ojos redondos y fijos como los de un ave de rapiña, dijo:

—Confiesa que has preparado algún filtro para ella.

—¿Para quién? —preguntó Renato estremeciéndose.

——Para la de Sauve.

—¿Yo? ¡Jamás! —dijo Renato.

—¿Jamás?

—Os lo juro por mi alma, señora.

—Debe de haber algo de magia, sin embargo, porque él la ama como un loco y no tiene precisamente fama de constante.

—¿Quién es él, señora?

—Enrique, el maldito, el que sucedería a mis tres hijos y se llamara algún día Enrique IV aun siendo hijo de Juana de Albret...

Catalina acompañó estas palabras con un suspiro que hizo temblar a Renato, quien se acordó de los famosos guantes que por orden de la reina madre había perfumado para la reina de Navarra.

—¿Sigue visitándola? —preguntó Renato.

—Sí, todos los días —respondió Catalina.

—Creí que el rey de Navarra pertenecía por entero a su esposa.

—Farsa, Renato, pura farsa. No sé por qué todo se confabula contra mí. Hasta mi hija Margarita se declara enemiga mía; quizá desee también la muerte de sus hermanos; a lo mejor espera ser reina de Francia.

—¡Quién sabe! —dijo Renato volviendo a sus meditaciones y haciéndose eco de la terrible duda de Catalina.

—¡En fin, ya veremos! —dijo la reina.

Y se encaminó hacia la puerta del fondo, juzgando sin duda inútil bajar por la escalera secreta, puesto que estaba segura de no ser vista.

Renato la precedió y pocos segundos después ambos se hallaron en la tienda del perfumista.

—Me prometiste nuevos cosméticos para mis manos y mis labios —dijo ella—. Ya viene el invierno y ya sabes que tengo el cutis muy sensible al frío.

—Me ocupé de ellos, señora. Mañana os los enviaré.

—Mañana por la noche no me encontrarás antes de las nueve o las diez. Me pasaré el día rezando.

—Está bien, señora. Iré al Louvre a las nueve.

—La señora de Sauve tiene bellas manos y hermosos labios —dijo Catalina con un tono indiferente—. ¿Qué crema usa?

—¿Para las manos?

—Sí.

—Crema de heliotropo.

—¿Y para los labios?

—Para los labios, una nueva pasta que he inventado y de la que pensaba llevar a Vuestra Majestad una caja al mismo tiempo que a ella.

La reina se quedó un momento pensativa.

—En resumidas cuentas, es una hermosa criatura —dijo como si siguiera el hilo de sus secretas meditaciones— y no tiene nada de extraño que el bearnés la adore.

—Y, sobre todo, es muy fiel a Vuestra Majestad, según creo —agregó Renato.

Catalina sonrió encogiéndose de hombros.

—Cuando una mujer ama de veras —dijo— no le es fiel a nadie más que a su amante. ¿Le has dado algún filtro, Renato?

—Os juro que no, señora.

—Perfectamente, no hablemos más de esto. Enséñame la nueva pasta de que me hablabas y que hace los labios más frescos y sonrosados.

Renato se acercó a un armario y mostró a Catalina seis cajitas de plata redondas a iguales que estaban colocadas en fila.

—He aquí el único filtro que me ha pedido —dijo Renato—. Es cierto, como ya le dije a Vuestra Majestad, que lo he preparado especialmente para ella porque tiene los labios tan finos

y delicados que el sol y el viento los cortan por igual.

Catalina abrió una de las cajas y vio que contenía una pasta de carmín de lo más seductora...

—Renato, dame la crema para las manos; la llevaré yo misma.

El perfumista se alejó con la lamparilla y fue a buscar en un anaquel especial lo que le pedía la rein a. Sin embargo, volvió lo bastante pronto como para ver que Catalina, con brusco ademán, había cogido una cajita y la ocultaba debajo de su capa. Estaba demasiado acostumbrado a estas sustracciones de la reina para cometer la torpeza de demostrar que las notaba. Envolviendo, pues, el cosmético pedido en una bolsita de papel flordelisado:

—Aquí está, señora —dijo.

—Gracias, Renato —respondió Catalina.

Después de una pausa agregó:

—No lleves esta pasta a la señora de Sauve hasta dentro de ocho o diez días; quiero ser la primera en probarla.

Y se dispuso a salir.

—¿Desea Vuestra Majestad que la acompañe? —preguntó Renato.

—Sólo hasta el final del puente —respondió Catalina—. Allí me espera mi escolta con la litera.

Salieron juntos y llegaron hasta la esquina de la calle Barillerie, donde esperaban a la reina cuatro gentiles hombres a caballo y una litera sin escudo de armas.

Al volver a su casa, lo primero que hizo Renato fue contar las cajas de pasta de carmín.

Faltaba una.

Las habitaciones de la señora de sauve

✦

Catalina no se equivocaba en sus sospechas. Enrique había vuelto a sus antiguas costumbres y todas las noches visitaba a la señora de Sauve. Al principio había realizado esta visita con el mayor misterio, luego fue perdiendo poco a poco la desconfianza y había descuidado las precauciones, de suerte que Catalina no encontró muchas dificultades para enterarse de que la reina de Navarra continuaba siéndolo de nombre Margarita y de hecho la señora de Sauve.

Al comenzar este relato hemos dicho dospalabras acerca del departamento de la señora de Sauve, pero la puerta que abrió Dariole al rey de Navarra se cerró herméticamente tras él, de modo que la habitación, teatro de los misteriosos amores del bearnés, nos es completamente desconocida.

Dicha habitación, del género de las que suelen dar los príncipes a sus invitados en sus palacios para tenerlos más cerca, era más pequeña y menos cómoda seguramente que la de cualquier casa situada en la ciudad. Estaba, como ya se ha dicho, en el segundo piso, casi encima de la de Enrique; su puerta daba a un corredor cuyo extremo estaba iluminado por una vidriera ojival, por donde no penetraba más que un vago resplandor, incluso en los días más hermosos del año. Durante el invierno, desde las tres de la tarde, era necesario encender una lámpara que, como contenía igual cantidad de aceite que en verano, se apagaba a la misma hora, procurando en esta época una mayor seguridad a los dos amantes.

Una pequeña antesala tapizada con damasco de seda estampado con grandes flores amarillas, una sala decorada con terciopelo azul, una alcoba cuyo lecho de torneadas columnas y cortinas de raso color cereza dejaba un espacio libre hasta la pared donde había un gran espejo con marco de plata y dos cuadros inspirados en lo s amores de Venus y Adonis; tal era la residencia, hoy diríamos el nido, de la encantadora dama de honor de la reina Catalina de Médicis.

Examinando con atención aún se hubiera encontrado, frente a un tocador cubierto de toda clase de accesorios, en un oscuro rincón, una puertecita que comunicaba con una especie de oratorio donde sobre una tarima se elevaba un altar. En este oratorio había colgadas en la pared, y como para servir de compensación a los dos cuadros mitológicos que hemos mencionado, tres o cuatro pinturas del más exaltado espiritualismo. Entre ellas pendían de clavos dorados varias armas de mujer; porque en aquella época de misteriosas intrigas las mujeres usaban armas lo mismo que los hombres y a veces las empleaban con tanta habilidad como ellos.

Esta noche, que era la siguiente a aquella en que ocurrieron en casa de Renato las escenas que acabamos de describir, la señora de Sauve, sentada en un sofá de su alcoba, refería a Enrique

sus temores y su amor y le daba como prueba de estos temores y de este amor la abnegación que había demostrado en la famosa noche que siguió a la de San Bartolomé, noche que, como se recordará, Enrique pasó a la habitación de su esposa.

Enrique, por su parte, le expresaba su gratitud. La señora de Sauve estaba deliciosa con su sencillo peinador de batista.

Enrique, como estaba realmente enamorado, parecía pensativo. Por su parte la señora de Sauve, que había acabado por aceptar de todo corazón el amor im puesto como un deber por Catalina, miraba mucho al rey para ver si sus ojos estaban de acuerdo con sus palabras.

—Vamos, Enrique —decía Carlota—, sed franco: aquella noche que pasasteis en el gabinete de Su Majestad la reina de Navarra, con el señor de La Mole durmiendo a vuestros pies, ¿no lamentasteis que el digno caballero se interpusiera entre vos y la alcoba de la reina?

—Claro que sí, amiga mía —dijo Enrique—, porque me era absolutamente preciso pasar por esa alcoba para venir a ésta donde tan bien me encuentro y en la que soy tan feliz en este momento.

La señora de Sauve sonrió.

—¿Y no volvisteis después?

—Nada más que las veces que os he dicho.

—¿No volveréis a entrar sin decírmelo?

—Nunca.

—¿Lo juraríais?

—Sí, por cierto, si fuese todavía hugonote, pero...

—¿Pero qué?

—La religión católica, cuyos dogmas aprendo actualmente, me enseña que no se debe jurar.

—¡Gascón! —dijo la señora de Sauve moviendo la cabeza.

—Y vos, Carlota, si os interrogara, ¿responderíais a todas mis preguntas?

—Sin duda —respondió la joven—. No tengo nada que ocultaros.

—Veamos —dijo el rey—. Explicadme de una vez cómo después de la desesperada resistencia que me opusisteis antes de mi matrimonio os mostráis ahora menos cruel conmigo que soy un torpe bearnés, un provinciano ridículo y, en una palabra, un príncipe demasiado pobre para conservar brillantes las joyas de la corona.

—Enrique —dijo Carlota—, me pedís la solución del enigma que buscan desde hace tres mil años los filósofos de todos los países. Enrique, no preguntéis nunca a una mujer por qué os ama; contentaos sólo con preguntarle: ¿me amáis?

—¿Me amáis, Carlota? —preguntó Enrique.

—Os amo —respondió la señora de Sauve con encantadora sonrisa y dejando caer su hermosa mano entre las de su amante.

Enrique la retuvo.

—Pero —dijo continuando su pensamiento— ¿y si yo hubiese adivinado esa solución que los filósofos buscan en vano desde hace tres mil años, al menos en lo que se refiere a vos, Carlota?

La señora de Sauve se ruborizó.

—Me amáis —continuó Enrique—, por consiguiente no tengo más que pediros y me considero elmás dichoso de los mortales. Pero ya sabéis que siempre falta algo para la felicidad completa. Adán en medio del Paraíso no se sintió completamente feliz y mordió la miserable manzana que nos ha dado a todos esta curio sidad irresistible que nos hace pasar la vida en busca de algo desconocido. Decidme, amiga, para ayudarme a satisfacer la mía, ¿no fue la reina Catalina quien os obligó primero a amarme?

—Enrique —dijo la señora de Sauve—, hablad bajo cuando habléis de la reina madre.

—¡Oh! —exclamó Enrique con tal abandono y confianza que hasta la misma Carlota le creyó—. Estaba bien que desconfiara antes de mi buena madre, cuando no estábamos en buena armonía, pero ahora que soy el marido de su hija...

—¡El marido de Margarita! —dijo Carlota enrojeciendo de celos.

—Hablad en voz baja también. Ahora que soy el marido de su hija somos los mejores amigos del mundo. ¿Qué querían de mí? Que me hiciese católico, según parece. Pues bien, la gracia me ha favorecido, y por intercesión de san Bartolomé, ya lo soy. Ahora vivimos en familia como buenos hermanos y como buenos cristianos.

—¿Y la reina Margarita?

—La reina Margarita es el lazo que nos une a todos —dijo Enrique.

—Pero vos, me dijisteis, Enrique, que la reina de Navarra; como recompensa a mi fidelidad por ella, había sido generosa conmigo. Si me dijisteis la verdad, si esta generosidad a la que tan agradecida estoy es real, no se trata más que de un lazo convencional muy fácil de romper.

—Sin embargo, duermo en su almohada desde hace tres meses.

—¡Entonces —exclamó la señora de Sauve— me habéis engañado y Margarita es realmente vuestra esposa! Enrique sonrió.

—Mirad, Enrique —dijo la señora de Sauve—, tenéis una de esas sonrisas que me exasperan y, por muy rey que seáis, os aseguro que a veces me entran crueles deseos de arrancaros los ojos.

—Entonces —repuso Enrique—, esto quiere decir que consigo hacer creer en esta pretendida intimidad, ya que hay momentos en que, suponiendo que existe, sentís deseos de arrancarme los ojos a pesar de ser quien soy.

—¡Enrique! ¡Enrique! —dijo la señora de Sauve—. Creo que ni Dios mismo conoce vuestros pensamientos.

—Yo creo, amiga mía —contestó Enrique—, que Catalina os ordenó al principio que me amaseis y que vuestro corazón os lo ordenó después; creo que cuando esas dos voces os hablan no hacéis caso sino a vuestro corazón. Yo también os amo con toda mi alma y por eso cuando

tenga secretos para vos, no os los confiaré, por miedo a comprometeros, naturalmente..., porque la amistad de la reina madre es variable; es, al fin y al cabo, la amistad de una suegra.

No era esto precisamente lo que pensaba Carlota. Le parecía que el velo que se interponía entre ella y su amante cada vez que intentaba sondear los abismos de aquel corazón sin fondo, adquiría el espesor de un muro que los separaba. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas al oír tal respuesta y como en aquel momento dieran las diez:

—Señor —dijo—, ya es hora de descansar; mañana tengo que estar muy temprano al servicio de la reina madre.

—¿Queréis decir que me vaya, amiga mía? —dijo Enrique.

—Enrique, estoy triste. Estando así me encontraréis aburrida y encontrándome aburrida, dejaréis de amarme. Vale más que os retiréis.

—¡Sea! —dijo Enrique—. Me retiraré si vos lo exigís, Carlota; solamente os pido, ¡por lo que más queráis!, que me dejéis asistir a vuestro tocado.

—¿Pero y la reina Margarita, señor? ¿La haréis esperar?

—Carlota —replicó Enrique seriamente—, habíamos convenido no hablar nunca entre nosotros de la reina de Navarra, y esta noche me parece que no hemos hecho más que hablar de ella.

La señora de Sauve suspiró y fue a sentarse ante el espejo. Enrique cogió una silla, la puso al lado de la de su amante y, apoyando una rodilla en el asiento, se recostó sobre el respaldo.

—Vamos, mi buena Carlota, quiero ver cómo os embellecéis. De sobra sé que lo hacéis por mí, aunque digáis otra cosa. ¡Dios mío! ¡Cuántas cosas, cuántos frascos de perfume, cajas de polvos, tarros y pebeteros!

—Os parece mucho —dijo Carlota suspirando— y, sin embargo, es demasiado poco, puesto que con todo aún no he encontrado el medio de reinar sola en el corazón de Vuestra Majestad.

—No volvamos a la política. ¿Para qué sirve este pincel tan fino y delicado? ¿Será para pintar las cejas de mi Júpiter olímpico?

—Sí, señor —repuso la señora de Sauve sonriendo—. Habéis adivinado.

—¿Y este precioso peinecito de marfil?

—Es para sacar la raya del pelo.

—¿Y esta maravillosa cajita de plata cincelada?

—¡Oh! Me la envió Renato, Sire. Es la famosa pasta que me prometió hace mucho tiempo para suavizar estos labios que Vuestra Majestad tiene a veces la bondad de encontrar dulces.

Enrique, para probar lo que acababa de decir la encantadora mujer cuya frente se iba despejando a medida que penetraba en el terreno de la coquetería, acercó sus labios a los que la baronesa contemplaba en el espejo.

Carlota alargó la mano para coger la cajita que acabamos de mencionar, con idea sin duda de enseñar a Enrique el modo de usar la pasta encarnada, cuando un golpe seco dado en la

puerta de la antesala hizo estremecerse a los dos amantes.

—Han llamado, señora —dijo Dariole asomando la cabeza por la abertura de las cortinas.

—Ve a ver quién es y luego vuelve —dijo la señora de Sauve.

Enrique y Carlota se miraron con inquietud, y ya se disponía el rey a retirarse al oratorio donde más de una vez se había escondido, cuando reapareció la doncella.

—Señora, es Renato el perfumista —dijo.

Al oír este nombre, Enrique frunció el ceño y se mordió los labios sin querer.

—¿No queréis que le reciba? —preguntó Carlota.

—¡No faltaba más! —dijo Enrique—. Renato no hace nada sin pensarlo antes y si viene aquí es porque tendrá sus motivos.

—¿Queréis ocultaros, entonces?

—Me guardaré muy bien. Renato está enterado de todo y de seguro sabe que estoy aquí.

—Pero Vuestra Majestad, ¿tiene alguna razón para que su presencia le resulte desagradable?

—¿Yo? —dijo Enrique haciendo un esfuerzo que, pese a su dominio sobre sí, no pudo disimular del todo—. ¿Yo? Ninguna. Estábamos un poco distanciados, es cierto, pero, desde la noche de San Bartolomé, nos hemos reconciliado.

—Hacedle entrar —dijo la señora de Sauve a Dariole.

Un instante después entró Renato y lanzó una ojeada que abarcó toda la habitación.

La señora de Sauve seguía frente al espejo.

Enrique había vuelto a sentarse en el sofá.

La figura de Carlota se hallaba en el círculo de luz mientras que la de Enrique se confundía entre las sombras.

—Señora —dijo Renato con respetuosa familiaridad—, vengo a presentaros mis excusas.

—¿Por qué, Renato? —preguntó la señora de Sauve con esa condescendencia que tienen siempre las mujeres hermosas para con esa multitud de proveedores que las rodean y contribuyen a hacerlas más bellas.

—Porque hace tanto tiempo que prometo trabajar para esos lindos labios, y...

—Y no habéis cumplido vuestra promesa hasta hoy, ¿no es cierto? —preguntó Carlota.

—¿Hasta hoy? —repitió Renato.

—Sí, acabo de recibir la cajita que me habéis enviado.

—¡Ah! En efecto —dijo Renato mirando con extraña expresión la cajita de pasta que estaba en el tocador de la señora de Sauve y que era exactamente igual a las que tenía en su tienda—. Me lo suponía —murmuró—. ¿Y ya la habéis usado?

—Todavía no, pensaba probarla cuando habéis entrado.

El rostro del florentino reflejó una profunda preocupación, gesto que no pasó inadvertido para Enrique, a quien, por otra parte, raro era que algo se le escapase.

—Decidme, Renato, ¿qué os pasa? —preguntó el rey.

—¿A mí? Nada, Sire —dijo el perfumista—. Espero humildemente a que Vuestra Majestad me dirija la palabra antes de despedirme de la señora baronesa.

—¡Vamos! —dijo Enrique—. ¿Necesitáis acaso oír mis palabras para saber que siempre me es grata vuestra presencia?

Renato miró a su alrededor, dio una vuelta por la alcoba como para sondear con la vista y el oído las puertas y tapices, y parándose de modo que abarcaba con la misma mirada a la señora de Sauve y a Enrique, dijo:

—No lo sé.

Advertido Enrique, gracias a aquel instinto admirable que como un sexto sentido le guió en la primera parte de su vida a través de los peligros que le rodeaban, de que alguna cosa extraña sucedía en aquel momento, parecida a una lucha en el espíritu del perfumista, se volvió hacia él desde la sombra en que se hallaba, mientras el rostro del perfumista florentino permanecía iluminado.

—¿Vos por aquí a estas horas, Renato? —le preguntó.

—¿Tendré la desdicha de molestar a Vuestra Majestad? —respondió el perfumista dando un paso atrás.

—No, sólo deseo saber una cosa.

—¿Cuál, señor?

—Si pensabais encontrarme aquí.

—Estaba seguro de ello.

—¿Me buscabais acaso?

—Por lo menos me alegro de haberos encontrado.

—¿Teníais algo que decirme? —insistió Enrique.

—Es posible, Sire —respondió Renato.

Carlota se ruborizó porque temía que la revelación que el perfumista pensaba hacer se refiriese a su conducta pasada respecto a Enrique. Hizo, pues, como si absorbida por su tocado nada hubiese oído, a interrumpiendo la conversación, exclamó mientras abría la cajita de carmín:

—Verdaderamente, Renato, sois un hombre encantador; esta crema tiene un color maravilloso, y ya que estáis aquí os voy a honrar probando en vuestra presencia el nuevo invento.

Cogió la caja con una mano mientras con la otra untó la punta del dedo en la rosada pasta que debía llevar a sus labios.

Renato se estremeció.

La baronesa aproximó sonriendo el dedo a la boca.

Renato empalideció.

Enrique, siempre en la oscuridad, pero con los ojos fijos y ardientes, no perdía el menor movimiento de ella ni el menor gesto del perfumista.

La mano de Carlota estaba a punto de tocar sus labios, cuando Renato la detuvo en el mismo momento en que Enrique se levantaba para hacer lo mismo.

El rey volvió a sentarse en el sofá sin hacer ruido.

—Un momento, señora —dijo Renato con forzada sonrisa—. Es preciso tomar algunas precauciones especiales para usar esta crema.

—¿Y quién me las indicará?

—Yo.

—¿Cuándo?

—En cuanto haya terminado de decir algo a Su Majestad el rey de Navarra.

Carlota abrió sorprendida sus ojos sin comprender el misterioso lenguaje que se hablaba a su lado. Se quedó con la cajita de crema en una mano y contemplando la punta de su dedo enrojecido por la pasta de carmín.

Enrique se levantó y, movido por un pensamiento que, como todos los del joven rey, tenía dos aspectos, uno aparentemente superficial y otro profundo, fue a coger la mano manchada de rojo de Carlota a hizo ademán de llevarla a sus labios.

—¡Un instante! —dijo vivamente Renato—. Un instante. Haced el favor, señora, de lavar vuestras bellas manos con este jabón de Nápoles que me olvidé enviar al mismo tiempo que la pasta y que yo mismo he tenido el honor de traeros.

Y sacando de su envoltura plateada una pastilla verdosa de jabón la puso en una palangana de metal, vertió agua y, rodilla en tierra, se la ofreció a la señora de Sauve.

—No os reconozco, maese Renato —dijo Enrique—. Dejáis atrás en materia de galantería a todos los cortesanos.

—¡Oh! ¡Qué delicioso aroma! —exclamó Carlota, frotando sus hermosas manos con la nacarada espuma que se desprendía de la perfumada pastilla.

Renato representó hasta el final su papel de caballero galante y alcanzó una toalla de fina tela de Frisia a la señora de Sauve, que se secó las manos con ella.

—Y ahora —dijo el florentino a Enrique— haced lo que gustéis, monseñor.

Carlota tendió su mano a Enrique, que la besó, mientras ella se acomodaba en su silla para escuchar lo que iba a decir Renato. El rey de Navarra volvió a su sitio más convencido que nunca de que algo extraordinario sucedía en la mente del perfumista.

Veamos -dijo Carlota.

El florentino pareció reunir toda su resolución y se volvió hacia Enrique.

«Sire, vos seréis rey»

✦

—Sire —dijo Renato—, vengo a hablaros de una cosa que me preocupa hace tiempo.

—¿De perfumes? —preguntó sonriendo Enrique.

—¡Pues sí... de perfumes! —respondió Renato con un singular gesto de asentimiento.

—Hablad, os escucho —dijo Enrique—; es un tema que siempre me ha interesado.

Renato le miró tratando de leer, pese a sus palabras, en su mente impenetrable; pero viendo que era empresa inútil continuó:

—Acaba de llegar de Florencia, Sire, un amigo mío que se dedica a la astrología.

—Sí —interrumpió Enrique—, ya sé que es una pasión florentina.

Junto con los primeros sabios del mundo ha hecho el horóscopo de los principales señores de Europa.

—¡Ah! ¡Ah! —dijo Enrique.

—Y como la Casa de Borbón está a la cabeza de las más encumbradas, puesto que desciende del conde de Clermont, quinto hijo de San Luis, ya supondrá Vuestra Majestad que no le han olvidado.

Enrique escuchaba cada vez con mayor atención.

—¿Y recordáis ese horóscopo? —dijo el rey de Navarra con una sonrisa que pretendía ser indiferente.

—¡Oh! —respondió Renato moviendo la cabeza—. Vuestro horóscopo no es de los que se olvidan.

—¿De veras? —preguntó el rey con gesto irónico.

—Sí, señor; según ese horóscopo, Vuestra Majestad está llamado a cumplir uno de los más brillantes destinos.

Los ojos del joven príncipe se animaron con un brillo involuntario que se extinguió en seguida, dejando paso a la más completa indiferencia.

—Todos esos oráculos italianos son halagadores —dijo Enrique— y quien dice halagador dice embustero. ¿No hubo acaso algunos que me predijeron que mandaría ejércitos?

Y se echó a reír. Pero un observador menos ocupado de sí mismo que Renato hubiera reconocido que tal risa era forzada.

—Sire —repuso fríamente Renato—, el horóscopo anuncia algo mejor.

—¿Dice que a la cabeza de esos ejércitos ganaré batallas?

—Mejor todavía, señor.

—Entonces —dijo Enrique—, dirá que voy a ser conquistador.

—Sire, vos seréis rey.

—¡Vaya! ¡Por Dios! —exclamó Enrique, reprimiendo los viejos latidos de su corazón—. ¿Acaso no lo soy ya?

—Sire, mi amigo sabe lo que se dice; no sólo seréis rey, sino que reinaréis.

—Entonces —siguió Enrique con su mismo tono burlón— vuestro amigo necesita diez escudos de oro, ¿no es cierto?; puesto que semejante profecía es bastante ambiciosa, sobre todo en estos tiempos. Pero como no soy rico, le daré a vuestro amigo cinco ahora y el resto cuando la profecía se haya cumplido.

—Sire —dijo la señora de Sauve—, no os olvidéis de que os comprometisteis con Dariole y no hagáis demasiadas promesas.

—Señora —contestó Enrique—, espero que cuando llegue el momento me tratarán como rey y todos estarán muy satisfechos si cumplo solamente la mitad de lo que he prometido.

—Continúo, señor —dijo Renato.

—¿Cómo? ¿Aún queda algo? Bueno, si soy emperador, daré el doble.

—Sire, mi amigo vino de Florencia con el horóscopo, que repetido en París volvió a dar el mismo resultado, y me confió un secreto.

—¿Un secreto que interesa a Su Majestad? —preguntó ansiosamente Carlota.

—Yo así lo creo —dijo el florentino.

«Busca las palabras -pensó Enrique sin ayudar a Renato a salir del apuro-, parece que el asunto es difícil de decir.»

—Hablad entonces —dijo la señora de Sauve—. ¿De qué se trata?

—Se trata —respondió el florentino, pesando una a una sus palabras— de todos esos rumores de envenenamiento que circulan hace tiempo por la corte.

Una leve dilatación de la nariz de Enrique fue el único indicio de su creciente atención ante el inesperado giro que tomaba la conversación.

—¿Y vuestro amigo el florentino —preguntó el rey— sabe algo acerca de esos envenenamientos?

—Sí, señor.

—¿Y cómo me confiáis un secreto que no os pertenece,:sobre todo cuando es un secreto tan importante?

—dijo Enrique en el tono más natural que pudo.

—Ese amigo tiene que pedir un consejo a Vuestra Majestad.

—¿A mí?

—¿Qué tiene eso de extraño, Sire? Recordad a aquel viejo soldado de Actio que, para resolver un pleito, pidió consejo a Augusto.

—Augusto era abogado, Renato, y yo no lo soy.

—Sire, cuando me confió mi amigo ese secreto, Vuestra Majestad era todavía el jefe del partido calvinista y el señor de Condé el segundo jefe.

—Continuad.

—Este amigo confiaba en que usaríais vuestra omnipotente influencia para que el príncipe de Condé no le fuese hostil.

—Explicadme eso, Renato, si queréis que os entienda —dijo Enrique sin manifestar la menor alteración en su fisonomía ni en su voz.

—Sire, Vuestra Majestad comprenderá á la primera palabra. Mi amigo conoce todos los detalles de la tentativa de envenenamiento llevada a cabo contra monseñor el príncipe de Condé.

—¿Han tratado de envenenar al príncipe de Condé? —preguntó Enrique con un asombro perfectamente simulado—. ¡Será posible! ¿Cuándo?

Renato miró fijamente al rey y respondió con estas palabras:

—Hace ocho días, Majestad.

—¿Algún enemigo? —interrogó el rey.

—Sí —respondió Renato—, un enemigo al que Vuestra Majestad conoce y que él conoce a Vuestra Majestad.

—En efecto —dijo Enrique—, creo haber oído hablar de eso, pero ignoro los detalles que quiere revelarme vuestro amigo;decídmelos.

—Pues bien, ofrecieron una manzana perfumada al príncipe de Condé. Su médico, que por suerte estaba allí cuando se la llevaron, la cogió de manos del mensajero y la olió para probar su aroma y sus virtudes. Dos días después una hinchazón gangrenosa del rostro, un envenenamiento de la sangre, una llaga que le consumía la cara, fueron el precio de su lealtad y el resultado de su imprudencia.

—Desgraciadamente —respondió Enrique—, como soy ya medio católico, he perdido toda mi influencia sobre el señor de Condé; vuestro amigo hará mal en dirigirse a mí.

—Vuestra Majestad no sólo podía ser útil a mi amigo por su influencia sobre el señor de Condé, sino también sobre su hermano el príncipe de Porcian.

—¡Ah! —dijo Carlota—. ¿Sabéis, Renato, que vuestras historias dan bastante miedo? Solicitáis audiencia en mala ocasión. Es tarde y vuestra conversación es lúgubre. En realidad valen más vuestros perfumes. Y Carlota alargó de nuevo la mano hacia la cajita de carmín.

—Señora —dijo Renato—,antes de probarla como vais a hacerlo, escuchad de qué artes se valen los malos para producir crueles efectos.

—Decididamente, Renato —dijo la baronesa—, estáis fúnebre esta noche.

Enrique frunció el ceño, pero comprendió que Renato se proponía llegar a un fin ignorado y resolvió sostener aquella conversación que despertaba en él tan dolorosos recuerdos.

—¿Y conocéis también los detalles del envenenamiento del príncipe de Porcian? —preguntó.

—Sí —dijo—, sabía que todas las noches dejaban una lamparita encendida junto a su lecho; envenenaron el aceite y murió asfixiado por las emanaciones.

Enrique sintió que se crispaban sus dedos, húmedos de sudor.

—Así, pues —murmuró—, ¿aquel a quien llamáis amigo vuestro no sólo conoce los detalles del envenenamiento, sino que también conoce a su autor?

—Sí, y por eso quisiera saber de vos si ejercéis so bre su hermano, el otro príncipe de Porcian, bastante influencia como para hacer que perdone al asesino.

—Por desgracia —respondió Enrique—, como soy todavía medio hugonote no tengo la menor influencia sobre el príncipe de Porcian: haría mal vuestro amigo dirigiéndose a mí. Os lo aseguro.

—¿Pero qué pensáis de los propósitos del señor Condé y del príncipe de Porcian?

—¿Cómo queréis que sepa cuáles son sus propósitos? Dios no me ha dado el privilegio de leer en los corazones.

—Vuestra Majestad puede interrogarse a sí mismo —dijo el florentino calmosamente—. ¿No hay en la vida de Vuestra Majestad algún suceso tan sombrío que pueda servir de ejemplo a la clemencia, tan .doloroso que sea una piedra de toque para la generosidad?

Estas palabras fueron pronunciadas con tal acento que hasta la misma Carlota se estremeció; era una alusión tan directa, tan a las claras, que la joven hubo de volverse para ocultar su rubor y para, no tropezar con la mirada de Enrique.

Éste hizo un supremo esfuerzo para dominarse; desarrugó su frente que durante las palabras del florentino se había cargado de amenazas, y trocando el noble dolor filial que le embargaba por una fingida meditación dijo:

—¿En mi vida? ¿Un acontecimiento triste?... No, Renato, no. Sólo recuerdo de mi juventud la locura y la despreocupación mezcladas con las más o menos crueles necesidades que imponen las exigencias de la naturaleza y la voluntad de Dios.

Renato se contuvo a su vez, dividiendo su atención entre Enrique y Carlota, como si quisiera excitar a uno y detener a la otra, pues la señora de Sauve había vuelto a ponerse frente al espejo para ocultar el disgusto que le producía aquella conversación y acababa de coger en sus manos la caja de carmín.

—Pero, en una palabra, Sire, si vos fuerais hermano del príncipe de Porcian o el hijo del príncipe de Condé y hubiesen envenenado a vuestro hermano o asesinado a vuestro padre...

Carlota dio un ligero grito y acercó de nuevo la pomada a sus labios.

Renato advirtió el movimiento, pero por esta vez no la detuvo con palabras ni con gestos sino que se limitó a exclamar:

—¡En nombre del Cielo, responded! Señor, si estuvierais en su lugar, ¿qué haríais?

Enrique se quedó pensativo, enjugó con mano temblorosa su frente, por la que rodaban algunas gotas de sudor frío, y levantándose majestuosamente respondió en medio del silencio que mantenía en suspenso la respiración de Renato y de Carlota:

—Si me hallara en su lugar y estuviese seguro de ser rey, es decir, de representar a Dios en la tierra, haría lo mismo que Dios: perdonaría.

—¡Señora —exclamó Renato arrancando la cajita de carmín de manos de la señora de Sauve —, entregadme esa caja!; veo que el mensajero se equivocó al traerla. Mañana os enviaré otra.

El nuevo converso

✦

Al día siguiente debía celebrarse una cacería en el bosque de Saint-Germain.

Enrique había ordenado que le tuvieran dispuesto para las ocho de la mañana, con montura y riendas, un potro de Bearne que pensaba regalar a la señora de Sauve después de probarlo.

A las ocho menos cuarto estaba ensillado el animal. Al dar las ocho bajaba Enrique.

El caballo, altivo a impetuoso pese a su pequeña talla, sacudía las crines y relinchaba en el patio del palacio. Hacía frío y una ligera escarcha cubría el suelo.

Enrique se disponía a atravesar el patio para llegar a las caballerizas, donde le aguardaban el caballo y el palafrenero, cuando, al pasar por delante de un soldado suizo que estaba de centinela, vio que le presentaba armas diciendo:

—¡Dios guarde a Su Majestad el rey de Navarra!

Este deseo, y sobre todo el tono de voz en que fue pronunciado, hicieron estremecer al bearnés, quien, volviendo la cabeza y dando un paso hacia atrás:

—¿De Mouy? —murmuró.

—En efecto, Sire, el mismo.

—¿Qué venís a hacer aquí?

—Os busco.

—¿Qué deseáis?

—Tengo que hablar a Vuestra Majestad.

—¡Desdichado! —dijo el rey aproximándose—. ¿No sabes que lo juegas la cabeza?

—Lo sé.

—¿Y entonces?

—Entonces... aquí estoy.

Enrique se puso ligeramente pálido, porque comprendió que él corría el mismo peligro que el atrevido joven. Miró a su alrededor con cierta inquietud y retrocedió tan rápidamente como la vez anterior. Acababa de ver al duque de Alençon asomado a una ventana.

Cambiando en seguida de actitud, Enrique cogió el mosquete de manos de De Mouy, que, como hemos dicho, estaba de centinela, fingiendo examinarlo.

—De Mouy —dijo—, no habréis venido a meteros en la boca del lobo sin tener un motivo poderoso, ¿no es cierto?

—Así es, Sire. Hace ocho días que acecho la oportunidad de hablaros. Ayer supe que Vuestra Majestad iba a probar este caballo hoy por la mañana y ocupé este puesto en la puerta del Louvre.

—Pero ¿y el uniforme?

—El capitán de la compañía es un protestante amigo mío.

—Tened vuest ro mosquete y volved a vuestro puesto. Al regresar trataré de deciros dos palabras; pero si no lo hago no me detengáis. Adiós.

De Mouy reanudó su acompasada marcha y Enrique se acercó al caballo.

—¿De quién es este precioso animalejo? —preguntó el duque de Alençon desde la ventana.

—Mío, pensaba probarlo esta mañana —respondió Enrique.

—Pero no es un caballo para un hombre.

—Por eso está destinado a una hermosa dama.

—Cuidado, Enrique, no seáis indiscreto, porque hemos de ver a esa dama en la cacería y si no sé de cuál sois caballero, al menos sabré de quién. sois escudero.

—Pues a fe mía que no lo sabréis —dijo Enrique con su fingida candidez—, porque la bella dama está enferma esta mañana y no podrá salir.

Y al decir esto montó a caballo.

—¡Ah! ¡Bah! —dijo el de Alençon riendo—. ¡Pobre señora de Sauvel

—¡Francisco! ¡Francisco! ¡Ahora sois vos el indiscreto!

—¿Y qué le ocurre a la bella Carlota? —preguntó el duque.

—No lo sé exactamente —dijo Enrique poniendo el caballo a galope corto y haciéndole describir un círculo para domarle—. Según me dijo Dariole, padece una gran pesadez de cabeza, una especie de entorpecimiento de todo el cuerpo, en fin una debilidad general.

—¿Y os impedirá eso ser de la partida? —preguntó el duque.

—¿A mí? ¿Por qué? —respondió Enrique—. Ya sabéis que soy un apasionado de la caza y nada podría hacerme desistir.

—Pues lo que es a ésta no asistiréis, Enrique —dijo el duque después de volver la cabeza y hablar un momento con una persona que permanecía invisible a los ojos del bearnés y que sin duda respondía desde el fondo de la habitación—, porque me acaba de decir Su Majestad que la caza no tendrá lugar.

—¡Bah! —exclamó Enrique con el aire más desilusionado del mundo—. ¿Y por qué?

—Parece que han llegado unas cartas muy importantes del señor de Nevers. El rey, la reina madre y mi hermano, el duque de Anjou, están reunidos en Consejo.

«¡Ah! -dijo para sí Enrique-. ¿Habrán llegado noticias de Polonia?»

Y en voz alta:

—En ese caso, es inútil que siga arriesgándome en esta resbaladiza escarcha. ¡Hasta la vista, hermano! Luego, deteniendo su caballo ante De Mouy:

—Amigo mío —le dijo—,llama a uno de tus compañeros para que lo reemplace. Ayuda al palafrenero a desensillar este caballo, cárgate la silla a la cabeza y llévala a casa del talabartero para que concluya el bordado que no tuvo tiempo de terminar para hoy. Después vuelve a mi

habitación a darme la respuesta. De Mouy se apresuró a obedecer, porque el duque de Alençon había abandonado la ventana y era evidente que había entrado en sospechas.

En efecto, apenas habían dado la vuelta a la garita, cuando apareció el duque de Alençon. Un suizo verdadero ocupaba el puesto de De Mouy.

El duque miró atentamente al nuevo centinela, y volviéndose a Enrique le preguntó:

—Éste no es el hombre con quien hablabais hace un momento, ¿verdad, hermano?

—No, el otro es un muchacho de mi séquito que hice entrar en la guardia suiza; le di un encargo y fue a cumplirlo.

—¡Ah! —exclamó el duque como si aquella respuesta le bastara—. ¿Y cómo está Margarita?

—Voy a preguntárselo, hermano mío.

—¿No la habéis visto desde ayer?

—No, me presenté en su habitación anoche a eso de las once, pero Guillonne me dijo que estaba muy fatigada y que se hallaba dormida.

—Pues no la encontraréis en su aposento, por que ha salido.

—Sí —dijo Enrique—, es muy posible, puesto que tenía que ir al convento de la Anunciación.

No había modo de prolongar la conversación, pues Enrique parecía dispuesto a contestar lacónicamente las preguntas.

Separáronse entonces los dos cuñados; el duque de Alençon para enterarse, según dijo, de las novedades y el rey de Navarra para volver a su cuarto.

Apenas hacía cinco minutos que se hallaba en él, cuando oyó llamar a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Sire —contestó una voz en la que Enrique reconoció a De Mouy—, es la respuesta del talabartero. Enrique, visiblemente conmovido, hizo entrar al joven y cerró la puerta tras él.

—¿Sois vos? —dijo—. Supuse que reflexionaríais.

—Sire —respondió De Mouy—, hace tres meses que estoy reflexionando; ha llegado el momento de actuar. Enrique hizo un movimiento de inquietud.

—Nada temáis, Sire, estamos solos y los minutos son preciosos. Vuestra Majestad puede devolvernos con una sola palabra todo lo que han hecho perder a la causa de la religión los acontecimientos de este año. Seamos claros, breves y francos.

—Os escucho, mi bravo De Mouy —respondió Enrique, comprendiendo que le era imposible eludir una explicación.

—¿Es verdad que Vuestra Majestad ha abjurado ya de la religión protestante?

—Es verdad —dijo Enrique.

—¿Pero sólo con los labios o con el corazón?

—Siempre damos gracias a Dios cuando nos salva la vida —respondió Enrique dejando a un lado la pregunta como solía hacer en casos semejantes—. Y Dios es sin duda quien me alejó del peligro.

—Sire —prosiguió De Mouy—, convengamos en una cosa.

—¿En cuál?

—En que vuestra abjuración no ha sido un acto de fe, sino de cálculo. Habéis abjurado para que el rey os dejase vivir y no porque Dios os haya salvado la vida.

—Cualquiera que sea el motivo de mi conversión, De Mouy —respondió Enrique—, no por eso soy menos católico.

—Sí, ¿pero lo seréis siempre o recobraréis vuestra libertad de existencia o de conciencia a la primera ocasión que se os presente? Pues bien, la ocasión ha llegado: La Rochelle se ha sublevado, el Rosellón y el Bearne no esperan más que una palabra para levantarse, en la Guyena todo está dispuesto para la guerra. Decidme únicamente que sois un católico a la fuerza y yo os respondo del porvenir.

—No se obliga a nada por la fuerza a un caballero de mi estirpe, querido De Mouy. Todo lo que he hecho ha sido por mi propia voluntad.

—Pero, Sire —dijo el joven con el corazón oprimido al encontrar aquella inesperada resistencia—, ¿no veis que obrando así nos abandonáis..., nos traicionáis?

Enrique permaneció impasible.

—Sí —prosiguió De Mouy—, nos traicionáis, Sire. Apuesto que muchos de los nuestros han venido con peligro de sus vidas a salvar vuestro honor y vuestra libertad. Hemos preparado todo para ofreceros un trono, Sire, ¿lo oís bien? No sólo la libertad, sino el poder; un trono a vuestra elección, porque dentro de dos meses podréis optar entre Navarra y Francia.

—De Mouy —dijo Enrique bajando los ojos que a pesar suyo se habían animado al oír esta proposición—, estoy salvado, soy católico, soy el esposo de Margarita, el hermano del rey Carlos IX, el yerno de la reina Catalina. De Mouy, al aceptar esta posición he calculado sus ventajas y sus inconvenientes.

—Pero, Sire —insistió De Mouy—, ¿a quién debo creer? Me dicen que vuestro matrimonio no ha sido consumado, que en el fondo de vuestro corazón sois libre, que el odio de Catalina...

—¡Mentira, mentira! —interrumpió vivamente el bearnés—. Os han engañado vilmente, amigo mío. Mi querida Margarita es mi esposa. Catalina es mi madre política y el rey Carlos IX es el señor y el amo de mi vida y de mi corazón.

De Mouy se estremeció y una sonrisa casi despectiva asomó a sus labios.

—De modo, Sire —dijo De Mouy dejando caer los brazos con desaliento y tratando de penetrar con la mirada hasta el fondo de aquella alma llena de tinieblas—, que la respuesta que puedo dar a mis hermanos es que el rey de Navarra tiende la mano y ofrece su corazón a quienes nos han degollado; les diré que hoy adula a la reina madre y es amigo de Maurevel...

—Querido De Mouy —dijo Enrique—, el rey va a salir del Consejo y tengo que averiguar por qué razón se ha postergado una cosa tan importante como una cacería. Adiós, amigo mío, imitadme, abandonad la política, volved al rey y aceptad la misa.

Y Enrique acompañó, o más bien empujó, hasta la antesala, al joven cuya estupefacción comenzaba a trocarse en ira.

Apenas hubo cerrado la puerta, no pudiendo resistir al deseo de vengarse sobre alguna cosa a falta de poder hacerlo sobre alguien, De Mouy estrujó su sombrero entre las manos, lo tiró al suelo y pisoteándolo como hace un toro con el capote del matador, exclamó irritado:

—¡Por vida de...! ¡Qué miserable príncipe! ¡Me dan ganas de hacerme matar aquí para mancharle para siempre con mi sangre!

—¡Silencio, señor De Mouy! —dijo una voz que salía por el hueco de una puerta entreabierta—. ¡Silencio! Alguien más que yo podría escucharos.

De Mouy se volvió rápidamente y vio al duque de Alençon envuelto en una capa, sacando por el pasillo su pálido rostro para asegurarse de que estaban solos.

—¡El señor duque de Alençon! —exclamó De Mouy—. ¡Estoy perdido!

—Al contrario —murmuró el príncipe—. Puede ser que hayáis encontrado lo que buscabais, y la prueba es que no quiero que os dejéis matar aquí como deseáis. Creedme, vuestra sangre puede utilizarse en algo mejor que en manchar el umbral del aposento del rey de Navarra.

Y, al decir esto, abrió de par en par la puerta que mantenía entreabierta.

—Este cuarto pertenece a dos caballeros de mi séquito —dijo el duque—, nadie vendrá a incomodarnos y podremos conversar con entera libertad. Venid, señor.

—¡Aquí estoy, monseñor! —dijo el conspirador, atónito.

Y entró en la habitación, cuya puerta volvió a cerrar el duque tras de sí tan deprisa como lo hiciera el rey de Navarra.

De Mouy había entrado furioso, exasperado; echando maldiciones, pero poco a poco la mirada fija y fría del joven duque Francisco hizo sobre el capitán hugonote el efecto del espejo mágico que disipa la borrachera.

—Monseñor —dijo—, si no he comprendido mal, Vuestra Alteza desea hablarme.

—Sí, señor De Mouy —respondió Francisco—. A pesar de vuestro disfraz, creí reconoceros y, cuando presentasteis las armas a mi hermano Enrique, ya no tuve dudas. Pues bien, De Mouy, ¿no estáis contento con del rey de Navarra?

—¡Monseñor!

—Vamos, habladme con sinceridad; quizá yo sea amigo vuestro sin que lo sospechéis.

—¿Vos, monseñor?

—Sí, yo, hablad pues.

—No sé qué decir a Vuestra Alteza, monseñor. Los asuntos que tenía que tratar con el rey de Navarra se refieren a intereses que Vuestra Alteza no podría comprender. Además —agregó De Mouy en un tono que quería ser indiferente—, sólo se trataba de bagatelas.

—¿De bagatelas? —dijo el duque.

—Sí, monseñor.

—¿Bagatelas por las cuales habéis arriesgado vuestra vida viniendo al Louvre donde, como sabéis, pagarían vuestra cabeza a peso de oro? Pues nadie ignora que junto con el rey de Navarra y el príncipe de Condé, sois uno de los principales hugonotes.

—Si creéis eso, monseñor, obrad conmigo como debe hacerlo el hermano del rey Carlos y el hijo de la reina Catalina.

—¿Por qué queréis que obre así siendo, como os he dicho, vuestro amigo? Decidme la verdad.

—Monseñor —dijo De Mouy—, os juro...

—No juréis, señor; la religión protestante prohíbe hacer juramentos y sobre todo juramentos falsos. De Mouy frunció el ceño.

—Os aseguro que lo sé todo —dijo el duque.

De Mouy siguió callado.

—¿Dudáis? —preguntó el príncipe con afectuosa insistencia—. Pues bien, mi querido De Mouy, tendré que convenceros. Vos juzgaréis si me equivoco. ¿Habéis ofrecido o no a mi cuñado Enrique allí —y el duque extendió la mano en dirección al cuarto del bearnés—, hace un momento, vuestro apoyo y el de los vuestros para restaurarle en su trono de Navarra?

De Mouy miró al duque con aire un tanto azorado.

—Proposición que él ha rechazado con terror.

De Mouy se quedó estupefacto.

—¿Invocasteis o no, entonces, vuestra antigua amistad, y el recuerdo de la religión común? ¿Intentasteis o no halagar al rey de Navarra con una brillante esperanza, tan brillante que le deslumbró, como era la de ceñir un día la corona de Francia? ¿Eh? Decidme, ¿no estoy bien informado? ¿Es esto lo que acabáis de proponer al bearnés?

—¡Monseñor! —exclamó De Mouy—. ¡Tan cierto es, que me pregunto en este momento si no debo decir a Vuestra Alteza real que miente y provocar así, en este mismo cuarto, un duelo sin cuartel que asegure por la muerte de los dos la extinción de este terrible secreto!

—Más despacio, valiente De Mouy, más despacio —dijo el duque sin cambiar de expresión ni hacer el menor movimiento ante la terrible amenaza—; este secreto se guardará mejor entre nosotros si los dos vivimos que si uno muere. Escuchadme y dejad de atormentar así la empuñadura de vuestra espada. Por tercera vez os repito que estáis con un amigo; respondedme, pues, como a tal. Veamos, ¿no rehusó el rey todo lo que le ofrecisteis?

—Sí, monseñor, lo confieso, ya que esta confesión a nadie compromete más que a mí.

—¿No gritasteis al salir de su aposento, mientras pisoteabais vuestro sombrero, que era un príncipe cobarde a indigno de seguir siendo vuestro jefe?

—Es verdad, monseñor, así lo dije.

—¡Ah! ¡Conque es cierto! ¿Lo confesáis al fin?

—Sí.

—¿Y seguís pensando lo mismo?

—Más que nunca, monseñor. '

—Pues bien, yo, señor De Mouy, yo, tercer hijo de Enrique II, príncipe de Francia, ¿seré digno de mandar vuestros soldados? ¿Me creéis suficientemente leal para poder fiaros de mi palabra?

—¿Vos, monseñor? ¿Vos, el jefe de los hugonotes?

—¿Y por qué no? Ya sabéis que estamos en la época de las conversiones. Si Enrique se ha vuelto católico, bien puedo yo hacerme protestante.

—Sí, sin duda, monseñor, pero espero que me expliquéis...

—Nada más sencillo; os diré en dos palabras la política de todo el mundo. Mi hermano Carlos mata a los hugonotes para reinar con más libertad. Mi hermano el de Anjou los deja matar porque debe suceder a Carlos, ya que éste, como sabéis, no goza de muy buena salud. Mi caso..., mi caso, es muy diferente. Yo no seré nunca rey de Francia, puesto que tengo dos hermanos mayores que yo; además, el odio de mi madre y de mis hermanos me aleja más del trono que las leyes de la naturaleza. Pero yo, que no puedo aspirar a merecer ningún afecto de familia ni ninguna gloria, ni ningún reino; yo, que, sin embargo, tengo un corazón tan noble como mis mayores, quiero conquistar con la espada un reino en esta Francia que ellos cubren dé sangre. Escuchad ahora, señor De Mouy, lo que yo quiero: ser rey de Navarra, no por nacimiento, sino por elección. Y observad que no podéis hacer ninguna objeción a esto, ya que no soy usurpador, puesto que mi cuñado rechaza vuestro ofrecimiento e, insistiendo en su torpeza, reconoce abiertamente que el reino de Navarra no es más que una ficción. Con Enrique de Bearne no tenéis nada; conmigo tenéis una espada y un nombre. Francisco de Alençon, príncipe de Francia, servirá de salvaguardia a todos sus partidarios o a todos sus cómplices, como queráis llamarlos. ¿Qué me decís de esta propuesta?

—Digo que me deslumbra, monseñor.

—De Mouy, De Mouy, tendremos que vencer muchos obstáculos. No os mostréis desde el principio tan exigente y esquivo con un hijo y hermano de reyes que acude a vos.

—Monseñor, desde ahora habría aceptado si yo fuera el único que profesara estas ideas; pero tenemos un Consejo que decide, y por brillante que sea la proposición, y quizá por eso mismo, los jefes del partido no la aceptarán sin condiciones.

—Esto es otra cosa, y la respuesta es propia de un corazón honrado y de un espíritu prudente. Por la forma en que acabo de expresarme habréis podido conocer mi probidad. Tratadme, pues, como a un hombre a quien se estima y no como a un príncipe a quien se adula. ¿Puedo tener alguna esperanza?

—A fe mía, monseñor, y ya que Vuestra Alteza quiere que le dé mi parecer, sepa que puede tenerlas todas desde que el rey de Navarra ha rehusado las proposiciones que le formulé. Pero os lo repito, monseñor, es indispensable que antes me ponga de acuerdo con nuestros jefes.

—Hacedlo, señor —respondió el duque—. ¿Cuán do tendré la contestación?

De Mouy observó al príncipe en silencio. Luego, tomando al parecer una resolución:

—Monseñor —dijo—, dadme vuestra mano; necesito que la mano de un príncipe francés acepte la mía 'para estar seguro de que no seré traicionado.

El duque no sólo le aceptó la mano, sino que se la estrechó fuertemente.

—Ahora, monseñor, estoy tranquilo —dijo el jo ven hugonote—. Si fuésemos traicionados, diría que vos no participasteis en nada. Sin esto, por poco que hubieseis intervenido en esta traición, quedaríais deshonrado.

—¿Por qué me decís esto antes de indicarme cuándo me traeréis la respuesta de vuestros jefes?

—Porque esa pregunta equivale a preguntarme dónde están y, si yo os digo «esta noche», sabréis que están ocultos en París.

Al decir estas palabras clavó con desconfianza una penetrante mirada en los ojos vacilantes y falsos del príncipe.

—Vamos, vamos —prosiguió el duque—, aún os quedan dudas, señor De Mouy. Pero no puedo exigiros de golpe una entera confianza. Más adelante me conoceréis mejor. Estaremos ligados por una comunidad de intereses que apartará de vuestra mente cualquier sospecha. ¿Decís, pues, que esta noche, señor De Mouy?

—Sí, monseñor, porque el tiempo apremia. Esta noche, pero, ¿dónde, por favor?

—En el Louvre, aquí, en este cuarto. ¿Os conviene?

—¿Está ocupado? —dijo De Mouy indicando con la mirada las dos camas colocadas una enfrente de otra.

—Sí, por dos gentiles hombres a mi servicio.

—Monseñor, creo que es una imprudencia el que yo vuelva al Louvre.

—¿Por qué?

—Porque así como vos me habéis reconocido, otros pueden tener tan buena vista como Vuestra Alteza, y reconocerme también. Volveré no obstante si me concedéis lo que voy a pediros.

—¿Qué?

—Un salvoconducto.

—De Mouy —respondió el duque—; si os encontraran encima un salvoconducto mío me perdería sin salvaros. Sólo puedo hacer algo por vos, con la condición de que pasemos ante los ojos de todo el mundo como extraños. La menor relación mía con vos que llegara a oídos de mi madre o de mis hermanos me costaría la vida. Estáis, pues, protegido por mi propio interés, desde el momento en que me comprometa con los demás como acabo de hacer con vos. Libre en mi esfera de acción, fuerte si soy desconocido, mientras permanezca impenetrable os protegeré a todos, no lo olvidéis. Haced, pues, un nuevo llamamiento a vuestro valor, intentad, confiando en mi palabra, lo que pensabais intentar sin la de mi cuñado. Venid esta noche al Louvre.

—¿Pero cómo queréis que venga? Con este traje no puedo arriesgarme en las habitaciones; está bien para los pasillos y los patios. El mío es aún más peligroso, puesto que todo el mundo me conoce aquí y seré descubierto.

—Entonces..., esperad... Estoy pensando. Creo que..., sí: aquí tenéis.

En efecto, el duque miró alrededor y sus ojos se fijaron en el traje de gala de La Mole, casualmente extendido sobre la cama, compuesto de aquella magnífica capa color cereza bordada con oro que ya hemos descrito, de un gorro adornado con una pluma blanca y ribeteado con un cordón de margaritas de oro y plata y de un jubón de raso gris perla y oro.

—¿Veis esta capa, esta pluma y este jubón? —dijo el duque—. Pertenecen al señor de La Mole, uno de mis gentiles hombres que más se distingue por su elegancia. Este traje ha hecho furor en la corte y cuando va con él, todos reconocen al señor de La Mole a cien pasos de distancia. Voy a daros la dirección del sastre que se lo hizo, y pagándole el doble de lo que vale tendréis uno igual esta noche. Recordaréis el nombre del señor de La Mole, ¿no es cierto?

Apenas acababa el duque de formular esta pregunta cuando sonaron pasos en el corredor que se fueron aproximando y poco después giró una llave en la cerradura.

—¿Quién anda ahí? —gritó el duque de Alençon corriendo hacia la puerta y echando el cerrojo.

—¡Pardiez! —respondió una voz desde fuera—. Extraña es la pregunta. ¿Quién anda ahí?, digo yo. ¡Pues no es poco gracioso que me pregunten quién soy cuando voy a entrar en mi cuarto!

—¿Sois vos, señor de La Mole?

—Ya lo creo que soy yo. Pero ¿quién sois vos?

Mientras La Mole expresaba su asombro al encontrar su habitación ocupada y trataba de descubrir quién podía ser el nuevo huésped, el duque de Alençon se volvió rápidamente con una mano en el cerrojo y otra en la cerradura.

—¿Conocéis al señor de La Mole? —preguntó a De Mouy.

—No, monseñor.

—¿Y él os conoce?

—Creo que no.

—Entonces todo marcha bien. Haced como que miráis por la ventana.

De Mouy obedeció sin responder, porque La Mole empezaba a impacientarse y golpeaba con toda la fuerza de sus puños. El duque de Alençon miró otra vez a De Mouy y viendo que estaba de espaldas fue a abrir.

—¡El señor duque! —exclamó La Mole retrocediendo sorprendido—. ¡Oh, perdonadme, señor, perdonadme!

—No es nada. Necesité vuestra habitación para recibir a una persona.

—Está a vuestra disposición, señor. Pero permitidme, os lo suplico, que coja mi capa y mi gorro que están sobre la cama, porque he perdido ambas cosas esta noche en el muelle de la

Grève al ser atacado por unos ladrones.

—En efecto, señor — dijo el príncipe sonriendo y alcanzándole a La Mole los objetos pedidos—, habéis salido bastante mal parado; tropezasteis con ladrones muy tercos, según parece.

Saludó al joven y salió para cambiarse de ropa en la antecámara, sin preocuparse lo más mínimo de lo que el duque podía estar haciendo en su cuarto, porque era bastante usual en el Louvre que las habitaciones de los gentiles hombres fuesen utilizadas por los príncipes a quienes servían, como sitios destinados a recibir toda clase de visitas. De Mouy se acercó entonces al príncipe y ambos se quedaron escuchando para saber cuándo acababa La Mole y se iba. Pero él mismo les sacó de Judas, pues en cuanto terminó de vestirse, aproximándose a la puerta, dijo:

—Perdonad, monseñor, ¿Vuestra Alteza no encontró en su camino al conde de Coconnas?

—No, señor conde, y eso que esta mañana estaba de guardia.

—Entonces me lo habrán asesinado —dijo La Mole hablando consigo mismo mientras se alejaba. El duque escuchó el ruido de los pasos hasta que se fue apagando, y, abriendo la puerta, hizo que se asomara De Mouy.

—Miradlo —dijo— y tratad de imitar ese garbo inimitable.

—Haré lo posible —respondió De Mouy—. Por desgracia, no soy nada mundano, sólo soy un soldado.

—De todos modos os espero antes de medianoche en este corredor. Si la habitación de mis gentiles hombres está vacía, os recibiré en ella; si no lo está, ya encontraremos otra.

—Perfectamente, monseñor.

—Entonces hasta la noche, antes de las doce.

—Hasta luego.

—¡Ah! A propósito, De Mouy; balancead mucho el brazo derecho al andar. Es un gesto característico del señor de La Mole.

La calle tizon y la calle de cloche-percée

✦

La Mole salió apresuradamente del Louvre y se puso a recorrer París con intención de hallar al pobre Coconnas.

Su primera idea fue la de dirigirse a la calle de l'Arbre-Sec, a casa de maese La Hurière, pues recordaba haber oído citar muchas veces al piamontés cierta máxima latina que pretendía probar que Amor, Baco y Ceres son dioses de primera necesidad, y tenía esperanzas de que Coconnas, siguiendo el aforismo romano, se hubiese instalado en A la Belle Etoile después de una noche que no debió de ser para su amigo menos agitada que lo fue para él.

La Mole no encontró en casa de La Hurière nada más que el recuerdo del compromiso contraído y un desayuno ofrecido de muy buena gana, que nuestro gentilhombre aceptó con gran apetito a pesar de su inquietud.

Tranquilizado el estómago, ya que no el espíritu, La Mole se puso de nuevo en camino siguiendo la orilla del Sena como un marido que buscase el cuerpo de su esposa ahogada. Al llegar al muelle de la Grève reconoció el lugar donde, tal y como le había dicho al duque de Alençon, fue atacado hacía tres o cuatro horas, cosa nada extraña en aquel París cien años anterior al París en que Boileau se despertaba al oír que una bala atravesaba su persiana. No tardó en encontrar sobre el campo de batalla un trozo de una pluma perteneciente a un sombrero.

El instinto de propiedad es innato en el hombre. La Mole poseía diez plumas, a cual más bella, pero no por eso dejó de inclinarse a recoger aquélla o, mejor dicho, sus restos. Se hallaba mirándolos con aire melancólico cuando oyó ruido de pisadas que se aproximaban y unas fuertes voces que le ordenaban echarse a un lado. Levantó la cabeza y vio una litera precedida por dos pajes y seguida por un escudero. La Mole creyó reconocerla y se apartó rápidamente.

No se había equivocado.

—¡Señor de La Mole! —dijo una voz llena de dulzura que salió del carruaje mientras una blanca mano, suave como raso, apartaba las cortinillas.

—Sí, señora, el mismo —respondió La Mole haciendo una reverencia.

—El señor de La Mole con una pluma en la mano —continuó la dama de la litera—, ¿estáis acaso enamorado y buscáis huellas perdidas?

—Sí, señora, estoy enamorado profundamente, pero por el momento son mis propias huellas las que encuentro, aun cuando no fuese esto lo que andaba buscando. Y ahora, ¿me permite Vuestra Majestad que le pregunte por el estado de su salud?

—Excelente, caballero; creo que nunca me he sentido mejor. Sin duda se debe a que pasé la noche rezando.

—¿Ah, sí? —dijo La Mole mirándola de un modo extraño.

—Sí, ¿qué tiene de raro?

—¿Será una indiscreción preguntaros en qué convento?

—De ningún modo, señor; no es un misterio: en el convento de la Anunciación. Pero ¿qué hacéis aquí con esa cara tan asustada?

—Señora, yo también pasé la noche en oración y precisamente en los alrededores de ese convento. Ahora estaba buscando a mi amigo, que ha desaparecido, y acabo dé encontrar esta pluma.

—¿Que le pertenece? Me asustáis respecto a su suerte. Este sitio es deplorable.

—Tranquilícese Vuestra Majestad; la pluma es mía. La perdía eso de las cinco y media de la mañana, al escaparme aquí mismo de manos de cuatro bandidos que tenían todo el aspecto de querer asesinarme a toda costa.

Margarita reprimió un movimiento de susto.

—¡Oh! Contadme cómo fue, por favor —dijo.

—Nada más sencillo, señora. Como he tenido el honor de deciros, eran alrededor de las cinco de la mañana...

—¿Y a las cinco de la mañana estabais ya en la calle? —interrumpió Margarita.

—Perdone Vuestra Majestad —dijo La Mole—, todavía no había vuelto a casa.

—¡Ah, señor de La Mole, acostarse a las cinco de la mañana! —dijo Margarita con una sonrisa que para cualquiera hubiera resultado maliciosa, pero que La Mole tuvo la vanidad de creer adorable—. ¡Regresar tan tarde! Habéis merecido ese castigo.

—Y no me quejo, señora —dijo La Mole, inclinándose respetuosamente—, y aunque me hubieran destripado, aún me consideraría más dichoso de lo que merezco ser. En fin, el caso es que regresaba al Louvre muy tarde o muy temprano, como Vuestra Majestad prefiera, de esa bendita casa donde pasé la noche en mis oraciones, cuando aparecieron cuatro bandidos por la calle de la Mortellerie y me persiguieron con enormes puñales. Es ridículo, ¿no es cierto, señora?, pero es así. Tuve que huir porque dejé olvidada la espada.

—¡Ah! Ya comprendo —dijo Margarita con una ingenuidad admirablemente simulada—. ¿Y ahora vais a buscarla?

La Mole miró a Margarita como si hubiese surgido una duda en su espíritu.

—Efectivamente, señora, volvería con mucho gusto porque mi espada es de excelente acero; pero ignoro dónde está la casa.

—¿Cómo? —preguntó Margarita—. ¿No sabéis dónde está la casa en que pasasteis la noche?

—Que me lleve el diablo si tengo la menor idea.

—¡Oh! Esto es muy curioso. Vuestra historia es una verdadera novela.

—Vos lo habéis dicho, señora, una verdadera novela.

—Contádmela.

—Es un poco larga.

—No importa. Tengo tiempo para oíros.

—Y sobre todo parece increíble.

—Tampoco importa; soy sumamente cr édula.

—¿Vuestra Majestad me lo ordena?

—Sí, si es preciso.

—Obedezco. Anoche estábamos cenando en casa de maese La Hurière después de separarnos de dos adorables mujeres con quienes pasamos la tarde en el puente de Saint —Michel...

—Ante todo —interrumpió Margarita con perfecta naturalidad—, ¿quién es ese La Hurière?

—La Hurière, señora —dijo La Mole mirando otra vez a la reina con aquel aire de duda que ya hemos advertido antes—, es el dueño de la posada A la Belle Etoile, situada, en la calle de l'Arbre —Sec.

—Bien, ya me parece estar viéndolo. Cenabais, pues, en casa de La Hurière con vuestro amigo Coconnas, sin duda...

—En efecto, con mi amigo Coconnas, cuando entró un hombre y nos entregó a cada uno un billetito.

—¿ Igual?

—Exactamente igual. Decía solamente esto: «Os esperan en la calle de Saint —Antoine esquina a la de Jouy.»

—¿Y no estaban firmados? —preguntó Margarita.

—No, tan sólo había tres encantadoras palabras que prometían la misma cosa; es decir, una triple felicidad.

—¿Qué palabras eran?

—Eros —Cupido— Amor.

—Son dulces palabras, en efecto. ¿Y se cumplió lo que prometían?

—¡Oh! ¡Más, señora! ¡Cien veces más! —exclamó entusiasmado La Mole.

—Continuad; tengo curiosidad de saber quién os esperaba en la esquina de la calle de Saint —Antoine con la de Jouy.

—Dos dueñas, cada una con un pañuelo en la mano. Se trataba de vendarnos los ojos. Ya supondrá Vuestra Majestad que no opusimos resistencia. Por el contrario, estiramos valientemente el cuello. Mi guía me obligó a doblar hacia la izquierda y la de mi amigo le hizo girar hacia la derecha. Nos separamos...

—¿Y entonces? —preguntó Margarita, que parecía dispuesta a llevar hasta el fin la investigación.

—No sé —repuso La Mole— adónde conducirían a mi compañero. Al infierno tal vez. Lo que yo sé es que fui llevado a un lugar que considero el paraíso.

—Del que sin duda salisteis a causa de vuestra gran curiosidad.

—Precisamente, señora; tenéis el don de adivinar. Esperaba con impaciencia que amaneciera para ver dónde me encontraba, cuando a eso de las cuatro y media apareció la misma dueña, me vendó de nuevo los ojos, me obligó a prometer que no me quitaría el pañuelo, me sacó a la calle y me acompañó cien pasos haciéndome jurar que no trataría de ver antes de contar otros cincuenta. Los conté y me hallé en la esquina de la calle de Saint —Antoine con la de Jouy.

—¿Y entonces?...

—Entonces, señora, volví a casa tan alegre, que no presté atención a los cuatro miserables de cuyas manos tanto me costó escapar. Al encontrar aquí este pedazo de pluma, mi corazón se estremeció de dicha y la recogí, prometiéndome a mí mismo guardarla como recuerdo de esta noche feliz. Pero, en medio de mi contento, una cosa me apena, y es el no saber qué ha sido de mi compañero.

—¿No volvió al Louvre?

—Desgraciadamente no, señora. Lo he buscado en todos los sitios donde podía estar, en A la Belle Etoile, en el juego de pelota y en otros lugares honorables, pero no he hallado ni rastro de mi entrañable amigo Annibal Coconnas.

Al decir estas palabras, acompañadas de un gesto de desaliento, La Mole extendió los brazos y entreabrió la capa bajo la cual se vio el jubón desgarrado por varios sitios mostrando, como elegantes pliegues, el forro de las aberturas.

—¡Os han acribillado! —exclamó Margarita.

—Acribillado, ésa es la palabra —dijo La Mole satisfecho de que reconocieran el peligro que había corrido—. Mirad, señora, mirad.

—¿Cómo no os cambiasteis de ropa en el Louvre, puesto que estuvisteis allí? —preguntó la reina.

—Porque había gente en el cuarto —dijo La Mole.

—¿Que había gente en vuestro cuarto? —preguntó Margarita con expresión de asombro en su mirada—. ¿Y quién era?

—Su Alteza.

—¡Silencio! —interrumpió Margarita.

El joven obedeció.

—Qui ad lecticam meam stant? —preguntó a La Mole.

—Duo pueri et unus eques.

—Optime, barbari —dijo ella—. Dic, Moles, quem inveneris in biculo tuo?

—Franciscum ducem.

Agentem?

Nescio quid.

—Quocum?

—Cum ignoto.

—Es extraño. ¿De modo que no habéis podido encontrar a Coconnas? —dijo Margarita, pensando evidentemente en otra cosa.— Perfectamente. No entienden. Decidme,

—No, señora, y como ya tuve el honor de decir a Vuestra Majestad, me estoy muriendo verdaderamente de

inquietud. -¿Qué hacía? / -No sé. / -¿Con quién

—Está bien —dijo Margarita suspirando—, no quiero entreteneros más; seguid buscando, aunque no sé por qué me parece que aparecerá solo. Pero no importa, id de todos modos a ver si le encontráis.

La reina se llevó un dedo a los labios.

Pero como la bella Margarita no había confiado ningún secreto a La Mole, el joven comprendió que aquel delicioso gesto, ya que no podía recomendar silencio, debía de tener otro significado.

La litera volvió a ponerse en marcha y La Mole, continuando su búsqueda, siguió por el muelle hasta llegar a la calle de Long-Pont, y echó a andar por ésta hasta la de Saint-Antoine.

Se detuvo frente a la calle de Jouy. Allí fue donde las dos dueñas les habían vendado los ojos. Él había dado la vuelta a la izquierda y contado veinte pasos.

Repitió ahora la misma maniobra y se encontró ante una casa o más bien ante una pared detrás de la cual se elevaba una casa.

En medio de esta pared había una puerta con alero adornada con clavos y troneras.

La casa estaba situada en la calle Deboche-Percée, callejuela estrecha que comienza en la de Saint-Antoine y concluye en la de Roi-de-Sicile.

Juraría que es aquí -dijo La Mole-. Al extender la mano cuando salía sentí los clavos de la puerta, luego bajé dos escalones. El hombre que corría pidiendo socorro y que mataron en la calle de Roi-de-Sicile pasaba en el momento en que yo ponía el pie sobre el primero. Veamos.

La Mole se aproximó a la puerta, y llamó.

Al abrirse apareció un portero bigotudo.

—Was ist das? —preguntó.

—¡Ah! —murmuró La Mole—. Según parece, sois suizo. Amigo —continuó adoptando el tono más amable que pudo—, quisiera que me entregaseis la espada que dejé anoche en esta casa.

—Ich verstehe nicht —respondió el portero.

—¡Mi espada! —repitió La Mole.

—Ich verstehe nicht —volvió a decir el hombre.

—La espada que dejé...

—Ich verstehe nicht.

—¡Que dejé aquí, en esta casa! ¡Mi espada!

—Gehe zum Teufel...

Y le dio con la puerta en las narices.

—¡Pardiez! —dijo La Mole—. Si tuviera la espada que reclamo atravesaría gustoso con ella el cuerpo de este bergante... Pero como no la tengo, lo dejaré para otro día.

Continuó entonces su camino hasta la calle de Roide-Sicile, dobló a la derecha, anduvo cincuenta pasos, giró otra vez a la derecha y se encontró en la calle Tizon, callejuela paralela a la de Cloche-Percée y absolutamente idéntica. Más aún: en cuanto anduvo treinta pasos volvió a hallarse ante la claveteada puerta con alero, troneras y dos escalones. Se hubiera dicho que la calle de Cloche-Percée se había trasladado de sitio para verle pasar.

La Mole pensó que bien podía haberse equivocado dando la vuelta hacia la izquierda en lugar de a la derecha, por lo que fue a llamar a la puerta con intención de hacer la misma reclamación. Pero esta vez ni siquiera la abrieron.

Repitió dos o tres veces el mismo recorrido que acababa de hacer, lo que le llevó a la conclusión de que la casa tenía dos entradas, una por la calle de ClochePercée y otra por la de Tizon.

Pero este razonamiento, por lógico que fuese, no le devolvía su espada ni le indicaba dónde podía estar su amigo.

Por un momento se le ocurrió comprar otra espada y matar al condenado portero que se obstinaba en no hablar otra lengua que la alemana, pero pensó que aquel portero servía a Margarita y que, si ella lo había elegido así, sus razones tendría y que quizá la disgustara verse privada de él.

Y como La Mole por nada del mundo hubiese querido hacer algo que desagradase a Margarita, temiendo caer en la tentación se encaminó hacia el Louvre a eso de las dos de la tarde.

Como esta vez no estaba ocupada su habitación, pudo entrar en ella. La tarea más urgente por el momento era la de cambiar de jubón, que, según le hiciera observar la reina, estaba completamente roto. Aproximóse inmediatamente a su cama con el propósito de sustituirlo por el hermoso jubón gris perla. Pero, cuál no sería su asombro cuando la primera cosa que vio al lado del jubón gris perla fue la famosa espada que había abandonado en la calle de ClochePercée.

La Mole la cogió, la miró y remiró por todas partes: era la misma.

—¡Ah! ¡Parece cosa de magia! —dijo, y luego, suspirando—: ¡Ah, si pudiese encontrar al pobre Coconnas como a mi espada!

Dos o tres horas después de que La Mole hubiese terminado su ronda circular alrededor de la casita de doble entrada, se abrió la puerta de la calle Tizon. Serían ya las cinco y, por consiguiente, noche cerrada. Una mujer envuelta en una larga capa de pieles, acompañada de una sirvienta, salió por aquella puerta, que mantenía abierta una dueña como de cuarenta años;

se deslizó rápidamente hasta la calle de Roi-deSicile, llamó a una puertecita de la calle Argenson, que se abrió ante ella, salió por la puerta principal que daba a la vieja calle del Temple, dirigióse a una puerta del palacio de Guisa, la abrió con una llave que tenía en su bolso y desapareció.

Al cabo de media hora salía por la misma puerta un joven con los ojos vendados, guiado por una mujer que le condujo hasta la esquina de las calles de GeoffroyLasnier y de la Mortellerie. Al llegar allí le indicó que contara hasta cincuenta pasos antes de quitarse la venda.

El joven cumplió escrupulosamente la recomendación y al llegar a la cifra convenida se quitó el pañuelo que le cubría los ojos.

—¡Voto al diablo! —exclamó mirando a su alrededor—. ¡Que me ahorquen si sé dónde estoy! ¡Las seis!

—gritó al oír las campanadas del reloj de Nôtre —Dame—. ¿Qué habrá sido del pobre La Mole? ¡Corramos al Louvre! Quizás allí tengan noticias suyas.

Y al decir esto, Coconnas bajó corriendo la calle de la Mortellerie y llegó a las puertas del Louvre en menos tiempo del que hubiera empleado un caballo. Atropelló y derribó a su paso el viviente cordón de buenos burgueses que paseaban tranquilamente frente a las tiendas de la plaza Baudoyer, y entró en el palacio.

Interrogó al centinela. El suizo creía haber visto entrar a La Mole por la mañana, pero no le había visto salir. El centinela no llevaba allí más que hora y media y no había visto nada .

Subió corriendo a su habitación y abrió la puerta precipitadamente; pero no pudo hallar más que el desgarrado jubón de La Mole, que aumentó su inquietud.

Entonces se acordó de La Hurière y se dirigió rápidamente a casa del digno posadero de A la Belle Etoile. La Hurière había visto a La Mole. La Mole había desayunado en casa de La Hurière. Coconnas se tranquilizó por fin y, como tenía gran apetito, pidió que le sirvieran de cenar.

Coconnas gozaba de las dos condiciones precisas para hacer honor a una buena cena: tenía el espíritu en calma y el estómago vacío. Cenó tan bien, que no terminó hasta las ocho. Entonces, reconfortado con dos botellas de un vinillo de Anjou al que era muy aficionado y que saboreó con un deleite que se manifestaba en guiños y chasquidos de lengua, se dispuso a seguir la búsqueda de su amigo, acompañando esta nueva exploración por las calles con puñetazos y puntapiés dignos del animoso bienestar que produce siempre una buena comida.

El recorrido duró una hora, y, durante este tiempo, Coconnas recorrió todas las calles inmediatas al muelle de la Grève, el puerto de carbón, la calle de Saint-Antoine y las de Tizon y Cloche-Percée, donde pensaba que podía estar su amigo. Por fin comprendió que había un sitio por donde tendría que pasar de todos modos, que era la puerta del Louvre, por lo que decidió ir allí a esperar su llegada.

Le faltarían unos cien pasos para llegar al palacio y estaba levantando a una mujer cuyo marido había atropellado ya en la plaza de Saint-Germain d'Auxerre, cuando divisó, a la dudosa

claridad de un gran farol colocado cerca del puente levadizo del Louvre, la capa de terciopelo color cereza y la pluma blanca de su amigo, quien, correspondiendo al saludo del centinela, desaparecía como una sombra por la puerta. La famosa capa color cereza había hecho tanto furor en la corte que no había modo de equivocarse.

—¡Voto al diablo! —exclamó Coconnas—. Esta vez es él con seguridad. ¡Eh! ¡Eh! ¡La Mole! ¡Amigo! ¡Pestes! ¿No tengo bastante buena voz? ¿ Cómo es posible que no me oiga? Felizmente, mis piernas son tan fuertes como mi voz y lo alcanzaré.

Con esta esperanza echó a correr con todas sus fuerzas y, en un abrir y cerrar de ojos, llegó al Louvre; pero por veloz que fuese, en el momento en que ponía los pies en el patio, la capa roja, que parecía también muy presurosa, desapareció en el vestíbulo.

—¡Eh! ¡La Mole! —gritó Coconnas reanudando su carrera—. ¡Espérame, soy yo, Coconnas! ¿Qué diablos lo ocurre para correr de ese modo? ¿Vas huyendo acaso?

En efecto, la capa colorada, como si tuviera alas, trepaba más que subía al segundo piso.

—¡Ah! ¿Conque no quieres escucharme? —exclamó Coconnas—. ¡Ya no me quieres! ¡Estás enfadado! Está bien, vete al diablo, ya no puedo más.

Lanzó este apóstrofe al fugitivo al pie de la escalera, y si renunció a seguirle con las piernas, le siguió en cambio con la vista, hasta que le vio llegar a la altura de las habitaciones de Margarita. De pronto salió una mujer de aquellas habitaciones y cogió del brazo al caballero que perseguía Coconnas.

—¡Oh! —exclamó Coconnas—. Tiene todo el aire de ser la reina Margarita. Era de esperar. Entonces es otra cosa y comprendo que no me haya respondido.

Y se tendió en el descansillo, poniéndose a mirar por el hueco de la escalera.

Gracias a esto pudo observar cómo el de la capa cereza, después de cambiar algunas palabras en voz baja, entraba tras la reina en sus habitaciones.

—¡Bien! ¡Bien! —dijo Coconnas—. No me equivocaba. Hay momentos en que la presencia del mejor amigo nos importuna, y mi querido La Mole está en uno de esos momentos.

Y subiendo lentamente las escaleras se sentó en un banco de terciopelo que adornaba el primer rellano, diciendo para sí:

—En lugar de perseguirle, le esperaré...; sí, pero —añadió pensándolo mejor—, si está con la reina de Navarra, tendré que aguardar mucho tiempo... Hace frío. ¡Voto al diablo! ¡Vamos, vamos! Igual puedo esperarle en mi cuarto. Aunque el diablo intervenga, volverá.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras y empezaba a ponerlas en práctica, cuando oyó el ruido de unos pasos ligeros encima de su cabeza, acompañados por una canción tan familiar a su amigo que Coconnas volvió inmediatamente la cabeza, hacia el sitio por donde se oía el ruido de los pasos y de la canción. La Mole bajaba del piso donde se hallaba su habitación y al ver a Coconnas se puso a saltar los peldaños de cuatro en cuatro hasta que estuvo a su lado y se echó en sus brazos.

—¡Diablos! ¿Eres tú? —dijo Coconnas—. ¿Se puede saber por dónde has salido?

—Pues por la calle de Cloche —Percée, ¡pardiez!

—No, no digo de aquella casa...

—¿Pues de dónde?

—De la habitación de la reina.

—¿De la habitación de qué reina?

—De la reina de Navarra.

—No he entrado en ella.

—Vamos, estoy hablando en serio.

—Mi querido Annibal —dijo La Mole—, tú desvarías. Acabo de salir de mi cuarto, donde hace dos horas que lo espero.

—¿De lo cuarto?

—Sí.

—¿No es a ti a quien he perseguido por la plaza del Louvre?

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—No.

—¿No eras tú quien ha desaparecido por la puerta hace diez minutos?

—No.

—¿No eras tú quien ha subido esta escalera como si lo persiguiera una legión de diablos?

—No.

—¡Maldita sea! —exclamó Coconnas—. El vino de A la Belle Etoile no es tan malo como para haberme trastornado hasta ese punto la cabeza. Te digo que acabo de ver lo capa color cereza y lo pluma blanca entrar por la puerta del Louvre, que perseguía una y a otra hasta el pie de esta escalera y que lo capa, lo pluma, todo, hasta lo brazo que parece un balancín, era esperado por una dama que, según sospecho, era la reina de Navarra, la cual hizo entrar todo este conjunto por aquella puerta que, si no me equivoco, es la que corresponde a la habitación de la bella Margarita.

—¡Voto al diablo! —dijo La Mole palideciendo—. ¿Será una traición?

—¡En buena hora! —dijo Coconnas—. Jura cuanto quieras, pero no digas que miento.

La Mole titubeó un instante, cogiéndose la cabeza entre las manos y dudando entre el respeto y los celos. Pero estos últimos salieron victoriosos; se lanzó hacia la puerta y empezó a golpear con todas sus fuerzas produciendo un estrépito muy poco adecuado a la majestad del lugar en que se hallaba.

—Nos van a detener —dijo Coconnas—, ¡pero no importa, de todas maneras es muy gracioso! Dime, La Mole, ¿no hay fantasmas en el Louvre?

—No lo sé —respondió el joven tan pálido como la pluma que sombreaba su frente—. Pero siempre he deseado verlos, y ya que se presenta la ocasión, haré todo lo posible por tenerlos cara a cara.

—Yo no me opongo —dijo Coconnas—, sólo lo pido que golpees un poco más quedo si no quieres que se enfaden.

La Mole, por muy exasperado que estuviese, comprendió lo acertado de la observación y continuó llamando, sólo que con más suavidad.

La capa color cereza

✦

Coconnas no se había equivocado. La dama que detuvo al caballero de la capa color cereza era efectivamente la reina de Navarra, y el caballero en cuestión presumo que el lector ya habrá adivinado que no era otro que el valiente De Mouy.

Al reconocer a la reina de Navarra, el joven hugonote comprendió que se trataba de alguna confusión, pero, temiendo que un grito de Margarita lo traicionase, no se atrevió a decir nada. Prefirió, pues, dejarse conducir á las habitaciones interiores, para una vez allí decir a su hermosa guía:

—Silencio por silencio, señora.

En efecto, Margarita había oprimido tiernamente el brazo de aquel a quien en la penumbra tomó por La Mole y acercándose a su oído le había dicho en latín:

—Sola sum; introito, carissime.

De Mouy se dejó llevar sin responder; pero, no bien se cerró la puerta tras él y penetró en la antecámara, mío. mejor iluminada que la escalera, Margarita descubrió que no era La Mole.

El grito de asombro que temiera el prudente hugonote escapó en aquel momento de los labios de Margarita, pero felizmente ya no había por qué temer. -¡Señor De Mouy! -dijo retrocediendo un paso.

—Yo mismo, Señora, y suplico a Vuestra Majestad que me permita continuar libremente mi camino sin comunicara nadie mi presencia en el Louvre.

—¡Oh!, señor De Mouy —repitió Margarita—. ¡Me había equivocado!

—Sí —dijo De Mouy—, ya comprendo. Vuestra Majestad me ha tomado por el rey de Navarra; tengo la misma pluma blanca y hasta muchos, por halagarme, dicen que tenemos el mismo aire.

Margarita miró fijamente a su interlocutor.

—¿Sabéis latín, señor De Mouy? —preguntó.

—En otro tiempo sabía —dijo el joven—, pero lo he olvidado.

Margarita sonrió.

—Señor De Mouy —dijo—, podéis estar seguro de mi discreción. Sin embargo, como creo saber el nombre de la persona a quien buscáis en el Louvre, os ofrezco mis servicios para que lleguéis sin tropiezos a su presencia.

—Perdonadme, señora —dijo De Mouy—, creo que os equivocáis y que, por el contrario, ignoráis completamente...

—¿Cómo? —exclamó Margarita—. ¿No buscáis al rey de Navarra?

—¡Ay! Señora —repuso De Mouy—, lamento tener que suplicaros que ocultéis mi presencia en el Louvre a Su Majestad el rey vuestro esposo.

—Escuchad, señor De Mouy —añadió Margarita sorprendida—, hasta ahora os había considerado como uno de los jefes más fieles del partido hugonote, como uno de los partidarios más fieles del rey, mi esposo; ¿me he equivocado?

—No, señora, porque hasta esta mañana fui todo lo que acabáis de decir.

—¿Y por qué causa habéis cambiado?

—Señora —dijo De Mouy inclinándose—, os ruego que me dispenséis de contestar y concededme la gracia de aceptar mis respetos.

Y De Mouy, con una actitud respetuosa, pero decidida, dio algunos pasos en dirección a la puerta por donde había entrado.

Margarita le detuvo.

—Sin embargo, señor —dijo—, si yo me atreviera a pediros una pequeña explicación... ¡Creo que mi palabra es de fiar!

—Señora —respondió De Mouy—, debo callar y podéis creer que hay un motivo muy serio para que no os haya contestado ya.

—No obstante, señor...

Vuestra Majestad puede perderme, señora, pero no puede exigirme que traicione amis nuevos amigos.

—Pero ¿y los antiguos no tienen también ciertos derechos?

—Los que se han mantenido fieles, sí; los que no sólo nos han abandonado, sino que se han abandonado ellos mismos, no.

Margarita, inquieta y pensativa, iba sin duda a responder con otra pregunta cuando entró de pronto Gui - llonne en la habitación.

—¡El rey de Navarra! —gritó.

—¿Por dónde viene?

—Por el pasadizo secreto.

—Haced salir à este caballero por la otra puerta.

—Imposible, señora. ¿Oís?

—¿,Llaman?

—Sí, están golpeando en la puerta por la que que réis que haga salir a este caballero.

—¿Quién llama?

—No sé.

—Id a ver quién es y volved a decírmelo.

—Señora —dijo De Mouy—, ¿me atreveré a advertir a Vuestra Majestad que si el rey de Navarra me ve aquí a estas horas y con este traje estoy perdido? Margarita tomó de un brazo a De Mouy y condu —ciéndolo hacia el famoso gabinete:

—Entrad aquí, señor —dijo—, estaréis tan bien oculto y sobre todo tan seguro como en vuestra propia casa, puesto que estáis bajo mi palabra.

De Mouy obedeció apresuradamente, y apenas hubo cerrado la puerta tras él cuando apareció Enrique. Esta vez Margarita no tuvo que disimular la turbación; parecía sombría y el amor estaba a cien leguas de su pensamiento.

Enrique entró con aquella minuciosa desconfianza que hasta en los momentos de menos peligro le hacía observar los menores detalles. Con mayor razón debía ser profundamente observador en las circunstancias en que se encontraba. Así, pues, no tardó en advertir la nube que oscurecía la frente de Margarita.

—¿Estabais ocupada, señora? preguntó.

—¿Yo? Claro que sí. Sire, meditaba.

—Tenéis razón, señora, la meditación os hace atractiva; pero yo, al contrario que vos, que buscáis la soledad, bajé expresamente para participaros mis deseos.

Margarita hizo al rey un signo de bienvenida e, indicándole un sillón, tomó asiento en una silla de ébano tallada, fina y sólida como si fuera de acero. Reinó entre ambos un instante de silencio hasta que lo rompió Enrique diciendo:

—Recuerdo, señora, que mis sueños para el porvenir tienen algo en común con los vuestros. Separados como esposos, deseamos, sin embargo, unir nuestra suerte.

—Así es, Sire.

—Creo haber comprendido también que en todos los planes de elevación común que pudiera concebir encontraría en vos no sólo una aliada fiel, sino activa.

—En efecto, Sire, y no espero más que una cosa: que al poner vos lo antes posible manos a la obra, me deis pronto la oportunidad de hacer lo mismo.

—Me alegro de hallaros en tan buena disposición, señora, y supongo que ni por un solo instante habréis dudado que perdiese de vista el plan cuya realidad de cidí el mismo día en que, gracias a vuestra valiente intervención, recobré la esperanza de salvar mi vida.

—Señor, creo que vuestra despreocupación no es más que una mascara y confío en vuestro genio tanto como en los augurios de los astrólogos.

—¿Qué diríais, pues, señora, si alguien viniese a estorbar nuestros propósitos y amenazara reduciros a vos y a mí a una situación de segundo plano?

—Diría que estoy dispuesta a luchar con vos, ya sea en la sombra o abiertamente, contra quienquiera que fuese.

—Señora —continuó Enrique—, ¿podéis entrar a cualquier hora en la habitación de vuestro hermano el duque de Alençon? Merecéis su confianza y él siente hacia vos un gran afecto. ¿Me atreveré a pediros que averigüéis si en este momento está conferenciando secretamente con alguien?

Margarita se estremeció.

—¿Con quién, señor? —preguntó.

—Con De Mouy.

—¿Y para qué lo queréis saber? —inquirió Margarita, tratando de disimular su emoción.

—Porque si es así ya podemos despedirnos de todos nuestros proyectos, o de los míos al menos.

—Sire, hablad en voz baja —advirtió Margarita haciendo a la vez una señal con los ojos y la boca a indicando con el dedo al gabinete.

—¡Oh! —dijo Enrique—, ¿otra vez está ocupado? Realmente, tan a menudo está habitado este gabinete que se va haciendo inhabitable vuestro departamento.

Margarita sonrió.

—¿Es siempre por lo menos el señor de La Mole? —preguntó Enrique.

—No, Sire, es el señor De Mouy.

—¿Él? —exclamó Enrique con sorpresa mezclada de júbilo—. ¿No está entonces con el duque de Alençon? ¡Oh! Hacedle pasar, quiero hablarle.

Margarita corrió a abrir la puerta del gabinete, y cogiendo a De Mouy de la mano le llevó sin más preámbulos ante el rey de Navarra.

—¡Ah, señora! —dijo el joven hugonote con un acento de reproche más triste que amargo —. Me traicionáis a pesar de vuestra promesa; esto no está bien. ¿Qué diríais si me vengara diciendo...?

—No os tomaréis esa venganza, De Mouy —interrumpió Enrique estrechando la mano del joven—, o por lo menos me escucharéis antes. Señora —continuó dirigiéndose a la reina—, tratad, os lo ruego, de que nadie nos oiga.

Apenas acababa de decir esto Enrique cuando Guillonne entró muy sofocada y dijo algunas palabras al oído de Margarita que la hicieron saltar de su asiento. Mientras ella corría a la antecámara con su doncella, Enrique, sin preocuparse de indagar la causa que la hacía salir fuera de la habitación, examinaba el lecho, los rincones, los tapices y tanteaba con el dedo las paredes. En cuanto al señor De Mouy, alarmado con todos aque llos preámbulos, se aseguraba de que su espada salía con facilidad de la vaina.

Al salir Margarita de su alcoba, pasó a la antecámara, donde se encontró a La Mole, quien, sin hacer caso a las súplicas de Guillonne, quería entrar a viva fuerza en el cuarto de Margarita.

Coconnas estaba tras él dispuesto a empujarle si avanzaba o a proteger su retirada.

—¡Ah! ¡Sois vos, señor de La Mole! —exclamó la reina—; pero ¿qué os pasa que estáis tan pálido y tembloroso?

—Señora —dijo Guillonne—, el señor de La Mole golpeaba de tal manera la puerta que, a pesar de las órdenes de Vuestra Majestad, me vi obligada a abrir.

—¿Qué es eso? —preguntó la reina con severidad—. ¿Es cierto lo que oigo, señor?

—Señora, quería avisar a Vuestra Majestad que un extraño, un desconocido, un ladrón quizá, se ha introducido en vuestro departamento con mi capa y mi sombrero.

—¡Pero estáis loco, señor! — dijo Margarita—. Tenéis la capa sobre los hombros y Dios me perdone si no lleváis también el sombrero en la cabeza a pesar de que estáis hablando con una reina.

—¡Oh! Perdón, señora, perdón —exclamó La Mole descubriéndose inmediatamente—. Dios es testigo de que no es respeto lo que me falta.

—No; es la fe, ¿no es cierto? —dijo la reina.

—¡Qué queréis! —exclamó el joven—. Cuando un hombre se introduce en la habitación de Vuestra Majestad usurpando mi traje y quién sabe si mi nombre —

—¡Un hombre! —dijo Margarita oprimiendo dulcemente el brazo del pobre enamorado—. ¡Un hombre!... Sois modesto, señor de La Mole. Aproximad la cabeza a esta abertura y veréis dos.

Y Margarita abrió, en efecto, la cortina de terciopelo bordada de oro, de modo que La Mole pudo reconocer a Enrique conversando con el hombre de la capa encarnada. Coconnas, más curioso que si fuera el propio interesado, miró también y reconoció a De Mouy. Ambos se quedaron estupefactos.

—Ahora que os habéis convencido —dijo Margarita—, quedaos en la puerta de mis habitaciones, y por vuestra vida, mi querido La Mole, no dejéis entrar a nadie. Si alguien se acerca, avisadme.

La Mole, dócil y obediente como un niño, salió, dirigiendo una mirada a Coconnas, que a su vez le estaba mirando, y ambos se encontraron fuera sin haberse repuesto aún del asombro.

—¡De Mouy! —exclamó Coconnas.

—¡Enrique! —murmuró La Mole.

—¡De Mouy con lo capa color cereza, lo pluma blanca y lo brazo como un balancín!

—¡Ah, sí! Pero —dijo La Mole— desde el momento que no se trata de amor, se trata seguramente de algún complot.

—¡Voto al diablo! Ya estamos enredados en la política —dijo Coconnas refunfuñando—. Felizmente no veo metida en todo esto a la señora de Nevers.

Margarita volvió a ocupar su asiento junto a los dos interlocutores; su ausencia no había durado más que un minuto.

Minuto que supo aprovechar muy bien. Guillonne de vigía en el pasadizo secreto, y los dos caballeros de guardia en la puerta principal, le daban absoluta seguridad.

—Señora —dijo Enrique—, ¿creéis que es posible que por un medio cualquiera nos escuchen o nos oigan?

—Señor —dijo Margarita—, esta habitación está acolchada y un doble artesonado apaga los sonidos.

—Confío en vos —respondió Enrique sonriendo.

Y dirigiéndose a De Mouy:

—Veamos —dijo el rey en voz baja, como si a pesar de las afirmaciones de Margarita no se hubiese disipado del todo su temor—. ¿Qué vinisteis a hacer aquí?

—¿Aquí? —preguntó De Mouy.

—Sí, aquí, a esta habitación —repitió Enrique.

—No venía aquí —interrumpió Margarita—, le he traído yo.

—¿Entonces sabíais que...?

—Lo adiviné todo.

—Ya veis, De Mouy, que es posible adivinar.

—El señor De Mouy —continuó Margarita— estuvo esta mañana con el duque Francisco en el cuarto de dos de sus gentiles hombres.

—Ya veis que todo se sabe —repitió Enrique.

—En efecto —dijo De Mouy.

—Estaba seguro —continuó Enrique— de que el señor de Alençon os tiraría el anzuelo.

—Por vuestra culpa, Sire. ¿Por qué rechazasteis con tanta obstinación lo que venía a ofreceros?

—¿Lo rechazasteis? —exclamó Margarita—. ¿Entonces era cierto lo que yo presentía?

—Señora —dijo Enrique, moviendo la cabeza—, y tú, mi bravo De Mouy, realmente me hacéis reír con vuestras exclamaciones. ¡Qué! Un hombre entra en mi alcoba, me habla de un trono, de una rebelión, de un levantamiento, a mí, a Enrique, que soy un príncipe tolerado a condición de que lleve la frente baja, un hugonote perdonado siempre que haga el papel de católico, ¿y pensáis que voy a aceptar cuando tales proposiciones me son formuladas en una habitación que no es acolchada y carece de doble artesonado? ¡Por Dios! ¡O sois niños o estáis locos!

—Pero, Sire, ¿Vuestra Majestad no hubiera podido darme alguna esperanza si no con palabras, al menos con un gesto o con una señal?

—¿Qué os dijo mi cuñado, De Mouy? —preguntó Enrique.

—¡Oh, Sire!, ese secreto no me pertenece.

—¡Vaya por Dios! —dijo Enrique con cierta impaciencia al tener que tratar con un hombre que comprendía tan mal sus palabras—. No os pregunto cuáles fueron las proposiciones que os hizo; os pregunto solamente si escuchaba, si nos oyó.

—Sí escuchaba, Sire, y ha oído todo.

—Escuchaba y ha oído, vos mismo lo decís, De Mouy. ¡Pobre conspirador! Si yo hubiese dicho una palabra estabais perdido. Aunque no sabía que estuviese oyéndonos lo sospechaba, y si no él, habría sido cualquier otro: el duque de Anjou, Carlos IX, la reina madre. No conocéis las paredes del Louvre, amigo mío; por ellas se dice que las paredes oyen. Y conociéndolas ¿iba yo a hablar? Vamos, vamos. De Mouy, poco honor hacéis al sentido común del rey de Navarra y me asombra que juzgándole tan mal hayáis venido a ofrecerle una corona.

—Pero, Sire —replicó De Mouy—, ¿no podíais antes que rechazar esa corona hacerme una seña? Yo no hubiera creído que estaba todo perdido.

—¡Voto a bríos! —exclamó Enrique—. Si escuchaba, lo mismo podía estar mirando y nos hubiéramos perdido por una seña igual que por una palabra. Mirad, De Mouy —continuó el rey mirando a su alrededor—, aun ahora, aquí, tan cerca de vos que nuestras palabras no saldrán del círculo de estas tres sillas, ahora todavía tengo miedo de ser oído cuando digo: De Mouy, repetidme las proposiciones.

—¡Sire —exclamó De Mouy desesperado—, ahora estoy comprometido con el duque de Alençon! Margarita hizo con sus bellas manos un gesto de despecho.

—Entonces ¿es demasiado tarde? —dijo.

—Al contrario —murmuró Enrique—, y ved cómo hasta en esto es visible la protección divina. Conservad vuestro compromiso, De Mouy, porque el duque Francisco será la salvación de todos nosotros. ¿Creéis que el rey de Navarra podría garantizar lo cabeza? ¡Al contrario, desdichado! A la menor sospecha os matarían a todos. Pero un príncipe de Francia es distinto. Conseguid pruebas, De Mouy, pedid garantías, pues sois tan ingenuo que os habréis comprometido de corazón conformándote con una palabra.

—¡Oh, Sire! Creed que fue la desesperación de vuestro abandono la que me arrojó en brazos del duque y también el temor de ser traicionado por él, ya que conocía nuestros secretos.

—Apoderaos tú del suyo. De Mouy, esto depende de ti. ¿Qué es lo que desea? ¿Ser rey de Navarra? Prometedle la corona. ¿Qué pretende? ¿Abandonar la corte? Ofrecedle los medios de huir, trabaja para él como si lo hicieras para mí; dirige el escudo para que pare los golpes que puedan asestarnos. Cuando haga falta huir, huiremos juntos; cuando se trate de combatir y de reinar, me quedaré solo.

—Desconfiad del duque —dijo Margarita—, tiene un carácter sombrío y penetrante, incapaz de sentir odio ni amistad, siempre dispuesto a tratar a sus amigos como enemigos y a sus enemigos como amigos.

—¿Y dónde os espera, De Mouy? —preguntó Enrique.

—En la habitación de esos dos gentiles hombres.

—¿Hasta qué hora?

—Hasta la medianoche.

—Todavía no han dado las once —dijo Enrique—, nada se ha perdido; id en seguida.

—Tenemos vuestra palabra, señor —dijo Margarita.

—Vamos, señora —dijo Enrique, con aquella confianza que tan bien sabía mostrar ante algunas personas y en ciertas ocasiones—, tratándose del señor De Mouy, esas cosas ni siquiera se piensan.

—Tenéis razón, Sire —respondió el joven—, pero yo necesito contar con la vuestra para decirles a los jefes que me la habéis dado. No sois católico, ¿verdad?

Enrique se encogió de hombros.

—¿No renunciáis a la soberanía de Navarra?

—No renuncio a ninguna soberanía. De Mouy, únicamente me reservo el derecho de elegir la mejor, es decir, la que más me convenga a mí y a vosotros.

—Y si entre tanto detuvieran a Vuestra Majestad, ¿prometéis no revelar nada aun en el caso de que, violando vuestras reglas prerrogativas, os aplicaran tortura?

—De Mouy, lo juro por Dios.

—Una palabra más, Sire; ¿cómo podré veros de nuevo?

—Mañana tendréis una llave de mi aposento; entraréis en él cuantas veces sea necesario y a las horas que queráis. El duque de Alençon responderá de vuestra presencia en el Louvre. Mientras tanto, subid por la escalera secreta, yo os guiaré. Al mismo tiempo, la reina hará entrar aquí al caballero de la capa roja igual a la vuestra que estaba ahora mismo en la antecámara. Es preciso que no haya la menor diferencia entre vos y ese caballero y que nadie sepa que tenéis un doble. ¿No es así, De Mouy? ¿No es así, señora?

—Sí —dijo la reina sin turbarse—, porque al fin y al cabo, el señor de La Mole está al servicio de mi hermano, el duque Francisco.

—Haced lo posible para ganarlo a nuestra causa, señora —dijo Enrique con toda seriedad —. No ahorréis oro ni promesas; pongo todos mis tesoros a su disposición.

—Entonces —dijo Margarita con una de esas sonrisas que sólo se ven en las mujeres de Boccaccio—, ya que ése es vuestro deseo, haré lo posible por complaceros.

—M uy bien, señora; y vos, De Mouy, volved con el duque y tendedle bien el lazo.

Margarita

✦

Durante la conversación que acabamos de relatar, La Mole y Coconnas montaban guardia, el primero un poco triste y el segundo algo inquieto.

La Mole había tenido tiempo de reflexionar, a lo que le ayudó poderosamente Coconnas.

—¿Qué opinas de todo esto, amigo mío? —había preguntado La Mole a Coconnas.

—Creo —respondió el piamontés— que se trata de una intriga de la corte.

—Y si llegara el caso, ¿estaríais dispuesto a intervenir en ella?

—Querido —respondió Coconnas—, escucha con atención lo que voy a decirte y saca las consecuencias que quieras. En todas estas intrigas principescas, en todas estas maquinaciones entre reyes, no podemos y, sobre todo, no debemos pasar más que como sombras: donde el rey de Navarra deje un trozo de su pluma y el duque de Alençon un jirón de su capa, nosotros dejaremos nuestra vida. La reina está encaprichada contigo y tú loco por ella, pero nada más. Pierde la cabeza en amor, pero no la arriesgues en política.

Aunque el consejo era prudente, La Mole lo escuchó con la tristeza del hombre que siente que entre la razón y la locura va a decidirse por la locura.

—No es cosa de juego lo que siento por la reina, Annibal; la amo, y por desgracia o por suerte, la amo con toda mi alma. Me dirás que es una locura, de acuerdo; estoy loco. Pero tú que eres prudente, Co connas, no debes sufrir mis tonterías ni mi infortunio. Vuelve al lado de nuestro protector y no lo comprometas. Coconnas meditó un momento y levantando la cabeza:

—Querido —respondió—, todo lo que dices es perfectamente justo. Estás enamorado y obras como tal. Yo soy ambicioso y creo que la vida vale más que un beso de mujer. Cuando arriesgue mi vida pondré condiciones; tú, pobre Medor, trata de imponer las tuyas.

Y dicho esto, Coconnas tendió la mano a La Mole y se alejó después de cambiar con su compañero una última mirada y una sonrisa.

Haría apenas diez minutos que dejara su puesto cuando se abrió la puerta, y Margarita, asomándose con precaución, cogió a La Mole de la mano y, sin decir una sola palabra, le introdujo hasta el fondo de su habitación cerrando ella misma las puertas con un cuidado que indicaba la importancia de la conferencia que iba a tener lugar.

Ya en la alcoba se sentó en su silla de ébano, y, cogiendo a La Mole de las manos, lo atrajo hacia sí.

—Ahora que estamos solos —le dijo—, conversemos seriamente, amigo mío.

—¿Seriamente, señora? —dijo La Mole.

—¡O amorosamente, si queréis! Puede haber cosas muy serias en el amor y sobre todo en el amor de una reina.

—Conversemos entonces de esas cosas serias, pero a condición de que Vuestra Majestad no se enoje con las locuras que voy a decirle.

—Sólo una cosa puede enojarme, La Mole, y es que me llaméis señora o Majestad. Para vos, querido mío, soy solamente Margarita.

—¡Sí, Margarita! ¡Sí, Margarita, sí, mi perla! —exclamó el joven, devorando a la reina con su mirada.

—Así me gusta —dijo la reina—. ¿Estáis celoso, bien mío?

—¡Oh! Hasta perder el juicio.

—¡Todavía!...

—Hasta volverme loco, Margarita.

—¿Y celoso de quién, si puede saberse?

—De todo el mundo.

—¿Pero principalmente...?

—Del rey.

—Creí que después de lo que habéis visto y oído podríais estar tranquilo a ese respecto.

—También de ese señor De Mouy, a quien vi esta mañana por primera vez y a quien esta noche encuentro en vuestra intimidad.

—¿Del señor De Mouy?

—Sí.

—¿Y qué os hace sospechar de él?

—Escuchad... Le he reconocido por su estatura, el color de su pelo y por un natural sentimiento de odio; es el mismo que estuvo esta mañana con el señor de Alençon.

—¿Y qué relación tiene todo eso conmigo?

—El duque de Alençon es vuestro hermano. Dicen que le profesáis un gran afecto; le habréis confiado un vago deseo de vuestro corazón y él, según las costumbres de la corte, lo habrá cumplido introduciendo en vuestro aposento al señor De Mouy. Ahora bien, ¿cómo he tenido la suerte de que el rey estuviese aquí al mismo tiempo? No puedo saberlo, pero, de todos modos, señora, sed franca conmigo. A falta de otro sentimiento, un amor como el mío tiene el derecho de exigir sinceridad. Mirad, me prosterno a vuestros pies. Si lo que sentisteis por mí no fue más que el capricho de un momento, os devuelvo vuestra fe, vuestras promesas y vuestro amor, devuelvo al señor de Alençon sus favores y el puesto que desempeño y voy a hacer que me maten en el sitio de La Rochelle si es que el amor no me mata antes de que llegue allá. Margarita escuchó sonriendo estas encantadoras palabras y siguió con la mirada aquellos ademanes llenos de gracia; luego, inclinando su bella cabeza soñadora sobre su mano ardiente:

—¿Me amáis? —dijo.

—¡Oh, oh, señora! Más que a mi vida, más que a mi salvación, más que a todo en el mundo; pero vos..., vos no me amáis.

—¡Pobre loco! —murmuró Margarita.

—Sí, señora —exclamó La Mole siempre arrodillado a sus pies—, ya os dije que lo estaba.

—¿Entonces, querido La Mole, la principal preocupación de vuestra vida es el amor?

—Y la única, señora.

—Está bien; yo haré entonces que todo lo demás contribuya a este amor. ¿Me amáis de verdad? ¿Querríais vivir siempre a mi lado?

—No ruego a Dios otra cosa sino que no me aleje de vos.

—Y no os alejaréis; tengo necesidad de vos, La Mole.

—¿Tenéis necesidad de mí? ¿Desde cuándo el sol necesita al gusano de luz?

—Si os aseguro que os amo, ¿puedo contar enteramente con vos?

—¿Acaso no os pertenezco ya por completo?

—Sí, pero todavía, Dios me perdone, dudáis de mí.

—¡Ah! Hago mal, soy un ingrato, o mejor, como ya os he dicho y repetido, un loco. Pero ¿por qué estaba aquí esta noche el señor De Mouy? ¿Por qué le he visto esta mañana hablando con el duque de Alençon? ¿Qué significan esa capa color cereza, esa pluma blanca, ese interés en imitar mi modo de andar?... ¡Ah, señora! No es de vos de quien sospecho, sino de vuestro hermano.

—¡Desdichado! —dijo Margarita—. ¡Pobre desdichado si creéis que el duque Francisco lleva la complacencia hasta el extremo de introducir un pretendiente en el aposento de su hermana! ¡Insensato! Os creéis celoso y no habéis adivinado... ¿Sabéis, La Mole, que el duque de Alençon os mataría mañana con su propia espada si supiese que habéis estado aquí esta noche, a mis pies, y que en vez de echaros os he dicho: «Quedaos donde estáis, La Mole, porque os amo.»? ¿Oís? Porque os amo. Pues bien, os lo repito, sería capaz de mataros.

—¡Dios mío! —exclamó La Mole retrocediendo y mirando a Margarita con terror—. ¿Será posible?

—Todo es posible, amigo, en nuestra época y en esta corte. Y ahora, una sola palabra. El señor De Mouy, disfrazado con vuestra capa y con vuestro gorro, no viene por mí al Louvre, sino por el duque de Alençon. Yo le hice entrar aquí creyendo que erais vos. Posee nuestro secreto, La Mole, de modo que es preciso tratarle bien.

—Prefiero matarle —dijo La Mole,—, es más rápido y mucho más seguro.

—Y yo, mi valeroso caballero —repuso la reina—, prefiero que él viva y que lo sepáis todo porque su vida nos es no solamente útil sino necesaria. Escuchad y pensad bien vuestras palabras antes de responderme: ¿me amáis tanto, La Mole, como para sentir satisfacción en el caso de que fuera efectivamente reina, es decir, dueña de un reino verdadero?

—¡Ay, señora, os amo lo suficiente como para desear lo que vos deseéis, aunque con ello fuese desgraciado para toda la vida!

—Entonces, ¿queréis ayudarme a realizar este deseo que os hará todavía más feliz?

—¡Oh! ¡Voy a perderme, señora! —exclamó La Mole, ocultando la cara entre las manos.

—No. Por el contrario, en lugar de ser el primero de mis servidores seréis el primero de mis súbditos.

—¡Oh! No habléis de interés..., ni de ambición, señora..., no manchéis vos misma el sentimiento que me inspiráis... ¡Devoción, nada más que devoción!

—¡Qué noble corazón! —dijo Margarita—. Sí, acepto lo cariño y sabré recompensarlo.

Y le tendió las dos manos, que La Mole cubrió de besos.

—¿Qué respondéis? preguntó ella.

—Que sí, Margarita —dijo La Mole—. Comienzo a comprender cierto vago proyecto del que ya se hablaba entre nosotros, los hugonotes, antes de la matanza de San Bartolomé y para cuya ejecución vine a París como tantos otros más dignos que yo. ¿Deseáis la soberanía real de Navarra, que debe reemplazar la ficticia que poseéis? El rey Enrique os ayuda. De Mouy conspira con vosotros, ¿no es cierto? Pero ¿qué papel desempeña el duque de Alençon en todo esto? ¿Dónde hay un trono para él? No lo entiendo. ¿Es tan... amigo vuestro el duque de Alençon como para prestaros ayuda sin exigir nada a cambio de los peligros que corre?

—El duque, amigo mío, conspira por su cuenta. Dejémosle perderse; su vida responde por la nuestra.

—Pero yo, que estoy a su servicio, ¿puedo traicionarle?

—¡Traicionarle! ¿Por qué? ¿Qué os ha confiado? ¿No es él quien os ha vendido dando a De Mouy vuestra capa y vuestro gorro como un medio para que se in trodujera en el Louvre? ¡Decís que estáis a su servicio! ¿No me servíais a mí antes que a él? ¿Os ha dado mayor prueba de amistad el duque de Alençon que la prueba de amor que tenéis de mí?

La Mole se puso de pie, pálido y confuso.

—¡Oh! —murmuró—. Ya me lo dijo Coconnas. La intriga me envuelve entre sus pliegues y me ahogará.

—¿Qué decidís? —preguntó Margarita.

—He aquí mi respuesta —dijo La Mole—. Se dice, y yo lo he oído decir al otro extremo de Francia, donde vuestro ilustre nombre y vuestra reputación universal como belleza me llegaron despertando en —mi corazón un vago deseo de lo desconocido, se dice que habéis amado algunas veces y que vuestro amor ha sido siempre fatal para quienes lo han merecido, de suerte que la muerte, celosa sin duda, os ha ido arrebatando uno a uno vuestros amantes.

—¡La Mole!...

—No me interrumpáis. ¡Oh, mi Margarita querida! Pues agregan tales rumores que conserváis en cajas de oro los corazones de esos fieles amigos y que a menudo tenéis para tan tristes restos un recuerdo me —

lancólico y una mirada piadosa. Suspiráis, reina mía, vuestros ojos se empañan, luego es verdad. Pues bien, haced de mí el más amado y dichoso de vuestros favoritos. Habéis traspasado

los corazones de los demás cada uno de los cuales guardaba una caja

para guardarlos. ¡Conmigo hacéis más, exponéis mi cabeza...! Margarita, juradme ante la imagen del Dios

que aquí mismo me salvó la vida que, si muero por vos, tal como me lo anuncia un sombrío presentimiento, medida que morían, de hacerlos conservaréis esta cabeza, que el verdugo habrá separado del tronco, para apoyar en ella de vez en cuando embalsamar. Todas las noches colgaba

vuestros labios. Jurad, Margarita, y la promesa de tal recompensa hecha por mi reina me volverá mudo,

traidor y hasta cobarde si es menester; es decir, enteramente fiel, como debe ser vuestro amante y vuestro

cómplice.

—¡Oh, qué lúgubre locura, alma mía! —dijo Margarita—. ¡Qué fatal pensamiento, amor mío!

Jurad...

—¿Queréis que jure?

—Sí, por la cruz que está labrada en este cofre de plata. Jurad.

—Pues bien —dijo Margarita—, si vuestros sombríos presentimientos se realizaran, ¡y no lo permita Dios!, os juro por esta cruz, amor mío, que vivo o muerto estaréis cerca de mí mientras yo viva, y si no puedo salvaros del peligro a que por mí os exponéis, sólo por mí, ya lo sé, daré al menos a vuestra pobre alma el consuelo que me pedís y que os habréis ganado.

—Una palabra todavía, Margarita. Ahora puedo morir, estoy tranquilo por lo que respecta a mi muerte; pero también puedo salvarme y tal vez triunfemos; puede el rey de Navarra llegar a ser rey y vos podéis ser reina; en tal caso el rey os llevará consigo; el voto de separación que habéis hecho con él quizá se rompa algún día, y entonces, ¿qué será de nuestra promesa de estar juntos? Margarita, mi adorada Margarita, amada mía, con una sola palabra me habéis tranquilizado en lo que concierne a mi muerte; tranquilizadme ahora en lo que se refiere a mi vida.

—¡Oh! Nada temas. ¡Tuya soy en cuerpo y alma! —exclamó Margarita extendiendo de nuevo la mano so bre la cruz del cofrecillo—. Si me voy de aquí, tú me seguirás, y si el rey se niega a llevarte, me quedaré.

—¡Pero no osaréis resistir!

—Mi amado Hyacinte —dijo Margarita—, no conoces a Enrique; en estos momentos no piensa en otra cosa que en ser rey; por satisfacer este deseo sacrificaría cuanto tiene y con más razón lo que no es suyo. Adiós.

—¿Me echáis, señora? —preguntó sonriendo La Mole.

—Es tarde —dijo Margarita.

—Sin duda, pero, ¿dónde queréis que vaya? De Mouy está en mi cuarto con el duque de Alençon.

—¡Ah! Es cierto —dijo Margarita con una admirable sonrisa—. Además, tengo muchas cosas que deciros aún a propósito de esta conspiración.

A partir de aquella noche, La Mole dejó de ser un favorito vulgar y pudo llevar erguida aquella cabeza a la cual, viva o muerta, estaba reservado un dulce porvenir.

Sin embargo, a veces, su frente se inclinaba hacia el suelo, sus mejillas palidecían y la profunda meditación cavaba un surco entre las cejas del joven La Mole, ¡tan alegre antes, tan feliz ahora!

La mano de dios

✦

Al separarse de la señora de Sauve, Enrique le había dicho:

—Acostaos, Carlota. Fingid que estáis gravemente enferma y bajo ningún pretexto recibáis a nadie en todo el día de mañana.

Carlota obedeció sin comprender el motivo que podía tener el rey para hacerle semejante recomendación. Gracias a que ya comenzaba a habituarse a sus excentricidades, como diríamos hoy, o a sus fantasías, como se decía entonces.

Por otra parte, sabía que Enrique guardaba en su corazón secretos que no confiaba a nadie y en su mente proyectos que temía revelar hasta en sueños, por lo que, segura de que aun sus ideas más extrañas respondían a un fin, acostumbraba obedecer todas sus indicaciones.

Aquella misma noche se quejó en presencia de Dariole de una gran pesadez de cabeza, acompañada de mareos, pues tales eran los síntomas que Enrique la aconsejara fingir.

Al día siguiente aparentó querer levantarse, pero apenas hubo puesto los pies en el suelo cuando simuló resentirse de una debilidad general, por lo que hubo de acostarse de nuevo.

Esta indisposición que Enrique había ya anunciado al duque de Alençon llegó a oídos de l a reina Catalina cuando preguntaba en tono indiferente por qué causa no se presentaba, como de costumbre, la señora de Sauve a la hora de levantarse.

—Está enferma —respondió la señora de Lorena, que se encontraba allí.

—¡Enferma! —repitió Catalina, sin que un solo músculo de su rostro denunciara el interés con que oyó la contestación—. Será algún capricho de perezosa.

—No, señora —dijo la princesa—, parece que siente un violento dolor de cabeza y una debilidad que le impide andar.

Catalina no respondió; pero, para ocultar su júbilo, sin duda, se volvió hacia la ventana, por donde precisamente vio a Enrique que atravesaba el patio después de su diálogo con el señor De Mouy.

Se levantó para observarle mejor e, impulsada por esa conciencia que se agita constantemente en el fondo del corazón de los criminales más feroces, preguntó al capitán de su guardia:

—¿No os parece que mi hijo Enrique está más pálido esta mañana que de costumbre?

Nada más falso; Enrique se hallaba muy preocupado, pero gozaba de perfecta salud.

Poco a poco se fueron retirando las personas que asistían habitualmente al despertar de la reina; quedaron tres o cuatro de las más íntimas. Catalina, impaciente, las despidió, pretextando que deseaba estar sola. Cuando salió el último cortesano, la reina cerró la puerta, y,

yendo hasta un armario secreto disimulado en una de las paredes de su alcoba, hizo correr la puerta por una ranura. del zócalo y sacó un libro cuyas gastadas hojas revelaban su use frecuente.

Puso el libro sobre una mesa, lo abrió por donde estaba la señal y poniéndose de codos:

—Eso es —murmuró mientras leía—, dolor de cabeza, debilidad general, ardor en los ojos a hinchazón del paladar. Aún no me han anunciado más que dolor de cabeza y debilidad... los otros síntomas no se harán esperar.

Y continuó:

—Luego, la inflamación llega a la garganta, se extiende hasta el estómago, envuelve el corazón en un círculo de fuego y hace estallar el cerebro como al contacto de un rayo.

Releyó el párrafo en voz baja y después continuó a media voz:

—La fiebre dura seis horas, la inflamación general doce, la gangrena otras doce, la agonía seis; en total, treinta y seis horas. Supongamos ahora que la absorción sea más lenta y en lugar de treinta y seis horas serán cuarenta y ocho; ¡sí, cuarenta y ocho horas serán suficientes! Pero ¿cómo es que Enrique está todavía en pie? Cierto que él es hombre y hombre de constitución robusta, que quizás haya bebido después de haberla besado y se habrá secado los labios después de beber.

Catalina esperó la hora de la comida con impaciencia. Enrique se sentaba todos los días a la mesa del rey. Al llegar se quejó también de mareos, no probó bocado y se retiró en seguida, diciendo que como no había dormido la noche anterior, deseaba descansar.

La reina madre escuchó cómo se alejaban las pisadas vacilantes de Enrique y ordenó que le siguieran. Le informaron que el rey de Navarra se había dirigido al departamento de la señora de Sauve.

«Enrique-se dijo-va a encontrar esta noche a su lado el desenlace de un plan que una funesta casualidad ha dejado incompleto.»

El rey de Navarra había ido en efecto a ver a la señora de Sauve, pero sólo para recomendarle que siguiera representando su papel.

Al día siguiente, Enrique no salió de su habitación durante toda la mañana y no asistió a la mesa del rey. Se decía que la señora de Sauve iba de mal en peor y el rumor de la enfermedad de Enrique, difundido por la misma Catalina, circulaba como uno de esos hechos cuya causa se ignora, pero que están en la atmósfera. Catalina no cabía en sí de gozo; desde la mañana del día anterior había alejado de la corte a Ambrosio Paré, ordenándole que fuera a curar a uno de sus criados favoritos enfermo en Saint-Germain.

Era preciso, por lo tanto, para atender a la señora de Sauve y a Enrique, acudir a un hombre de confianza de la reina, el cual diría únicamente lo que ella quisiera. Si contra todas las probabilidades algún otro médico intervenía y alarmaba a la corte con alguna declaración de envenenamiento, como ya había sucedido otras veces, Catalina contaba para disuadir a la opinión con el rumor referente a los celos de Margarita por los amoríos de su esposo. Se

recordará que, aprovechando cualquier ocasión, había tratado siempre de recalcar estos celos y especialmente durante la peregrinación al cementerio de los Inocentes, donde preguntó a su hija en presencia de varias personas:

—¿Estáis muy celosa, Margarita?

Esperaba, pues, con tranquilo semblante que la puerta se abriera dando paso a un criado que, pálido y sofocado, gritara: «¡Su Majestad, el rey de Navarra se muere y la señora de Sauve ha muerto!»

Dieron las cuatro de la tarde. Catalina estaba terminando de merendar ante la j aula donde tenía unos cuantos pájaros raros a los que repartía bizcochos, dándoselos a comer en su propia mano.

Aunque su rostro estuviera tan tranquilo y sereno como siempre, su corazón latía violentamente al menor ruido.

De pronto se abrió la puerta.

—Señora —dijo el capitán de la guardia—, el rey de Navarra está...

—¿Enfermo? —interrumpió rápidamente Catalina.— No, señora, gracias a Dios, Su Majestad goza de perfecta salud.

—¿Qué queríais decir entonces?

—Que el rey de Navarra está aquí.

—¿Qué me quiere?

—Trae a Vuestra Majestad un monito de la más rara especie.

En aquel momento entró Enrique con una canasta en la mano y acariciando a un titi que estaba acostado en ella.

Enrique sonreía al entrar y parecía abstraído por completo en la contemplación del encantador animalito. Pero, por mucho que lo pareciese no dejó de lanzar aquella ojeada que le bastaba en los momentos más difíciles. Catalina estaba muy pálida y su palidez aumentaba a medida que al acercarse su yerno vio iluminadas sus mejillas por un rubor saludable. La reina madre quedó desconcertada al verle.

Aceptó maquinalmente el obsequio de Enrique, se turbó, le felicitó por su buen aspecto y añadió:

—Estoy tanto más contenta de encontraros tan bien, hijo mío, cuanto que había oído decir que estabais enfermo y, si no recuerdo mal, os quejasteis en mi presencia de cierto malestar; pero ahora comprendo

—agregó intentando sonreír —que se trataba sólo de un pretexto para estar libre.

—He estado muy enfermo, en efecto, señora —respondió Enrique—, pero poseo un específico usado en mis montañas y que heredé de mi madre que me ha curado.

—¡Ah! Me daréis la receta, ¿no es cierto, Enrique? —dijo Catalina sonriendo de verdad esta vez, pero con una ironía que no pudo disimular.

—Algún contraveneno —murmuró—, ya tomaremos nuestras medidas para remediar esto. Sin duda, al ver enferma a la señora de Sauve, habrá sospechado. Verdaderamente parece que la mano de Dios protege a este hombre.

Catalina esperó con impaciencia la noche; la señora de Sauve no apareció. Mientras jugaba a las cartas, pidió noticias suyas y le dijeron que cada vez estaba peor. Pasó inquieta toda la velada y todos se preguntaban con ansiedad cuáles serían los pensamientos que agitaban aquel rostro de ordinario tan impasible. Cuando se quedó sola con sus camareras, se hizo desvestir y acostar, y cuando todo el mundo estuvo acostado en el Louvre, se levantó, cubrióse con una bata negra, cogió una vela, buscó entre todas sus llaves la que correspondía a la habitación de la señora de Sauve y subió al departamento de su dama de honor. Catalina abrió la puerta con precaución, atravesó la antecámara, entró en el salón, puso la vela encima de un mueble, puesto que una lamparilla ardía junto a la enferma, y como una sombra se deslizó en la alcoba. Dariole, tumbada en un butacón, dormía al lado de su ama.

El lecho de la señora de Sauve estaba completamente tapado por las cortinas.

La respiración de la joven era tan leve que por un instante Catalina creyó que ya no respiraba. Por fin oyó un ligero suspiro, y con maligna alegría fue a levantar la cortina para comprobar personalmente los efectos del terrible veneno, estremeciéndose por adelantado del aspecto de aquella lividez mortal o de aquella encendida fiebre devoradora que esperaba encontrar; pero en lugar de todo esto halló, tranquila, los ojos dulcemente cerrados por sus blancos párpados, la boca sonrosada y entreabierta, la mejilla apoyada con blandura sobre uno de sus brazos graciosamente curvado, mientras el otro, terso y cual si fuera de nácar, se extendía sobre el damasco carmesí, que le servía de colcha, a la hermosa joven durmiendo casi risueña, sin duda porque algún sueño encantador dibujaba en sus labios una sonrisa y en sus mejillas el rubor de un bienestar por nada turbado. Catalina no pudo reprimir un grito de sorpresa que despertó momentáneamente a Dariole. La reina madre se escondió tras las cortinas del lecho.

La doncella abrió los ojos, pero abrumada de fatiga, sin tratar siquiera de buscar en su entorpecido cerebro la causa de su desvelo, dejó caer sus pesados párpados y volvióse a quedar dormida.

Catalina salió entonces de su escondite y, echando una ojeada por la habitación, vio sobre una mesita una botella de vino de España, frutas, pastas azucaradas y dos copas. Enrique debía de haber estado cenando con la baronesa, que gozaba de tan buena salud como él.

Dirigiéndose en seguida al tocador, Catalina cogió la cajita de plata, que estaba casi vacía. Era exactamente la misma o, al menos, idéntica a la que enviara a Carlota. Cogió con la punta de un alfiler de oro una partícula de carmín del tamaño de una perla y al volver a su aposento se la ofreció al mono que aquella misma tarde le había regalado Enrique. El animal, atraído por el perfume, la devoró ávidamente y, enroscándose en su cesta, se quedó dormido. La reina esperó un cuarto de hora.

—Con la mitad de lo que éste acaba de tragarse —dijo Catalina—, mi perro Brutus murió hinchado en un minuto. Se han burlado de mí. ¿Será Renato? ¿Renato? ¡Imposible! ¿Habrá sido entonces Enrique? ¡Oh, fatalidad! Es claro; si ha de reinar no puede morir. Pero quizá donde el veneno falla, no fracase el acero. Y Catalina se acostó meditando un nuevo plan que, sin duda, estuvo terminado al día siguiente, puesto que al levantarse llamó al capitán de su guardia y le entregó una carta ordenándole que la llevase rápidamente a su destinatario, a quien debería entregarla en propia mano.

La carta iba dirigida al señor de Louviers de Maurevel, capitán de petarderos del rey, calle de los Cerezos, cerca del Arsenal.

Una carta de roma

✦

Habían pasado algunos días desde los episodios que acabamos de relatar cuando, una mañana, entró en el Louvre una litera escoltada por varios gentiles hombres, vestidos con los colores del señor de Guisa, que venían a anunciar a la reina de Navarra que la señora duquesa de Nevers solicitaba el honor de presentarle sus respetos.

Margarita recibió la visita de la señora de Sauve. Era la primera vez que la bella baronesa salía de sus habitaciones después de su fingida enfermedad. Se había enterado de que la reina dio muestras a su marido de sentir una gran inquietud por esta indisposición, que durante una semana fue la comidilla de la corte, a iba a darle las gracias.

La reina la felicitó por su curación y por la suerte que tuvo al escapar de tan repentina enfermedad, puesto que en su calidad de princesa de Francia apreciaba su gravedad.

' - Espero que vendréis a la gran cacería que ya ha sido suspendida una vez y que tendrá lugar mañana

—dijo Margarita—. Para ser invierno hace muy buen tiempo. El sol ha vuelto más blanda la tierra, y todos nuestros cazadores aseguran que tendremos uno de los días más apropiados.

—Pero, señora —dijo la baronesa—, no sé si estaré lo bastante fuerte.

—¡Bah! —respondió Margarita—. Haréis un esfuerzo; además como yo soy buena amazona, autoricé al rey para que dispusiera de un caballito del Bearne que yo debía montar y que os vendrá de maravillas. ¿No habéis oído hablar de él?

—Sí, señora, pero ignoraba que el tal caballito tuviera el honor de estar destinado a Vuestra Majestad; de lo contrario, no lo hubiese aceptado.

—¿Por orgullo, baronesa?

—No señora, al contrario, por humildad.

—Entonces, ¿iréis?

—Vuestra Majestad me colma de atenciones. Iré, puesto que me lo ordenáis.

En aquel momento anunciaron a la duquesa de Nevers. Al oír su nombre, Margarita dejó escapar un gesto tal de alegría, que la baronesa comprendió que las dos mujeres tenían algo especial que decirse y se levantó p ara marcharse.

—Hasta mañana, entonces —dijo Margarita.

—Hasta mañana, señora.

—A propósito, ya sabéis, baronesa —continuó Margarita, despidiéndola con la mano—, que en público os detesto porque estoy terriblemente celosa.

—¿Y en privado? —preguntó la señora de Sauve.

—¡Oh! En privado no sólo os perdono, sino que os lo agradezco.

—Entonces, Majestad, permitidme...

Margarita le tendió la mano, la baronesa la besó con respeto y, haciendo una profunda reverencia, salió. Mientras la señora de Sauve subía las escaleras saltando como una cabrita en libertad, la señora de Nevers cambiaba con la reina algunos saludos ceremoniosos que dieron tiempo a que se retiraran los caballeros que la habían acompañado.

—¡Guillonne! —gritó Margarita cuando se cerró la puerta tras ellos—. Cuida de que nadie nos interrumpa.

—Sí —dijo la duquesa—, porque tenemos que hablar de asuntos muy importantes.

Y se acomodó sin protocolo alguno en un sillón, segura de que nadie vendría a turbar aquella familiaridad convenida con la reina de Navarra.

—¿Y qué es de la vida de nuestro adorable asesino? —dijo Margarita sonriendo.

—Mi querida reina —dijo la duquesa—, para mí es un ser mitológico. Tiene un ingenio incomparable que jamás se agota. Tiene salidas que harían retorcerse de risa a un santo en su nicho. Por lo demás es el más ardiente pagano que haya existido jamás bajo la piel de católico; estoy loca por él. ¿Y tú qué haces de lo Apolo?

—¡Ay! —exclamó Margarita suspirando.

—¡Oh! Esa exclamación me hiela, querida reina. ¿Acaso es demasiado respetuoso o sentimental ese gentil de La Mole? Si es así, me veo obligada a confesar que es todo lo contrario que su amigo Coconnas.

—No; tiene sus momentos —dijo Margarita—, y mi queja no se refiere sino a mí misma.

—¿Qué significa entonces?

—Significa, querida duquesa, que tengo un miedo atroz de enamorarme de veras.

—¿Será posible?

—¡Palabra de honor!

—¡Oh! ¡Tanto mejor! ¡Qué alegre vida íbamos a llevar! —exclamó Enriqueta—. Amar un poco era mi sueño y amar mucho el tuyo. Es tan dulce, mi querida y docta reina, descansar el espíritu en el corazón, ¿no es cierto?, y después de los arrebatos de la pasión poder tener una sonrisa. ¡Ah, Margarita, tengo el presentimiento de que vamos a pasar un año muy feliz!

—¿Tú lo crees? —dijo la reina—. Yo, en cambio, no sé por qué veo las cosas como a través de un velo fúnebre. Toda esta política me preocupa enormemente.

A propósito, es preciso averiguar si lo Annibal es tan adicto a mi hermano como parece serlo. Infórmate de ello, porque es importante.

—¿Él? ¿Adicto a algo o a alguien? Ya se ve que no le conoces como yo. Si alguna vez llega a sentir inclinación por algo será por ambición nada más. Si lo hermano es hombre capaz de hacer grandes promesas, entonces le será perfectamente fiel a lo hermano. Pero que lo hermano, por más príncipe de Francia que sea, tenga cuidado de cumplirlas, porque si no, ¡pobre de él!

—¿De veras?

—Como lo oyes. Realmente, Margarita, hay momentos en que este tigre que he domesticado me da miedo a mí misma. El otro día le decía: «Annibal, cuidado, no me engañéis, porque si me engañáis...» Y mientras se lo decía, le miraba con mis ojos de esmeralda, que hicieron decir a Ronsard:

La duchese de Nevers aux yeux verts que, sous leer paupière blonde, lancent sur nous plus d'éclairs que ne font vingt Jupiters dans les airs, lorsque la tempête gronde.

—Seguid.

—Pues bien; creí que me respondería: «¿Yo engañaros? ¡Jamás! Etcétera, etcétera...» Pero ¿sabes lo que

me contestó?

—No.

—Pues júzgale: «Y vos, me respondió, tened cuidado también, si me engañáis, porque por muy princesa que seáis...», y al decirlo me amenazaba no sólo con los ojos, sino también con su dedo seco y puntiagudo armado de una uña cortada en forma de lanza con la que casi me dio en la nariz. En aquel momento, lo confieso, reina mía, tenía un semblante tan poco tranquilizador, que me estremecí, aunque ya sabes que en verdad no soy nada cobarde.

—¿Se atrevió a amenazarte, Enriqueta?

—¡Voto al diablo! Yo también le amenacé. Al fin y al cabo tenía razón. Así es que ya lo sabes, es adicto hasta cierto punto, o mejor dicho, hasta un punto demasiado incierto.

—Ya veremos —dijo Margarita pensativa—. Hablaré de esto con La Mole. ¿No tienes alguna cosa más que decirme?

—Sí, una cosa sumamente interesante y por la cual he venido a hablarte. Pero ¿qué quieres? Tú empezaste a decirme cosas más interesantes aún. He tenido noticias...

—¿De Roma?

—Sí; llegó un correo de mi marido.

—¿Y cómo va el asunto de Polonia?

—Alas mil maravillas, y es probable que dentro de pocos días lo veas libre de lo hermano el duque de Anjou.

—¿Ha ratificado el Papa su elección?

—Sí, querida.

—¡Y no me dijiste nada! —exclamó Margarita—. Pronto, pronto, dame más detalles.

—¡Oh! A fe mía, no tengo otros que los que acabo de transmitirte. Por otra parte, espera, voy a darte la carta del señor de Nevers. Tómala. ¡Ah! ¡No, no! Estos versos son de Annibal, versos atroces, Margarita, pero no sabe hacerlos mejores. Aquí está por fin. No, tampoco; es un mensaje para Coconnas que quiero que se lo hagas llegar por intermedio de La Mole. ¡Ah, por fin, ésta es la carta en cuestión!

Y la señora de Nevers entregó la carta a la reina.

Margarita la abrió inmediatamente y la leyó, pero no contenía en efecto otra cosa que lo que ya sabía por boca de su amiga.

—¿Y cómo recibiste esta carta? —preguntó la reina.

—Por un correo de mi marido que tenía orden de pasar por el palacio de Guisa antes de ir al Louvre y darme esta carta antes de entregar otra destinada al rey. Sabía la importancia que para mi reina tenía esta noticia y escribí al señor de Nevers para que lo hiciera. Ya ves cómo me ha obedecido, no es como ese monstruo de Coconnas. De modo que, en este momento, no hay en todo París más que tres personas que sepamos esto: el rey, tú y yo; a menos que el hombre que seguía a nuestro correo...

—¿Qué hombre?

—¡Oh! ¡Qué horrible oficio! Imagínate que el desdichado mensajero llegó exhausto, deshecho, lleno de polvo; corrió siete días y siete noches sin detenerse un instante.

—Pero ¿y ese hombre de quien hablabas?

—Espera. Constantemente seguido por un individuo de cara feroz, que tenía como él caballos de relevo y corría con la misma rapidez durante todo el trayecto de cuatrocientas leguas, el pobre mensajero temía a cada instante que una bala de pistola le atravesara los riñones. Los dos llegaron a la barrera de Saint —Marcel al mismo tiempo; los dos bajaron por la calle de Mouffetard al galope; los dos atravesaron la Cité. Pero al llegar al extremo del puente de Nótre— Dame, nuestro correo do bló a la derecha, mientas que el otro torcía hacia la izquierda por la plaza del Châtelet y llegaba por los muelles hasta el Louvre como una flecha.

—¡Gracias, mi buena Enriqueta, muchas gracias! —exclamó Margarita—. Tenías razón, son muy interesantes estas noticias. ¿Para quién sería el otro correo? Ya lo sabré. Ahora retírate. Esta noche nos veremos en la calle Tizon, ¿no es cierto?, y mañana en la cacería. Elige sobre todo un caballo que sea brioso para que se adelante y podamos quedarnos solas. Luego lo diré lo que deseo que averigües de Coconnas.

—¿No olvidarás la carta que lo he dado? —preguntó riendo la duquesa.

—No, no, puedes estar totalmente tranquila, la recibirá a tiempo.

En cuanto salió la señora de Nevers, Margarita envió a buscar a Enrique y al presentarse éste le enseñó la carta del duque de Nevers.

—¡Oh! ¡Oh! =dijo el rey.

Después Margarita le contó la historia del doble correo.

—En efecto —dijo Enrique—, yo le vi entrar en el Louvre.

—¿Sería quizá para la reina madre?

—No, estoy seguro, porque, por si acaso, estuve apostado en el corredor y no pasó nadie por allí.

—Entonces —dijo Margarita mirando a su marido— tiene que ser...

—Para vuestro hermano el duque de Alençon, ¿no es verdad?

—Sí, pero ¿cómo saberlo?

—¿No podríamos —preguntó Enrique displicentemente— mandar en busca de uno de esos dos gentiles hombres y preguntarle...?

—Tenéis razón, Sire —dijo Margarita satisfecha por la proposición de su esposo—. Enviaré a llamar al señor de La Mole... ¡Guillonne! ¡Guillonne!

La joven apareció.

—Tengo que hablar un instante con el señor de La Mole —le dijo la reina—. Trata de encontrarle y dile que venga.

Guillonne salió. Enrique se sentó ante una mesa sobre la cual había un libro alemán con grabados de Alberto Durero y se puso a mirarlos con tanta atención que, cuando entró La Mole, pareció no oírle y ni siquiera levantó la cabeza.

Por su parte, el joven, al ver al rey en la habitación de Margarita, se quedó en el umbral de la puerta mudo de sorpresa y pálido de angustia.

Margarita fue a su encuentro.

—Señor de La Mole —dijo—, ¿podríais decirme quién está hoy de guardia en el departamento del duque de Alençon?

—Coconnas, señora —dijo La Mole.

—Tratad de averiguar si ha introducido en el aposento de su señor a un hombre cubierto de barro que parecía haber hecho un largo viaje a galope tendido.

—¡Ah, señora! Temo que no me lo diga; hace algunos días que está muy taciturno.

—Sin embargo, me parece que si le dais esta carta os dará algo a cambio.

_ -¡De la duquesa!... ¡Oh! Con esta carta probaré a ver.

—Decidle también —añadió Margarita bajando la voz— que esta carta le servirá de salvoconducto para entrar esta noche en la casa que ya sabéis.

—¿Y cuál será el mío, señora? —dijo muy queda mente La Mole.

—Será suficiente que digáis vuestro nombre.

—Dadme la carta, señora, dádmela —dijo La Mole amorosamente—. Os respondo de todo.

Y se fue.

—Mañana sabremos si el duque de Alençon está enterado del asunto de Polonia —dijo tranquilamente Margarita volviéndose hacia su marido.

—Este señor de La Mole es verdaderamente un buen servidor —dijo el bearnés con aquella sonrisa tan suya—. Y..., ¡por la misa!, juro que haré su fortuna.

La caceria

✦

Cuando al día siguiente se levantó por detrás de las colinas de París un sol hermoso y rojizo que no quemaba, como es el de las mañanas privilegiadas del invierno, hacía ya dos horas que todo estaba en movimiento en el patio del Louvre.

Un magnífico caballo árabe, tan nervioso como esbelto, de patas de ciervo en las que resaltaban las venas formando una red, esperaba en el patio, golpeando el suelo con los cascos, enderezando las orejas y echando fuego por las narices, a Carlos IX; pero su impaciencia, con todo; era menor que la de su amo, detenido al pasar por Catalina, que le había llamado para hablarle, según le dijo, de un asunto importante. Ambos estaban en la galería de cristales: Catalina, fría, pálida a impasible como siempre; Carlos IX, trémulo, royéndose las uñas y castigando con la fust a a sus dos perros favoritos, .que se hallaban protegidos con cotas de malla para que el hocico del jabalí no pudiera hacer presa y estar así en condiciones de afrontar impunemente al terrible animal. Lucían colgando de su pecho un pequeño escudo con las armas de Francia, muy parecido al que llevaban los pajes, quienes más de una vez envidiaron los privilegios-de que gozaban aquellos afortunados y caninos favoritos.

—Prestad atención, Carlos —decía Catalina—. Nadie más que nosotros dos conoce aún la próxima llegada de los polacos. Sin embargo, ¡Dios me perdone!, el rey de Navarra obra como si lo supiese. A pesar de su abjuración, de la que siempre desconfié, sospecho que está en relaciones con los hugonotes. ¿Habéis notado lo muy a menudo que sale últimamente? Tiene dinero, él, que jamás lo tuvo; compra caballos y armas y los días de lluvia practica la esgrima de la mañana a la noche.

—¡Por Dios, madre mía! —dijo Carlos, impacientándose—. ¿Creéis que tiene intenciones de matarme o de matar a mi hermano el duque de Anjou? En tal caso, tendrá que recibir todavía varias lecciones, pues ayer le he contado once ojales en su jubón, que no tiene más que seis botones. En cuanto a mi hermano, ya sabéis que tira mejor que yo o por lo menos igual.

—Escuchad, Carlos —prosiguió Catalina—, y no tratéis a la ligera las cosas que os dice vuestra madre. Los embajadores van a llegar; pues bien, ya veréis: una vez que estén aquí, Enrique hará todo lo posible por atraérselos. Es insinuante y ladino; sin contar con que su mujer, que le ayuda en todo no sé por qué, conversará con ellos en latín, griego, húngaro, ¡qué sé yo! Os advierto, Carlos, y ya sabéis que jamás me equivoco, que algo se prepara.

En aquel momento se oían las campanadas de un reloj y Carlos dejó de escuchar a su madre para contarlas.

—¡Por mi vida! ¡Si son las siete ya! —exclamó—. Una hora para ir y serán las ocho; otra para llegar al lugar donde esté acorralado el jabalí y no podremos iniciar la caza antes de las nueve. Verdaderamente, madre mía, me estáis haciendo perder demasiado tiempo. ¡Vamos, Risquetout!... ¡Por mi vida! ¡Ven acá, bribón! Y un violento latigazo cruzó sobre el lomo del dogo. El pobre animal, sorprendido al recibir un castigo en vez de una caricia, lanzó un gemido de dolor. —Carlos— continuó Catalina—, escuchadme por Dios y no dejéis así al azar la suerte vuestra y la de Francia. La caza, la caza, la caza, decís... ¡Ya tendréis tiempo de cazar cuando hayáis cumplido vuestra misión de soberano!

—Vamos, vamos, madre —dijo Carlos pálido de impaciencia—, explicaos pronto porque me estoy poniendo nervioso. La verdad es que hay días en que no os entiendo.

Y se puso a golpearse la bota con el puño del látigo.

Catalina juzgó que había llegado el momento oportuno y que no debía desaprovecharlo .

—Hijo mío —dijo—, tenemos pruebas de que De Mouy ha vuelto a París. El señor de Maurevel, a quien conocéis perfectamente, le ha visto. El culpable de que esté aquí no puede ser más que el rey de Navarra, lo cual, según creo, es suficiente para que nos resulte más sospechoso que nunca.

—¡Vamos, otra vez acusando a mi pobre Enriquito! Queréis que me lo maten, ¿no es eso?

—¡Oh, no!

—¿Desterrarle, entonces? ¿Es que no comprendéis que desterrado será mucho más de temer que lo pueda ser aquí, bajo nuestra mirada, en el Louvre, donde no puede hacer nada sin que lo sepamos inmediatamente?

—No es desterrarle lo que quiero precisamente.

—Entonces, ¿qué queréis? Decídmelo pronto.

—Me gustaría tenerlo en sitio seguro mientras los polacos estén aquí; en La Bastilla, por ejemplo.

—¡Oh! ¡A fe mía que no! —exclamó Carlos IX—. Vamos a la caza del jabalí esta mañana y Enrique es uno de mis mejores acompañantes; sin él, la cacería no resultará bien. ¡Por favor, madre mía, parece que no queréis más que contrariarme!

—¡Hijo querido! No digo que sea hoy mismo... Los embajadores no llegarán hasta mañana o pasado mañana. Hagámosle detener cuando termine la cacería; esta tarde..., esta noche...

—Eso es totalmente distinto. Ya hablaremos luego, cuando nos veamos; terminada la cacería no diré que no. Adiós. ¡Vamos, Risquetout, aquí, no me impacientes tú también!

—Carlos —dijo Catalina sujetándole por el brazo—, aun a riesgo de provocar con este nuevo retardo una explosión de cólera, creo que lo mejor sería firmar en seguida la orden de arresto aunque no se ponga en vigor hasta la tarde o la noche.

—¿Firmar, escribir una orden, ir a buscar el sello de los pergaminos cuando me están esperando para la cacería, a mí, que jamás he llegado tarde? ¡Váyase todo al diablo!

—No, no; os quiero demasiado para ser la culpable de vuestro retraso; todo está previsto, entrad aquí en mi habitación.

Catalina, ágil como si no tuviera más que veinte años, abrió la puerta que comunicaba con su gabinete y mostró al rey un tintero, una pluma, un pergamino, el sello y una lamparilla encendida.

El rey cogió el pergamino y lo leyó rápidamente: «Orden, etc., etc., de hacer arrestar y conducir a La Bastilla a nuestro hermano Enrique de Navarra.»

—Bueno, ya está —dijo firmando de un trazo—; adiós, madre mía.

Y se lanzó fuera del gabinete, seguido de sus perros, contento de haberse librado tan fácilmente de la reina Catalina.

Carlos IX era esperado con impaciencia, y como conocían su puntualidad en materia de caza, todos estaban asombrados por su tardanza. Por eso, cuando apareció, los cazadores le saludaron dando vivas, los monteros tocando sus trompetas, los caballos con sus relinchos y los perros con sus ladridos. Todo aquel ruido, todo aquel estrépito hizo subir la sangre a sus pálidas mejillas, el corazón se le ensanchó y Carlos se sintió por un instante joven y feliz.

Apenas se distrajo el rey saludando a la brillante comitiva reunida en el patio; hizo una inclinación de cabeza al duque de Alençon, saludó con la mano a su hermana Margarita, pasó delante de Enrique sin dar señales de haberle visto y montó sobre el caballo árabe, que impaciente dio un salto en cuanto se vio montado. A las tres o cuatro corvetas comprendió que el jinete sabía su oficio y se calmó.

Resonaron de nuevo las cornetas y el rey salió del Louvre seguido del duque de Alençon, del rey de Navarra, de Margarita, de la señora de Nevers, de la señora de Sauve, de Tavannes y de los principales gentiles hombres de la corte.

No hay que decir que La Mole y Coconnas eran también de la partida.

En cuanto al duque de Anjou, estaba desde hacía tres meses en el sitio de La Rochele.

Mientras aguardaban al rey, Enrique fue a saludar a su esposa, quien, al contestar a su cumplido, le deslizó al oído estas palabras:

—El correo llegado de Roma ha sido introducido por el mismo señor Coconnas ante el duque de Alençon un cuarto de hora antes de que el enviado del duque de Nevers llegara a presencia del rey.

—Entonces lo sabe todo —dijo Enrique.

—Debe de saberlo —respondió Margarita—. Observadle y veréis cómo, a pesar de su habitual disimulo, le brillan los ojos.

—¡Por Dios! —murmuró el bearnés—, me lo explico, hoy caza tres piezas: Francia, Polonia y Navarra, ¡sin contar el jabalí!

Saludó a su esposa, volvió a su puesto y, llamando a uno de sus servidores, bearnés de origen, cuyos abuelos habían estado al servicio de sus mayores desde hacía más de un siglo y al que empleaba como mensajero para sus asuntos galantes, le dijo:

—Orthon, toma esta llave, llévala a casa del primo de la señora de Sauve; ya sabes quién es; vive con su amante en la esquina de la calle de los Quatre —Fils. Le dirás que su prima desea hablarle esta noche, que vaya a mi cuarto, que me espere allí y, si tardo, que se acueste en mi cama.

—¿No hay que esperar respuesta, Sire?

—Ninguna, sólo me dirás si le encontraste. La llave es para él solamente, ¿entiendes?

—Sí, Sire.

—Espera, no lo vayas aún. Antes de salir de París, lo llamaré con el pretexto de que ajustes la cincha de mi caballo; lo quedarás atrás con naturalidad y aprovecharás para cumplir mi encargo. Luego nos alcanzarás en Bondy.

El criado hizo un gesto de obediencia y se alejó.

Se pusieron en marcha por la calle de Saint-Honoré, siguieron por la de Saint-Denis hasta el arrabal; al llegar a la calle de Saint-Laurent, al caballo del rey de Navarra se le aflojó la cincha, Orthon acudió y todo se desarrolló tal y como había sido convenido.

El bearnés siguió al cortejo real por la calle de los Recoletos, mientras su fiel criado se alejaba por la calle del Temple.

Cuando Enrique se acercó al rey, Carlos estaba conversando con el duque de Alençon sobre temas tan interesantes como el estado del tiempo, la edad del jabalí acorralado y el lugar elegido para la caza. De tal modo se hallaba embebido en la conversación, que no advirtió o fingió no advertir que Enrique se había quedado atrás un momento.

Entre tanto, Margarita observaba desde lejos la fisonomía de cada uno y creyó adivinar en los ojos de su hermano un cierto embarazo cada vez que se fijaban en Enrique. La señora de Nevers se dejaba llevar por una loca alegría, porque Coconnas, extraordinariamente divertido aquel día, hacía alrededor de ella mil payasadas para distraer a las damas.

La Mole, por su parte, ya había aprovechado por dos veces la oportunidad de besar el manto blanco con franja dorada de Margarita, sin que este gesto, realizado con la habilidad propia de los amantes, fuese visto por más de tres o cuatro personas.

Llegaron a Bondy a eso de las ocho y cuarto.

La primera preocupación de Carlos IX fue la de enterarse si estaba dispuesto el jabalí.

El animal estaba, en efecto, en su guarida, y el montero que lo había apartado respondía de él. Una ligera colación estaba servida. El rey bebió un vaso de vino de Hungría a invitó a las damas a que se sentaran a la mesa.

Como estaba impaciente, para que pasara más pronto el tiempo se fue a visitar a los perros, ordenando que no desensillaran su caballo, pues jamás había montado otro mejor.

Mientras el rey daba este paseo, llegó el duque de Guisa. Venía armado como para ir a la guerra y no para asistir a una cacería. Veinte o treinta gentiles hombres, equipados como él, le acompañaban. Averiguó en seguida dónde estaba el rey, fue a su encuentro y volvió conversando con él.

A las nueve en punto el rey dio personalmente la señal de comenzar la partida y, montando todos a caballo, se encaminaron al lugar convenido para celebrar la caza.

En el trayecto, Enrique se las ingenió para acercarse de nuevo a su esposa.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó.

—No —respondió Margarita—,salvo que mi hermano Carlos os mira de un modo extraño.

—Ya lo he notado —replicó Enrique.

—¿Y habéis tomado vuestras precauciones?

—Llevo sobre el pecho mi cota de malla y a la cintura un excelente cuchillo de caza español afilado cono una navaja de afeitar, puntiagudo como una aguja y con el cual soy capaz de atravesar una moneda.

—Entonces —dijo Margarita—, ¡Dios os guarde!

El montero que guiaba a la comitiva hizo una señal: habían llegado a la guarida del jabalí.

Maurevel

✦

Mientras toda aquella juventud alegre y despreocupada, al menos en apariencia, brillaba como un dorado torbellino camino de Bondy, Catalina, enrollando el precioso pergamino en el que Carlos acababa de estampar su firma, hacía introducir en su gabinete al hombre a quien su capitán de guardias llevara pocos días antes una carta a la calle de los Cerezos, en el barrio del Arsenal.

Una ancha venda de tafetán, parecida a un sello mortuorio, ocultaba uno de los ojos de este hombre, dejando ver entre los salientes pómulos la curva de una nariz de buitre. Una barba grisácea le cubría la parte inferior del rostro. Llevaba una capa larga y gruesa bajo la cual se adivinaba todo un arsenal. Además llevaba al costado, aunque no fuese costumbre entre la gente que acudía a la corte, una espada de campaña, larga y con doble cazoleta. Una de sus manos estaba escondida bajo la capa y no se apartaba ni un instante del mango de un puñal.

—¡Ah! Estáis aquí, señor —dijo la reina sentándose—. Ya sabéis que os prometí después de la noche de San Bartolomé, en la que nos prestasteis tan señalados servicios, no dejaros ocioso. Ahora se presenta la ocasión, o mejor dicho yo la he provocado. Agradecédmelo, pues.

—Señora, doy humildemente las gracias a Vuestra Majestad —respondió el individuo de la venda negra con un tono servil a insolente al mismo tiempo.

—¡Una hermosa ocasión, señor, como no encontraréis otra en vuestra vida! No dejéis de aprovecharla.

—Espero, señora; sólo que después del preámbulo temo...

—¿Que el encargo será difícil? ¿Y no son así los que codician quienes quieren progresar? Esta ocasión de que os hablo sería envidiada por los Tavannes y hasta por los mismos Guisa.

—¡Ah, señora! —repuso el hombre—. Sea cual sea vuestro encargo, estoy a las órdenes de Vuestra Majestad.

—Entonces, leed —dijo Catalina presentándole el pergamino.

El hombre palideció al leerlo.

—¿Cómo? —dijo—. ¿Orden de arrestar al rey de Navarra?

—¿Y qué tiene eso de extraordinario?

—Pero es un rey, señora. Os aseguro que me hacéis dudar, temo no ser lo bastante buen caballero.

—Mi confianza os hace el primer gentilhombre de la corte, señor de Maurevel —dijo Catalina.

—Gracias sean dadas a Vuestra Majestad —dijo el asesino con una voz temblorosa y emocionada.

—¿Obedeceréis entonces?

—Si Vuestra Majestad lo ordena, ¿no es ése mi deber?

—Sí, lo ordeno.

—Entonces obedeceré.

—¿Y cómo haréis?

—No sé, señora, desearía que me lo dijera Vuestra Majestad.

—¿Teméis el escándalo?

—Confieso que sí.

—Elegid doce hombres de confianza y, si es preciso, más.

—Ya comprendo; Vuestra Majestad me permite tomar precauciones y se lo agradezco en extremo; pero ¿dónde arrestaré al rey de Navarra?

—¿Dónde preferiríais hacerlo?

—En un lugar que, a ser posible, fuese una garantía. Por vos misma.

—Sí, ya comprendo; en un palacio real. ¿Qué os parece el Louvre, por ejemplo?

—¡Oh! Si Vuestra Majestad lo permitiese me haría un gran favor.

—Le arrestaréis entonces en el Louvre.

—¿En qué sitio?

—En su misma habitación.

Maurevel se inclinó.

—¿Y cuándo, señora?

—Esta tarde o, mejor, esta noche.

—Está bien. Ahora ruego a Vuestra Majestad que se digne a informarme sobre una cosa.

—¿Sobre qué?

—Sobre las atenciones debidas a su rango.

—¡Atenciones!... ¡Rango!... —dijo Catalina—. ¿Ignoráis, señor, que el rey de Francia no debe atenciones a nadie en su reino, puesto que no reconoce a nadie un rango igual al suyo?

Maurevel hizo una segunda reverencia.

—Insistiré, sin embargo, sobre este punto si Vuestra Majestad me lo permite.

—Decid, señor.

—Si el rey dudara de la autenticidad de la orden, lo que no es probable...

—Al contrario, es seguro.

—¿Dudará?

—Sin duda alguna.

—¿Y se negará a obedecer, por lo tanto?

—Mucho lo temo.

—¿Y resistirá?

—Es probable.

—¡Oh! ¡Diablos! —dijo Maurevel—. En ese caso... —¿En qué caso?— preguntó Catalina con la mirada fija.

—En el caso de que resistiese, ¿qué debo hacer?

—¿Qué hacéis cuando estáis encargado de ejecutar una orden del rey, es decir, cuando representáis a Su Majestad, y alguien se resiste, señor de Maurevel?

—Pero, señora —respondió el esbirro—, cuando el rey me honra con una orden como ésta y se trata de un simple caballero, lo mato.

—Ya os he dicho —replicó Catalina—, y no. creo que haya pasado tanto tiempo como para que lo hayáis olvidado, que el rey de Francia no reconoce en su reino ningún rango superior al suyo; es decir, que el rey de Francia es el único rey y que junto a él los más grandes señores son simples gentiles hombres. Maurevel palideció porque comenzaba ya a comprender.

—¡Oh! —dijo—. ¡Matar al rey de Navarra!...

—Pero ¿quién habla de matarle? ¿Dónde está la orden que diga tal cosa? El rey quiere que sea llevado a La Bastilla y la orden no ofrece dudas sobre este punto. Si se deja arrestar, bien; pero como no se dejará, como resistirá, como intentará mataros...

Maurevel se puso lívido.

—Os defenderéis —continuó Catalina—. No se puede pedir a un valiente como vos que se deje matar sin defenderse, y en la lucha, ¡quién sabe lo que pueda suceder!... Me entendéis, ¿no es cierto?

—Sí, señora; pero, sin embargo...

—Vamos, ¿queréis que después de estas palabras «Orden de arrestar», agregue de mi puño y letra «vivo o muerto»?

—Confieso, señora, que eso disiparía mis escrúpulos.

—Bueno, lo haré, ya que no creéis posible ejecutar la orden de otra manera.

Y Catalina, encogiéndose de hombros, desenrolló con una mano el pergamino mientras con la otra escribía: «vivo o muerto.»

—Aquí tenéis —dijo—. ¿Os parece ahora que la orden está en regla?

—Sí, señora —respondió Maurevel—, pero ruego a Vuestra Majestad que me deje entera libertad de acción.

—¿Acaso algo de lo que os he dicho perjudica su cumplimiento?

—Me ha dicho Vuestra Majestad que elija a doce hombres.

—Sí, para que estéis más seguro.

—Pues bien, os pido permiso para no llevar más que seis.

—¿Por qué?

—Porque si ocurriera alguna desgracia al príncipe, cosa que es probable, excusarían fácilmente a seis hombres el haber tenido miedo de un prisionero, mientras que nadie

perdonaría a doce guardias el no haber dejado matar a la mitad de sus camaradas antes de poner la mano sobre una Majestad.

—¡Valiente Majestad que carece de reino!

—Señora —dijo Maurevel—, no es un reino lo que hace al rey ser rey, sino el nacimiento.

—Está bien, obrad como os plazca —dijo Catalin a—. Solamente debo advertiros que no quiero que salgáis del Louvre.

—¿Y cómo haré para reunir a mis hombres?

—¿No tenéis una especie de sargento a quien podáis encomendar esa tarea?

—Tengo a mi lacayo, que no sólo es un muchacho fiel, sino que varias veces me ha ayudado en parecidas empresas.

—Enviad a buscarle y arreglaos con él. Conocéis la sala de armas del rey, ¿verdad? Haré que os sirvan allí el desayuno. El sitio tonificará vuestro ánimo, si es que está quebrantado. Luego, cuando mi hijo regrese de la cacería, pasaréis a mi oratorio, donde esperaréis la hora.

—Pero ¿cómo entraremos en la habitación? El rey debe de tener sospechas y seguramente se encerrará por dentro.

—Tengo las llaves de todas las puertas —dijo Catalina— y han quitado los cerrojos a la de Enrique. Adiós, señor de Maurevel, hasta la vista. Haré que os conduzcan a la sala de armas del rey. ¡Ah! A propósito, no olvidéis que lo que un rey manda debe ser ejecutado por encima de todo; que no se admite ninguna excusa y que un fracaso comprometería el honor del rey, lo que es grave.

Catalina, sin darle tiempo de que respondiera, llamó al señor de Nancey, capitán de guardias, y le ordenó que condujera a Maurevel a la sala de armas del rey.

«¡Demonios! -se dijo Maurevel mientras seguía a su acompañante-. Me elevo en la jerarquía del asesinato; de un simple gentilhombre a un capitán, de un capitán a un almirante; de un almirante a un rey sin corona. ¡Quién sabe si algún día no le llegará el turno a un rey que verdaderamente la tenga!...»

Caza mayor

El montero que había apartado al jabalí y que aseguró al rey que el animal permanecía en el recinto destinado a la caza no estaba equivocado. En cuanto el sabueso encontró la pista, se metió en el monte a hizo salir de entre unos matorrales al jabalí. Como ya dijera el montero que había reconocido sus huellas, se trataba de un viejo ejemplar, es decir, de una bestia de gran tamaño.

Salió corriendo en línea recta y atravesó el camino a cincuenta pasos del rey, seguido solamente por el sabueso que le había descubierto. Soltaron en seguida la primera jauría, y una veintena de perros se lanzó en su persecución.

La caza apasionaba al rey Carlos. Apenas el animal había cruzado el camino, el rey se lanzó tras él tocando el cuerno, seguido del duque de Alençon y de Enrique, quien, por una seña de Margarita, comprendió que no debía apartarse de Carlo s IX.

Todos los demás cazadores siguieron al monarca.

En la época en que transcurre nuestra historia, los bosques reales de los alrededores de París distaban mucho de ser lo que son hoy, es decir, grandes parques cruzados por caminos transitables. Entonces, la explotación forestal era casi nula. Los reyes no habían pensado aún en volverse comerciantes dividiendo sus bosques en cotos de caza o explotando las talas. Los árboles, sembrados por la mano de Dios a capricho del viento y no por hábiles jardineros, no estaban dispuestos a tresbolillo, sino que crecían a su antojo, como ocurre todavía en las selvas vírgenes de América. En una palabra, un bosque en aquel entonces era una guarida de jabalís, ciervos, lobos y bandoleros. Y sólo una docena de senderos que partían de un punto recorrían el de Bondy, que estaba rodeado por un camino circular, tal como la llanta de una rueda envuelve los radios.

Llevando la comparación más lejos, podría decirse que el cubo de la rueda constituía la única encrucijada, situada en el centro del bosque. Allí se reunían los cazadores extraviados para comenzar de nuevo la búsqueda de la presa.

Al cabo de un cuarto de hora sucedió lo que siempre sucedía en tales casos: insuperables obstáculos se opusieron al paso de los cazadores, los ladridos de los perros se perdían a lo lejos y el rey volvió al punto de partida, jurando y maldiciendo como de costumbre.

—¡Eh! ¡Alençon! ¡Enriquito! —dijo—. ¿Qué es esto? ¡Por Dios! Estáis tranquilos como si fuerais monjas que siguieran a su abadesa. Esto no se llama cazar. Vos, Alençon, parece que acabáis de salir de una caja, estáis tan perfumado que si pasáis entre el jabalí y mis perros sois

capaz de hacerles perder el rastro. Y vos, Enriquito, ¿dónde está vuestro venablo y vuestro arcabuz?

—Señor —dijo Enrique—, ¿para qué el arcabuz? Sé que a Vuestra Majestad le agrada tirar al animal cuando resiste a los perros. En cuanto al venablo, es un arma que manejo con mucha torpeza, pues no se usa en nuestras montañas, donde cazamos osos con un simple puñal.

—¡Pardiez! Enrique, cuando volváis a vuestros Pirineos, quiero que me enviéis una partida de osos, porque debe de ser una hermosa caza la que se hace cuerpo a cuerpo con un animal que puede ahogarnos. Escuchad, creo que oigo el ladrido de los perros. No, me equivoco.

El rey cogió su cuerno y tocó. Otros toques le respondieron. De pronto apareció un montero tocando un aire distinto.

—¡El rastro, el rastro! —gritó el rey.

Y salió al galope, seguido por todos los cazadores que se le habían reunido.

El montero no se había engañado. A medida que el rey avanzaba, se oían más claramente los ladridos de la jauría, compuesta ya por más de sesenta perros, pues los iban soltando sucesivamente a medida que el jabalí pasaba por los distintos sitios donde estaban colocados los relevos. El rey volvió a verlo y se metió tras él en el bosque, tocando el cuerno con todas sus fuerzas.

Los príncipes le siguieron durante algún tiempo. Pero el rey montaba un caballo tan vigoroso y era tanto su ímpetu que, en la imposibilidad de seguirle por los caminos escarpados y por los espesos matorrales que elegía, primero las damas, luego el duque de Guisa y sus caballeros y después los dos príncipes, se vieron obligados a dejarle solo. Tavannes resistió un rato más, pero, al fin, hubo de darse también por vencido. Todo el mundo, excepto Carlos y algunos monteros que alentados por una prometida recompensa no querían dejar al rey, se agrupó en las inmediaciones de la encrucijada central.

Los dos príncipes se hallaban juntos en un ancho sendero. A cien pasos de distancia, el duque de Guisa y sus caballeros habían hecho alto. En el cruce de los caminos estaban las damas.

—¿No parece realmente —dijo el duque de Alençon a Enrique mostrándole con el rabillo del ojo al duque de Guisa— que ese hombre con su escolta armada hasta los dientes es el verdadero rey? A nosotros, pobres príncipes, ni siquiera se digna mirarnos.

—¿Por qué nos ha de tratar él mejor de lo que nos tratan nuestros propios parientes? —respondió Enrique—. ¡Ah, hermano mío! ¿Acaso vos y yo no estamos prisioneros en la corte de Francia, no somos algo así como rehenes de nuestro partido?

El duque Francisco se estremeció al oír estas palabras y miró a Enrique con el deseo de que diera alguna otra explicación; pero Enrique se había excedido más de lo que acostumbraba y guardó silencio.

—¿Qué queréis decir, Enrique? preguntó el duque Francisco visiblemente contrariado de que su cuñado no continuara, después de haberle dejado entrever tanto.

—Quiero decir, hermano —respondió Enrique—, que estos hombres tan bien armados que parecen haber recibido orden de no perdernos de vista tienen todo el aspecto de guardias que pretendieran impedir la fuga de dos personas.

—¿Fuga? ¿Y por qué? —preguntó Francisco, fingiendo admirablemente sorpresa y candidez.

—Tenéis un magnífico caballo español —dijo Enrique continuando su pensamiento, aunque adoptase el aire de cambiar de conversación—. Estoy seguro de que podría hacer siete leguas en una hora y veinte desde ahora hasta el mediodía. El tiempo es bueno y os aseguro que invita a galopar. Mirad este lindo atajo. ¿No os tienta, Francisco? A mí me queman las espuelas.

Francisco no respondió. Tan sólo enrojeció y empalideció sucesivamente y afinó el oído como si escuchara las señales de la caza.

«La noticia de Polonia produce su efecto -pensó Enrique-, y mi querido cuñado ya tiene su plan. Él quisiera que yo me escapase, pero yo no me escaparé solo.»

Apenas acababa de hacerse esta reflexión cuando varios hugonotes recién convertidos, que habían regresado a la corte hacía dos o tres meses, llegaron al trote y saludaron a los dos príncipes con la más amable de las sonrisas.

El duque de Alençon, avisado por las insinuaciones de Enrique, no tenía más que decir una palabra o hacer un gesto y era evidente que los treinta o cuarenta caballeros, reunidos en aquel momento a su alrededor como para oponerse a los de la escolta de Guisa, favorecerían su fuga. Pero volvió la cabeza, y llevándose el cuerno a la boca, llamó a reunión.

Entre tanto, los recién llegados, como si hubieran creído que la falta de decisión del duque de Alençon se debía a la vecindad de los partidarios de Guisa, se deslizaron entre éstos y los dos príncipes con una habilidad estratégica que revelaba la costumbre de las maniobras militares.

En efecto, para llegar ahora hasta el duque de Alençon o hasta el rey de Navarra, hubiera sido preciso pasar por encima de ellos, mientras que ante la vista de los dos cuñados se extendía un camino enteramente libre.

De pronto, a diez pasos del rey de Navarra apareció entre los árboles otro gentilhombre, a quien los dos príncipes no habían visto aún. Enrique trataba de descubrir quién era cuando el caballero, quitándose el sombrero, se dio a conocer a Enrique como el vizconde de Turenne, uno de los jefes del partido protestante a quien se suponía en Poitou.

El vizconde llegó incluso a hacer una señal que quería decir claramente: ¿Venís?

Pero Enrique, después de consultar el rostro impasible y la mirada apagada del duque de Alençon, volvió dos o tres veces hacia atrás como si algo le incomodara en el cuello de su jubón.

Era una respuesta negativa. El vizconde lo comprendió así, espoleó a su caballo y desapareció en la espesura.

En aquel mismo instante se oyó aproximarse a la jauría; después, al fondo del camino en que se hallaban, se vio cruzar al jabalí, luego a los perros y, por último, semejante a un cazador

infernal, a Carlos IX, seguido de tres o cuatro monteros sin sombrero, el cuerno en la boca y tocando hasta romperse los pulmones. Tavannes había desaparecido.

—¡El rey! —exclamó el duque de Alençon, y se lanzó tras él.

Enrique, tranquilizado por la presencia de aquellos buenos amigos, les hizo señas de que no se alejaran y se dirigió hacia donde estaban las damas.

—¿Qué tal —le preguntó Margarita avanzando unos pasos.

—Estamos cazando el jabalí, señora —dijo Enrique.

—¿Y eso es todo?

—Sí, el viento ha cambiado desde ayer por la mañana, pero creí haber predicho que ocurriría así.

—Estos cambios de tiempo son perjudiciales para la caza, ¿verdad? —preguntó Margarita.

—Sí —repuso Enrique—, trastornan a veces todas las disposiciones tomadas y es preciso rehacer el plan. En aquel momento empezaron a oírse cada vez más cerca los ladridos de la jauría, y una especie de redoble tumultuoso advirtió a los cazadores que debían estar en guardia. Todos levantaron la cabeza y escucharon con atención.

En seguida apareció el jabalí, que, en lugar de meterse otra vez en el bosque, siguió por el camino, yendo derecho hacia el claro donde estaban las damas, los caballeros que les hacían la corte y los cazadores que h abían perdido el rastro.

Detrás de él, a punto de darle alcance, venían treinta o cuarenta perros de los más fuertes, y a unos veinte pasos de la jauría, el rey, sin sombrero ni capa, con el traje desgarrado por los espinos y el rostro y las manos ensangrentados.

Únicamente dos monteros le acompañaban.

El rey no abandonaba el cuerno más que para excitar a los perros y no dejaba de excitar a sus perros más que para tocar el cuerno. El mundo entero parecía haber desaparecido ante sus ojos. Si su caballo hubiese fallado, habría exclamado como Ricardo III: «¡Mi corona por un caballo!»

El corcel parecía tan ardiente como su jinete; sus cascos no tocaban la tierra y por su nariz despedía fuego.

El jabalí, los perros y el rey pasaron como una exhalación.

—¡Halalí! ¡Halalí! —gritó el rey al pasar. Y se llevo el cuerno a sus ensangrentados labios.

Unos pasos más atrás iban el duque de Alençon y dos monteros, los demás seguidores habían ren unciado o se habían perdido.

Todo el mundo salió a galope tras el rey, pues era evidente que el jabalí no tardaría en dar la batalla. En efecto, al cabo de unos diez minutos, el jabalí abandonó el sendero y se introdujo en el bosque. Pero al llegar a un claro, se detuvo ante una roca a hizo frente a los perros.

A los gritos de Carlos, que le había seguido, todo el mundo acudió.

Llegaba el momento más interesante de la cacería.

El animal se hallaba decidido a una desesperada defensa. Los perros, excitados p or una carrera de más de tres horas, se arrojaron sobre él con un encarnizamiento redoblado por los gritos y juramentos del rey. Todos los cazadores se colocaron formando un círculo; el rey un poco adelantado, teniendo a su espalda al duque de Alençon armado con un arcabuz y a Enrique que empuñaba simplemente su cuchillo de caza. El duque de Alençon sacó el arcabuz de su funda y encendió la mecha. Enrique movió dentro de la vaina su cuchillo.

En cuanto al duque de Guisa, despreciando tales ejercicios de caza, se mantenía alejado con sus compañeros.

Las damas formaban un pequeño grupo parejo a éste.

Todos los cazadores permanecían en una espera ansiosa con los ojos clavados en el animal.

A un lado, un montero se esforzaba por mantener sujetos a dos mastines del rey que, protegidos por sus cotas de malla, esperaban, aullando y saltando de tal manera que amenazaban romper sus cadenas, el momento de agredir al jabalí.

El animal resistía de un modo maravilloso: atacado a la vez por cuarenta perros que le rodeaban como una marea rugiente y formaban a su alrededor con sus manchas como una abigarrada alfombra, cuando alguno de ellos trataba de herir su rugosa piel de erizados pelos, le lanzaba de una embestida a diez pies de altura.

El perro caía destrozado y, con las entrañas arrastrando, volvía de nuevo a la pelea.

El jabalí proseguía su defensa, mientras Carlos, con los cabellos revueltos, los ojos inflamados, las ventanas de la nariz dilatadas a inclinado sobre el cuello de su caballo sudoroso, tocaba el cuerno con frenesí.

En menos de diez minutos, veinte perros quedaron fuera de combate.

—¡Los dogos! ¡Los dogos! —gritó Carlos.

Al oírle, el montero dejó en libertad a los dos canes que tenía sujetos y que se arrojaron en medio de la carnicería, derribándolo todo, abriéndose camino con sus cotas de malla hasta el animal, al que trincaron cada uno por una oreja.

El jabalí, sintiéndose apresado, hizo rechinar sus dientes de rabia y de dolor.

—¡Bravo, Duredent! ¡Bravo, Risquetout! —gritó Carlos—. ¡Ánimo! ¡Muy bien! ¡Una pica! ¡Una pica!

—¿No queréis mi arcabuz? —preguntó el duque de Alençon.

—No —repuso el rey—, no; a la bala no se la siente entrar y no produce ningún placer, mientras que a la pica se la siente romper la carne. ¡Una pica! ¡Una pica!

Trajeron una pica de caza para el rey, templada al fuego y provista de una punta de acero.

—¡Cuidado, hermano! — gritó Margarita.

—¡Duro, duro con él! —gritó la duquesa de Nevers—. ¡No le erréis, señor! ¡Un buen golpe a ese hereje!

—Podéis estar tranquila, duquesa —dijo Carlos.

Y cogiendo el arma arremetió contra el jabalí, que, preso entre los dos perros, no pudo evitar el golpe. Sin embargo, al ver el reflejo del venablo, hizo un movimiento de lado y el arma, en lugar de penetrarle en el pecho, se deslizó por el lomo y fue a estrellarse contra la roca en la que estaba apoyado.

—¡Por mil demonios! —gritó el rey—. ¡Le he fallado!... ¡Otra pica! ¡Otra pica!

Y retrocediendo como hacían los caballeros para tomar distancia, tiró a diez pasos de él su arma ya in - servible.

Un montero se adelantó a ofrecerle otra.

Pero en aquel momento, como si hubiese previsto la suerte que le esperaba y hubiera querido sustraerse a ella, el jabalí, con un violento tirón, sacó sus orejas desgarradas de entre los dientes de los mastines y con los ojos inyectados en sangre, erizado, espantoso, con la respiración jadeante como si su boca fuera un soplete de forja y entrechocando los dientes, se lanzó furioso, con la cabeza baja, contra el caballo del rey. Carlos era demasiado buen cazador para no haber previsto este ataque, dio un tirón a su caballo, que hizo encabritarse al animal, pero debió de calcular mal, porque el caballo, quizá porque le tiraban demasiado las riendas o porque se hubiera espantado, cayó hacia atrás.

Todos los espectadores lanzaron un grito terrible; al caer el caballo, el rey había quedado debajo y tenía apresado un muslo.

—¡Las riendas, Sire, soltad las riendas! —dijo Enrique.

El rey dejó las bridas y cogió la montura con la mano izquierda tratando de sacar con la derecha su cuchillo de caza; pero éste, oprimido por el peso de su cuerpo, no quiso salir de su vaina.

—¡El jabalí! ¡El jabalí! —gritó Carlos—. ¡A mí, Alençon, a mí!

Mientras tanto, el caballo, ya en libertad y como si hubiera comprendido el peligro que corría su amo, se había levantado sobre tres patas cuando, al llamamiento de su hermano, Enrique vio al duque Francisco palidecer horriblemente y apoyar el arcabuz en su hombro; pero la bala, en lugar de herir al jabalí, que estaba a dos pasos del rey, atravesó la rodilla del caballo, que volvió a caer. Al mismo tiempo el jabalí destrozó con sus colmillos la bota de Carlos.

—¡Oh! —murmuró Alençon con sus labios descoloridos—. Creo que el duque de Anjou será el rey de Francia y yo el de Polonia.

En efecto, el jabalí se disponía a atacar de nuevo a Carlos cuando éste sintió que alguien le levantaba el brazo; luego vio brillar una hoja aguda y cortante que se hundía hasta la empuñadura en el lomo del animal mientras que una mano con guantelete de hierro apartaba la humeante cabeza del jabalí.

Carlos, que con el movimiento que había hecho su caballo había logrado libertar su pierna, se levantó pesadamente y al verse cubierto de sangre se puso pálido como un cadáver.

—Sire —dijo Enrique, quien, arrodillado en el suelo, había herido al animal en el corazón —. Sire, no es nada, quitando lo de la bota, y Vuestra Majestad no está herido.

Luego se levantó soltando el cuchillo y el jabalí cayó arrojando más sangre por la boca que por la herida. Carlos, rodeado de un público ansioso, aturdido por los gritos de terror que hubiesen impresionado al más valeroso, estuvo por un momento a punto de caer junto al animal moribundo. Pero se reanimó y, volviéndose al rey de Navarra, le estrechó la mano con una mirada en la que brillaba el primer indicio de sensibilidad que había hecho latir su corazón desde hacía veinticuatro años.

—Gracias, Enriquito —le dijo.

—¡Mi pobre hermano! —exclamó el duque de Alençon acercándose presuroso a Carlos.

—¡Ah! ¿Eres tú? —preguntó el rey—. ¡Vaya un famoso tirador! ¿Qué fue de lo bala?

—Se habrá estrellado contra el jabalí —respondió el duque.

—¡Dios mío! —gritó Enrique con sorpresa admirablemente fingida—. Mirad, Francisco, vuestra bala ha roto la pata del caballo de Su Majestad. ¡Es extraño!

—¿Es verdad? —preguntó el rey.

—Es posible —dijo el duque de Alençon consternado—. ¡Me temblaba tanto el pulso!

—Lo cierto es que para ser un hábil tirador habéis hecho un disparo singular, Francisco —dijo Carlos frunciendo el ceño—. Gracias, por segunda vez, Enriquito. Señores —añadió el rey —, volvamos a París, tengo bastante con esto.

Margarita se aproximó a Enrique para felicitarle.

—A fe mía que sí, Margot —dijo Carlos—, felicítalo y sinceramente, porque, sin él, el rey de Francia se llamaría Enrique III.

—¡Ay, señora! —dijo el bearnés—. El señor duque de Anjou, que ya es mi enemigo, va a odiarme más todavía. Pero ¿qué queréis? Se hace lo que se puede, y si no, preguntádselo al señor de Alençon.

Y, agachándose, sacó su cuchillo de caza del cuerpo del jabalí y lo hundió dos o tres veces en el suelo para que la hoja, al roce con la tierra, quedara limpia por completo de sangre.

Segunda parte

Fraternidad

✦

Al salvar la vida de Carlos, Enrique había hecho algo más que salvar la vida de un hombre: había impedido que tres reinos cambiasen de soberano.

En efecto, muerto Carlos IX, el duque de Anjou se convertiría en rey de Francia y el duque de Alençon, probablemente, en rey de Polonia. En cuanto a Navarra, como el duque de Anjou era el amante de la señora de Condé, su corona hubiera servido posiblemente para pagar al marido la complacencia con que toleraba la conducta de su mujer. Ahora bien, de aquel trastorno no hubiera sacado ningún provecho Enrique. Cambiaba de amo, esto era todo, y en lugar de soportar a Carlos IX, que al fin era tolerante para con él, vería subir al trono de Francia al duque de Anjou, quien, siendo el ojo derecho de su madre Catalina, había jurado darle muerte y no dejaría de cumplir su juramento.

Todas estas ideas acudieron a su mente en el momento en que el jabalí se lanzó sobre Carlos IX, y ya hemos visto cuál fue el resultado de sus reflexiones. La vida de Carlos estaba totalmente ligada a su propia existencia. .

Carlos IX fue salvado por un sentimiento cuyo motivo se hallaba muy lejos de comprender.

Pero Margarita había comprendido todo y admirado aquel singular valor de Enrique, que, semejante al relámpago, no brillaba sino en las tormentas.

Por desgracia, no se trataba sólo de evitar el reinado del duque de Anjou, sino que era preciso que llegara el mismo Enrique a ser rey. Para ello tenía que disputar Navarra al duque de Alençon y al príncipe de Condé; era indispensable, sobre todo, abandonar la corte, por donde caminaba entre dos precipicios, y abandonarla protegido por un príncipe de Francia.

Enrique, al regreso de Bondy, reflexionó profundamente sobre su situación. Al llegar al Louvre tenía ya un plan. Sin quitarse las botas, tal como estaba, lleno de polvo y ensangrentado aún, se dirigió al cuarto del duque de Alençon, a quien encontró muy agitado paseando a grandes zancadas por su habitación. Al verle, el príncipe hizo un movimiento de sorpresa.

—Sí —le dijo Enrique cogiéndole las dos manos—, sí; comprendo, mi buen hermano, que estéis disgustado conmigo porque fui el primero que hice resaltar ante el rey que vuestra bala había atravesado la pata de su caballo en lugar de herir al jabalí, como sin duda era vuestra intención. Pero ¿qué queréis? No pude contener una exclamación de sorpresa. Por otra parte, el rey se hubiera enterado de todas maneras, ¿no lo creéis así?

—Sin duda, sin duda —murmuró Alençon—, sin embargo no puedo atribuir sino a mala intención esa especie de denuncia que habéis hecho y que, como habéis visto, ha tenido como

consecuencia nada menos que poner en guardia a mi hermano Carlos respecto a mis intenciones y que una nube se interponga entre nosotros.

—Ahora hablaremos de eso, y en cuanto a la buena o mala intención que tengo respecto a vos, vengo expresamente para haceros juez de ella.

—Está bien —dijo Alençon con su habitual reserva—. Hablad, Enrique, os escucho.

—Cuando haya hablado, Francisco, veréis bien cuáles son mis intenciones, puesto que la confidencia que vengo a haceros excluye toda reserva y toda prudencia; en cuanto os la haya hecho, podréis perderme con una sola palabra.

—¿De qué se trata? —preguntó Francisco, que comenzaba a turbarse.

—Conste —continuó Enrique— que he vacilado mucho tiempo antes de decidirme a hablaros del asunto que me trae, sobre todo después de ver cómo os habéis hecho hoy el sordo.

—Os aseguro —dijo Francisco palideciendo— que no sé lo que queréis decir, Enrique.

—Hermano, vuestros intereses me son demasiado queridos para que no os advierta que los hugonotes han hecho cerca de mí algunas gestiones.

—¿Cuáles? —preguntó Alençon.

—Uno de ellos, el señor De Mouy de Saint —Phale, hijo del valiente De Mouy, asesinado, como sabéis, por Maurevel...

—Sí.

—Ha venido a visitarme, arriesgando su vida, para advertirme que estoy cautivo.

—¡Ah! En efecto. ¿Y qué le habéis contestado?

—Hermano mío, sabéis que quiero mucho a Carlos, que gracias a él he salvado la vida y que la reina Catalina ha reemplazado para mí a mi madre. He rechazado, pues, todos los ofrecimientos que vino a hacerme.

—¿Qué ofrecimientos eran?

—Los hugonotes quieren reconstituir el trono de Navarra, y como en realidad este trono me pertenece por herencia...

—Sí; ¿y el señor De Mouy, en lugar de vuestro consentimiento, recibió vuestra renuncia?

—Formal... hasta por escrito. Pero después... —continuó Enrique.

—¿Os habéis arrepentido, hermano? —interrumpió Alençon.

—No, tan sólo me había parecido que el señor De Mouy, descontento de mí, dirigía su vista hacia otra

—Pero, ¿hacia dónde? —preguntó vivamente Francisco.

—¡Ay! Yo no sé nada. Quizás hacia el príncipe de Condé.

—Sí, es probable —dijo el duque.

—Por otra parte —añadió Enrique—, tengo un medio infalible para conocer el jefe que han elegido. Francisco se puso lívido.

—Pero —continuó Enrique— los hugonotes están divididos y el señor De Mouy, por muy leal y valiente que sea, no representa más que a la mitad del partido. Ahora bien, la otra mitad, nada desdeñable por cierto, no ha perdido la esperanza de colocar en el trono a ese Enrique de Navarra que, tras vacilar en el primer momento, puede haber reflexionado después.

—¿Lo creéis así?

—¡Oh! Todos los días recibo nuevos testimonios. ¿Observasteis qué hombres formaban aquella tropa que se nos acercó durante la caza?

—Sí, eran gentiles hombres conversos.

—¿Habéis reconocido a su jefe, a aquel que me hizo una seña?

—Sí, era el vizconde de Turenne.

—¿Comprendisteis lo que me proponían?

—Sí, que huyerais.

—Entonces —dijo Enrique a Francisco, que parecía inquieto— es evidente que hay un segundo partido que quiere otra cosa que el señor De Mouy.

—¿Un segundo partido ?

—Sí, y muy poderoso, como os he dicho; de modo que para triunfar sería necesario unir los dos partidos: el de Turenne y el de De Mouy. La conspiración está en marcha, las tropas están dispuestas; sólo falta la señal. En esta situación suprema, que exige por mi parte una rápida decisión, he dudado entre dos soluciones que vengo a someter a vuestro criterio de amigo.

—Decid, mejor, de hermano.

—Sí, de hermano —repitió Enrique.

—Hablad, pues, ¡os escucho!

—Ante todo, debo exponeros cuál es mi estado de ánimo, querido Francisco. No tengo ningún deseo, nin —guna ambición, ninguna capacidad; soy un buen hidalgo de provincia; pobre, sensual y tímido; el oficio de conspirador me ofrece peligros que no alcanza a compensar la perspectiva cierta de una corona.

—¡Ah, hermano mío! —dijo Francisco—. Os equivocáis, y es muy triste la situación de un príncipe cuya fortuna está limitada por una barrera en el campo paterno o por un hombre en la carrera de los honores. No creo en lo que me decís.

—Lo que os digo es tan cierto, sin embargo, hermano mío —replicó Enrique—, que si creyera tener un amigo verdadero renunciaría en su favor el poder que quiere conferirme el partido; pero —agregó suspirando— no tengo ninguno.

—Quién sabe. Tal vez os engañáis.

—No, ¡por Dios! Excepto vos, hermano mío, no veo a nadie que me sea adicto; por eso, antes que dejar que aborte deshonrosamente una tentativa que podría encumbrar a algún hombre... indigno..., prefiero en verdad advertir al rey mi hermano todo lo que pasa. No nombraré a nadie ni citaré región ni fecha, pero le anunciaré la catástrofe.

—¡Gran Dios! —gritó Alençon no pudiendo reprimir su espanto—. ¿Qué decís? ¿Cómo? ¿Que vos, la única esperanza del partido desde la muerte del almirante, vos, hugonote convertido, mal convertido, según se dice, levantaréis el cuchillo sobre vuestros hermanos? Enrique, al hacerlo, ¿sabéis que entregáis a una segunda San Bartolomé a todos los calvinistas del reino? ¿Sabéis que Catalina no espera más que una ocasión semejante para exterminar a todos los supervivientes?

Y el duque, tembloroso, con el rostro cubierto de manchas rojas y lívidas, oprimía la mano de Enrique para suplicarle que renunciara a aquel proyecto que le perdía.

—¿Cómo? —preguntó Enrique con expresión de perfecta ingenuidad—. ¿Creéis realmente, Francisco, que ocurrirían tantas desgracias? Contando con la palabra del rey, opino, sin embargo, que podría garantizar a los imprudentes.

—¡La palabra del rey Carlos IX, Enrique!... ¡Bah! ¿Acaso no la tenía el almirante? ¿Y Teligny? ¿No la teníais vos mismo? ¡Oh, Enrique! Soy yo quien os lo advierte: si obráis así, perderéis a todos; no sólo a ellos, sino a todos los que han tenido relaciones directas o indirectas con ellos.

Enrique pareció reflexionar un momento.

—Si yo hubiese sido un príncipe importante en la corte —dijo—, habría obrado de otro modo. En vuestro lugar, por ejemplo, Francisco, en vuestro lugar, como príncipe de Francia, heredero probable de la corona... Francisco sacudió la cabeza irónicamente.

—En mi lugar —dijo—, ¿qué haríais vos?

—En vuestro lugar, hermano —respondió Enrique—, me pondría a la cabeza del movimiento para dirigirlo. Mi nombre y mi crédito responderán ante mi conciencia de la vida de los sediciosos y sacaría utilidad, para mí en primer lugar y para el rey después, de una empresa que de otra forma podría causar el mayor daño a Francia.

Alençon escuchó estas palabras con una alegría que alteró todos los músculos de su rostro.

—¿Creéis —dijo— que este medio sea factible y que nos ahorrará todos esos desastres que prevéis?

—Sí, lo creo —dijo Enrique—. Los hugonotes os quieren; vuestro exterior modesto, vuestra situación elevada a interesante a la vez, la benevolencia, en fin, que habéis demostrado siempre a los protestantes, hace que éstos estén dispuestos a serviros.

—Pero —dijo el duque— hay cisma en el partido. Los que están por vos, ¿estarán conmigo?

—Me encargo de conciliarlos, por dos razones.

—¿Cuáles?

—En primer lugar, gracias a la confianza que los jefes tienen en mí, después por el miedo que tendrán de que Vuestra Alteza, conociendo sus nombres...

—¿Quién me los revelará?

—Yo, ¡pardiez!

—¿Vos haréis eso?

—Escuchad, Francisco, ya os lo he dicho —continuó Enrique—. No estimo a nadie más que a vos en la corte; sin duda se debe esto a que estáis tan perseguido como yo. Por otra parte, mi esposa os profesa un afecto sin igual...

Francisco enrojeció de satisfacción.

—Creedme, hermano mío —añadió Enrique—, tomad este asunto por vuestra cuenta, reinad en Navarra y, con tal que me reservéis un lugar en vuestra mesa y un bosque para cazar, me consideraré dichoso.

—¡Reinar en Navarra! —dijo el duque—. Pero si...

—¿Si el duque de Anjou es nombrado rey de Polonia? Ya veis, adivino vuestro pensamiento.

Francisco miró a Enrique con cierto temor.

—Oídme, Francisco —continuó Enrique—, puesto que nada se os escapa y basándome en ello razono precisamente mi hipótesis: si el duque de Anjou es nombrado rey de Polonia y nuestro hermano Carlos, ¡que Dios guarde!, llega a morir, no hay más que doscientas leguas de Pau a París, mientras que hay cuatrocientas de París a Cracovia. Estaréis, pues, aquí, para recibir la herencia cuando el rey de Polonia se acabe de enterar de que está vacante. Entonces, si estáis contento de mí, me daréis ese reino de Navarra, que no será más que un florón en vuestra corona; de este modo, acepto. Lo peor que puede ocurriros es que os quedéis como rey allá y hayáis de formar casta de reyes, viviendo en familia conmigo y con mi mujer, mientras que aquí, ¿qué sois? Un pobre príncipe perseguido, un pobre tercer hijo de rey, esclavo de dos hermanos mayores y expuesto a que por cualquier capricho os manden a La Bastilla.

—Sí, sí —dijo Francisco—, comprendo de sobra todo esto, pero lo que no acabo de comprender es por qué renunciáis vos a ese plan que me proponéis. ¿Es que aquí —y el duque de Alençon puso la mano sobre el corazón de su cuñado— no late nada?

—Hay —dijo Enrique sonriendo— cargas demasiado pesadas para ciertas manos; no pienso tratar de levantar ésta. El temor a la fatiga me ha quitado las ganas.

—Entonces, Enrique, ¿renunciáis de veras?

—Se lo dije a De Mouy y os lo repito.

—Pero en tales circunstancias, querido hermano, las cosas no se dicen, sino que se prueban.

Enrique respiró como un luchador que siente totalmente derrotado a su adversario.

—Lo probaré —dijo— esta noche: a las nueve estarán en vuestra habitación la lista de los jefes y los planes de la empresa. Ya entregué mi renuncia a De Mouy.

Francisco cogió la mano de Enrique y la estrechó efusivamente entre las suyas.

En aquel mismo instante entró Catalina en el cuarto del duque de Alençon, según su costumbre, sin hacerse anunciar.

—¡Juntos! —dijo sonriendo—. ¡Como dos buenos hermanos!

—Así lo espero, señora —dijo Enrique con la mayor sangre fría, mientras el duque de Alençon palidecía de angustia.

Luego Enrique retrocedió algunos pasos para dejar a Catalina en libertad de hablar con su hijo. La reina madre sacó de su escarcela una joya magnífica.

—Este broche viene de Florencia —dijo— y os lo doy para que lo pongáis en el cinto de vuestra espada. Y agregó en voz baja:

—Si oís ruido esta noche en el cuarto de vuestro cuñado Enrique, no os mováis.

Francisco oprimió la mano de su madre y dijo:

—¿Me permitís que le enseñe el hermoso regalo que acabáis de hacerme?

—Más aún, dádselo en vuestro nombre y en el mío, pues había ordenado que hicieran otro para él.

—Ya lo oís, Enrique —dijo Francisco—, mi buena madre me trae esta alhaja y dobla su valor permitiendo que os la ofrezca.

Enrique se extasió ante la belleza del broche y se deshizo en palabras de agradecimiento.

Cuando tales transportes se hubieron calmado:

—Hijo mío —le dijo Catalina—, estoy un poco indispuesta y voy a acostarme; vuestro hermano Carlos está muy dolorido por su caída y va a hacer otro tanto. De modo que esta noche, en lugar de cenar en familia, servirán a cada cual en su habitación. ¡Ah! Enrique, me olvidaba de felicitaros por vuestro valor y vuestra destreza: habéis salvado a vuestro rey y hermano. Seréis recompensado.

—Ya lo estoy —respondió Enrique inclinándose.

—Por la satisfacción de haber cumplido con vuestro deber —replicó Catalina—; pero no es bastante, creed que Carlos y yo pensamos hacer algo para pagar nuestra deuda.

—Todo lo que pueda venirme de vos o de mi hermano, será bienvenido, señora.

Dicho esto se inclinó y salió.

«¡Ah, hermano Francisco! -pensó Enrique al salir-. Estoy seguro de que no partiré solo. La conspiración que ya tenía cuerpo acaba de hallar una cabeza y un corazón. Únicamente debo cuidar de mí mismo; Catalina me ha hecho un regalo y me ha prometido una recompensa; aquí hay gato encerrado. Esta noche hablaré con Margarita.»

La gratitud del rey carlos ix

✦

Maurevel permaneció parte del día en la sala de armas del rey. Cuando Catalina vio aproximarse la hora del regreso de los cazadores, le hizo pasar a su oratorio en compañía de sus esbirros.

Carlos IX, enterado a su llegada por su nodriza de que un hombre había pasado parte del día en su gabinete, se encolerizó ante el hecho de que hubieran permitido a un extraño permanecer en sus aposentos. Pero, habiéndoselo hecho describir, al decirle su nodriza que era el mismo individuo que ella misma había ido a bus car cierta noche, el rey reconoció a Maurevel y, recordando la orden arrancada aquella misma mañana por su madre, comprendió todo.

—¡Oh, oh! —murmuró Carlos—. ¡En el mismo día en que me ha salvado la vida! Está mal elegido el momento.

Hizo ademán de dirigirse a las habitaciones de su madre, pero un pensamiento le detuvo.

«¡Diablo! Si le hablo de esto vamos a tener una discusión de nunca acabar; vale más que cada cual obre por su cuenta.»

—Nodriza —dijo—, cierra bien todas las puertas y avisa a la reina Isabel que esta noche, como estoy un poco

La nodriza obedeció y Carlos, como todavía no era hora de llevar a cabo su proyecto, se puso a hacer versos.

En aquella ocupación se le iba el tiempo al rey con mayor rapidez que en ninguna otra.

Cuando creyó que no eran más que las siete, dieron las nueve. Contó las campanadas del reloj y al oír la última se levantó.

—¡Que me lleven los demonios! —dijo—. Tengo el tiempo justo.

Y, cogiendo su capa y su sombrero, salió por una puerta secreta que había hecho abrir en el zócalo y cuya existencia era ignorada hasta por la misma Catalina.

Carlos se encaminó directamente hacia la habitación de Enrique. El bearnés no había vuelto a su cuarto, al dejar al duque de Alençon, nada más que para cambiarse de traje, y ya no estaba.

—«Habrá ido a cenar con Margarita —se dijo el rey—; me parece que hoy estaban en muy buena armonía.» Y se dirigió a las habitaciones de su hermana.

Margarita había invitado a la duquesa de Nevers, a Coconnas y a La Mole a tomar unos dulces. Carlos llamó a la puerta; Guillonne fue a abrir, pero, al ver al rey, quedóse tan asombrada, que apenas tuvo fuerzas para hacer una reverencia, y en lugar de correr hacia su ama para anunciarle la augusta visita, dejó pasar a Carlos sin dar otra señal que un grito.

El rey atravesó la antecámara y, guiado por las carcajadas, avanzó hasta el comedor.

«Pobre Enriquito -pensó -, se divierte sin sospechar el peligro que le amenaza.»

—Soy yo —dijo, levantando el tapiz y mostrando un semblante risueño.

Margarita dio un grito terrible; por amable que pareciera, aquel rostro había producido en ella el efecto de la cabeza de Medusa. Sentada frente a la puerta, acababa de reconocer a Carlos. Los dos hombres daban la espalda al rey.

—¡Majestad! —exclamó con terror. Y se levantó.

Coconnas fue el único que no sintió vacilar su cabeza sobre sus hombros; se levantó como los demás, pero con tal hábil torpeza, que al hacerlo derribó la mesa y con ella vasos, vajilla y candelabros. Por un instante se hizo una completa oscuridad y hubo un silencio de muerte.

—¡Salgamos por pies! —dijo Coconnas a La Mole—. ¡Pronto! ¡Pronto!

La Mole no se lo hizo repetir dos veces; se acercó a la pared y, orientándose con las manos, buscó a tientas el dormitorio para ocultarse en el gabinete que conocía tan bien.

Pero al poner el pie en la alcoba tropezó con un hombre que acababa de entrar por el pasadizo secreto.

—¿Qué significa todo esto? —dijo Carlos en las tinieblas, con una voz cada vez más impaciente—. ¿Soy un aguafiestas para que se arme semejante barullo al verme? Vamos, Enriquito, Enriquito, ¿dónde estás? Respóndeme.

—¡Estamos salvados! —murmuró Margarita cogiendo una mano que creyó ser la de La Mole—. El rey cree que mi marido es uno de los invitados.

—Y yo se lo haré creer, señora, podéis estar tranquila —murmuró Enrique, respondiendo a la reina en el mismo tono.

—¡Gran Dios! —exclamó Margarita soltando rápidamente la mano que oprimía y que no era otra que la del rey de Navarra.

—¡Silencio! —dijo Enrique.

—¡Por mil diablos! ¿Qué cuchicheos son ésos? —gritó Carlos—. Enrique, decidme dónde estáis.

—Aquí estoy, señor —dijo la voz del rey de Navarra.

—¡Demonios! —dijo Coconnas, que se hallaba en un rincón con la duquesa de Nevers—. Esto se complica.

—Entonces, estamos doblemente perdidos —dijo Enriqueta.

Coconnas, valiente hasta la imprudencia, había reflexionado que de todos modos acabarían por encender luces y que, cuanto antes se hiciera, sería mejor. Dejó la mano de la señora de Nevers, recogió del suelo un candelabro, lo aproximó a un brasero y sopló un carbón para encender la vela.

La habitación se iluminó.

Carlos IX dirigió una mirada interrogadora a su alrededor.

Enrique estaba junto a su esposa; la duquesa de

Nevers sola y Coconnas, erguido en medio de la habitación, alumbraba con el candelabro toda la e é a.

—Perdonadnos, hermano mío —dijo Margarita—, no os esperábamos.

—Y como puede verlo, Vuestra Majestad nos dio un gran susto —dijo Enriqueta.

—Por mi parte —intervino Enrique dándose cuenta de todo— me he asustado tanto que, al levantarme, he tirado la mesa.

Coconnas miró al rey de Navarra como queriendo decir: «¡En buena hora! ¡He aquí un marido que con media palabra le basta!»

—¡Vaya un estropicio! —dijo Carlos IX—. Te has quedado sin cena, Enriquito. Ven conmigo, la acabarás en otra parte, yo lo acaparo por esta noche.

—¡Cómo! —dijo Enrique—. ¿Vuestra Majestad me hará el honor...?

—Sí. Mi Majestad lo hace el honor de sacarte del Louvre. Préstamelo, Margarita, os lo devolveré mañana por la mañana.

—¡Ah, hermano mío —dijo Margarita—, no necesitáis mi permiso para eso, vos mandáis!

—Señor —dijo Enrique—, voy a mi cuarto a buscar otra capa y vuelvo al instante.

—No tienes necesidad, Enriquito, la que llevas es buena.

—Pero, señor... —insistió el bearnés.

—¡Te digo que no vayas a lo cuarto, por mil diablos! ¿No lo oyes? Ven, entonces.

—Sí, sí, id —dijo de pronto Margarita apretando el brazo de su marido, pues una mirada especial de Carlos acababa de revelarle que ocurría algo extraño.

—Estoy a vuestra disposición —dijo Enrique.

Pero Carlos clavó los ojos en Coconnas, que continuaba encendiendo las velas, y sin dejar de observarle preguntó a Enrique:

—¿Quién es este caballero? ¿No será por ventura el señor de La Mole?

«¿Quién le habrá hablado de La Mole?», se preguntó sorprendida Margarita.

—No, señor —respondió Enrique—; el señor de La Mole no está aquí, y lo lamento, porque habría tenido el honor de presentárselo a Vuestra Majestad al mismo tiempo que os presento a su amigo Coconnas; son dos compañeros inseparables y ambos sirven al señor de Alençon.

—¡Ah, ah! ¡Nuestro gran tirador! —dijo Carlos—. ¡Perfectamente!

Y luego, frunciendo el ceño:

—¿No es hugonote ese señor de La Mole? —añadió. ,

—Convertido, señor —dijo Enrique—, y respondo de él como de mí mismo.

—Cuando vos respondéis de alguien, Enriquito, después de lo que habéis hecho hoy, no tengo derecho a dudar. Pero a pesar de eso me hubiera gustado ver al señor de La Mole. En fin, otra vez será.

Y examinando por última vez el aposento, Carlos besó a Margarita y se llevó al rey de Navarra cogido del brazo.

Al llegar a la puerta del Louvre, Enrique intentó detenerse para hablar con alguien.

—Vamos, vamos, date prisa, Enriquito —le dijo Carlos—. Cuando yo lo digo que esta noche el aire del Louvre no es bueno para ti, ¡qué diablos!, créeme.

—¡Por Dios! —murmuró Enrique—. ¿Y qué será de De Mouy completamente solo en mi habitación?... ¡Con tal de que la atmósfera que para mí es nociva no sea peor para él!

—Dime —dijo el rey cuando ambos pasaron el puente levadizo—, ¿te agrada que los servidores del señor de Alençon hagan la corte a lo esposa?

—¿Cómo, señor?

—Sí, ¿no mira tiernamente a Margot ese señor Coconnas?

—¿Quién os lo ha dicho?

—¡Demonio! —dijo el rey—. Me lo han dicho.

—Pura broma, señor; cierto que el señor Coconnas mira tiernamente, pero es a la duquesa de Nevers.

—¡Ah! ¡Bah!

—Puedo responder a Vuestra Majestad de lo que digo.

Carlos se echó a reír a carcajadas.

—Está bien —dijo—; ahora, si el duque de Guisa vuelve a traerme cuentos, se tendrá que retorcer el bigote cuando sepa las hazañas de su cuñada. Lo que no sé —dijo el rey haciendo memoria— es si fue del señor de Coconnas o del señor de La Mole de quien me han hablado.

—Ni de uno ni de otro, señor —dijo Enrique—; os respondo de los sentimientos de mi mujer.

—Bien, Enriquito, bien —dijo el rey—; prefiero verte así que de otro modo, y lo aseguro por mi honor que eres tan valiente mozo que creo que acabaré por no poder pasar sin ti.

Al decir estas palabras, el rey se puso a silbar de un modo que parecía convenido. Cuatro gentiles hombres que esperaban en la esquina de la calle de Beauvais se le unieron, internándose todos juntos en la ciudad.

Dieron las diez.

—¿Qué, volvemos a sentarnos a la mesa? —preguntó Margarita cuando salieron Carlos y Enrique.

—No, por favor —dijo la duquesa—, me he asustado mucho. ¡Bendito sea el palacete de la calle de Clo —che— Percée! No se puede entrar en ella sin ponerle sitio, y nuestros valientes amigos tienen allí derecho a echar mano de sus espadas. Pero ¿qué buscáis debajo de los muebles y en los armarios, señor Coconnas?

—Busco a mi amigo La Mole —respondió el piamontés.

—Buscad por los alrededores de mi alcoba —dijo Margarita—; hay allí cierto gabinete...

—Bien —dijo Coconnas—,allá voy.

Y entró en el dormitorio.

—¿Dónde estamos? —preguntó una voz en la oscuridad.

—¡Voto al diablo! Estamos en los postres.

—¿Y el rey de Navarra?

—No se ha enterado de nada; es un marido perfecto y le deseo uno igual a mi amada. Sin embargo, mucho me temo que no lo encuentre sino en segundas nupcias.

—¿Y el rey Carlos?

—¡Ah! El rey es distinto; se ha llevado al marido.

—¿De veras?

—Como lo oyes. Además, me ha hecho el honor de mirarme de reojo cuando supo que servía al señor de Alençon y de arriba abajo cuando se enteró de que era lo amigo.

—¿Crees que le habrán hablado de mí?

—Me temo que sí, y por cierto no muy bien. Pero no se trata de esto; creo que las damas proyectan hacer una peregrinación por la parte de la calle de Roi —de— Sicile y nosotros debemos acompañar a las peregrinas.

—Pero es imposible... Lo sabes de sobra.

—¿Cómo, imposible?

—Sí, estamos de servicio en las habitaciones de Su Alteza real.

—¡Voto al diablo! Es verdad; siempre me olvido de que tenemos un grado y de que de gentiles hombres que éramos hemos tenido el honor de ascender a criados.

Los dos amigos fueron a manifestar a la reina y a la duquesa la obligación que tenían de estar presentes por lo menos mientras se acostaba el duque.

—Está bien —dijo la señora de Nevers—, nos iremos solas.

—¿Y se puede saber adónde? —preguntó Coconnas.

—¡Oh! Sois demasiado curioso — dijo la duque sa—. Quoere et invenies.

Los dos jóvenes saludaron y subieron corriendo a las habitaciones del señor de Alençon.

El duque parecía aguardarlos en su gabinete.

—¡Ah, ah! —dijo—. Llegáis tarde, señores.

—Apenas si son las diez, monseñor —dijo Co connas.

El duque sacó su reloj.

—Es verdad, y sin embargo todo el mundo está ya acostado en el Louvre.

—Sí, monseñor, pero aquí nos tenéis a vuestras órdenes. ¿Desea Vuestra Alteza que hagamos pasar a los gentiles hombres?

—Al contrario, id al salón y despedidlos a todos.

Los jóvenes obedecieron, ejecutaron la orden recibida, que no sorprendió a nadie, puesto que quienes esperaban estaban habituados al carácter del duque, y volvieron a su lado.

—Monseñor —dijo Coconnas—, ¿va a acostarse Vuestra Alteza o va a trabajar?

—Ni lo uno ni lo otro, pero, por lo que se refiere a vosotros, estáis libres hasta mañana.

—Vamos, vamos —dijo en voz baja Coconnas al oído de La Mole—; corte, por lo que parece, pasa la noche en vela. La noche va a ser del diablo; saquemos nosotros también partido

de ella.

Subieron la escalera de cuatro en cuatro, cogieron sus capas y sus espadas y se precipitaron fuera del Louvre en persecución de las dos damas a quienes encontraron en la esquina de la calle de CoqSaint-Honoré.

Mientras tanto, el duque de Alençon, los ojos muy abiertos y el oído alerta, esperaba, encerrado en su alcoba, los imprevistos sucesos que le habían anunciado.

Dios dispone

✦

Como ya se lo hiciera notar el duque a los dos jóvenes, el más profundo silencio reinaba en el Louvre. Margarita y la señora de Nevers habían ido a la calle Tizon. Coconnas y La Mole siguieron sus huellas. El rey Carlos y Enrique paseaban por la ciudad. El duque de Alençon permanecía en su cuarto en espera de los acontecimientos que le había anunciado la reina madre. Por último, Catalina se había acostado, y la señora de Sauve, sentada a su cabecera, leía ciertos cuentos italianos que le hacían mucha gracia a la buena reina.

Hacía mucho tiempo que Catalina no estaba de tan buen humor. Después de haber cenado con apetito acompañada de sus damas, tras consultar a su médico y de revisar las cuentas del día, había ordenado que se rezara una plegaria por el buen éxito de cierta importante empresa de la que, según dijo, dependía la felicidad de sus hijos. Era costumbre de Catalina y también costumbre en Florencia, la de hacer decir en ciertas circunstancias plegarias y misas cuyo objeto sólo Dios y ella sabían.

Por último, mandó llamar a Renato y eligió varias novedades entre sus papeles perfumados y rico surtido de cosméticos.

—Que vayan a enterarse —dijo Catalina— si mi hija la reina de Navarra está en su habitación, y si es así, que le rueguen que venga a hacerme compañía.

Salió el paje a quien fue dada esta orden y un instante después volvió en compañía de Guillonne.

—He llamado a la señora y no a la doncella —dijo la reina.

—Señora —dijo Guillonne—, he creído que debía venir en persona para manifestar a Vuestra Majestad que la reina de Navarra ha salido con su amiga la duquesa de Nevers...

—¡Ha salido a estas horas! —dijo Catalina, frun ciendo el ceño—. ¿Dónde puede haber ido?

—A una sesión de alquimia —respondió Guillonne— que tendrá lugar en el palacio de Guisa, en el pabellón habitado por la señora de Nevers.

—¿Y cuándo volverá? —preguntó la reina madre.

—La sesión se prolongará hasta muy entrada la noche, de modo que es muy probable que Su Majestad se quede en casa de su amiga hasta mañana.

—¡Qué feliz es la reina de Navarra! — Murmuró Catalina—. Tiene amigas y es reina; lleva una corona, la llaman Vuestra Majestad y no tiene súbditos. ¡Dichosa ella!

Después de esta ocurrencia, que hizo sonreír interiormente a quienes la oyeron, añadió:

—Por lo demás, ya que ha salido, decidme: ¿cuándo salió?

—Hará una media hora, señora.

—Tanto mejor; retiraos.

Guillonne saludó y se fue.

—Continuad vuestra lectura, Carlota —dijo la reina.

La señora de Sauve prosiguió.

Al cabo de diez minutos, Catalina la interrumpió.

—¡Ah, a propósito! —dijo—. Que despidan a los guardias de la galería.

Era la señal que esperaba Maurevel.

Ejecutaron la orden de la reina madr e y la señora de Sauve reanudó su lectura.

Llevaría leyendo aproximadamente un cuarto de hora sin interrupción, cuando un grito agudo, prolongado y terrible llegó hasta la alcoba regia y erizó los cabellos de los presentes.

Inmediatamente se oyó un pistoletazo.

—¿Qué es esto —dilo Catalina—, por qué no seguís leyendo, Carlota?

—¿No habéis oído, señora? —preguntó la joven palideciendo.

—¿El qué? —dijo Catalina.

—Ese grito.

—Y ese pistoletazo —añadió el capitán de guardia.

—¿Un grito y un pistoletazo? —dijo Catalina—. No he oído nada... Por lo demás, no es nada extraordinario en el Louvre oír un grito y un pistoletazo. Leed, Teed, Carlota.

—Pero escuchad, señora —dijo ésta, mientras el señor de Nancey permanecía de pie con la mano en la empuñadura de su espada, no atreviéndose a salir sin permiso de la reina—, escuchad, se oyen pasos a imprecaciones.

—¿Voy a informarme, señora? —dijo este último.

—En absoluto, señor, quedaos aquí —dijo Catalina incorporándose como para dar mayor fuerza a su orden—. ¿Quién me protegería en taro de peligro? Deben de ser algunos suizos borrachos que se estarán peleando. La calma de la reina, en oposición al nerviosismo que dominaba a todos los presentes, producía un contraste tan notable, que la señora de Sauve, por muy tímida que fuese, clavó una mirada interrogadora sobre Catalina.

—¡Pero, señora —exclamó—, se diría que están matando a alguien!

—¿Y a quién queréis que maten?

—Pues al rey de Navarra, señora; el ruido procede del lado de sus habitaciones.

—¡No seas tonta! —murmuró la reina, cuyos labios, a pesar del dominio que ejercía sobre sí misma, comenzaban a temblar de un modo extraño como si estuviese orando entre dientes—. ¡La muy tonta ve en todas partes a su rey de Navarra!

—¡Dios mío, Dios mío! —dijo la señora de Sauve, dejándose caer en el sillón.

—Vaya, se acabó —dijo Catalina—. Capitán —añadió dirigiéndose al señor de Nancey—, espero que si hubo escándalo en el palacio, mañana castigaréis severamente a los culpables.

Seguid vuestra lectura, Carlota. Catalina cayó sobre su almohada y permaneció inmóvil. Quienes estaban presentes notaron que gruesas gotas de sudor corrían por su rostro.

La señora de Sauve obedeció la orden formal, pero sus ojos y su voz funcionaban maquinalmente. Su pensamiento errante la advertía que un peligro terrible amenazaba la cabeza de un ser querido. Después de algunos minutos de lucha, se hallaba tan oprimida entre la emoción y la etiqueta, que su voz dejó de ser inteligible, el libro cayó de sus manos, y se desmayó.

De pronto se oyó un ruido más fuerte. Un pesado y presuroso andar retumbó en el corredor y dos tiros hicieron vibrar los cristales. Catalina, asombrada de que aquella lucha se prolongase más de lo previsto, se levantó, rígida, pálida, con los ojos dilatados... En el momento en que el capitán de su guardia iba a salir, le detuvo, diciendo:

—Quédense todos aquí; yo misma iré a ver qué sucede.

He aquí lo que pasaba o, mejor dicho, lo que había pasado:

De Mouy había recibido por la mañana de manos de Orthon la llave enviada por Enrique. En el interior de esta llave, que estaba hueca, encontró un papel enrollado que pudo sacar gracias a una aguja. En él leyó el santo y seña para entrar en el Louvre aquella noche.

Además, Orthon le había transmitido verbalmente las palabras de Enrique invitando a De Mouy para que fuera a verle al palacio a las diez.

A las nueve y media, De Mouy se hallaba cubierto con una armadura, cuya resistencia había tenido ocasión de probar más de una vez; abrochóse sobre ella un jubón de seda, ciñóse su espada, colocó sus pistolas en el cinto y cubrió todo con la famosa capa color cereza de La Mole.

Ya hemos visto cómo mucho antes de volver a su habitación, Enrique juzgó conveniente hacer una visita a Margarita y cómo llegó por la escalera secreta a tiempo de tropezar con La Mole en el dormitorio de su esposa y de ocupar su puesto en el comedor ante los ojos del rey.

Precisamente en aquel instante, y gracias al santo y seña enviado por Enrique, y sobre todo a la famosa capa color cereza, De Mouy entraba en el Louvre.

El joven subió directamente al aposento del rey de Navarra imitando lo mejor posible, como de costumbre, los andares de La Mole. En la antecámara encontró a Orthon, que le aguardaba.

—Señor De Mouy —le dijo el montañés—, el rey ha salido, pero me ordenó que os pasara a su alcoba y que os dijera que le esperaseis allí. Si tarda demasiado, ya sabéis que su cama está a vuestra disposición. De Mouy entró sin pedir más explicaciones, puesto que lo que acababa de decirle Orthon era lo mismo que le habían dicho aquella misma mañana.

Para ganar tiempo, De Mouy cogió una pluma y, acercándose a un excelente mapa de Francia que colgaba de la pared, se puso a contar y a distribuir las etapas de París a Pau.

Aquella tarea le entretuvo un cuarto de hora, y una vez concluida, De Mouy no supo qué hacer. Dio dos o tres vueltas por el cuarto, se frotó los ojos, bostezó, se sentó, se levantó y volvió a sentarse. Por fin, aprovechando la invitación de Enrique, excusado además por las leyes de

familiaridad que regían entre los príncipes y sus servidores, puso sobre la mesilla de noche sus pistolas y una lamparilla, se tendió sobre el amplio lecho de oscuras colgaduras que decoraban el fondo de la habitación, colocó su espada desnuda a lo largo de su pierna y, seguro de no ser sorprendido, ya que un criado velaba en la pieza contigua, se dejó vencer por un pesado sueño. Sus ronquidos resonaron entre los pliegues del baldaquino. De Mouy roncaba como un verdadero soldado y, en este terreno, hubiera podido rivalizar con el mismo rey de Navarra. Fue entonces cuando seis hombres, espada en mano y puñal al cinto, se deslizaron silenciosamente por el corredor que se comunicaba con los aposentos de Catalina por una pequeña puerta y con los de Enrique por otra grande.

El que iba delante, además de su espada desnuda y de su puñal fuerte como un cuchillo de caza, llevaba sus fieles pistolas colgadas del cinturón con broches de plata. Este hombre era Maurevel.

Al llegar a la puerta de Enrique se detuvo.

—¿Os habéis asegurado bien de que los centinelas del corredor han desaparecido? —preguntó al que parecía mandar la pequeña tropa.

—Ni uno solo está en su puesto —respondió el teniente.

—Está bien —dijo Maurevel—. Ahora sólo nos queda averiguar una cosa, y es si el que buscamos está en su aposento.

—Pero —dijo el teniente cogiendo la mano que Maurevel apoyaba en el picaporte de la puerta—, mi capitán, esta habitación es la del rey de Navarra.

—¿Quién os dice lo contrario? —respondió Maurevel.

Los esbirros se miraron sorprendidos y el teniente dio un paso atrás.

—¡Eh! —dijo el teniente—. ¿Hay que detener a alguien a estas horas en el Louvre y en el departamento del rey de Navarra?

—¿Qué responderíais entonces —dijo Maurevel si os dijese que a quien vais a detener es al propio rey de Navarra?

—Diría, capitán, que el asunto es grave y que, sin una orden firmada de puño y letra por Carlos IX...

—Leed —dijo Maurevel.

Y sacando de su jubón la orden que le había entregado Catalina, se la dio al teniente.

—¿Estáis listo?

—Lo estoy.

—¿Y vosotros? —continuó Maurevel dirigiéndose a los otros cinco.

Los aludidos se inclinaron respetuosamente.

—Entonces, escuchadme, señores —dijo Maurevel—. He aquí el plan: dos de vosotros se quedarán en esta puerta, otros dos en la puerta de la alcoba y los dos restantes entrarán conmigo.

—¿Y después? —preguntó el teniente.

—Fijaos bien en esto: tenemos orden de impedir que el prisionero pida auxilio, grite o se resista; cualquier infracción de esta orden puede costarle la vida.

—Vamos, vamos, esto quiere decir que hay carta blanca —advirtió el teniente al hombre que había sido designado junto con él para llegar hasta la alcoba del rey.

—Del todo —dijo Maurevel.

—¡Pobre diablo de rey de Navarra! —dijo uno de los hombres—. Estaba escrito allá arriba que no escaparía.

—Y aquí abajo también —dijo Maurevel, cogiendo de manos del teniente la orden de Catalina guardándosela en su pecho.

Maurevel introdujo en la cerradura la llave que le entregara la reina madre y, dejando apostados dos hombres en la puerta exterior, tal y como había sido convenido, entró con los otros cuatro en la antecámara.

—¡Ah, ah! —dijo Maurevel al oír la ruidosa respiración del hombre que dormía, cuyos ronquidos llegaban hasta él—. Me parece que encontraremos aquí a quien buscamos.

Orthon, creyendo que llegaba su amo, se dirigió a su encuentro, hallándose ante cinco hombres armados que ocupaban la primera habitación.

Al ver el siniestro semblante de Maurevel, a quien llamaban «el asesino del rey», el fiel servidor retrocedió y, deteniéndose en la segunda puerta, preguntó:

—¿Quién sois? ¿Qué queréis?

—En nombre del rey —respondió Maurevel—, ¿dónde está lo amo?

—¿Mi amo?

—Sí, el rey de Navarra.

' -El rey de Navarra no está en su habitación - dijo Orthon defendiendo como nunca la puerta-, de modo que no podéis entrar.

—¡Pretextos! ¡Mentiras! —gritó Maurevel—. ¡Vamos, atrás!... Los bearneses son testarudos; Orthon gruñó como un mastín de las montañas y dijo sin dejarse intimidar:

—No entraréis, el rey está ausente.

Y se aferraba a la puerta.

Maurevel hizo un gesto; los cuatro hombres se apoderaron del obstinado guardián, le arrancaron del picaporte al que se agarraba, y como abriera la boca para gritar, Maurevel le puso la mano sobre sus labios. Orthon mordió furiosamente al asesino, que retiró la mano lanzando un grito sordo y golpeó con el pomo de su espada la cabeza del criado. Orthon se tambaleó y cayó gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

Su voz se apagó; se había desmayado.

Los asesinos saltaron sobre su cuerpo; dos de ellos se quedaron de guardia en aquella segunda puerta y los otros dos entraron en el dormitorio guiados por Maurevel.

A la luz de la lamparilla que estaba encendida, distinguieron el lecho. Las cortinas estaban echadas.

—¡Oh! —dijo el teniente—. Me parece que ya no ronca.

—¡A él!

Al oír aquella voz, un grito ronco, que más parecía el rugido de león que acento humano, partió de detrás de las cortinas, que se abrieron con violencia, y un hombre, armado de una coraza y con la frente cubierta por uno de esos cascos que tapaban la cabeza hasta los ojos, apareció sentado en la cama con dos pistolas en las manos y la espada en las rodillas.

Apenas vio Maurevel su rostro reconoció a De Mouy; los cabellos se le erizaron, se puso horriblemente pálido, su boca se llenó de espuma y, como si estuviese ante un espectro, dio un paso atrás. El hombre de la coraza se levantó de pronto y avanzó un paso igual al que Maurevel había retrocedido, de suerte que el amenazado parecía amenazar y el asesino huir.

—¡Ah, bandido! —dijo De Mouy con voz sorda—. Vienes a matarme como mataste a mi padre.

Dos de los esbirros que habían entrado con Maurevel en la alcoba del rey fueron los únicos que oyeron estas atroces palabras; pero al mismo tiempo que fueron pronunciadas, la pistola apuntó a la altura de la frente de Maurevel. Éste se puso de rodillas en el momento en que De Mouy apoyaba el dedo en el gatillo; salió la bala y uno de los hombres que estaba detrás y que con este movimiento había quedado al descubierto, cayó herido en el corazón. Maurevel respondió inmediatamente, pero la bala fue a estrellarse contra la coraza de De Mouy.

Entonces De Mouy, tomando impulso y midiendo la distancia, de un revés de su larga espada, hundió el cráneo del segundo esbirro y volviéndose a Maurevel cruzó la espada con la suya.

La lucha fue terrible, pero breve. A la cuarta estocada, Maurevel sintió en la garganta el frío del acero; lanzó un grito ahogado, cayó de espaldas y en su caída derribó la lamparilla. Todo quedó a oscuras. De Mouy, aprovechándose de las tinieblas, vigoroso y ágil como un héroe de Homero, se lanzó aga - chando la cabeza hacia la antecámara. Atropelló a uno de los guardias, rechazó a otro, pasó como un relámpago entre los dos esbirros que custodiaban la puerta exterior, se libró de dos balazos y desde aquel momento pudo decirse que se había salvado, pues disponía aún de una pistola cargada, sin contar con la espada, que tan terribles golpes repartía.

De Mouy dudó un instante sobre lo que debía hacer: si refugiarse en el aposento del señor de Alençon, cuya puerta le pareció que acababa de abrirse, o si salir del Louvre. Se decidió por esto último; reanudó su carrera, saltó diez peldaños de una vez, llegó a la puerta, pronunció el santo y seña y la traspuso gritando:

—¡Id allá, que están matando por orden del rey!

Aprovechándose de la estupefacción que estas palabras, unidas al ruido de los pistoletazos, provocaron en los centinelas, salió a la carrera y desapareció por la calle de COE sin haber

recibido un rasguño. En aquel mismo momento fue cuando Catalina, deteniendo al capitán de su guardia, le había dicho:

—Quedaos aquí, yo misma iré a ver qué es lo que sucede.

—Pero, señora —respondió el capitán—, el peligro que podría correr Vuestra Majestad me obliga absolutamente a seguiros.

—Quedaos, señor —dijo Catalina en un tono más imperioso todavía que la vez primera—: quedaos. Hay en torno a los reyes una protección más poderosa que la espada del hombre.

El capitán obedeció.

Catalina cogió una vela, se calzó unas zapatillas de terciopelo, salió de su alcoba, llegó al corredor, donde aún se notaba el humo de los disparos, y avanzó fría e impasible hacia las habitaciones del rey de Navarra. Todo se hallaba de nuevo en silencio.

Catalina llegó a la puerta, franqueó el umbral y vio en la antecámara a Orthon desmayado.

—¡Ah! —dijo—, éste es el criado, más allá estará su amo.

Y pasó a la otra habitación.

Allí su pie tropezó con un cadáver; acercó la vela, se trataba del guardia que fue muerto de un golpe en la cabeza.

Tres pasos más allá y exhalando su último suspiro yacía el teniente herido de un pistilazo.

Por último, junto al lecho, se hallaba un hombre con el rostro pálido como el de un muerto, perdiendo sangre por una doble herida. Tenía atravesado el cuello, a pesar de lo cual, apoyándose en sus manos crispadas, trataba de incorporarse.

Era Maurevel.

Un escalofrío hizo estremecerse a Catalina; vio la cama vacía, miró hacia todos los rincones de la habitación y buscó en vano, entre aquellos tres hombres que yacían en un charco de sangre, el cadáver que anhelaba.

Maurevel reconoció a Catalina; sus ojos se abrieron desmesuradamente a hizo un gesto desesperado.

—Decidme, ¿dónde está? —preguntó ella a media voz—. ¿Qué ha sido de él? ¿Le habéis dejado escapar, desdichado?

Maurevel intentó articular algunas palabras, pero únicamente salió de su garganta un soplo ininteligible; una espuma rojiza asomó a sus labios y el herido sacudió la cabeza en señal de impotencia y de dolor.

—¡Hablad de una vez! —gritó Catalina—. ¡Hablad, aunque sólo sea para decirme una palabra!

Maurevel mostró su herida y dejó escapar de nuevo algunos sonidos inarticulados, hizo un esfuerzo que dio como resultado un ronco estertor y se desmayó.

Catalina miró a su alrededor; se hallaba rodeada de cadáveres y de moribundos; la habitación parecía un mar de sangre y un silencio de muerte envolvía la escena.

Por una vez más dirigió la palabra a Maurevel sin que éste diera señales de vida. Estaba mudo a inmóvil. Un papel asomaba por su jubón: era la orden de arresto firmada por el rey. Catalina la cogió guardándola en su pecho.

En aquel momento, la reina madre oyó un ligero ruido a su espalda; volvióse y vio de pie en la puerta al duque de Alençon, quien, atraído por el escándalo, se hallaba fascinado ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

—¿Vos aquí? —exclamó Catalina.

—Sí, señora, ¿qué es lo que pasa, Dios mío?

—Volved a vuestras habitaciones, Francisco; pronto sabréis lo que sucede.

Alençon no estaba tan ajeno de lo que había sucedido como creía Catalina.

Al resonar los primeros pasos en el corredor se puso en guardia. Al ver que entraban unos hombres en el departamento del rey de Navarra relacionó este hecho con las palabras que le dijera su madre, y adivinando lo que iba a ocurrir se felicitó de ver a un amigo tan peligroso destruido por una mano más fuerte que la suya.

Pronto las detonaciones y los pasos rápidos del fugitivo llamaron su atención y reconoció en el espacio luminoso proyectado por la abertura de la puerta de la escalera, y al tiempo de desaparecer, una capa roja que le era demasiado familiar.

—¡De Mouy! —exclamó—. ¡De Mouy en las habitaciones de mi cuñado el bearnés! Pero no; ¡es imposible! ¿Será acaso el señor de La Mole?

Sintióse inquieto. Recordó que aquel)oven le había sido recomendado por la misma Margarita y, queriendo cerciorarse de si en efecto se trataba de él, subió rápidamente a la habitación de sus dos gentiles hombres. Estaba vacía, pero en un rincón encontró colgada la famosa capa color cereza. Sus dudas se disiparon; no se trataba de La Mole, sino de De Mouy.

Con la frente pálida, temblando ante la idea de que el hugonote pudiera ser descubierto y traicionara el secreto de la conspiración, se precipitó hacia la puerta de entrada del Louvre. Allí supo que el caballero de la capa cereza había escapado sano y salvo dando gritos de que en el interior del palacio estaban matando por orden del rey.

—«Se ha equivocado —se dijo Alençon—, es por orden expresa de la reina madre.»

Y volviendo al teatro de los sucesos, encontró a Catalina vagando como una hiena entre los muertos. Obedeciendo la indicación que le hizo su madre, el joven volvió a su cuarto, afectando calma y sumisión a pesar de las ideas tumultuosas que conturbaban su mente.

Catalina, desesperada al ver frustrada aquella nueva tentativa, llamó a su capitán de guardias, hizo retirar los cadáveres, ordenó que condujeran a Maurevel a su casa, ya que no estaba más que herido, y recomendó que no despertaran al rey.

—¡Oh! —murmuró al entrar en su aposento con la cabeza inclinada hacia el pecho—. ¡Por esta vez también se ha librado! Está visto que la mano de Dios protege a este hombre. ¡Reinará! ¡Reinará!

Antes de abrir la puerta de su alcoba se pasó la mano por la frente y adoptó una sonrisa falsa.

—¿Qué sucedía, señora? —preguntaron todos, menos la señora de Sauve, que se hallaba demasiado asustada para hacer preguntas.

—Nada —respondió Catalina—, sólo ruido y nada más.

—¡Oh! —exclamó de pronto la señora de Sauve, señalando con el dedo el paso de Catalina —. ¡Vuestra Majestad dice que no ha pasado nada y sus pies dejan una huella de —sangre en la alfombra!

La noche de los reyes

✦

Carlos IX caminaba al lado de Enrique, apoyado en su brazo, seguido de cuatro gentiles hombres y precedido de dos pajes con antorchas.

—Cuando salgo del Louvre —decía el rey— experimento un placer análogo al que siento cuando estoy en el bosque; respiro, gozo, soy libre...

Enrique sonrió.

—Vuestra Majestad se encontraría perfectamente en las montañas de Bearne —dijo.

—Sí, y comprendo que tengas deseos de volver allá; pero si esos deseos son demasiado violentos —añadió Carlos riendo—, lo aconsejo, Enriquito, que tomes tus precauciones, puesto que mi madre lo quiere tanto que no puede vivir sin ti.

—¿Qué hará esta noche Vuestra Majestad? —preguntó Enrique cambiando de conversación.

—Voy a presentarte a alguien, Enriquito; ya me darás lo opinión.

—Estoy a las órdenes de Vuestra Majestad.

—¡A la derecha! ¡A la derecha! Vamos a la calle de las Barras.

Los dos reyes, seguidos por su escolta, habían dejado atrás la calle de la Jabonería cuando, a la altura del palacio de Condé, vieron salir a dos hombres embozados en amplias capas por una puerta falsa que uno de ellos volvió a cerrar sin ruido.

—¡Oh! —dijo el rey a Enrique, quien, según su costumbre, observaba sin decir una palabra —. Esto merece nuestra atención.

—¿Por qué decís eso, señor? —preguntó el rey de Navarra.

—No lo digo por ti, Enriquito. Tú estás seguro de lo mujer —agregó Carlos con una sonrisa—, pero lo primo el de Condé no lo está de la suya o si lo está se equivoca, ¡lléveme el diablo!

—Pero ¿qué queréis decir, señor, que es a la señora de Condé a quien acaban de visitar estos caballeros?

—Ha sido un presentimiento. La inmovilidad de esos dos hombres que se han quedado pegados a la puerta en cuanto nos han visto y además el corte de la capa del más bajo... ¡Pardiez! Sería extraño.

—¿El qué?

—Nada, una idea que se me había ocurrido. Acerquémonos.

Y se fue derechamente hacia los dos hombres, quienes, viéndole venir, dieron algunos pasos para alejarse.

—¡Hola, señores! —dijo el rey—. ¡Ea, deteneos!

—¿Es a nosotros? —preguntó una voz que hizo estremecer a Carlos y a su acompañante.

—Y ahora, Enriquito —dijo Carlos—, ¿reconoces esa voz?

—Señor —contestó Enrique—, si vuestro hermano el duque de Anjou no estuviera en La Rochelle juraría que es él quien acaba de hablar.

—No estará en La Rochelle, eso es todo.

—¿Pero quién va con él?

—¿No le reconoces?

—No, señor.

—Sin embargo, tiene un aspecto inconfundible. Espera, ahora le reconocerás... ¡Hola! ¡Eh, a vosotros me dirijo! ¿No habéis oído? ¡Por Dios!

—¿Sois la ronda para detenernos? —preguntó el más alto de los dos sacando el brazo entre los pliegues de su capa.

—Suponed que lo seamos —dijo el rey— y deteneos cuando os lo ordenan.

Luego inclinándose al oído de Enrique:

—Ya verás cómo del volcán salen llamas —le dijo.

—¡Vosotros sois ocho —dijo el más alto, mostrando no sólo el brazo, sino el rostro—, pero aunque fueseis cien, pasad de largo!

—¡Ah! ¡El duque de Guisa! —lijo Enrique.

—¡Ah! ¡Nuestro primo de Lorena! —dijo el rey—. ¡Al fin os dais a conocer! ¡Qué suerte!

—¡El rey! —exclamó el duque.

Por lo que se refiere al otro personaje, se le vio envolverse aún más en la capa al oír estas palabras y permanecer inmóvil luego de haberse quitado el sombrero en prueba de respeto.

—Señor —dijo el duque de Guisa—, vengo de visitar a mi cuñada, la señora de Condé.

—Sí..., y habéis llevado con vos a uno de vuestros gentiles hombres. ¿A cuál?

—Señor —respondió el duque—, Vuestra Majestad no le conoce.

—Entonces, presentádmelo —dijo el rey.

Y yendo directamente hacia el otro personaje, llamó a uno de sus dos lacayos para que se aproximara con su antorcha.

—¡Perdón, hermano mío! —dijo el duque de Anjou, abriendo la capa a inclinándose con mal disimulado despecho.

—Ah, Enrique, ¿sois vos?... Pero no, es imposible, me equivoco... Mi hermano, el duque de Anjou, no puede haber ido a visitar a nadie antes de venirme a ver. No ignora que para los príncipes de sangre que regresan a la capital no hay más que una puerta en París: la del Louvre.

—Perdonad, señor —dijo el duque de Anjou—, ruego a Vuestra Majestad que excuse mi inconsecuencia.

—¡Qué más da! —respondió el rey en tono burlón—. Pero ¿qué hacíais en el palacio de Condé?

—¡Vaya! —dijo el rey de Navarra con su aire irónico—. Lo que Vuestra Majestad decía hace un momento. E, inclinándose al oído del rey, terminó la frase con una sonora carcajada.

—¿Qué hay?... —preguntó el duque de Guisa con altivez, pues había adquirido como todos en la corte la costumbre de tratar groseramente al pobre rey de Navarra—. ¿Es que no puedo visitar a mi cuñada? ¿Acaso el duque de Alençon no visita a la suya?

Enrique se sonrojó ligeramente.

—¿A qué cuñada? —preguntó Carlos—. No le conozco otra que la reina Isabel.

—Perdonad, señor, quise decir a su hermana, a su hermana Margarita, a quien hace media hora vimos pasar por aquí en su litera acompañada de dos jovencitos que trotaban junto a las portezuelas.

—¿De veras? —dijo Carlos—. ¿Qué respondéis a esto, Enrique?

—Que la reina de Navarra es dueña de ir donde quiera, pero dudo que haya salido del Louvre:

—Y yo estoy seguro de lo contrario —dijo el duque de Guisa.

—Yo también —dijo el de Anjou—, y puedo afirmar, además, que la litera se detuvo en la calle de Cloche —Percée.

—Es posible que vuestra cuñada, no ésta —dijo Enrique mostrando el palacio de Condé—, sino aquélla, —y señaló con el dedo en dirección del palacio de Guisasea también de la partida, porque las dejamos juntas y, como sabéis, son inseparables.

—No comprendo lo que quiere decir Vuestra Majestad —respondió el duque de Guisa.

—Y, sin embargo —dijo el rey—, nada más sencillo, y ésta es la razón por la cual trotaba un galán junto a cada portezuela.

—Pues bien —dijo el duque—, si hay escándalo por parte de la reina y de mis cuñadas, invoquemos la justicia del rey para que cese.

—¡Eh, pardiez! — dijo Enrique—. Dejad tranquilas a las señoras de Condé y de Nevers. El rey no se inquieta por su hermana... y yo tengo confianza en mi esposa.

—No, no —dijo Carlos—, quiero asegurarme bien; ocupémonos nosotros mismos del asunto. ¿Decís, primo, que la litera se detuvo en la calle de ClochePercée?

—Sí, señor.

—¿Reconoceríais el lugar?

—Sí, señor.

—Entonces, vamos allá. Si hay que quemar la casa para saber quiénes están dentro, se quemará. Con propósitos tan poco tranquilizadores para la seguridad de las personas de las que se trataba, los cuatro principales señores del mundo cristiano se encaminaron hacia la calle de Saint —Antoine.

Los cuatro príncipes llegaron a la calle de ClochePercée y Carlos, que quería resolver sus asuntos en familia, despidió a los gentiles hombres de su escolta, diciéndoles que podían

disponer del resto de la noche, pero que estuvieran a las seis de la mañana con dos caballos junto a La Bastilla.

No había más que tres casas en la calle de ClochePercée; la búsqueda no fue difícil, puesto que las puertas de dos de ellas se abrieron sin dificultad. Eran las de las casas que daban, respectivamente, una a la calle de Saint-Antoine y otra a la de Roi-de-Sicile.

Los inconvenientes surgieron al llegar a la tercera casa; era la que estaba custodiada por el portero alemán cuyos modales ya conocemos. París parecía destinado a ofrecer aquella noche los más memorables ejemplos de fidelidad doméstica.

Fue inútil que el duque de Guisa amenazara en el más puro sajón, que Enrique de Anjou ofreciera una bolsa llena de oro y que Carlos llegara a afirmar que era el teniente de la ronda; el osado alemán no hizo caso ni de esta declaración, ni del ofrecimiento, ni de las amenazas. Viendo que insistían de un modo ya importuno, deslizó entre las barras de hierro el cañón de su arcabuz, demostración que hizo reír a tres de los cuatro visitantes, puesto que el arma, presa entre los barrotes, sólo podía ser peligrosa para un ciego que se pusiera delante. Enrique de Navarra se mantenía a distancia como si el asunto no le interesara y por eso no rió.

Al ver que no podían intimidar, corromper, ni doblegar al portero, el duque de Guisa fingió retirarse con sus compañeros, pero la retirada no duró mucho. En la esquina de la calle de Saint-Antoine el duque encontró lo que buscaba; ni más ni menos que una de esas piedras como las que movían tres mil años antes Ayax, Telamón y Diómedes; la cargó sobre sus hombros y volvió, indicando por señas a los demás que le siguieran. Precisamente en aquel momento el portero, que había visto alejarse a los supuestos malhechores, cerró la puerta, pero aún no había tenido tiempo de echar los cerrojos. El duque de Guisa aprovechó la ocasión y, convertido en verdade ra catapulta viviente, arrojó la piedra contra la puerta. Voló la cerradura, llevándose el pedazo de pared a la que estaba unida. Se abrió la puerta derribando al alemán, quien cayó lanzando un estentóreo grito que sirvió de aviso para que el resto de los guardianes de la casa no fuese sorprendido.

Entre tanto, La Mole traducía con Margarita un idilio de Teócrito, y Coconnas bebía, con el pretexto de que él también era griego, abundante vino de Siracusa en compañía de Enriqueta. La conversación científica y el diálogo báquico fueron violentamente interrumpidos.

Comenzar por apagar las luces, abrir las ventanas, lanzarse al balcón, distinguir cuatro hombres entre las tinieblas, lanzarles á la cabeza cuantos proyectiles hallaron a mano y hacer un ruido terrible con sus espadas contra las paredes, tal fue el ejercicio a que se entregaron inmediatamente La Mole y Coconnas. A Carlos, el más encarnizado de los asaltantes, le cayó sobre el hombro una palangana de plata, al duque de Anjou una fuente llena de compota de naranjas y de cidras, y al duque de Guisa un cuarto de jabalí. Enrique no recibió ningún golpe; se hallaba interrogando en voz baja al portero, que el duque de Guisa había atado a la puerta y que respondía con su eterno:

—Ich verstehe nicht.

Las mujeres alentaban a los sitiados y les proveían de proyectiles, que caían como granizo.

—¡Por mil demonios! —gritó Carlos IX al sentir en la cabeza un taburete que le hundió el sombrero hasta la nariz—. Que abran pronto o haré colgar a todos los que estén arriba.

—¡Mi hermano! —dijo Margarita en voz baja a La Mole.

—¡El rey! —replicó éste en el mismo tono a Enriqueta.

—¡El rey! —dijo ésta a Coconnas, que arrastraba un cofre hasta la ventana y pretendía aplastar con él al duque de Guisa, contra quien, sin conocerle, se le había despertado verdadera furia—. ¡El rey os digo! Coconnas dejó el cofre y miró con aire atónito.

—¿El rey? —dijo.

—Sí, el rey.

—Entonces, ¡en retirada!

—Sí, La Mole y Margarita ya se han ido, venid.

—¿Por dónde?

—Venid, seguidme.

Y cogiéndole de la mano, Enriqueta arrastró a Co connas hasta la puerta secreta que comunicaba con la casa vecina, y los cuatro, después de cerrar la puerta a sus espaldas, huyeron por la salida que daba a la calle Tizon.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó Carlos—. Creo que la guarnición se rinde.

Esperaron algunos minutos, pero ningún ruido llegó hasta los asaltantes.

—Preparan alguna sorpresa —dijo el duque de Guisa.

—O a lo mejor han reconocido la voz de mi hermano y han salido huyendo —dijo el duque de Anjou.

—De todos modo s tendrán que pasar por aquí —respondió Carlos.

—Sí —añadió el duque de Anjou—, siempre que la casa no tenga dos puertas.

—Primo —dijo el rey—, coged vuestra piedra y haced con la otra puerta lo mismo que con ésta.

El duque pensó que era inútil recurrir a semejante procedimiento, y como advirtió que la segunda puerta era más endeble que la primera, la derribó de un simple puntapié.

—¡Las antorchas! ¡Las antorchas! —exclamó el rey.

Los lacayos acudieron. Las antorchas estaban apagadas, pero las encendieron. Carlos IX cogió una y dio otra al duque de Anjou.

El duque de Guisa entró primero, con la espada en la mano.

Enrique cerraba la marcha.

Llegaron al primer piso.

En el comedor estaba servida la mesa o, mejor dicho, levantada, pues la vajilla era particularmente la que había provisto de proyectiles a los sitiados. Los candelabros estaban por los suelos, los muebles en desorden y todo lo que no era de metal estaba hecho añicos.

Pasaron a la sala. Allí no encontraron más señales de los fugitivos que en la primera habitación. Algunos libros griegos y latinos, algunos instrumentos de música; esto fue cuanto hallaron.

La alcoba proporcionaba todavía menos detalles. Una lamparilla ardía dentro de un globo de alabastro colgado del techo. Daba la impresión de que nadie había entrado en aquel cuarto.

—Hay una segunda salida —dijo el rey.

—Es probable —añadió el duque de Anjou.

—¿Pero dónde está? —preguntó el duque de Guisa.

Buscaron por todos lados, pero no dieron con ella.

—¿Dónde está el portero? —preguntó el rey.

—Le dejé atado a la verja —contestó el duque de Guisa.

—Interrogadle primero.

—No querrá responder.

—¡Bah! Con una buena hoguera debajo de sus pies —dijo el rey riendo—, hablará.

Enrique miró por la ventana.

—Ya no está —dijo.

—¿Quién le ha desatado? —preguntó el duque de Guisa.

—¡Por mil diablos —gritó al rey—. No podremos averiguar nada.

—En efecto —dijo Enrique—, ya veis, señor, que nada prueba que mi esposa y la cuñada del señor de Guisa hayan estado en esta casa.

—Es verdad —respondió Carlos—. Las Escrituras nos lo enseñan, hay tres cosas que no dejan huella: el pájaro en el aire, el pez en el agua y la mujer... No, me equivoco, el hombre en...

—Así, pues —dijo Enrique—, lo menos que podemos hacer...

—Sí —interrumpió Carlos—, es que yo me cuide de mi contusión; vos, hermano mío, de quitaros de encima esa compota de naranja, y vos, Guisa, haced desaparecer de vuestro traje esos churretones de grasa. Y salieron sin tomarse la molestia de cerrar la puerta. Al llegar a la calle de Saint —Antoine:

—¿Adónde vais, señores? —dijo el rey a los duques de Anjou y de Guisa.

—Señor, vamos a casa de Nantouillet, que nos espera a cenar. ¿Quiere acompañarnos Vuestra Majestad?

—No, gracias, vamos en dirección contraria. ¿Queréis que os alumbre uno de mis lacayos?

—Os lo agradecemos mucho, señor —dijo el duque de Anjou—, pero no es necesario.

—Bien, tiene miedo de que le haga espiar —susurró Carlos al oído del rey de Navarra.

Luego, cogiendo del brazo a este último:

—Ven, Enriquito —le dijo—, lo invito a cenar esta noche.

—Entonces, ¿no volvemos al Louvre? —preguntó Enrique.

—No, ya lo he dicho que no, testarudo; ven conmigo, cuando lo digo que vengas, no tienes más que obedecer.

Anagrama

A la mitad de la calle de Geoffroy-Lasnier viene a desembocar la de Garnier-sur-l'Eau y, al final de ésta, cruza la de las Barras.

Allí, dando algunos pasos hacia la calle de la Mortellerie, se encuentra a mano derecha una casita aislada en el centro de un jardín rodeado de altas paredes, en las que se abre una sola puerta de acceso.

Carlos sacó una llave de su bolsillo, abrió la puerta y, haciendo pasar a Enrique y al lacayo portador de la antorcha, volvió a cerrarla.

Había una sola ventanita iluminada. Carlos se la enseñó a Enrique sonriendo.

—No comprendo, señor —dijo éste.

—Ya comprenderás, Enriquito.

El rey de Navarra miró asombrado a Carlos. Su voz y su semblante tenían una expresión de dulzura tan inusitada en él, que Enrique no le reconocía.

—Enriquito, lo dije que cuando salía del Louvre salía del infierno. Cuando entro aquí, entro en el paraíso.

—Señor —dijo Enrique—, es para mí una dicha el que Vuestra Majestad me haya creído digno de hacer con ella el viaje al Cielo.

—El camino es estrecho —dijo el rey mientras subía por una escalerita—, pero así no falta nada a la comparación.

—¿Y cuál es el ángel que guarda la entrada de vuestro edén?

—Ya verás —respondió Carlos IX, y haciendo señas a Enrique de que le siguiera sin hacer ruido, empujó una puerta, después otra y deteniéndose en el umbral dijo—: Mira.

Se acercó Enrique y contempló uno de los cuadros más encantadores que viera en su vida. Una mujer de unos diecinueve años dormía con la cabeza apoyada sobre la cuna de un niño, también dormido, cuyos pies cogía entre sus manos como para besarlos, mientras sus largos cabellos rubios y ondulados caían como una gran cascada de oro. Se hubiera dicho un cuadro de Albano representando a la Virgen y al Niño Jesús.

—¡Oh, señor! —dijo el rey de Navarra—. ¿Quién es esta encantadora criatura?

—El ángel de mi paraíso, Enriquito; la única persona que me ama por mí mismo.

Enrique sonrió.

—Sí, por mí mismo —insistió Carlos—, puesto que me quiso antes de saber que era rey.

—¿Y desde que lo sabe?

—Desde que lo sabe —respondió Carlos con un suspiro que probaba que su sangrienta corona le resultaba a veces demasiado pesada—, desde que lo sabe me sigue amando; puedes juzgar.

Se acercó el rey muy despacio a la joven durmiente y, sobre su mejilla en flor, dio un beso tan suave como el roce de la abeja sobre el lirio.

Sin embargo, la despertó.

—¡Carlos! —murmuró abriendo los ojos.

—Ya ves —dijo el rey—, me llama Carlos; la reina dice «señor».

—¡Oh! —exclamó la muchacha—. ¿No estáis solo, rey mío?

—No, mi buena María. He querido traerte otro rey más feliz que yo, puesto que no tiene corona, pero también más desdichado, puesto que no tiene una María Touchet. Dios compensa a todos.

—¿Es el rey de Navarra? —preguntó María.

—El mismo, hija mía. Acércate, Enriquito.

El rey de Navarra obedeció y Carlos le cogió la mano derecha.

—Mira esta mano, María —dijo—, es la mano de un buen hermano y de un leal amigo. Sin esta mano...

—¿Qué?

—... Sin esta mano, María, nuestro hijo no tendría hoy padre.

María dio un grito, cayó de rodillas, cogió la mano de Enrique y la besó.

—Está bien, María —dijo Carlos.

—¿Y qué habéis hecho para agradecérselo, señor?

—Le he pagado con la misma moneda.

Enrique miró a Carlos con asombro.

—Algún día sabrás lo que quiero decir, Enriquito. Mientras tanto, ven a ver.

Y se acercó a la cuna donde seguía durmiendo el niño.

—Si esta rolliza criatura durmiera en el Louvre en lugar de dormir aquí, en esta casita de la calle de las Ba —Enrique III, Enrique IV, Luis XIII y Luis

rras -dijo-, muchas cosas cambiarían en el presente y tal vez en el porvenir.

—Señor —dijo María—, si no le disgusta a Vuestra Majestad prefiero que duerma aquí; duerme mejor.

—Entonces no turbemos su sueño —dijo el rey—. ¡Es tan bueno dormir cuando no se tienen malos sueños!

—Pasemos —dijo María extendiendo la mano hacia una de las puertas que daban paso al comedor.

—Sí, tienes razón —dijo Carlos—, cenemos.

—M i querido Carlos —dijo María—, diréis al rey vuestro hermano que me excuse, ¿no es cierto?

—¿Por qué?

—Porque he despedido a los criados, señor —continuó María dirigiéndose al rey de Navarra—. Sabréis que Carlos no quiere ser servido más que por mí.

—¡Por Dios que lo creo! —dijo Enrique.

Los dos hombres pasaron al comedor, mientras María, inquieta y cuidadosa, tapaba con una manta al pequeño Carlos que, gracias a su tranquilo sueño de niño, tan envidiado por su padre, no se había despertado.

—No hay más que dos cubiertos —dijo el rey cuando María estuvo con ellos.

—Dejad que yo misma sirva a Vuestras Majestades —dijo María.

—Vaya, tú me traes la desgracia, Enriquito —dijo Carlos.

—¿Por qué, señor?

—¿No oyes?

—¡Perdón, Carlos, perdón! —exclamó María.

—Te perdono, pero siéntate aquí entre los dos.

—Obedezco.

Puso otro cubierto,-se sentó entre los dos reyes y les sirvió.

—¿No es cierto, Enriquito, que es bueno tener un sitio en el mundo donde se pueda comer y beber sin necesidad de que alguien pruebe antes los manjares y los vinos?

—Señor —dijo Enrique sonriendo—, creedme que aprecio más que nadie vuestra felicidad.

—Pues para que se prolongue, Enriquito, aconsejad a María que no se ocupe de política y, sobre todo, que no tenga relaciones con mi madre.

—En efecto, la reina Catalina ama tan apasionada mente a Vuestra Majestad, que podría sentirse celosa de cualquier otro amor —respondió Enrique encontrando, gracias a este subterfugio, el modo de librarse de la peligrosa confianza del rey.

—María —dijo el rey—, lo presento a uno de los hombres más listos y espirituales que conozco. En la Corte, y esto no es poco, se ha ganado todas las voluntades. Pero quizá sea yo el único que ha sabido comprenderle.

—Señor —dijo Enrique—, exageráis.

—Nada exagero, Enriquito —replicó el rey—. Además, ya lo conocerán algún día.

Volviéndose luego hacia la joven añadió:

—Sobre todo, sabe hacer anagramas muy ingeniosos. Dile que haga el de lo nombre y lo aseguro que lo hará.

—¡Oh! ¿Qué queréis que encuentre en el nombre de una pobre muchacha como yo? ¿Qué idea ingeniosa puede salir de ese conjunto de letras con que el azar ha escrito María Touchet?

—¡Oh! El anagrama de ese nombre, señor —dijo Enrique—, es demasiado fácil y no tiene gran mérito el hallarlo.

—¡Ah! ¡Ah! Ya está hecho. ¿Lo ves, María?

Enrique sacó del bolsillo de su jubón un libro de notas, arrancó una hoja y debajo del nombre «Marie Touchet» escribió «Je charme tout.

Luego entregó el papel a la joven.

—¡Realmente —exclamó ésta— parece imposible!

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Carlos.

—Señor, no me atrevo a repetirlo.

—Señor —dijo Enrique—, en el nombre de «Marie Touchet» dice letra por letra, cambiando la i por la j, como se acostumbra: «Je charme tout.»

—¡Efectivamente! —exclamó Carlos—, letra por letra. Quiero que ésta sea lo divisa, ¿oyes, María? Nunca hubo divisa tan merecida. Gracias, Enriquito. María, lo la regalaré escrita con diamantes.

La cena concluía; en el reloj de Nôtre-Dame daban las dos.

—Ahora —dijo Carlos—, y en justa correspondencia, le vas a dar a Enrique un sillón en el que pueda dormir hasta que sea de día; pero bien lejos de noso tros, porque ronca de un modo que da miedo. Si lo levantas antes que yo, despiértame, porque tenemos que estar a las seis de la mañana en La Bastilla. Buenas noches, Enriquito, arréglate como puedas, pero —agregó acercándose al rey de Navarra y poniéndole una mano en el hombro— por lo vida, ¿oyes?, por lo vida, Enrique, no salgas de aquí sin mí, y sobre todo no vuelvas al Louvre.

Enrique había supuesto muchas cosas a través de aquellas alusiones para no obedecer semejante recomendación.

Carlos IX entró en su alcoba, y Enrique, el duro montañés, se acomodó en un sillón donde pronto hizo honor a su fama y justificó la previsión del rey.

En cuanto se hizo de día fue despertado por Carlos. Como se había acostado vestido, su tocado no fue largo. El rey estaba alegre y risueño como jamás se le vio en el Louvre. Las horas que pasaba en aquella casita de la calle de las Barras eran para él sus horas luminosas.

Los dos volvieron a pasar por el dormitorio.

La joven dormía en su lecho y el niño en su cuna. Ambos sonreían en sueños.

Carlos los miró un instante con ternura infinita. Luego, volviéndose hacia el rey de Navarra, le dijo:

—Enriquito, si alguna vez Vegas a saber el servicio que lo he hecho esta noche y me ocurriese alguna desgracia, acuérdate de este niño que ahora duerme en su cuna.

Y besando con ternura a la madre y al hijo en la frente, sin dar tiempo a que Enrique le preguntase nada, añadió:

—Adiós, ángeles míos.

Y salió. Enrique le seguía pensativo.

Dos caballos, cuyas riendas sujetaban los gentiles hombres a quienes Carlos IX había citado junto a La Bastilla, les esperaban.

Carlos hizo señas a Enrique de que montara uno de ellos, hizo él lo mismo y, saliendo por el jardín de la Ballesta, siguió por los arrabales.

—¿Adónde vamos? —preguntó Enrique.

—Vamos a ver si el duque de Anjou ha vuelto solamente por la señora de Condé y si es tan amante como ambicioso, que lo dudo.

Enrique no comprendió las intenciones del rey, pero le siguió sin replicar.

Al llegar al Marais, y al abrigo de las empalizadas, descubrieron lo que entonces se llamaba barrio de Saint-Laurent.

Carlos señaló a Enrique a través de la bruma gris de la mañana a unos hombres envueltos en amplias capas y con gorros de piel que se acercaban a caballo precediendo a un coche pesadamente cargado. A medida que avanzaban, los hombres fueron adquiriendo formas precisas y entonces pudo distinguir a otro hombre, también a caballo, con la frente oculta bajo el ala de un sombrero a la francesa, que conversaba con ellos.

—¡Ah! ¡Ya me lo suponía! —dijo Carlos con una sonrisa.

—¡Eh, señor! —advirtió Enrique—. Si no me equivoco, ese caballero de la capa oscura es el duque de Anjou.

—El mismo —respondió Carlos IX—; apártate un poco, Enriquito, no quiero que nos vea.

—¿Pero quiénes son esos hombres de capas grises y gorros de piel, y qué llevan en ese coche? —preguntó Enrique.

—Esos hombres —afirmó Carlos— son los embajadores polacos y en ese coche llevan una corona. Ahora

—continuo poniendo su caballo al galope y encaminándose hacia la puerta del Temple — ven, Enriquito; ya he visto todo lo que quería ver.

El regreso al louvre

✦

Cuando Catalina creyó que ya todo había terminado en la alcoba del rey de Navarra, que ya habían sacado a los guardias muertos y que Maurevel había sido transportado a su casa, despidió a sus damas, pues ya era cerca de medianoche, y trató de dormir. Pero la sacudida había sido demasiado violenta y la decepción muy grande. Aquel Enrique, detestado, que escapaba continuamente a sus emboscadas casi siempre mortales, parecía estar protegido por alguna fuerza invisible que Catalina se obstinaba en llamar azar, aunque en el fondo de su corazón una voz le dijera que el verdadero nombre de semejante fuerza era el de destino. La idea de que el rumor de su nueva tentativa, al extenderse por el Louvre y fuera del Louvre, iba a dar a Enrique y a los hugonotes todavía mayor confianza en el porvenir, la exasperaba, y si en aquel momento el azar, contra el que con tan mala suerte luchaba, la hubiese puesto ante su enemigo, no cabe duda de que con aquel puñalito florentino que llevaba a la cintura hubiera roto el fatal influjo que tan favorable le era al rey de Navarra.

Las horas de la noche, tan lentas para quien espera y vela, dieron unas tras otras sin que Catalina lograra pegar ojo. Todo un mundo de nuevos proyectos cruzó, durante aquellas horas de la noche, por su mente poblada de visiones. Por fin, al amanecer, se levantó, se vistió sin ayuda de nadie y se dirigió a las habitaciones de Carlos IX.

Los centinelas, acostumbrados a verla entrar y salir a cualquier hora del día o de la noche en el departamento del rey, la dejaron pasar. Atravesó, pues, la antecámara y llegó hasta la sala de armas. Al llegar allí encontró a la nodriza de Carlos, que se hallaba despierta.

—¿Dónde está mi hijo? — dijo la reina.

—Ha prohibido terminantemente que se entre en su alcoba antes de las ocho, señora.

—Esa prohibición no reza conmigo, nodriza.

—Reza con todo el mundo, Majestad.

Catalina sonrió.

—Sí, ya sé —dijo la mujer— que nadie tiene aquí derecho a oponerse a los deseos de Vuestra Majestad. Le suplico, pues, que oiga el ruego de una pobre mujer y no siga adelante.

—Nodriza, es preciso que hable con mi hijo.

—Señora, no abriré la puerta como no sea con una orden formal de Vuestra Majestad.

—¡Abrid! —dijo Catalina—. ¡Os lo ordeno!

Al oír esta voz, más respetada y sobre todo más temida que la del mismo Carlos, la nodriza entregó la llave a Catalina, pero ésta no la necesitaba. La reina madre sacó de su bolsillo la llave correspondiente y abrió con toda facilidad la puerta de la habitación de su hijo.

El cuarto estaba vacío y la cama de Carlos intacta. Su galgo Acteón, echado sobre una piel de oso que había a los pies de la cama, se levantó y vino a lamer las manos de marfil de Catalina.

—¡Ah! —dijo la reina—. ¿Ha salido? No importa; le esperaré.

Y se sentó, pensativa y sombría, junto a la ventana que daba al patio y desde la cual podía verse la entrada principal del Louvre.

Llevaba allí dos horas, inmóvil y pálida como una estatua de mármol, cuando vio entrar a un grupo de caballeros entre los que reconoció a Carlos y a Enrique de Navarra.

Entonces comprendió todo. Carlos, en lugar de discutir con ella a propósito de la detención de su cuñado, se lo había llevado consigo y le había salvado.

—¡Ciego, ciego, más que ciego! —murmuró.

Un instante después resonaron unos pasos en la habitación contigua, que era la sala de armas.

—Pero, señor —decía Enrique—, ahora que estamos de regreso en el Louvre decidme: ¿por qué me hicisteis salir y cuál es el favor que os tengo que agradecer?

—No, aún no —respondió Carlos riendo—. Quizá lo sepas algún día, pero por el momento es un misterio. Quiero que sepas solamente que por causa tuya tendré seguramente una enconada discusión con mi madre. Al terminar estas palabras, Carlos descorrió un tapiz y se encontró frente a frente con Catalina. Detrás de él y por encima de su hombro aparecía la cara pálida a inquieta del bearnés.

—¡Ah! ¿Estáis aquí, señora? —dijo Carlos IX frun ciendo el ceño.

—Sí, hijo mío; tengo que hablaros.

—¿A mí?

—A vos solamente.

—Vamos, vamos —dijo Carlos volviéndose hacia su cuñado—, ya que no hay modo de librarse, cuanto antes será mejor.

—Os dejo, señor —dijo Enrique.

—Sí, sí, dejadnos —respondió Carlos—, y ya que eres católico ve a oír misa en mi nombre; yo me quedo al sermón.

Enrique saludó y salió.

—¡Pardiez, señora! —dijo tratando de tomar a broma el asunto—. Me esperáis para reñirme, ¿no es cierto? He cometido el sacrilegio de hacer fracasar vuestro pequeño proyecto. ¡Ja, ja! ¡Por los clavos de Cristo! No podía dejar arrestar y llevar a La Bastilla al hombre que acababa de salvarme la vida. Tampoco quería discutir con vos; soy un buen hijo. Y, además —agregó en voz baja—, el buen Dios castiga a los hijos que se pelean con su madre: sirva de ejemplo mi hermano Francisco II. Perdonadme, pues, y confesad que la broma tuvo su gracia.

—Señor —contestó Catalina—, Vuestra Majestad se engaña; no se trata de ninguna broma.

—¡Vaya, vaya! ¡Que me lleve el diablo si no terminái s por creer que sí lo es!

—Señor, por culpa vuestra se ha frustrado un plan que nos hubiera permitido hacer un importante descubrimiento.

—¡Bah!... ¡Un plan! ¿Qué puede importaros un plan frustrado a vos, madre mía? Discurriréis otros veinte, y en ésos os prometo secundaros.

—Ahora, por mucho que me secundéis, será demasiado tarde, porque ya se ha enterado y estará en guardia.

—Veamos —dijo el rey—, acabemos de una vez. ¿Qué tenéis contra Enrique?

—Tengo que es un conspirador.

—Sí, ya comprendo, es vuestra eterna queja. Pero ¿acaso no conspira todo el mundo, mucho o poco, en esta encantadora residencia real que se llama el Louvre?

—Pero él conspira más que nadie y es tanto más peligroso cuanto que nadie sospecha de su persona.

—¡Ni que fuera el Lorenzino! —exclamó Carlos.

—Oídme —dijo Catalina ensombreciéndose al escuchar este nombre, que le recordaba uno de los episodios más sangrientos de la historia florentina—,hay un medio de probar que estoy por completo equivocada.

—¿Cuál es, madre mía?

—Preguntadle a Enrique quién estaba anoche en su habitación.

—¿Anoche... en su habitación?

—Sí, y si os lo dice...

—¿Qué?

—... Estoy dispuesta a reconocer que me he equivocado.

—Pero si fuera una mujer, no podríamos exigir...

—¿Una mujer?

—Sí.

—¿Una mujer y ha matado a dos de vuestros guardias y ha herido mortalmente al señor de Maurevel?

—¡Oh! —dijo el rey—. Esto se pone serio. ¿Decís que ha corrido la sangre?

—Tres hombres quedaron tendidos en el suelo.

—¿Y dónde está el causante?

—Se escapó sano y salvo.

—¡Por Belcebú! —exclamó Carlos—. Sin duda es muy valiente y creo que tenéis razón, madre mía: quiero conocerle.

—Ya os he dicho que no sabréis cuál es su nombre, como no sea por Enrique.

—O por vos, madre. Ese hombre no habrá huido sin dejar algún rastro, sin que nadie haya visto algún detalle de su indumentaria.

—Tan sólo una capa color cereza muy elegante...

—¡Ah, una capa color cereza! —exclamó Carlos—. No conozco en la corte más que una que sea llamativa.

—¡Precisamente! —dijo Catalina.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Esperadme aquí, hijo mío, voy a ver si mis órdenes han sido cumplidas.

Salió Catalina y Carlos quedóse solo paseando distraídamente de un extremo a otro de la habitación, silbando un aire de caza, una mano en el pecho y la otra colgando, de modo que cada vez que separaba sentía sobre ella el cosquilleo de la lengua del galgo.

En cuanto a Enrique, había salido del cuarto de su cuñado sumamente inquieto. En lugar de seguir el camino de costumbre, subió por la escalerilla secreta que ya hemos mencionado más de una vez y que conducía al segundo piso. Apenas había subido cuatro peldaños cuando vio aparecer una sombra en el primer descansillo. Se detuvo, llevándose la mano al cinto. Pero, inmediatamente, distinguió el cuerpo de una mujer, y una encantadora voz cuyo timbre le era muy familiar le dijo mientras su dueña le cogía de la mano:

—¡Dios sea loado, señor! Estáis sano y salvo. Pasé mucho miedo por vos, pero sin duda Dios ha oído mis ruegos.

—¿Qué ha sucedido? —dijo Enrique.

—Lo sabréis al llegar a vuestra alcoba. No os inquietéis por Orthon; yo le recogí.

Y la joven siguió rápidamente escaleras abajo como si se hubiera cruzado por casualidad con Enrique.

—¡Qué extraño! —se dijo éste—. ¿Qué habrá pasado? ¿Y qué será lo que le haya ocurrido a Orthon? Por desgracia, la pregunta no podía llegar a oídos de la señora de Sauve, pues la señora de Sauve estaba ya bien lejos.

En lo alto de la escalera, Enrique vio de pronto aparecer otra sombra; pero esta vez se trataba de la de un hombre.

—Silencio —dijo la sombra.

—¡Ah! ¿Sois vos, Francisco?

—No me llaméis por mi nombre.

—¿Qué ha ocurrido?

—Entrad en vuestra alcoba y lo sabréis; luego deslizaos por el corredor, mirad bien a todos lados para convenceros de que nadie os espía y venid a mi cuarto; la puerta estará entornada.

Y desapareció por la escalera como esos fantasmas de teatro que desaparecen por una trampa.

—¡Por Dios! —murmuró el bearnés—. Continúa el enigma, pero ya que la solución está en mi cuarto, vayamos allá y nos enteraremos.

Enrique continuó su camino, no sin cierta emoción. Tenía sensibilidad y desde joven era supersticioso. Todo se reflejaba claramente en aquel alma de superficie lisa como un espejo, y cuanto acababa de oír presagiaba una desgracia.

Al llegar a la puerta de su departamento, escuchó. No se oía ningún ruido. Por lo demás, no había nada que temer, puesto que Carlota fue quien le había aconsejado que se dirigiera a su alcoba. Lanzó una rápida ojeada por la antecámara; estaba vacía, pero nada podía indicarle aún qué era lo que había sucedido.

—«Efectivamente —se dijo—, no está Orthon.»

Y pasó a la otra pieza.

Allí se lo explicó todo.

A pesar de los cubos de agua que habían echado, inmensas manchas rojizas cubrían el suelo; un mueble estaba roto, las cortinas del lecho rasgadas a punta de espada, un espejo de Venecia hecho añicos por una bala y la huella de una mano sangrienta podía verse sobre la pared. Todo ello revelaba que aquella silenciosa alcoba había sido testigo de una lucha a muerte.

Enrique contempló con iracundos ojos los diferentes detalles, se pasó la mano por la frente húmeda de sudor y murmuró:

—¡Ah! Ahora comprendo el favor que me ha hecho el rey; han venido a asesinarme... Pero... ¿Y De Mouy? ¿Qué habrán hecho de De Mouy? ¡Ah, miserables! ¿Le habrán matado?

Tan ansioso estaba de saber lo ocurrido como el duque de Alençon de explicárselo. Enrique, después de echar una última mirada por la habitación, salió, llegó al corredor, se aseguró de que estaba desierto y, empujando la puerta entornada que cerró con cuidado tras de sí, se precipitó en el cuarto del duque de Alençon.

El duque le esperaba en la antecámara. Cogió rápidamente la mano de Enrique y, llevándose un dedo a los labios, le condujo hasta un gabinete en forma de torreón, completamente aislado y libre. por lo tanto de toda tentativa de espionaje.

—¡Ah, hermano mío! —le dijo—. ¡Qué espantosa noche!

—¿Qué es lo que ha sucedido? —le preguntó Enrique.

—Quisieron arrestaros.

—¿A mí?

—Sí, a vos.

—¿Y con qué motivo?

—No lo sé. ¿Dónde estabais?

—El rey me llevó anoche a pasear en su compañía por la ciudad.

—Luego, él lo sabía —dijo Alençon—. Pero si vos no estabais, ¿quién era el que se hallaba allí?

—¿Había alguien en mi alcoba? —preguntó Enrique como si lo ignorase.

—Sí, un hombre. Cuando oí ruido me apresuré a socorreros, pero era ya demasiado tarde.

—¿Y detuvieron al hombre? —preguntó Enrique con ansiedad.

—No, se escapó después de haber herido gravemente a Maurevel y de matar a dos guardias.

—¡Bravo, De Mouy! —exclamó Enrique.

—¿Conque era De Mouy? —preguntó rápidamente Alençon.

Enrique comprendió que había cometido una falta.

—Al menos, lo presumo —contestó—, porque le había citado para ponerme de acuerdo con él respecto a vuestra huida y decirle que os había concedido todos mis derechos al trono de Navarra.

—Entonces, si se averigua esto —dijo Alençon palideciendo—, estamos perdidos.

—Y se sabrá, porque Maurevel no es mudó.

—Maurevel tiene atravesada la garganta por una estocada y he sabido por el cirujano que le atiende que antes de ocho días no podrá pronunciar una sola palabra.

—¡Ocho días! Es más de lo que necesita De Mouy para ponerse completamente a salvo.

—Además —dijo Alençon—, puede haber sido otro que no sea De Mouy.

—¿Vos lo creéis?

—Sí, el hombre desapareció a toda velocidad y no pudo verse más que su capa color cereza.

—En efecto —afirmó—, una capa color cereza es más propia de un galán que de un soldado. Nadie reconocería a De Mouy dentro de una capa de semejante color.

—Desde luego. Si se sospechase de alguien —insinuó Alençon—, sería más bien... —Y se detuvo.

—Del señor de La Mole —dijo Enrique.

—En efecto, puesto que yo mismo, que le vi huir, dudé un instante.

—¡Dudasteis! ¡Ya lo creo que pudo haber sido el señor de La Mole!

—¿Él no sabe nada? —preguntó Alençon.

—Nada absolutamente, o, por lo menos, nada de interés.

—Hermano mío —dijo el duque—, ahora sí que creo que era él.

—¡Diablo! —exclamó Enrique—. Si en efecto era él, se va a llevar un disgusto la rema, que tanto se interesa por su persona.

—¿Se interesa, decís? —le preguntó Alençon pasmado.

—Sin duda. ¿No recordáis, Francisco, que fue vuestra hermana quien os lo recomendó?

—Sí —dijo el duque con voz sorda—. Por eso quisiera favorecerle, y la prueba la tenéis en que, temiendo que su capa colorada le comprometiera, subí a su cuarto y la traje aquí.

—¡Oh! —exclamó Enrique—. Habéis sido doblemente prudente, y ahora no sólo apostaría, sino que juraría que era él.

—¿Ante la justicia, incluso?

—A fe mía que sí —respondió Enrique—. Habría ido a llevarme algún recado de parte de Margarita.

—Si estuviese seguro de que me apoyaríais con vuestro testimonio —dijo Alençon—, casi estaría dispuesto a acusarle.

—Si le acusáis —dijo Enrique—, ya comprenderéis, hermano mío, que no os desmentiré.

—Pero, ¿y la reina? —preguntó Alençon.

—¡Ah! Es cierto.

—Será preciso conocer su opinión.

—Yo me encargo de ello.

—¡Pardiez, hermano! Haría mal en desmentirnos, pues el joven en cuestión se encontraría con una flamante reputación de valiente sin costarle muy caro, ya que la iba a adquirir a crédito. Es verdad que posiblemente cobrase al mismo tiempo el interés y el capital.

—¡Qué queréis! —dijo Enrique—. En este bajo mundo nada se consigue de balde.

Y despidiéndose con una sonrisa, asomó cautelosamente la cabeza por el corredor, y, al ver que no había nadie, se deslizó rápidamente y desapareció por la escalera secreta que conducía a las habitaciones de Margarita.

La reina de Navarra no estaba más tranquila que su esposo. La expedición nocturna dirigida contra ella y la duquesa de Nevers por el rey, el duque de Anjou, el duque de Guisa y Enrique de Navarra, a quien había reconocido, la inquietaba sobremanera. Sin duda no había ninguna prueba capaz de comprometerla, pues el portero, puesto en libertad por La Mole y Coconnas, afirmó que guardaría silencio. Pero cuatro señores de la alcurnia de los que aquellos dos simples gentiles hombres mantuvieron a raya no se habrían desviado de su camino por casualidad. Margarita regresó pues, cuando amanecía, luego de haber pasado el resto de la noche en casa de la señora de Nevers. Se acostó en seguida, pero no pudo dormir, ya que el menor ruido la sobresaltaba.

A pesar de su angustia, oyó que llamaban a la puerta secreta y, después de enviar a Guillonne para que se enterase de quién era, la mandó abrir.

Enrique se detuvo en el umbral de la puerta. Nada en él delataba al marido burlado, su habitual sonrisa v agaba por sus labios finos y ningún músculo de su rostro traicionaba las terribles emociones que acababa de experimentar.

Pareció interrogar con la vista a Margarita para saber si le permitía conversar a solas con ella. Margarita comprendió la mirada de su marido a hizo señas a Gui llonne de que se alejara.

—Señora —dijo entonces Enrique—, sé cuán ligada estáis a vuestros amigos y por eso temo que no sea buena la noticia que os voy a dar.

—¿Qué sucede, señor? —preguntó Margarita.

—Que uno de nuestros más queridos servidores se halla en una situación muy comprometida.

—¿Quién?

—Nuestro buen conde de La Mole.

—¡El conde La Mole! ¿Y a causa de qué?

—A causa de la aventura de anoche.

Margarita enrojeció, pese a su dominio sobre sí misma. Y haciendo un esfuerzo preguntó:

—¿De qué aventura?

—¿Cómo? —preguntó Enrique—. ¿No habéis oí do todo el jaleo que se armó anoche en el Louvre?

—No, señor.

—Os felicito —dijo Enrique con sencillez encantadora—; eso prueba que tenéis un sueño excelente.

—¿Qué pasó?

—Que nuestra buena madre dio orden al señor de Maurevel y a seis de sus guardias para que me arrestasen.

—¿A vos, señor?

—Sí, a mí.

—¿Y por qué razón?

—¡Ah! ¿Quién puede saber las razones de un espíritu tan profundo como el de nuestra madre? Las respeto, pero las ignoro.

—¿Y vos no estabais en vuestras habitaciones?

—No, por pura casualidad, es cierto, pero no estaba. Lo habéis adivinado. Anoche me invitó el rey a que lo acompañase, pero si yo no estaba en mi cuarto, estaba en cambio otra persona.

—¿Quién era?

—Por lo visto, el conde La Mole.

—¡El conde La Mole! —exclamó Margarita asombrada.

—¡Y por Dios que estuvo valiente el pequeño provenzal! ¿Sabéis que hirió a Maurevel y que mató a dos de sus guardias?

—¡Imposible!

—¿Cómo? ¿Dudáis de su valor, señora?

—No, digo que el señor de La Mole no podía estar en vuestro cuarto.

—¿Por qué?

—Pues porque... estaba en otra parte —replicó azorada Margarita.

—¡Ah! Si puede probarlo, eso es otra cosa; dirá dónde estuvo y asunto concluido.

—¿Dónde estuvo? —preguntó alarmada Margarita.

—Naturalmente. No terminará el día sin que sea detenido a interrogado. Y como por desgracia hay pruebas...

—¿Qué pruebas?

—El hombre que supo defenderse tan a la desesperada tenía una capa color cereza.

—Pero La Mole no es el único que tiene una capa de semejante color. Yo sé de otro...

—Y yo también. Pero ved lo que ocurrirá: si el señor de La Mole no era quien estaba en mi cuarto, tendrá que serlo otro, y este otro habrá de ser dueño de una capa igual a la suya. Ahora, ¿sabéis ya quién es este hombre?

—¡Cielos!

—Ahí está la cuestión. Vuestra inquietud me demuestra que os dais cuenta de la dificultad. Conversemos, si os place, como dos personas que tratan del bien más codiciado del mundo...:

un trono, el bien más precioso... de la vida. Si De Mouy es arrestado, ya podemos darnos por perdidos.

—Sí, comprendo.

—Mientras que el señor de La Mole no compromete a nadie, a no ser que le dé por inventar alguna historia y empiece, por ejemplo, a decir que estuvo en compañía de algunas damas.

—Señor —dijo Margarita—, si tenéis algún temor respecto a eso, podéis estar tranquilo... Nada dirá. .

—¿Cómo? —preguntó Enrique—. ¿No dirá nada aunque la muerte sea el precio de su silencio?

—Aunque así sea.

—¿Estáis segura?

—Os respondo de ello.

—Entonces más vale así —repuso Enrique levantándose.

—¿Os retiráis, señor? —preguntó ansiosamente Margarita.

—Sí, por cierto; esto es todo cuanto tenía que deciros.

—¿Y adónde vais?...

—A ver de qué manera podemos salir del mal paso en que ese demonio de hombre de la capa color cereza nos ha metido.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Pobre muchacho! —exclamó dolorosamente Margarita, retorciéndose las manos.

—Verdaderamente —dijo Enrique al marcharse—, este querido señor de La Mole es un excelente servidor.

El cordón de la reina madre

✦

Carlos había regresado a su aposento risueño y jovial. Pero, al cabo de una conversación de diez minutos que tuvo con su madre, se diría que ésta le había cedido su palidez y su cólera, llevándose en cambio el radiante buen humor de su hijo.

—¡El señor de La Mole! —decía Carlos—. ¡El señor de La Mole! Hay que llamar a Enrique y al duque de Alençon. A Enrique, porque ese joven era hugonote, y a mi hermano, porque le tiene a su servicio.

—Llamadlos si queréis, hijo mío, pero no vais a sacar nada en limpio. Me temo que Enrique y Francisco estén más unidos de lo que parece. Interrogarles equivaldría a levantar sospechas; me parece que sería mejor la prueba lenta y segura de dejar pasar algunos días. Si les dais tiempo de que respiren, si les hacéis creer que han escapado de vuestra vigilancia, los culpables, envalentonados y triunfantes, os proporcionarán ellos mismos la ocasión; entonces, podremos saberlo todo.

Carlos se paseaba indeciso, conteniendo su cólera como un caballo que mordiera el freno y aplacando con su mano crispada los latidos de su corazón mordido por la sospecha más cruel.

—No, no —dijo por fin—, no esperaré. Vos no sabéis lo que es esperar estando rodeado como estoy de fantasmas. Además, estos mozalbetes se están volviendo cada día más insolentes. Esta misma noche, dos jovencitos han osado hacernos frente rebelándose contra nosotros. Si el señor de La Mole es inocente no digo nada, pero no me disgustaría saber dónde estaba anoche mientras atacaban a mis guardias en el .Louvre y combatían contra mí en la calle de Cloche — Percée. Que vayan a buscar al duque de Alençon y después a Enrique; quiero interrogarles por separado. Vos podéis que daros, madre mía.

Catalina se sentó. Para un espíritu fuerte como el suyo, cualquier incidente, hábilmente dirigido por sus poderosas manos, podía conducir al fin propuesto, aunque en apariencia pareciera alejarse de él. De todo choque surge un ruido o un chispazo. El ruido guía; la chispa alumbra.

Entró el duque de Alençon; su charla con Enrique le había preparado para la entrevista y se hallaba bastante tranquilo.

Sus respuestas fueron terminantes. Como su madre le había dicho que permaneciera en su habitación, ignoraba por completo los sucesos de la noche. Únicamente, y debido a que sus habitaciones daban al mismo corredor que las del rey de Navarra, creyó oír al principio un ruido como el de una puerta que se golpea, luego imprecaciones y, por último, tiros.

Entonces se arriesgó a entreabrir la puerta, viendo cómo huía un hombre de capa encarnada.

Carlos y su madre cambiaron una mirada.

—¿De capa encarnada? —preguntó el rey.

—Sí —respondió Alençon.

—¿Y esa capa encarnada no os hace sospechar de alguien?

Alençon acudió a todas sus fuerzas para mentir con la mayor naturalidad posible.

—A primera vista —dijo— debo confesar a Vuestra Majestad que creí reconocer la capa de uno de mis gentiles hombres.

—¿Y cómo se llama ese gentilhombre?

—El señor de La Mole.

—¿Por qué el señor de La Mole no estaba a vuestro lado, como era su obligación?

—Le había dado permiso —respondió el duque.

—Está bien, retiraos —dijo Carlos.

El duque de Alençon se dirigió a la puerta por donde había entrado.

—Por ésa no —advirtió Carlos—; por esa otra.

Y le indicó la que comunicaba con el cuarto de su nodriza.

Carlos no quería que Enrique y Francisco se encontraran. Ignoraba que se habían visto un instante antes y que ese instante bastó para que se pusieran de acuerdo.

Cuando hubo salido Alençon, y a una señal de Carlos, entró Enrique.

Enrique no esperó que Carlos le interrogara.

—Señor —dijo—, ha hecho bien Vuestra Majestad en enviarme llamar, pues quería veros para pediros justicia. Carlos frunció el ceño.

—Sí, justicia —continuó Enrique—. Empiezo por agradecer a Vuestra Majestad que me llevase consigo anoche, pues sé que, gracias a eso, me salvó la vida. ¿Pero qué es lo que he hecho yo para que intentaran asesinarme?

—No se trataba de un asesinato —dijo precipitadamente Catalina—, sino de una orden de arresto.

—Sea —dijo Enrique—. Pero ¿qué crimen cometí para ser arrestado? Si soy culpable, lo mismo lo soy esta mañana que anoche. Decidme cuál es mi crimen, señor.

Carlos miró a su madre un tanto perplejo por la contestación que había de dar.

—Hijo mío —dijo Catalina—, recibís a gentes sospechosas.

—Bien —dijo Enrique—, y esas gentes sospechosas me comprometen, ¿no es cierto, señora?

—Sí, Enrique.

—¡Nombrádmelas, nombrádmelas!... Decidme quiénes son. Traedlas a mi presencia.

—En efecto —dijo Carlos—, Enrique tiene derecho a pedir una explicación.

—¡Y la pido! —replicó Enrique, quien, sintiendo la superioridad de su posición, quería sacar partido de ella—. La pido a mi cuñado Carlos y a vos, Catalina. ¿No me he conducido como buen esposo desde mi casamiento con Margarita? Preguntádselo a ella. ¿No me he portado como buen católico? Preguntádselo a mi confesor. ¿Y como buen pariente? Díganlo quienes asistieron ayer a la cacería.

—En efecto, Enriquito —afirmó el rey—. ¿Qué quieres? Dicen que conspiras.

—¿Contra quién?

—Contra mí.

—Señor, si hubiese conspirado contra vos, no habría tenido más que esperar los acontecimientos cuando vuestro caballo, herido en una pata, no se podía levantar, y el jabalí, furioso, embestía a Vuestra Majestad.

—¡Cáspita! ¿Sabéis que tiene razón, madre mía?

—Pero, en fin, ¿quién estaba anoche en vuestro cuarto?

—Señora —contestó Enrique—, en circunstancias en que muy pocos se atreven a responder de sí mismos, no responderé yo de los demás. Abandoné mi habitación a las siete de la noche, a las diez mi hermano Carlos hizo que le acompañara y estuve con él toda la noche. No podía a la vez estar con Su Majestad y saber lo que ocurría en mi cuarto.

—Pero —dijo Catalina—, por eso no es menos cierto que uno de vuestros servidores mató a dos guardias de Su Majestad a hirió al señor de Maurevel.

—¿Uno de mis servidores? ¿Quién era, señora? Nombradle.

—Todo el mundo acusa al señor de La Mole.

—El señor de La Mole no está a mi servicio, señora, sino al servicio del duque de Alençon, a quien, por cierto, fue recomendado por vuestra hija.

—En una palabra —dijo Carlos—, ¿era el señor de La Mole el que estaba en lo alcoba, Enriquito?

—¿Cómo queréis que lo sepa, señor? No puedo decir ni que sí ni que no. El señor de La Mole es un buen servidor, muy devoto de la reina de Navarra y que me trae a menudo mensajes, ya sea de Margarita, a quien está muy agradecido por haberle recomendado al señor de Alençon, ya del mismo duque. No puedo afirmar que sea el señor de La Mole.

—Era él —dijo Catalina—, han visto su capa encarnada.

—¿El señor de La Mole tiene una capa encarnada?

—Sí.

—Y el hombre que tan bien ha despachado a dos de mis guardias y al señor de Maurevel... —añadió Carlos.

—¿Tenía una capa encarnada? —preguntó Enrique.

—Precisamente —dijo Carlos.

—No tengo nada que decir —replicó el bearnés—; pero me parece que en tal caso no es a mí a quien debíais haber llamado, sino al señor de La Mole, que era quien estaba en mi cuarto.

Solamente —añadió Enriquequiero hacer a Vuestra Majestad una observación.

—¿Cuál?

—Si hubiese sido yo el que, viendo una orden firmada por mi rey, me hubiera resistido en lugar de obedecerla, sería culpable y merecería toda suerte de castigos, pero no soy yo; es un desconocido a quien esta orden no se refería para nada; han querido detenerle injustamente, se ha defendido, demasiado bien por cierto, pero no olvidéis que estaba en su derecho.

—Sin embargo... —murmuró Catalina.

—Señora —interrumpió Enrique—, ¿mandaba la orden que se me detuviera?

—Así es —respondió Catalina—, y el rey mismo la firmó.

—Pero ¿indicaba también que en el caso de que yo no estuviera sería detenida la persona que ocupase mi lugar?

—No —contestó Catalina.

—Entonces —dijo Enrique—, mientras que no se pruebe que yo conspiro y que el hombre que estaba en mi habitación es mi cómplice, ese hombre es inocente.

Y volviéndose hacia Carlos IX:

—Señor —continuó Enrique—, no saldré del Louvre. Estoy dispuesto a dirigirme a cualquiera de las prisiones del Estado en cumplimiento de una orden de Vuestra Majestad, pero, hasta que no se me pruebe lo contrario, tengo derecho a considerarme el más fiel servidor, súbdito y hermano de Vuestra Majestad. Y con una altivez desconocida hasta entonces, Enrique saludó a Carlos y salió.

—¡Bravo, Enriquito! —exclamó Carlos cuando el rey de Navarra se hubo retirado.

—¡Bravo! ¿Lo decís porque nos ha vencido? —observó Catalina.

—¿Y por qué no le he de aplaudir? ¿Acaso cuando tiramos espada juntos y él me toca no le digo también bravo? Madre, hacéis mal en despreciarlo.

—Hijo —dijo Catalina oprimiendo la mano de Carlos IX—, no le desprecio, le temo.

—Insisto en que hacéis mal. Enrique es mi amigo y, como acaba de decir, si hubiera conspirado contra mí, no hubiese tenido más que dejar al jabalí consumar su obra.

—Sí —insistió Catalina—, ¿para que el duque de Anjou, su enemigo personal, fuera rey de Francia?

—No me importa el motivo por el que Enrique me haya salvado la vida; lo cierto es que me ha salvado. ¡Por todos los diablos! No quiero que se le cause ningún disgusto. Por lo que se refiere al señor de La Mole, voy a entenderme con mi hermano de Alençon, que es quien le tiene a su servicio.

Con esto Carlos IX dio por terminada la conversación con su madre. Catalina se retiró pensando quién pudiera ser el culpable.

El señor de La Mole no era lo suficientemente importante para satisfacer sus deseos.

De regreso a sus habitaciones, Catalina encontró a Margarita, que le estaba esperando.

—¡Ah! ¿Sois vos, hija mía? Anoche os mandé llamar.

—Ya lo sé, señora; pero había salido.

—¿Y esta mañana?

—Esta mañana, señora, he venido a veros para decir a Vuestra Majestad que va a cometer una gran injusticia.

—¿Cuál?

—¿Vais a ordenar que arresten al señor conde de La Mole?

—Os equivocáis, hija mía; yo no hago arrestar a nadie; es el rey quien manda y no yo.

—No juguemos con las palabras, señora, cuando los momentos son tan graves. Van a detener al señor de La Mole, ¿no es cierto?

—Es probable.

—¿Acusado de hallarse anoche en la alcoba del rey de Navarra y de haber dado muerte a dos guardias y herido al señor de Maurevel?

—Efectivamente, ése es el crimen que se le imputa.

—Sin razón, señora —afirmó Margarita—, puesto que el señor de La Mole no es culpable.

—¿Que no es culpable el señor de La Mole? —dijo Catalina haciendo un gesto de alegría y vislumbrando alguna luz en lo que Margarita acababa de afirmar.

—No es culpable —insistió Margarita— ni puede serlo, pues no estaba en la habitación del rey.

—¿Dónde estaba, entonces?

—En la mía, señora.

—¡En la vuestra!

—Sí, en la mía.

Catalina debió de quedarse atónita ante tal confesión en una princesa de Francia, pero se limitó a cruzarse de brazos.

—Y... —dijo después de un momento de silencio si arrestan al señor de La Mole y le interrogan...

—Dirá dónde y con quién se hallaba —respondió Margarita, aunque estaba completamente segura de lo contrario.

—Si es así, tenéis razón, hija mía; será necesario impedir qué arresten al señor de La Mole.

Margarita se estremeció, creyó advertir en el tono con que su madre había pronunciado estas palabras un sentido misterioso y terrible, pero no pudo objetar nada, puesto que le había sido concedido lo que acababa de pedir.

—Pero, entonces —dijo Catalina—, si no era el señor de La Mole el que estaba en la alcoba del rey, sería otro. Margarita se calló.

—¿Conocéis a ese otro?

—No, madre mía —respondió Margarita con voz vacilante.

—Vamos, confiaos del todo.

—Os repito, señora, que no le conozco —insistió Margarita poniéndose pálida a pesar suyo.

—Bien, bien —dijo Catalina con indiferencia—, ya lo sabremos. Retiraos, hija mía, y estad tranquila; vuestra madre vela por nuestro honor.

Margarita salió.

—¡Ah! —murmuró Catalina—. Se entienden, Enrique y Margarita están de acuerdo; con tal de que la mujer sea muda, el marido es ciego. ¡Ah! Hijos míos, os creéis muy hábiles y muy fuertes, pero vuestra fuerza reside en vuestra unión y yo os separaré. Además, llegará el día en que Maurevel pueda hablar o escribir, pronunciar un nombre o trazar seis letras, y entonces lo sabremos todo... Claro que si esperamos hasta entonces, el culpable se habrá puesto a salvo. Lo mejor será romper su alianza en seguida.

En virtud de este razonamiento, Catalina se dirigió a las habitaciones de su hijo, a quien encontró hablando con Alençon.

—¡Ah! —dijo Carlos IX frunciendo el ceño—. ¿Sois vos, madre mía?

—¿Por qué no dijisteis aún? Esta palabra estaba en vuestro pensamiento, Carlos.

—Lo que está en mi pensamiento sólo a mí me pertenece —replicó el rey con aquel tono brutal que adoptaba algunas veces hasta para hablar con Catalina—. ¿Qué queréis? Decídmelo pronto.

—Que teníais razón, hijo mío —respondió Catalina dirigiéndose a Carlos—, mientras que vos, Francisco, estabais equivocado.

—¿En qué señora? —preguntaron los dos príncipes. .

—No era el señor de La Mole quien estaba en el cuarto del rey de Navarra.

—¡Ah, ah! —exclamó Francisco, palideciendo.

—¿Quién era entonces? —preguntó Carlos.

—No lo sabemos todavía, pero lo averiguaremos en cuanto Maurevel pueda hablar. Así, pues, dejemos este asunto, que no tardará en aclararse, y volvamos al señor de La Mole.

—¿Y qué queréis del señor de La Mole si no estaba en el aposento del rey de Navarra?

—No —dijo Catalina—, no estaba en el aposento del rey, pero estaba... en el de la reina.

—¡En el de la reina! —exclamó Carlos soltando una carcajada nerviosa.

—¡En el de la reina! —murmuró Alençon poniéndose pálido como un cadáver.

—¡Imposible! —dijo Carlos—. Guisa me dijo que había visto la litera de Margarita.

—En efecto —asintió Catalina—, la reina de Navarra tiene una casa en la ciudad.

—¡En la calle de Cloche —Percée!— exclamó el rey.

—¡Oh! ¡Oh! Eso es demasiado fuerte —manifestó Alençon, llevándose la mano al pecho—. ¡Y pensar que me lo ha recomendado precisamente a mí!

—¡Ah! Pero ahora que pienso —dijo el rey acordándose de pronto—, entonces él es quien se defendió anoche contra nosotros y me arrojó una palangana de plata a la cabeza. ¡Miserable!

—Eso es, ¡miserable! —exclamó Francisco.

—Tenéis razón, hijos míos —dijo Catalina, como si no comprendiera el sentimiento que embargaba a cada uno de sus hijos—. Tenéis razón, la menor indiscreción de ese gentilhombre

puede causar un horrible escándalo y perder a una princesa de Francia. Bastaría un momento de embriaguez...

—O de vanidad —dijo Francisco.

—Sin duda, sin duda —añadió Carlos—, pero ¡no podemos llevar la causa a los tribunales, a no ser que Enrique quisiera querellarse!

—Hijo mío —dijo Catalina, poniendo su mano en el hombro de Carlos como para llamar la atención del rey sobre lo que iba a proponer—, escuchad bien lo que os digo: hay delito y puede haber escándalo. Pero no es con jueces ni con verdugos como se castigan estos atentados de lesa Majestad. Si fueseis simples caballeros, nada tendría que deciros, porque ambos sois valientes, pero sois príncipes y no podéis cruzar vuestras espadas con la de un pobre hidalgo. Tratad de vengaros como príncipes.

—¡Por mil diablos! Tenéis razón, madre mía; ya lo pensaré —exclamó Carlos.

—Yo os ayudaré, hermano —dijo Francisco.

—Y yo —dijo Catalina, desatando el cordón de seda negro que le daba tres vueltas alrededor del talle y caía hasta sus rodillas con un nudo en cada punta— me retiro, pero os dejo esto en representación mía. Y arrojó. el cordón a los pies de los príncipes.

—¡Ah! —exclamó Carlos—. Ya comprendo.

—Este cordón... —dijo Alençon recogiéndolo.

—Es el castigo y el silencio —concluyó Catalina victoriosa—. No estaría nada mal que complicáramos a Enrique en todo esto.

Y salió.

—¡Pardiez! — dijo Alençon—. Nada más fácil, y cuando Enrique sepa que su esposa le traiciona... ¿De modo

—agregó volviéndose al rey —que adoptáis el parecer de nuestra madre?

—Punto por punto —contestó Carlos, sin sospechar que atravesaba con mil puñales el corazón de su hermano—. Esto contrariará a Margarita, pero alegrará a Enrique.

Y, llamando a uno de los oficiales de su guardia, le ordenó que fuera en busca de Enrique. Pero cambiando de idea:

—No —dijo—, yo mismo iré. Y tú, Alençon, llama a Anjou y a Guisa.

Y saliendo de su aposento subió por la escalera de caracol que terminaba en el segundo piso frente a la puerta de las habitaciones de Enrique.

Proyectos de venganza

✦

Enrique aprovechó el momento de tregua que le daba el interrogatorio tan bien sostenido por él para ir a la habitación de la señora de Sauve. Encontró allí a Orthon completamente repuesto de su desmayo, pero el criado nada pudo decirle aparte de que unos hombres se habían introducido en su cuarto y de que el jefe de ellos le había dado un golpe con la cazoleta de su espada dejándole sin sentido. Nadie se había vuelto a preocupar de él. Catalina le vio desmayado y le creyó muerto.

Como había vuelto en sí en el intervalo transcurrido entre la salida de la reina madre y la llegada del capitán de los guardias encargados de despejar el terreno, se refugió en la habitación de la señora de Sauve. Enrique rogó a Carlota que ocultase al joven hasta que se recibieran noticias de De Mouy, quien desde el sitio en que estaba refugiado no dejaría de escribirle. Entonces enviarían a Orthon con la respuesta, y así, en lugar de contar con un hombre fiel, podría contar con dos.

Una vez concebido este plan, volvió a su aposento y se paseaba de arriba abajo meditando cuando se abrió de pronto la puerta y apareció el rey.

—¡Majestad! —exclamó Enrique , precipitándose a su encuentro.

—Yo mismo..., realmente, Enriquito, eres un excelente muchacho y cada vez lo quiero más.

—Señor, Vuestra Majestad me confunde.

—No tienes más que un defecto, Enrique.

—¿Cuál? ¿El que tantas veces me ha reprochado Vuestra Majestad de preferir la caza mayor a la caza menor?

—No, no me refiero a ése, Enriquito, sino a otro.

—Explíquese Vuestra Majestad —dijo Enrique, quien al ver la sonrisa de Carlos notó que el rey estaba de buen humor— y trataré de corregirme.

—Me refiero a que, teniendo tan buenos ojos como tienes, no veas más claro de lo que ves.

—¡Bah! —replicó Enrique—. ¿Será que acaso, sin advertirlo, soy miope?

—Peor todavía, Enriquito, peor; eres ciego.

—¡Ah! En efecto —dijo el bearnés—; pero ¿no será cuando cierro los ojos cuando me sucede esa desgracia?

—Desde luego eres muy capaz de eso —respondió Carlos—, pero, por si acaso, voy a abrírtelos.

—Dios dijo: «Hágase la luz», y la luz se hizo. Vuestra Majestad es el representante de Dios en este mundo; puede hacer en la Tierra lo que Dios hizo en el Cielo. Os escucho.

—Cuando Guisa dijo anoche que lo mujer acababa de pasar escoltada por un mozalbete, no quisiste creerle.

—¿Cómo iba a suponer, señor, que la hermana de Vuestra Majestad fuera capaz de cometer semejante imprudencia?

—Cuando lo dijo que habían ido a la calle de Clo che —Percée tampoco le creíste.

—¿Cómo iba a creer que una princesa de Francia arriesgase tan públicamente su reputación?

—Cuando sitiamos la casa de la calle de ClochePercée y a mí me cayó una palangana de plata en el hombro, a Anjou una compota de naranjas por la cabeza y a Guisa un muslo de jabalí en la cara, ¿no viste a dos mujeres y a dos hombres?

—Nada vi, señor. Vuestra Majestad recordará que me hallaba interrogando al portero.

—Sí, pero, ¡por los clavos de Cristo!, yo sí lo he visto.

—¡Ah! Si Vuestra Majestad lo ha visto ya es otra cosa.

—Es decir, he visto a dos hombres y a dos mujeres y ahora sé, sin temor a equivocarme, que una de las mujeres era Margot y que uno de los hombres era La Mole.

—Entonces —dijo Enrique—, si La Mole estaba en la casa de la calle de Cloche —Percée no podía estar en mi alcoba.

—En efecto, pero no se trata ya de la persona que estaba aquí. Ya conoceremos su nombre cuando ese imbécil de Maurevel pueda hablar o escribir. Se trata de que Margarita lo engaña.

—¡Bah! —dijo Enrique—. No creáis en habladurías.

—¡Cuando lo digo que más que miope eres ciego! ¡Pardiez! ¿Quieres creerme alguna vez, testarudo? Te aseguro que Margot lo engaña y que esta noche estrangularemos al amante.

Enrique dio un salto de sorpresa y miró a su cuñado con aire de estupefacción.

—Confiesa, Enriquito, que la idea no lo disgusta en el fondo. Margot va a gritar como cien mil cornejas, pero peor para ella. No quiero que lo hagan desgraciado. Que Condé sea engañado por el duque de Anjou me trae sin cuidado. Condé es mi enemigo; pero tú eres mi hermano, eres más que mi hermano, eres mi amigo.

—Pero, señor...

—No quiero que lo molesten ni que se burlen de ti; hace mucho tiempo que sirves de mofa a todos esos mequetrefes que vienen de provincias a comer nuestras migajas y a cortejar a nuestras mujeres. ¡Pardiez! Te han traicionado, Enriquito; esto le puede ocurrir a todo el mundo, pero tú tendrás, yo os lo juro, una cumplida satisfacción y mañana todosdirán: « ¡Por mil diablos! Parece que el rey Carlos quiere mucho a su hermano Enriquito puesto que esta noche le ha apretado el gaznate al señor de La Mole.»

—Veamos, señor —dijo Enrique—, ¿se trata realmente de una cosa decidida?

—Meditada, resuelta y decidida; el caballerete no tendrá de qué quejarse. Ejecutaremos el plan yo, Anjou, Alençon y Guisa: un rey, dos príncipes de Francia y un príncipe soberano, sin contarte a ti.

—¿Cómo sin contarme?

—Sí, tú también vendrás.

—¡Yo!

—Sí, tú; herirás con lo daga a ese mozalbete como corresponde a un rey, mientras que nosotros le estrangularemos.

—Señor —contestó Enrique—, vuestra bondad me confunde; pero ¿cómo sabéis...?

—¡Eh! ¡Por Satanás! Parece que el miserable se ha vanagloriado. Tan pronto la visita en sus aposentos del Louvre como en la calle de Cloche —Percée. Hacen versos juntos; me gustaría ver los versos que hace semejante mamarracho; son bucólicos, hablan de Bion de Moschus y hacen alternar a Dafnis y a Corydon.

—Señor —dijo Enrique—, reflexionando sobre esto...

—¿Qué?

—Vuestra Majestad comprenderá que no puedo tomar parte en lo que me propone. Si lo hiciera perso —nalmente, creo que no sería bien visto. Estoy demasiado interesado en el asunto para que mi intervención no fuese calificada de ferocidad. Vuestra Majestad venga el honor de su hermana, en la persona de un fatuo que se ha vanagloriado calumniando a mi esposa; nada más sencillo, y Margarita, a quien sigo creyendo inocente, no queda deshonrada. En cambio, si yo tomo parte, ya es otra cosa; mi cooperación convertiría un acto de justicia en un acto de venganza. Ya no sería un castigo, sino un asesinato, y mi esposa no una calumniada, sino una culpable.

—¡Pardiez, Enrique! Tienes un pico de oro. Hace un rato se lo dije a mi madre: eres más listo que el mismo diablo.

Y Carlos miró complacido a su cuñado, que se inclinó para agradecer el cumplido.

—No obstante —añadió Carlos—, ¿te gustará que lo libre de ese galanteador?

—Todo lo que hace Vuestra Majestad está bien hecho —respondió el rey de Navarra.

—Está bien, déjame entonces que haga yo lo papel, y puedes estar tranquilo, porque no lo haré mal.

—En vos confío, señor —dijo Enrique.

—Sólo deseo saber a qué hora va por lo general a las habitaciones de la esposa.

—A eso de las nueve de la noche.

—¿Y sale?

—Antes de que yo llegue, pues jamás le encuentro.

—Hacia las...

—Hacia las once.

—Bien, baja esta noche a las doce y ya estará todo terminado.

Carlos, después de estrechar cordialmente la mano -de Enrique y de repetir sus promesas de amistad, salió silbando su aire de caza favorito.

—¡Por Dios! —dijo el bearnés, siguiendo a Carlos con la mirada—. O mucho me equivoco o toda esta historia procede de la reina madre. Verdaderamente, ya no sabe qué inventar para separarnos a mi mujer y a mí: ¡un matrimonio tan feliz!...

Enrique se echó a reír como acostumbraba a hacerlo cuando nadie podía verle ni oírle.

A eso de las siete de la tarde del mismo día en que habían ocurrido estos hechos, un hermoso joven, que acababa de bañarse, se depilaba y se paseaba complacido tarareando una cancioncilla frente a un espejo en una habitación del Louvre.

A su lado dormía o, mejor dicho, se hallaba acostado otro joven.

Uno era nuestro amigo La Mole, de quien tanto se habían ocupado y seguían ocupándose aquel día sin que él lo sospechara, y el otro su compañero Co connas.

En efecto, toda aquella tormenta había pasado so bre él sin que oyera el retumbar de los truenos ni viera el brillo de los relámpagos. Habiendo regresado a las tres de la madrugada, permaneció en la cama, medio dormido, medio despierto, hasta las tres de la tarde, haciendo castillos sobre esa arena movediza que llaman el porvenir. Luego se levantó, pasó una hora en la casa de baños que estaba de moda y fue a comer a la posada de maese La Hurière y, de vuelta al Louvre, terminaba su tocado para hacer su visita diaria a la reina.

—¿Y dices que has comido? —preguntó Coconnas bostezando.

—Sí, y con gran apetito.

—¿Por qué no me llevaste contigo, egoísta?

—Dormías tan profundamente que no quise despertarte. Pero cenarás en lugar de almorzar. Sobre todo, no lo olvides de pedirle a maese La Hurière ese vinillo de Anjou que recibió hace unos días.

—¿Es bueno?

—Pídelo, no lo digo más que eso.

—Y tú, ¿adónde vas?

—¡Yo! —dijo La Mole sorprendido de que su amigo le hiciera tal pregunta—. ¿Que adónde voy? A hacer la corte a la reina.

—Mira, si yo fuese a comer a nuestra casita de la calle de Cloche —Percée, comería con los restos de ayer y con un vino de Alicante que hay allí y que es muy tónico.

—Eso sería una imprudencia, amigo Annibal, después de lo ocurrido anoche. Por otra parte, ¿no dimos nuestra palabra de que no volveríamos solos? Alcánzame la capa.

—Es cierto, a fe mía —dijo Coconnas—; lo había olvidado. Pero ¿dónde diablos está lo capa?... ¡Ah! Aquí está.

—No, ésa es la negra y la que quiero es la roja. La reina me prefiere con ella.

—Búscala tú mismo —dijo Coconnas después de mirar por todas partes—, yo no la encuentro.

—¿Cómo? ¿No la encuentras? Pero, ¿dónde puede estar?

—La habrás vendido.

=¿Para qué? Todavía me quedan seis escudos.

—Entonces, ponte la mía.

—¡Ah, sí...! Con una capa amarilla y un jubón verde pareceré un papagayo.

—Mira que eres difícil. Arréglate como quieras, entonces.

Cuando La Mole, después de revolverlo todo, comenzó a maldecir a los ladrones que penetraban hasta el Louvre, apareció un paje del duque de Alençon llevando la preciosa capa.

—¡Ah! —exclamó La Mole—. ¡Aquí está, por fin!

—Vuestra capa, señor —dijo el paje—. Monseñor la mandó buscar con motivo de una apuesta que hizo sobre su color.

—¡Oh! —dijo La Mole—. La buscaba para salir, pero si Su Alteza la necesita aún...

—No, señor conde, ya no la necesita.

Salió el paje y La Mole se puso su capa.

—Bueno —dijo La Mole—, ¿qué decides por fin?

—No sé.

—¿Te encontraré aquí esta noche?

—¿Cómo quieres que lo responda a eso?

—¿No sabes lo que harás dentro de dos horas?

—Sé de sobra lo que haré, pero no lo que me harán hacer.

—¿La duquesa de Nevers?

—No, el duque de Alençon.

—Efectivamente —dijo La Mole—, he notado que desde hace tiempo lo colma de atenciones.

—Así es —dijo Coconnas.

—Entonces, has hecho lo fortuna —añadió La Mole riendo.

—¡Bah, un segundón!

—Realmente tiene tantos deseos de convertirse en príncipe heredero, que el Cielo quizás haga un milagro en su favor. ¿De modo que no sabes lo que harás esta noche?

—No.

—¡Al diablo, entonces...! O mejor dicho: adiós.

«Este La Mole es terrible -se dijo Coconnas-; siempre quiere que le diga dónde estaré. ¿Acaso lo sé yo? Por lo pronto, me parece que voy a seguir durmiendo.»

Y volvió a acostarse. En cuanto a La Mole, se dirigió volando hacia las habitaciones de la reina. Al llegar al corredor que ya conocemos tropezó con el duque de Alençon.

—¡Ah! ¿Sois vos, señor de La Mole? —preguntó el príncipe.

—Sí, monseñor —respondió el joven, saludando respetuosamente.

—¿Vais a salir?

—No, Alteza, voy a ofrecer mis respetos a Su Majestad la reina de Navarra.

—¿A qué hora terminaréis, señor de La Mole?

—¿Tiene monseñor que ordenarme algo?

—No, por el momento no, pero quisiera hablaros esta noche.

—¿A qué hora?

—De nueve a diez.

—Tendré el honor de ir a esa hora a las habitaciones de Vuestra Alteza.

—Está bien, cuento con vos.

La Mole saludó y siguió su camino.

«Este duque -se dijo- se pone a veces tan pálido como un cadáver; es extraño.»

Llamó a la puerta de la reina. Guillonne, que parecía esperarle, le condujo a presencia de Margarita. La reina estaba ocupada en un trabajo que parecía fatigarla mucho; tenía delante un papel lleno de correcciones y un volumen de Isócrates. Hizo señas a La Mole de que la dejase terminar un párrafo y, una vez que hubo terminado, que fue en seguida, dejó la pluma a invitó al joven a que se sentara a su lado.

La Mole no cabía en sí de Bozo; estaba más apuesto y alegre que nunca.

—¡Griego! —exclamó al ver el libro—. ¡Un discurso de Isócrates! ¿Qué pensáis hacer con esto? Y latín en este papel: Ad Sarmati e legatos regine Margaitæ condo! ¿Pensáis dirigiros a esos bárbaros en latín?

—Es indispensable —dijo Margarita—, puesto que no saben francés.

—¿Pero cómo podéis escribir la respuesta antes de conocer lo que van a decir?

—Una mujer más coqueta que yo os haría creer que se trata de una improvisación, pero con vos, Hyacinte mío, no tengo por qué fingir; me han comunicado previamente el discurso que van a pronunciar.

—¿Van a llegar pronto esos embajadores?

—Han llegado esta mañana.

—¿Y nadie lo sabe?

—Llegaron de incógnito. Creo que su llegada oficial se ha dejado para mañana. Ya veréis —dijo Margarita con cierto tonillo satisfecho no exento de pedantería—;lo que he escrito esta noche es bastante ciceroniano, pero dejémonos de bagatelas y hablemos de lo que os ha ocurrido.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Qué es lo que me ha ocurrido?

—Es inútil que queráis haceros el valiente; os encuentro pálido.

—Será de tanto dormir; lo confieso humildemente.

—Vamos, vamos, no os hagáis el desentendido; lo sé todo.

—Tened la bondad de enterarme, perla mía, porque yo lo ignoro.

—Veamos, respondedme francamente: ¿qué os ha preguntado la reina madre?

—¿A mí? ¿Acaso tenía que hablarme?

—¡Cómo! ¿No la habéis visto?

—No.

—¿Y al rey Carlos?

—No.

—¿Y al rey de Navarra?

—Tampoco.

—Pero al duque de Alençon sí le habréis visto.

—Sí, le acabo de encontrar en el corredor.

—¿Qué os ha dicho?

—Que tenía que darme ciertas órdenes entre nueve y diez de la noche.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Es extraño.

—Pero decidme, por favor, ¿qué es lo que os parece extraño?

—Que no hayáis oído hablar de nada.

=¿Qué es lo que ha pasado?

—Ha pasado, infeliz, que durante todo el día habéis estado al borde del abismo.

—¿Yo?

—Sí, vos.

—¿Y debido a qué?

—Escuchad. De Mouy, sorprendido anoche en la alcoba del rey de Navarra, a quien querían detener, mató a tres hombres y huyó sin que nadie viera más que el encendido color de su capa.

—¿Qué más?

—Que esa famosa capa encarnada que me engañó una vez a mí ha engañado también a los demás. Se sospechó de vos y hasta se os acusa de este triple crimen. Esta mañana querían arrestaros, juzgaros y quién sabe si condenaros, puesto que vos no hubierais querido decir, aunque esto supusiera vuestra salvación, dónde estuvisteis, ¿no es cierto?

—¡Decir dónde estuve! —exclamó La Mole—. ¡Comprometeros a vos, mi hermosa Majestad! Os sobra razón; hubiera muerto cantando con tal de evitar una lágrima de esos bellos ojos.

—¡Ay, pobre amigo mío! —dijo Margarita—. Mis bellos ojos habrían llorado mucho.

—¿Y cómo se calmó la tormenta?

—Adivinadlo.

—¡Qué sé yo!

—No había más que un medio de probar que no estuvisteis en la alcoba del rey de Navarra.

—¿Cuál?

—Decir dónde estabais. Y yo lo dije.

—¿A quién?

—A mi madre.

—Y la reina Catalina...

—La reina Catalina sabe que sois mi amante.

—¡Oh, señora! Después de haber hecho tanto por mí, podéis exigir todo lo que deseéis de vuestro servidor. Es verdaderamente bello y grande lo que habéis hecho, Margarita. Mi vida os pertenece.

—Así lo espero, ya que he conseguido arrancarla a aquellos que querían robármela. Ahora estáis salvado.

—¡Y por vos! —exclamó el joven—. ¡Por vos, mi reina adorada!

En aquel momento se oyó un ruido y La Mole retrocedió preso de un vago temor. Margarit a, lanzando un grito, clavó su mirada en el cristal de la ventana, que acababa de romperse dando paso a una piedra del tamaño de un huevo que aún rodaba por el suelo.

La Mole vio también el cristal roto y comprendió la causa del ruido.

—¿Quién será el insolente...? —exclamó.

Y se precipitó hacia la ventana.

—Un momento —le dijo Margarita—; me parece que hay algo atado a la piedra.

—En efecto —asintió La Mole—, se diría que es un papel.

Margarita recogió del suelo el proyectil y desató el papel que estaba sujeto a la piedra con una cuerda que se prolongaba hasta el hueco del cristal roto y colgaba por fuera de la ventana.

Margarita desplegó el papel y leyó.

=¡Desdichado! -exclamó.

Y pálida, erguida a inmóvil como la estatua del terror, entregó el papel a La Mole.

La Mole, con el corazón oprimido por un doloroso presentimiento, leyó estas palabras:

—Esperan al señor de La Mole con largas espadas en el corredor que conduce a las habitaciones del duque de Alençon.

»Quizá prefiera salir por esta ventana a ir a reunirse con el señor De Mouy en Nantes...»

—¿Serán esas espadas —preguntó La Mole cuando hubo leído— más largas que la mía?

—No, pero tal vez haya diez contra una.

—¿Y quién será el amigo que nos envía este aviso? —inquirió La Mole.

Margarita tomó el papel de sus manos y lo examinó atentamente.

—¡Es la letra del rey de Navarra! —exclamó—. Si él nos previene es porque el peligro es real. Huid, La Mole, huid, soy yo quien os lo pide.

—¿Y cómo queréis que huya?

—.¿Y esa ventana? ¿No dice algo de esa ventana?

—Ordenad, mi reina, y saltaré por esta ventana para obedeceros, aunque me matara veinte veces al caer.

—Esperad, esperad; me parece que esta cuerda sostiene algo.

—Veamos —dijo La Mole.

Y ambos, al dar un tirón de la cuerda, vieron aparecer con indecible alegría el extremo de una escala de crin y de seda.

—¡Estáis salvado! —exclamó Margarita.

—¡Es un milagro del Cielo!

—No, es un favor del rey de Navarra.

—¿Y si por el contrario fuera una trampa —preguntó La Mole— y esta escala se rompiera bajo mis pies? Señora, ¿acaso no confesasteis hoy vuestro afecto por mí?

Margarita, a quien la alegría había devuelto sus colores, quedóse mortalmente pálida.

—Tenéis razón —dijo—, es posible.

Y se dirigió hacia la puerta.

—¿Qué vais a hacer? —gritó La Mole.

—Cerciorarme por mí misma de si es verdad que os esperan en el corredor.

—¡Jamás! ¡De ninguna manera! ¿Para que la venganza caiga sobre vos?

—¿Qué queréis que hagan a una princesa de Francia? Como mujer y princesa real soy dos veces invio —lable.

La reina dijo estas palabras con tal dignidad que La Mole comprendió que, en efecto, ella nada arriesgaba y la dejó que hiciera lo que pensaba.

Margarita dejó a La Mole bajo la protección de Guillonne, con entera libertad para que, según lo que ocurriera, huyera o esperara su regreso. Salió al corredor, que se bifurcaba en dirección a la biblioteca y a varios salones y que terminaba en las habitaciones del rey, en las de la reina madre y en aquella escalerita secreta por donde se subía a los aposentos del duque de Alençon y de Enrique. Aunque apenas eran las nueve de la noche, todas las luces estaban apagadas, y el corredor, salvo una ligera claridad que provenía del pasadizo que iba hasta la biblioteca, se hallaba en la más absoluta oscuridad. La reina de Navarra avanzó decididamente, pero cuando hubo recorrido un tercio de trayecto oyó algo así como un cuchicheo al que daba un acento misterio so y temible el cuidado que ponían sus autores en no ser oídos. Casi inmediatamente cesó el rumor, como si una orden superior lo hubiese extinguido y todo volvió a sumirse en las tinieblas, puesto que hasta el débil resplandor parecía disminuir.

Margarita continuó su camino yendo directamente hacia el peligro.

Estaba tranquila en apariencia, aunque sus manos crispadas revelasen un a violenta tensión nerviosa. A medida que se aproximaba, aquel siniestro silencio parecía aumentar y una sombra semejante a la de una mano velaba la incierta y trémula claridad.

Al llegar al punto donde se dividía el corredor, un hombre dio dos pasos hacia delante, descubrió un candelabro de plata, con el que se alumbraba, y exclamó:

—¡Aquí lo tenemos!

Margarita se encontró frente a frente con su hermano Carlos. Detrás de él estaba el duque de Alençon con un cordón de seda en la mano. En el fondo, en la penumbra, se distinguían dos

sombras en las que sólo se veían brillar las espadas desnudas que esgrimían.

Margarita abarcó la escena de una ojeada. Hizo un supremo esfuerzo y respondió sonriendo a Carlos.

—Debisteis decir «Aquí la tenemos», señor.

Carlos retrocedió un paso. Los demás permanecieron inmóviles.

—¿Tú, Margot? —dijo—. ¿Adónde vas a estas horas?

—¡A estas horas! —respondió Margarita—. ¿Acaso es tan tarde?

—Te pregunto que adónde vas.

—Voy a buscar un libro de los discursos de Cicerón que creo haber dejado en la habitación de nuestra madre.

—¿Así, sin luz?

—Creí que el corredor estaría alumbrado.

—¿Y vienes de lo cuarto?

—Sí.

—¿Qué estabas haciendo?

—Estaba preparando un discurso para los enviados polacos. ¿No habíamos convenido que habría Consejo mañana y que todos someteríamos a Vuestra Majestad nuestros discursos?

—¿Y no tienes a nadie que lo ayude en lo tarea?

Margarita reunió todas sus fuerzas.

—Sí, hermano mío —respondió—, al señor de La Mole; es muy erudito.

—Tan erudito —intervino el duque de Alençonque le pedí que cuando terminara con vos, hermana, viniera a verme para darme consejo, pues no tengo vuestra inteligencia.

—¿Y le esperáis? —preguntó Margarita con toda la naturalidad.

—Sí —dijo Alençon impaciente.

—En ese caso, os lo enviaré, hermano, porque ya hemos concluido.

—¿Y vuestro libro? —preguntó Carlos.

—Enviaré a Guillonne a buscarlo.

Los dos hermanos cambiaron una seña.

—Id —dijo Carlos—, mientras nosotros continuamos nuestra ronda.

—¡Vuestra ronda! —exclamó Margarita—. ¿Qué buscáis?

—Al hombrecito encarnado —contestó Carlos—. ¿No sabéis que hay un hombrecito encarnado que se aparece en el viejo Louvre? Mi hermano de Alençon pretende haberle visto y le estamos acechando.

—¡Buena suerte! —dijo Margarita.

Y se retiró, mirando hacia atrás por última vez.

Vio entonces junto a la pared del corredor a las cuatro sombras reunidas, al parecer conferenciando. En un segundo llegó a la puerta de su aposento.

—Abre, Guillonne, abre —ordenó.

Guillonne obedeció.

Margarita se precipitó en su habitación, donde encontró a La Mole, que aguardaba tranquilo y resuelto, pero con la espada en la mano.

—¡Huid! —dijo la reina—. Huid sin perder un segundo. Os esperan en el corredor para asesinaros.

—¿Vos lo ordenáis? —dijo La Mole.

—Lo deseo. Es preciso separarnos para volvernos a ver.

Durante la ausencia de Margarita, La Mole había asegurado la escala al barrote de la ventana y había tanteado su resistencia. Antes de poner el pie en el primer peldaño besó tiernamente la mano de la reina.

—Si esta escala es una trampa y muero por vos, Margarita, acordaos de vuestra promesa.

—No es una promesa, La Mole, es un juramento. No temáis nada. Adiós.

Y La Mole, cobrando ánimos, se deslizó más que descender por la escala. En el mismo instante llamaron a la puert a.

Margarita siguió con la vista a La Mole en su peligroso descenso y no apartó de él los ojos hasta asegurarse de que sus pies habían tocado tierra.

—¡Señora! —decía Guillonne—. ¡Señora!

—¿Qué sucede? —preguntó Margarita.

—Que el rey está llamando.

—Abrid.

Guillonne obedeció.

Los cuatro príncipes, sin duda impacientes por la espera, habían acudido a la habitación de Margarita. Carlos entró.

Margarita fue al encuentro de su hermano con la sonrisa en los labios.

El rey lanzó una rápida ojeada a su alrededor.

—¿Qué buscáis, hermano mío? —preguntó Margarita.

—Busco..., busco —dijo Carlos—. ¡Cuerno! Busco al señor de La Mole...

—¿Al señor de La Mole?

—Sí, ¿dónde está?

Margarita cogió al rey de la mano y le condujo hasta la ventana.

En aquel momento, dos hombres montados a caballo se alejaban al galope en dirección a la torre de madera; uno de ellos sacó un pañuelo blanco y, en señal de despedida, lo agitó en la oscuridad; los dos jinetes eran La Mole y Orthon.

Margarita hizo a Carlos que mirase.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó el rey.

—Esto quiere decir —respondió Margarita— que el señor de Alençon puede guardar su cordón en el bolsillo y los señores de Anjou y de Guisa pueden envainar sus espadas, puesto que el señor de La Mole no pasará esta noche por el corredor.

Los atridas

✦

Desde su regreso a París, Enrique de Anjou no había visto aún con libertad a su madre la reina Catalina, de quien, como todo el mundo sabía, era el hijo predilecto.

Para él no suponía el verla un vano cumplimiento de la etiqueta palaciega ni una ceremonia penosa de soportar, sino un deber muy grato; mucho más en un hijo como Enrique, que, aunque no quería a su madre, estaba seguro al menos de que su madre le amaba tiernamente.

En efecto, Catalina prefería sobre todos a este hijo, sea por su valor o por su belleza, sea porque, además de la madre, existía en ella la mujer, sea, en fin, porque, según ciertos rumores escandalosos, Enrique de Anjou recordaba a la florentina una época feliz de misteriosos amores.

Ella únicamente conocía el regreso del duque de Anjou a París, regreso que Carlos IX hubiese ignorado si el azar no le hubiera conducido hasta la puerta del palacio de Condé en el preciso momento en que su hermano salía. Carlos no le esperaba hasta el día siguiente y Enrique de Anjou esperaba ocultarle los dos motivos que adelantaron su llegada, que no eran otros que su visita a la hermosa María de Cleves, princesa de Condé, y su conferencia con los embajadores polacos.

Precisamente sobre esta última entrevista, cuyo objeto ignoraba Carlos, quería hablar con su madre el duque de Anjou. Y el lector, que seguramente está tan equivocado sobre sus motivos como Enrique de Navarra, aprovechará la explicación.

Cuando el duque de Anjou, tanto tiempo esperado, entró en la habitación de su madre, Catalina, tan fría a impasible habitualmente, que desde la partida de su hijo amado no había abrazado efusivamente más que a Coligny, quien debía ser asesinado al día siguiente, abrió los brazos al hijo de su amor y le oprimió contra su pecho con un impulso de ternura maternal increíble en aquel corazón de piedra.

Se alejaba de él unos pocos pasos, le contemplaba y volvía a abrazarle.

—¡Ah, señora! —dijo el recién llegado—. Puesto que el Cielo me otorga la satisfacción de abrazaros sin testigos, consolad, madre mía, al hombre más desdichado del mundo.

—¡Dios mío, hijo de mi alma! —exclamó Catalina—. ¿Qué os ha sucedido?

—Nada que no sepáis. Estoy enamorado y soy correspondido, pero este mismo amor es el culpable de mi desgracia.

—Explicadme eso, hijo —dijo Catalina.

—Pues bien... Esos embajadores, ese viaje...

—Sí —dijo Catalina—, los embajadores han llegado y el viaje apremia.

—No apremia, madre mía, pero mi hermano hará que así sea. Me detesta; yo le hago sombra y quiere verse libre de mí.

Sonrió Catalina.

—¡Dándoos un trono, pobre y desdichado soberano!

—No importa —replicó Enrique con angustia—, no quiero irme. Yo, un príncipe de Francis, educado en el refinamiento de las costumbres de la corte, junto a la madre más cariñosa, y amado por una de las mujeres más encantadoras de la tierra, ¿voy a irme allí, entre las nieves, al otro extremo del mundo, a morir lentamente entre aquella gente grosera que se pass el día embriagada y juzga la capacidad de su rey como la de un tonel, por lo que contiene? ¡No, madre, no quiero irme, me moriría!

—Veamos, Enrique —dijo Catalina cogiendo las dos manos de su hijo—, ¿es ésa la verdadera causal Enrique bajó los ojos como si no osara revelar ni a su misma madre lo que encerraba su corazón.

—¿No hay otra —preguntó Catalina— menos romántica, más razonable y más política?

—Yo no tengo la culpa de que esta idea ocupe en mi alma mayor espacio del que debiera ocupar, pero ¿no me dijisteis vos misma que el horóscopo hecho al nacer mi hermano Carlos le condenaba a morir joven?

—Sí —dijo Catalina—, pero un horóscopo puede equivocarse, hijo mío. Hasta me inclino a creer en estos momentos que todos los horóscopos mienten.

—Pero, en fin, el horóscopo decía eso, ¿no?

—Su horóscopo hablaba de un cuarto de siglo, pero no especificaba si se trataba de su vida o se trataba de su reinado.

—Haced que me quede, señora. Mi hermano tiene casi veinticuatro años; dentro de un año la cuestión se habrá resuelto.

Catalina reflexionó profundamente.

—Sí, es cierto, sería mucho mejor que ocurriera así.

—¡Oh! Juzgad, madre mía —exclamó Enrique—, cuál sería mi desesperación al ver que había cambiado la corona de Francis por la de Polonia. Me atormentaría constantemente la idea de que podía haber reinado en el Louvre en medio de esta corte elegante y culta, al lado de la mejor madre del mundo, cuyos consejos me hubieran evitado la mitad del trabajo y las fatigas; pues, acostumbrada a llevar con mi padre una parte de las cargas del Estado, bien podríais haberlas llevado conmigo. ¡Ah! ¡Hubiera sido un gran rey!

—Basta, basta, querido —dijo Catalina, quien había puesto siempre sus mejores esperanzas en esta solución—. No os desoléis. ¿No habéis pensado en buscar el medio de arreglar la cuestión?

—¡Oh, ya lo creo! Precisamente por eso vine dos o tres días antes de lo anunciado, haciendo creer a mi hermano Carlos que el motivo era la señora de Condé. Fui al encuentro de Lasco, el

más destacado de los embajadores, me di a conocer a hice todo lo posible en esta primera entrevista. Creo haberlo logrado.

—¡Ah, hijo querido! Eso está mal. Es preciso que antepongáis los intereses de Francia a vuestros caprichos.

—¿Le conviene a Francia que, en caso de ocurrir una desgracia a mi hermano, ocupe el trono el duque de Alençon o el rey de Navarra?

—¡El rey de Navarra! ¡ Jamás! ¡jamás! —murmuró Catalina, dejando que un velo de inquietud cubriera su frente, como sucedía cada vez que se planteaba semejante cuestión.

—A fe mía —continuó Enrique—, que mi hermano de Alençon no vale mucho más ni os tiene más cariño.

—En fin, ¿qué os ha dicho Lasco?

—Él mismo ha vacilado cuando le insté a que solicitara audiencia. ¡Oh! ¡Si pudiera escribir a Polonia y anular esa elección!

—Sería una locura, hijo, una locura... Lo que el Congreso resuelve es sagrado.

—¿No se podría hacer que los polacos aceptaran a mi hermano en mi lugar?

—Es difícil, casi imposible —respondió Catalina.

—¡No importa! Intentadlo, hablad al rey, madre mía; achacadlo todo a mi amor por la señora de Condé; decidle que estoy loco por ella, que me tiene sorbido el seso. Precisamente me ha visto salir del palacio del príncipe con Guisa, que se porta conmigo como un buen amigo.

—Sí, para formar la Liga. Eso no lo veis vos, pero yo sí.

—Ya lo sé, señora, pero mientras tanto le utilizo. ¿No nos consideramos dichosos cuando un hombre nos sirve por su propia conveniencia?

—¿Y qué dijo el rey cuando os encontró?

—Pareció creer lo que le dije, esto es, que sólo el amor me había traído a París.

—¿Y no os pidió cuenta del resto de la noche?

—Sí, madre, pero estuve cenando en casa de Nantouillet, donde armé un escándalo terrible para que el rey, al enterarse, se convenza de que estuve allí.

—Entonces, ¿ignora vuestra visita a Lasco?

—Absolutamente.

—Tanto mejor. Trataré de interceder por vos, hijo mío. Pero ya sabéis que nadie puede influir sobre su carácter.

—¡Oh, madre mía! ¡Qué feliz sería si me quedase aquí! Os querría mucho más de lo que os quiero, si esto fuera posible.

—Si permanecéis aquí os enviarán a la guerra.

—¡Oh! Poco me importa eso con tal de no salir de Francia.

—Os matarán.

—Madre, no se muere de las heridas..., se muere de dolor, de fastidio. Pero Carlos no permitirá que me quede; me detesta.

—Tiene celos de vos. ¿Porque sois valiente y dichoso? ¿Porque a los veinte años apenas cumplidos habéis ganado batallas como Alejandro y como César? No sé, pero, entre tanto, no confiéis vuestro pensamiento a nadie, fingid resignación, haced la corte al rey. Hoy mismo nos reuniremos en Consejo privado para leer y discutir los discursos que se pronunciarán en la ceremonia; haced el papel de rey de Polonia, lo demás corre de mi cuenta. A propósito, ¿y vuestra expedición de anoche?

—Fracasó, madre; el galán estaba prevenido y escapó volando por la ventana.

—En fin —dijo Catalina—, algún día sabré quién es el genio maléfico que así contraría todos mis planes... Entre tanto lo sospecho y... ¡Ay de él!

—¿Entonces, madre mía...? —preguntó el duque de Anjou.

—Dejadme, yo llevaré este asunto.

Y besando tiernamente a Enrique en los párpados, le empujó fuera del gabinete.

Pronto llegaron al aposento de la reina los príncipes de su familia. Carlos estaba de buen humor, porque el aplomo de su hermana Margarita le había gustado. No guardaba rencor a La Mole, y si le había esperado con cierta impaciencia en el corredor, fue porque para él suponía aquello una especie de caza mayor. Alençon, por el contrario, estaba muy preocupado. La repulsión que siempre sintiera hacia La Mole se había trocado en odio desde el momento en que supo que su hermana le quería.

Margarita estaba a la vez pensativa y atenta. Tenía que meditar y vigilar al mismo tiempo.

Los delegados polacos habían enviado el texto de los discursos que iban a pronunciar.

Margarita, a quien no habían vuelto a hablar de la escena de la víspera como si ésta no hubiese existido, leyó los discursos y, a excepción de Carlos, cada cual puso a discusión lo que respondería. Carlos dejó a su hermana en libertad de contestar como quisiera. Se mostró muy exigente sobre los términos empleados por Alençon, y, en cuanto al discurso de Enrique de Anjou, puso la peor voluntad al escucharlo, empeñándose a cada paso en corregir y reformar.

Esta sesión, sin descubrir nada todavía, envenenó profundamente los espíritus.

Enrique de Anjou, que tenía que rehacer casi por entero su discurso, salió para dedicarse a esta tarea. Margarita, que no había tenido noticias del rey de Navarra después de las que recibió a costa de los cristales de su ventana, volvió a su cuarto con la esperanza de encontrarle.

Alençon, que había notado cierta vacilación en los ojos de su hermano el duque de Anjou y había sorprendido entre éste y su madre una mirada de inteligencia, se retiró para meditar sobre lo que consideraba una intriga en ciernes. Carlos pensaba ir a su fragua, para terminar un venablo que él mismo forjaba, cuando le detuvo Catalina.

Carlos, suponiendo que iba a encontrar en su madre algún obstáculo a su voluntad, se quedó parado mirándola fijamente.

—¿Qué? ¿Hay algo más?

—Una palabra todavía, señor. Nos hemos olvidado de algo que, sin embargo, tiene suma importancia. ¿Qué día fijaremos para la ceremonia oficial?

—¡Ah! Es cierto —dijo el rey volviéndose a sentar—. ¿Cuándo os parece mejor que sea?

—Creía —respondió Catalina— que en el silencio de Vuestra Majestad, en su aparente olvido, había algo profundamente calculado.

—No; ¿por qué suponías eso?

—Porque —añadió Catalina con fina ironía— me parece que no conviene que los polacos nos vean correr con tanta prisa detrás de su corona.

—Al contrario, madre mía —replicó Carlos—, ellos son quienes se han apresurado viniendo a marchas forzadas desde Varsovia. Honor por honor, cortesía por cortesía.

—Vuestra Majestad puede tener razón en cierto sentido y, como vos, la puedo tener yo en otro. ¿De modo que opináis que la ceremonia oficial debe apresurarse?

—En efecto, madre. ¿No opináis vos lo mismo?

—Ya sabéis que no tengo otro parecer que no sea el que pueda contribuir a vuestra gloria; os diré, pues, que, al apresuraros de tal modo, temo que os acusen de aprovechar la ocasión que se presenta para aliviar al reino de Francia de las cargas que vuestro hermano le impone, aun cuando por otra parte se las compensa con gloria y abnegación.

—Os aseguro que trataré a mi hermano cuando salga de Francia tan espléndidamente, que nadie se atreverá siquiera a pensar lo que teméis que digan.

—Me doy por vencida —dijo Catalina—, puesto que tan excelentes respuestas tenéis para mis objeciones... Pero para recibir a ese pueblo guerrero que juzga del poder de los Estados por los signos exteriores, os hace falta un despliegue considerable de tropas y no creo que haya bastantes acuarteladas en Ille —de France.

—Perdonadme, pero ya he previsto el caso y estoy preparado. He llamado dos batallones de Normandía, uno de Guyena, mi compañía de arqueros llegó ayer de Bretaña; la caballería ligera dispersa en Turena estará hoy en París y, mientras todos creen que dispongo apenas de cuatro regimientos, resulta que tengo veinte mil hombres dispuestos a presentarse.

—¡Ah! ¡Ah! —exclamó Catalina sorprendida—. Entonces sólo os falta una cosa, pero ya la buscaremos.

—¿Cuál?

—Dinero. Creo que no estáis muy bien de fondos.

—Al contrario, señora, al contrario, tengo un millón cuatrocientos mil escudos en La Bastilla. Mis ahorros particulares me han proporcionado hace poco ochocientos mil más que deposité en los sótanos del Louvre y, en caso de que no fuera bastante, Nantouillet tiene otros trescientos mil a mi disposición.

Catalina se estremeció; hasta entonces había visto a Carlos en plan violento y arrebatado, pero jamás previsor.

—¡Es admirable! — dijo—. Vuestra Majestad piensa en todo pero, por mucho que se apresuren los sastres, las bordadoras y los joyeros, Vuestra Majestad no podrá fijar la fecha de esta ceremonia antes de seis semanas.

—¡Seis semanas! —exclamó Carlos—. ¡Pero, madre mía, si los sastres, las bordadoras y los joyeros están trabajando desde el día en que se supo el nombramiento de mi hermano! En rigor, todo podría estar listo para hoy, pero, con seguridad, estará todo dispuesto para dentro de tres o cuatro días.

—¡Oh! —murmuró Catalina—. Tenéis más prisa aún de lo que yo creía.

—Honor por honor, ya os lo he dicho.

—Bien. ¿Y es este honor tributado a la familia real de Francia el que os halaga?

—Sin duda.

—¿Y ver a un príncipe francés en el trono de Polonia es vuestro mayor deseo?

—Desde luego.

—Entonces, lo que os preocupa es el hecho y no el hombre, y cualquiera que fuese el rey...

—No, no, madre. ¡Pardiez! Quedémonos donde estamos. Los polacos han elegido acertadamente. Son diestros y fuertes. Es lógico que una nación militar, un pueblo de soldados, elija a un capitán como rey, ¡qué diantre! Anjou les viene como anillo al dedo: el héroe de Jarnac y de Moncontour, ¡ahí es nada!... ¿A quién queréis que les envíe? ¿A Alençon? ¡Valiente cobarde! ¡Les iba a dar buena idea de los Valois! Alençon saldría huyendo al oír el primer tiro, mientras que Enrique de Anjou es un buen batallador, la espada siempre en la mano, y dispuesto a toda hora a marchar en vanguardia, ya sea a caballo o a pie. Es audaz; corre, arremete, golpea, mata... ¡Ah! Es todo un hombre, un valiente, que les hará pelear de la mañana a la noche, desde el primer al último día del año. Es mal bebedor, es cierto, pero les hará luchar con la mayor sangre fría. Allí estará en su elemento mi buen Enrique. ¡A ellos! ¡Al campo de batalla! ¡Bravo las trompetas y los tambores! ¡Viva el rey! ¡Viva el vencedor! ¡Viva el general! Le proclamarán «Imperator» tres veces al año. Esto será admirable para la Casa reinante de Francia y para el honor de los Valois... Quizá muera; pero, ¡por todos los cielos!, su muerte será una muerte soberbia.

Catalina se estremeció y en sus ojos brilló un relámpago.

—¡Decid mejor —exclamó— que queréis alejara Enrique de Anjou, decid que no amáis a vuestro hermano!

—¡Ja, ja, ja! —exclamó Carlos con risa nerviosa—. ¿Conque habéis adivinado que quería alejarle? ¿Habéis adivinado que no le quiero? ¿Y cuándo ha sido eso, decidme? ¡Querer a mi hermano! ¿Por qué he de quererle? ¡Ja, ja, ja! ¿Queréis reíros?... —A medida que hablaba, sus pálidas mejillas se encendían con un rubor febril—. ¿Acaso me quiere él? ¿Acaso me queréis vos? ¿Existe alguien que me quiera, que me haya querido nunca, excepto mis perros, María Touchet y mi nodriza? No, no quiero a mi hermano, no quiero a nadie más que a mí mismo, ¿oís?, y no impido a mi hermano que haga lo mismo que yo.

—Señor —dijo Catalina acalorándose a su vez—, ya que me descubrís vuestro corazón, será preciso que yo os muestre el mío. Estáis obrando como un rey débil, como un monarca mal aconsejado, apartáis a vuestro hermano, el sostén natural del trono, que es digno por todos

conceptos de sucederos en el caso de que os ocurriera una desgracia, dejando vuestra corona abandonada, ya que, como vos mismo decíais, Alençon es joven, incapaz, débil, más aun que débil, cobarde... Y el bearnés aguarda, ¿os dais cuenta?

—¡Por vida de todos los diablos! —gritó Carlos—. ¿Qué me importa lo que suceda cuando yo ya no exista? ¿Decís que el bearnés aguarda detrás de mi hermano? ¡Pardiez! ¡Tanto mejor!... Os acabo de decir que no quiero a nadie...; me he equivocado: quiero a Enriquito; sí, le quiero; tiene franca la mirada y el corazón ardiente, mientras que a mi alrededor no siento más que falsas miradas y corazones yertos. Juraría que es incapaz de traicionarme. Además, le debo una indemnización; según he oído decir, fueron gentes de mi familia quienes mandaron envenenar a su madre, ¡pobre muchacho! Ahora tengo salud, pero, si cayera enfermo, le llamaría y no dejaría que se apartara de mí, ni comería nada que no viniese de su mano y, al morir, le nombraría rey de Francia y de Navarra... Y, ¡por Satanás!, en lugar de reírse de mi muerte, como harán mis hermanos, Enriquito lloraría, o, por lo menos, fingiría llorar.

Un rayo que hubiera caído a los pies de Catalina la habría aterrado menos que estas palabras. Se quedó atónita, mirando a Carlos con ojos extraviados y, por fin, al cabo de algunos segundos, exclamó:

—¡Enrique de Navarra! ¡Enrique de Navarra rey de Francia en perjuicio de mis hijos! ¡Ah! ¡Virgen Santa! Eso lo veremos. ¿Y es para esto para lo que queréis que se vaya mi hijo?

—¡Vuestro hijo!... ¿Y qué soy yo, entonces? ¡Un hijo de loba, como Rómulo! —gritó Carlos trémulo de ira y con los ojos centelleantes como si se fuera encendiendo por momentos —. ¡Vuestro hijo! Tenéis razón, el rey de Francia no es hijo vuestro, el rey de Francia no tiene hermanos, el rey de Francia no tiene madre, el rey de Francia no tiene más que vasallos. El rey de Francia no tiene necesidad de afectos, le basta con mandar. Poco le importa que nadie le quiera, con tal de que le obedezcan.

—Señor, habéis interpretado mal mis palabras: he llamado hijo mío al que iba a separarse de mí. Es natural que ahora le quiera más, puesto que es el que tengo más miedo de perder. ¿Es un crimen el que una madre no quiera separarse de su hijo?

—Pues yo os digo que os dejará, que saldrá de Francia, que se irá a Polonia, y esto antes de dos días; si agregáis una palabra más, será mañana mismo, y si no inclináis la frente y apagáis vuest ra mirada amenazadora, le estrangularé esta noche, como queríais que estrangularan anoche al amante de vuestra hija. Sólo que no le dejaré escapar, como nos pasó anoche con el señor de La Mole.

Ante esta primera amenaza, Catalina bajó la cabeza, pero en seguida volvió a erguirla.

—¡Ah! ¡Pobre hijo mío! —dijo—. ¡Tu hermano quiere matarte! Pues bien: vive tranquilo, lo madre lo defenderá. Morirá, no ya esta noche, ni dentro de un momento, sino ahora mismo. ¡Ah! ¡Dadme un arma! ¡Una daga! ¡Un cuchillo!...

Carlos, después de buscar en torno suyo inútilmente lo que pedía, vio el puñalito que su madre llevaba en la cintura, se lanzó sobre él, lo sacó de la vaina de cuero con incrustaciones de

plata y, de un salto, estuvo fuera de la habitación, dispuesto a matar a Enrique de Anjou donde le encontrara. Pero, al llegar al vestíbulo, sus fuerzas, sobreexcitadas hasta un límite fuera de toda resistencia humana, le abandonaron de golpe: extendió los brazos, dejó caer el arma puntiaguda, que quedó clavada en el suelo, y, lanzando un grito terrible, se dobló sobre sí mismo y cayó rodando.

Por boca y nariz manaba abundante sangre.

—¡Jesús! —dijo—. ¡Me matan! ¡A mí! ¡A mí!

Catalina, que le había seguido, le vio caer. Le miró por un momento impasible a inmóvil; luego, vuelta en sí y no por amor maternal, sino por lo comprometido de la situación, abrió la puerta y gritó:

—¡El rey se ha puesto malo! ¡Socorro! ¡Socorro!

Avisados por los gritos, se agruparon en torno del joven rey multitud de servidores oficiales y cortesanos. Antes que nadie se había precipitado una mujer que, apartando a los espectadores, levantó a Carlos pálido como un cadáver.

—¡Me matan, nodriza! ¡Me matan! —murmuró el rey bañado en sangre y sudor.

—¡Te matan, Carlos mío! —exclamó la buena mujer, recorriendo todos los rostros con una mirada que hizo retroceder incluso a la misma Catalina—. ¿Y quién lo mata?

Carlos exhaló un leve suspiro y perdió el sentido.

—¡Ah! —dijo el médico Ambrosio Paré, a quien se mandó inmediatamente a buscar—. ¡El rey está muy enfermo!

«Ahora, de grado o por fuerza -se dijo la implacable Catalina-, tendrá que aplazar la ceremonia.» Con tal pensamiento abandonó al rey para ir a reunirse con su segundo hijo, que esperaba en el oratorio con ansiedad el resultado de esta entrevista tan importante para él.

El horoscopo

✦

Al salir del oratorio, donde acababa de contar a Enrique de Anjou todo lo ocurrido, Catalina encontró a Renato en su habitación.

Era la primera vez que se veían la reina y el astrólogo desde la visita que hizo Catalina a la tienda del puente de Saint-Michel.

Le había escrito la víspera y Renato traía personal, mente la respuesta.

—¿Le habéis visto? —dijo la reina.

—Sí.

—¿Cómo sigue?

—Un poco mejor.

—¿Puede hablar?

—No, la espada le atravesó la laringe.

—¡No os dije que en ese caso le hicierais escribir!

—Lo intenté; reunió todas sus fuerzas, pero su mano no pudo trazar más que dos letras casi ilegibles y luego se desmayó. Ha perdido mucha sangre por la herida de la yugular y se ha quedado muy débil.

—¿Visteis esas letras?

—Helas aquí.

Renato sacó un papel del bolsillo y se lo entregó a Catalina, que lo desdobló ansiosamente.

—Una M y una 0... — dijo—. ¿Será realmente La Mole y toda esta comedia de Margarita el medio de desviar las sospechas?

—Señora —dijo Renato—, si me atreviera a emitir mi parecer en una cuestión en la que Vuestra Majestad parece vacilar, diría que creo al señor de La Mole demasiado enamorado para ocuparse seriamente de cuestiones políticas.

—¿De veras?

—Sí, y sobre todo, demasiado enamorado de la reina de Navarra para servir con fidelidad al rey, pues no hay verdadero amor sin celos.

—¿Creéis que está tan enamorado?

—Estoy seguro.

—¿Ha recurrido a vos?

—Sí.

—¿Os pidió algún filtro o brebaje?

—No. Nos limitamos a la figurita de cera.

—¿La que tiene el corazón atravesado?

—La misma.

—¿Existe todavía?

—Sí.

—¿Está en vuestra casa?

—En mi casa está.

—Sería curioso —dijo Catalina— que esos procedimientos cabalísticos tuviesen realmente el efecto que se les atribuye.

—Vuestra Majestad puede saberlo mejor que yo.

—¿Aura la reina de Navarra al señor de La Mole?

—Le ama hasta el punto de perderse por él. Ayer le salvó de la muerte arriesgando su honor y su vida, ya veis, señora, y sin embargo, seguís dudando.

—¿Dudando? ¿De qué?

—De la ciencia.

—Es que también la ciencia me ha traicionado —dijo Catalina mirando fijamente a Renato, quien sostuvo de forma admirable aquella mirada.

—¿En qué ocasión?

—¡Oh! Ya sabéis a lo que me refiero; a menos que sea el sabio y no la ciencia.

—No sé lo que queréis decir, señora —respondió el florentino.

—Renato, ¿han perdido su fragancia vuestros perfumes?

—No, señora, cuando los empleo yo; pero es posible que al pasar por manos ajenas...

Catalina sonrió y meneó la cabeza.

—Vuestro carmín hace maravillas, Renato —dijo—, y la señora de Sauve tiene los labios más frescos y más rojos que nunca.

—No hay que felicitar por esto a mi pasta de carmín, señora, puesto que la baronesa de Sauve, usando del derecho que a ser caprichosa tiene toda mujer bonita, no ha vuelto a hablarme de ella, y yo, por mi parte, después de la recomendación que me hiciera Vuestra Majestad, creí mejor no enviársela. Los estuches están, pues, en mi casa tal como los dejasteis, excepto uno que ha desaparecido sin que se sepa quién lo ha cogido ni qué use ha podido darle.

—Está bien, Renato —dijo Catalina—, quizá volvamos a hablar de esto más tarde; mientras tanto, hablemos de otra cosa.

—Os escucho, señora.

—¿Cómo se puede apreciar la duración probable de la vida de una persona?

—Hay que saber ante todo el día de su nacimiento, la edad que tiene y bajo qué signo vio la luz primera.

—¿Y qué más?

—Se precisa sangre suya y un mechón de sus cabellos.

—¿Me diréis la época probable de su muerte si os traigo sangre suya, un mechón de su pelo y si os digo bajo qué signo ha nacido, la edad y el día en que vino al mundo?

—Sí, aproximadamente.

—Perfecto. Ya tengo los cabellos, la sangre me la procuraré.

—¿Esa persona nació de día o de noche?

—Alas cinco y veintitrés minutos de la tarde.

—Estad mañana a las cinco en mi casa; la experiencia debe hacerse a la misma hora del nacimiento.

—De acuerdo; iremos.

Renato saludó y salió sin notar aparentemente la expresión iremos que indicaba que Catalina, contra su costumbre, no iría sola.

Al día siguiente, muy temprano, Catalina fue a la alcoba de su hijo Carlos. Había mandado preguntar por él a medianoche y le respondieron que Ambrosio Paré se hallaba junto al rey, dispuesto a sangrarle en el caso de que continuara la misma agitación nerviosa.

Estremeciéndose todavía en sueños y blanco por la pérdida de sangre, Carlos dormía apoyado en el hombro de la nodriza, quien, sentada a la cabecera del lecho, llevaba tres horas sin cambiar de postura por no turbar el reposo de su querido niño.

De vez en cuando aparecía entre los labios del enfermo una ligera espuma, que la nodriza enjugaba en un fino pañuelo de batista bordado. Sobre la almohada había otro pañuelo con grandes manchas de sangre. Catalina tuvo por un instante la idea de apoderarse de este pañuelo, pero pensó que aquella sangre mezclada con saliva no tendría quizá la misma eficacia. Preguntó a la nodriza si el médico no había sangrado a su hijo como anunciara, a lo que ésta respondió que sí y que la sangría había sido tan abundante que Carlos se había desmayado dos veces.

La reina madre, que como todas las princesas de aquella época poseía algunas nociones de medicina, quiso ver la sangre; nada más fácil, pues el médico recomendó que se conservara para estudiar sus reacciones.

Estaba en una vasija, en el gabinete contiguo al dormitorio. Catalina fue a examinarla, llenando de paso un frasquito que traía a propósito. A poco volvió, ocultándose las manos en los bolsillos, pues las puntas de sus dedos hubieran delatado la profanación que acababa de cometer.

En el momento en que pisaba el umbral de la alcoba, Carlos abrió los ojos y advirtió la presencia de su madre. Recordando entonces, como después de un sueño, todas sus ideas rencorosas, dijo:

—¡Ah! ¿Sois vos, señora? Pues bien, anunciada vuestro hijo predilecto, a vuestro querido Enrique de Anjou, que será mañana.

—Mi querido Carlos —dijo Catalina—, será cuando queráis. Tranquilizaos y dormid.

Como si hubiera cedido a este consejo, Carlos cerró efectivamente los ojos. Catalina, que le había dicho aquellas palabras como quien consuela a un niño o a un enfermo, salió de la

habitación. En cuanto Carlos oyó cerrar la puerta se incorporó en la cama y con una voz ahogada por los accesos que todavía sufría gritó:

—¡Mi canciller! ¡Los sellos! ¡La corte!... ¡Que me traigan todo!

La nodriza colocó tiernamente la cabeza del rey donde estaba y trató de cantarle algo, como cuando era niño, para que se durmiera.

—No, no, nodriza, no dormiré más. Llamad a mi gente; quiero trabajar esta mañana.

Cuando Carlos hablaba así era preciso obedecer.

Hasta la misma nodriza, pese a los privilegios que le otorgaba el rey, no hubiera osado oponerse a sus órdenes. Se hizo venir a. quienes el rey llamaba, y la ceremonia, ya que no para el día siguiente, fue fijada para cinco días después.

Mientras tanto, a la hora convenida, es decir, a las cinco, la reina madre y el duque de Anjou se dirigieron a casa de Renato, que ya les esperaba y había preparado todo lo necesario para la misteriosa consulta. En la habitación de la derecha, es decir, en la destinada a los sacrificios, enrojecía sobre un brasero encendido una hoja de acero destinada a revelar por los caprichosos arabescos que se dibujaran sobre ella el destino de la persona cuyo oráculo se hacía. Encima del altar estaba preparado el libro de la suerte, y durante la noche, que había sido muy clara, Renato había podido estudiar la marcha y la posición de las constelaciones.

Enrique de Anjou fue el primero en entrar; llevaba peluca, y mientras una careta cubría su rostro, una gran capa disimulaba su figura.

Su madre llegó en seguida, y a no ser porque ya sabía que su hijo la aguardaba allí, no hubiera podido reconocerle. Catalina se quitó el antifaz, pero el duque de Anjou permaneció enmascarado.

—¿Hicisteis anoche las observaciones? —pregun tó Catalina.

—Sí, señora, y la respuesta de los astros ya me ha permitido conocer el pasado. La persona que me consultáis tiene, como todas las nacidas bajo el signo de Cáncer, el corazón ardiente y un orgullo sin igual. Es poderoso, ha vivido cerca de un cuarto de siglo y hasta ahora le deparó el Cielo gloria y riqueza. ¿Es cierto esto, señora?

—Tal vez —dijo Catalina.

—¿Tenéis los cabellos y la sangre?

—Aquí están.

Catalina entregó al nigromante un rizo de cabellos de un rubio leonado y un frasquito de sangre. Renato cogió la botella, la sacudió para mezclar bien la fibrina con la serosidad y dejó caer sobre el enrojecido acero una gota de aquella sangre, que hirvió inmediatamente y se extendió formando fantásticos dibujos.

—¡Oh, señora! —exclamó Renato—. Le veo retorcerse víctima de atroces dolores. ¿Oís cómo gime y pide auxilio? ¿Veis como todo se vuelve sangre en torno suyo? ¿Veis, en fin, cómo junto a su lecho de muerte se libran grandes combates? Mirad, aquí están las lanzas, aquéllas son las espadas.

—¿Y esto durará mucho? —preguntó Catalina, presa de una indecible emoción y sujetando la mano de Enrique de Anjou, que, muerto de curiosidad, se inclinaba sobre el brasero.

Renato se acercó al altar y dijo una frase cabalística con tal convicción y ardor, que se le hincharon las venas de sus sienes y su cuerpo se agitó en convulsiones y estremecimientos nerviosos, como los que sufrían las antiguas pitonisas en el trípode y que se prolongaban hasta su lecho de muerte.

Por fin se levantó y dijo que todo estaba dispuesto; cogió con una mano el frasco de sangre lleno aún en sus tres cuartas partes y con la otra el mechón de pelo. Luego, indicando a Catalina que abriera el libro al azar y se fijara en lo primero que vieran sus ojos, vertió so bre la lámina de acero el resto de la sangre y arrojó en el brasero todos los cabellos pronunciando al mismo tiempo unas palabras cabalísticas en hebreo que ni él mismo comprendía.

El duque de Anjou y Catalina vieron inmediatamente que sobre la lámina de acero se extendía una figura blanca que parecía un cadáver envuelto en su sudario.

Otra figura que semejaba la de una mujer se inclinaba sobre la primera.

Simultáneamente ardieron los cabellos produciendo una sola llamarada, luminosa, rápida y puntiaguda como una lengua.

—¡Un año! —exclamó Renato—. Transcurrido apenas un año, ese hombre habrá muerto y sólo una mujer le llorará. Pero no, más allá, al extremo de la hoja hay otra mujer que parece tener un niño en brazos. Catalina miró a su hijo y, a pesar de ser madre, pareció preguntarle quiénes podrían ser aquellas mujeres. En cuanto Renato concluyó de interpretar los signos, la lámina de acero volvióse blanca. Todo se había borrado gradualmente.

Catalina abrió entonces el libro al azar y leyó, con una voz cuya alteración no pudo disimular a pesar de su empeño, el siguiente párrafo: «Así pereció aquel a quien temían; muy pronto, demasiado pronto, por falta de prudencia.»

Un profundo silencio reinó durante algún tiempo alrededor del brasero.

—Y para aquel que tú sabes —preguntó Catalina—, ¿cuáles son los signos de este mes?

—Florecientes como siempre, señora. A menos que alguien pueda vencer al destino en una lucha titánica, el porvenir pertenece sin duda a ese hombre. No obstante...

—No obstante, ¿qué?

—Una de las estrellas que componen su pléyade permaneció durante mis observaciones cubierta por una nube negra.

—¡Ah! —exclamó Catalina—. ¡Una nube negra!... ¿Habrá entonces alguna esperanza?

—¿De quién habláis, señora? —preguntó el duque de Anjou.

Catalina llevó a su hijo lejos del resplandor del brasero y le habló en voz baja.

Durante este tiempo, Renato se arrodilló, y a la luz de la llama, vertiendo en su mano la última gota de sangre que había quedado en el frasco, dijo:

—¡Extraña contradicción que prueba cuán poco sólidos son los testimonios simples que practican los hombres vulgares! Para cualquier otro, para un médico, para un sabio, para el mismo Ambrosio Paré, ésta es una sangre tan pura, tan fecunda, tan llena de ácidos y jugos animales que promete largos años de vida al cuerpo del que proviene y, sin embargo, todo este vigor debe desaparecer pronto y toda esta vida se extin —guirá antes de que transcurra un año.

Catalina y Enrique de Anjou se hallaban vueltos hacia él y escuchando.

Los ojos del príncipe brillaban a través de su careta.

—¡Ah! —continuó Renato—. A los sabios corrientes sólo les pertenece el presente, mientras que a nosotros nos pertenecen el pasado y el porvenir.

—¿De modo que seguís creyendo que morirá dentro de un año? —preguntó Catalina.

—Tan cierto es lo que digo, como que los tres que estamos aquí yaceremos algún día en una fosa.

—Sin embargo, decíais que la sangre era pura y fecunda; ¿no opinabais antes que una sangre así prometía una larga existencia?

—Sí, si la cosas siguieran su curso natural. Pero es posible que un accidente...

—¡Ah! ¿Oís? —dijo Catalina a Enrique—. Un accidente...

—¡Ay de mí! —repuso éste—. Razón de más para quedarme.

—¡Oh! No penséis en eso, es imposible.

—Gracias —dijo el joven, dirigiéndose hacia Renato y cambiando el timbre de su voz—, gracias; toma esta bolsa.

—Venid, conde —dijo Catalina, dando adrede a su hijo un título que alejara toda sospecha.

Dicho esto, se fueron.

—¡Ya veis, madre mía! —dijo Enrique—. ¡Un accidente!... Y si este accidente se produce, y o no estaré aquí, estaré a cuatrocientas leguas de vos.

—Cuatrocientas leguas se recorren en ocho días, hijo mío.

—Sí, pero quién sabe si aquellas gentes me dejarán volver. ¡Que no pueda quedarme, madre mía!

—¿Quién sabe —dijo Catalina— si el accidente a que se refiere Renato no es el que mantiene desde ayer al rey en su lecho de dolor? Escuchad; volved solo al palacio; yo voy a pasar por la puertecita del claustro de los Agustinos, allí me aguarda mi séquito. Marchaos, Enrique, y tratad de no irritar a vuestro hermano si vais a verle.

Confidencias

De la primera cosa que se enteró el duque de Anjou al volver al Louvre fue de que la recepción de los embajadores había sido retrasada cinco días. Los sastres y joyeros esperaban al príncipe con magníficos trajes y soberbias alhajas, encargo del propio rey.

Mientras se probaba todo aquello con una cólera que humedecía sus ojos, Enrique de Navarra contemplaba embelesado un espléndido collar de esmeraldas, una espada con la empuñadura de oro y un precioso anillo, todo lo cual se lo había enviado Carlos aquella misma mañana.

Alençon acababa de recibir una carta y se encerró en su cuarto para leerla con entera libertad. En cuanto a Coconnas, digamos que buscaba a su amigo por todos los rincones del Louvre. No le sorprendió nada que La Mole no apareciera en toda la noche, pero al llegar la mañana comenzó a sentirse in - quieto; en consecuencia, comenzó la búsqueda de su amigo por la posada A la Belle Etoile. De allí se encaminó a la calle de Cloche-Percée, luego a la de Tizon, para salir al puente de Saint -Michel y acabar por último en el Louvre.

Esta investigación para conocer el paradero de La Mole fue llevada a cabo de un modo tan nuevo y exigente, cosa nada difícil de suponer dado el carácter excéntrico de Coconnas, que dio lugar a un incidente con tres caballeros de la corte, incidente que terminó según la moda de la época, es decir, en el terreno del honor. Coconnas puso en los sucesivos encuentros la conciencia que solía poner en aquella clase de asuntos, de modo que mató al primer contrincante y dejó heridos a los otros dos, diciendo:

—¡Con el latín que sabía el pobre La Mole!

Hasta tal punto insistió, que el último en caer, el barón de Boissey, le dijo:

—¡Por el amor de Dios, Coconnas, cambia por lo menos de estribillo y di que sabía griego!

La aventura del corredor había trascendido y, al conocerla, Coconnas se afligió en extremo, pues creyó por un instante que todos aquellos reyes y príncipes habían matado a su amigo escondiéndolo luego en alguna cueva.

Se enteró de que Alençon había sido de la partida y, sin considerar la altura de su rango, fue a su encuentro y le pidió una explicación, tal y como hubiera hecho con un simple gentilhombre.

Alençon sintió deseos en un principio de echar al impertinente que iba a pedirle cuenta de sus actos, pero Coconnas hablaba tan de prisa, lanzaban tales destellos sus ojos y la aventura de los tres duelos celebrados en menos de veinticuatro horas habían colocado tan alto el prestigio

del piamontés, que, en lugar de ceder a su primer impulso, reflexionó y respondió al caballero con encantadora sonrisa:

—Mi querido Coconnas, es cierto que el rey, furioso de que le cayera una palangana de plata sobre un hombro; el duque de Anjou, disgustado por el remojón de compota de naranjas; y el duque de Guisa, humillado por la ofensa que supone recibir sin previo aviso un cuarto de jabalí en la cabeza, intentaron matar al señor de La Mole; pero un amigo de vuestro amigo desvió el golpe. El intento fracasó, os doy mi palabra de príncipe.

—¡Ah! —exclamó Coconnas, respirando profundamente al oírle—. ¡Voto al diablo, monseñor, que es una buena acción y me gustaría conocer a ese amigo para testimoniarle mi gratitud!

Alençon no respondió, pero sonrió de un modo insinuante, lo que hizo suponer a Coconnas que el tal amigo no era otro que el propio príncipe.

—Ya que me habéis contado el comienzo de la historia, monseñor —dijo Coconnas—, extremad vuestras bondades y contadme el final. Querían darle muerte y no lo consiguieron. ¿Qué hicieron entonces? Soy valiente y sabré soportar cualquier mala noticia. Vamos, decídmelo, ¿le han arrojado en alguna mazmorra? Tanto mejor, eso le hará prudente. Nunca quiere escuchar mis consejos. Además, ya le sacaremos, ¡pardiez! ¡Las piedras no son igual de duras para todo el mundo!

Alençon movió la cabeza.

—Lo peor de todo, mi querido Coconnas, es que lo amigo desapareció después de esta aventura sin que se haya vuelto a saber nada de él.

—¡Voto al diablo! —exclamó el piamontés, palideciendo de nuevo—. Aunque estuviera en el infierno yo sabré encontrarle.

—Escucha —dijo Alençon, que, aunque por motivos diferentes, tenía tantos deseos como Coconnas de saber el paradero de La Mole—, voy a darte un consejo de amigo.

—Dádmelo, monseñor.

—Ve a hablar con la reina Margarita, ella debe de saber qué ha sido de él.

—Si Vuestra Alteza quiere que le confiese una cosa —contestó Coconnas—, le diré que ya había pensado en ello, pero que no me atreví a hacerlo puesto que, aparte de que la reina Margarita me intimida sobremanera, temía encontrarla hecha un mar de lágrimas. Pero ya que Vuestra Alteza me asegura que La Mole no ha muerto y que Su Majestad debe de saber dónde se halla, reuniré mis fuerzas a iré a verla.

—Ve, amigo mío —dijo el duque Francisco—, y en cuanto tengas noticias comunícamelas, pues en verdad lo digo que estoy tan inquieto como tú. Tan sólo lo pido que lo acuerdes de una cosa, Coconnas, y es...

—¿Qué?

—Que no digas que vas de parte mía, pues, si cometes esta imprudencia, corres el riesgo de que no lo digan absolutamente nada.

—Monseñor —dijo Coconnas—, desde el momento que Vuestra Alteza me recomienda que guarde el secreto de esto, os aseguro que seré mudo como una tenca o como la reina madre.

—Buen príncipe, excelente príncipe, príncipe magnánimo —murmuraba Coconnas mientras se dirigía a las habitaciones de la reina de Navarra.

Margarita esperaba a Coconnas, pues la noticia de su desesperación había llegado hasta ella y, al saber cuáles eran las hazañas a que aquella desesperación le había llevado, casi estaba por perdonarle la forma un tanto ruda en que trataba a su amiga la duquesa de Nevers, a quien el piamontés no había vuelto a llamar desde hacía dos o tres días, a causa de cierto disgusto que les mantenía alejados. En cuanto se hizo anunciar, fue introducido a presencia de la reina.

Coconnas entró sin poder vencer aquella turba ción de que ya había hablado al duque y que siempre experimentaba al hallarse ante la reina, debida más a la superioridad espiritual de ésta que a su rango. Esta vez, Margarita le recibió con tal sonrisa que le hizo tranquilizarse en seguida.

—Señora —dijo—, os suplico que me devolváis a mi amigo o que, por lo menos, me digáis dónde está, porque no puedo vivir sin él; suponed a Eurílalo sin Niso, a Damón sin Pitias o a Orestes sin Pílades, y apiadaos de mi infortunio, recordando a los héroes que acabo de nombrar y cuyos corazones, os juro, no ganaban en ternura al mío.

Sonrió Margarita, y después de haberle hecho prometer que guardaría el secreto, refirió a Coconnas la huida por la ventana. En cuanto al lugar de su escondite, por reiteradas que fueron las súplicas del piamontés, observó el más profundo silencio. Esto no satisfizo a Coconnas más que a medias, por lo que trató de obtener aquel dato mediante sutilezas diplomáticas de la más alta escuela. Resultó de aquel juego que Margarita viese claramente que el duque de Alençon participaba a medias en los deseos de su gentilhombre, por lo que se refiere a conocer el paradero de La Mole.

—Pues bien —dijo la reina—, si queréis saber algo positivo respecto a la suerte de vuestro amigo, preguntadle al rey de Navarra; es el único que tiene derecho a hablar. En cuanto a mí, todo lo que os puedo decir es que aquel a quien buscáis está vivo; creed en mi palabra.

—Creo en algo más significativo aún, señora —respondió Coconnas—, y es en que vuestros bellos ojos no dan muestras de haber llorado.

Luego, considerando que no tenía nada que añadir a una frase que poseía la doble ventaja de expresar al mismo tiempo su pensamiento y la elevada opinión que tenía de los méritos de La Mole, Coconnas se retiró pensando en reconciliarse con la señora de Nevers, no por ella, sino por averiguar por su conducto lo que no había podido saber de labios de Margarita.

Los grandes dolores son situaciones anormales de las que el alma procura librarse lo antes posible. La idea de dejar a Margarita afligió al principio el corazón de La Mole. Si consintió en huir, fue más bien para salvar la reputación de la reina que no su propia vida.

Así, pues, al día siguiente por la tarde regresó a París para ver a Margarita, que estaría en su balcón. Margarita, por su parte, como si una secreta voz le hubiera anunciado el regreso del

joven, llevaba asomada buen rato. La consecuencia fue que ambos se vieron con aquella indecible felicidad que acompaña a los placeres prohibidos. Más aún: el espíritu romántico y melancólico de La Mole encontraba cierto encanto. No obstante, como el amante verdaderamente enamorado sólo es feliz durante un momento, aquel en que ve o posee a su amada, y sufre durante su ausencia, La Mole, ardiendo en deseos de ver a Margarita, se preocupó de organizar para lo antes posible el hecho que había de proporcionarle esta dicha, es decir, la fuga del rey de Navarra.

Margarita, por su parte, se dejaba llevar por el placer de sentirse amada con tan pura devoción. A menudo se reprochaba lo que para ella constituía una debilidad; su espíritu viril, despreciando las mezquindades del amor vulgar, insensible a los detalles que constituyen para las almas tiernas el más dulce, el más deseable y el más delicado de todos los encantos, juzgaba sus días, si no enteramente llenos, al menos felizmente concluidos, cuando, hacia las nueve, apareciendo en su balcón cubierta con una capa blanca, divisaba en la orilla del río, dibujado apenas en la oscuridad, a un caballero cuya mano se posaba sobre los labios y sobre el corazón. Una tos significativa recordaba entonces al amante el tono de la voz amada. A veces, un mensaje vigorosamente lanzado por una mano de mujer y que envolvía alguna preciosa joya, mucho más preciosa por haber pertenecido a quien la enviaba que por la materia de que estaba hecha, caía en el suelo a pocos pasos del joven. Entonces La Mole, semejante, a un milano, se precipitaba sobre aquella presa, la apretaba contra su pecho y respondía por un procedimiento análogo. Margarita no abandonaba el balcón hasta que oía perderse en la noche los cascos de aquel caballo tan ligero al venir y que, al regreso, parecía hecho de una materia más inerte que la del famoso caballo que fue la perdición de Troya.

Queda ya explicado el motivo de por qué la reina no se inquietaba por la suerte de La Mole, a quien, por otra parte, y temiendo que vigilaran sus pasos, negaba obstinadamente toda entrevista que fuera distinta de aquellas citas a la española, que se sucedían desde su fuga y continuaron durante todas las noches anteriores al día señalado para la recepción de los embajadores, recepción que, como se sabe, sufrió un retraso por orden expresa de Ambrosio Paré.

La víspera de dicha recepción, a eso de las nueve de la noche, cuando todo el mundo en el Louvre se ocupaba de los preparativos para el día siguiente, Margarita abrió su ventana y se asomó al balcón. Apenas había salido cuando La Mole, sin esperar su carta y más impaciente que de costumbre, enviaba la suya, que fue a caer a los pies de su real amante. Margarita comprendió que la misiva debía de contener algo importante y entró en su cuarto para leerla.

En la primera plana del mensaje leyó estas palabras: «Señora, es preciso que hable con el rey de Navarra. El asunto es urgente. Espero.»

Y en otra hoja distinta que podía separarse de la anterior: «Señora y reina mía, haced que pueda daros uno de los besos que os envío. Espero.»

Apenas acababa de leer Margarita esta segunda parte de la carta cuando oyó la voz de Enrique de Navarra que, con su habitual reserva, llamaba a la puerta y preguntaba a Guillonne si podía entrar. La reina separó rápidamente las dos hojas de la carta, escondió una de ellas en su corpiño y se guardó la otra en el bolsillo, corrió a cerrar la ventana y se acercó a la puerta.

—Entrad, señor —dijo.

Por rápida, silenciosa y hábil que fuese la acción de Margarita de cerrar la ventana, el ruido llegó hasta Enrique, cuyos sentidos casi habían adquirido en aquella corte, de la que tanto desconfiaba, la exquisita delicadeza del hombre que vive en estado salvaje. Pero el rey de Navarra no era uno de esos tiranos que pretenden impedir a sus esposas tomar el aire y contemplar las estrellas.

Estaba risueño y jovial como de costumbre.

—Señora —dijo—, mientras nuestros cortesanos se prueban sus trajes de gala, querría conversar con vos acerca de mis asuntos, que vos, si no me equivoco, seguís considerando como vuestros.

—Así es, señor —respondió Margarita—, ¿acaso nuestros intereses no son siempre los mismos?

—Sí, señora, y precisamente por eso quería preguntaros vuestro parecer con respecto a la actitud del duque de Alençon, quien, desde hace unos días, me huye deliberadamente, hasta el punto de que desde ayer se ha retirado a Saint —Germain. ¿No buscará así el medio de huir solo, puesto que está poco vigilado, o de no huir? ¿Cuál es vuestra opinión, señora? Os confieso que la espero para reafirmar la mía.

—Tiene razón Vuestra Majestad inquietándose por el silencio de mi hermano. He meditado sobre ello todo el día de hoy y mi parecer es que, al cambiar las circunstancias, él ha cambiado también.

—Es decir, que al ver al rey Carlos enfermo y al duque de Anjou rey de Polonia, quiere permanecer en París para no perder de vista la corona de Francia, ¿no es cierto?

—Efectivamente.

—Sea. No quiero nada mejor —dijo Enrique que se quede. Claro que ahora queda alterado completamente nuestro plan, pues, para irme solo, necesito tres veces más garantías de las que hubiese pedido para huir con vuestro hermano, cuyo nombre y actitud me protegían. Lo que más me extraña es no haber oído hablar del señor De Mouy. No es propio de él esto de permanecer inactivo. ¿No habéis tenido noticias suyas, señora?

—¿Yo, señor? —preguntó Margarita sorprendida—. ¿Cómo voy a tener yo noticias suyas?

—¡Pardiez, amiga mía! Nada sería más natural; habéis consentido para complacerme en salvar la vida al pobre La Mole... El hombre ha debido ir a Nantes... y del mismo modo que h a ido puede haber vuelto.

—¡Ah! Esto me da la clave de un enigma que trato inútilmente de descifrar —respondió Margarita—; dejé la ventana abierta y al entrar en mi habitación encontré encima de la

alfombra este mensaje.

—¡Ya veis!... —dijo Enrique.

—Un mensaje que no comprendí al principio y al que no atribuí ninguna importancia —continuó Margarita—; pero quizá tengáis vos razón y proceda de esa persona.

—Es posible —dijo Enrique—; hasta me atrevería a decir que es muy probable. ¿Podría ver el papel?

—Naturalmente, señor —respondió Margarita, entregando al rey la hoja que tenía guardada en su bolsillo. El rey la leyó.

—¿No es ésta la letra del señor de La Mole? —preguntó.

—No sé —dijo Margarita—; los rasgos me han ' parecido bastante desfigurados.

—No importa, leamos: «Señora, es preciso que hable con el rey de Navarra. El asunto es urgente. Espero.» ¡Ah! ¿Lo veis? Dice que espera.

—Sí, ya lo veo —dijo Margarita—; pero ¿qué queréis?

—¡Voto a bríos! Quiero que venga.

—¿Que venga? —exclamó Margarita clavando en su esposo sus bellos ojos atónitos—. ¿Cómo podéis decir semejante cosa, señor? Un hombre a quien el rey ha querido matar... que está señalado, amenazado... ¿Cómo es posible que venga? Las puertas no están hechas para quienes...

—¿Para quienes han sido obligados a huir por la ventana?

—Exacto, habéis completado mi pensamiento.

—Pues si conocen el camino de la ventana, que vuelvan a recorrerlo, ya que por la puerta no pueden entrar. Es muy sencillo.

—¿Vos creéis? —dijo Margarita enrojeciendo de placer sólo con pensar que vería a La Mole.

—Estoy seguro.

—¿Pero cómo subirá hasta aquí? —preguntó la reina.

—¿No conserváis la escala de cuerda que os envié? ¡Oh! Si es así, no reconocería vuestra habitual previsión.

—Sí, señor, la conservo.

—Entonces, perfecto —dijo Enrique.

—¿Qué ordena Vuestra Majestad?

—Sencillamente que la amarréis a vuestro balcón y la dejéis colgar. Si es De Mouy el que espera..., y estoy dispuesto a creerlo...; si es De Mouy, digo, y quiere subir, pues subirá, que es amigo muy fiel.

Sin perder su tranquilidad, Enrique cogió una lamparilla para alumbrara Margarita en la busca de su escala. No tardaron mucho en encontrarla, pues se hallaba guardada en un armario del famoso gabinete.

—Ya está —dijo Enrique—. Ahora, si no es demasiado exigir de vuestra amabilidad, atad por favor esta escala al balcón.

—¿Por qué he de hacerlo yo y no vos, señor? —preguntó Margarita.

—Porque los mejores conspiradores son los más prudentes. La presencia de un hombre asustaría quizás a nuestro amigo.

Margarita sonrió y sujetó la escala a la barandilla del balcón.

—Muy bien —dijo Enrique, permaneciendo oculto en un rincón del cuarto—, mostraos bien ahora: moved la escala para que la vea. Perfectamente; estoy seguro de que De Mouy subirá.

En efecto, diez minutos después un hombre, ebrio de dicha, saltaba los barrotes del balcón y viendo que la reina no salía a su encuentro dudó unos instantes. A cambio de Margarita, apareció Enrique.

—¡Vaya! —dijo amablemente—. No es De Mouy, sino La Mole. Buenas noches, señor de La Mole. Entrad, os lo ruego.

La Mole se quedó estupefacto. De haber estado aún suspendido de la escala en lugar de hallarse en el balcón, es muy posible que se hubiera caído de espaldas en el vacío.

—Deseabais hablar con el rey de Navarra para tratar de asuntos urgentes —intervino Margarita—; pues bien, le hice llamar y aquí le tenéis.

Enrique fue a cerrar la ventana.

—Te amo —dijo Margarita estrechando furtivamente la mano del joven.

—Bien, ¿qué nos tenéis qué decir? —preguntó Enrique a La Mole al tiempo que le ofrecía una silla.

—Tengo que deciros, señor —respondió éste—, que dejé al señor De Mouy en las afueras. Desea saber si Maurevel ha hablado y si su presencia en la alcoba de Vuestra Majestad se conoce.

—Todavía no, pero no tardará en conocerse. Es necesario que nos apresuremos.

—Vuestra opinión es la suya, señor, y si mañana por la tarde el duque de Alençon está dispuesto a partir, él estará en la puerta de Saint —Marcel con ciento cin cuenta hombres; quinientos os aguardarán en Fontainebleau. Una vez allí seguiréis hasta Blois, Angulema y Burdeos.

—Señora —dijo Enrique volviéndose hacia su mujer—, por mi parte estaré listo mañana, ¿lo estaréis vos? Los ojos de La Mole se clavaron en los de Margarita con una profunda ansiedad.

—Tenéis mi palabra —respondió la reina—; a dondequiera que vayáis os seguiré, pero ya sabéis, es necesario que el duque de Alençon salga al mismo tiempo que nosotros. Con él no valen los términos medios; o nos sirve, o nos traiciona. Si vacila, más vale que no nos movamos.

—¿Sabe él algo acerca de ese proyecto? —pregun tó Enrique.

—Ha debido de recibir hace pocos días una carta del señor De Mouy.

—¡Ah! —dijo Enrique—, pues no me ha comentado nada.

—Desconfiad, señor, desconfiad —añadió Margarita.

—Tranquilizaos, estoy en guardia. ¿Cómo podré hacer llegar una respuesta al señor De Mouy?

—No os preocupéis, señor. A la derecha o a la izquierda de Vuestra Majestad, visible o invisible, De Mouy estará mañana aquí durante la recepción de los embajadores. Una palabra en el discurso de la reina le hará comprender si aceptáis o no, si debe huir o esperaros. Si el duque de Alençon no acepta, no pide más que quince días para reorganizarlo todo en nombre vuestro.

—Verdaderamente, De Mouy es un hombre extraordinario —dijo Enrique—. ¿Podríais intercalar en vuestro discurso la frase convenida, señora?

—Nada más fácil —respondió Margarita.

—Entonces —dijo Enrique— veré mañana al señor de Alençon; que De Mouy esté en su lugar y que media palabra le baste.

—Estará, señor.

—Pues bien, señor de La Mole —añadió Enrique—, id a llevar mi respuesta. Sin duda tendréis en los alrededores un caballo y un sirviente.

—Me espera Orthon a la orilla del río.

—Id a reuniros con él, señor conde. ¡Oh! No vayáis por la ventana; eso está bien para las ocasiones graves. Podríais ser visto, y como nadie sabe que es por mí por quien os exponéis de tal modo, comprometeríais gravemente a la reina.

—¿Por dónde he de bajar entonces, señor?

—Si no podéis entrar solo al Louvre, en cambio podéis salir conmigo, que conozco el santo y seña. Vos tenéis una capa y yo otra; nos embozaremos en ellas y atravesaremos la guardia sin dificultad. Por otra parte, tengo que dar algunas recomendaciones particulares a Orthon. Esperadme aún aquí; voy a ver si no hay nadie en los pasillos.

Enrique, con el aire más natural del mundo, salió con intención de explorar el camino. La Mole quedóse a solas con la reina.

—¿Cuándo os volveré a ver? —preguntó el enamorado.

—Mañana por la noche si huimos; si nos que damos, cualquier día de éstos en la calle de ClochePercée.

—Señor de La. Mole —dijo Enrique al volver—, podéis seguirme, no hay nadie.

La Mole se inclinó respetuosamente ante la reina.

—Dadle a besar vuestra mano, señora —dijo Enrique—; el señor de La Mole no es un servidor más. Margarita obedeció.

—A propósito —dijo Enrique—, guardad con cuidado la escala, es un elemento precioso para los conspiradores y, en el momento en que menos se piensa, puede ser útil. Venid, señor de La Mole, venid.

Los embajadores

✦

Al día siguiente todo el pueblo de París se encaminaba hacia el barrio de Saint-Antoine, lugar elegido para que hicieran su entrada oficial en la ciudad los embajadores polacos. Un cordón de soldados suizos contenía a la multitud y varios destacamentos de jinetes protegían la circulación de las damas y caballeros de la corte, que iban al encuentro de la comitiva.

No tardó en aparecer a la altura de la abadía de Saint-Antoine un grupo de caballeros vestidos de rojo y amarillo, con gorros y capas de piel, y que llevaban sables anchos y curvos, como las cimitarras turcas. Los oficiales venían a los flancos de las filas.

Detrás de este primer grupo venía otro equipado con un lujo verdaderamente oriental. Precedía a los embajadores, que en número de cuatro representaban magníficamente al más mítico de los reinos caballerescos del siglo XVI.

Uno de los embajadores era el obispo de Cracovia. Vestía un traje semipontificio, semiguerrero, deslumbrante de oro y pedrerías. Su caballo blanco, de largas crines flotantes y paso majestuoso, parecía arrojar fuego por las fauces. Nadie hubiera creído que aquel noble animal recorría desde hacía un mes quince leguas diarias por caminos que el mal tiempo hacía casi impracticables. Junto al obispo venía el cortesano Lasco, poderoso señor, tan vinculado a la corona, que tenía la riqueza y el orgullo de un rey.

Detrás de los dos principales embajadores, a quienes acompañaban otros dos de elevada alcurnia, marchaban una serie de señores polacos cuyos caballos, adornados con arneses de seda, oro y pedrerías, excitaron la ruidosa aprobación del pueblo. Los caballeros franceses, a pesar de la riqueza de sus atavíos, quedaron completamente eclipsados por aquellos recién llegados a quienes llamaban con desprecio «bárbaros».

Hasta el último momento, Catalina esperó que la recepción fuera retrasada de nuevo y que la voluntad del rey se doblegara debido al estado de postración del monarca. Pero, cuando llegó el día señalado y vio a Carlos, pálido como un espectro, vestir el espléndido manto real, comprendió que debía ceder, por lo menos en apariencia, ante aquella férrea voluntad, y empezó a pensar que el partido mejor para su hijo Enrique de Anjou era el de aceptar aquel magnífico exilio a que estaba condenado.

Aparte de las pocas palabras que pronunciara al abrir los ojos, cuando su madre salía del gabinete, Carlos no había hablado con Catalina desde la escena que provocó la crisis por la que estuvo a punto de morir. En el Louvre nadie ignoraba que se había producido un terrible altercado entre ellos, aunque se desconocían los motivos que pudieran ocasionarlo. Lo cierto es

que hasta los más arriesgados temblaban ante aquella frialdad y aquel silencio, como tiemblan los pájaros ante la calma amenazadora que precede a las tormentas.

En efecto, en palacio se había preparado todo más que para una fiesta, para una lúgubre ceremonia. Las órdenes se cumplían con tristeza y pasividad. Se sabía que Catalina casi había temblado y todo el mundo temblaba.

La gran sala de recepción del palacio estaba dispuesta. Como esta clase de sesiones eran, por lo general, públicas, los guardias y centinelas tenían orden de dejar entrar, junto con los embajadores, a toda la gente que cupiese en las habitaciones contiguas y patios.

París ofrecía el mismo aspecto curioso de ocasiones semejantes. Tan sólo un observador atento hubiera reconocido, entre los grupos compuestos de ingenuas caras de burgueses bonachones, gran número de hombres envueltos en amplias capas que se respondían unos a otros con miradas y signos cuando estaban a cierta distancia y cambiaban en voz baja algunas rápidas palabras cuando se encontraban. Por otra parte, aquellos hombres parecían muy interesados en el cortejo, eran los primeros en seguirlo y debían de recibir órdenes de un venerable anciano, cuyos ojos negros y vivos contrastaban con su barba blanca y sus cejas grises. En efecto, el anciano, ya fuera por sus propios medios o por los esfuerzos de sus compañeros, logró deslizarse entre los primeros que entraron en el Louvre y, gracias a la amabilidad del jefe de los suizos, digno hugonote muy poco católico pese a su conversión, pudo sentarse detrás de los embajadores, precisamente enfrente de Margarita y de Enrique de Navarra.

Enrique, prevenido por la Mole de que De Mouy asistiría bajo cualquier disfraz a la ceremonia, miró hacia todos lados.

Por fin, sus ojos tropezaron con los del anciano y quedaron fijos en ellos. Un signo de De Mouy disipó las dudas que pudiera tener el rey de Navarra. Se había disfrazado tan bien, que el mismo Enrique no acertaba a creer que aquel anciano de barba blanca fuera el intrépido jefe de los hugonotes que cinco o seis días antes se defendiera con tanto coraje.

A una palabra de Enrique en el oído de su esposa, la reina Margarita fijó sus ojos en De Mouy. Luego su mirada se perdió en las profundidades del salón; bus caba a La Mole sin poder hallarle.

La Mole no estaba.

Comenzaron los discursos. El primero iba dirigido al rey. Lasco le pedía, en nombre de la Dicta, que aceptara la corona de Polonia para un príncipe de la Casa real francesa.

Carlos respondió, de manera precisa y breve, presentando a su hermano el duque de Anjou, acerca de cuyo valor hizo un gran elogio a los enviados polacos. Hablaba en francés. Un intérprete traducía su respuesta después de cada párrafo. Mientras hablaba el intérprete, pudo verse que el rey se llevaba repetidamente un pañuelo a la boca y que lo retiraba manchado de sangre.

Cuando terminó la contestación de Carlos, Lasco se volvió hacia el duque de Anjou, hizo una reverencia, y comenzó un discurso en latín en el que le ofrecía el trono en nombre del

pueblo polaco.

El duque respondió en la misma lengua y, con una voz cuya emoción trataba en vano de disimular, dijo que aceptaba, agradecido, el honor que le conferían.

Mientras estuvo hablando, Carlos permaneció de pie con los labios apretados y los ojos fijos en él, in - móviles y amenazadores como los de un águila.

Cuando el duque de Anjou hubo concluido, Lasco cogió la corona de los Jagellons, que estaba colocada

sobre un almohadón de terciopelo rojo, y mientras dos caballeros revestían al duque de Anjou con el manto provisto de soberanos a Polonia y a

real, depositó solemnemente la corona en manos de Carlos.

El rey hizo una señal a su hermano. El duque de Anjou fue a arrodillarse ante él y Carlos le puso la corona en la cabeza.

Entonces, los dos soberanos cambiaron uno de los besos más llenos de odio que se hayan dado jamás dos hermanos.

En seguida un heraldo gritó:

—Alejandro Eduardo Enrique de Francia, duque de Anjou, acaba de ser coronado rey de Polonia. ¡Viva el rey de Polonia!

Toda la concurrencia repitió al unísono:

—¡Viva el rey de Polonia!

Lasco se volvió entonces hacia Margarita.

El discurso de la hermosa reina había sido reservado para el final. Como se hizo así por galantería para que resaltara su ingenio, todo el mun do prestó gran atención a su respuesta, que debía ser pronunciada en latín. Recordemos que ella misma lo había escrito.

Las palabras de Lasco fueron más bien un elogio que un discurso. Como buen sármata cedió a la admiración que a todos inspiraba la reina de Navarra y, usando la lengua de Ovidio y el estilo de Ronsard, dijo que, habiendo salido de Varsovia en la más completa oscuridad, ni él ni sus compañeros hubieran podido hallar el camino si no hubieran tenido, como los reyes magos, dos estrellas para guiarles; estrellas que se acercaban a Francia y que no eran otras, ahora lo comprobaba, que los ojos de la reina de Navarra. Después, pasando del Evangelio al Corán, de Siria a Arabia y de Nazaret a La Meca, terminó diciendo que estaba dispuesto a hacer lo mismo que hacían los sectarios ardientes del Profeta, quienes, una vez que habían tenido la dicha de contemplar su sepulcro, se arrancaban los ojos juzgando que después de haber gozado de tan bello espectáculo, nada en el mundo valía la pena de verse.

Este discurso fue sumamente aplaudido, tanto por los que sabían latín y compartían la opinión del orador, como por quienes no lo sabían, pero gustaban de aparentarlo.

Margarita hizo primero una graciosa reverencia al galante cortesano y luego, mientras respondía al embajador, fijó la vista en De Mouy y comenzó con estas palabras:

—Quod nunc hac in aula insperati adestis exultaremos ego et conjux, nisi ideo immineret calamitas, scilicet non solum fratris sed etiam amici orbitas.

Este párrafo tenía dos sentidos, y a pesar de dirigirse a De Mouy, podía muy bien referirse a Enrique de

Anjou.

Carlos no se acordaba de haber leído aquella frase en el discurso que su hermana sometiera a su aproba-

ción unos días antes, pero no atribuyó gran importancia a las palabras de Margarita, pues sabía que se amigo. trataba de un discurso de simple cortesía y, además, entendía muy mal el latín.

Margarita continuó:

—Adeo dolemur a te dividi ut tecum profisci maluissemus. Sed iden fatum quo nunc sine ullâ mord Lutetiâ cedere juberis, hac in urbe detinet. Proficiscere ergo, frater; proficiscere, amice; proficiscere: sine nobis; proficiscentem sequentur spes et desideria nostra .

Como es fácil de suponer, De Mouy escuchaba aquellas palabras con profunda atención, pues aunque

iban dirigidas a los embajadores, eran pronunciadas sólo para él. Enrique había movido ya dos o tres veces

la cabeza en signo negativo como para hacer entender al joven hugonote que el duque de Alençon había

rehusado. Aquel gesto que podía ser casual, hubiera parecido insuficiente a De Mouy si las palabras de encadena a esta ciudad. Idos, pues, Margarita no lo hubieran confirmado. Pero mientras miraba a la reina Margarita y escuchaba con toda su querido hermano; idos, querido amigo;

alma, sus ojos negros, tan brillantes bajo sus cejas grises, llamaron la atención de Catalina, que se

estremeció cual si estuviera presa de una conmoción eléctrica, y ya no apartó su mirada de aquel sitio del salón.

—¡Qué rostro más singular! —murmuró mientras componía su semblante conforme a las leyes de la ceremonia—. ¿Quién es este hombre que mira con tanto interés a Margarita y a quien por su parte Enrique y Margarita contemplan del mismo modo?

La reina de Navarra continuó su discurso, que, a partir de aquel momento, respondía a los cumplidos del embajador polaco, mientras Catalina daba vueltas a su cabeza tratando de averiguar quién podría ser aquel hermoso anciano. A todo esto, el maestro de ceremonias, acercándose por detrás, le entregó una bolsita de raso perfumado que contenía una hoja de papel doblada en cuatro. La abrió, sacó el papel y leyó lo siguiente:

«Maurevel, con ayuda de un cordial que acabo de suministrarle, ha recobrado al fin sus fuerzas y ha lo - grado escribir el nombre de la persona que estaba en la habitación del rey de

Navarra. Esta persona es el señor De Mouy.»

«¡De Mouy! -pensó la reina-. ¡Ya me lo suponía! Pero ese anciano... ¡Eh! Cospetto!... Ese anciano es...» Catalina se quedó con los ojos fijos en él y la boca abierta.

Luego, inclinándose al oído del capitán de guardias, que estaba a su lado, le dijo:

—Mirad, señor de Nancey, pero hacedlo disimuladamente. ¿Veis al señor Lasco, que es quien está hablando ahora? Y detrás de él, ¿no veis a un viejo de barba blanca vestido de terciopelo negro?

—Sí, señora —respondió el capitán.

—Bueno, no le perdáis de vista.

—¿Aquel a quien el rey de Navarra ha hecho una seña?

—Precisamente. Apostaos a la salida del Louvre con diez hombres y, cuando salga, invitadle a cenar de parte del rey. Si os sigue, llevadlo a una habitación donde podáis tenerlo seguro. Si os resiste, apoderaos de él vivo o muerto.

Felizmente, Enrique, muy poco atento al discurso de Margarita, tenía la mirada clavada sobre Catalina y no había perdido una sola expresión de su semblante: Viendo que la reina madre fijaba los ojos con tanta insistencia en De Mouy, se inquietó, y al ver que daba una orden al capitán de guardias, lo comprendió todo.

Fue en aquel momento cuando se decidió a hacer la seña que sorprendió Nancey y que en aquel lenguaje mudo quería decir: «Estáis descubierto; huid inmediatamente.»

De Mouy comprendió el gesto que tan bien correspondía con el párrafo del discurso de Margarita. No se lo hizo repetir dos veces; se perdió entre la multitud y desapareció.

Enrique no estuvo tranquilo hasta que vio volver al capitán Nancey y comprendió por la contracción del rostro de la reina madre que éste le anunciaba que había llegado demasiado tarde.

La sesión había terminado. Margarita cambiaba aún algunas palabras no oficiales con Lasco. El rey se levantó vacilando, saludó y salió apoyado en el hombro de Ambrosio Paré, que no se apartaba de él desde el accidente. Le siguieron Catalina, pálida de ira, y Enrique, mudo de dolor.

En cuanto al duque de Alençon, estuvo eclipsado por completo durante toda la ceremonia y ni una sola vez la mirada de Carlos, que no se había apartado ni un instante del duque de Anjou, se fijó en él. El nuevo rey de Polonia se sintió perdido.

Lejos de su madre, en manos de aquellos bárbaros del norte, parecía Anteo, el hijo de la Tierra, que perdía sus fuerzas al ser levantado por los brazos de Hércules.

Una vez pasada la frontera, el duque de Anjou se consideraba excluido para siempre del trono de Francia. Así, pues, en lugar de seguir al rey, se dirigió a las habitaciones de su madre.

La encontró tan sombría y preocupada como él mismo, pues se hallaba pensando en aquel rostro fino y burlón que no había perdido de vista durante la ceremonia, y en aquel bearnés a

quien el destino parecía dejar el campo libre, barriendo a su alrededor a los reyes, a los príncipes asesinos, a toda clase, en fin, de enemigos y de obstáculos.

Viendo a su hijo predilecto, pálido bajo la corona, extenuado bajo su manto real, uniendo sin decir nada en gesto de súplica sus bellas manos, que había heredado de ella, Catalina se levantó y fue a su encuentro.

—¡Oh, madre mía! —exclamó el rey de Polonia—. ¡Estoy condenado a morir en el destierro!

—Hijo mío —dijo Catalina—, ¿tan pronto olvidáis la predicción de Renato? Estad tranquilo, no permaneceréis allá mucho tiempo.

—Os ruego, madre, que al primer rumor, a la primera sospecha de que la corona de Francia pueda quedar vacante, me aviséis...

—Tranquilizaos, hijo —replicó Catalina—; hasta que llegue el día que los dos esperamos, habrá en mis caballerizas un corcel ensillado y en mi antecámara un correo dispuesto para ir a Polonia.

Orestes y pílades

✦

En cuanto partió Enrique de Anjou, se diría que la paz y la felicidad habían vuelto a reinar en el Louvre, en medio de aquella familia de Atridas.

Carlos, olvidando su melancolía, recobraba su vigorosa salud. Salía a cazar con Enrique, o hablaba de caza con él los días que no podía salir. Tan sólo una cosa le reprochaba a su cuñado: su indiferencia por la caza de halcones. Le aseguraba que sería un príncipe perfecto si supiese adiestrar halcones y gerifaltes, como adiestraba perros perdigueros y sabuesos.

Catalina volvió a ser buena madre; tierna con Carlos y Francisco, amable con Enrique y Margarita, cariñosa con la señora de Nevers y la señora de Sauve. Con el pretexto de que había sido herido cumpliendo una orden suya, extremó su bondad hasta el punto de ir a visitar dos veces a Maurevel, convaleciente en su casa de la calle de los Cerezos.

Margarita continuaba haciendo el amor a la española.

Todas las noches abría su balcón y correspondía a La Mole por señas y por escrito; en cada una de sus cartas, el joven recordaba a la reina que le había prometido, aunque sólo fuera por unos instantes, y como recompensa a su exilio, estar a su lado en la calle de Cloche-Percée.

Únicamente una persona estaba sola y sin pareja en aquel palacio que volvía a ser tranquilo y apacible. Esta persona era nuestro amigo el conde Annibal de Coconnas.

Cierto que ya era algo saber que La Mole vivía; también era bastante seguir siendo el preferido de la señora de Nevers, la más risueña y extravagante de todas las mujeres. Pero toda la felicidad que le proporcionaban las visitas a la hermosa duquesa, toda la tranquilidad de espíritu que debía a Margarita por haberle facilitado noticias acerca de la suerte de su común amigo, no valían p ara el piamontés tanto como una hora pasada con La Mole en casa de maese La Hurière, frente a una botella de vino dulce, o bien durante una de aquellas excursiones nocturnas por los rincones de París, en los que un honrado caballero podía recibir agravios a su pellejo, a su bolsa o a su traje.

La señora de Nevers, preciso es confesarlo para vergüenza de la humanidad, soportaba muy mal aquella rivalidad con La Mole. No es que detestara al provenzal, al contrario; arrastrada por ese instinto irresistible que hace que toda mujer sea coqueta a su pesar con el amante de otra, sobre todo cuando esta otra es su amiga, no había dejado de deslumbrar a La Mole con los centelleos de sus ojos de esmeralda. Coconnas hubiese podido envidiar los francos apretones de manos y las amabilidades concedidas por la duquesa a su amigo, durante los días caprichosos en que el astro del piamontés parecía palidecer en el cielo de su amada. Pero Coconnas, que hubiera degollado a quince personas por una sola mirada de los ojos de su dama, sentía tan

pocos celos de La Mole, que a menudo, a raíz de ciertas inconsecuencias de la duquesa, le había hecho al oído ciertos ofrecimientos que ruborizaron al provenzal.

Resultó de este estado de cosas que Enriqueta, a quien la ausencia de La Mole privaba de todas las ventajas que le daba la compañía de Coconnas, es decir, de su inagotable gracia, de sus insaciables caprichos de placer, fue un día a ver a Margarita para suplicarle que le devolviera ese tercero obligado, sin el cual el espíritu y el corazón de Coconnas desfallecían día por día.

Margarita, siempre complaciente y apremiada por los ruegos de La Mole y los deseos de su propio corazón, dio una cita para el día siguiente a Enriqueta en la casa de las dos puertas, con intención de tratar allí todas aquellas cuestiones en una conversación que nadie podría interrumpir.

Coconnas recibió de mala gana el aviso de Enriqueta citándole para las nueve y media en la calle Tizon. No por eso dejó de encaminarse al lugar señalado, donde halló a la duquesa enfadada por haber llegado la primera.

—Vaya, señor —le dijo—, es de mala educación hacer esperar .... no diré a una princesa, sino simplemente a una mujer.

—¡Oh! ¡Esperad! —dijo Coconnas—. Ésta es una expresión muy vuestra. Apostaría, por el contrario, que nos hemos anticipado.

_ -Yo, desde luego.

—¡Bah! Yo también; apenas serán las diez.

—Pero mi carta decía a las nueve y media.

—Por eso salí del Louvre a las nueve, pues, dicho sea de paso, estoy de servicio con el duque de Alençon y tendré que dejaros dentro de una hora.

—Y eso os encanta, ¿verdad?

—No a fe mía, puesto que el señor de Alençon es un amo muy malhumorado y quisquilloso, y para que me regañen, prefiero unos lindos labios como los vuestros que no una boca torcida como la suya.

—Vamos, esto ya está un poco mejor —dijo la duquesa—. Dijisteis que habíais salido a las nueve del Louvre, ¿no?

—Sí, por cierto. ¡Dios mío!, con la intención de venir directamente aquí, cuando en la esquina de la calle de Grenelle veo a un hombre que se parece a La Mole.

—¡Ya estamos con La Mole!

—¡Siempre! Con vuestro permiso o sin él.

—Grosero.

—Bien —replicó Coconnas—, comencemos nues tras galanterías.

—No, acabad antes vuestro relato.

—Que conste que yo no quería contaros nada; habéis sido vos quien, al preguntarme por qué había llegado tarde...

—¡Claro! ¿Acaso debo ser yo quien llegue primero?

—Sin duda; vos no tenéis que buscar a nadie.

—Sois bastante pesado; pero, en fin, continuad. En la esquina de la calle de Grenelle habéis visto a un hombre parecido a La Mole. Pero, ¿de qué está manchado vuestro jubón? ¿De sangre?

—Será que alguno me haya salpicado al caer.

—¿Os habéis batido?

—¡Ya lo creo!

—¿Por vuestro dichoso La Mole?

—¿Por quién queréis que me bata? ¿Por una mujer quizás?

—¡Gracias!

—Seguí, pues, a ese hombre que cometía la imprudencia de parecerse a mi amigo. Le alcancé en la calle de las Conchas, me adelanté y le vi a la luz del farol de una tienda. No era él.

—Bien, estaba en su derecho.

—Sí, pero le sentó mal que le mirase. «Señor, le dije, sois un fatuo al pretender pareceros de lejos a mi amigo el señor de La Mole, que es un cumplido caballero, mientras que vos se ve a la legua que no sois más que un bribón». Al oír esto echó mano a la espada y yo le imité. Al tercer pase el mal educado cayó salpicándome.

—¿Y le socorristeis por lo menos?

—Iba a hacerlo cuando pasó un jinete y esta vez os aseguro que sí era La Mole. Desgraciadamente, el caballo corría al galope. Eché a correr tras él y las gentes que se habían reunido para verme batir salieron corriendo detrás de mí. Luego, como hubiesen podido tomarme por un ladrón al verme seguido de toda aquella chusma que vociferaba a mis espaldas, me vi obligado a dar media vuelta para ponerla en fuga, lo que me hizo perder algún tiempo. Entre tanto, el jinete desapareció. Continué en su búsqueda, interrogué, di el color de su caballo, pero todo fue inútil, nadie le había visto. En fin, cansado de aquello, me vine aquí.

—¡Cansado de aquello! ¡Qué amable! —dijo la duquesa.

—Escuchad, querida amiga —dijo Coconnas inclinándose indolentemente en un sillón—, sé que vais a regañarme aún a causa del pobre La Mole, pero os advierto que estáis equivocada; la amistad... ¡Oh! ¡Ya quisiera yo tener su ingenio o su sabiduría para hallar alguna comparación que os hiciera comprender mi pensamiento!... La amistad es una estrella, mientras que el amor..., el amor..., pues bien, ¡ya está aquí la comparación!: el amor no es más que una lamparilla. Me diréis que hay varias clases.

—¿De amores?

—No, de lamparillas, y que dentro de esa clasificación hay algunas preferibles; la rosada, por ejemplo, es la mejor, pero por rosada que sea la lamparilla, se consume, mientras que la estrella brilla siempre. Me responderéis que cuando la lamparilla se gasta se puede utilizar otra.

—Señor Coconnas, sois un fatuo.

—¡Ay!

—Señor Coconnas, sois un impertinente.

—¡Ay! ¡Ay!

—Señor Coconnas, sois un majadero.

—Señora, os advierto que vais a hacerme sentir tres veces más la ausencia de La Mole.

—¡Ya no me amáis!

—Al contrario, duquesa, estáis equivocada; os idolatro. Pero puedo amaros, adoraros, idolatraros, y en mis ratos perdidos hacer el elogio de La Mole.

—¿Llamáis entonces ratos perdidos a los que estáis junto a mí?

—¿Qué queréis? El pobre La Mole está siempre presente en mi memoria.

—Le preferís a mí, esto es indigno. Mirad, Annibal, os detesto. Atreveos a ser franco y decidme que le preferís. Pero os prevengo, Annibal, que, si preferís cualquier cosa en el mundo antes que yo...

—¡Enriqueta, la más hermosa de las duquesas! Por vuestra propia tranquilidad, creedme, no me hagáis preguntas indiscretas. Os amo más que a todas las mujeres, pero amo a La Mole más que a todos los hombres.

—¡Bien contestado! —dijo de pronto una voz extraña.

Y al levantarse un tapiz de damasco que ocultaba una puerta secreta entre los dos departamentos, pudo verse a La Mole que, con el recuadro de la puerta al fondo, parecía un hermoso retrato del Tiziano en su marco dorado.

—¡La Mole! —gritó Coconnas sin prestar atención a Margarita y sin tomarse la molestia de agradecerle la sorpresa que le había proporcionado—. ¡La Mole, amigo mío, mi querido La Mole!...

Y se precipitó en los brazos de su amigo, tirando patas arriba el sillón en que estaba sentado y una mesa que encontró en su camino.

La Mole le devolvió efusivamente los abrazos, hecho lo cual dijo a la duquesa de Nevers:

—Perdonadme, señora, si mi nombre ha podido turbar la dicha de tan encantadora pareja; es cierto —añadió mirando con indecible ternura a Margarita— que no dependía de mí el veros antes.

—Ya ves, Enriqueta, que he cumplido mi palabra; aquí le tienes.

—¿De modo que sólo a los ruegos de la duquesa debo mi felicidad? —preguntó La Mole.

—Únicamente a eso —replicó Margarita.

Luego, volviéndose hacia La Mole, continuó:

—Amigo mío, os permito que no creáis una palabra de lo que digo.

Entre tanto, Coconnas, que había estrechado diez veces a su amigo entre sus brazos, que había dado veinte vueltas a su alrededor y había acercado un candelabro a su rostro para contemplarle a su gusto, fue a arrodillarse ante Margarita y le besó el borde del vestido.

—¡Ah! Perfectamente —dijo la duquesa de Nevers—, ahora por lo menos os pareceré soportable.

—¡Voto al diablo! —exclamó Coconnas—. ¡Me parecéis adorable como siempre! Sólo que ahora os lo diré con mayor entusiasmo, y ojalá hubiera aquí treinta polacos, sármatas y otros bárbaros hiperbóreos para obligarles a confesar que sois la reina de las bellas.

—¡Eh! Poco a poco, Coconnas —dijo La Mole—. ¿Dónde dejáis a Margarita?

—¡Pues no me desdigo! —exclamó Co connas con aquel su acento burlón que le era tan peculiar—. Enriqueta es la reina de las bellas y Margarita la más bella de las reinas.

Nada le importaba al piamontés lo que hacía ni lo que pudiese decir, embargado como estaba por la alegría de ver de nuevo a su amigo, para quien solamente tenía ojos.

—Vamos, vamos, reina mía —dijo la señora de Nevers— venid y dejemos a estos perfectos amigos conversar una hora solos; tienen mil cosas que decirse que interrumpirían nuestro coloquio. Es duro para nosotras, pero es el único remedio que puede devolverla salud a Annibal. Hacedlo por mí, reina, ya que tengo la flaqueza de amar a ese tarambana, como dice su amigo La Mole.

Margarita deslizó algunas palabras al oído de La Mole, quien, por deseoso que estuviera de ver a su amigo, hubiera deseado que no fuera tan exigente su amistad. Mientras tanto, el piamontés intentaba, a fuerza de protestas de cariño, que surgiera una franca sonrisa y una dulce palabra de los labios de Enriqueta, cosa que no le costó mucho trabajo conseguir.

Las dos mujeres pasaron a la habitación contigua, donde les esperaba la cena.

Los dos amigos se quedaron solos.

Como se comprenderá, lo primero que preguntó Coconnas a La Mole fue a propósito de la noche fatal que estuvo a punto de costarle la vida. A medida que La Mole avanzaba en la narración, Coconnas, que en aquellas cuestiones no era fácil de conmover, se estremecía por entero.

—¿Y por qué, en lugar de correr por los campos —le preguntó— y de procurarme a mí tantas inquietudes, no lo refugiaste en las habitaciones del duque nuestro amo? Él lo habría defendido, lo hubiese ocultado. Yo hubiera estado a lo lado y mi tristeza no por ser fingida hubiera engañado menos a los tontos de la corte.

—¡Nuestro amo! —dijo La Mole en voz baja—. ¿Quién, el duque de Alençon?

—Sí, según lo que me han dicho, creía que era a él a quien debía la vida.

—A quien debo la vida es al rey de Navarra —respondió La Mole.

—¿Estás seguro?

—Sin duda alguna.

—¡Ah, qué bondadoso, qué excelente rey! Pero ¿qué papel desempeñó el duque de Alençon?

—Era el que llevaba la cuerda para ahorcarme.

—¡Voto al diablo! ¿Estás seguro de lo que dices, La Mole? ¿Cómo ese príncipe pálido, ese mequetrefe, ese pobre diablo pretendió ahorcar a mi amigo? ¡Ah! Mañana mismo le diré lo que pienso de su acción.

—¿Estás loco?

—Es verdad, volvería a las andadas... Pero ¿qué importa? Esto no puede quedar así.

—Vamos, vamos, Coconnas, cálmate y trata de no olvidar que acaban de dar las once y media y esta noche estás de servicio.

—¡Poco me importa mi servicio! Sí, ¡ya puede contar conmigo! ¡Mi servicio! ¿Yo servir a un hombre que tenía la cuerda para ahorcarte?... ¡Tú bromeas! ¡No!... Estaba escrito que debía encontrarte para no separarme más de ti. Ha sido providencial. Me quedo.

—Pero reflexiona, desdichado, que no estás borracho.

—No, por suerte; porque si lo estuviera, incendiaría el Louvre.

—Veamos, Aníbal —replicó La Mole—, debes ser razonable. Regresa a palacio. El servicio es cosa sagrada.

—¿Vendrás conmigo?

—Imposible.

=¿Querrán todavía matarte?

—No lo creo. Soy demasiado insignificante para que haya contra mí un complot preparado, una resolución concreta. En un momento de capricho quisieron matarme, eso es todo; los príncipes estaban con ganas de divertirse aquella noche.

—¿Qué piensas hacer entonces?

—Nada; vagar, pasear...

—Pues bien, vagaré y pasearé contigo. Es una ocupación muy agradable. Además, si nos atacan, seremos dos y les daremos bastante que hacer. ¡Ah! ¡Que se atreva el insecto ése del duque! ¡Lo clavo como una mariposa contra la pared!

—Pero le pedirás licencia al menos.

—Sí, definitiva.

—En tal caso, adviértele que dejas su servicio.

—Nada más justo. Consiento. Voy a escribirle.

—Escribirle me parece ligero, tratándose de un príncipe de sangre.

—Sí, de sangre, ¡de la sangre de mi amigo! Entérate —respondió Coconnas moviendo sus ojos trágicos en las órbitas— de que yo me río de las pamplinas de la etiqueta.

«En realidad -se dijo La Mole-, dentro de pocos días ya no necesitará del príncipe ni de nadie; si quiere venir con nosotros le llevaremos.»

Coconnas cogió, pues, la pluma sin gran oposición de su amigo y de un tirón escribió la elocuente carta que sigue:

«Monseñor:

No creo que Vuestra Alteza, versada como está en los autores de la antigüedad, ignore la conmovedora historia de Orestes y Pílades, que fueron dos héroes famosos por sus desdichas y por su amistad. Mi amigo La Mole no es menos desgraciado que Orestes y yo no soy menos cariñoso que Pílades. Tiene él, en estos momentos, graves ocupaciones que reclaman mi ayuda.

Es, pues, imposible que me separe de su lado. Esto es lo que exige, salvo la aprobación previa de Vuestra Alteza, que me tome una pequeña licencia, decidido como estoy a ligarme a su destino, cualquiera que sea el lugar donde me conduzca. Inútil decir a Vuestra Alteza con qué gran dolor me aparto de su servicio, por cuya razón no pierdo las esperanzas de obtener su perdón.

Siempre respetuosamente de Vuestra Alteza real.

Monseñor, vuestro muy humilde y obediente servidor, Annibal, Conde de Coconnas, amigo inseparable del señor de La Mole.»

Una vez terminada esta obra maestra, Coconnas se la leyó en voz alta a La Mole, quien se encogió de hombros.

—¿Qué lo parece? —preguntó Coconnas, que no vio el gesto o fingió no verlo. .

—Me parece —respondió La Mole— que el señor de Alençon se reirá de nosotros.

—¿De nosotros?

—Sí, de nosotros dos.

—Más vale así que no que nos ahorquen por separado.

—¡Bah! —dijo La Mole riendo—. Quizás una cosa no impida la otra.

—Tanto peor; suceda lo que suceda, enviaré la carta mañana por la mañana. ¿Dónde iremos a dormir cuando salgamos de aquí?

—A casa de La Hurière. ¿Te acuerdas de aquella habitación donde quisiste matarme cuando todavía no éramos Orestes y Pílades?

—Bueno, haré que el posadero lleve la carta.

En aquel momento se descorrieron las cortinas.

—¿Dónde están Orestes y Pílades? —preguntaron a la vez las dos princesas.

—¡Voto al diablo, señora! —respondió Coconnas—. Pílades y Orestes se están muriendo de hambre y de amor.

Fue efectivamente maese La Hurière quien al día siguiente, a las nueve de la mañana, llevó al Louvre la respetuosa misiva de Annibal Coconnas.

Orthon

✦

Enrique, después de la negativa del duque de Alençon, que dejaba sin- resolver nada y volvía a poner su vida en peligro, se había hecho, si cabe, más amigo del príncipe que nunca.

Catalina, al comprobar esta intimidad, sacó en conclusión que no sólo se entendían, sino que conspiraban juntos.

Con este motivo interrogó a Margarita, pero Margarita era una digna sucesora. Se defendió tan bien la reina de Navarra, cuyo principal talento consistía en soslayar una explicación tajante, de las preguntas de su madre, que, después de responder a todas, la dejó más confusa que antes.

La florentina no tuvo, pues, otros guías que aquel instinto intrigante que había traído de Toscana, el más intrigante de los pequeños estados de aquella época, y aquel sentimiento de odio adquirido en la corte de Francia, la más dividida de aquellos tiempos.

Comprendió, ante todo, que una parte de la fuerza del bearnés provenía de su alianza con el duque de Alençon y resolvió aislarlo.

Desde el día en que tomó semejante resolución, rodeó a su hijo con la paciencia y el talento del pescador, que cuando ha arrojado las redes lejos de la presa, las arrastra insensiblemente hasta que la envuelve por entero.

El duque Francisco advirtió aquel aumento de cariñosas atenciones y se aproximó a su madre. Enrique fingió no darse cuenta de nada, pero vigiló a su aliado aproximándose a él más que nunca.

Todo el mundo esperaba un acontecimiento.

Mientras cada cual lo esperaba a su manera, creyéndolo seguro unos y otros probable, una mañana en que el sol lucía, procurando ese tibio calor y ese dulce perfume que anuncian un buen día, un hombre pálido, apoyándose en un bastón y camin ando con dificultad, salió de una casita situada detrás del Arsenal y se dirigió hacia la calle del Cabritillo.

Al llegar a la puerta de Saint-Antoine y después de bordear la húmeda pradera que crece junto al foso de La Bastilla, dejó a su izquierda el bulevar y entró en el jardín de la Ballesta, cuyo guardián le recibió con grandes muestras de amistad.

No había nadie en aquel jardín, que, como su nombre indica, pertenecía a una sociedad particular: la de los ballesteros. Si hubiera habido paseantes, el hombre pálido hubiese sido digno de atención, pues su poblado bigote y su paso, que conservaba cierto ritmo militar, debilitado por el sufrimiento, indicaban que se trataba de un oficial herido en ocasión reciente que recobraba sus fuerzas haciendo ejercicios moderados y tomando el sol.

Sin embargo, cosa extraña, cuando se entreabría la capa con que aquel hombre, inofensivo en apariencia, se envolvía a pesar de la agradable temperatura, dejaba ver dos grandes pistolas colgadas del cinto, que, además, sostenía un ancho puñal y una larga espada, espada tan descomedida que resultaba difícil creer que la pudiera manejar. La vaina golpeaba las dos piernas enflaquecidas de aquel arsenal viviente. Para colmo de precauciones, el individuo lanzaba a cada paso miradas escrutadoras como si quisiera interrogar a cada curva del sendero, a cada matorral, a cada foso.

En cuanto entró en el jardín, se aproximó a una especie de glorieta sólo separada de los bulevares por un espeso matorral y un pequeño foso, que formaban su doble protección. Allí se tendió sobre un banco revestido de musgo, donde el guardián, que unía a su título el de bodegonero, fue al cabo de un rato a llevarle un reconfortante licor.

El enfermo llevaba allí diez minutos y se había aproximado varias veces a los labios la taza de porcelana, cuyo contenido saboreaba a pequeños sorbos, cuando de pronto su rostro, pese a la intensa palidez que le adornaba, adquirió una expresión colérica. Acababa de ver, viniendo de la Croix -Faubin, por un sendero que hoy es la calle de Naples, a un caballero embozado en amplia capa que se detuvo al llegar al foso y esperó.

Hacía cinco minutos que esperaba y el hombre del semblante pálido, en quien el lector habrá reconocido ya a Maurevel, apenas había tenido tiempo de reponerse de la emoción que le causaba su presencia, cuando un joven vestido con un apretado justillo, como el que usan los pajes, se aproximó hasta el caballero por el camino que habría de ser luego la calle de Saint-Nicolás.

Oculto tras el follaje, Maurevel podía verlo y oírlo todo sin esfuerzo, y cuando se sepa que el caballero era De Mouy y el joven del justillo Orthon, podrá suponerse cuán atentos estaban los ojos y los oídos del convaleciente.

Los recién llegados miraron minuciosamente a su alrededor. Maurevel contenía su aliento.

—Podéis hablar, señor —dijo Orthon, que, como más joven, era más confiado—, nadie nos ve ni tampoco nos oye.

—Está bien —repuso De Mouy—. Irás al aposento de la señora de Sauve, le entregarás personalmente este mensaje y, si no está, lo colocarás detrás del espejo donde el rey acostumbra a dejar los suyos. Luego esperas en el Louvre. Si lo dan una respuesta, la llevas donde tú sabes; si no, vendrás a buscarme esta noche al lugar que lo he indicado.

—Muy bien —dijo Orthon.

—Ahora lo dejo; tengo mucho que hacer durante el día. No lo apresures, porque sería inútil. No tienes necesidad de llegar al Louvre antes de que él esté y creo que él fue a entrenarse esta mañana en la caza de halcones. Ve y muéstrate desenvuelto, ¡te has restablecido y vas a agradecer a la señora de Sauve las bondades que tuvo contigo durante lo convalecencia!

Maurevel escuchaba con los ojos fijos, los cabellos erizados y sudorosa la frente. Su primer impulso fue el de sacar la pistola de su funda y encañonar a De Mouy, pero, al hacer éste un

movimiento, se entreabrió su capa dejando ver una coraza muy fuerte y sólida. La bala se hubiera aplastado contra ella o, todo lo más, hubiera penetrado en alguna parte del cuerpo donde la herida no fuese mortal. «Además -pensó Maurevel-, De Mouy, vigoroso y bien armado, dará buena cuenta de mí, herido como estoy.» Y con un suspiro guardó la pistola, que ya apuntaba hacia el hugonote.

—¡Qué desgracia! —murmuró—: No poderle matar aquí, sin otro testigo que ese muchacho a quien tan bien sentaría otra bala.

En aquel momento, Maurevel pensó que el mensaje dado a Orthon, y que éste debía entregar a la señora de Sauve, era tal vez más importante que la vida misma del jefe protestante.

—¡Ah! —se dijo—. Por hoy lo escapas otra vez; está bien, aléjate sano y salvo; mañana me llegará a mí el turno y ya lo encontraré, aunque deba seguirte hasta el infierno, de donde has salido para matarme, si es que yo no lo mato a ti primero.

En aquel instante De Mouy se embozó en la capa tapándose por entero la cara y se alejó rápidamente en dirección al Temple. Orthon fue bordeando el foso hasta salir al río.

Levantóse entonces Maurevel con más vigor y agilidad de lo que esperaba, volvió a su casa de la calle de los Cerezos, hizo ensillar un caballo y, débil como estaba y exponiéndose a que se abrieran sus heridas, salió al galope por la calle de Saint-Antoine, llegó a la orilla del río y se metió en el Louvre.

Cinco minutos después de que hubiera desaparecido por la puerta del palacio, Catalina sabía todo lo sucedido y Maurevel recibía los mil escudos de oro que le habían sido prometidos como recompensa por la detención del rey de Navarra.

—¡Oh! —exclamó entonces Catalina—. O mucho me equivoco, o ese De Mouy es la mancha negra que Renato vio en el horóscopo del maldito Bearnés.

Un cuarto de hora más tarde, Orthon entraba en el Louvre dejándose ver tal y como le había recomendado De Mouy y se dirigía a las habitaciones de la señora de Sauve, después de haber hablado con muchos asiduos del palacio.

Sólo encontró a la camarera; Catalina acababa de llamar. a su dueña para dictarle ciertas cartas de interés y se hallaba en los aposentos de la reina desde hacía cinco minutos.

—Está bien —dijo Orthon—; esperaré.

Aprovechándose de la familiaridad con que era tratado, el joven entró hasta el dormitorio de la baronesa y, después de cerciorarse de que estaba solo, colocó el mensaje detrás del espejo.

En el preciso instante en que retiraba la mano entró Catalina.

Orthon se puso pálido, pues le pareció que la mirada rápida y aguda de la reina madre se había dirigido inmediatamente hacia el espejo.

—¿Qué haces aquí, pequeño? —preguntó Catalin a—. ¿Buscas acaso a la señora de Sauve?

—Sí, señora; hace mucho tiempo que no la veo y temía pasar por ingrato si retrasaba más esta visita de agradecimiento.

—¿Quieres mucho a la buena Carlota?

—Con toda mi alma, señora.

—Y eres fiel, según dicen.

—Vuestra Majestad comprenderá que es muy natural que así sea cuando sepa que la señora de Sauve me prodigó cuidados que no merecía, dado que soy un simple sirviente.

—¿Y en qué ocasión lo prodigó tales cuidados? —preguntó Catalina fingiendo ignorar lo que le había pasado.

—Cuando fui herido, señora.

—¡Ah! ¡Pobre criatura! ¿Cuándo lo hirieron?

—La noche del arresto del rey de Navarra. Me asusté tanto al ver a los soldados, que grité y pedí auxilio; uno de ellos me dio un golpe en la cabeza y me dejó desmayado.

—¡Pobre hombre! ¿Y estás ya bueno?

—Sí, señora.

—¿De manera que andas buscando al rey de Navarra para volver a su servicio?

—No, señora. Al saber el rey de Navarra que yo había osado resistir a las órdenes de Vuestra Majestad me despidió sin más contemplaciones.

—¿De veras? —dijo Catalina con sumo interés—. No lo importe, yo misma me encargaré de este asunto. Si esperas a la señora de Sauve perderás inútilmente el tiempo, pues está ocupada arriba en mi gabinete. Catalina, pensando que quizás Orthon no había tenido tiempo de ocultar el mensaje detrás del espejo, entró en el gabinete de la señora de Sauve para dejar en entera libertad al joven.

En aquel momento, y cuando Orthon, por la inesperada presencia de la reina madre, se preguntaba si tal visita no tendría por objeto tramar algo que redundase en perjuicio de su amo, oyó dar tres golpecitos en el techo. Era la misma señal que él daba cuando estaba de guardia y su señor con la señora de Sauve, para advertirle en caso de peligro.

Aquellos tres golpes le-hicieron estremecerse. Una misteriosa asociación de ideas vino a esclarecer su mente y comprendió que esta vez el aviso era para él. Corrió, pues, al espejo y retiró el billete que había dejado.

Catalina miraba por una rendija todos los movimientos del muchacho; le vio ir hacia el espejo, aunque no pudo distinguir si era para dejar el mensaje o para retirarlo.

—¿Por qué tardará tanto en irse? —murmuró impaciente la florentina.

Con el semblante risueño volvió a entrar en la alcoba.

—¿Aún estás aquí, chiquillo? ¿Qué esperas? ¿No lo dije que corría por mi cuenta el arreglar lo asunto? ¿Acaso dudas cuando yo lo digo una cosa?

—¡Dios me libre, señora! —respondió Orthon.

Y acercándose a la reina puso una rodilla en tierra, besó el borde de su vestido y salió rápidamente. Al salir, vio en la antecámara al capitán de guardias, que esperaba a Catalina. Su presencia no sirvió para disipar sus sospechas, sino más bien para duplicarlas.

Catalina, en cuanto vio cerrarse la puerta detrás de Orthon, se lanzó hacia el espejo, pero fue inútil que rebuscara con mano trémula; no halló ningún papel.

No obstante, estaba segura de haber visto al muchacho acercarse al espejo. Sin duda no para colocar el billete codiciado, sino para llevárselo. La fatalidad daba iguales fuerzas a sus adversarios.

Un niño se convertía en un hombre desde el momento en que luchaba contra ella.

Registró, miró, sondeó: ¡nada!...

—¡Ah, desdichado! —exclamó—. No le deseaba ningún mal, pero he aquí que, al retirar el billete, se adelanta a su destino. ¡Hola, señor de Nancey!

La voz aguda de la reina madre atravesó la sala y llegó hasta la antecámara, donde estaba, como hemos dicho, el capitán de guardias.

El señor de Nancey acudió al llamamiento.

—Heme aquí, ¿qué desea Vuestra Majestad?

—¿Estabais en la antecámara?

—Sí, señora.

—¿Visteis salir a un joven, casi un niño?

—Hace un instante.

—¿Estará ya muy lejos?

—Apenas en la mitad de la escalera.

—Llamadle.

—¿Cuál es su nombre?

—Orthon. Si se niega a volver, traedlo a la fuerza. Sin embargo, si no opone resistencia no es preciso que le asustéis. Necesito hablar con él inmediatamente.

El capitán salió corriendo a toda prisa.

Como había previsto, Orthon apenas si había pasado de la mitad de la escalera, pues bajaba lentamente con la esperanza de hallar en el pasillo al rey de Navarra o a la señora de Sauve.

Oyó que le llamaban y se estremeció.

Su primer impulso fue huir, pero, reflexionando con mayor prudencia de la que correspondía a su edad, pensó que si huía estaba todo perdido.

Entonces se detuvo.

—¿Quién me llama?

—Yo, el señor de Nancey —respondió el capitán, precipitándose escaleras abajo.

—Me intriga la llamada —dijo Orthon.

—Es de parte de Su Majestad la reina madre —replicó el señor de Nancey al darle alcance.

El muchacho se limpió el sudor que corría por su frente y subió.

Le seguía el capitán.

La primera idea que tuvo Catalina fue la de mandarle detener, hacerle registrar y apoderarse del billete de que era portador. por consiguiente, creyó lo mejor acusarle de robo, y con este

propósito ya había sacado del tocador un broche de diamantes cuya sustracción pretendía hacer recaer sobre él. No tardó en caer en la cuenta de que aquél era un medio peligroso, pues podía despertar las sospechas del joven, quien avisaría a su amo para ponerle en guardia.

Podía, sin duda, encerrar al mozo en alguna mazmorra, pero, por muy -secretamente que se llevara a cabo la detención, la noticia correría por el Louvre y Enrique, al enterarse, comprendería el peligro que le amenazaba.

Catalina quería, sin embargo, apoderarse del mensaje en cuestión, puesto que un mensaje del señor De Mouy al rey de Navarra recomendado con tanto cuidado debía encerrar la clave de alguna conspiración. Es el caso que volvió a poner el broche donde lo había cogido.

«No, no -se dijo-, es una mala idea. Por un billete... que tal vez no vale la pena-continuó frunciendo el ceño-. ¡Bah! pero no es culpa mía, sino suya. ¿Por qué el muy bribón no puso el mensaje donde debía? ¡Vaya! Yo quiero ver ese mensaje.»

En aquel momento entró Orthon.

Sin duda, el rostro de Catalina tenía una expresión terrorífica, pues el joven se detuvo en el umbral palideciendo. Era todavía demasiado niño para tener un completo dominio sobre sí.

—Señora —dijo—, ¿me habéis hecho el honor de mandarme llamar? ¿En qué puedo servir a Vuestra Majestad?

—Te hice llamar por lo cara bonita. Habiéndote hecho una promesa, la de ocuparme de lo porvenir, quiero cumplirla sin tardanza. Nos acusan, a nosotras las reinas, de olvidadizas. No es nuestro corazón el que olvida, sino nuestra mente embargada por las preocupaciones del Gobierno. Recordé que los reyes tienen en sus manos la fortuna de los hombres y lo hice llamar. Ven, hijo mío, sígueme.

El señor dé Nancey, que tomaba en serio la escena, observó con gran asombro aquel gesto de ternura de Catalina.

—¿Sabes montar a caballo, pequeño? —preguntó la reina.

—Sí, señora.

—En ese caso, ven a mi gabinete, voy a darte un mensaje que llevarás a Saint —Germain.

—Estoy a las órdenes de Vuestra Majestad.

—Hacedle preparar un caballo, Nancey.

El capitán se alejó.

—Vamos, niño —dijo Catalina.

Y salió tras él.

La reina madre bajó un piso, penetró en el corredor donde estaban situados los departamentos del rey y del duque de Alençon, bajó otro piso por la escalera de caracol, abrió una puerta que comunicaba con una galería circular, cuya llave sólo poseían ella y el rey, hizo entrar a Orthon, entró tras él y volvió a cerrar la puerta. Aquella galería rodeaba y defendía parte .de las habitaciones del rey y de la reina madre. Era algo así como la galería del castillo San Ángel, en Roma, o la del palacio Pitti, en Florencia; un refugio en caso de peligro.

Al cerrarse la puerta, Catalina quedó encerrada con el joven en aquel oscuro corredor. Avanzaron unos veinte pasos, la reina delante y Orthon tras ella.

De pronto, Catalina volvió la cabeza y Orthon vio en su semblante la misma expresión siniestra que viera diez minutos antes. De sus ojos redondos como los de un gato o los de una pantera parecían salir llamas en la oscuridad.

—¡Detente! —ordenó.

Orthon sintió que un escalofrío le corría por la espalda; un frío mortal semejante a una capa de hielo caía de la bóveda ; el suelo estaba helado como la losa de un sepulcro. Las miradas de Catalina parecían penetrar a través del pecho del joven criado, que retrocedió apoyándose tembloroso contra la pared.

—¿Dónde está el mensaje que debías entregar al rey de Navarra?

—¿El mensaje? —balbuceó Orthon.

—Sí, el que en su ausencia debías esconder detrás del espejo.

—¿Yo, señora? Os aseguro que no sé lo que que réis decir.

—El mensaje que lo dio De Mouy hace una hora en el jardín de la Ballesta.

—Vuestra Majestad se equivoca; yo no tengo ningún mensaje, señora.

—Mientes —dijo Catalina—, dámelo y cumpliré la promesa que lo hice.

—¿Cuál, señora?

—La de enriquecerte.

—No tengo ningún mensaje, señora —repitió el muchacho.

Catalina comenzó haciendo rechinar sus dientes para concluir con una sonrisa.

——¿Me lo darás si lo doy mil escudos de oro?

—No tengo el mensaje, señora.

—¡Dos mil escudos!

—Imposible, señora; como no lo tengo, difícilmente os lo puedo dar.

—¡Diez mil escudos, Orthon!

Orthon, viendo que la cólera subía como una marea desde el corazón a la frente de la reina, pensó que no tenía más que un medio de salvar a su amo, y era el de tragarse el papel. Se llevó la mano al bolsillo; pero Catalina, adivinando su intención, le sujetó el brazo.

—¡Vamos, niño —dijo riendo—, ya veo que eres fiel! Cuando los reyes quieren proteger a un servidor no está mal que se aseguren de que posee un corazón incorruptible. Por lo que a ti respecta, ya sé a qué atenerme. Toma, aquí tienes mi bolsa como primera recompensa. Devuelve ese billete a lo amo y dile que a partir de hoy entras a mi servicio. Ve, puedes salir solo por la puerta que entramos; se abre desde dentro. Catalina, poniendo la bolsa en las manos del estupefacto muchacho, avanzó unos pasos y apoyó una mano contra la pared.

Orthon permanecía inmóvil y vacilante. No podía creer que se hubiera alejado el peligro que sintió cernirse sobre su cabeza.

—Vamos, no tiembles de ese modo. ¿No lo he dicho que puedes retirarte y que, si vuelves, lo porvenir está asegurado?

—Gracias, señora —dijo Orthon—, ¿de modo que me concedéis la libertad?

—Más aún; lo recompenso. Eres un buen portador de tiernas misivas, un gentil mensajero de amor, pero olvidas que lo aguarda lo amo.

—¡Ah! Es cierto —dijo el joven encaminándose hacia la puerta.

Habría andado tres o cuatro pasos cuando el suelo se abrió bajo sus pies. Tropezó, extendió los brazos, dio un horrible grito y desapareció en las profundidades del Louvre, donde Catalina acababa de enviarle con sólo tocar un resorte.

—Bueno —comentó Catalina—, ahora a causa de la obstinación de este joven, voy a tener que bajar ciento cincuenta escalones.

Fue a su cuarto, encendió una vela, volvió al corredor, abrió la puerta que daba a una escalera de caracol que parecía hundirse en las entrañas de la tierra y, presa de una curiosidad insaciable, que era mayor que su odio, llegó hasta una puerta de hierro que comunicaba con un calabozo.

Allí yacía el pobre Orthon, ensangrentado, deshecho, hundido por una caída desde cien pies de altura, pero aún con vida.

Detrás del espeso muro se oía el batir de las aguas del Sena, que por una filtración subterránea llegaban hasta el pie de la escalera.

Catalina entró en aquel calabozo húmedo y nauseabundo que debía de haber sido testigo de muchas caídas semejantes, registró los bolsillos de su víctima, cogió el papel, se cercioró de que era el que buscaba, apartó el cuerpo de Orthon con el pie y oprimió un resorte; el suelo se inclinó y el cuerpo, impulsado por su propio peso, desapareció en el río.

Luego cerró la puerta, subió las escaleras, se encerró en su gabinete y leyó el mensaje, que estaba concebido en los siguientes términos: «Esta noche, a las diez, en la calle de l'Arbre-Sec, posada A la Belle Etoile. Si venís, no respondáis; en caso contrario, decid "no" al portador. Mouy de Saint-Phale.»

Mientras lo leyó, pudo verse una sonrisa en los labios de Catalina, que sólo pensaba en la victoria recién obtenida, olvidando completamente cuál era el precio que había costado.

Después de todo, ¿qué era Orthon? Un corazón fiel, un alma abnegada, un niño bueno, nada más. Aquellas condiciones no podían inclinar, como puede suponerse; ni por un instante, el fiel de la balanza en que se pesan los destinos de los imperios.

Una vez leído el billete, Catalina fue inmediatamente a la alcoba de la señora de Sauve y lo dejó detrás del espejo.

Cuando bajaba encontró al capitán de guardias en el corredor.

—Señora —dijo el capitán Nancey—, de acuerdo con las órdenes de Vuestra Majestad, el caballo ya está dispuesto.

—Mi querido barón —dijo Catalina—, ya es inútil, hablé con el muchacho y es demasiado tonto para darle el empleo que había pensado. Le tomé por un lacayo y todo lo más es un palafrenero; le di algún dinero y se marchó por la puerta falsa.

—Pero ¿y el encargo que debía hacer? —preguntó el capitán.

—¿Qué encargo? —dijo Catalina.

—El que debía hacer en Saint —Germain; ¿quiere Vuestra Majestad que vaya yo o que envíe a uno de mis hombres?

—No, de ninguna manera —dijo Catalina—; vos y vuestros hombres tendréis que hacer otra cosa esta noche. Catalina regresó a sus habitaciones, creyendo tener por fin en sus manos la suerte de aquel condenado rey de Navarra.

La posada a la belle etoile

✦

Dos horas después de sucedidos los hechos que acabamos de referir y de los que no quedó ni una huella en el rostro de Catalina, la señora de Sauve, luego de concluir el trabajo que le encargara la reina, subió a su habitación. Tras ella iba Enrique, que, al enterarse por Dariole de que Orthon había estado allí, se dirigió al espejo y cogió el billete.

Como ya hemos dicho antes, estaba concebido en estos términos: «Esta noche, a las diez, en la calle de l'Arbre-Sec, posada A la Belle Etoile. Si venís, no respondáis; en caso contrario, decid "no" al portador.» No especificaba a quién iba dirigida.

«Enrique no faltará a la cita -se dijo Catalina-, puesto que aunque quisiera negarse, ya no encontrará al portador para decirle que no.»

Sobre este punto, Catalina no estaba equivocada. Enrique preguntó por Orthon, a lo que Dariole le dijo que había salido con la reina madre. Como halló el mensaje en su sitio y sabía que el pobre muchacho era incapaz de traicionarle, no se inquietó lo más mínimo.

Cenó como de costumbre en la mesa del rey, quien se burló mucho de Enrique a causa de las torpezas que había cometido aquella mañana en la caza con halcones.

Enrique se excusó diciendo que era hombre de montaña y no de llanura, y acabó prometiendo a Carlos que persistiría en su entrenamiento.

Catalina estuvo encantadora y, al levantarse de la mesa, rogó a Margarita que la acompañara. A las ocho Enrique llamó a dos gentiles hombres, salió con ellos por la puerta de Saint-Honoré, dio un largo rodeo, entró por la Torre de Bois, atravesó el Sena en la barca de Nesle y subió hasta la calle de SaintJacques, donde les despidió como si se tratase de una aventura galante. En la esquina de la calle Mathurins encontró a un hombre montado a caballo y envuelto en una capa. Se acercó a él.

—Nantes —dijo el hombre.

—Pau —respondió el rey.

El desconocido echó pie a tierra inmediatamente. Enrique se cubrió con la capa, que estaba salpicada de barro, montó el caballo, que estaba sudoroso, y volviendo por la calle de la Harpe atravesó el puente de SaintMichel, siguió por la calle Barthélemy, cruzó de nuevo el río por el pont-aux-Meuniers, continuó por la orilla del río hasta coger la calle de l'Arbre-Sec y vino a llamar a la puerta de maese La Hurière. La Mole estaba en la habitación que ya conocemos, escribiendo una larga carta de amor a quien todos sabemos.

Coconnas se hallaba en la cocina con La Hurière mirando cómo daban vueltas en el asador seis perdices y discutiendo con su amigo el posadero acerca del punto que necesitaban.

En aquel momento llamó Enrique. Gregorio fue a abrir y condujo el caballo a la cuadra, mientras el viajero entraba golpeando con sus botas en el suelo, para hacer entrar en calor sus pies.

—¡Eh! Maese La Hurière —dijo La Mole sin dejar de escribir—, aquí hay un caballero que os busca. Acercóse La Hurière, miró a Enrique de pies a cabeza, y como su capa de grueso paño no le inspirara un gran respeto:

—¿Quién sois? —preguntó.

—¡Por todos los diablos! —dijo Enrique señalando a La Mole—. Os lo acaba de decir este señor; soy un caballero de Gascuña y vengo a París para ser presentado en la corte.

—¿Y qué queréis?

—Un cuarto y una cena.

—¡Hum! —dijo La Hurière—. ¿Tenéis criado?

Era, como ya sabemos, la pregunta de costumbre.

—No —contestó Enrique—, pero pienso tenerlo en cuanto haga fortuna.

—No alquilo habitaciones de señor sin cuarto de criado —dijo el posadero.

—¿Aunque os ofrezca una libra por la cena, aparte de lo que mañana os dé por lo demás?

—¡Oh! Sois muy generoso, señor mío —dijo La Hurière, examinando a Enrique con desconfianza.

—No, nada de eso. Lo que sí sucede es que, en la creencia de que pasaría la noche en vuestra casa, que tanto me recomendó un señor paisano mío, invité a un amigo a cenar en mi compañía. ¿Tenéis buen vino de Arbois?

—Tengo uno tan bueno como el mejor qué pueda beber el bearnés.

—Bueno, lo pagaré aparte. ¡Ah! Aquí llega precisamente mi convidado.

En efecto, la puerta acababa de abrirse dando paso a un caballero de mayor edad que el primero y que llevaba al costado un espadón.

—¡Ah! Sois muy puntual, amigo; para un hombre que acaba de recorrer doscientas leguas es difícil llegar con tanta exactitud.

—¿Es éste vuestro invitado? —preguntó La Hurière.

—Sí —dijo quien había llegado primero, dirigiéndose al joven del espadón y estrechándole la mano—; servidnos la cena.

—¿Aquí o en vuestro cuarto?

—Donde queráis.

—Maese —dijo La Mole llamando a La Hurière—, libradnos de esos tipos que parecen hugonotes; delante de ellos, Coconnas y yo no podremos hablar una palabra de nuestros asuntos.

—Servid la cena en el cuarto número dos del tercer piso —dijo La Hurière a su ayudante. Y luego a los recién llegados—: Subid, señores, subid.

Los dos caballeros siguieron a Gregorio, que iba delante con una vela.

La Mole los siguió con la vista hasta que desaparecieron y, al volverse vio a Coconnas que asomaba la cabeza por la puerta de la cocina. Los ojos quietos y la boca abierta daban a su cara una expresión de marcado asombro.

La Mole se acercó a él.

—¡Voto al diablo! —le dijo Coconnas—. ¿Has visto?

—¿Qué?

—A esos dos caballeros.

—Sí, ¿qué pasa?

Juraría que uno de ellos es...

—¿Quién?

—El rey de Navarra, y el otro de la capa encarnada... Jura si quieres, pero no demasiado alto.

—¿También los has reconocido tú?

—Naturalmente.

—¿Qué vendrán a hacer aquí?

—Se tratará de algún asunto de amoríos.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

—La Mole, prefiero las estocadas a semejantes amoríos. Hace un momento hubiese jurado, ahora apostaría mi cabeza.

—¿A qué?

—A que se trata de alguna conspiración.

—¡Oh! Estás loco.

—Lo que lo digo es que...

—¿Sabes lo que lo digo yo? Que si conspiran, allá ellos.

—Eso sí. En realidad —dijo Coconnas—, yo ya no estoy al servicio del duque de Alençon, así es que por mí... que se las arreglen como puedan.

Como quiera que las perdices estaban doradas en el punto en que a Coconnas le gustaban, el piamontés llamó a maese La Huriéere para que las retirara del fuego.

Entre tanto, Enrique y De Mouy se instalaban en la habitación señalada.

—¿Habéis visto a Orthon, señor? —dijo De Mouy cuando Gregorio hubo terminado de poner la mesa.

—No, pero vi el mensaje que dejó detrás del espejo. Presumo que el muchacho se habrá asustado, pues la reina Catalina se presentó cuando él estaba aún en la alcoba, de modo que se fue sin esperarme. Por un instante sentí cierta inquietud, pues Dariole me dijo que la reina madre le había interrogado durante mucho tiempo.

—¡Oh! No hay peligro, el chiquillo es hábil, y aunque la reina madre sabe su oficio, estoy seguro de que le dará trabajo.

—¿Y vos le visteis? —preguntó Enrique.

—No, pero le veré esta noche; a las doce vendrá aquí a buscarme con un trabuco; ya me contará en el camino lo que le pasó.

—¿Y el hombre que estaba en la esquina de la calle Mathurins?

—¿Qué hombre?

—El que me prestó el caballo y la capa. ¿Tenéis confianza en él?

—Es uno de los más fieles entre los nuestros. Por otra parte, no conoce a Vuestra Majestad a ignora con quién se ha encontrado.

—Entonces ¿podemos hablar con toda tranquilidad?

—Sin duda; además, vigila La Mole.

—Magnífico.

—¿Y qué dice el señor de Alençon, señor?

—El señor de Alençon ya no quiere irse, De Mouy; se ha expresado claramente a este respecto. La elección del duque de Anjou para el trono de Polonia y la enfermedad del rey han cambiado todos sus planes.

—¿De modo que es él quien ha frustrado nuestros proyectos?

—Sí.

—Entonces ¿nos traiciona?

—Aún no, pero nos traicionará en la primera ocasión que encuentre.

—¡Cobarde! ¡Pérfido! ¿Por qué no habrá respondido a las cartas que le escribí?

—Para tener pruebas y no darlas. Mientras tanto, todo se ha perdido, ¿no es cierto, De Mouy?

—Al contrario, señor, todo se ha ganado. Ya sabéis que el partido entero, excepto la fracción del príncipe de Condé, está de parte vuestra y solamente utilizaba al duque, con el cual aparentaba estar en relación, como salvaguardia. Pues bien, desde el día de su ceremonia he hecho que todos sean aliados vuestros. Cien hombres os bastaban para huir con el duque de Alençon; dispongo de mil quinientos. Dentro de ocho días estarán dispuestos, escalonados en el camino de Pau. Ya no se tratará de una fuga, sino de una retirada. ¿Serán suficientes mil quinientos hombres, señor, y os sentiréis seguro rodeado de un ejército?

Enrique sonrió y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Ya sabes, De Mouy —le dijo—, y quizá seas el único en saberlo, que el rey de Navarra no es en el fondo tan miedoso como se cree.

—¡Dios mío! Claro que lo sé, señor, y espero que no pasará mucho tiempo sin que Francia entera lo sepa también.

—Pero cuando se conspira es preciso vencer. La primera condición de la victoria es la decisión, y para que la decisión sea rápida, franca y útil, es necesario estar convencido de que se vencerá.

—Muy bien, y decidme: ¿cuáles son los días en que hay cacería?

—Cada ocho o diez días, ya sea contra el jabalí o contra las aves.

—¿Cuándo ha sido la última vez que han salido de caza?

—Hoy mismo.

—¿Lo que quiere decir que dentro de ocho o diez días volverán a salir otra vez?

—Sin duda alguna, y puede que antes.

—Escuchad, me parece que todo está en calma: el duque de Anjou se ha ido y nadie piensa en él, el rey se repone día a día de su enfermedad y las persecuciones contra nosotros han cesado casi por completo. Poned buena cara a la reina madre y al duque de Alençon, decidle constantemente que no podéis iros sin él y tratad de que os crea, cosa algo más difícil.

—Estad tranquilo, lo creerá.

—¿Creéis que tiene tanta confianza en vos?

—¡No, por Dios! Pero cree todo lo que le dice la reina.

—¿Y la reina está francamente con nosotros?

—¡Oh! Tengo pruebas de ello. Además es ambiciosa y la corona de Navarra le quema la frente.

—Bien; tres días antes de la cacería decidme dónde tendrá lugar, si en Bondy, en Saint —Germain o en Rambouillet. Decidme también si estáis dispuesto y, cuando veáis al señor de La Mole espolear su caballo delante del vuestro, espolead también de firme y seguidle. Una vez fuera del bosque, si la reina madre quiere deteneros tendrá que correr a vuestro alcance, y sus caballos normandos supongo que ni siquiera verán las herraduras de nuestros caballos árabes y españoles.

—De acuerdo, De Mouy.

—¿Tenéis dinero, señor?

Enrique hizo el gesto con que durante toda su vida respondió a semejante pregunta.

—No mucho —dijo—, pero creo que Margot tiene.

—Sea de quien sea, llevad lo más que podáis.

—Y mientras, ¿qué harás tú?

—Después de ocuparme de los asuntos de Vuestra Majestad muy activamente como veis, Vuestra Majestad me permitirá que me ocupe un poco de los míos.

—Desde luego, De Mouy, desde luego; pero ¿de qué asuntos se trata?

—Escuchadme, señor. Orthon me ha dicho *(y es un muchacho muy inteligente que recomiendo a Vuestra Majestad)*, me ha dicho, repito, que encontró ayer cerca del Arsenal a ese bergante de Maurevel, que se ha restablecido gracias a los cuidados de Renato y que sale a tomar el sol como buena serpiente que es.

—¡Ah! Sí, ya entiendo —dijo Enrique.

—¿Comprendéis? Bueno... Algún día seréis rey, señor, y si tenéis que cumplir alguna venganza del género de la mía, lo haréis como rey. Yo soy soldado y debo vengarme como tal. Así, pues, cuando acabe de resolver nuestros asuntos, lo que dará a ese canalla un plazo de cinco o seis días más para restablecerse, iré yo mismo a dar una vuelta por el lado del Arsenal y le

dejaré clavado en el césped con cuatro buenas estocadas, después de lo cual abandonaré París con el corazón más ligero.

—Resuelve tus asuntos, amigo mío, resuélvelos como quieras —dijo el bearnés—; y a propósito, estás contento con La Mole, ¿verdad?

—¡Ah! Es un muchacho encantador y fiel a Vuestra Majestad en cuerpo y alma. Podéis contar con él, señor, lo mismo que conmigo... Es valiente...

—Y sobre todo discreto; nos acompañará a Navarra y, una vez que estemos allí, ya buscaremos el modo de recompensarle.

Cuando Enrique acababa de pronunciar estas palabras con su sonrisa socarrona, se abrió la puerta violentamente y apareció, pálido y agitado, aquél cuyo elogio acababan de hacer.

—¡Alerta, señor! —gritó—. ¡Alerta! La casa está sitiada.

—¡Sitiada! —exclamó Enrique levantándose—. ¿Por quién?

—Por los guardias del rey.

—¡Oh! —dijo De Mouy sacando sus pistolas del cinto—. Por lo visto vamos a tener pelea.

—Sí —dijo La Mole—, se trata de pistolas y de pelea; pero ¿qué queréis hacer contra cincuenta hombres?

—Tienes razón —dijo el rey—, y si hubiera algún medio de escapar...

—Hay uno que ya me sirvió a mí en otra ocasión, y si Vuestra Majestad quiere seguirme...

—¿Y De Mouy?

—El señor De Mouy puede seguirnos también si gusta, pero es preciso que os apresuréis los dos. Se oían ya pasos cercanos en la escalera.

—Es demasiado tarde —dijo Enrique.

—¡Ah! Si alguien pudiera entretenerlos durante cinco minutos —exclamó La Mole—, respondería del rey.

—Responded, pues, señor —dijo De Mouy—, yo me encargo de entretenerlos. Id, señor, 'id.

—¿Pero qué harás tú?

—No os preocupéis por mí, señor; huid.

De Mouy comenzó por hacer desaparecer de la mesa el plato, la servilleta y la copa del rey, para que creyeran que estaba cenando él solo.

—Venid, señor, venid —gritó La Mole cogiendo al rey del brazo y llevándole hacia la escalera.

—¡De Mouy! ¡Mi buen De Mouy! —exclamó Enrique tendiendo la mano al joven.

De Mouy le besó la mano y empujó a Enrique fuera de la habitación, echando el cerrojo a la puerta.

—Sí, ya comprendo —dijo Enrique—, va a dejarse detener mientras nosotros nos salvamos; pero ¿quién diablos puede habernos hecho traición?

—Venid, señor, venid, ya suben.

En efecto, ya se veía por la estrecha escalera el resplandor de las antorchas y se oía abajo ruido de espadas.

—Cuidado, señor, cuidado —dijo La Mole.

Y guiando al rey en la oscuridad, le hizo subir dos pisos, empujó la puerta de un cuarto que volvió a cerrar con cerrojos y abriendo la ventana de un gabinete:

—¿Teme Vuestra Majestad —preguntó— las excursiones por los tejados?

—¿Yo? —dijo Enrique—. ¡Vamos, un cazador de gamos!

—Seguidme, entonces, Majestad; conozco el camino y os serviré de guía.

—Vamos, vamos —dijo Enrique—, ya os sigo.

La Mole saltó primero por la ventana y siguió a lo largo de un canalón, al final del cual halló una especie de valle formado por el declive de dos tejados. En aquel paraje había una buhardilla sin ventana y un granero deshabitado.

—Señor —dijo La Mole— hemos llegado a puerto.

—¡Ah! —suspiró Enrique—. Más vale así.

El rey se enjugó su pálida frente totalmente empapada en sudor.

—Ahora —dijo La Mole— las cosas marcharán como sobre ruedas; el granero da a una escalera, la escalera termina en un pasadizo y el pasadizo comunica con la calle. Recorrí este mismo camino, señor, una noche mucho más terrible que ésta.

—Adelante, adelante —apremió Enrique.

La Mole se introdujo el primero por la ventana abierta de par en par, llegó hasta la puerta que estaba mal cerrada, la abrió y se halló en lo alto de una escalera de caracol. Indicando al rey la cuerda que servía de barandilla le dijo:

—Seguidme, señor.

Al llegar a la mitad de la escalera, Enrique se detuvo; estaba frente a una ventana que se abría sobre el patio de la posada de A la Belle Etoile. Se veía en la escalera de enfrente correr a los soldados, los unos con espadas y los otros con antorchas.

De pronto, en el centro de un grupo, el rey de Navarra distinguió a De Mouy. Había entregado su espada y descendía tranquilamente.

—¡Pobre muchacho! —dijo Enrique—. ¡Tan abnegado y valiente!

—A fe mía, señor —observó la Mole—, notará Vuestra Majestad que tiene un aire de lo más tranquilo; y mirad, hasta se ríe. Debe de estar maquinando alguna buena treta, porque ya sabéis que ríe muy pocas veces.

—¿Y aquel joven que estaba con vos?

—¿El señor Coconnas? —preguntó La Mole.

—Sí, el señor Coconnas, ¿qué ha sido de él?

—¡Oh, señor! No me inquieto en absoluto por él. Al ver a los soldados no me dijo más que esto: » —¿Arriesgamos algo?

»-La cabeza -le respondí.

»- ¿Y tú escaparás? .

»- Así lo espero.

»-Entonces yo también -me contestó.

»- Y os juro que se salvará, señor. El día que detengan a Coconnas os respondo de que será porque a él le convenga.

—Entonces —dijo Enrique— todo marcha perfectamente. Tratemos de volver al Louvre.

—¡Por Dios! Nada más sencillo, señor. Embocémonos en nuestras capas y salgamos; la calle está llena de gente que ha acudido al oír el tumulto y nos tomarán por curiosos.

En efecto, Enrique y La Mole encontraron la puerta abierta y no tuvieron otra dificultad para salir que el atravesar la ola de gente que invadía la calle.

Sin embargo, pudieron deslizarse hasta la calle de Averon. Al llegar a la de las Poleas, vieron a De Mouy y su escolta dirigidos por el capitán señor de Vancey que atravesaban la plaza de Saint-Germain d'Auxerre.

—¡Ah! —exclamó Enrique—. Parece que le llevan al Louvre. ¡Diablo! Las puertas van a estar cerradas... Preguntarán el nombre a todos los que entren y si me ven llegar un momento después que De Mouy, van a suponer que he estado con él.

—Pero señor —dijo La Mole—, podéis entrar en el Louvre por otro sitio que no sea la puerta.

—¿Cómo demonios quieres que entre?

—¿No recuerda Vuestra Majestad la ventana de la reina de Navarra?

—¡Por Dios! —dijo Enrique—. Tenéis razón, señor de La Mole. ¡A mí que ni siquiera se me había ocurrido!... ¿Pero cómo avisaremos a la reina?

—¡Oh! —dijo La Mole inclinándose respetuosamente y con un gesto de gratitud—. ¡Vuestra Majestad sabe arrojar piedras con tanta maestría...!

De mouy de saint -phale

✦

Por esta vez Catalina había tomado tantas precauciones que creía estar segura de su éxito.

En consecuencia, a eso de las diez despidió a Margarita convencida, y era verdad, de que la reina de Navarra ignoraba lo que se tramaba contra su marido, y pasó a las habitaciones del rey rogándole que esperara un poco antes de acostarse.

Intrigado por el aire de triunfo que, pese a su disimulo habitual, revelaba el rostro de su madre, Carlos interpeló a Catalina, quien replicó con estas solas palabras:

—Nada más que una cosa puedo decir a Vuestra Majestad, y es que esta noche se verá libre de sus dos enemigos más crueles.

Carlos levantó las cejas como si pensara para sus adentros: «Está bien, ya veremos.» Y silbando a su galgo, que vino hasta él arrastrándose sobre el vientre como una serpiente y puso su cabeza fina a inteligente sobre las rodillas de su amo, esperó.

Al cabo de algunos minutos, durante los cuales Catalina permaneció sin mover los ojos y con el oído atento, se oyó un tiro de pistola en el patio del Louvre.

—¿Qué ruido es ése? —preguntó Carlos frunciendo el ceño mientras el galgo se levantaba con un brusco movimiento irguiendo las orejas.

—Nada —dijo Catalina—, una señal, eso es todo.

—¿Y qué significa esa señal?

—Significa que a partir de este momento vuestro único, vuestro verdadero enemigo ya no puede haceros daño.

—¿Han matado a un hombre? —preguntó Carlos, mirando a su madre con esa expresión de amo que indica que el asesinato y el perdón son do s atributos inherentes al monarca.

—No, señor, lo que acaban de hacer es arrestar a dos.

—¡Oh! —murmuró Carlos—. ¡Siempre tramas ocultas, siempre complots que el rey ignora! ¡Pardiez! Madre mía, soy ya lo bastante grande para velar por mí mismo y no necesito andadores ni chichonera. Idos a Polonia con vuestro hijo Enrique si queréis reinar, pero aquí ya os he dicho que os equivocáis y que hacéis mal en seguir el juego.

—Hijo mío —dijo Catalina—, es la última vez que intervengo en vuestros asuntos. Se trataba de un plan iniciado hace mucho tiempo, y como en vuestra opinión yo estaba equivocada, quería probar a Vuestra Majestad lo contrario.

Varios hombres se detuvieron en aquel momento en el vestíbulo y se oyó el ruido que hacían los mosquetes de una pequeña tropa al chocar contra las baldosas del suelo.

En seguida el señor de Nancey pidió permiso para entrar en el aposento del rey.

—Que pase —dijo Carlos.

El capitán entró, saludó al rey y, volviéndose hacia Catalina, dijo:

—Señora, se han cumplido las órdenes de Vuestra Majestad: está preso.

—¿Cómo que está preso? —exclamó Catalina extrañada—. ¿No trajisteis más que a uno?

—Estaba solo, señora.

—¿Se defendió?

—No, cenaba tranquilamente en una habitación y entregó su espada a la primera invitación.

—¿Quién ? —preguntó el rey.

—Lo vais a ver — dijo Catalina—. Haced entrar al prisionero, señor de Nancey.

Cinco minutos después era introducido De Mouy.

—¡De Mouy! —exclamó el rey—. ¿Qué os sucede, señor?

—Señor —repuso De Mouy con perfecta calma—, si Vuestra Majestad me lo permite, le haré la misma pregunta.

—En lugar de preguntar nada al rey —dijo Catalina—,tened la bondad, señor De Mouy, de decir a mi hijo quién era el hombre que estaba cierta noche en la alcoba del rey de Navarra y, resistiendo a las órdenes de Su Majestad como un rebelde, mató a dos guardias e hirió al señor de Maurevel.

—En efecto —dijo Carlos frunciendo el ceño—, ¿sabríais el nombre de esa persona, señor De Mouy?

—Sí, señor, ¿desea conocerlo Vuestra Majestad?

—Os confieso que sería un placer para mí.

—Pues bien, señor, se llama De Mouy de SaintPhale.

—¿Erais vos?

—Yo mismo.

Catalina, asombrada de tanta audacia, retrocedió un paso.

—¿Y cómo tuvisteis la osadía de resistir a las órdenes del rey? —dijo Carlos IX.

—Ante todo, señor, ignoraba que existiese una orden de Vuestra Majestad; además, no vi más que una cosa o, mejor dicho, no vi más que a un hombre, al señor de Maurevel, al asesino de mi padre y del almirante. Recordé entonces que hacía un año y medio que Vuestra Majestad, en esta misma habitación yen la tarde del veinticuatro de agosto, me prometió personalmente que se haría justicia en la persona del asesino. Como desde entonces han ocurrido graves acontecimientos, pensé que el rey se había visto, pese a su buena voluntad, imposibilit ado de cumplir sus deseos. Al tener a Maurevel a mi alcance, creí que el Cielo me lo enviaba. Vuestra Majestad conoce el resto; le ataqué como a un asesino y disparé sobre sus hombres como si fuesen bandidos.

Carlos no respondió. Su amistad con Enrique le hacía ver, de algún tiempo a aquella parte, muchas cosas desde otro punto de vista. Más de una vez sus nuevos descubrimientos le

produjeron terror.

La reina madre recordaba frases salidas de la boca de su hijo a propósito de la noche de San Bartolomé, que más que otra cosa parecían revelar sus remordimientos.

—Pero decid, ¿qué hacíais a semejante hora en la alcoba del rey de Navarra? —preguntó Catalina.

—¡Oh! —respondió De Mouy—. Ésa es una historia muy larga de contar, pero si Su Majestad tiene la paciencia de oír...

—Sí —dijo Carlos—, hablad; es mi deseo.

—Obedezco, señor —dijo De Mouy inclinándose.

Catalina tomó asiento y clavó en el joven jefe una mirada inquieta.

—Os escuchamos —dijo Carlos—. Ven aquí, Acteón.

El perro volvió a ocupar el sitio que tenía antes de que entrara el detenido.

—Señor —dijo De Mouy—, había venido a ver a Su Majestad el rey de Navarra como enviado de nuestros hermanos, vuestros fieles súbditos protestantes.

Catalina hizo entonces una seña a Carlos IX.

—Estad tranquila, madre mía —dijo éste—, no pierdo una palabra. Continuad, señor De Mouy, continuad, ¿para qué vinisteis?

—Para advertir al rey de Navarra —continuó De Mouy— que su abjuración le había hecho perder la confianza del partido hugonote, pero que, no obstante, en recuerdo de su padre Antonio de Borbón y, sobre todo, en memoria de su madre la valerosa Juana de Albret, cuyo nombre es venerado entre nosotros, teníamos con él la deferencia de rogarle que desistiera de sus derechos a la corona de Navarra.

—¿Qué está diciendo? —interrumpió Catalina, quien, a pesar de su dominio, no pudo recibir aquel golpe inesperado sin una protesta.

—¡Ah! —exclamó Carlos—. Me parece que esa corona de Navarra, que así, sin mi permiso, va de cabeza en cabeza, me pertenece un poco.

—Los hugonotes, señor, reconocen mejor que nadie ese principio de soberanía que el rey acaba de expresar. Por eso querían solicitar a Vuestra Majestad que la pusiera en una cabeza que le fuese querida.

—¿A mí? —dijo Carlos—. ¿Sobre una cabeza que me sea querida? ¿A qué cabeza os referís, señor? No os entiendo.

—A la cabeza del señor duque de Alençon.

Catalina se puso pálida como una muerta y fulminó a De Mouy con una mirada.

—¿Y mi hermano lo sabía?

—Sí, señor.

—¿Y aceptaba la corona?

—Con la aprobación de Vuestra Majestad, a la cual nos remitía.

—¡Oh! —exclamó Carlos—. Efectivamente, es una corona que le vendría muy bien a mi hermano Francisco. ¡Cómo no se me había ocurrido! Gracias, De Mouy, muchas gracias. Cuando tengáis otras ideas semejantes venid al Louvre; seréis bien recibido.

—Señor, estaríais informado de este proyecto hace ya mucho tiempo, a no ser por ese maldito asunto de Maurevel, por el que temí haber caído en desgracia con Vuestra Majestad.

—Sí —dijo Catalina—, ¿pero qué opinaba Enrique de semejante proyecto?

—El rey de Navarra, señora, se sometía al deseo de sus hermanos y tenía su renuncia dispuesta.

—En tal caso —dijo Catalina—, ¿tenéis vos la renuncia?

—En efecto, señora —continuó De Mouy—, la tengo aunque por casualidad. Está fechada y firmada por él.

—¿Con una fecha anterior a la escena del Louvre? preguntó Catalina.

—Sí, de la víspera, creo.

El señor De Mouy sacó del bolsillo la renuncia en favor del duque de Alençon, escrita y firmada por Enrique y que llevaba la fecha indicada.

—¡A fe mía! Todo está en regla —dijo Carlos.

—¿Y qué pedía Enrique a cambio de su renuncia?

—Nada, señora; nos dijo que la amistad del rey Carlos le compensaba con creces la pérdida de una corona. Catalina, en el furor de su cólera, se mordió los labios y apretó los puños.

—Entonces —replicó la reina madre—, si todo estaba resuelto entre vos y el rey de Navarra, ¿qué fin tenía la entrevista que tuvisteis esta noche con él?

—¿Yo con el rey de Navarra, señora? —dijo De Mouy—. El señor de Nancey, que fue quien me detuvo, puede dar fe de que no había nadie conmigo. Llamadle si queréis.

—¡Señor de Nancey! —gritó el rey.

El capitán de guardias acudió a la llamada.

—Señor de Nancey —dijo Catalina con viveza—, ¿estaba solo el señor De Mouy en la posada de A la Belle Etoile?

—En el cuarto sí, señora; pero en la posada, no.

—¡Ah! — dijo Catalina—. ¿Quién lo acompañaba?

—No sé si le acompañaría, señora, sólo sé que se escapó por la puerta de atrás después de haber derribado a dos de mis guardias.

—¿Sin duda reconoceríais al caballero?

Yo no, pero mis guardias sí.

—¿Quién era? —preguntó vivamente interesado Carlos IX.

—El señor conde Annibal de Coconnas.

—¡Annibal de Coconnas! —repitió el rey pensativo—. ¿El que hizo tan terrible matanza de hugonotes la noche de San Bartolomé?

—El señor de Coconnas, gentilhombre al servicio del duque de Alençon —contestó Nancey.

—Está bien, está bien —dijo Carlos IX—, retiraos, señor de Nancey, y para otra vez acordaos de una cosa...

—¿De cuál, señor?

—De que estáis a mi servicio y de que por lo tanto sólo me debéis obedecer a mí.

El señor de Nancey salió andando hacia atrás y saludando respetuosamente.

De Mouy dirigió una irónica sonrisa a Catalina.

Hubo un instante de silencio.

La reina retorcía el fleco de su cinturón. Carlos acariciaba a su perro.

—¿Pero cuál era vuestro propósito, señor? —continuó Carios—. ¿Obrabais violentamente?

—¿Contra quién, señor?

—Contra Enrique, contra Francisco o contra mí.

—Señor, teníamos la renuncia de vuestro cuñado, el consentimiento de vuestro hermano y, como ya he tenido el honor de deciros, pensábamos solicitar la autorización de Vuestra Majestad cuando ocurrió el incidente en la alcoba del rey de Navarra.

—Pues bien, madre mía, no veo que haya ningún mal en todo esto —dijo Carlos—. Vos estabais en vuestro derecho, señor De Mouy, al pedir un rey. Efectivamente, Navarra puede y debe ser un reino separado. Más aún, ese reino parece hecho expresamente para dotara mi hermano de Alençon, que siempre tuvo tantos deseos de poseer una corona, hasta el punto de que cuando me pongo la mía no aparta los ojos de ella. Lo único que se oponía a esta coronación era el derecho de Enriquito, pero puesto que Enriquito renuncia voluntariamente...

—Voluntariamente, señor.

—Parece que es la voluntad de Dios. Señor De Mouy, estáis en libertad y podéis volver junto a vuestros hermanos a quienes castigué... un poco duramente quizá, pero ésta es una cuestión entre Dios y yo. Decidles que, puesto que desean como rey de Navarra a mi hermano el duque de Alençon, el rey de Francia se somete a sus deseos. A partir de este momento, Navarra es un reino y su soberano se llama Francisco. No pido más que ocho días para que mi hermano salga de París con todo el brillo y la pompa que convienen a un rey. Id, señor De Mouy, id... señor de Nancey, dejad paso al señor De Mouy, está en libertad.

—Señor —dijo De Mouy, avanzando un paso—, ¿me permite Vuestra Majestad?

—Sí —dijo el rey, y tendió la mano al joven hugo note.

De Mouy hincó una rodilla en tierra y besó la mano del rey.

—A propósito —dijo Carlos deteniéndole un instante cuando iba a levantarse—, ¿no me habíais pedido justicia para ese bandido de Maurevel?

—Sí, señor.

—No sé dónde está, porque se esconde; pero si lo encontráis haceos justicia vos mismo, os lo autorizo de todo corazón.

—¡Ah, señor! —exclamó De Mouy—. Esto colma mis deseos. Vuestra Majestad puede confiar en mí; yo tampoco sé dónde está, pero daré con él, tenedlo por seguro.

De Mouy, después de saludar respetuosamente al rey y a Catalina, se retiró sin que los guardias que le habían conducido tratasen de impedir su salida. Atravesó los corredores, llegó rápidamente a la puerta y, una vez que se vio fuera, fue de un salto desde la plaza de Saint-Germain d'Auxerre hasta la posada de A la Belle Etoile, donde encontró su caballo, gracias al cual tres horas después de la escena que acabamos de referir el joven se hallaba a salvo tras las murallas de Nantes y respiraba tranquilo.

Catalina, devorando su cólera, volvió a su aposento, de donde pasó al de Margarita.

Allí encontró a Enrique, que parecía dispuesto a meterse en la cama.

—¡Satanás —murmuró—, ayuda a una pobre reina abandonada de Dios!

Dos cabezas para una corona

✦

—Que venga a verme el duque de Alençon —dijo Carlos despidiendo a su madre.

El señor de Nancey, dispuesto, después de la advertencia hecha por el rey a no obedecer a nadie que no fuera Carlos IX, se llegó de un salto a la habitación del duque, transmitiéndole sin rodeos la orden que acababa de recibir.

El duque de Alençon se estremeció; siempre había temblado ante Carlos y ahora con mayor razón que nunca, pues, desde que se había metido a conspirador, los motivos para temerle eran más poderosos. No por eso dejó de acudir al llamamiento de su hermano, aunque lo hiciera con calculada prisa. Carlos estaba en pie silbando un aire de caza.

Al entrar, el duque de Alençon sorprendió en los ojos vidriosos de Carlos una de aquellas miradas venenosas que tan bien conocía.

—Vuestra Majestad me mandó llamar —dijo—. Aquí estoy, señor, ¿qué desea de mí Vuestra Majestad?

—Quiero deciros, mi querido hermano, que para recompensar el cariño que me profesáis, estoy decidido a hacer hoy por vos lo que os guste más.

—¿Por mí?

—Sí, por vos. Buscad en vuestra mente algo que deseáis desde hace tiempo sin atreveros a pedírmelo y os lo daré.

—Señor —dijo Francisco—, os juro como hermano que no deseo más sino que continuéis gozando de buena salud.

—Entonces estaréis satisfecho, Francisco. Ya me he curado de la indisposición que tuve cuándo vinieron los embajadores polacos. Me salvé, gracias a Enriquito, del furioso jabalí que quería matarme, y me siento tan fuerte como para no envidiar al más sano de mi reino. Podéis, pues, sin ser un mal hermano, desear otra cosa que no sea mi salud, ya que ésta es excelente.

—No deseo nada, señor.

—Sí, sí, Francisco —replicó Carlos impacientándose—, deseáis la corona de Navarra, puesto que os pusisteis de acuerdo con Enrique y con De Mouy; con el primero para que renunciara y con el segundo para que os la ofrecieran. Pues bien, sabed que Enrique renuncia, que De Mouy me ha transmitido vuestro deseo y que esta corona que ambicionáis...

—¿Qué? —preguntó Alençon con voz temblorosa.

—¡Que es vuestra, voto al diablo!

Alençon se puso terriblemente pálido; de repente toda la sangre de su corazón se le vino a las mejillas, que se animaron con un súbito rubor. La gracia que le concedía el rey no le hacía en

absoluto feliz en aquel momento. Por el contrario, le desesperaba.

—Pero, señor —repuso trémulo de emoción, y tratando de recobrar su aplomo—, nada he deseado y, sobre todo, no he pedido nada semejante.

—Es posible —dijo el rey—, pues sois muy discreto, hermano mío, pero otros han deseado y pedido ya por vos.

—Señor, os juro que jamás...

—No juréis en vano.

—¿Me desterráis entonces, señor?

—¿Llamáis destierro a eso, Francisco? ¡Pardiez, qué difícil sois! ¿Esperáis algo mejor acaso?

Alençon se mordió los labios con desesperación.

—A fe mía —continuó Carlos afectando ingenuidad—, os creía menos popular, sobre todo entre los hugonotes, pero he aquí que son ellos mismos los que os reclaman y que yo me veo obligado a confesar que estaba equivocado. Por otra parte, no puedo desear otra cosa mejor que tener a un hombre de los míos, a un hermano que me quiere y es incapaz de traicionarme, a la cabeza de un partido que desde hace treinta años nos combate. Con esta medida se calmará todo como por encanto, sin contar con que así todos seremos reyes en nuestra familia. Tan sólo el pobre Enriquito habrá de conformarse con no ser más que mi amigo. No es ambicioso y le bastará con este título que nadie quiere.

—Os equivocáis, señor, lo quiero yo. ¿Quién tiene más derechos que yo a ese título? Enrique es vuestro cuñado, yo soy vuestro hermano por la sangre y, sobre todo, .por el corazón... Señor, os lo suplico, dejadme que permanezca a vuestro lado.

—No, no, Francisco —respondió el rey—, sería tanto como haceros desgraciado.

—¿Por qué?

—Por mil razones.

—Pensad un poco, señor, si encontraréis alguna vez un compañero tan fiel como yo. Desde mi niñez no me he apartado nunca de Vuestra Majestad.

—Ya lo sé, ya, a incluso algunas veces hubiera que rido veros más lejos.

—¿Qué queréis decir?

—Nada, nada, yo me entiendo. ¡Oh! ¡Qué hermosas partidas de caza podréis organizar! Os envidio, Francisco ¿Sabéis que en las endiabladas montañas de por allá se cazan osos como aquí jabalís? Nos enviaréis pieles magníficas. Los cazan con puñal, como ya sabéis; se espera al animal, y se llama su atención de cualquier manera; el caso es irritarle. El oso avanza entonces hacia el cazador y, al hallarse a cuatro metros de distancia, se levanta sobre las patas traseras. En ese momento se le hunde el acero en el corazón, como hizo Enrique con el jabalí en la última cacería. Es peligroso, pero vos sois valiente, Francisco, y ese peligro será para vos un verdadero placer.

—¡Ah! Vuestra Majestad aumenta mi disgusto. ¡Ya no volveré a cazar con vos!

—¡Pardiez! ¡Tanto mejor! —dijo el rey—. A ninguno de los dos nos conviene cazar juntos.

—¿Qué quiere decir Vuestra Majestad?

—Quiero decir que el venir conmigo de caza os causa tal placer y os emociona tanto que vos, que sois la habilidad en persona y que con cualquier arcabuz matáis una urraca a cien pasos, errasteis a veinte pasos, la última vez que cazamos juntos, a un enorme jabalí. Y eso que tirabais con vuestro propio arcabuz. En cambio, le rompisteis una pata a mi mejor caballo. ¡Por todos los diablos! ¿Sabéis, Francisco, que me estáis dando que pensar?

—¡Oh, señor! Atribuidlo a mi emoción —dijo el duque poniéndose blanco.

—Sí —continuó Carlo s—, fue por la emoción, ya lo sé. Precisamente por esta emoción, que aprecio en su justo valor, os digo: Creedme, Francisco, es preferible que cacemos lejos uno de otro, sobre todo cuando se es víctima de emociones semejantes. Reflexionad acerca de esto, hermano mío, no en mi presencia, puesto que ya veo que os turba, sino cuando estéis solo, y convendréis en que tengo razón cuando temo que en otra cacería os embargue de nuevo la emoción, pues no hay nada que haga perder la puntería como la emoción, y entonces mataríais al caballero, en lugar de matar al caballo, y al rey, en vez de su cabalgadura. ¡Pardiez! Una bala disparada demasiado alta o demasiado baja puede cambiar completamente la política, y un buen ejemplo de esto lo tenemos en nuestra familia. Cuando Montgomery mató a nuestro padre Enrique II por accidente, o quién sabe si por emoción, el golpe llevó a nuestro hermano Francisco II al trono y a nuestro padre Enrique al cementerio de San Dionisio. ¡Tan poco necesita Dios para cambiarlo todo!

El duque sintió que un sudor frío le corría por la frente al oír aquellas palabras tan terribles como imprevistas.

Era imposible que el rey le dijese de un modo más claro a su hermano que lo había adivinado todo. Carlos, ocultando su cólera bajo un velo de ironía, resultaba quizá más temible que si hubiese dejado salir a borbotones la odiosa lava que le devoraba el corazón; su venganza era tan grande como su rencor, una y otro se acentuaban paralelamente y, por vez primera, Alençon sintió el remordimiento o, más bien, el pesar de haber concebido un crimen que no pudo llevarse a cabo.

Sostuvo la lucha mientras pudo, pero ante aquel último golpe bajó la cabeza y Carlos pudo ver en sus ojos esa llama que en los seres de naturaleza débil anuncia la aparición de las lágrimas. El duque de Alençon era de los que no lloran como no sea de rabia.

Carlos no apartaba de él sus ojos de buitre, absorbiendo, por así decir, cada una de las sensaciones que se sucedían en el corazón del joven. Todas eran para él tan claras, gracias al profundo estudio que había hecho de su familia, que podía leer en el alma del duque como en un libro abierto.

Le dejó que por un instante permaneciera abrumado, inmóvil y mudo. Luego, en un tono inflexible, le dijo:

—Hermano, ya os he dicho mi resolución. Os añado que esta resolución es inmutable: partiréis. Alençon hizo un gesto. Carlos pareció no advertirlo y continuó:

—Quiero que Navarra se enorgullezca de tener por príncipe a un hermano del rey de Francia. Tendréis todo lo que corresponde a vuestra alcurnia: poder, honores... Exactamente igual que vuestro hermano y, como él —añadió sonriendo—, me bendeciréis desde lejos. No importa que así sea; para las bendiciones no hay distancias.

—Señor...

—Aceptad, o mejor dicho: resignaos. Una vez que seáis rey, os encontraremos una mujer digna de un príncipe de Francia. Y, ¡quién sabe!, a lo mejor ella aporta como dote otra corona.

—Pero —dijo el duque de Alençon— Vuestra Majestad olvida a su amigo Enrique.

—¡Enrique! Ya os he dicho que él renuncia al trono de Navarra, que os lo cede. Enrique es un joven alegre y no un lánguido paliducho como vos. Quiere reír y divertirse a su antojo y no apolillarse como nosotros, los que estamos condenados a llevar corona.

Alençon suspiró.

—Vuestra Majestad me ordena entonces que me preocupe de...

—No, en absoluto, no os preocupéis de nada, Francisco, yo lo arreglaré todo, confiad en mí como en un buen hermano. Y ya que hemos convenido todo, retiraos, podéis referir o no a vuestros amigos nuestra conversación; tomaré las medidas precisas para que pronto sea pública. Idos, Francisco.

No había nada que contestar; el duque saludó y salió con el corazón hecho un infierno.

Ardía en deseos de hallar a Enrique para hablar con él de lo que acababa de pasarle. No encontró más que a Catalina.

Mientras Enrique esquivaba la entrevista, la reina madre la buscaba.

Catalina ocultó su pesar al ver al duque y trató de sonreír. Menos afortunado que Enrique de Anjou, Francisco no buscaba en Catalina a una madre, sino a una aliada. Comenzó, pues, disimulando, ya que para conseguir buenas alianzas es preciso engañarse mutuamente un poco.

Abordó, pues, a Catalina con un semblante en el que no quedaba ya más que una ligera huella de inquietud.

—Hay grandes novedades, señora —dijo—. ¿Las sabéis?

—Sé que tratan de convertiros en rey, señor.

—Es una gran bondad por parte de mi hermano.

—¿Verdad que sí?

—Casi me inclino a creer que os lo debo. Supongamos que fuerais vos quien hubiese dado al rey el consejo de regalarme un trono. Pero o s confieso que en el fondo me apena despojar de este modo al rey de Navarra.

—Profesáis gran afecto a mi hijo Enriquito, ¿no es verdad?

—En efecto, desde hace algún tiempo somos íntimos amigos.

—¿Creéis que él os quiere del mismo modo?

—Supongo que sí, señora.

—Es ejemplar una amistad como ésa, sobre todo entre príncipes. Las amistades en la corte ya sabéis, mi querido Francisco, que tienen fama de ser poco sólidas.

—Pensad, madre mía, que no sólo somos amigos, sino casi hermanos.

Catalina sonrió de un modo extraño.

—¿Acaso hay hermanos entre los reyes?

—¡Oh! Si es por eso, ninguno de los dos lo éramos cuando nos hicimos amigos, ni siquiera teníamos probabilidades de llegar a serlo nunca; quizá por eso mismo nos cobramos afecto.

—Sí, pero las cosas han cambiado mucho actualmente.

—¡Que han cambiado!

—Desde luego. ¿Quién os dice ahora que no seréis reyes los dos?

Al ver Catalina el estremecimiento nervioso del duque y de qué modo el rubor invadía sus mejillas, comprendió que su golpe había ido directo al corazón de su hijo.

—¿Él? —dijo el duque—. ¿Rey, Enriquito? ¿Y de qué reino, señora?

—De uno de los más poderosos de la cristiandad, hijo mío.

—¿Qué decís, madre mía? —dijo Alençon perdiendo el color.

—Lo que una buena madre debe decir a su hijo, lo que vos habéis pensado más de una vez, Francisco.

—¿Yo? No he pensado en nada, señora, os lo juro.

—Quiero creeros, porque vuestro amigo, vuestro hermano Enrique, como le llamáis, bajo su aparente franqueza, es un hombre muy hábil y astuto, que guarda sus secretos mejor que vos los vuestros. Por ejemplo, ¿os ha dicho alguna vez que De Mouy era su hombre de confianza?

Al decir estas palabras, Catalina hundió como un estilete su mirada en el alma de Francisco.

Pero el duque no tenía más que una virtud o, mejor dicho, un vicio: el disimulo. Por lo tanto, soportó perfectamente la mirada.

—¡De Mouy! —dijo con sorpresa y como si aquel nombre fuera pronunciado en su presencia por primera vez.

—Sí, el hugonote De Mouy de Saint —Phale, el mismo que estuvo a punto de matar a Maurevel y que de manera clandestina, recorriendo Francia y la capital bajo distintos disfraces, intriga y prepara un ejército para sostener a vuestro cuñado Enrique contra nuestra familia.

Catalina, que ignoraba que sobre aquel punto se hallaba su hijo tan enterado como ella o más, se levantó y se dispuso a salir majestuosamente.

Francisco la detuvo.

—Madre —le dijo—, una palabra, por favor. Puesto que os habéis dignado iniciarme en vuestra política, decidme, ¿cómo, con tan pobres recursos y siendo tan poco conocido como es, puede hacer Enrique una guerra tan seria como para inquietar a mi familia?

—Niño —dijo la reina, sonriendo—, sabed que está apoyado por más de treinta mil hombres y que, el día que pronuncie una palabra, esos treinta mil hombres aparecerán de pronto como si salieran de la tierra y esos treinta mil hombres son hugonotes, es decir, los

soldados más valientes del mundo. Además tiene una protección que vos no supisteis o no quisisteis ganaros.

—¿Cuál?

—Tiene al rey, al rey, que le quiere y le ayuda; al rey, que por envidias con su hermano, el rey de Polonia, y por despecho contra vos, busca en torno suyo un sucesor. Solamente que, como sois ciego, no veis que lo está buscando fuera de su familia.

—¿Lo creéis así, señora?

—¿No habéis notado que quiere a Enriquito, a su Enriquito?

—Sí, madre mía, sí.

—¿Y no habéis notado que es correspondido, que el mismo Enriquito, olvidando que su cuñado quiso matarle la noche de San Bartolomé, se arrastra a sus pies como un perro que lame la misma mano que le ha castigado?

—Sí, sí —murmuró Francisco—, ya he advertido que Enrique es muy humilde con mi hermano Carlos.

—Y que se las ingenia por complacerle en todo.

—Hasta el punto de que, indignado por ser objeto de las burlas del rey, debido a su ignorancia en la caza con halcones, pretende adiestrarse y ayer me preguntó si yo tenía algunos libros buenos que trataran de este arte.

—¿Y qué le respondisteis? —preguntó Catalina, cuyos ojos relampaguearon como si se le hubiese ocurrido repentinamente una idea.

—Que buscaría en mi biblioteca.

—Muy bien; es necesario que le deis ese libro.

—Pero el caso es que no lo he encontrado.

—Ya lo encontraré yo..., pero es preciso que se lo deis como si fuese vuestro.

—¿Con qué objeto?

—¿Tenéis confianza en mí?

—Sí, madre mía.

—¿Queréis obedecerme ciegamente en lo que respecta a Enrique, a quien no queréis, aun cuando afirmáis lo contrario?

Alençon sonrió.

—Y a quien yo detesto —terminó Catalina.

—Sí, os obedeceré.

—Venid pasado mañana a buscar el libro. Yo os lo daré, vos se lo llevaréis a Enrique y...

—¿Y...?

—Dejad que Dios, la Providencia o el azar hagan el resto.

Francisco conocía bastante a su madre para saber que, por lo general, no confiaba a Dios, a la Providencia o al azar la labor de favorecer sus simpatías o sus odios, pero se guardó muy bien de añadir una sola palabra y, saludando, como quien acepta una comisión que le han

encargado, se retiró a sus habitaciones. «¿Qué habrá querido decir? -pensó el joven mientras subía la escalera-. Lo ignoro; lo único que para mí está claro es que ella obra contra un enemigo común. Por lo tanto, que haga lo que quiera.»

Entre tanto, Margarita, por intermedio de La Mole, recibía una carta de De Mouy. Como en política los dos ilustres consortes no tenían secretos, abrió la carta y leyó.

Debió de parecerle interesante el mensaje, pues en cuanto acabó de leerlo, y aprovechando las sombras que empezaban a invadir el Louvre, se deslizó por el pasadizo secreto, subió la escalera de caracol y, después de mirar atentamente a todos lados, se dirigió como una sombra al departamento del rey de Navarra.

En la antecámara no había nadie de guardia desde que desapareció Orthon.

Esta desaparición, de la que no hemos vuelto a hablar desde que el lector tuvo conocimiento de la manera tan trágica en que ocurrió, había preocupado mucho a Enrique. Habló acerca de ella con la señora de Sauve y con su esposa, pero ninguna de las dos sabía más que él. Únicamente la señora de Sauve le proporcionó algunos datos gracias a los cuales Enrique comprendió que el pobre muchacho habría sido víctima de alguna venganza de la reina madre y que, como consecuencia de todo aquello, él había estado a punto de ser detenido con De Mouy en la posada de A la Belle Etoile.

Otro que no fuera Enrique hubiera guardado silencio no atreviéndose a decir nada; pero Enrique, hábil calculador ante todo, comprendió que su silencio le traicionaría. Por lo general nadie pierde así como así a uno de sus servidores, mucho más cuando se trata de un confidente. Lo natural es hacer pesquisas, averiguar algo o pretender hacerlo.

Enrique, pues, averiguó y buscó en presencia del rey y de la misma reina madre. Preguntó por Orthon a todo el mundo, desde el centinela que se paseaba frente a la puerta del Louvre hasta el capitán de los guardias que permanecía en la antecámara del rey.

Todas las preguntas y gestiones fueron inútiles y Enrique pareció tan visiblemente afligido por aquel suceso, y se mostró tan ligado al pobre criado desaparecido, que declaró que no le reemplazaría hasta que hubiese adquirido la certidumbre de que había desaparecido para siempre.

Como ya hemos dicho, cuando Margarita entró en las habitaciones del rey, la antecámara estaba vacía. Por leves que fuesen los pasos de la reina, Enrique los oyó y acudió al encuentro de la reina.

—¿Vos, señora? —exclamó.

—Sí, yo —respondió Margarita—, leed esto ahora mismo.

Y le presentó el papel desdoblado.

Decía así:

—«Señor, ha llegado el momento de poner en ejecución el proyecto de fuga. Pasado mañana habrá caza de halcones a lo largo del Sena, desde Saint —Germain hasta Maisons, es decir, de un extremo al otro del bosque.

»Asistid a esta cacería, aunque se trate de una caza con halcones, llevad bajo vuestro jubón una buena cota de malla, ceñíos vuestra mejor espada y montad el mejor caballo de vuestras cuadras.

»Hacia mediodía, es decir, en el momento culminante de la caza, cuando el rey se haya lanzado tras el halcón, apartaos solo, si vais a venir solo, o con la reina de Navarra si piensa acompañaros.

»Cincuenta de los nuestros estarán escondidos en el pabellón de Francisco I, cuya llave tenemos. Todo el mundo ignorará que están allí, puesto que llegarán de noche y las ventanas estarán cerradas.

»Pasaréis por el sendero de las violetas, al fondo del cual me encontraréis. A la derecha de este sendero, en un pequeño claro, estarán La Mole y Coconnas con dos caballos. Estos caballos de refresco servirán para reemplazar el vuestro y el de Su Majestad la reina de Navarra, si por casualidad estuvieran fatigados. »Adiós, señor, estad preparado. Nosotros lo estaremos.»

—Lo estaréis —dijo Margarita repitiendo después de mil seiscientos años las mismas palabras que pronunciara César en la orilla del Rubicón.

—Sea, señora —respondió Enrique—, no seré yo quien os desmienta.

—Vamos, señor, convertíos en héroe; no es difícil; no tenéis más que seguir vuestro camino y me conquistaréis un hermoso trono —dijo la hija de Enrique 11.

Una imperceptible sonrisa se dibujó en los finos labios del bearnés. Besó la mano de Margarita y salió antes que ella de la habitación para explorar el terreno, mientras canturreaba el estribillo de una vieja canción:

Cil qui mieux battit la muraille n'entra point de dans le chateau.

La precaución no estuvo de más; en el momento en que abría la puerta de sualcoba, el duque de Alençon abrió la de la antecámara. Luego de hacer una seña con la mano a su esposa dijo en voz alta:

—¡Ah! ¿Sois vos, hermano mío? Sed bienvenido.

Al ver la indicación de su marido, la reina lo comprendió todo y se precipitó al cuarto de aseo, cuya puerta estaba oculta por un enorme tapiz.

El duque de Alençon entró con paso cauteloso y mirando a su alrededor:

—¿Estamos solos, hermano? —preguntó en voz baja.

—Completamente solos. ¿Qué ocurre? Parecéis trastornado.

—Estamos descubiertos, Enrique.

—¿Cómo descubiertos?

—Sí, De Mouy ha sido arrestado.

—Ya lo sé.

—Y De Mouy se lo ha contado todo al rey.

—¿Qué es lo que le ha dicho?

—Le ha dicho que yo deseaba el trono de Navarra y que conspiraba para obtenerlo.

—¡Desgraciado! —dijo Enrique—. ¿De modo que estáis comprometido, mi pobre cuñado? ¿Y cómo no os han arrestado aún?

—Ni yo mismo lo sé: el rey se ha burlado de mí fingiendo ofrecerme el trono de Navarra. Sin duda esperaba obtener de mí una confesión, pero yo no le he dicho nada.

—¡Habéis hecho bien, por Dios! —dijo el bearnés—. Mantengámonos firmes: van nuestras vidas en ello.

—Sí —replicó Francisco—, pero lo cierto es que el asunto se presenta difícil. Por eso he venido a pediros vuestra opinión. ¿Qué creéis que debo hacer: huir o que darme?

—¿Visteis al rey?

—Sí.

—Si le habéis visto, habréis podido leer en su pensamiento. Ahora, haced lo que os parezca.

Por muy dueño que fuera de sí mismo, Enrique dejó escapar un gesto de alegría. Por imperceptible que fuese, Francisco lo captó.

—Preferiría quedarme —respondió Francisco.

—Quedaos entonces —dijo Enrique.

—¡Y vos?

—¡Diablo! —respondió Enrique—. Si vos os quedáis, yo no tengo ningún motivo para irme. No lo hacía más que por seguiros, por devoción hacia vos, para no separarme de mi hermano a quien tanto quiero.

—¿De modo —dijo Alençon— que se han deshecho todos nuestros planes y vos los abandonáis así, sin lucha, al primer contratiempo?

—Yo —respondió Enrique— no considero un contratiempo el hecho de tener que quedarme aquí. Gracias a mi carácter despreocupado me hallo bien en todas partes.

—Sea —dijo Alençon—, no hablemos más de esto. Pero si acaso decidís otra cosa, hacédmelo saber.

—Perded cuidado, por Dios —replicó Enrique—. ¿No hemos convenido que no habría secretos entre nosotros?

Alençon no insistió más y se retiró un tanto pensativo, ya que en algún momento creyó ver que se movía el tapiz que cubría la puerta del cuarto de aseo.

En efecto, apenas se hubo marchado el duque cuando el tapiz se levantó y apareció Margarita.

—¿Qué pensáis de esta visita? —preguntó Enrique.

—Que sucede algo nuevo a importante.

—¿Qué creéis que puede ser?

—No sé nada aún, pero lo sabré.

—¿Y entre tanto?

—No dejéis de ir a verme a mi cuarto mañana por la noche.

—No faltaré, señora —dijo Enrique,'besando con galantería la mano de su esposa.

Margarita regresó a sus habitaciones con la misma precaución con que había salido de ellas.

El libro de cetrería

✦

Habían transcurrido treinta y seis horas desde que sucedieran los acontecimientos que acabamos de relatar. Comenzaba a amanecer y ya todo el mundo se hallaba despierto en el Louvre, como ocurría generalmente cuando había cacería. Cumpliendo la promesa que diera a su madre, el duque de Alençon se dirigió al aposento de Catalina.

La reina madre no estaba en su alcoba, pero había dejado dicho que, si venía su hijo, la esperara. Al cabo de unos instantes salió de un gabinete secreto en el que sólo ella podía entrar y al que se retiraba para realizar sus secretos experimentos de química.

Ya sea por el hueco de la puerta entreabierta o porque estuviera adherido a su ropaje, el caso es que, al entrar la reina madre, trascendió un penetrante y acre perfume y el duque de Alençon pudo ver por la rendija un vapor espeso como el que produce cualquier hierba aromática al arder que, semejante a una nube blanquecina, flotaba en el laboratorio que su madre acababa de dejar.

El duque no pudo reprimir una mirada de curio sidad.

—Sí —dijo Catalina de Médicis—, he quemado algunos pergaminos viejos y despedían al arder un olor tan desagradable que he echado un poco de enebro en el brasero. A eso se debe este aroma.

Alençon asintió.

—¿Tenéis algunas novedades desde ayer? —dijo Catalina, escondiendo en las anchas mangas de su bata sus manos salpicadas con ligeras motas de un color anaranjado.

—Ninguna, madre mía.

—¿Habéis visto a Enrique?

—Sí.

—¿Insiste en no irse?

—Insiste.

—¡El muy bribón!

—¿Qué decís, señora?

—Digo que se irá.

—¿Lo creéis así?

—Estoy segura.

—Entonces, ¿se nos escapa de las manos?

—Sí —dijo Catalina.

—¿Y le dejaréis escapar?

—No solamente le dejo escaparse, sino que sostengo que es preciso que se vaya de aquí.

—No os comprendo.

—Escuchad bien lo que voy a deciros, Francisco. Un médico muy hábil, el mismo que me ha dado el libro de caza que vais a prestarle, me ha dicho que el rey de Navarra está a punto de ser atacado por una enfermedad definitiva, un mal de esos que no perdonan y contra el cual la ciencia no aporta ningún remedio. Comprenderéis fácilmente que, si debe morir de un modo tan cruel, es preferible que muera lejos de noso —tros y no aquí en la corte, ante nuestros ojos.

—En efecto —dijo el duque—, nos causaría demasiado dolor.

—Y, sobre todo, se lo causaría a vuestro hermano Carlos —dijo Catalina—, mientras que si Enrique muere después de haberle desobedecido, el rey considerará su muerte como un castigo del Cielo.

—Tenéis razón, madre —dijo Francisco admirado—. Es necesario que se vaya, ¿pero estáis segura de que se irá?

—Han sido tomadas todas las medidas. La reunión es en el bosque de Saint —Germain. Cincuenta hugonotes han de servirle de escolta hasta Fontainebleau, donde le aguardarán quinientos.

—¿Y se irá con él mi hermana Margot? —preguntó Alençon con ligera emoción y visiblemente pálido.

—Sí —respondió Catalina—, es lo convenido. Pero una vez muerto Enrique, Margot, viuda y libre, regresará a la corte.

—¿Y estáis segura de que Enrique morirá?

—Por lo menos, el médico que me dio el libro en cuestión me lo aseguró.

—¿Y dónde está ese libro, señora?

Catalina volvió lentamente hacia el misterioso gabinete, abrió la puerta, entró en él y un instante después reapareció con el libro en la mano.

—Aquí está —dijo.

Alençon miró con cierto terror el libro que su madre le ofrecía.

—¿Qué libro es éste? —preguntó el duque estremeciéndose.

—Ya os he dicho, hijo mío, que es un tratado sobre el arte de criar y adiestrar halcones y gerifaltes, escrito por un hombre muy versado en estos asuntos: el señor Castruccio Castracani, tirano de Lucques.

—¿Y qué debo hacer con él?

—Debéis llevárselo a vuestro buen amigo Enriquito, que es, según me dijisteis, quien os lo pidió para instruirse en la ciencia de la caza con halcones. Como tiene hoy que acompañar al rey en una de estas cacerías, no dejará de leer algunas páginas para demostrar a Carlos que sigue sus consejos y que ha empezado a tomar lecciones. Lo principal es que se lo entreguéis en propia mano.

—¡Oh! ¡No me atreveré! —dijo el duque asaz tembloroso.

—¿Por qué? —dijo Catalina—. Es un libro como otro cualquiera, salvo que, como ha estado mucho tiempo guardado, las páginas están pegadas entre sí. No intentéis leerlas vos, Francisco, pues no se pueden leer más que humedeciendo la punta del dedo y despegándolas una por una, lo que requiere mucho tiempo y da demasiado trabajo.

—¿De modo que sólo un hombre que tenga grandes deseos de aprender puede perder así el tiempo y tomarse semejante trabajo? —preguntó el duque.

—Eso es, hijo mío, ya veo que comprendéis.

—¡Oh! —exclamó Alençon—. Ya veo a Enriquito en el patio... Dádmelo, señora, dádmelo. Aprovecharé que está fuera para llevar el libro a su habitación. Cuando regrese lo encontrará allí.

—Preferiría, Francisco, que se lo dierais personalmente, sería más seguro.

—Ya os dije que no me atrevería a hacerlo, señora —replicó el duque.

—Id, pues, pero, al menos, colocadlo en un sitio visible.

—¿Abierto? ¿Hay algún inconveniente en que lo deje abierto?

—No.

—Dádmelo, pues.

Alençon cogió con temblorosa mano el libro que con firme ademán le entregaba Catalina.

—Tomadlo, tomadlo, no hay peligro, puesto que yo lo toco. ¡Además, tenéis guantes!

Esta precaución no pareció suficiente a Alençon, quien envolvió el libro en su capa.

—Daos prisa —dijo Catalina—, mucha prisa; Enrique puede subir de un momento a otro.

—Tenéis razón, señora, voy en seguida.

El duque salió lleno de emoción.

Hemos introducido ya varias veces al lector en las habitaciones del rey de Navarra, haciéndole asistir a los acontecimientos felices o desgraciados que en ellas tuvieron lugar, según que sonriera o amenazara el genio tutelar del futuro rey de Francia.

Pero nunca aquellas paredes manchadas de sangre por el crimen, rociadas de vino por la orgía o de perfumes por el amor, vieron un rostro tan pálido como el que tenía el duque de Alençon al abrir la puerta de la alcoba del rey de Navarra.

Y, sin embargo, como suponía el duque, no había nadie en aquel cuarto que pudiese observar con mirada curiosa o sorprendida la acción que iba a cometer. Los primeros rayos del sol iluminaban el aposento vacío. Colgada de la pared la espada que De Mouy había aconsejado al rey que llevase. Algunos eslabones de un cinturón de mallas se hallaban esparcidos por el suelo. Había sobre un mueble una bolsa repleta y un puñal, y en la chimenea flotaban aún algunas pavesas. Todos estos indicios revelaron claramente a Alençon que el rey de Navarra se había puesto una cota de malla, había pedido dinero a su cajero y acababa de quemar papeles comprometedores.

«Mi madre no se equivocó -se dijo Alençon-, el canalla me estaba traicionando.»

Esta convicción le dio sin duda nuevas fuerzas, ya que, después de registrar con la mirada todos los rin - cones y de levantar todos los tapices que cubrían las puertas, comprobando que nadie le vigilaba, pues todo el mundo alborotaba en el patio y en la habitación reinaba un profundo silencio, sacó el libro de debajo de su capa, lo colocó rápidamente sobre la mesa donde estaba el dinero, apoyándolo contra un atril de madera tallada. Luego, retirándose cuanto pudo, alargó el brazo y, con la vacilación que traicionaba sus temores, abrió el libro, con la mano enguantada, por una página donde se veía un grabado con una escena de caza. Una vez hecho esto, el duque retrocedió tres pasos y, quitándose el guante, lo arrojó en el rescoldo que dejaron al arder las cartas recién quemadas. El fino cuero crujió y se retorció sobre los carbones estirándose como el cadáver de un reptil, quedando convertido por fin en un residuo negro y crispado.

Alençon permaneció allí hasta que la llama destruyó completamente el guante; luego dobló la capa en que había envuelto el libro, se la puso al brazo y regresó a su habitación. Al entrar oyó con el corazón palpitante unos pasos en la escalera de caracol y, no dudando de que era Enrique quien subía, cerró rápidamente la puerta.

Después se precipitó hacia la ventana, pero desde allí no podía ver más que una parte del patio del Louvre. Como Enrique no estaba en la parte visible, se convenció de que era él quien acababa de subir las escaleras.

El duque se sentó, cogió un libro y trató de leer. Era una historia de Francia, desde Pharamond hasta

Enrique II, y autorizada por éste pocos días después de su advenimiento al trono.

El duque no pudo concentrarse en lo que leía; la fiebre de la espera quemaba sus arterias, los latidos de

sus sienes repercutían en el fondo de su cerebro. Al igual que en un sueño o en un éxtasis magnético, le parecía ver a través de las paredes. Su mirada penetraba hasta la alcoba de Enrique, a pesar del triple obstáculo que de ella le separaba.

Para apartar de su imaginación el terrible objeto que le obsesionaba trató de distraerse pensando en otra cosa que no fuera el libro abierto sobre el atril de madera de encina por la página del grabado. De nada valió que mirara una tras otra sus joyas, ni que recorriera cien veces la estancia de uno a otro extremo. Todos los detalles de aquel grabado que apenas había entrevisto acudían a su memoria. Representaba la estampa un señor a caballo que, desempeñando el oficio de halconero, lanzaba el señuelo llamando al halcón y corriendo al galope entre los juncos de un pantano. Por fuerte que fuese la voluntad del duque, el recuerdo le dominaba.

Además, no solamente veía el libro, sino que imaginaba al rey de Navarra acercándose a él, contemplando el grabado, tratando de pasar las hojas y, por último, llevándose el dedo a la boca, para luego separar las páginas unidas.

Ante esta imagen, por falsa y fantástica que fuese, Alençon, tambaleándose, hubo de apoyarse contra un mueble, al tiempo que se tapaba los ojos con la mano como queriendo evitar la terrible visión.

Nada consiguió, pues aquella imagen estaba en su propio pensamiento.

De repente, Alençon vio que Enrique cruzaba el patio. Le vio detenerse un minuto junto a unos hombres que colocaban sobre dos mulas las provisiones para la cacería, que no eran otra cosa que el dinero y demás efectos de viaje. Tras esto, y dadas las órdenes oportunas, atravesó en diagonal el patio dirigiéndose hacia la puerta de entrada.

Alençon permaneció inmóvil. Sin duda no era Enrique quien había subido por la escalera secreta. Resultaban, por lo tanto, inútiles todas las angustias que desde hacía un cuarto de hora experimentaba. Lo que él creía ya terminado, o a punto de terminar, comenzaba ahora.

El duque abrió la puerta de su cuarto y fue a escuchar a la que comunicaba con el corredor. Esta vez no podía equivocarse; era Enrique quien subía. Alençon reconoció sus pasos y hasta él ruido particular de sus espuelas.

La puerta de la habitación de Enrique se abrió y volvió a cerrarse.

Alençon volvió a su alcoba y se dejó caer en un sillón.

«Bueno -pensó-, veamos lo que está pasando en este momento: Enrique atraviesa el recibidor, la antecámara, y entra en su alcoba; una vez allí, buscará con los ojos su espada, luego su bolsa, por último su puñal. Entonces verá el libro abierto sobre la mesa».

¿Qué libro es éste?, se preguntará. ¿Quién me lo habrá traído?

«Y a continuación se aproximará a él, verá el grabado, querrá leer, intentará pasar las hojas...» Un sudor frío corrió por la frente de Francisco.

«¿Pedirá auxilio? -se preguntó-. ¿Será un veneno de efecto inmediato? No debe de ser así, puesto que mi madre me ha dicho que morirá lentamente...»

Este pensamiento le tranquilizó un poco.

Así transcurrieron diez minutos, que, contados segundo a segundo, fueron un siglo de agonía. Cada segundo colmó su mente con las visiones más terroríficas y espantosas.

Alençon no pudo resistir durante más tiempo, se levantó y atravesó su antecámara, que ya comenzaba a llenarse de gentiles hombres.

—Buenos días, señores —dijo—, voy al cuarto del rey.

Fuera para distraer su devorante inquietud o para preparar la coartada, el caso es que se dirigió efectivamente a ver a su hermano. ¿Para qué iba?

Él mismo lo ignoraba. ¿Qué tenía que decirle? Nada. En realidad, lo que hacía no era buscar a Carlo s, sino huir de Enrique.

Descendió por la escalerita de caracol y halló entreabierta la puerta del rey.

Los centinelas dejaron pasar al duque sin ponerle ninguna dificultad, pues los días de cacería no se guardaba ninguna etiqueta ni consigna.

Francisco atravesó sucesivamente la antecámara, el salón y la alcoba sin encontrar a nadie. Por último, pensó que Carlos estaría en la sala de armas y empujó la puerta que comunicaba con esa pieza.

Carlos estaba sentado delante de una mesa en un gran sillón tallado que tenía un respaldo muy alto. Se hallaba de espaldas a la puerta por la que acababa de entrar Francisco.

Parecía por completo entregado a una ocupación que le dominara.

El duque se aproximó de puntillas; Carlos leía.

—¡Pardiez! —exclamó de repente—. ¡Qué libro más formidable! Había oído hablar de él, pero no creía que existiera en Francia.

Alençon aguzó el oído y dio otro paso.

—¡Malditas hojas! —dijo el rey llevándose el dedo pulgar a los labios y apoyándolo en el libro para pasar la hoja—. Se diría que las han pegado para ocultar a las miradas de los hombres las maravillas que encierra. Alençon dio un brinco. ¡El libro que tenía Carlos entre sus manos era el mismo que el duque había dejado en el aposento de Enrique!

Un grito sordo escapó de su garganta.

—¡Ah! ¿Sois vos, Alençon? —dijo Carlos—; sed bienvenido y acercaos a ver el mejor libro de cetrería que haya salido jamás de la pluma de un hombre.

El primer impulso del duque fue arrancar el libro de las manos de su hermano, pero una idea infernal le clavó en su sitio; una terrible sonrisa se dibujó en sus labios amoratados, y se pasó la mano por los ojos como si se sintiera alucinado.

Luego, recobrando un poco el dominio sobre sí, pero sin atreverse a dar un paso hacia atrás ni hacia delante:

—Señor —preguntó—, ¿cómo ha llegado ese libro hasta Vuestra Majestad?

—Nada tan sencillo. Esta mañana subí al cuarto de Enriquito para ver si estaba preparado, pero no le encontré; sin duda se hallaba recorriendo las perreras y las caballerizas. En cambio hallé est e tesoro, que me traje aquí para leerlo con más comodidad.

Dicho esto, el rey se llevó de nuevo el dedo a los labios para pasar la hoja rebelde.

—Señor —balbució Alençon con los cabellos erizados y preso de terrible angustia—, venía a deciros...

—Dejadme concluir este capítulo, Francisco —dijo Carlos—, y en seguida me diréis todo lo que os plazca. Ya he leído, mejor dicho, he devorado cincuenta páginas.

«Ha probado veinticinco veces el veneno -pensó el duque-. ¡Seguro que se muere!»

Entonces recordó que había un Dios en el Cielo, puesto que aquello no podía atribuirse a la casualidad. Secóse con mano trémula el helado sudor que cubría su frente y esperó en silencio, tal y como le había ordenado su hermano, a que éste terminara de leer el capítulo.

La caza con halcones

✦

Carlos seguía leyendo; impulsado por la curiosidad, devoraba las páginas, que, como ya hemos dicho, ya fuera debido a la humedad a que habían estado expuestas durante mucho tiempo o por otro motivo cualquiera, se hallaban adheridas unas a otras.

Alençon observaba con torva mirada aquel terrible espectáculo, cuyo desenlace solamente él podía adivinar.

—¡Oh! —murmuró—. ¿Qué va a pasar aquí? ¡Cómo, yo tendré que irme, tendré que salir de Francia, tendré que ir en busca de un trono im aginario, mientras que Enrique se atrincherará al primer indicio de la enfermedad de Carlos en cualquier ciudad a veinte leguas de la capital! Permanecerá allí al acecho de esta presa que nos brinda el azar y podrá estar en París haciendo una sola etapa, de modo que, antes de que el rey de Polonia llegue a saber la noticia de la muerte de mi hermano, la dinastía habrá cambiado. ¡Es imposible!

Estas ideas fueron las que inspiraron a Francisco el primer sentimiento de horror y el deseo de advertirle a Carlos lo que ocurría. Nuevamente, el duque iba a tratar de oponerse a aquella fatalidad que parecía proteger a Enrique y perseguir a los Valois.

En un instante habían cambiado todos sus planes con respecto a Enrique. Era Carlos y no Enrique quien había leído el libro envenenado. Enrique debía marcharse, pero a condición de tomar antes el veneno. Desde el momento en que la fatalidad le salvaba de nuevo, se hacía preciso que Enrique se quedara, puesto que Enrique era menos temible estando prisionero en Vincennes o en La Bastilla que no como rey de Navarra a la cabeza de treinta mil hombres.

El duque de Alençon dejó, pues, que Carlos acabara su capítulo, y cuando el rey levantó la cabeza:

—Hermano mío —le dijo—, he esperado porque Vuestra Majestad me lo ordenó; pero, muy a pesar mío, ya que tenía que deciros cosas de suma importancia.

—¡Al diablo! —dijo Carlos, cuyas mejillas pálidas, ya sea porque hubiese puesto demasiado ardor en su lectura o porque el veneno comenzara a ejercer sus efectos, se iban tornando poco a poco purpúreas—. ¡Al diablo he dicho! Si vienes otra vez a hablarme de lo mismo, lo marcharás del mismo modo que se fue el rey de Polonia. Me libré de él y me libraré de ti. Y sobre esto, ni una palabra más.

—Os advierto —dio Francisco— que no quiero hablaros de mi marcha, sino de la de otro. Vuestra Majestad me ha herido en mi sentimiento más profundo y delicado, en mi afecto de hermano, en mi fidelidad como súbdito, y tengo empeño en demostraros que no soy un traidor.

—Vamos —dijo Carlos apoyándose de codos so bre el libro y cruzando las piernas como quien contra su costumbre hace provisión de paciencia—. ¿Algún nuevo chisme? ¿Alguna acusación matutina?

—No, señor, una certidumbre; un complot que sólo mi ridícula delicadeza me ha impedido revelaros.

—¿Un complot? —preguntó Carlos—. Veamos de qué se trata.

—Señor —respondió Francisco—, mientras Vuestra Majestad esté cazando junto al río y en la llanura de Vesinet, el rey de Navarra irá hasta el bosque de SaintGermain, donde encontrará un grupo de amigos con los cuales huirá.

—¡Ah! ¡Ya me lo suponía! —dijo Carlos—. ¡Conque otra calumnia contra mi pobre Enriquito! ¿Terminaréis de una vez con él?

—Vuestra Majestad no tendrá mucho que esperar para cerciorarse de si es o no una calumnia lo que he tenido el honor de deciros.

—¿Por qué razón?

—Porque esta noche nuestro cuñado ya no estará aquí.

Carlos se levantó.

—Oíd —dijo—, quiero creer una vez más en vuestras intenciones, pero tanto a lo madre como a ti os advierto que esta es la última vez que lo hago.

Luego, elevando la voz, ordenó:

—Que llamen al rey de Navarra.

Un centinela hizo un movimiento disponiéndose a obedecer, pero Francisco le detuvo con un gesto.

—Mal sistema, hermano mío —dijo—, de este modo nada sabréis. Enrique negará y, al mismo tiempo, advertirá a sus cómplices para que se vayan. Además, tanto mi madre como yo, seríamos acusados no solamente de visionarios, sino de calumniadores.

—¿Qué me proponéis vos, entonces?

—Que en nombre de los vínculos que nos unen, Vuestra Majestad me escuche y que, en nombre de mi fidelidad, que terminará por reconocer, no fuerce los acontecimientos. Haced de manera, señor, que el verdadero culpable, que desde hace dos años traiciona in mente a Vuestra Majestad en espera de poder hacerlo de hecho, sea por fin declarado culpable gracias a una prueba infalible y castigado como merece. Carlos no respondió. Se acercó a una ventana y la abrió; la sangre se agolpaba en su cabeza.

—¿Y qué haríais vos en mi lugar? —preguntó volviéndose bruscamente—. Hablad, Francisco.

—Señor —dijo Alençon—, yo mandaría que fuera rodeado el bosque de Saint —Germain por tres destacamentos de caballería ligera, los cuales, a una hora convenida, a las once por ejemplo, se pondrían en marcha deteniendo a todos los que se hallaran en el bosque cerca del pabellón de Francisco I, lugar en el que, como por casualidad, yo daría la cita para el almuerzo.

Luego, haciendo como si siguiese a mi halcón, vería cómo se alejaba Enrique y le perseguiría hasta el sitio donde estuviera encerrado con sus cómplices.

—Buena idea —dijo el rey—; que hagan venir al capitán de mis guardias.

Alençon sacó de su jubón un silbato de plata que colgaba de una cadena de oro y silbó.

Carlos fue hacia el capitán que acababa de entrar y le dio unas órdenes en voz baja.

Entre tanto, su enorme galgo Acteón había cazado una presa y la arrastraba por el suelo, destrozándola a dentelladas y dando mil saltos y cabriolas.

Carlos se volvió hacia él y profirió una terrible maldición. La presa que había hecho Acteón era nada menos que el precioso libro de cetrería, del que, como ya hemos dicho, no existían más que tres ejemplares en el mundo.

El castigo fue digno del crimen.

Carlos empuñó un látigo y la silbante correa se ciñó en una triple vuelta al cuerpo del animal. Acteón lanzó un aullido y desapareció debajo de una mesa, ocultándose bajo el tapete que la cubría.

Carlos recogió el libro y vio con júbilo que no le faltaba más que una hoja y que ésta ni siquiera pertenecía al texto, sino que era un grabado.

Lo colocó cuidadosamente sobre un estante donde el perro no pudiese alcanzarlo. Alençon le observaba con inquietud. Hubiera deseado que aquel libro, cumplida ya su misión, se alejara de las manos de Carlos. Dieron las seis.

Era la hora en que el rey debía bajar al patio, atestado de caballos lujosamente enjaezados y de hombres y mujeres ricamente vestidos. Los cazadores tenían en el puño los halcones tapados con un pequeño capuchón, como era costumbre. Algunos monteros llevaban los cuernos de caza en bandolera por si acaso el rey, cansado de cazar con halcón, cosa que solía ocurrirle, quisiera perseguir a un gamo o a un corzo. Antes de bajar, el rey cerró la puerta de su sala de armas. Alençon, que no le quitaba ojo, vio que se guardaba la llave en el bolsillo.

Cuando bajaba la escalera el rey se detuvo llevándose la mano a la frente.

Las piernas del duque de Alençon temblaban tanto como las del rey.

—Me parece que amenaza tormenta —balbució Francisco.

—¿Tormenta en el mes de enero? —contestó Carlos—. ¡Estáis loco! No, lo que pasa es que siento vértigos y tengo la piel reseca, que estoy débil, ni más ni menos.

Y añadió a media voz:

—Me matarán con su maldito odio y sus dichosos complots.

Al llegar al patio, el aire fresco de la mañana, el alboroto de los cazadores, los ruidosos saludos de cien personas reunidas produjeron sobre Carlos el efecto de siempre.

Respiró con libertad y se sintió lleno de alegría.

Su primera mirada fue para Enrique. El rey de Navarra estaba al lado de Margarita. Se querían tanto los dos excelentes esposos, que parecía imposible que se separaran.

Al ver a Carlos, Enrique espoleó a su caballo. En tres corvetas llegó junto a su cuñado.

—¡Ah! —dijo Carlos—. Montáis un caballo como si fuéramos a perseguir gamos y, sin embargo, sabéis de sobra que la caza va a ser con halcones.

Y sin esperar respuesta añadió, frunciendo el ceño y con tono casi amenazador:

—Salgamos, señores, salgamos. Es preciso que comencemos la partida a las nueve.

Catalina contemplaba la escena desde una ventana del Louvre. Por el hueco de una cortina levantada se veía su cabeza pálida envuelta en un velo. Su cuerpo, cubierto por un vestido negro, se confundía en la penumbra.

Obedeciendo a las órdenes de Carlos, toda aquella multitud resplandeciente, lujosa y perfumada se puso en marcha con el rey a la cabeza y, saliendo por las puertas del Louvre, se extendió como un alud por el camino de Saint-Germain, en medio de las aclamaciones del pueblo, que saludaba al joven soberano. Carlos, preocupado y pensativo, montaba un caballo más blanco que la nieve.

—¿ Qué os ha dicho? —preguntó Margarita a)Enrique.

—Me felicitó por la agilidad de mi caballo.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Entonces sabe algo.

—Me lo temo.

—Pues seamos prudentes.

En la cara de Enrique se dibujó una de aquellas sonrisas características que, sobre todo para Margarita, significaban: «Estad tranquila, amiga mía.»

Por lo que se refiere a Catalina, ésta había dejado caer la cortina en cuanto el cortejo dejó desierto el Patio del Louvre. Pero una cosa no había escapado a su penetración: la palidez de Enrique, sus estremecimientos nerviosos, sus diálogos en voz baja con Margarita.

Enrique estaba pálido porque, no siendo un temperamento sanguíneo, su sangre, en lugar de acudir al cerebro en cuantas ocasiones estuvo su vida en peligro, afluía al corazón.

Tenía estremecimientos nerviosos porque le impresionó la forma en que le acogiera Carlos, tan distinta a la acostumbrada.

Digamos, por último, que conferenciaba con Margarita porque, como ya sabemos, el marido y la mujer, en materia política, habían concertado una alianza ofensivo -defensiva.

Pero Catalina interpretó los hechos de muy distinto modo.

—Esta vez —murmuró mientras se dibujaba en sus labios la florentina sonrisa que le era peculiar—, me parece que mi querido Enriquito ha caído en la ratonera.

Luego, y para cerciorarse del todo, dejó que pasara un cuarto de hora para dar tiempo a que la comitiva se hubiera alejado de París, salió de su departamento, subió la escalerilla de caracol y, con su doble llave, abrió la puerta del aposento del rey de Navarra.

Fue inútil que buscara el libro por todas partes. En vano paseó sus ardientes miradas de las mesas a los armarios, de los estantes a las sillas; el famoso libro no aparecía.

«Se lo habrá llevado Alençon -se dijo -, es una medida que prueba su prudencia.»

Conforme con aquel razonamiento y casi segura de que esta vez sus planes se habían realizado, regresó a sus habitaciones.

Entre tanto el rey seguía su camino rumbo a SaintGermain, donde llegó después de hora y media de veloz carrera. Ni siquiera entraron en el viejo castillo que se destacaba, sombrío y majestuoso, entre las casas que se veían por la ladera de la montaña. Atravesaron el puente de madera situado en aquella época enfrente del árbol que todavía se llama «la encina de Sully». Dieron orden a las barcas engalanadas que seguían la comitiva para que se colocaran de tal modo que el rey y su séquito pudiesen cruzar el río con toda comodidad.

En seguida, toda aquella alegre juventud, animada por tan diversos intereses,volvió a ponerse en marcha, siempre con el rey a la cabeza. La magnífica pradera que se extiende desde lo alto del bosque de Saint-Germain adquirió de pronto el aspecto de un gran tapiz, en el que podían verse infinidad de personajes tejidos en los más diversos colores, y cuyo marco lo formaba la cinta plateada y espumeante del río.

Precediendo al rey, que llevaba en la mano su halcón favorito, iban los monteros, vestidos con casacas verdes y calzados con gruesas botas, animando con sus gritos a media docena de perros que husmeaban los tupidos cañaverales de la orilla.

El sol, escondido hasta entonces detrás de unas pubes, salió de repente del sombrío océano donde parecía hundido. Un rayo hizo relucir todo aquel oro, todas aquellas joyas y todas aquellas miradas ardientes, convirtiendo la comitiva en un torrente de fuego.

Entonces, y como si estuviese esperando aquel momento para que un hermoso sol alumbrara su derrota, una garza se elevó de entre los juncos lanzando un grito prolongado y quejumbroso.

—¡Hala, hala! —gritó Carlos, quitando el capirote a su halcón y soltándolo tras la fugitiva presa.

—¡Hala, hala! —gritaron todas las voces para estimular al halcón.

Éste, cegado un momento por la luz, giró sobre sí mismo, describiendo un círculo. De pronto vio a la garza y voló hacia ella como una flecha.

La garza, que, como ave prudente, había levantado el vuelo a más de cien pasos de los cazadores, se había alejado ganando altura, mientras el rey quitaba la caperuza al halcón y éste se habituaba a la luz. Resultó que cuando su enemigo la vio se hallaba ya a más de quinientos pies de altura, y por si fuera poco, al encontrar en las zonas altas el aire suficiente a sus potentes alas, subía rápidamente.

—¡Hala! ¡Hala! ¡Pico de Hierro! —gritó Carlos, queriendo excitar al halcón—. ¡Demuéstranos que eres de buena raza! ¡Hala! ¡Hala!

Como si le hubiese oído, el noble animal salió disparado como una flecha, volando en línea diagonal para alcanzar la vertical que seguía la garza, al parecer con propósito de perderse en las profundidades del éter.

—¡Ah! ¡Cobarde! —exclamó Carlos, como si la fugitiva pudiese oírle. Y poniendo su caballo al galope para seguir la caza mientras fuera posible y echando hacia atrás su cabeza para no perder ni un instante a los dos pájaros, vociferaba—: ¡Ah! ¡Conque huyes, cobarde! Mi Pico de Hierro es de buena raza. ¡Espera! ¡Espera! ¡Vamos, Pico de Hierro! ¡Vamos con ella!...

La lucha fue interesante. Los dos pájaros se aproximaron o, mejor dicho, el halcón alcanzaba a la garza. ¿Quién vencería en este primer ataque?

El miedo tuvo mejores alas que el valor.

El halcón pasó rozando el vientre de la garza. Ésta, aprovechándose de su superioridad, le dio un picotazo. Como herido por una puñalada, el halcón giró tres veces sobre sí mismo, como aturdido, y por un instante pudo creerse que abandonaba el combate. Pero tal que un guerrero herido que se levanta con redoblado furor, lanzó un grito agudo y amenazador y volvió al ataque.

La garza se había aprovechado de la tregua y, cambiando la dirección de su vuelo, se dirigió hacia el bosque, tratando esta vez de alejarse lo más posible y no de ganar altura.

El halcón era un animal de buena casta y tenía tanta vista como un gerifalte.

Repitió la misma maniobra, fue en diagonal hacia la garza, que lanzó dos o tres silbidos lastimeros, tratando de ganar altura como la vez anterior.

Al cabo de unos segundos, los dos pájaros parecían a punto de perderse entre las nubes. La garza parecía del tamaño de una alondra y el halcón era un punto negro, por momentos imperceptible.

Carlos y su corte no perseguían ya a las aves sino con la vista. Cada cual permanecía quieto en su sitio con los ojos fijos en la fugitiva y en su perseguidor.

—¡Bravo! ¡Bravo, Pico de Hierro! —gritó Carlos de pronto—. ¡Mirad, señores, mirad! ¡Ya está encima! ¡Hala! ¡Hala!

—Confieso que no alcanzo a ver ninguno de los dos —dijo Enrique.

—Ni yo —añadió Margarita.

—Si no los ves, Enriquito, por lo menos los oirás —contestó Carlos—, sobre todo a la garza. ¿No la oyes? Pide clemencia.

En efecto, dos o tres gritos lastimeros sólo perceptibles para un oído experto llegaron desde las alturas.

—Oye, oye —gritó Carlos—; ahora los verás bajar más de prisa que subieron.

Así fue. En cuanto el rey pronunció estas palabras, reaparecieron los dos contrincantes.

Al principio sólo se vieron dos puntos negros, pero, por su diferente tamaño, podía deducirse fácilmente que el halcón volaba sobre la garza.

—¡Mirad! ¡Mirad! ¡Pico de Hierro gana! —exclamó Carlos.

Efectivamente, la garza, dominada por el ave de rapiña, ni siquiera intentaba defenderse. Descendía velozmente, sufriendo las embestidas constantes del halcón, a las que no respondía sino con gritos. De repente plegó sus alas y se dejó caer como una piedra, pero su adversario

hizo otro tanto y, cuando la fugitiva quiso reanudar su vuelo, un último picotazo la dejó sin fuerzas. Continuó su caída girando sobre sí misma y, cuando tocaba el suelo, el halcón se precipitó sobre ella, lanzando un grito de victoria que ahogó el de la vencida.

—¡Al halcón! ¡Al halcón! —exclamó Carlos.

Y salió al galope hacia el lugar donde habían caído los dos pájaros.

De repente frenó en corto a su caballo, lanzó un grito semejante a los de las aves, soltó las riendas, se asió con una mano a las crines del animal y se llevó la otra al estómago, como si hubiese querido desgarrarse las entrañas.

Al oírle acudieron todos los cortesanos.

—No es nada, no es nada —dijo Carlos con el rostro inflamado y los ojos turbios—. Me pareció como si me atravesaran el estómago con un hierro candente. Vamos, vamos, no es nada.

Dicho esto, el rey Carlos volvió a emprender el galope.

El duque de Alençon se puso pálido.

—¿Hay algo de nuevo? —preguntó Enrique a Margarita.

—No sé nada —contestó ésta—, pero ¿os habéis fijado?, mi hermano estaba amoratado.

—Muy contra su costumbre —afirmó Enrique.

Los cortesanos se miraron estupefactos entre sí y siguieron al rey.

Por fin llegaron al sitio donde habían caído los pájaros. El halcón estaba devorando los sesos de la garza. Carlos se bajó del caballo para presenciar la escena más de cerca.

Al pisar el suelo, se vio obligado a apoyarse contra su montura; todo daba vueltas a su alrededor y sintió un inaplazable deseo de dormir.

—¡Hermano mío! ¡Hermano mío! ¿Qué tenéis? —le preguntó Margarita.

—Siento lo que debió de sentir Porcia cuando se tragó los carbones encendidos; tengo dentro algo que me quema y me parece que respiro fuego.

Al mismo tiempo, Carlos sopló y pareció quedarse asombrado de que no saliera fuego de su boca. Los monteros se habían apoderado del halcón y volvían a ponerle su capirote, mientras el resto de los cazadores se agrupaba en torno a Carlos.

—¿Qué significa esto? ¡Por los clavos de Cristo! O no es nada o es el sol que me hace estallar la cabeza y los ojos. ¡Vamos, vamos a seguir cazando, señores! Allí hay una bandada de patos salvajes. Soltad todos los halcones, ¡por Dios!, vamos a divertirnos.

Soltaron seis halcones, que se lanzaron en busca de los patos, y toda la comitiva, con el rey delante, se acercó al borde del río.

—¿Y ahora qué opináis, señora? —dijo Enrique a Margarita.

—Que el memento es bueno y que, si el rey no se vuelve, llegaremos fácilmente hasta el bosque. Enrique llamó al montero que llevaba la garza y, mientras la comitiva se deslizaba a lo largo del talud que sirve hoy de muro de contención a una terraza, se quedó atrás como si examinara el cadáver del animal vencido.

El pabellón de francisco i

✦

Constituía un hermoso espectáculo la caza con halcones cuando en ella tomaban parte los reyes; mucho más cuando éstos eran considerados como semidioses y la caza no solamente era una distracción, sino un arte.

No obstante, debemos abandonar el espectáculo para llegar hasta un lugar del bosque donde todos los actores de las escenas que acabamos de relatar vendrán pronto a reunirse con nosotros.

A la derecha de la avenida de Violettes se extiende un camino frondoso por donde entre los espliegos y los brezos asoman de vez en cuando las orejas de una inquieta liebre o levanta su cabeza de ramificados cuernos algún gamo errante que dilata sus narices y parece escuchar. Existe un claro lo bastante alejado para que no pueda verse desde el camino, pero no tanto como para que desde él no pueda distinguirse lo que en el camino ocurra.

En medio de este claro del bosque había dos hombres echados en la hierba sobre sus capas de viaje. Cada cual tenía a su lado una espada y un trabuco de ancha boca. Desde lejos se parecían, por la elegancia de sus trajes, a los alegres personajes del Decamerón, y de cerca, por sus armas amenazadoras, a esos bandidos de los bosques que cien años más tarde pintó Salvador Rosa en sus paisajes.

Uno de ellos se hallaba de rodillas, apoyado en una mano.

Escuchaba del mismo modo que las liebres y gamos de los que antes hemos hablado.

—Me parece —dijo— que los cazadores acaban de pasar muy cerca de aquí. Hasta he oído los gritos de los monteros animando al halcón.

—Y ahora —dijo el otro, que parecía esperar los acontecimientos con mucha más filosofía que su compañero—, ya no se oye nada; deben de haberse alejado...; ya lo decía yo que éste era un mal sitio para observar. Cierto que no le ven a uno, pero tampoco puede uno ver nada.

—¡Qué diablos, mi querido Annibal! —dijo el primer interlocutor—. Teníamos que elegir un lugar donde pudiésemos dejar nuestros dos caballos, los dos de repuesto y, por si fuera poco, esas dos mulas que no sé cómo podrán seguirnos. No conozco un sitio mejor que éste, donde esas viejas hayas y esas seculares encinas nos ocultan por completo. Es más, lejos de criticar como tú al señor De Mouy, me atrevería a decir que reconozco en todos los preparativos de esta empresa que él ha dirigido el sabio criterio de un verdadero conspirador.

—¡Bien! —dijo el segundo caballero, en quien el lector ya habrá conocido a Coconnas—. ¡Perfectamente! Esperaba la palabra. Y lo la cojo. ¿De manera que dices que estamos conspirando?

—No conspiramos; servimos al rey y a la reina.

—Que conspiran; lo cual viene a ser exactamente lo mismo para nosotros.

—Coconnas, ya lo he dicho —replicó La Moleque no lo obligo de ningún modo a seguirme en esta aventura, que sólo un sentimiento particular, que tú no puedes compartir, me impulsa a emprender.

—¡Voto al diablo! ¿Qué estás diciendo? ¿Quién dice que me fuerces? Ante todo, es bueno que sepas que no ha nacido el hombre capaz de obligar a Coconnas a hacer lo que no quiere; pero ¿crees que no lo voy a seguir, sobre todo cuando veo que lo vas de cabeza al infierno?

—¡Annibal! ¡Annibal! —dijo La Mole—. Creo que diviso a lo lejos los blancos arreos de su caballo. ¡Oh! Es extraño cómo sólo con pensar que se acerca se me albo rota el corazón.

—¡No deja de ser gracioso! —dijo Coconnas bostezando—. Mientras, el mío sigue tan tranquilo.

—No era ella —aseguró La Mole—. ¿Qué habrá sucedido? Me parece que dijo que a las doce.

—Lo único que ocurre es que aún no es la hora convenida —dijo Coconnas— y que, por lo tanto, creo que tenemos tiempo de echarnos un sueño.

Con esta convicción, Coconnas se tendió sobre su capa como hombre que une la acción a la palabra, pero, al pegar su oído a la tierra, hizo señas a La Mole con la mano para que guardara silencio.

—¿Qué hay? —preguntó éste.

—¡Silencio! Ahora sí que oigo algo y estoy seguro de no equivocarme.

—Es curioso, por más que me empeño, yo no oigo absolutamente nada.

—¿Que no oyes nada?

—No.

—Pues bien —dijo Coconnas, levantándose lentamente y apoyando la mano en el brazo de La Mole—, mira ese gamo.

—¿Dónde?

—Allí.

Coconnas señaló con el índice al animal.

—Bueno ¿y qué?

—¿Cómo que «y qué»? Ahora verás.

La Mole miró al animal. Con la cabeza inclinada como si se dispusiera a pacer, escuchaba, inmóvil. De pronto levantó la cabeza coronada de las más hermosas astas y la movió como si aplicara el oído hacia donde venía el rumor; luego, repentinamente, y al parecer sin causa ninguna, salió corriendo rápido como un rayo.

—¡Oh! Creo que tienes razón —dijo La Mole—. El gamo huye.

—Pues ten la seguridad de que si lo hace es porque oye lo que tú no oyes —dijo Coconnas.

Un ruido sordo y apenas perceptible se oyó entre la hierba. Para oídos menos acostumbrados, este ruido hubiera podido confundirse con el viento; para unos buenos jinetes, aquel ruido no podía ser otra cosa que el retumbar del galope de unos caballos.

La Mole se levantó rápidamente.

—¡Aquí están! —dijo—. ¡Preparaos!

Coconnas se levantó también, pero con más calma; el dinamismo del piamontés parecía haberse comunicado al corazón de La Mole, mientras que, por el contrario, la indolencia del provenzal parecía haberse apoderado de su amigo. Cierto que en aquella circunstancia, mientras uno obraba impulsado por el entusiasmo, el otro lo hacía de mala gana.

Pronto un ruido igual y acompasado hirió el oído de los dos amigos. El relincho de un caballo hizo enderezar las orejas a los caballos que estaban dispuestos a diez pasos de allí, y por la avenida cruzó, como una sombra blanca, una mujer que, volviéndose hacia aquel lado, hizo un signo extraño y desapareció.

—¡La reina! —exclamaron al unísono.

—¿Qué debe de significar esa seña? —preguntó Coconnas.

—Hizo así —dijo La Mole—, lo que quiere decir: «En seguida.»

—No, hizo de este otro modo, lo que quiere decir: «Marchaos.»

—¡Quiá! Esa seña corresponde a: «Esperadme.»

—De ninguna manera, esa seña corresponde a: «Salvaos.»

—Está bien —dijo La Mole—, que cada cual obre de acuerdo con su parecer. Vete, yo me quedo.

Coconnas se encogió de hombros y volvió a acostarse.

En aquel momento, por el mismo camino que había pasado la reina, pero en dirección contraria, cruzó a galope una tropa de caballeros que los dos amigos reconocieron como protestantes acérrimos, casi fanáticos. Sus caballos brincaban como las langostas de que habla Job. Pasaron como una exhalación.

—¡Diantre! Esto se pone serio —dijo Coconnas levantándose—, vayamos al pabellón de Francisco I.

—Al contrario, más vale que nos quedemos —dijo La Mole—; si nos descubren, se dirigirá hacia ese pabellón la atención del rey, puesto que era el punto de reunión general.

—Es posible que por esta vez tengas razón —gruñó Coconnas.

No había acabado el piamontés de pronunciar estas palabras cuando un jinete pasó como una centella por entre los árboles y, saltando los fosos, las zarzas y toda clase de obstáculos, se llegó junto a los dos caballeros.

Llevaba una pistola en cada mano y guiaba su caballo en esta carrera furiosa solamente con las rodillas.

—¡El señor De Mouy! —gritó Coconnas más inquieto y alarmado ahora que el propio La Mole—. ¡El señor De Mouy huyendo! ¿Será preciso escapar?

—¡Pronto, pronto! —gritó el hugonote—. ¡Huid, todo se ha perdido! Di un rodeo para venir a avisaros. En marcha.

Como no había dejado de correr mientras hablaba, estaba ya bastante lejos cuando concluyó y, por consiguiente, cuando La Mole y Coconnas comprendieron el sentido de sus palabras.

—¿Y la reina? —gritó La Mole.

Pero la voz del joven se perdió en el espacio. De Mouy estaba ya demasiado lejos para oírle y, sobre todo, para responderle.

Coconnas tomó pronto una decisión. Mientras La Mole permanecía inmóvil siguiendo con los ojos a De Mouy, que desaparecía entre las ramas que se abrían ante él y se cerraban a su paso, corrió a buscar los caballos; los trajo, montó en el suyo, puso las riendas del otro en manos de La Mole y se dispuso a partir.

—¡Vamos! ¡Vamos! —dijo—. Repito lo que ha dicho De Mouy: ¡En marcha! Y De Mouy es un señor que habla con propiedad. ¡En marcha, en marcha, La Mole!

—Un instante —dijo el provenzal—, aquí hemos venido para algo.

—A menos que sea para que nos ahorquen —respondió Coconnas—, lo aconsejo que no pierdas el tiempo. Te adivino, vas a hacer retórica, parafrasearás la palabra «huir», hablarás de Horacio y de cómo arrojó su escudo y de Epaminondas, a quien llevaron en el suyo. Sólo lo diré unas palabras: Cuando huye el señor De Mouy de Saint —Phale, todo el mundo puede hacer lo mismo.

—El señor De Mouy de Saint —Phale— dijo La Mole —no está encargado de guiar a la reina Margarita. El señor De Mouy de Saint— Phale no está enamorado de la reina Margarita.

—¡Voto al diablo! Y hace bien, ya que ese amor podría llevarle a hacer tonterías semejantes a las que estás pensando. ¡Que quinientos mil diablos del infierno se lleven un amor que podría costar la cabeza a dos valientes gentiles hombres! ¡Diantre!, como dice el rey Carlos, el caso es que conspiramos y que, cuando no se sabe conspirar, es preciso saber escapar. ¡Monta! ¡Monta, amigo La Mole!

—Escápate tú, querido, no os lo impido; es más, os invito a que lo hagas. Tu vida vale más que la mía. Defiéndela, pues.

—Valía más que me dijeras: «Coconnas, hagámonos ahorcar juntos», que no: «Coconnas, huye tú solo.»

—¡Bah! Amigo mío —respondió La Mole—, la horca está hecha para los patanes y no para hidalgos como nosotros.

—Empiezo a creer —dijo Coconnas suspirando que no es del todo mala la precaución que tomé.

—¿Cuál?

—La de hacerme amigo del verdugo.

—Estás lúgubre, mi querido Coconnas.

—Pero decidme, ¿qué hacemos por fin? —exclamó éste impaciente.

—Vamos a encontrarnos con la reina.

—¿Dónde?

—No lo sé... Busquemos entonces al rey.

—¿Dónde?

—Tampoco lo sé... Pero le encontraremos y haremos entre los dos lo que cincuenta personas nopudieron o no se atrevieron a hacer.

—Me tocas el amor propio, Hyacinte; mal síntoma.

—Pues en marcha.

—¡Bien dicho!

La Mole se volvió para apoyarse en la montura, pero en el momento en que ponía el pie en el estribo se oyó una voz imperiosa.

—¡Alto ahí! Rendíos —dijo la voz.

Al mismo tiempo apareció un hombre por detrás de una encina, después otro y así hasta treinta. Eran los soldados de caballería ligera que, convertidos en infantes, se habían deslizado por entre los brezos y daban una batida por el bosque.

—¿Qué lo dije? —murmuró Coconnas.

Una especie de sordo rugido fue la respuesta de La Mole.

Los soldados se hallaban todavía a unos treinta pasos de los dos inseparables amigos.

—Veamos —continuó el piamontés hablando en voz alta al teniente y mirando directamente a La Mole—. ¿Qué ocurre?

El teniente ordenó que apuntaran a los dos amigos.

Coconnas continuó en voz baja:

—¡Monta, La Mole, aún es tiempo! Salta al caballo como lo he visto hacerlo cien veces y huyamos. Luego, volviéndose a los soldados:

—¡Qué diablos, señores, no tiréis! —dijo—. Podríais matar a unos amigos.

Y dirigiéndose a La Mole, añadió:

—A través de los árboles se apunta mal; dispararán, pero no harán blanco.

—¡Imposible! —dijo La Mole—. No podemos llevarnos ni el caballo de Margarita ni las dos mulas y esos animales podrían comprometerla, mientras que con mis respuestas alejaré toda sospecha. ¡Vete tú, amigo mío, vete en seguida!

—Señores —dijo Coconnas levantando su espada—, nos rendimos.

Los soldados bajaron sus mosquetes.

—Pero ante todo, ¿por qué hemos de entregarnos?

—Ya se lo preguntaréis al rey de Navarra.

—¿Qué crimen hemos cometido?

—El señor de Alençon os lo dirá.

Coconnas y La Mole se miraron con asombro; el nombre de su enemigo no era como para tranquilizarlos. Sin embargo, ninguno de los dos opuso resistencia. Coconnas fue invitado a bajarse del caballo, maniobra que hizo sin formular observación alguna. Ambos fueron rodeados por los soldados y, juntos, empren3ieron el camino hacia el pabellón de Francisco 1.

—¿No querías ver el pabellón de Francisco I? —dijo Coconnas a La Mole al divisar entre la arboleda los muros de un hermoso edificio gótico—. Pues ahí lo tienes.

La Mole no contestó, pero alargó la mano a Co connas.

Al lado de aquel magnífico pabellón, construido en tiempos de Luis XII y llamado de Francisco I porque éste solía elegirlo para sus reuniones de caza, se hallaba una especie de cabaña destinada a los monteros y que apenas si se veía, oculta por los mosquetes, alabardas y relucientes espadas, tal que una topera bajo una parva de mieses.

Allí fueron llevados los prisioneros.

Aclaremos ahora la situación, harto confusa por cierto para nuestros dos amigos, relatando todo lo ocurrido.

Los caballeros protestantes se habían reunido tal y como estaba acordado en el pabellón de Francisco I, cuya llave, como sabemos, se la había procurado De Mouy.

Creyéndose dueños del bosque, apostaron aquí y allá algunos centinelas que los soldados de caballería ligera, cambiándose sus brazaletes blancos por otros encarnados, precaución debida al ingenio del señor de Nancey, habían ido relevando por sorpresa sin disparar un solo tiro.

Los soldados habían continuado su batida hasta rodear el pabellón, pero De Mouy, que, como hemos dicho, esperaba al rey al final del camino de las Violetas, vio de qué forma cautelosa se movían y tuvo sospechas de aquella gente.

Al mismo tiempo distinguió al otro extremo del camino principal las plumas blancas y los arcabuces de la guardia del rey.

Por último reconoció al propio rey, en el mismo momento en que por el otro extremo del camino aso - maba el rey de Navarra.

Entonces dibujó una cruz en el aire con su sombrero, señal convenida para indicar que todo estaba perdido.

Al verla, Enrique volvió grupas y desapareció.

Hundiendo las espuelas en el vientre de su caballo, De Mouy emprendió la fuga y, al pasar junto a La Mole y Coconnas, les gritó las palabras de advertencia que ya conocemos.

Por su parte, Carlos IX, que había notado la desaparición de Enrique y de Margarita, llegaba, escoltado por el duque de Alençon, junto a la cabaña, donde dio orden de que encerraran a todos los que estuvieran no sólo en el pabellón, sino desperdigados por el bosque, muy convencido de que estarían encerrados allí los reyes de Navarra.

Alençon, lleno de confianza, galopaba al lado del rey, cuyos dolores cada vez más agudos no hacían más que aumentar su mal humor. Dos o tres veces estuvo a punto de desmayarse y tuvo un vómito de sangre.

—Vamos, vamos —dijo al llegar—, despachemos de una vez; quiero regresar al Louvre cuanto antes. Sacada todos esos herejes, que hoy es el día de San Blas, primo de san Bartolomé.

Obediente a las órdenes del rey, el grupo de picas y arcabuces se puso en movimiento y obligó a los hugonotes a que salieran uno tras otro de la cabaña.

Pero ni el rey de Navarra, ni Margarita, ni De Mouy aparecieron.

—¿Dónde está Enrique? —dijo Carlos volviéndose hacia su hermano—. ¿Y Margarita? Vos me los habéis prometido, Alençon, y, ¡pardiez!, es preciso que me los encontréis.

—En ninguna parte hemos visto al rey ni a la reina de Navarra, señor —dijo el capitán de Nancey.

—Aquí están —dijo la señora de Nevers.

En efecto, en aquel preciso momento aparecieron por un sendero que conducía al río Enrique y Margarita, tranquilos ambos como si nada hubiera ocurrido.

Cada cual traía su halcón en la mano y venían tan amorosamente emparejados que sus caballos, galopando al unísono, parecían acariciarse con el hocico.

Entonces fue cuando el duque de Alençon, furioso, mandó dar una batida por los alrededores, que dio como resultado la detención de La Mole y de Coconnas en su escondite de hiedra.

Los dos amigos entraron en el círculo que formaban los guardias fraternalmente abrazados. Pero, como símbolo de la amistad constante. no eran reyes, no pudieron adoptar igual compostura que Enrique y Margarita. La Mole estaba demasiado pálido y Coconnas en exceso acalorado.

Investigaciones

El espectáculo que vieron los jóvenes al entrar en el círculo fue de aquellos que no se olvidan jamás, aunque sólo se hayan gozado un instante.

Carlos IX, como ya hemos dicho, había pasado revista a todos los caballeros encerrados en la choza de los monteros y sacados de allí uno tras otro por los guardias.

Tanto él como el duque de Alençon seguían el desfile con curiosidad en espera de que saliera, cuando le llegara su turno, el rey de Navarra.

Su espera fue inútil. Ni el rey ni la reina de Navarra estaban allí; era preciso saber, por lo tanto, dónde se hallaban.

Así, pues, cuando se vio aparecer en el fondo del sendero a los dos jóvenes esposos, Alençon palideció y Carlos sintió que se le dilataba el corazón. Instintivamente deseaba que todo lo que le había obligado a hacer su hermano recayera sobre el propio Francisco.

«Se nos escapará otra vez -pensó el duque, poniéndose pálido.»

El rey fue presa en aquel instante de unos dolores de estómago tan violentos, que soltó las riendas, se llevó las manos al sitio dolorido y comenzó a gritar como si estuviera en pleno delirio.

Enrique se aproximó solícito. Pero bastó el tiempo que tardara en recorrer los doscientos pasos que le separaban de su cuñado para que Carlos se sintiera repuesto.

—¿De dónde venís, señor? — dijo el rey con una aspereza que impresionó a Margarita.

—Pues... de la caza, hermano mío —replicó ella.

—La caza era en la orilla del río y no en el bosque.

—Mi halcón se puso a perseguir un faisán, señor, en el momento en que nos quedamos atrás para examinar la garza.

—¿Y dónde está el faisán?

—Aquí; es un hermoso macho, ¿no es cierto?

Enrique, con su expresión más inocente, presentó a Carlos un ave de plumaje púrpura, azul y oro.

—¡Ah! Pero ¿por qué no os reunisteis conmigo en cuanto cazasteis el faisán?

—Porque dirigió su vuelo hacia el parque, de modo, señor, que, cuando bajamos a la orilla del río, os vimos como a una media legua de distancia y en dirección al bosque. Entonces nos pusimos a galopar siguiendo vuestras huellas, ya que siendo de vuestra partida no queríamos perdernos de Vuestra Majestad.

—¿Y todos estos caballeros? —preguntó Carlos—. ¿Estaban también invitados a ser de mi partida?

—¿Qué caballeros? —contestó Enrique, mirando a su alrededor inquisitivamente.

—¡Vuestros hugonotes, pardiez! —dijo Carlos—. En todo caso, si alguien los ha invitado no fui yo.

—Desde luego, señor —replicó Enrique—, pero puede haberlos invitado el señor duque de Alençon.

—¡Alençon!

—¿Yo? —dijo el duque.

—Sí, hermano mío —repuso Enrique—. ¿No anunciasteis ayer que erais rey de Navarra? No os extrañe que estos hugonotes, que os quieren como soberano, vengan a agradeceros a vos que hayáis aceptado la corona y al rey por habérosla otorgado. ¿No es así, señores?

—¡Sí! ¡Sí! —gritaron veinte voces—. ¡Viva el duque de Alengon! ¡Viva el rey Carlos!

—Yo no soy rey de los hugonotes —dijo Francisco trémulo de ira.

Luego, mirando a Carlos por el rabillo del ojo, añadió:

—Y espero que no lo seré nunca.

—¡No importa! —dijo Carlos—. Vos mismo sabéis, Enrique, que todo esto es muy extraño.

—Señor —dijo el rey de Navarra con firmeza—, cualquiera diría que estoy sufriendo un interrogatorio.

—Y si yo os dijera que en efecto es así, ¿qué me responderíais?

—Que soy tan rey como vos, señor — dijo altivamente Enrique—, pues no es la corona, sino el nacimiento el que confiere la dignidad, y que, por lo tanto, respondería a un hermano o a un amigo, pero a un juez, jamás.

—Me gustaría —murmuró Carlos— saber a qué atenerme alguna vez en mi vida.

—Que traigan al señor De Mouy —dijo Alengon y lo sabréis. El señor De Mouy debe de haber caído prisionero.

Enrique se sintió inquieto por un instante y cambió con Margarita una mirada.

Por un momento todos callaron.

—El señor De Mouy no está entre los prisioneros —dijo por fin el señor de Nancey—, algunos de nuestros hombres creen haberle visto, pero ninguno está seguro. .

Alençon profirió una blasfemia.

—Señor —dijo Margarita señalando a La Mole y a Coconnas, que habían escuchado toda la conversación y sobre cuya inteligencia creía poder confiar—, aquí hay dos gentiles hombres, pertenecientes al servicio del duque de Alençon; interrogadles y responderán.

El duque acusó el golpe.

—Hice que los detuvieran precisamente para probar que no están a mi servicio —dijo Alençon.

El rey miró a los dos amigos y se estremeció al ver de nuevo a La Mole.

—¡Oh! ¡Aún ese provenzal! —gruñó.

Coconnas saludó cortésmente.

—¿Qué estabais haciendo cuando os detuvieron? —le preguntó el rey.

—Señor, hablábamos de hechos de guerra y de amor.

—¿A caballo, armados hasta los dientes y dispuestos a huir?

—No, señor —dijo Coconnas—, Vuestra majestad está mal informado. Estábamos echados a la sombra de un haya. Sub tegmine fagi.

—¡Conque estabais tendidos a la sombra de un haya, eh!

—Y hasta hubiésemos podido huir si hubiéramos creído que de algún modo habíamos incurrido en la cólera de Vuestra Majestad. Veamos, señores, por vuestro honor de soldados —añadió Coconnas dirigiéndose a los guardias que les habían detenido—, ¿no creéis que, de haber querido, hubiéramos podido escapar?

—El hecho es —dijo el teniente— que estos señores no hicieron el menor movimiento para huir.

—Porque tenían lejos sus caballos —terminó el duque de Alençon.

—Pido humildemente perdón a Vuestra Alteza —dijo Coconnas—, pero yo tenía el mío entre mis piernas y mi amigo el conde Lerac de La Mole tenía el suyo de la rienda.

—¿Es verdad, señores? —preguntó el rey.

—Así es, señor —respondió el teniente—, y es más: el señor de Coconnas se bajó de su caballo en cuanto nos vio.

El aludido sonrió como queriendo decir: «Ya lo veis, señor.»

—Pero ¿y los otros caballos, y las mulas, y los cofres con que estaban cargados? —preguntó Francisco.

—¿Acaso somos mozos de cuadra? Llamad al palafrenero que los cuidaba.

—No está —dijo el duque furioso.

—Será porque del susto habrá salido corriendo —repuso Coconnas—; no se puede pedir a esa gente que tenga la misma sangre fría de un gentilhombre.

—¡Siempre el mismo sistema! —dijo Alençon rechinando los dientes—. Felizmente, señor, os previne que desde hace algunos días estos caballeros no pertenecen a mi servicio.

—¿Cómo? —dijo Coconnas—. ¿Tendré la desdicha de no servir más a Vuestra Alteza?...

—¡Diablos! Vos lo sabéis mejor que nadie,.puesto que me presentasteis la renuncia en una carta bastante impertinente por cierto, que conservo, ¡a Dios gracias!, y que por casualidad traje conmigo.

—¡Oh! —respondió Coconnas—. Esperaba que Vuestra Alteza me hubiese perdonado —esa carta escrita en un momento de mal humor. Me acababa de enterar de que Vuestra Alteza había querido estrangular a mi amigo La Mole en un corredor del Louvre.

—¿Qué dice de esto el interesado? —interrumpió el rey.

—Creí que Vuestra Alteza estaba solo — dijo ingenuamente La Mole—, pero cuando me enteré de que otras tres personas...

—¡Silencio! —ordenó Carlos—. Ya estamos suficientemente informados, Enrique —dijo dirigiéndose al rey de Navarra—. ¿Me dais vuestra palabra de que no intentaréis huir?

—Os la doy, señor.

—Volved a París con el señor de Nancey y esperad en vuestra habitación. Y vos, señores —continuó, volviéndose hacia los dos caballeros—, entregad vuestras espadas.

La Mole miró a Margarita, que sonrió.

Después entregó la espada al capitán que halló más próximo.

Coconnas hizo otro tanto.

—¿Encontraron al señor de Mouy? —preguntó el rey.

—No, señor —contestó De Nancey—, o no estaba en el bosque o se ha escapado.

—Tanto peor — dijo el rey—, volvamos. Siento frío y temo desmayarme.

—Es la cólera tal vez, señor —dijo Francisco.

—Sí, es posible; todo vacila a mi alrededor. ¿Dónde están los prisioneros? No los veo. ¿Es de noche ya? ¡Oh! ¡Misericordia!... ¡Me quemo!... ¡A mí! ¡A mí!...

El desdichado rey, soltando las riendas, abrió los brazos y cayó hacia atrás, siendo sostenido por los cortesanos aterrorizados ante este segundo ataque.

Francisco, un poco retirado, se enjugaba la frente, ya que él era el único que sabía cuál era el mal que así atormentaba a su hermano.

Enfrente de él, el rey de Navarra, ya bajo la custodia del señor de Nancey, consideraba la escena con creciente asombro.

« ¡Eh! -pensó con aquella prodigiosa intuición que de cuando en cuando le convertía en iluminado -. ¿Y si fuera una suerte para mí el que me hayan impedido la huida?»

Miró a Margarita, cuyos grandes ojos dilatados por el susto iban de él a Carlos y de Carlos a él. Esta vez, el rey había perdido el conocimiento. Trajeron una camilla sobre la que le colocaron. Cubierto con una capa que ofreció un cortesano, el cortejo se encaminó hacia París. Quienes habían visto salir por la mañana a unos alegres conspiradores y a un soberano feliz veían volver a un rey moribundo rodeado de prisioneros.

Margarita, que no había perdido su libertad corporal ni espiritual, hizo una última seña de inteligencia a su marido y pasó luego tan cerca de La Mole que éste pudo oír las dos palabras griegas que pronunció.

—Mê déidé.

Es decir: «Nada temas.»

—¿Qué lo ha dicho? —preguntó Coconnas.

—Me ha dicho que no tema nada —respondió La Mole.

—Tanto peor —murmuró el piamontés—, eso significa que nada bueno podemos esperar de todo esto. Siempre que me han dicho esas palabras a manera de aliento he recibido una bala

o una estocada en el cuerpo, cuando no una maceta en la cabeza. «Nada temas», en hebreo, latín, griego o francés, siempre ha significado para mí: «Ten cuidado.»

—En marcha, señores — dijo el teniente de la caballería ligera.

—Si no es indiscreción, señor —dijo Coconnas—, ¿adónde nos llevan?

—Creo que a Vincennes —respondió el teniente.

—Preferiría ir a otra parte —comentó el piamontés—; pero, en fin, no siempre va uno adonde se propone. En el trayecto el rey recobró el sentido y sintió renacer sus fuerzas.

Al llegar a Nanterre quiso volver a montar a caballo, pero se lo impidieron.

—Haced llamar a Ambrosio Paré —solicitó Carlos al llegar al Louvre.

Bajó de su improvisada litera, subió la escalera apoyado en el brazo de Tavannes y entró en su aposento, prohibiendo que nadie le siguiera.

Todo el mundo advirtió su extremada gravedad; durante el camin o pareció meditar profundamente, no dirigió la palabra a nadie y, sin duda, había olvidado ya la conspiración y los conspiradores. Era evidente que lo que más le preocupaba era su enfermedad.

Enfermedad súbita, extraña y aguda, cuyos síntomas eran los mismos que los que experimentara su hermano Francisco II poco tiempo antes de morir.

Por eso, la orden de que nadie, excepto Ambrosio Paré, entrara en su cuarto no causó extrañeza. La misantropía formaba, como ya se sabe, el fondo del carácter de aquel príncipe.

Carlos entró en su alcoba, se sentó en un sofá, apoyó la cabeza en unos almohadones y, pensando que quizás Ambrosio Paré tardaría en acudir, quiso entretener el tiempo de la espera.

Dio una palmada y se presentó un guardia.

—Decid al rey de Navarra que quiero hablarle.

El soldado hizo una reverencia y fue a llevar el recado.

Carlos echó hacia atrás la cabeza; una terrible pesadez le impedía coordinar sus ideas, una especie de nube sangrienta flotaba ante sus ojos y tenía la boca seca, pese a que, sin llegar a apagar su sed, había vaciado ya una jarra entera.

En medio de aquella somnolencia vio abrirse la puerta y aparecer a Enrique. El señor de Nancey le seguía, pero permaneció en la antecámara.

El rey de Navarra esperó a que la puerta se cerrara.

Luego avanzó.

—Señor —dijo—, me habéis dicho que viniera; aquí estoy.

El rey se conmovió al oír su voz, y con gesto maquinal le tendió la mano.

—Señor —dijo Enrique sin mover sus brazos—, Vuestra Majestad olvida que ya no soy su hermano, sino su prisionero.

—¡Ah! Es verdad —contestó Carlos—, gracias por habérmelo recordado. Más aún; recuerdo que me prometisteis que me responderíais francamente cuando estuviésemos solos.

—Estoy dispuesto a cumplir mi promesa; interrogadme, señor.

El rey vertió agua fría en su mano y se la llevó a la frente.

—¿Qué hay de cierto en la acusación del duque de Alençon? Vamos, contestad, Enrique.

—La mitad solamente; era el señor de Alençon quien debía huir y yo quien había de acompañarle.

—¿Y por qué habíais de acompañarle? —preguntó Carlos—. ¿Estabais descontento de mí, Enrique?

—No, señor, al contrario. No tengo más que elogios para Vuestra Majestad, y Dios, que puede leer en los corazones, verá en el mío cuán profundo es el afecto que profeso a mi hermano y a mi rey.

—Me parece —dijo Carlos—, que no es natural eso de huir de la gente a quien queremos y que nos quiere.

—Por eso —dijo Enrique— no huía de los que me quieren, sino de los que me detestan. ¿Me permite Vuestra Majestad que hable con toda franqueza?

—Hablad.

—Quien es me detestan aquí, señor, son el duque de Alençon y la reina madre.

—Del duque de Alençon no digo que no —repuso Carlos—, pero la reina madre os colma siempre de atenciones.

—Precisamente por eso desconfío de ella, señor, y tengo mis motivos para desconfiar.

——¿Cómo es eso?

—Me veo obligado a sospechar de ella o de quienes la rodean. Ya sabéis que la desgracia de los reyes no está siempre en ser mal servidos, sino en estarlo demasiado bien.

—Explicaos; os habéis comprometido a contármelo todo.

—Y, como verá Vuestra Majestad, estoy decidido a cumplir lo dicho.

—Continuad.

—Vuestra Majestad me ha dicho que me tiene mucho afecto.

—Es decir, os lo tenía antes de vuestra traición, Enriquito.

—Supongamos que me lo seguís teniendo, señor.

—¡Sea!

—Pues si me queréis debéis desear que yo viva, ¿no es cierto?

—Me hubiera ocasionado un gran disgusto el saber que os amenazaba cualquier desgracia.

—Pues bien, señor, Vuestra Majestad ha estado por dos veces a punto de sumirse en la aflicción.

—¿Por qué?

—Pues porque por dos veces ha sido la Providencia quien me ha salvado la vida. Es verdad que la última vez la Providencia se personificó en Vuestra Majestad.

—¿Y la primera vez en quién se personificó?

—En un hombre que se asombraría mucho de que le confundieran con ella; en Renato. Vos me salvasteis de las estocadas de Maurevel.

Carlos frunció el ceño al recordar la noche en que había llevado a Enrique a la calle de las Barras.

—¿Y Renato? —preguntó.

—Renato me salvó del veneno.

—¡Diantre! Tienes suerte, Enriquito —dijo el rey, esbozando una sonrisa que se convirtió en una mueca de dolor al sentir una punzada en las entrañas—. Pues no es ésa su profesión —añadió.

—Dos milagros me salvaron, señor. Un milagro de arrepentimiento por parte del florentino y un milagro de bondad por vuestra parte. Os confieso que tuve miedo de que el Cielo se cansara de hacer milagros y, in vista de eso, quise huir, guiándome del proverbio que dice: «Ayúdate a ti mismo y el Cielo lo ayudará.»

—¿Y por qué no me dijiste todo eso antes, Enriquito ?

—Diciéndoos estas mismas palabras ayer hubiera sido un delator.

—¿Y diciéndomelas hoy?

—Hoy es otra cosa; estoy acusado y me defiendo.

—¿Estás seguro de la primera tentativa de que hablas, Enriquito?

—Tan seguro como de la segunda.

—¿Intentaron envenenarte?

—Cierto.

—¿Con qué?

—Con un cosmético.

—¿Y cómo puede envenenarse a una persona con un cosmético?

—¡Diablos! Señor, preguntádselo a Renato: también se puede envenenar a alguien valiéndose de unos guantes...

Carlos arrugó la frente; luego poco a poco su semblante se serenó.

—Sí, sí —dijo como si hablase consigo mismo—, está en la naturaleza de los seres el instinto de huir a la muerte. ¿Por qué no ha de hacer la inteligencia lo que aconseja el instinto?

—Señor — dijo Enrique—, ¿cree Vuestra Majestad en cuanto le he dicho y está convencido de mi sinceridad?

—Sí, Enriquito, eres un excelente muchacho. ¿Y crees tú que quienes lo perseguían no están ya cansados, sino que, por el contrario, pueden hacer nuevas tentativas ?

=Todas las noches me asombro de estar todavía con vida, señor.

—Quieren matarte porque saben que lo estimo, Enriquito. Pero puedes estar tranquilo; serán castigados por su mal proceder. Mientras tanto, lo devuelvo la libertad.

—¿Puedo entonces irme de París? —preguntó Enrique.

—No, ya sabes que me es imposible prescindir de ti. ¡Por mil demonios! Es preciso que tenga junto a mí a alguien que me quiera.

—Entonces, señor, si Vuestra Majestad me conserva a su lado le ruego que me conceda una gracia.

—¿Cuál?

—La de no tenerme aquí a título de amigo, sino de prisionero.

—¡Cómo! ¿De prisionero?

—Sí, ¿no ve Vuestra Majestad que su amistad me pierde?

—¿Prefieres mi odio?

—Un odio aparente, señor. Vuestro odio me salvará. Mientras me vean en desgracia no tendrán tanta prisa por verme muerto.

—Enriquito —dijo Carlos—, ni sé lo que deseas ni cuál es lo propósito, pero, si tus deseos no se cumplen ni logras lo que lo propones, seré el primero en asombrarme.

—¿Puedo contar entonces con la enemistad del rey?

—Sí.

—Así me quedo más tranquilo... ¿Qué ordena ahora Su Majestad?

—Vete a lo cuarto, Enriquito. Me siento enfermo; voy a ver a mis perros y me acostaré en seguida.

—Señor —dijo Enrique—, Vuestra Majestad ha debido llamar a un médico; su indisposición de hoy puede ser quizá más grave de lo que parece.

—Ya hice llamar a Ambrosio Paré, Enriquito.

—Entonces me voy más tranquilo.

—¡Por vida de...! —dijo el rey—. ¡Creo que, de toda mi familia, eres el único que me aprecia de verdad!

—¿Es ésa vuestra opinión, señor?

—Palabra de caballero.

—Pues bien, entonces, recomendadme al señor de Nancey como si fuera un hombre a quien vuestra cólera no consintiera ni un mes de existencia. Es el único medio de que os pueda seguir queriendo durante mucho tiempo.

—¡Señor de Nancey! —gritó Carlos.

El capitán de guardias se presentó.

—Pongo en vuestras manos al hombre más culpable del reino —le dijo—. Me responderéis de él con vuestra cabeza.

Enrique, con aire consternado, salió lentamente detrás del capitán de Nancey.

Al quedarse solo, Carlos se extrañó de que no apareciera ninguno de sus dos amigos más fieles; eran éstos su nodriza Magdalena y su galgo Acteón.

«La nodriza se habrá marchado a cantar sus salmos a casa de algún hugonote que conozca - se dijo-, y Acteón debe de estar aún resentido del latigazo que le di esta mañana. N

Cogió una vela y entró en el cuarto de la buena mujer. Allí no había nadie.

Como se recordará, una puerta de la habitación de Magdalena comunicaba con la sala de armas. El rey se acercó a esta puerta.

Apenas había andado unos pasos cuando volvió a sufrir una de aquellas crisis que padeció durante la cacería. Le hacía el efecto de que le atravesaban las entrañas con un hierro al rojo. Una sed inextinguible le atormentaba; como viera sobre una mesa una taza de leche, se la bebió de un tirón, sintiéndose después algo más aliviado.

Cogió de nuevo la vela que dejara sobre un mueble y entró en la sala de-armas.

Con gran asombro por su parte, Acteón no salió a recibirle. ¿Le habrían encerrado? En todo caso, al oír que su amo estaba ya de regreso, aullaría.

Carlos le llamó, silbó; el animal siguió sin aparecer. El rey avanzó algunos pasos, y como iluminara el rincón de la habitación vio allí una masa inerte que yacía en el suelo.

—¡Hola! ¡Acteón, aquí! —dijo Carlos.

Silbó de nuevo.

El perro no se movió tan siquiera.

Carlos corrió hacia donde estaba y le tocó. El pobre animal estaba tieso y frío. De su boca contraída por el dolor habían caído algunas gotas de hiel y una baba espumosa y sanguinolenta se extendía por el suelo. El perro había encontrado una prenda de vestir de su amo; había querido morir apoyando la cabeza sobre aquel objeto que representaba al amigo.

Ante aquel espectáculo que le hizo olvidar sus propios dolores y le devolvió toda su energía, la cólera exaltó sus venas y tuvo el impulso de gritar. Pero encadenados como están a su propia grandeza, los reyes no son dueños de ese primer impulso por el que todo hombre puede dejarse arrastrar llevado por una pasión o actuando en defensa propia. Carlos comprendió que se trataba de alguna traición y se calló.

Arrodillado ante su perro, examinó el cadáver con mirada experta. Los ojos estaban vidriosos, la lengua roja y llena de pústulas. Parecía víctima de una extraña enfermedad que hizo estremecer a Carlos. El rey volvió a ponerse los guantes que se había quitado y levantó los pálidos labios del can para observar la dentadura. En los intersticios de los dientes había algunos fragmentos blanquecinos que se hallaban también adheridos a los puntiagudos colmillos.

Recogió algunos de aquellos fragmentos y reconoció que eran trocitos de papel.

En las partes de la encía más próximas a los trozos de papel la inflamación era más violenta, la carne aparecía hinchada y la piel roída par la acción del vitriolo.

Carlos miró atentamente a su alrededor. Sobre la alfombra descubrió dos o tres trozos de papel semejantes a los que había visto en la boca del perro. En uno de estos trozos, mayor que los demás, podía distinguirse parte de un grabado.

Sintió que los cabellos se le erizaban, pues reconoció en aquel papel un fragmento del grabado que representaba a un señor cazando con halcón y que Acteón había arrancado del libro de cetrería.

—¡Ah! —dijo palideciendo—. ¡El libro estaba envenenado!

Luego, evocando los recuerdos:

—¡Por todos los demonios! —gritó—. ¡He tocado cada una de sus páginas con el dedo y después me he llevado el dedo a la boca para humedecerlo! Estos desmayos, estos dolores, los vómitos... ¡Me muero! Carlos permaneció por un momento inmóvil bajo el peso de aquel terrible descubrimiento. Luego se puso en pie lanzando un quejido y se precipitó hacia la puerta.

—¡Renato! —gritó—. ¡Que vayan corriendo a buscar a Renato el florentino al puente de Saint —Michel y que le traigan; time que estar aquí antes de diez minutos! Montad cualquiera de vosotros a caballo y llevaos otro caballo de repuesto para estar más pronto de regreso. En cuanto a Ambrosia Paré, si viene, hacedle esperar.

Un centinela salió corriendo para cumplir la orden de su amo.

—¡Oh! —refunfuñó Carlos—. Aunque tenga que torturar a todo el mundo, averiguaré quién fue el que dio este libro a Enriquito.

Sudorosa la frente, crispadas las manos y la respiración jadeante, Carlos permaneció con los ojos fijos sobre el cadáver de su perro.

Diez minutos después el florentino llamó tímidamente y, no sin cierto miedo, a la puerta de la habitación del rey. Existen ciertas conciencias para las que el cielo nunca está despejado.

—¡Entrad! —dijo Carlos.

El perfumista apareció. Carlos fue hacia él con gesto imperioso.

—Vuestra Majestad me ha enviado a buscar —dijo Renato con voz trémula.

—Sois un químico hábil, ¿no es cierto?

—Señor

—Y sabéis todo lo que saben los mejores médicos.

—Vuestra Majestad exagera.

—No, me lo ha dicho mi madre. Por otra parte, tengo confianza en vos y preferí consultaros antes que a otro cualquiera. Mirad —añadió destapando el cadáver del galgo—, mirad por favor lo que este animal tiene entre los dientes y decidme de qué ha muerto.

Renato, con una vela en la mano, se inclinó hasta el suelo, tanto para disimular su confusión como para obedecer al rey. Carlos, de pie, sin apartar los ojos del florentino, aguardaba con una impaciencia fácil de comprender la palabra que podía ser su sentencia de muerte o su salvación.

El perfumista sacó de su bolsillo una especie de escalpelo, lo abrió, con la punta separó de la boca del animal los trozos de papel adheridos a sus encías.

Luego miró largamente y con atención el pus y la sangre que supuraban de las llagas.

—Señor —dijo temblando—, los síntomas no son nada bueno s.

Carlos sintió que se le helaba la sangre.

—Sí —dijo—, este perro ha sido envenenado, ¿no es verdad?

—Me temo que sí, señor.

—¿Y con qué clase de veneno?

—Me parece que con uno de origen mineral.

—¿Podríais adquirir la certidumbre de que ha sido envenenado?

—Sin duda. Abriéndolo y examinando el estómago.

—Abridlo, no quiero tener ninguna duda.

—Habría que llamar a alguien para que me ayudara.

—Yo mismo os ayudaré —dijo Carlos.

—¿Vos, señor?

—Sí, yo. Decidme, si está envenenado, ¿qué síntomas encontraremos?

—Rubefacciones y vegetación.

—Vamos —dijo Carlos—, manos a la obra.

Renato abrió con el escalpelo el abdomen del galgo y separó la piel con las dos manos, mientras que Carlos, rodilla en tierra, le iluminaba con mano crispada y trémula.

—Ved, señor —dijo Renato—, aquí hay señales evidentes. Estas rubefacciones son las que os predije y estas venas sanguinolentas, que parecen las raíces de una planta, es lo que designé con el nombre de vegetación. Hallo aquí todo lo que buscaba.

—¿De modo que el perro murió envenenado?

—Sí, señor.

—¿Con un veneno mineral?

—Al parecer.

—¿Y qué sentiría un hombre que por descuido hubiese tornado este mismo veneno?

—Un gran dolor de cabeza, quemazones internas, como si se hubiese tragado carbones encendidos, do lores de estómago y vómitos.

—¿Y tendría sed? —preguntó Carlos.

—Una sed inextinguible.

—Eso es, eso es —murmuró el rey.

—Señor, en vano trato de adivinar el objeto de estas preguntas.

—¿Para qué queréis saberlo? No tenéis necesidad de ello. Limitaos a responder a mis preguntas.

—Interrógueme Vuestra Majestad.

—¿Qué contraveneno habría que administrar a un hombre que hubiese ingerido la misma substancia que mi perro?

Renato reflexionó durante breves momentos.

—Existen varios venenos minerales —dijo—. Antes de contest ar quisiera saber de cuál se trata. ¿Tiene algún indicio, Vuestra Majestad, de la forma en que fue envenenado su perro?

—Sí —dijo Carlos—, se comió una página de un libro.

—¿Una página de un libro?

—Sí.

—¿Y tiene Vuestra Majestad ese libro?

—Aquí está —dijo Carlos, cogiendo el manuscrito del anaquel donde lo había dejado y mostrándoselo a Renato.

Renato hizo un gesto de sorpresa que no pasó in advertido al rey.

—¿Se ha comido una hoja de este libro? —balbució Renato.

—Ésta —dijo Carlos señalando la página rota.

—¿Me permitís que arranque otra, señor?

—Hacedlo.

Renato arrancó una hoja y la acercó a la llama de la vela. El papel ardió y un fuerte olor a ajos invadió la estancia.

—Ha sido envenenado con un compuesto de arsénico —dijo.

—¿Estáis seguro?

—Como si lo hubiese preparado yo mismo.

—¿Y el antídoto?...

Renato movió la cabeza.

—¿Cómo? —dijo Carlos con voz ronca—. ¿No conocéis el remedio?

—El mejor y el más eficaz consiste en tomar claras de huevo batidas mezcladas con leche, pero...

—¿Pero... qué?

—Que es preciso tomarlo inmediatamente, pues de lo contrario...

—¿De lo contrario?

—Señor, es un veneno terrible —repitió una vez más Renato.

—Sin embargo, no ocasiona instantáneamente la muerte —dijo Carlos.

—No, pero la muerte es segura; poco importa el tiempo que tarde en ocasionarla; a veces hasta puede calcularse.

Carlos se reclinó sobre la mesa de mármol.

—Ahora —dijo a Renato cogiéndole por el hombro—, ¿conocéis este libro?

—¿Yo, señor? —dijo Renato poniéndose pálido.

—Sí, vos; al verlo os habéis delatado.

—Señor, os juro...

—Oídme bien, Renato: vos habéis envenenado a la reina de Navarra con unos guantes, al príncipe de Porcian con el humo de una lamparilla; intentasteis envenenar al señor de Condé con una manzana perfumada... Renato, os haré desollar vivo con una tenaza al rojo si no me decís a quién pertenece este libro. El florentino comprendió que no podía jugar con la cólera de Carlos IX y resolvió ser audaz.

—Y si digo la verdad, señor, ¿quién me garantizará que no seré castigado más cruelmente aún que si callo?

—Yo.

—¿Me dais vuestra palabra de rey?

—A fe de caballero, os digo que no os pasará nada.

—En ese caso, este libro me pertenece —dijo Renato.

—¿A vos? — dijo Carlos retrocediendo y contemplando al envenenador con una mirada extraviada.

—Sí, a mí.

—¿Y cómo salió de vuestras manos?

—Fue Su Majestad la reina madre quien se lo llevó de mi casa.

—¡La reina madre! —exclamó Carlos.

—Sí.

—¿Con qué propósito?

—Con el propósito, según creo, de enviárselo al rey de Navarra, quien había pedido al duque de Alençon un libro de ese género para estudiar la caza con halcón.

—¡Oh! Ya comprendo —dijo Carlos—. En efecto, este libro estaba en el aposento de Enriquito. Me persigue la fatalidad.

El rey sufrió en aquel momento un acceso de tos seca y violenta al que sucedió un nuevo dolor en el estómago. Lanzó dos o tres gritos ahogados y se desplomó en una silla.

—¿Qué tenéis, señor? —preguntó Renato aterrorizado.

—Nada —dijo Carlos—; sólo tengo sed: dadme de beber.

Renato echó agua en una copa y se la presentó con mano temblorosa a Carlos, quien la apuró de un solo trago.

—Ahora —dijo Carlos cogiendo una pluma y mojándola en el tintero, escribid sobre este libro.

—¿Qué queréis que escriba?

—Lo que os voy a dictar: «Este tratado de caza con halcón fue dado por mí a la reina madre Catalina de Médicis.»

Renato cogió la pluma y escribió.

—Ahora firmad.

El florentino firmó.

—Me prometisteis que conservaría la vida — dijo el perfumista.

—Por mi parte cumpliré lo prometido.

—Pero —dijo Renato— ¿y por parte de la reina madr e?

—¡Oh! —dijo Carlos—. Eso no me incumbe; si os atacan, defendeos.

—Señor, ¿podré salir de Francia cuando crea que mi vida esté amenazada?

—Os responderé dentro de quince días.

—Y entre tanto

Carlos, frunciendo el ceño, se llevó el dedo a los labios.

—¡Oh! Podéis estar tranquilo, señor.

Muy dichoso por haber salido del paso tan fácilmente, el florentino saludó y se fue.

Cuando se hubo marchado apareció la nodriza por la puerta de su alcoba.

—¿Qué hay, Carlitos? —preguntó.

—Nodriza, salí con el rocío de la madrugada y he debido de ponerme malo.

—En efecto, estás muy pálido, mi querido, Carlitos.

—Es que me encuentro muy débil. Dadme el brazo, nodriza, para llegar hasta mi cama.

La mujer se acercó solícita. Carlos se apoyó en ella y fue hasta su alcoba.

—Ahora —dijo Carlos— me acostaré sin ayuda de nadie.

—¿Y si viene Ambrosio Paré?

—Le dirás que me encuentro mejor y que ya no le necesito.

—Y entre tanto ¿qué vas a tomar?

—¡Oh! Una medicina muy sencilla —dijo Carlos—: claras de huevo batidas con leche. A propósito, nodriza

—continuó—, el pobre Acteón ha muerto. Mañana por la mañana será preciso enterrarlo en un rincón del jardín del Louvre. Era uno de mis mejores amigos... Le haré construir una tumba... si es que tengo tiempo.

El bosque de vincennes

✦

Tal y como había ordenado Carlos, Enrique fue conducido aquella misma tarde al bosque de Vincennes. Allí se erguía el famoso castillo del que hoy sólo quedan las ruinas, fragmentos colosales que bastan para dar una idea de su grandeza pasada.

El viaje se hizo en litera. Iban a cada lado cuatro guardias y delante el señor de Nancey, portador de la orden que abriría a Enrique las puertas de la prisión protectora.

Al llegar a la poterna de la fortaleza se detuvieron. El señor de Nancey se bajó del caballo , abrió la puerta cerrada con cadenas a invitó respetuosamente al rey a que descendiera de la litera.

Enrique obedeció sin hacer la más mínima objeción. Cualquier sitio le parecía más seguro que el Louvre y cada puerta que se cerraba tras él era una puerta más que le separaba de Catalina de Médicis.

El prisionero atravesó el puente levadizo llevando un soldado a cada lado, atravesó las tres puertas de entrada y las tres que daban paso a la escalera; luego, precedido siempre por el señor de Nancey, subió un piso. Al llegar allí, viendo el capitán de guardias que se disponía a seguir subiendo; le dijo:

—Deteneos aquí, monseñor.

—¡Ah! —respondió Enrique—. Por lo visto se me hacen los honores del piso principal.

—Señor —respondió de Nancey—, os tratan como rey que sois.

«¡Diablos! -pensó Enrique-. Dos o tres pisos más no me hubieran humillado en modo alguno. Aquí estaré demasiado bien; sospecharán cualquier cosa.»

—¿Quiere seguirme Vuestra Majestad? —dijo el señor de Nancey.

—¡Por Dios! —respondió el rey de Navarra—. Sabéis muy bien, señor, que no se trata aquí de lo que yo quiera, sino de lo que ordene mi hermano Carlos. ¿Ordena él que yo os siga?

—Sí, señor.

—En tal caso, ya os sigo.

Se internaron por una especie de corredor hasta encontrar una sala bastante amplia, de paredes sombrías y aspecto lúgubre.

Enrique miró en torno suyo sin dar señales de inquietud.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Ésta es la sala de los tormentos, monseñor.

—¡Ah! ¡Ah! —dijo el rey mirando atentamente la estancia que cruzaban.

Había de todo en aquella sala: jarros y caballetes para administrar la tortura del agua y cuñas y mazos para hacer confesar al reo. Alrededor de la sala había una serie de bancos de piedra para los desdichados que esperaban el tormento y, clavadas en la pared, unas argollas de hierro puestas sin otra simetría que la inspirada por aquel arte siniestro. Su proximidad a los bancos indicaba claramente que servían para apresar los miembros de quienes estuvieran sentados. Enrique continuó su camino sin decir palabra, pero sin perder un solo detalle de aquel odioso sistema que dejaba escrita, por así decirlo, la historia del dolor sobre las paredes. La atención con que miraba todo aquello hizo que no mirase a sus pies, lo que fue causa de que tropezase.

—¡Eh! ¿Qué es esto? — dijo Enrique, señalando una especie de surco abierto en las losas muy húmedas del piso.

—Es el desagüe, señor.

—¿Llueve aquí?

—Sí, señor, sangre.

—¡Ah, ya! —replicó el rey—. ¿Y falta mucho para llegar a mi cuarto?

—Ya estamos; monseñor —dijo una sombra que se dibujaba en la oscuridad y que a medida que se acercaban a ella parecía más definida y palpable.

Enrique, que creyó reconocer la voz, avanzó algunos pasos y contempló él rostro de quien acababa de hablar.

—¡Vaya! ¿Sois vos, Beaulieu? —dijo—. ¿Qué diablos hacéis aquí?

—Señor, acabo de recibir el nombramiento de gobernador de la fortaleza de Vincennes.

—Pues bien, mi querido amigo, vuestro comienzo no puede ser más honroso; un rey como prisionero no es poca cosa.

—Perdón, señor —respondió Beaulieu—, pero antes que vos recibí a dos gentiles hombres.

—¿Quiénes son? ¡Ah! Excusadme; quizá cometo una indiscreción. Si es así, haceos cuenta de que nada he preguntado.

—Monseñor, no tengo por qué guardar el secreto; son los señores La Mole y Coconnas.

—¡Ah! Es verdad; precisamente vi arrestar a esos pobres caballeros; ¿y qué tal soportan su desgracia?

—Cada cual a su manera; mientras uno parece alegre, el otro no puede estar más triste; cuando uno canta, el otro gime.

—¿Cuál es el que llora?

—El señor de La Mole, Majestad.

—A fe mía —dijo Enrique— que comprendo mejor al que llora que al que canta. Según veo, la prisión no es nada alegre. ¿En qué piso están alojados?

—Arriba del todo; en el cuarto piso.

Enrique suspiró. Hubiera dado cualquier cosa por encontrarse allí.

—Vamos, señor Beaulieu, tened la bondad de indicarme mi celda; estoy deseando verme allí de una vez, pues me encuentro sumamente cansado de todo el día.

—Ésta es, monseñor —dijo Beaulieu, señalando a Enrique una puerta abierta.

—Número dos —dijo Enrique—. ¿Y por qué no la número uno?

—Porque está reservada, monseñor.

—¡Ah! Por lo visto esperáis a un preso de mayor alcurnia que yo.

—No creo haber dicho que se tratara de un preso, monseñor.

—¿Qué es, entonces?

—No insistáis, monseñor, pues me vería obligado a guardar silencio faltando a la obediencia que os debo.

—¡Ah! Eso es distinto — dijo Enrique.

Quedóse más pensativo aún de lo que estaba, pues aquel número uno le intrigaba de modo bien visible. El gobernador no desmintió su cortesía inicial. Con toda clase de consideraciones instaló a Enrique en su celda, le dio excusas por las comodidades que pudieran faltarle y salió dejando dos centinelas a la puerta.

—Ahora —dijo el gobernador dirigiéndose al carcelero—, vayamos a ver a los otros.

El carcelero tomó la delantera. Regresaron por el mismo camino por donde habían venido; atravesaron la sala de los tormentos, siguieron por el corredor hasta llegar a la escalera y, siempre detrás de su guía, el señor Beaulieu subió tres pisos.

Al llegar a aquel piso que, contando con el primero, hacía el cuarto, el carcelero abrió sucesivamente tres puertas, provista cada cual de dos cerraduras y tres enormes cerrojos.

Apenas había llegado a la tercera cuando se oyó una voz estentórea que gritaba:

—¡Eh! ¡Voto al diablo! Abrid aunque no sea más que para que entre un poco de aire. Vuestra estufa está tan caliente que aquí se ahoga cualquiera.

Coconnas, a quien habrá reconocido el lector por su juramento favorito, dio desde donde estaba un salto hasta la puerta.

—Un momento, señor mío —dijo el guardián—; no vengo a dejaros salir, sino a que nos dejéis entrar a mí y al señor gobernador, que me sigue.

—¡El señor gobernador! —exclamó Coconnas—. ¿Y a qué viene?

—A visitaros.

—Es mucho honor el que me hace —respondió Coconnas—,sea bienvenido el señor gobernador.

El señor Beaulieu entró y, en efecto, cortó en flor la cordial sonrisa de Coconnas con uno de esos gestos glaciales tan propios de los gobernadores de las prisiones, de los carceleros y de los verdugos.

—¿Tenéis dinero, señor? —le preguntó.

—¿Yo? —dijo Coconnas—. Ni un escudo.

—¿Y joyas?

—Tengo un anillo.

—¿Me permitís que os registre?

—¡Voto al diablo! —exclamó Coconnas enrojeciendo de ira—. Os conviene tanto como a mí el estar en la cárcel.

—Todo hay que sufrirlo al servicio del rey.

—Pero decidme —añadió el piamontés—, ¿las buenas gentes que se dedican a desvalijar a todo el que pasa por el puente Nuevo, están también como vos al servicio del rey ¡Voto al diablo, qué injusto he sido! Hasta ahora los había tomado por simples bandoleros.

—Buenas noches, señor — dijo Beaulieu, volviéndose—. Carcelero, encierra a este preso.

Se fue el gobernador llevándose el anillo de Coconnas en el que lucía una hermosa esmeralda que la señora de Nevers le había regalado para recordarle el color de sus ojos.

—Veamos al otro —dijo al salir.

Atravesaron un cuarto vacío y recomenzó la operación de abrir tres puertas, seis cerraduras y nueve cerrojos.

Cuando se abrió la última puerta, lo primero que oyeron los visitantes fue un suspiro.

La celda tenía un aspecto aún más lúgubre que la que acababan de dejar. Cuatro aspilleras iluminaban débilmente tan triste recinto. Se hallaban, además, cerradas con barrotes de hierro entrecruzados colocados con tal arte que impedían que el preso pudiera contemplar siquiera el cielo.

De cada ángulo de la habitación salían unos nervios de estilo gótico que se reunían en el centro de la bóveda formando un rosetón.

La Mole estaba sentado en un rincón y, a pesar de la llegada de los visitantes, permaneció como si nada hubiera oído.

El gobernador se detuvo en el umbral y contempló por un instante al preso, que se hallaba inmóvil con la cabeza entre las manos.

—Buenas noches, señor de La Mole —dijo Beaulieu.

El joven levantó la cabeza con lentitud.

—Buenas noches, señor —respondió.

—Señor —añadió el gobernador—, vengo a registraros.

—Es inútil —dijo La Mole—, os entregaré todo lo que tengo.

—¿Qué tenéis?

—Alrededor de trescientos escudos, estas joyas y estos anillos.

—Dádmelos, señor —ordenó el gobernador.

—Aquí los tenéis.

La Mole se vació las bolsillos, quitóse las sortijas y arrancó el broche de su sombrero.

—¿No tenéis nada más?

——Que yo sepa, no.

—¿Y qué es eso que cuelga del cordón de seda que lleváis al cuello? —preguntó el gobernador.

—Señor, esto no es —una joya, sino una reliquia.

—Dádmela.

—¡Cómo! ¿La exigís?...

—Tengo orden de dejaros solamente los vestidos, y una reliquia no es un vestido.

La Mole hizo un gesto de cólera que en medio de la calma dolorosa y digna que le caracterizaba, resultó mucho más terrible todavía para aquellas gentes tan habituadas a las violentas sacudidas de los presos. Casi al instante recuperó su flema.

—Está bien, señor —dijo—, ahora veréis qué es lo que me pedís.

Volviéndose, como para aproximarse a la luz, desató la pretendida reliquia, que no era otra cosa sino un medallón con un retrato. Sacó el retrato y se lo llevó a los labios repetidas veces, después de lo cual fingió dejarlo caer y apoyando encima el tacón de su bota hizo como que lo rompía en mil pedazos.

—¡Señor!... —dijo el gobernador, al tiempo que se agachaba tratando de salvar de la destrucción aquel misterioso objeto que La Mole quería hacer desaparecer. La miniatura se había hecho añicos.

—El rey podrá tener esta joya —dijo La Mole—, pero no tiene ningún derecho sobre el retrato que encerraba. Aquí tenéis el medallón. Podéis llevárselo.

—Me quejaré al rey —dijo Beaulieu.

Sin despedirse del preso ni con una sola palabra, se marchó tan furioso que dejó al carcelero el cuidado de cerrar las puertas sin tomarse el cuidado de presenciar la operación.

El guardián dio algunos pasos como para salir, pero al ver que el señor Beaulieu descendía ya la escalera, dijo volviéndose:

—A fe mía, señor, hice bien en invitaros a que me dierais en seguida los cien escudos gracias a los cuales consiento en dejaros hablar con vuestro amigo; si no me los hubieseis dado, el gobernador os los habría quitado junto con los otros trescientos, y mi conciencia no me permitiría hacer ya nada por vos. Pero como me habéis pagado por anticipado y os prometí que le veríais, venid... Un hombre honrado no tiene más que una palabra... Únicamente, si es posible, os ruego, tanto por vos como por mí, que no habléis de política. La Mole salió de la celda y se encontró con Coconnas, que se pasaba por las baldosas de la habitación contigua.

Los dos amigos se arrojaron uno en brazos del otro.

El carcelero hizo como que se enjugaba los ojos y salió para vigilar, no fuera que alguien sorprendiera a los presos o, mejor dicho, le sorprendiera a él.

—¡Ah! Al fin lo veo —dijo Coconnas—. ¿Te visitó ese odioso gobernador?

—Igual que a ti, supongo.

—¿Y lo quitó todo?

—Lo mismo que a ti.

—¡Oh! Yo no tenía gran cosa, solamente la sortija de Enriqueta.

—¿Y dinero en efectivo?

—Di cuanto tenía a este buen carcelero para que nos proporcionara una entrevista.

—¡Perfecto! —dijo La Mole—. El bribón recibe, por lo visto, con las dos manos.

—¿Cómo? ¿Tú también le pagaste?

—Sí, le di cien escudos.

—Bueno, más vale que nuestro carcelero sea un miserable.

—Sin duda, conseguiremos de él cualquier cosa con dinero; y según espero, no ha de faltarnos dinero.

—Y ahora ¿tú comprendes lo que nos ha sucedido?

—Sí..., hemos sido delatados.

—Por el execrable duque de Alençon. Tema yo razón cuando quise retorcerle el pescuezo.

—¿Crees que es grave nuestra situación?

—Me temo que sí. De modo que tendremos que sufrir... el tormento.

—No he de ocultarte que ya pensé en ello.

¿Y qué dirás si llegan hasta semejante extremo?

—¿Y tú?

—Yo guardaré silencio —respondió La Mole con un rubor febril.

—¿Te callarás? —exclamó Coconnas.

—Sí, si tengo fuerza bastante.

—Pues bien, yo lo aseguro —dijo Coconnas— que si me hacen esa infamia diré muchas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó ávidamente La Mole.

—¡Oh! ¡No tengas cuidado! Son cosas que quitarán el sueño por una temporada al duque de Aiençon. La Mole iba a contestar cuando el carcelero, que sin duda había escuchado algún ruido, acudió, metió a cada cual en su celda y cerró la puerta tras ellos.

La figura de cera

✦

Desde hacía ocho días, Carlos se hallaba postrado en el lecho, debilitado por una fiebre extenuante, interrumpida por violentos accesos parecidos a los ataques epilépticos. Durante aquellos accesos daba a veces unos gritos que oían con terror los guardias que estaban en su antecámara y cuyo eco resonaba por los rincones del viejo Louvre, hartos de despertarse de un tiempo a esta parte sobresaltados por tantos ruidos siniestros. Luego, una vez calmado el acceso, abrumado de fatiga y con los ojos sin brillo, se apoyaba en los brazos de su nodriza y guardaba un silencio que parecía, a la vez, despectivo y terrorífico.

Decir lo que Catalina de Médicis y el duque de Alençon, incomunicados por completo, ya que la madre y el hijo se huían mutuamente, guardaban en el fondo de sus siniestros corazones, sería pretender describir el inmundo espectáculo de un nido de víboras.

Enrique continuaba preso y, de acuerdo con sus propios deseos, nadie pudo obtener permiso para visitarle, ni siquiera Margarita. Ante los ojos de todos su desdicha era completa. Catalina y Francisco respiraban tranquilos, creyéndole perdido, y Enrique, sintiéndose olvidado, comía y bebía con mayor apetito.

En la corte nadie sospechaba la causa de la enfermedad del rey. Ambrosio Paré y su colega Mazille habían diagnosticado una inflamación del estómago, tomando equivocadamente el efecto por la causa. Por consiguiente, habían prescrito un régimen calmante que por fortuna contribuía a la acción de la bebida in - dicada por Renato y que Carlos tomaba tres veces al día de manos de su nodriza, como base principal de su alimentación.

La Mole y Coconnas seguían también en la fortaleza de Vincennes rigurosamente incomunicados. Margarita y la señora de Nevers habían hecho diez tentativas de llegar hasta ellos o, al menos, de lograr que les transmitieran un mensaje, pero sus esfuerzos resultaron vanos.

Una mañana, entre las alternativas que experimentaba en el curso de su enfermedad, sintióse Carlos un poco mejor y quiso que se dejase entrar hasta su alcoba a toda la cort e, que, como de costumbre, y pese a la suspensión de la audiencia matinal, se presentaba todas las mañanas en las habitaciones del rey. Las puertas se abrieron de par en par y todo el mundo pudo reconocer por la palidez de sus mejillas, por el tono marfileño de su frente y por la llama febril de sus ojos, hundidos en el fondo de negras ojeras, los terribles estragos que la desconocida enfermedad había causado sobre el cuerpo del joven monarca.

La alcoba del rey se llenó rápidamente de cortesanos interesados y curiosos.

Catalina, Francisco y Margarita fueron advertidos de que el rey recibía a la corte.

Los tres fueron a la habitación, mediando entre la entrada de uno a otro muy poco intervalo. Catalina entró calmosamente, Alençon sonriente y Margarita abatida.

Catalina se sentó a la cabecera de la cama de su hijo sin advertir la mirada con que éste la recibió cuando la vio acercarse.

Alençon se situó a los pies y permaneció de pie.

Margarita se apoyó en un mueble y, al contemplar la pálida frente, el rostro demacrado y los ojos hundidos de su hermano, no pudo contener un suspiro, y una lágrima corrió por sus mejillas.

Carlos, a quien nada se le escapaba, vio la lágrima y oyó el suspiro, por lo que hizo a Margarita un signo imperceptible con la cabeza.

Aquel gesto, por imperceptible que fuese, iluminó el semblante de la pobre reina de Navarra, a quien Enrique no había tenido tiempo de decirle nada o no juzgó oportuno hacerlo.

Temía por la suerte de su marido y temblaba por la de su amante.

Por ella misma no abrigaba ninguna zozobra, pues conocía demasiado bien a La Mole y sabía hasta qué punto podía contar con él.

—Decidme, hijo mío —habló Catalina—. ¿Cómo os encontráis?

—Mejor, madre mía, mejor.

—¿Qué es lo que dicen vuestros médicos?

—¿Mis médicos? ¡Ah! Son grandes doctores, madre —dijo Carlos lanzando una carcajada —, y siento un supremo placer, os lo confieso, cada vez que los oigo discutir acerca de mi enfermedad. Nodriza, dadme de beber.

La nodriza ofreció a Carlos una taza con su acostumbrada mezcla.

—¿Qué os hacen tomar, hijo mío?

—¡Oh, señora! ¿Quién puede saber de qué se componen sus recetas? —respondió el rey, ingiriendo ávidamente el brebaje.

—Lo que necesitaría mi hermano —dijo Francisco— sería poderse levantar y tomar el sol; la caza, que a él tanto le gusta, le sentaría muy bien.

—Sí —dijo Carlos con una sonrisa cuyo sentido no pudo adivinar el duque—; no obstante, la última cacería no me sentó nada bien.

Carlos pronunció estas palabras de un modo tan singular, que la conversación, en la que no habían in - tervenido los cortesanos allí presentes, quedó interrumpida. Luego el rey hizo un gesto con la cabeza. Los cortesanos, comprendiendo que la recepción había terminado, se retiraron poco a poco.

Alençon hizo un movimiento como para acercarse a su hermano, pero una fuerza interior le detuvo. Saludó y se fue.

Margarita se abalanzó sobre la descarnada mano que su hermano le tendía y, tras oprimirla y besarla, salió a su vez.

—¡Qué buena es Margot! —murmuró Carlos.

Sólo quedó Catalina, que seguía sentada a la cabecera de la cama. Carlos, al verse cara a cara con ella, se volvió de espaldas con el mismo sentimiento de repulsión con que se hubiera apartado de una serpiente. El rey, informado por la confesión de Renato, y luego afirmado en su idea a través de largas horas de silencio y meditación, no tenía ya siquiera el consuelo de una duda.

Sabía perfectamente a quién y a qué debía atribuir su muerte.

Así, pues, cuando Catalina se aproximó al lecho y alargó hacia su hijo una mano tan fría como su mirada, éste se estremeció y tuvo miedo.

—¿Os quedáis, señora?

—Sí, hijo mío —repuso Catalina—, tengo que hablaros de cosas importantes.

—Hablad, señora —dijo Carlos, apartándose cuanto pudo de su lado.

—Señor —dijo la reina—, os he oído afirmar hace un momento que vuestros médicos son sabios doctores...

—Y lo sigo afirmando, señora...

—Sin embargo, ¿qué han hecho desde que estáis enfermo? '

—Nada, es cierto... pero si hubieseis oído lo que decían... En verdad, señora, uno quisiera estar enfermo siempre nada más que por escuchar tan sabias disertaciones.

—Pues bien, ¿queréis que os explique una cosa, hijo mío?

—¡Cómo no! Decídmela, madre mía.

—Sospecho que todos esos grandes doctores no saben una palabra de vuestro mal.

—¿De veras, señora?

—Ellos ven quizás el resultado, pero ignoran las causas.

—Es posible —dijo Carlos sin comprender hasta dónde quería llegar su madre.

—De tal modo que tratan los síntomas en lugar de tratar la enfermedad que los provocan.

—¡Por mi alma! —replicó asombrado Carlos—. Creo que tenéis razón, madre mía.

—Y como no conviene a mi corazón ni al bien del Estado que estéis tanto tiempo enfermo —siguió Catalina—, puesto que vuestra moral podría llegar a quebrantarse, he decidido reunir a los más sabios doctores.

—¿En el arte de la medicina, señora?

—No, en un arte más profundo, en el arte que no sólo permite leer en los cuerpos, sino también en las almas.

—¡Ah! ¡Qué hermoso arte, señora! ¡Y cuánta razón tienen al no enseñárselo a los reyes! ¿Y vuestros desvelos han tenido algún resultado? —agregó.

—Sí.

—¿Cuál?

—El que yo esperaba: aquí traigo a Vuestra Majestad el remedio que curará su cuerpo y su espíritu. Carlos se estremeció. Creyó que su madre, pensando que su enfermedad se prolongaba demasiado, había resuelto acabar a sabiendas lo que había empezado sin saber.

—¿Y dónde está ese remedio? —preguntó Carlos apoyándose en un codo y mirando a su madre.

—Reside en el mismo mal —respondió Catalina.

—¿Y dónde está el mal?

—Escuchad, hijo mío —dijo Catalina—. ¿Habéis oído decir alguna vez que existen enemigos secretos cuya venganza mata a la víctima a distancia?

—¿Por medio del hierro o del veneno? —preguntó Carlos sin perder de vista un instante la impasible fiso— nomía de su madre.

—No; por otros medios mucho más terribles y seguros —respondió Catalina.

—Explicaos.

—Hijo mío —dijo la florentina—, ¿tenéis fe en las prácticas de la cábala y de la magia?

Carlos disimuló una sonrisa de desprecio a incredulidad.

—Mucha —dijo.

—Pues bien —replicó apresuradamente Catalina—, es de ahí de donde provienen todos vuestros sufrimientos. Un enemigo de Vuestra Majestad, que no osó atacaros de frente, ha conspirado en la sombra. Ha dirigido contra la persona de Vuestra Majestad una conspiración tanto más terrible cuanto que no tenía ningún cómplice y los misteriosos hilos de su trama eran invisibles.

—¡Imposible, a fe mía! —exclamó Carlos, rebelándose contra tanta astucia.

—Buscad bien, hijo mío —dijo Catalina—, acordaos de ciertos proyectos de evasión que debían asegurar la impunidad del criminal.

—¡El criminal! —exclamó Carlos—. ¿El criminal decís? ¿Acaso han intentado matarme, madre mía? Los ojos cambiantes de Catalina giraron hipócritamente bajo sus párpados caídos.

—Sí, hijo mío; vos tal vez lo dudéis, pero yo estoy segura.

—Nunca dudo de lo que vos me decís —respondió el rey con amargura—. ¿Y cómo. trataron de matarme? Tengo curiosidad por saberlo.

—Por medio de la magia, hijo mío.

—Explicaos, señora — dijo Carlos, volviendo a su papel de observador.

—Si ese conspirador al que quiero señalar... y al que Vuestra Majestad ha dado ya un nombre en el fondo de su corazón..., habiendo dispuesto sus baterías y estando seguro del éxito, hubiera logrado desaparecer, nadie quizás hubiese adivinado la causa de los sufrimientos de Vuestra Majestad; pero, felizmente, señor, vuestro hermano velaba por vos.

—¿Qué hermano?

—El duque de Alençon.

—¡Ah! Sí, es cierto; siempre me olvido de que tengo un hermano —murmuró Carlos, sonriendo tristemente—. ¿Y decíais, señora...?

—Que por suerte él reveló a Vuestra Majestad el lado material de la conspiración. Pero mientras que él, como joven inexperto, no buscaba más que las huellas de un complot vulgar o

las pruebas de una travesura de muchacho, yo busqué las pruebas de una acción mucho más importante, pues conozco hasta dónde llega la intención del culpable.

—Madre mía, se diría que estáis hablando del rey de Navarra —dijo Carlos, queriendo saber hasta dónde llegaba el disimulo de la florentina.

Catalina bajó los ojos hipócritamente.

—Me parece que ya le he hecho arrestar y conducir a Vincennes por la travesura en cuestión —añadió el rey—. ¿Acaso es más culpable de lo que supongo?

—¿Sentís la fiebre que os devora? —preguntó Catalina.

—Sí, por cierto —dijo Carlos frunciendo el ceño.

—¿Y el calor abrasador que os roe el corazón y las entrañas?

—Sí, señora —respondió Carlos poniéndose cada vez más sombrío.

—¿Y agudos dolores de cabeza que pasan de vuestros ojos a vuestro cerebro como si fueran flechas?

—Sí, sí, señora. ¡Oh! Todo eso es lo que siento. ¡Qué bien sabéis describir mi mal!

—Es bien sencillo —dijo la florentina—, mirad...

De debajo de su capa sacó un objeto que presentó al rey.

Era una figurita de cera amarillenta, de unas seis pulgadas de alto. La estatuita tenía un vestido salpicado de estrellas de oro y un manto real también de cera.

—¿Qué significa esta estatuita? —preguntó Carlos.

—Mirad lo que lleva en la cabeza —dijo Catalina.

—Una corona —repuso Carlos.

—¿Y en el corazón?

—Una aguja.

—Pues bien, señor, ¿os reconocéis en ella?

—¿Yo?

—Sí, vos, con vuest ra corona y vuestro manto.

—¿Y quién ha hecho esta figura? —preguntó Carlos fatigado ya de aquella comedia—. ¿Diréis también que el rey de Navarra?

—No, señor.

—¿No?... Pues entonces no comprendo nada.

—He dicho que no —repuso Catalina—, porque Vuestra Majestad se refirió al hecho en sí, pero hubiese dicho que sí si Vuestra Majestad me hubiese hecho la pregunta de otro modo.

Carlos no contestó. Trataba de adivinar todos los pensamientos de aquella mente tenebrosa que se cerraba siempre ante él en el momento preciso en que creía posible poder leer en ella.

—Señor —añadió Catalina—, esta estatua ha sido hallada por Laguesle, vuestro procurador general, en el aposento del hombre que el día de la caza con halcón tenía un caballo dispuesto para el rey de Navarra.

—¿Os referís al señor de La Mole? —preguntó Carlos.

—Sí, el mismo; ahora, si os place, mirad esta aguja de acero que le atraviesa el corazón y ved la letra que está escrita en el papel que cuelga de ella.

—Veo una M —dijo Carlos.

—Es decir: muerte. Es la fórmula mágica, señor. El inventor escribe así su deseo sobre la misma herida que abre. Si hubiera querido que os atacara la locura, como hizo el duque de Bretaña con el rey Carlos VI, hubiese clavado la aguja en la cabeza y hubiera escrito una L en lugar de una M.

—¿De modo —dijo Carlos IX— que en vuestra opinión es el señor de La Mole quien atenta contra mis días?

—Sí, como el puñal busca al corazón, sólo que detrás del puñal está la mano que lo empuña.

—¿Y es ésta la causa del mal que me aflige? ¿Y acabará el mal el día en que cese el sortilegio? ¿Qué es lo que hay que hacer para ello? —preguntó Carlos—. Vos lo sabéis, mi buena madre; yo, como no he dedicado toda mi vida a ocuparme de esto como vos habéis hecho, soy muy ignorante en materia de magia.

—La muerte del inventor rompe el encanto, esto es todo. El día en que el maleficio sea destruido, el mal cesará —dijo Catalina.

—¿De veras? —preguntó Carlos fingiendo asombro.

—¿Cómo? ¿No lo sabéis?

—¡Diantre! No soy brujo — dijo el rey.

—Vuestra Majestad está convencida ahora, ¿no es cierto? —preguntó Catalina.

—En efecto.

—¿Y esta convicción acaba con vuestra inquietud?

—Completamente.

—¿No me lo diréis por compromiso?

—No, madre mía, os lo digo con toda el alma.

El semblante de Catalina se dulcificó.

—¡Dios sea loado! —exclamó, como si realmente creyera en Dios.

—Sí, Dios sea loado —repitió con ironía Carlos—. Ahora ya sé tan bien como lo sabéis vos a quién debo atribuir el estado en que me encuentro y no ignoro por consiguiente a quién debo castigar.

—Y castigaremos ....

—Al señor de La Mole: ¿no me dijisteis que él era el culpable?

—Dije que era el instrumento.

—Está bien —dijo Carlos—, empecemos por La Mole; es el más importante. Todas estas crisis que sufro pueden llegar a crear en torno nuestro suposiciones peligrosas. Es urgente que se haga la luz y que a esta luz resplandezca la verdad.

—¿De modo que el señor de La Mole...?

—Me conviene admirablemente como culpable: lo acepto, pues. Comenzaremos por él, y si tiene algún cómplice, ya lo dirá.

—Sí —murmuró Catalina—, y si no quiere decirlo, le obligaremos a hablar. Contamos para ello con medios infalibles.

Y levantándose dijo en voz alta:

—¿Permitís, señor, que comience la instrucción del proceso?

—Es mi deseo, señora —respondió Carlos—, y... cuanto antes comience será mejor...

Catalina estrechó la mano de su hijo, sin darse cuenta del nervioso estremecimiento que la agitó al ponerse en contacto con la suya, y se fue sin oír la risa sardónica del rey ni la sorda y terrible imprecación que siguió a la misma. El rey se preguntaba si no habría peligro en dejar obrar de tal modo a aquella mujer que era capaz de hacer en pocas horas tanto mal irremediable.

Cuando miraba la puerta por la que acababa de salir Catalina, oyó un ligero ruido a su espalda, y volviendo la cabeza vio que Margarita levantaba el tapiz que comunicaba con el cuarto de su nodriza. Margarita, cuya palidez de rostro, angustiosa mirada y alterada respiración revelaban la más violenta emoción, exclamó precipitándose hacia el lecho de suhermano:

—¡Oh, señor, señor! Vos sabéis muy bien que ella miente.

—¿Quién es ella? —preguntó Carlos.

—Escuchadme, Carlos, es terrible sin duda acusar a la propia madre, pero supuse que se quedaría a vuestro lado para perseguirles hasta el final. ¡Pero por mi vida, por la vuestra, por nuestras almas, os digo que miente!

—¿Perseguirles? ¿A quiénes persigue?

Ambos hablaban instintivamente en voz baja; se hubiese dicho que temían oír sus propias voces.

—En primer lugar a Enrique, a vuestro Enrique que tanto os quiere y os es más fiel que nadie en el mundo.

—¿Crees eso, Margot? —preguntó Carlos.

—¡Oh, señor, estoy segura!

—Yo también —dijo Carlos.

—Entonces, si estáis seguro, hermano mío —dijo Margarita asombrada—, ¿por qué le habéis hecho arrestar y conducir a Vincennes?

—Porque él mismo me lo pidió.

—¿Que él os lo pidió, señor?

—Sí, Enriquito tiene ideas singulares. Tal vez se equivoque o tal vez acierte; pero, en fin, el caso es que se le ha ocurrido que se siente más seguro habiéndome caído en desgracia que bajo mi protección y mejor lejos de mí que a mi lado, en Vincennes que en el Louvre.

—¡Ah, ya comprendo! —dijo Margarita—. Entonces ¿está seguro?

—¡Diantre! ¡Tan seguro como puede estar un hombre del que Beaulieu me responde con su cabeza!

—¡Oh! Gracias, hermano mío, por lo que respecta a Enrique. Pero...

—¿Pero qué? —preguntó Carlos.

—Hay otra persona, señor, por la que quizás haga mal en interesarme, pero por la que me intereso al fin.

—¿Y quién es esa persona?

—Señor, ahorradme... Me atrevería si acaso a nombrársela a mi hermano, pero no me atrevo a nombrársela al rey.

—Es el señor de La Mole, ¿no es cierto? —dijo Carlos.

—¡El mismo, señor! —exclamó Margarita—. Quisisteis matarle una vez y por milagro escapó a vuestra real venganza.

—Y eso, Margarita, cuando no era culpable más que de un solo crimen; mientras que ahora ha cometido dos.

—Señor, no es culpable del segundo.

—Pero —dijo Carlos— ¿no has oído lo que acaba de decir nuestra buena madre, mi pobre Margot?

—¡Oh! Ya os he dicho, Carlos —replicó Margarita bajando la voz—, que mentía.

—Tal vez vos ignoráis que existe una figurita de cera que ha sido hallada en la habitación del señor de La Mole.

—En efecto, ya lo sé.

—¿Y que esta figurita tiene una aguja clavada en el corazón, de la que cuelga un papel en el que está escrita la letra M?

—También lo sé.

—¿Y que esta figurita tiene un manto real sobre los hombros y una corona en la cabeza?

—Sé todo lo que me decís.

—¿Y qué me respondéis?

—Que esta figurita que lleva un manto real sobre los hombros y un a corona en la cabeza representa una mujer y no un hombre.

—¡Bah! —dijo Carlos—. ¿Y esa aguja que le atraviesa el corazón?

—Era un sortilegio hecho para hacerse amar por esa mujer y no un maleficio para matar a un hombre.

—¿Y esa letra M?

—No quiere decir muerte como pretende la reina madre.

—¿Qué significa entonces? —preguntó Carlos.

—Es la inicial del nombre de la mujer... a quien ama el señor de La Mole.

—¿Y esa mujer se llama...?

—Margarita, hermano mío —dijo la reina de Navarra, cayendo de rodillas junto al lecho del rey, cogiéndole una mano entre las suyas y apoyando sobre ella su rostro bañado en ardientes lágrimas.

—¡Silencio, hermana mía! —dijo Carlos lanzando una mirada penetrante y frunciendo el ceño—. De la misma manera como vos oísteis podrían oíros ahora.

—¡Oh, qué me importa! —dijo Margarita, levantando la cabeza—. Aunque el mundo entero me oyera, declararía que es infame abusar del amor de un caballero para manchar su reputación con una acusación de asesinato.

—Margot, ¿si yo lo dijera que conozco la verdad tan bien como tú?

—¡Hermano mío!

—¿Y si lo dijera que el señor de La Mole es inocente?

—¿Lo sabéis?

—¿Y si lo dijera que conozco al verdadero culpable?

—¡Al verdadero culpable! —exclamó Margarita—. ¿Entonces se ha cometido un crimen?

—Sí, voluntaria o involuntariamente, se ha cometido un crimen.

—¿Y quién es la víctima?

—Yo.

—¡Imposible!

—¿Imposible...? Mírame, Margot.

La joven miró a su hermano y se estremeció al verle tan pálido.

—Margot, no me quedan tres meses de vida —dijo Carlos.

—¿Vos, hermano mío? ¿Tú, Carlos?

—Margot, estoy envenenado.

Margarita dio un grito.

—Cállate — dijo Carlos—. Es preciso que crean que muero por efectos de la magia.

—¿Y conocéis al culpable?

—Sí.

—Me dijisteis que no era La Mole.

—No, no es él.

—Ni tampoco puede serlo Enrique... ¡Gran Dios! ¿Será... ?

—¿Quién?

—¿Mi hermano... el duque de Alençon? —murmuró Margarita.

—Tal vez.

—¿O bien... —Margarita bajó más aún el tono de su voz, como aterrorizada ella misma de lo que iba a decir—, o bien... nuestra madre?

Carlos no contestó.

Margarita le contempló, leyó en sus ojos todo lo que esperaba y cayó de rodillas a su lado, apoyándose en una butaca.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró—. ¡Es imposible!

—¡Imposible! —dijo Carlos con una carcajada estridente—. Es una lástima que Renato no esté aquí; él lo contaría lo sucedido.

—¿ Renato ?

—Sí. Él lo contaría, por ejemplo, que una mujer a la que no osa negarle nada fue a pedirle un libro de caza que ya no está en su biblioteca; que un sutil veneno fue vertido en cada una de las páginas de este libro; que el veneno destinado a no sé quién cayó por un capricho del azar o por un castigo del Cielo en manos de otra perso na y no de aquella a quien estaba destinado. Pero si quieres ver el libro, aun cuando no esté Renato, allí lo tienes en mi sala de armas. Escrito de puño y letra por el florentino, verás que ese volumen, que contiene entre sus hojas veneno suficiente para matar a veinte personas más, fue dado por él a su compatriota.

—¡Silencio, Carlos, silencio! —dijo Margarita.

—Ahora comprenderás por qué es preciso que se crea que muero por efecto de la magia.

—¡Pero se comete una iniquidad! ¡Es espantoso! ¡Perdonadle, por favor! Ya sabéis que es inocente.

—Sí, de sobra lo sé, pero es necesario que se le crea culpable. Sufre, pues, la muerte de lo amante; es poco con tal de salvar el honor de la familia real. Yo también sufriré mi muerte sin protestar para que el secreto muera conmigo.

Margarita inclinó la cabeza convencida de que, por parte del rey, nada podía hacer por salvar a La Mole, y se retiró llorando, sin confiar en otra ayuda que no fueran sus propios recursos. Durante este tiempo y tal y como lo había previsto Carlos, Catalina no perdía un minuto y escribía al procurador general Laguesle una carta que ha sido conservada por la historia y que arroja sobre este asunto sangrientas luces:

Señor procurador:

Me han dado como cierta esta tarde la noticia de que La Mole hizo el sacrilegio. En su alojamiento de París se hallaron muchas cosas perversas, tales como libros y papeles. Os ruego que deis parte al primer presidente a instruyáis lo más pronto que sea posible el proceso referente a la figurita de cera que hirieron en el corazón atentando simbólicamente contra el rey.

Escudos invisibles

✦

Al día siguiente de aquel en que Catalina escribió el mensaje que acabamos de copiar, el gobernador del castillo entró aparatosamente en la celda de Coconnas. Lo acompañaban dos alabarderos y cuatro hombres de toga.

Coconnas fue invitado a descender a una sala donde le aguardaban el procurador general Laguesle y dos jueces que habían de interrogarle de acuerdo con la acusación formulada por Catalina.

Durante los ocho días que llevaba en la prisión, Coconnas había reflexionado mucho. Además, tuvo ocasión de conversar a diario con La Mole, gracias a la amabilidad del carcelero, quien, sin decirles nada a los dos amigos, les preparó tan grata sorpresa que, según todas las apariencias, no se debían a su sola filantropía. En estas entrevistas, La Mole y él se habían puesto de acuerdo con respecto a la conducta que observarían, y que en resumidas cuentas se reducía a negar absolutamente todo. Por lo tanto, Coconnas estaba persuadido de que, con un poco de habilidad, su asunto marcharía muy bien, dado que los cargos formulados contra ellos no eran más graves que los que pesaban sobre los de más. Enrique y Margarita no habían hecho ninguna tentativa de fuga, de modo que no iban los dos gentiles hombres a verse envueltos en un pleito cuyos principales culpables estaba n en libertad. Coconnas ignoraba que Enrique habitaba el mismo castillo, y la complacencia de su carcelero le dejaba adivinar que sobre su cabeza se cernían protecciones, a las que él llamaba «escudos invisibles».

Hasta entonces, los interrogatorios se habían limitado a averiguar los proyectos del rey de Navarra, sus planes de huida y la parte que los dos amigos hubieran tomado en ellos. A todas aquellas preguntas, Coconnas había respondido de una manera vaga y sumamente hábil; se disponía a seguir contestando de la misma forma y hasta tenía preparadas por anticipado algunas respuestas, cuando de pronto advirtió que el interrogatorio cambiaba de rumbo.

Se trataba de una o de varias visitas hechas a Renato y de una o de varias figuras de cera fabricadas a instigación de La Mole.

Coconnas, preparado como estaba, creyó notar que la acusación perdía gran parte de su gravedad, pues ya no se trataba de haber hecho traición a un rey, sino de la fabricación de una estatuita real. Además, la estatuita en cuestión sólo tenía ocho o diez pulgadas de tamaño.

Respondió, pues, de la manera más divertida, diciendo que tanto él como su amigo habían dejado hacía mucho tiempo de jugar a las muñecas y advirtió, con harto placer, que varias veces sus respuestas tuvieron el privilegio de hacer sonreír a sus jueces.

En aquel entonces aún no se había dicho en verso: j' ai ri, me voilà désarmé, pero sí se decía en prosa, de

modo que Coconnas, en cuanto vio sonreír a sus jueces, creyó haberlos desarmado por lo menos a medias. desarmado. Una vez terminado el interrogatorio, volvió a su celda cantando y escandalizando de tal modo que La Mole, a quien estaba dedicado todo aquel bullicio, debió sacar en conclusión los más felices augurios. Cuando le tocó bajar, La Mole vio con asombro que la acusación ya no seguía el mismo camino, sino otro bien distinto. Le interrogaron acerca de sus visitas a Renato. Contestó que sólo había estado una vez en casa del florentino. Le preguntaron si en aquella ocasión había encargado una figurita de cera. Respondió que Renato le había enseñado aquella figurita ya terminada. Le preguntaron si la figurita representaba a un hombre. Dijo que representaba una mujer. Le preguntaron si el sortilegio no tenía por objeto la muerte de aquel hombre. Repuso que su objeto fue lograr el amor de aquella mujer.

Las preguntas fueron hechas de cien modos distintos, pero siempre, y fuera cualquiera el aspecto con que se presentasen, La Mole contestó lo mismo que la primera vez.

Los jueces se miraron entre sí con cierta indecisión, sin saber qué hacer ni qué decir ante semejante sencillez, hasta que un mensaje, recibido por el procurador general, puso término a sus dudas.

Decía así:

Si el acusado niega, recurrid al tormento.

El procurador se guardó el papel en el bolsillo, sonrió al acusado y le despidió cortésmente. La Mole regresó a su celda casi tan tranquilo y alegre como Coconnas.

«Creo que todo marcha bien» se dijo.

Una hora después oyó pasos y vio entrar un papel por debajo de su puerta, sin ver la mano que por allí lo echaba. Lo recogió pensando que se trataba de un aviso del carcelero.

Al desdoblarlo, una esperanza casi tan dolorosa como una decepción surgió en su alma. Esperaba que fuera de Margarita, de quien no había tenido ninguna noticia desde que estaba preso. Sus manos le temblaban, y al ver la letra con que estaba escrito estuvo a punto de morirse de alegría:

«Valor -decía el billete-, yo velo por vos.»

—¡Ah! Si ella lo dice —exclamó La Mole cubriendo de besos el papel que había tocado una mano tan querida—,estoy salvado.

Para que La Mole comprenda el sentido de este mensaje y para que confíe en lo que Coconnas llamaba sus «escudos invisibles», es preciso que se traslade el lector a aquella casita, a aquella habitación donde ocurrieron tantas escenas de embriagadora dicha, donde aún quedaban tantos perfumes apenas evaporados y en la que tan dulces recuerdos, transformados después en angustias, destrozaban el corazón de una mujer reclinada sobre unos almohadones de terciopelo.

—¡Ser reina, sentirse fuerte, joven, rica y hermosa y tener que sufrir lo que estoy sufriendo! —exclamaba la mujer—. ¡Oh! ¡Es imposible!

En su agitación se ponía de pie, andaba, se detenía de repente, apoyaba su frente febril contra un frío mármol, volvía a incorporarse, pálida, con el rostro bañado en lágrimas, se retorcía los brazos gritando y caía por fin extenuada sobre una butaca.

De pronto, se abrieron las cortinas que separaban el departamento de la calle de Cloche-Percée del de la calle Tizon. Se oyó un crujido de sedas en la puerta y apareció la duquesa de Nevers.

—¡Oh! ¡Por fin! —exclamó Margarita—. ¡Te esperaba con impaciencia! ¿Qué noticias tienes?

—Nada buenas, mi pobre amiga. Catalina dirige personalmente el asunto y precisamente ahora está en Vincennes.

—¿Y Renato?

—Ha sido detenido.

—¿Antes de que pudieras hablarle?

—Sí.

—¿Y nuestros presos?

—Tengo noticias de ellos.

—¿Por conducto del carcelero?

—Como siempre.

—¿Qué tal están?

—Se ven todos los días. Anteayer los registraron. La Mole rompió lo retrato antes que entregarlo.

—¡Querido La Mole!

—Annibal se rió en las barbas de los inquisidores. —¡Estupendo Annibal! ¿Y qué más?

—Esta mañana los interrogaron acerca de la huida del rey y de sus proyectos de rebelión en Navarra, pero ellos nada dijeron.

—¡Oh! Ya sabía que guardarían silencio; pero ese silencio los condena lo mismo que si hablaran.

—Sí, pero nosotras los salvaremos.

—¿Has pensado, pues, en nuestra empresa?

—No hago otra cosa desde ayer.

—Cuéntame.

—Acabo de ponerme de acuerdo con Beaulieu. ¡Ah, mi querida reina! ¡Qué hombre más difícil y venal! Nuestro propósito costará la vida de una persona y trescientos mil escudos.

—¡Y dices que es difícil!... Sin embargo, no pide más que una vida humana y trescientos mil escudos... ¡No es mucho que se diga!

—¡Casi nada!... ¡Trescientos mil escudos!... Pues ni con tus joyas y las mías tenemos bastante.

—¡Oh! ¿Qué importa? El rey de Navarra contribuirá, el duque de Alençon y mi hermano Carlos contribuirá ..., o si no...

—Estáis discurriendo como una loca. Yo tengo los trescientos mil escudos.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¿Y cómo lo los has procurado?

—¡Ah!...

—¿Es un secreto?

—Para todo el mundo, excepto para ti.

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo Margarita sonriendo en medio de sus lágrimas—. ¿Los has robado?

Juzga por ti misma.

—Veamos.

—¿Te acuerdas del horrible Nantouillet?

—¿El ricachón, el usurero?

—El mismo.

—¿Y qué?

—Que un día, al ver pasar a cierta dama rubia, de ojos verdes, adornada con tres rubíes colocados uno en la frente y los otros dos en las sienes, tocado. que le sienta muy bien, a ignorando que esa dama era una duquesa, el ricachón, el usurero exclamó: «¡Por tres besos dados en el lugar de esos tres rubíes, daría tres diamantes de cien mil escudos cada uno!»

—¡Enriqueta!

—¡Margarita! El caso es que obtuve los diamantes y losvendí.

—¡Oh! ¡Enriqueta! ¡Enriqueta! —murmuró la reina.

—¡Ya ves! —exclamó la duquesa con un acento de impudor, ingenuo y sublime a la vez, que resume el siglo y la mujer de entonces—. ¡Ya ves si quiero a mi Annibal!

—Cierto —dijo Margarita sonriendo y ruborizándose a un tiempo—, le amas mucho, demasiado quizá. Después le estrechó la mano.

—De modo que, gracias a los tres diamantes, tengo los trescientos mil escudos y el hombre.

—¿El hombre? ¿Qué hombre?

—El hombre que hay que matar; olvidas que hay que matar a un hombre.

—¿Y encontraste al hombre que hace falta?

—Sí.

—¿Al mismo precio? —preguntó sonriendo Margarita.

—Al mismo precio hubiera hallado mil —respondió Enriqueta—; no, mediante quinientos escudos tan sólo.

—¿Y por quinientos escudos encontraste un hombre capaz de dejarse matar?

—¿Qué quieres? ¡Es preciso vivir!

—Mi querida amiga, no lo comprendo. Veamos, habla con claridad; los enigmas requieren para ser adivinados un tiempo que en nuestra situación nos es precioso.

—Muy bien, escucha: el carcelero que tiene a su cargo la custodia de La Mole y Coconnas es un antiguo soldado que sabe lo que son las heridas; quiere ayudarnos a salvar a nuestros amigos, pero sin perder su puesto. Una puñalada hábilmente administrada resolverá el asunto. Nosotras le daremos una recompensa y el Estado una gratificación. De este modo, el buen hombre saldrá ganando por los dos lados y repetirá la fábula del pelícano.

—Pero —dijo Margarita— una puñalada...

—Puedes estar tranquila, será Annibal el encargado de dársela.

—En realidad —dijo riendo Margarita—, dio tres estocadas y tres puñaladas a La Mole sin causarle la muerte; de modo que hay razones para suponer...

—¡Bribona! Merecerías que no continuara.

—¡Oh! No, por favor, os lo suplico, dime el resto. ¿Cómo los salvaremos?

—Pues bien, he aquí lo dispuesto: la capilla es el único sitio del castillo donde pueden entrar las mujeres que no estén presas. Nos ocultaremos detrás del altar, y, debajo del paño que lo recubre, ellos encontrarán dos puñales. La puerta de la sacristía estará abierta de antemano. Coconnas hiere al carcelero, que cae fingiéndose muerto; aparecemos nosotras, echamos una capa sobre los hombros de nuestros amigos, huimos con ellos por la puerta de la sacristía, y como tenemos el santo y seña, salimos sin inconvenientes.

—¿Y una vez que estemos fuera?

—Dos caballos los aguardan a la puerta; saltan so bre ellos, abandonan Ille —de— France y se dirigen a Lorena, de donde de vez en cuando vendrán a vernos de incógnito.

—¡Oh! ¡Me devuelves la vida! —dijo Margarita—. ¿De suerte que crees que los salvaremos?

—Casi podría responder de ello.

—¿Y llegaremos a tiempo?

—Dentro de tres o cuatro días, Beaulieu nos avisará.

—¿Y si lo reconocen en los alrededores de Vincennes? Esto podría perjudicar nuestros planes.

—¿Cómo quieres que me reconozcan? Voy disfrazada de monja, con una cofia que sólo me deja descubierta la nariz.

—Es que todas las precauciones que tomemos serán pocas.

—¡Ya lo sé, voto al diablo!, como diría el pobre Annibal.

—¿Y has preguntado por el rey de Navarra?

—No faltaba más.

—¿Cómo está?

—Más contento que nunca, según parece; ríe, canta, come con apetito y no pide más que una cosa, y es que le vigilen bien.

—Tiene razón. ¿Y mi madre?

—Ya os lo he dicho; es la que hace todo para que el proceso siga adelante.

—Sí, sí, ya lo sé, pero ¿no sospecha nada de nosotras?

—¿Cómo quieres que sospeche? Todos los que están enterados de nuestro plan tienen interés en guardar el secreto. ¡Ah! Supe que dio orden para que estuvieran dispuestos los jueces de París.

—Obremos rápidamente, Enriqueta. Si nuestros desdichados presos cambian de prisión, habrá que comenzarlo todo de nuevo.

—Tranquilízate. Deseo tanto como tú verlos en libertad.

—¡Oh! Ya lo sé y gracias, gracias mil veces por lo que has hecho para conseguirlo.

—Adiós, Margarita, vuelvo a ponerme en acción.

—¿Estás segura de Beaulieu?

—Eso creo.

—¿Y del carcelero?

—Me dio su promesa.

—¿Y los caballos?

—Serán los mejores que haya en las caballerizas del duque de Nevers.

—¡Te adoro, Enriqueta!

Margarit a se arrojó en brazos de su amiga, separándose después las dos mujeres, no sin antes prometerse que se verían al día siguiente y todos los demás días, en el mismo lugar y a la misma hora. Aquellas dos encantadoras y abnegadas criaturas eran las que Coconnas llamaba con razón sus «escudos invisibles».

Los jueces

✦

—Estupendo, mi valiente amigo, estupendo —dijo Coconnas a La Mole cuando los dos compañeros se encontraron después del interrogatorio en que por vez primera se había hablado de la figurita de cera—. Me parece que todo marcha a la perfección y que no tardaremos en vernos libres de los jueces, lo cual no es lo mismo que si nos viéramos libres del médico, sino todo lo contrario, pues, cuando un médico se aparta del enfermo, es porque ya no puede salvarle, mientras que, cuando un juez deja en paz al acusado, es porque ha perdido la esperanza de hacer que le corten la cabeza.

—Sí —dijo La Mole—, me parece reconocer en la complacencia y docilidad de los carceleros y en la elasticidad de las puertas a nuestras dos nobles amigas, pero a quien no reconozco es al señor Beaulieu, por lo menos a juzgar por la idea que me habían dado de él.

—En cambio, yo sí le reconozco —respondió Coconnas—, sólo que esto costará más caro, pero ¡basta!, una es princesa y la otra reina; ambas son ricas y jamás han tenido mejor oportunidad que ésta para emplear su dinero. Ahora repasemos bien nuestra lección; nos llevan a la capilla, allí nos dejan bajo la custodia de nuestro carcelero, encontramos un puñal para cada uno en el sitio indicado y yo practico un agujero en el vientre de nuestro guía.

—No, en el vientre no; vas a dejarle sin sus quinientos escudos. En el brazo será mejor.

—¡Ah! En el brazo sería tanto como perderle al pobre hombre. Se vería que habíamos obrado de acuerdo. No, no, lo mejor será en el costado derecho, deslizando hábilmente el puñal a lo largo de las costillas; es una herida verosímil y leve.

—Bueno, me parece bien, sigue...

—Después, tú formas una barricada detrás de la puerta principal con los bancos, mientras nuestras dos princesas salen del altar donde están escondidas y Enriqueta abre la puertecita. ¡Ah! ¡A fe mía que hoy me siento más enamorado que nunca de Enriqueta! Debe de haberme sido infiel para que yo me sienta de tal manera.

—Y luego —añadió La Mole con voz emocionada que salía entre sus labios como una música—, vamos al bosque. Un beso dado por nuestras damas nos vuelve alegres y fuertes. ¿Te imaginas, Annibal, a nosotros dos inclinados sobre nuestros veloces corceles y sintiendo el corazón suavemente oprimido? ¡Oh! Qué bello es el miedo, el miedo cuando se está al aire libre, se cuenta con una buena espada y se puede fustigar y espolear al caballo que a cada grito nuestro, dándole ánimos, más que correr vuela.

—Sí —dijo Coconnas—, ¿pero qué opinas del miedo entre cuatro paredes? Yo puedo hablar de esto porque he sentido algo semejante. Cuando vi por primera vez en mi celda el

pálido semblante de Beaulieu, brillaban detrás de él las partesanas y se oía el ruido siniestro del entrechocar de los aceros. Te juro que pensé inmediatamente en el duque de Alençon y esperé que de un momento a otro apareciera su cabeza de villano entre las de los alabarderos. Me equivoqué, y ése fue mi único consuelo, pero no me equivoqué del todo, pues al llegar la noche soñé con él.

—Por lo tanto —dijo La Mole, que seguía sus alegres pensamientos sin acompañar a su amigo al terreno de lo fantástico—, ellas han previsto todos los detalles, incluso el lugar adonde debemos dirigirnos. Iremos a Lorena. En verdad, hubiese preferido ir a Navarra, pues allí estaría en mis dominios, pero Navarra está demasiado lejos. Nancey nos conviene más; por otra parte, tan solo ochenta leguas nos separarán de París. ¿Sabéis, Annibal, lo que siento?

—No, a fe mía. Te confieso que a mí no me causa ninguna pena el irme de aquí.

—Pues lo que siento más es no poder llevarme a ese digno carcelero en lugar de...

—¡Pero él no querría venir! —dijo Coconnas—. Perdería demasiado; piénsalo un poco: quinientos escudos nuestros, una recompensa del Gobierno y quién sabe si un ascenso. ¡Pues no va a sentirse poco feliz el condenado cuando yo le dé muerte!... Pero ¿qué tienes?

—Nada, tuve una idea.

—Que no debió de ser nada agradable a juzgar por lo palidez.

—Es que me pregunto por qué razón nos llevarán a la capilla.

—¡Valiente cosa! —dijo Coconnas—. Para cumplir con la Iglesia; creo que ha llegado el momento.

—Pero —agregó La Mole— sólo llevan a la capilla a los condenados a muerte o a los que han sido torturados.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó Coconnas, palideciendo levemente—. Esto merece nuestra atención. Interroguemos sobre el particular al hombre a quien debo destripar. ¡Eh! amigo!...

—¿Me llamáis, señor? —preguntó el carcelero, que vigilaba desde los primeros peldaños de la escalera.

—Sí, ven acá.

—Aquí estoy.

—Se ha convenido que nos escaparemos de la capilla, ¿no es cierto?

—¡Chist! —dijo el carcelero mirando con temor en torno suyo.

—Tranquilízate, nadie nos escucha.

—Sí, señor, la capilla es el sitio convenido.

—¿Pero es que nos van a llevar a la capilla?

—Sin duda; es la costumbre.

—¿Siempre?

—Sí; después de dictada toda sentencia de muerte, se permite que el acusado pase la noche en la capilla. Coconnas y La Mole sintieron un escalofrío y se miraron a un tiempo.

—¿Entonces, crees realmente que seremos condenados a muerte?

—Sin duda..., y vosotros también debéis de creerlo así.

—¿Cómo? —dijo La Mole.

—¡Naturalmente!... Si no lo creyerais así, no hubierais preparado vuestra fuga.

—¡Sabes que es muy razonable lo que dice este hombre! —aseguró Coconnas a su amigo.

—Sí..., pero lo que también sé es que nos jugamos una carta de mucho cuidado.

—¿Y yo? —dijo el carcelero—. ¿Acaso yo no arriesgo nada?... ¡Si en un momento de emoción el señor se equivocase de lugar!...

—¡Voto al diablo! Quisiera hallarme en lo puesto —contestó pausadamente Coconnas— y no tener que verme en otras manos que las mías, ni con otro acero que con el que va a acariciarte las costillas.

—¡Condenados a muerte! —murmuró La Mole—. ¡Parece imposible!

—¡Imposible! —dijo ingenuamente el carcelero—. ¿Y por qué?

—¡Silencio! —dijo Coconnas—. Creo que acaban de abrir la puerta de abajo.

—En efecto —respondió el carcelero—, vamos, volved a vuestras celdas.

—¿Y cuándo os parece que tendrá lugar el juicio? —preguntó La Mole.

—Lo más tarde, mañana. Pero estad tranquilos; las personas que os interesan serán avisadas.

—Abracémonos, entonces, y digamos adiós a estas paredes.

Los dos amigos se abrazaron y volvieron a su encierro; La Mole suspirando y Coconnas canturreando. Nada nuevo ocurrió hasta las siete de la tarde.

Una noche oscura y lluviosa envolvió las torres del castillo de Vincennes; era una verdadera noche de evasión. Coconnas saboreó la cena que le llevaron con su apetito acostumbrado, pensando en el placer que experimentaría al sentir sobre su cuerpo la lluvia que azotaba los muros de la fortaleza. Ya se disponía a dormir arrullado por el sordo y monótono murmullo del viento, cuando le pareció que aquel viento, cuyo silbido escuchaba a veces con un sentimiento de melancolía desconocido para él antes de caer preso, silbaba de un modo extraño por debajo de las puertas, y que la estufa roncaba con mayor furia que la de costumbre. Este fenómeno ocurría cada vez que abrían alguna de las celdas del mismo piso; sobre todo la de enfrente. Coconnas esperó que apareciera el carcelero, pues aquella corriente de aire significaba que acababa de salir de la celda de La Mole.

Sin embargo, por esta vez, Coconnas esperó inútilmente con el cuello extendido y el oído alerta. Pasó el tiempo sin que apareciera nadie.

—Es singular —se dijo—, han abierto la celda de La Mole y no abren la mía. ¿Habrá llamado? ¿Estará enfermo? ¿Qué significa esto?

Sabido es que en un preso todo es motivo de sospecha y de inquietud, del mismo modo que puede serlo de alegría y de esperanza.

Transcurrió media hora, luego una hora, luego hora y media...

Coconnas empezaba ya a dormirse cuando le sobresaltó el chirrido de la cerradura.

—¡Oh! ¡Oh! —se dijo—. ¿Será ya la hora y nos llevarán a la capilla sin ser condenados? ¡Voto al diablo! Será un gran placer huir en una noche como ésta, oscura como boca de lobo. ¡Con tal de que los caballos no se espanten!

Se preparaba a interrogar jovialmente al carcelero, cuando vio que éste se llevaba un dedo a los labios y abría los ojos de un modo muy elocuente.

En efecto, se oyó un ruido a sus espaldas y se distinguieron dos sombras.

De pronto, en medio de la penumbra, distinguió un par de cascos que brillaban a la luz de las antorchas.

—¿Qué quiere decir este siniestro aparato? —preguntó a media voz—. ¿Adónde vamos?

El carcelero sólo respondió con un suspiro que resultó bastante tétrico.

—¡Voto al diablo! —murmuró Coconnas—. ¡Qué existencia tan endemoniada! Siempre en los extremos; o se sumerge uno a cien pies de profundidad o vuela por encima de las nubes; no hay término medio, el caso es no pisar nunca tierra firme. Veamos, ¿adónde me llevan?

—Seguid a los alabarderos, señor —contestó una voz gangosa que hizo comprender a Coconnas que había otra persona además de los soldados.

—¿Y el señor de La Mole? —preguntó—. ¿Dónde está? ¿Qué ha sido de él?

—Seguid a los alabarderos —repitió la voz en el mismo tono.

Era preciso obedecer. Coconnas salió de su celda y vio al hombre cuya voz le resultara tan desagradable. Tratábase de un escribano jorobado que sin duda había adoptado la toga para que no se le notase que era patizambo.

Bajaron lentamente la escalera de caracol. Al llegar al primer piso, los guardias se detuvieron.

—Es mucho bajar —dijo Coconnas—, pero nunca es lo bastante.

Abrióse la puerta. Coconnas tenía ojos de lince y olfato de sabueso. Presintió a los jueces y vio en la sombra una silueta de hombre, con los brazos desnudos, que le hizo correr el sudor por la frente. Sin embargo, adoptó una expresión amable, inclinó la cabeza hacia la izquierda según el código de buenas maneras de la época y, con la mano en el cinturón, entró en la sala.

Levantaron un tapiz y Coconnas descubrió en efecto a los jueces y escribanos.

A pocos pasos de ellos estaba La Mole sentado en un banco.

Coconnas fue conducido ante el tribunal. Al hallarse en presencia de los jueces saludó a La Mole con un movimiento de cabeza y una sonrisa y esperó.

—¿Cuál es vuestro nombre, señor? —le preguntó el presidente.

—Marco Annibal de Coconnas —respondió el gentilhombre con perfecta naturalidad—, conde de Montpantier, Chenaux y otros lugares; pero presumo que ya sabéis quién soy.

—¿Dónde habéis nacido?

——En Saint— Colomban, cerca de Suze.

—¿Qué edad tenéis?

—Veintisiete años y tres meses.

—Está bien —dijo el presidente.

—Parece que esto le ha gustado r — murmuró Co connas.

—Ahora — —continuó el presidente tras un silencio que permitió al escribano anotar las respuestas del acusado—, decidme cuál era vuestro propósito al abandonar el servicio del duque de Alençon.

—Reunirme con el señor de La Mole, mi amigo, a quien aquí veis, que había sido abandonado por el duque hacía unos cuantos días.

—¿Qué hacíais en la cacería cuando os detuvieron?

—Pues... cazaba —respondió Coconnas.

—El rey participaba también en la caza y fue durante su transcurso cuando sintió los primeros síntomas del mal que en este momento padece.

—En cuanto a eso yo no estaba cerca del rey y nada puedo decir. Hasta ignoraba que hubiese sufrido mal alguno.

Los jueces se miraron sonriendo incrédulamente.

—¡Ah! ¿Conque no lo sabíais? —dijo el presidente.

—No, señor, y lo lamento. Aunque el rey de Francia no sea mi soberano, siento una gran simpatía por él.

—¿De veras?

—¡Palabra de honor! No es como si se tratase de su hermano, el duque de Alençon. A ése, confieso...

—No se trata aquí del duque de Alençon, señor, sino de Su Majestad.

—Ya os he dicho que soy su humilde servidor —respondió Coconnas, contoneándose con una insolencia encantadora.

—Si sois efectivamente su servidor, como pretendéis, ¿queréis decirnos cuanto sepáis de cierta estatuita mágica?

—¡Vaya! Volvemos a la historia de la estatuita, según parece.

—Sí, señor, ¿no os agrada?

—Al contrario, prefiero esto; empezad.

—¿Por qué estaba esta estatuita en el aposento del señor de La Mole?

—¿En el aposento del señor de La Mole? En el de Renato, querréis decir.

—¿Reconocéis entonces que existe?

—¡Demonios! Si me la estáis enseñando.

—¿Es ésta la que conocéis?

—Sí.

—Escribid —ordenó el presidente— que el acusado reconoce la estatua por haberla visto en el aposento del señor de La Mole.

—No, no, no confundamos —dijo Coconnas—. por haberla visto en casa de Renato.

—¡Sea! En casa de Renato. ¿Qué día?

—El único día que estuvimos allí La Mole y un servidor.

—¿Confesáis entonces que estuvisteis con el señor de La Mole en casa de Renato?

—¿Acaso lo he ocultado alguna vez?

—Escribano, apuntad que el acusado confiesa haber estado en casa de Renato para hacer conjuros.

—¡Más despacio, señor presidente, más despacio! Moderad vuestro entusiasmo, os lo ruego; no he dicho nada de eso.

—¿Negáis que estuvisteis en casa de Renato para hacer conjuros?

—Lo niego, la cosa surgió de una manera accidental, pero no con premeditación.

—Pero el caso es que tuvo lugar.

—No he de negar que se hizo algo semejante a un hechizo.

—Escribid que el acusado confiesa que se hizo en casa de Renato un sortilegio contra la vida del rey.

—¿Cómo? ¿Contra la vida del rey? Ésta es una infame mentira. ¡Jamás hicimos tal cosa!

—Ya lo veis, señores —dijo La Mole.

—¡Silencio! —ordenó el presidente.

Luego, dirigiéndose al escribano:

—Contra la vida del rey —repitió—, ¿estamos?

—Yo no he dicho eso —añadió Coconnas— y, por otra parte, esta estatuita no representa a un hombre, sino a una mujer.

—¿Qué os dije yo, señores? —volvió a interrumpir La Mole.

—Señor de La Mole —respondió el presidente—, responderéis cuando se os interrogue; pero no habléis cuando nadie os pregunta nada.

—¿De modo que decís que es una mujer?

—Sí.

—¿Y por qué tiene entonces una corona y un manto real?

—¡Pardiez! —dijo Coconnas—. Es muy sencillo, porque es...

La Mole se levantó llevándose un dedo a los labios.

—Perfectamente —dijo Coconnas—, nada de lo que iba a decir incumbe a este tribunal.

—¿Pero persistís, sin embargo, en declarar que esta estatua representa a una mujer?

—Sí.

—Lo que no quita para que vos os neguéis a decir quién es esta mujer.

—Se trata de una mujer de mi país —dijo La Mole—, a quien amaba y por quien deseaba ser amado.

—No es a vos a quien se pregunta, señor de La Mole —gritó el presidente—, y una vez más os recomiendo silencio, pues de lo contrario seréis amordazado.

—¡Amordazado! —exclamó Coconnas—. ¿Cómo os atrevéis a decir semejante cosa, señor de la toga negra? ¡Amordazar a mi amigo!... ¡A un gentilhombre! ¡Vamos, vamos!...

—Haced entrar a Renato —dijo el procurador general Laguesle.

—Sí, hacedle entrar —dijo Coconnas—, y así veremos quién tiene razón, si vosotros tres o nosotros dos. Ninguno de los dos amigos hubiera reconocido a Renato en aquel hombre pálido y envejecido que entró encorvado bajo el peso del crimen que iba a cometer, más que por la pesadumbre de los ya cometidos.

—Maese Renato —preguntó el juez—, ¿reconocéis a los dos acusados aquí presentes?

—Sí, señor —respondió Renato, con una voz velada por la emoción.

—¿Dónde los habéis visto?

—En varios sitios y especialmente en mi casa.

—¿Cuántas veces estuvieron en vuestra casa?

—Una sola.

A medida que hablaba el florentino, se ensanchaba el semblante de Coconnas. El rostro de La Mole permanecía por el contrario serio, cual si el joven hubiera tenido algún presentimiento.

—¿Con qué motivo estuvieron en vuestra casa?

Renato pareció dudar un momento.

—Para encargarme una figurita de cera.

—Perdonad, perdonad, maese Renato —dijo Co connas—, cometéis un pequeño error.

—¡Silencio! —ordenó el presidente.

Y volviéndose hacia el perfumista continuó:

—¿Esa figurita era de hombre o de mujer?

—De hombre —contestó Renato.

Coconnas saltó como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¿De hombre? —dijo.

—Sí, de hombre —repitió Renato, pero con voz tan débil, que el presidente apenas si le oyó.

—¿Y por qué razón había de tener la estatua un manto real y una corona?

—Porque había de representar a un rey.

—¡Mentiroso! —gritó Coconnas desesperado.

—Cállate, Coconnas, cállate —interrumpió La Mole—, deja hablar a este hombre; cada cual es dueño de perder su alma.

—¡Pero no el cuerpo de los demás, voto al diablo!

—¿Y qué significa esa aguja de acero que tiene la estatua clavada en el corazón con un papel donde puede leerse la letra M?

—La aguja figura una espada o un puñal y la letra quiere decir «muerte».

Coconnas se precipitó sobre Renato como para estrangularle, pero los guardias le contuvieron.

—Está bien —dijo el procurador Laguesle—, el tribunal está suficientemente informado. Conducida los acusados a las celdas de espera.

—Pero —vociferaba Coconnas— es imposible no protestar al ver que se nos acusa de hechos semejantes.

—Protestad, señor, nadie os lo impide —dijo el procurador, y añadió dirigiéndose a los guardias—: ¿Habéis oído?

Los guardias se apoderaron de los dos acusados y les obligaron a salir a cada uno por una puerta. El procurador hizo señas al hombre que había visto Coconnas en la oscuridad y le dijo:

—No os alejéis, maese; habrá trabajo para vos esta noche.

—¿Por cuál comenzaré, señor? —preguntó el hombre, quitándose respetuosamente la gorra.

—Por aquél —dijo el presidente señalando a La Mole, a quien aún se divisaba como una sombra entre sus dos guardianes.

Luego, acercándose a Renato, que había permanecido de pie, tembloroso, en espera de ser conducido de nuevo a la prisión del Châtelet donde estaba encerrado, le dijo:

—Está bien, señor, tranquilizaos, la reina y el rey sabrán que es a vos a quien deben el esclarecimiento de la verdad.

En lugar de reanimarle, aquella promesa pareció aterrar a Renato, quien respondió con un profundo suspiro.

El tormento de los borceguíes

✦

Una vez que se vio encerrado en su nuevo calabozo, Coconnas, entregado a sí mismo y sin la excitación que le produjera la lucha contra sus jueces y la declaración hecha por Renato, empezó a hacerse una serie de tristes reflexiones.

—Me parece —se dijo— que esto se está poniendo muy feo y que sería hora de ir un rato a la capilla. Desconfío de las sentencias de muerte y no cabe duda de que en estos momentos nos están condenando. Desconfío sobre todo de las sentencias de muerte pronunciadas dentro del hermético recinto de una fortaleza, ante rostros tan desagradables como todos los que me rodeaban. Me parece que han tomado en serio esto de cortarnos la cabeza... ¡Hum! ¡Hum! Repito lo que acabo de decir: me parece que ha llegado el momento de ir a la capilla.

Estas palabras, pronunciadas a media voz, fueron seguidas de un silencio y este silencio fue interrumpido por un gemido sordo, ahogado y lúgubre, que no tenía nada de humano y Blue pareció atravesar el grueso muro a hizo vibrar el hierro de la reja.

Coconnas se estremeció a su pesar, no obstante ser un hombre tan valiente que el valor en él se asemejaba al instinto de las fieras. Se quedó inmóvil, dudando de que aquella queja perteneciera a un ser humano y tomándola más bien por el gemido del viento entre los árboles o por uno de los mil rumores nocturnos que parecen descender o subir de los dos mundos desconocidos entre los que está situado el nuestro. Pero un segundo lamento más doloroso, más profundo y más agudo aún que el primero llegó a oídos de Coconnas, que esta vez no sólo distinguió positivamente la expresión de dolor de una voz humana, sino que creyó reconocer en esta voz a la de su amigo La Mole..

Al oír aquella voz, el piamontés olvidó que le separaban de su amigo dos puertas, tres rejas y un muro de doce pies de espesor. Se lanzó con todo su peso contra esta pared como para derribarla y volar en auxilio de la víctima, gritando:

—¿Están degollando a alguien aquí?

En su camino tropezó con el muro en el que no había pensado y cayó tendido, a consecuencia del choque, sobre un banco de piedra. Allí acabó todo.

—¡Oh! ¡Le han matado! —murmuró para sí—. ¡Esto es abominable!... ¡Y no poderse defender..., no tener armas...!

Extendiendo los brazos como si buscase algo, exclamó:

—¡Ah! ¡Esta argolla de hierro! ¡La arrancaré, y desgraciado el que se me acerque!

Coconnas se levantó de un salto, agarró la argolla y la sacudió de tal manera que era de creer que no resistiría otras dos sacudidas de semejante violencia. Pero de repente se abrió la puerta y

la celda se iluminó al resplandor de dos antorchas.

—Venid, caballero —dijo la misma voz gangosa que tan desagradable le había parecido antes y que no porque ahora sonase tres pisos más abajo había adquirido el encanto que le faltaba—. Venid, señor, el tribunal os espera.

—Bueno —dijo Coconnas soltando la argolla—, voy a escuchar mi sentencia, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¡Oh! Respiro; vayamos —dijo.

Y siguió al alguacil, que marchaba delante con paso acompasado y llevando en la mano su negra vara. A pesar de la satisfacción que había demostrado en un principio, Coconnas lanzaba al andar una mirada inquieta a derecha a izquierda, hacia delante y hacia atrás.

—¡Oh! ¡Oh! —murmuró—. No veo a mi digno carcelero; confieso que me extraña que no esté aquí. Entraron en la sala que acababan de dejar los jueces y donde se hallaba tan sólo un hombre de pie, en quien Coconnas reconoció al procurador general, que había tomado la palabra varias veces en el curso del interrogatorio con una marcada animosidad en contra suya.

En efecto, era el hombre a quien Catalina, ya por carta o de viva voz, había indicado cuál era la marcha que debía seguir el proceso.

Por el hueco que dejaba una cortina descorrida podía verse aquella habitación, cuyas profundidades se perdían en la oscuridad y cuyas partes iluminadas presentaban un aspecto tan terrible que Coconnas sintió que le flaqueaban las piernas.

—¡Oh! ¡Dios mío! —exclamó.

No le faltaba razón para asustarse.

El espectáculo era en verdad de los más lúgubres que pueden ofrecerse a la vista.. La sala oculta durante el interrogatorio por aquella cortina ahora descorrida parecía el vestíbulo del infierno.

En primer término se veía un caballete de madera con cuerdas, poleas y otros accesorios de tortura. Más allá ardía un brasero cuyas rojizas llamas se reflejaban sobre todos los objetos cercanos, haciendo aún más sombría la silueta de los que se hallaban entre Coconnas y el fuego. Apoyado contra una de las columnas que sostenía la bóveda, un hombre, inmóvil como una estatua, permanecía de pie con una cuerda en la mano. Se hubiera dicho que era de la misma piedra que la columna so bre la que se recostaba. Encima de los bancos y entre las gruesas argollas colgaban de la pared cadenas y relucientes cuchillos.

—¡Oh! —murmuró Coconnas—. ¿Qué significa esto? La sala del tormento preparada y al parecer en espera de la víctima.

—¡De rodillas, Marco Annibal de Coconnas! —dijo una voz que hizo alzar la vista al caballero—. ¡De rodillas para oír la sentencia dictada contra vos!

Era ésta una de aquellas invitaciones contra las que el piamontés se sublevaba instintivamente. Cuando se disponía a resistir, dos hombres le empujaron por la espalda de un modo tan inesperado y sobre todo tan convincente que cayó de rodillas sobre el suelo.

La voz continuó:

—«Sentencia pronunciada por el tribunal reunido en la fortaleza de Vincennes contra Marco Annibal de Coconnas, acusado y convicto del crimen de lesa Majestad, de tentativa de envenenamiento, acompañada de sortilegio y magia contra la persona del rey; del crimen de conspiración contra la seguridad del Estado, como así también de haber arrastrado a la rebelión, con sus perniciosos consejos, a un príncipe de la familia real... »

A cada una de estas imputaciones, Coconnas movía la cabeza, marcando el compás de la lectura como hacen los escolares dóciles.

El juez prosiguió:

—«En consecuencia de lo cual, el mencionado Marco Annibal de Coconnas será conducido desde la prisión a la plaza de Saint —Jean— en —Grève para ser allí decapitado; sus bienes serán confiscados, talados sus bosques a la altura de seis pies y derribados sus castillos, clavando en su lugar un poste con una plancha de cobre en la que figuren el crimen y el castigo.»

—En cuanto a mi cabeza —dijo Coconnas—, no dudo que me la cortarán, pues se halla en Francia y muy expuesta, pero en lo que se refiere a mis bosques y a mis castillos, desafío a todas las sierras y picas del cristianísimo reino a que hagan mella en mis bienes.

—¡Silencio! —ordeñó el juez, y continuó—: «Además, el referido Coconnas...»

—¿Cómo? —interrumpió el aludido—. ¿Me harán algo más después de cortarme la cabeza? ¡Oh! ¡Oh! ¡Me parece demasiado!

—No, señor, después no, antes —dijo el juez y siguió leyendo.

—«Además, el referido Coconnas, antes de la ejecución de la sentencia, sufrirá el tormento extraordinario que consta de diez cuñas.»

Coconnas dio un salto fulminando al juez con una mirada centelleante.

—¿Y para qué? —dijo, no hallando más que estas ingenuas palabras para expresar la multitud de ideas que acudían a su mente.

Aquella tortura suponía para Coconnas la pérdida total de sus esperanzas; no sería llevado a la capilla sino después de la tortura y eran muy pocos los que sobrevivían a ella. Más aún; cuanto más valiente y fuerte era la víctima, más segura era su muerte, pues se consideraba como una cobardía el confesar, y mientras no se confesaba, la tortura proseguía cada vez con mayor crueldad.

El juez no se tomó la molestia de responder a Co connas, pues la última parte de la sentencia era lo bastante expresiva como para satisfacer cualquier curiosidad por parte de la víctima, de modo que continuó la lectura:

—«Con el objeto de obligarle a delatar a sus cómplices y de que confiese en todos sus detalles sus planes y maquinaciones...»

—¡Voto al diablo! —exclamó Coconnas—. ¡Esto es lo que se llama una infamia! Más aún; esto es lo que yo llamo una cobardía.

Acostumbrado a la indignación de los reos, indignación que el sufrimiento apacigua convirtiéndose en lágrimas, el juez, impasible, no hizo más que un gesto para avisar a sus subordinados.

Coconnas fue levantado por los pies y por los hombros y atado sobre el lecho del tormento antes de que hubiese tenido tiempo de vera quienes cometían con él tamaña violencia.

—¡Miserables! —vociferaba Coconnas, sacudiendo en el paroxismo de su cólera el caballete sobre el que se hallaba tendido, de tal manera que hizo retroceder a los mismos verdugos—. ¡Miserables! ¡Torturadme, matadme, hacedme pedazos, pero nada sabréis, os lo juro! ¡Ah! ¿Creéis que con trozos de madera o de hierro haréis hablar a un hombre como yo? ¡Probad: os desafío!

—Disponeos a escribir —ordenó el juez al notario.

—¡Sí, prepárate! —aulló Coconnas—. Y si piensas escribir lo que salga de mi boca, infame verdugo, tendrás para rato. Escribe, escribe...

—¿Queréis hacer alguna revelación? —dijo el juez sin inmutarse.

—¡Ninguna! ¡No diré ni una sola palabra! ¡Idos al diablo!

—Podéis reflexionar durante los preparativos, señor. Vamos, maestro, ajustadle los borceguíes a este señor.

Al oír estas palabras, el hombre que había permanecido hasta entonces de pie a inmóvil con las cuerdas en la mano, se apartó de la columna y, andando lentamente, se aproximó a Coconnas, quien, por su parte, volvió hacia él la cabeza para insultarle.

Era maese Caboche, el verdugo de la ciudad de París.

Un doloroso asombro se dibujó en el semblante de

Coconnas, quien, en lugar de gritar y moverse, quedóse inmóvil sin poder apartar los ojos del rostro de aquel olvidado amigo que reaparecía en semejante ocasión.

Caboche, sin mover un solo músculo de su cara y sin dar la menor señal de haber visto a Coconnas anteriormente, le introdujo dos planchas entre las piernas, le puso otras dos iguales por la parte de fuera y aseguró unas con otras con la cuerda que llevaba en la mano.

Para el tormento ordinario se introducían seis cuñas entre las dos planchas de modo que al separarse éstas trituraban las carnes.

En el tormento extraordinario se hundían diez, y entonces las planchas llegaban a quebrar los huesos. Tan ingenioso sistema recibía el nombre de «tormento de los borceguíes».

Una vez terminada la operación preliminar, maese Caboche introdujo la punta de una cuña entre las dos planchas; luego, empuñando su mazo y poniendo una rodilla en tierra, miró al juez.

—¿Tiene algo que decir el condenado?

—No —respondió Coconnas resueltamente, pese a que sentía correr el sudor por su frente y notaba cómo se le erizaban los cabellos.

—En ese caso, adelante —dijo el juez— primera cuña del ordinario.

Caboche levantó el brazo armado con una pesada maza y asestó un golpe terrible sobre la cuña, produciendo un sonido grave.

El caballete tembló.

Coconnas no dejó escapar la más ligera queja y eso que aquella cuña hacía gemir por lo general a los más resueltos.

Más aún; la única expresión que se pintó en su rostro fue la de un indecible asombro. Miró con ojos estupefactos a Caboche, que con el brazo en alto y atento a la orden del juez se disponía a repetir el golpe.

—¿Cuál fue vuestra intención al ocultaros en el bosque? —preguntó el juez.

—Tumbarnos a la sombra —respondió Coconnas.

—Seguid —dijo el juez.

Caboche dio un segundo mazazo, que produjo el mismo sonido que el anterior. Coconnas no pestañeó tan siquiera y siguió mirando al verdugo con la misma expresión de asombro.

El juez frunció el ceño.

—¡Vaya un cristiano duro! —murmuró—. ¿Entró la cuña hasta el fondo, maese?

Caboche se inclinó como para examinarla y al hacerlo le dijo en voz baja a Coconnas:

—¡Gritad, desdichado!

Y levantándose añadió:

—Hasta el fondo, señor.

Las dos palabras de Caboche explicaron todo el misterio a Coconnas. El digno verdugo acababa de prestar a su amigo el mayor servicio que puede hacerse de verdugo a caballero.

Le ahorraba algo más que el dolor; le evitaba la vergüenza de las confesiones. En lugar de hundirle cuñas de encina le hundía cuñas de cuero flexible que tenían sólo de madera la parte superior. Además, le dejaba todas sus fuerzas para que pudiera afrontar el patíbulo .

—¡Oh! Magnífico Caboche —murmuró Coconnas—, tranquilízate, voy a gritar, ya que así me lo pides, y lo aseguro que quedarás contento.

Entre tanto, Caboche había introducido entre las planchas el extremo de una cuña más gruesa aún que la anterior.

—¡Adelante! —ordenó el juez.

Oída la orden, Caboche dio otro golpe tan fuerte como si hubiera querido demoler el castillo de Vincennes.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Hu! ¡Hu! —gritó Coconnas con la más variada entonación—. ¡Rayos y truenos! Tened cuidado, que me vais a romper lo s huesos.

—¡Ah! —dijo el juez sonriendo—. La segunda hace su efecto; ya me extrañaba.

Coconnas resopló como un fuelle de fragua.

=¿Qué hacíais en el bosque? -repitió el juez.

—¡Eh! ¡Voto al diablo! Ya os he dicho; tomaba el fresco.

—Continuad —dijo el juez.

—Confesad —le deslizó Caboche al oído.

—¿El qué?

—Todo lo que se os, ocurra, pero decid algo. —Y le dio otro golpe no menos fuerte que los anteriores. Coconnas creyó ahogarse a fuerza de gritar.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Ah! ¡Ay! ¿Qué deseáis saber, señor? ¿Por orden de quién estaba en el bosque?

—Sí.

—Por orden del duque de Alençon.

—Escribid —dijo el juez.

—Si cometí un crimen tendiendo un lazo al rey de Navarra —continuó Coconnas—, yo no fui más que un instrumento, señor, pues me limitaba a obedecer a mi amo.

El escribano se puso a transcribir las palabras del condenado.

—¡Oh! Me delataste, paliducho infecto —murmuró Coconnas—. ¡Espera! ¡Ya verás!

Luego de proferir estas exclamaciones refirió la visita de Francisco al rey de Navarra, las entrevistas entre De Mouy y Alençon, y la historia de la capa color cereza, sin olvidar que debía gritar cada vez que el verdugo golpeaba las cuñas.

Dio tantos informes precisos, verídicos, rotundos y terribles contra el duque de Alençon... fingió tan bien que sólo confesaba obligado por la violencia de los do lores; hizo tantas muecas, rugió, se quejó tan naturalmente y con tan diferentes entonaciones, que el mismo juez acabó por asustarse ante la obligación en que se veía de registrar detalles tan comprometedores para un príncipe de la familia real.

« ¡En buena hora! -se decía Caboche-. He aquí un caballero al que no es preciso repetir dos veces las cosas y que sabe dar trabajo al escribano. ¡Dios mío! ¡Qué hubiera ocurrido si en lugar de ser de cuero las cuñas hubieran sido de madera!»

En vista de su buen comportamiento durante la confesión, Coconnas fue perdonado de la última cuña del tormento extraordinario, pero sin contar ésta, había soportado ya nueve, lo que era bastante para deshacerle las piernas.

El juez advirtió a Coconnas el favor que se le hacía como premio a sus declaraciones y se retiró. El reo quedóse solo con Caboche.

—Vamos, señor mío —le preguntó éste—, ¿cómo os encontráis?

—¡Ah, mi buen amigo, mi querido Caboche! —dijo Coconnas—. Puedes estar seguro de que lo agradeceré toda la vida lo que acabas de hacer por mí.

—¡Diablo! Tenéis razón, caballero, porque si averiguaran lo que he hecho por vos, me tocaría ocupar vuestro lugar en el caballete y os aseguro que no tendrían conmigo las consideraciones que yo he tenido hacia vos.

—Pero ¿cómo has tenido la ingeniosa idea...?

—Muy sencillo —dijo Caboche mientras envolvía las piernas de Coconnas con vendas ensangrentadas—, supe que estabais preso, que se tramitaba vuestro proceso y que la reina

Catalina exigía vuestra muerte. Su —puse que os darían tormento y, en consecuencia, tomé mis precauciones.

—¿A riesgo de lo que ocurriese?

—Señor —dijo Caboche—, sois el único caballero que se ha dignado darme la mano, y aunque soy verdugo, o tal vez por eso mismo, tengo buen corazón y no me falta la memoria. Ya veréis cómo mañana cumplo puntualmente mi obligación.

—¿Mañana? —preguntó Coconnas.

—Sin duda, mañana.

—¿Qué obligación?

Caboche miró a Coconnas con asombro.

—¿Cómo? ¿Acaso habéis olvidado la sentencia?

—¡Ah! Sí, es cierto, la sentencia —dijo Coconnas—, ya no me acordaba.

En realidad, Coconnas no había olvidado su condena, pero no pensaba en ella.

Pensaba únicamente en la capilla, en el puñal escondido bajo el sagrado paño, en Enriqueta y en la reina, en la puerta de sacristía y en los dos caballos que esperarían en la entrada del bosque; pensaba en la libertad, en la carrera al aire libre y en la salvación más allá de las fronteras de Francia.

—Ahora —dijo Caboche—, tenéis que pasar hábilmente del caballete a la camilla. No olvidéis que para todo el mundo, incluso para mis ayudantes, tenéis rotas las piernas, por lo cual a cada movimiento debéis dar un grito.

—¡Ay! —dijo Coconnas al ver que los dos ayudantes aproximaban la camilla.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Un poco de valor! —dijo Caboche—. Si ahora gritáis, ¿qué será luego?

—Mi querido Caboche —dijo Coconnas—, no dejéis que me toquen vuestros acólitos, os lo suplico; es muy posible que no sepan hacerlo con tanta delicadeza como vos.

—Poned la camilla junto al caballete —dijo maese Caboche.

Los dos ayudantes obedecieron. Caboche alzó en brazos a Coconnas como si fuese un niño y le dejó acostado en la camilla. A pesar del cuidado que puso el verdugo en trasladarle, el piamontés dio unos gritos feroces.

Apareció entonces el carcelero con una linterna. -A la capilla-dijo. Quienes conducían a Coconnas se pusieron en camino después de que éste hubo dado al verdugo un segundo apretón de manos. El primero le había resultado tan útil, que no iba a sentir reparos en tan críticos momento s.

La capilla

✦

El lúgubre cortejo atravesó en medio del más profundo silencio los dos puentes levadizos del castillo y el gran patio donde está la capilla, cuyas vidrieras ligeramente iluminadas dejaban ver los pálidos rostros de los apóstoles vestidos con mantos rojos.

Coconnas aspiraba con fruición el aire de la noche cargado de humedad. Se daba cuenta de la profunda oscuridad reinante y se alegraba de que todas aquellas circunstancias fuesen propicias para su fuga y la de su compañero.

Tuvo que poner a prueba toda su voluntad, su prudencia y el dominio que tenía sobre sí mismo para no saltar de la camilla cuando al entrar en la capilla vio en el coro, a tres pasos del altar, un bulto tendido cubierto por un gran manto blanco.

Era La Mole.

Los dos soldados que escoltaban la camilla se habían quedado fuera.

—Ya que nos conceden la suprema gracia de reunirnos por última vez —dijo Coconnas con desfallecida voz—, llevadme junto a mi amigo...

Como los portadores no habían recibido ninguna orden contraria, no pusieron dificultad en acceder al deseo de Coconnas.

La Mole estaba sombrío y pálido; tenía la cabeza apoyada contra la pared de mármol y sus negros cabellos, bañados en un abundante sudor que daba a su rostro la blancura mate del marfil, parecían conservar su rigidez después de haberse erizado de espanto.

A una señal del carcelero, los dos ayudantes se alejaron para ir a buscar al sacerdote que Coconnas había solicitado.

Era el momento convenido.

Coconnas siguió con la vista ansiosamente a sus camilleros y no era él sólo quien los miraba. Apenas desaparecieron cuando, de detrás del altar, se vio salir a dos mujeres que irrumpieron en el coro haciendo grandes demostraciones de alegría y removiendo el aire como el soplo cálido y ruidoso que precede a la tormenta.

Margarita se precipitó hacia La Mole estrechándole entre sus brazos.

La Mole profirió un grito terrible, un grito semejante a los que había escuchado Coconnas desde su celda y que estuvieron a punto de volverle loco.

—¡Dios mío! ¿Qué os pasa, La Mole? —dijo Margarita retrocediendo aterrorizada.

La Mole exhaló un profundo gemido y se llevó las manos a los ojos como para no ver a Margarita. La reina se asustó aún más ante aquel silencio y al ver aquel gesto que al oír el grito de dolor.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Qué es lo que tienes? ¡Estás cubierto de sangre!

Coconnas, que se había precipitado hacia el altar, había cogido el puñal y abrazaba en aquel momento a Enriqueta, se volvió.

—Levántate —decía Margarita—, levántate, os lo suplico. ¿No ves que ha llegado el momento?

Una sonrisa espeluznante de tristeza se dibujó en los amoratados labios de La Mole, quien parecía sonreír por última vez.

—¡Mi querida reina! —dijo el joven—. No contasteis con Catalina y por consiguiente olvidasteis sus mañas. Sufrí el tormento, mis huesos están rotos, todo mi cuerpo es una gran llaga y el movimiento que hago en este instante para apoyar mis labios sobre vuestra frente me causa dolores mucho más crueles que la muerte.

En efecto, haciendo un gran esfuerzo y poniéndose aún más pálido de lo que estaba, La Mole besó la frente de la reina.

—¡El tormento! —exclamó Coconnas—. Yo también lo sufrí, ¿acaso el verdugo no hizo por ti lo mismo que por mí?

Coconnas refirió inmediatamente todo cuanto le había sucedido.

—¡Ah! —dijo La Mole—. Ya comprendo; tú le diste la mano el día de nuestra visita; yo en cambio olvidé entonces que todos los hombres somos hermanos y le traté con desdén. Dios me castiga por mi orgullo. ¡Alabado sea su nombre!

La Mole juntó las manos.

Coconnas y las dos mujeres cambiaron una mirada de indecible terror.

—Vamos, vamos —dijo el carcelero, que había ido hasta la puerta para ver si venía alguien y ya estaba de regreso—. Vamos, no perdáis tiempo, mi querido señor Coconnas; dadme mi puñalada y portaos conmigo como un caballero, porque ya van a venir.

Margarita se había arrodillado junto a La Mole. Parecía una de esas figuras de mármol que se inclinan sobre un sepulcro donde está la estatua yacente del muerto.

—Vamos, amigo mío —dijo Coconnas—. ¡Valor! Yo soy fuerte, lo llevaré en mis brazos, lo colocaré sobre lo caballo o lo llevaré en el mío si no puedes sostenerte solo en la silla; pero partamos de una vez; ya has oído lo que dice este buen hombre; se trata de nuestra vida.

La Mole hizo un esfuerzo sobrehumano, sublime. -Es verdad; se trata de lo vida -dijo, a intentó incorporarse.

Annibal le cogió en sus brazos y le puso de pie. La Mole tan sólo dejó oír una especie de sordo rugido. En el momento en que Coconnas se apartaba de él para ir hacia el carcelero, dejándole sostenido en los brazos de las mujeres, sus piernas flaquearon y, a pesar de los esfuerzos de Margarita, que lloraba sin cesar, cayó como una masa inerte sin poder contener un grito desgarrador que resonó en la bóveda de la capilla con un eco lúgubre que estremeció el aire de las naves por algunos instantes.

—Ya veis —dijo La Mole con acento de angustia—, ya veis, reina mía; dejadme, abandonadme con un último adiós. No he hablado, Margarita; vuestro secreto queda, pues, envuelto en nuestro amor y morirá entero conmigo. Adiós, mi reina, adiós...

Margarita, casi desfalleciente también, rodeó con sus brazos aquella hermosa cabeza a imprimió en ella un casto beso.

—Tú, Annibal —continuó La Mole—, tú que has librado de los dolores, tú que eres joven aún y puedes vivir, huye, huye, amigo mío, y dame el supremo consuelo de saber que estás en libertad.

—¡El tiempo apremia! —exclamó el carcelero—. ¡Daos prisa!

Enriqueta trataba de arrastrar suavemente a Annibal, mientras Margarita, de rodillas al lado de La Mole, con los cabellos sueltos y los ojos anegados en lágrimas, parecía una Magdalena.

—Huye, Annibal —insistió La Mole—, huye, no des a nuestros enemigos la ocasión de gozar del espectáculo de la muerte de dos inocentes.

Coconnas rechazó suavemente a Enriqueta, que le empujaba hacia la puerta, y con un gesto tan solemne como majestuoso, dijo:

—Señora, dad ante todo a este hombre los quinientos escudos que le prometimos.

—Aquí están —dijo Enriqueta.

Entonces, volviéndose hacia La Mole y meneando tristemente la cabeza:

—En cuanto a ti, mi buen La Mole —dijo—, me injurias al pensar, siquiera sea por un instante, que pueda abandonarte. ¿No lo juré que viviría y moriría contigo? En fin, sufres tanto, pobre amigo mío, que lo perdono la ofensa.

Sin añadir nada más se recostó junto a su amigo y, acercando su cara a la de La Mole, le rozó la frente con sus labios.

Después, tal como hubiera hecho una madre con su hijo, cogió suavemente la cabeza de su amigo, que reposaba contra la pared y la hizo descansar sobre su pecho.

Margarita se hallaba sombría. Acababa de recoger el puñal que Coconnas había dejado caer.

—¡Oh! ¡Mi reina! —dijo La Mole extendiendo los brazos hacia ella, pues comprendía sus propósitos—. ¡No olvidéis que muero para borrar hasta la más mínima sospecha de nuestro amor!

—¿Qué es lo que puedo hacer entonces por ti, ya que ni siquiera me está permitido el morir contigo? —dijo Margarita desesperada.

—Puedes hacer —contestó La Mole— que la muerte me parezca dulce y que llegue hasta mí con un rostro risueño.

Margarita se aproximó a él con las manos juntas como para rogarle que hablara.

—¿Recuerdas aquella noche, Margarita, en que a cambio de mi vida que lo ofrecía entonces y que lo doy ahora me hiciste una promesa sagrada?...

Margarita se estremeció.

—¡Ah! Veo que sí lo acuerdas, puesto que así lo estremeces —dijo La Mole.

—Sí, sí, recuerdo la promesa y lo juro por mi alma, Hyacinte, que la cumpliré —afirmó Margarita. Luego extendió la mano hacia el altar como para tomar a Dios por testigo de su juramento.

El rostro de La Mole se iluminó como si la bóveda de la capilla se hubiese abierto y un celeste rayo hubiera descendido hasta él.

—¡Que vienen! ¡Que vienen! —exclamó el carcelero.

Margarita dio un grito y se precipitó hacia La Mole, pero el temor de redoblar sus dolores la detuvo trémula a cierta distancia.

Enriqueta apoyó sus labios sobre la frente de Coconnas y le dijo:

—Te comprendo, Annibal mío, y me siento orgullosa de ti. Sé perfectamente que lo heroísmo lo hace morir, pero precisamente por ese heroísmo es por lo que lo amo. Ante Dios lo amaré siempre, más que nada en este mundo, y lo que Margarita ha jurado hacer por La Mole, lo juro que aun no sabiendo lo que es, lo haré yo por ti.

Al terminar alargó su mano a Margarita.

—Eso sí. que es hablar bien —dijo Coconnas—; gracias.

—Antes de dejarme —dijo La Mole—, os pido, reina mía, un último favor; dadme un recuerdo cualquiera que pueda besar en el momento de subir al patíbulo.

—¡Oh! Sí, por supuesto! —exclamó Margarita—. ¡Toma esto!

De su cuello desprendió un pequeño relicario de oro sostenido por una cadena del mismo metal.

—Toma —dijo—, es una reliquia santa que llevo desde mi infancia; mi madre me la puso al cuello cuando era niña y todavía me amaba; perteneció a nuestro tío el Papa Clemente y nunca se ha separado de mí; tómala. La Mole la cogió, besándola entusiasmado.

—Ya abren la puerta —dijo el carcelero—, huid, señoras, huid.

Las dos mujeres se precipitaron detrás del altar, por donde desaparecieron.

En aquel momento entraba el sacerdote.

La plaza de saint-jean-en-grève

✦

Desde las siete de la mañana se desbordaba la multitud por las calles y plazuelas de los alrededores del patíbulo.

A las diez avanzó lentamente por la calle de Saint Antoine un carricoche que venía de Vincennes y que era el mismo en el que los dos amigos fueron conducidos al Louvre después de su duelo. A su paso, los espectadores apretujados, parecían estatuas de ojos quietos y labios entreabiertos.

Aquel día, la reina madre obsequiaba con un espectáculo desgarrador a todo el pueblo de París. En el carricoche venían tendidos sobre algunas briznas de hierba dos jóvenes con la cabeza descubierta y vestidos de negro. Coconnas sostenía sobre sus rodillas a La Mole, cuya cabeza sobresalía por encima de lo s travesaños del vehículo y cuyos ojos erraban de un lado a otro.

La muchedumbre, con tal de ver hasta el fondo del carruaje, se empujaba, se levantaba en vilo, se subía a los tejados, trepaba por los salientes de los muros y sólo parecía satisfecha cuando contemplaba por entero aquellos dos cuerpos que salían del tormento para encaminarse al patíbulo.

Había circulado el rumor de que La Mole moriría sin haber confesado uno solo de los hechos que se le imputaban, mientras que, por el contrario, se aseguraba que Coconnas, no habiendo podido soportar el dolor, lo había revelado todo.

Por eso se oía gritar por todas partes:

—¡Mirad, mirad al rubio! Es el que ha hablado, el que ha dicho todo; es un cobarde y tiene la culpa de que maten a su amigo. El otro, en cambio, es un valiente y no ha dicho nada.

Los dos jóvenes oían claramente, el uno las alabanzas y el otro las injurias, que acompañaban su marcha fúnebre. Mientras La Mole estrechaba las manos de su amigo, un sublime desdén se pintaba en el rostro del piamontés, quien, desde lo alto del inmundo carricoche, contemplaba al populacho estúpido cual si le mirase desde un carro triunfal.

El infortunio había consumado su obra celestial; había ennoblecido el semblante de Coconnas. Faltaba que la muerte divinizara su alma.

—¿Llegaremos pronto? —preguntó La Mole—. No puedo más, amigo mío, creo que voy a desmayarme.

—Espera, espera, La Mole, vamos a pasar por delante de las calles Tizon y de Cloche —Percée; mira un momento.

—¡Oh! ¡Levántame, levántame para que vea por última vez esa bendita casa!

Coconnas dio con su mano un golpecito en el hombro del verdugo, que iba sentado en el pescante, guiando el caballo.

—Maestro —le dijo—, haznos el favor de parar un instante frente a la calle Tizon.

Caboche hizo un gesto afirmativo con la cabeza y, al llegar al sitio indicado, detuvo el carricoche. La Mole, ayudado por Coconnas, se incorporó con esfuerzo, miró con los ojos velados por las lágrimas aquella casita silenciosa, muda y cerrada como una tumba, y, suspirando profundamente, dijo en voz baja:

—¡Adiós, juventud, amor y vida!...

Luego dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—¡Animo! —le dijo Coconnas—. Tal vez volvamos a encontrar todo eso allá arriba.

—¿Tú crees?

—Lo creo, porque me lo ha dicho el sacerdote y porque no me faltan esperanzas de que así sea. Pero no lo desmayes, amigo mío, estos miserables que nos miran se reirían de nosotros.

Caboche oyó las últimas palabras y, fustigando con una mano al caballo tendió con la otra, y sin que nadie pudiese verlo, a Coconnas una esponjita empapada en un revulsivo tan violento que La Mole, luego de aspirar su olor y frotarse con ella las sienes, se sintió fresco y reanimado.

—¡Ah! —dijo—. Me siento resucitar.

Y besó el relicario que colgaba de su cuello.

Al llegar a la esquina de la calle y dar la vuelta al hermoso edificio mandado construir por Enrique II, vieron el patíbulo que se alzaba dominando todas las cabezas sobre una plataforma desnuda y sangrienta.

—Amigo —dijo La Mole—, quisiera morir el primero.

Coconnas dio por segunda vez un golpecito en el hombro del verdugo.

—Buen hombre —dijo Coconnas—, si como me dijiste deseas complacerme...

—Os lo dije y os lo repito.

—Pues bien; mi amigo ha sufrido más que yo; por consiguiente, tiene menos fuerzas...

—¿Y qué?

—Me ha dicho que padecería demasiado si me viera morir primero. Además, si yo muero antes, nadie le podría acompañar al patíbulo.

—Está bien, está bien —contestó Caboche, enjugándose una lágrima con el dorso de la mano—, tranquilizaos; haré lo que me pedís.

—Y de un solo golpe, ¿no es así? —preguntó en voz baja el piamontés.

—De uno solo.

—Está bien; si acaso tuvierais que repetirlo, que sea conmigo.

El carricoche se detuvo; habían llegado. Coconnas se puso el sombrero.

Un rumor parecido al de las olas del mar hirió los oídos de La Mole. Pretendió ponerse de pie, pero le faltaron las fuerzas; fue necesario que Coconnas y Caboche le sostuvieran entre sus brazos.

La plaza estaba sembrada de cabezas. Las escaleras del ayuntamiento parecían las gradas de un anfiteatro lleno de espectadores. Por todas las ventanas se veían caras animadas, cuyos ojos despedían chispas. Cuando se vio que el hermoso joven, incapaz de sostenerse en pie sobre sus piernas rotas, hacía un supremo esfuerzo para subir por sí solo al cadalso, se elevó un inmenso clamor, como un grito de desolación universal. Los hombres rugían, mientras las mujeres daban lastimeros quejidos.

—Era uno de los cortesanos más importantes —decían los hombres—, y no era en Saint —Jean— en —Grève donde debía morir, sino en Pré— aux —Clercs.

—¡Qué hermoso es! ¡Qué pálido está! —decían las mujeres—. Es el que no quiso hablar.

—Amigo mío —dijo La Mole—, no puedo sostenerme, ¡cógeme!

—Espera —dijo Coconnas.

Hizo una seña al verdugo para que se apartase, se inclinó, cogió a La Mole en brazos como si fuera un niño y subió sin vacilar, cargado con su fardo, la escalera de la plataforma. Al dejarle sobre ella, lo hizo entre los gritos frenéticos y los aplausos de la multitud.

Coconnas se quitó el sombrero y saludó.

Luego tiró el sombrero a sus pies.

—Mira por todos lados —le dijo La Mole—, ¿no la ves?

Coconnas giró una mirada circular por toda la plaza y, al llegar a un punto se detuvo, extendió la mano, sin apartar los ojos de donde los tenía clavados, para tocar en el hombro a su amigo.

—Mira —le dijo—, mira hacia allá. ¿No ves quién hay en la ventana de aquella torrecilla?

Con la otra mano le mostraba a La Mole el pequeño monumento que aún existe hoy entre las calles Vannerie y Mouton, como resto de pasados siglos.

En el hueco de la ventana podía verse la silueta de dos mujeres, apoyada una contra la otra.

—¡Ah! —suspiró La Mole—. Sólo una cosa temía y era morir sin volver a verla. Ahora ya puedo morir tranquilo.

Sin apartar los ojos de la ventanita se llevó a los labios el relicario y lo cubrió de besos.

Coconnas saludó a las dos damas con la misma gracia que si se hubiera hallado en un salón.

En respuesta a los ademanes de los caballeros, ellas agitaron en el aire sus pañuelos impregnados de lágrimas.

A su vez, Caboche advirtió a Coconnas tocándole con un dedo en el hombro y dirigiéndole una mirada muy significativa.

—Sí —dijo el piamontés, y volviéndose hacia La Mole—: abrázame y muere como un valiente. Esto no será difícil para ti, puesto que lo eres.

—¡Ah! —respondió La Mole—. ¡No tendrá ningún mérito mi valor ante la muerte! ¡Sufro tanto!... Al aproximarse el sacerdote presentando un crucifijo a La Mole, éste le enseñó el relicario que tenía en la mano.

—No importa —dijo el religioso—, encomendaos de todos modos al que sufrió lo que vos vais a sufrir. La Mole besó los pies del Cristo.

—Recomendadme —dijo— a las plegarias de las monjas de la bendita Santa Virgen.

—Date prisa, La Mole —dijo Coconnas—, me haces tanto daño, que me siento desfallecer.

—Ya estoy dispuesto —dijo La Mole.

—¿Podréis mantener bien erguida la cabeza? —preguntó Caboche, preparando su espada a espaldas de La Mole, que se hallaba arrodillado.

—Creo que sí —respondió éste.

—Entonces todo marchará perfectamente.

—Pero no olvidéis lo que os he pedido. Este relicario os abrirá las puertas.

—Perded cuidado. Ahora, tratad de mantener la cabeza erguida.

La Mole enderezó el cuello y volviendo los ojos hacia la torrecilla:

—Adiós, Margarita —dijo—, bendita se...

No pudo terminar. De un revés de su espada rápida y brillante como el rayo, Caboche hizo caer de un solo tajo la cabeza, que fue rodando hasta los pies de Coconnas.

El cuerpo se deslizó suavemente como si se acostara.

Un grito inmenso compuesto de mil gritos distintos resonó entonces en los ámbitos de la plaza. Entre las voces de las mujeres le pareció a Coconnas reconocer un acento más doloroso que todos los demás.

—Gracias, digno amigo, gracias —dijo Coconnas, tendiendo por tercera vez la mano al verdugo.

—Hijo mío —le dijo— el sacerdote a Coconnas—, ¿no tenéis nada que confiar a Dios?

—No, padre —respondió el piamontés—, todo lo que podía decirle ya os lo dije ayer a vos.

Y dirigiéndose a Caboche:

—Vamos, verdugo, mi íntimo amigo —le dijo—, hazme otro favor aún.

Antes de arrodillarse paseó por la multitud una mirada tan tranquila y serena que un murmullo de admiración acarició sus oídos y halagó su orgullo. Cogiendo entonces entre sus manos la cabeza de su amigo y besando sus labios violáceos, miró por última vez hacia la torrecilla. Se arrodilló sin soltar aquella cabeza tan querida y dijo:

—¡A mí!

No había acabado de pronunciar estas palabras cuando Caboche hizo volar su cabeza.

Al dar este golpe un temblor convulsivo se apoderó del hombre.

—¡Ya era hora de que esto terminase! ¡Pobre muchacho!

Dicho esto, arrancó de las manos crispadas de La Mole el relicario de oro y extendió rápidamente su capa sobre los tristes despojos que el carrito debía conducir a su casa.

Habiendo concluido el espectáculo, la muchedumbre se dispersó.

La picota

✦

Anocheció sobre la ciudad estremecida aún por el rumor de aquel suplicio, cuyos detalles iban a entristecer en todos los hogares la alegre hora de la cena familiar. Por el contrario, el Louvre presentaba un aspecto animado.

Se celebraba en él una gran fiesta, una fiesta ofrecida por Carlos IX y que él mismo había decidido para aquella noche, al mismo tiempo que había fijado para aquella mañana la ejecución.

La reina de Navarra había recibido el día anterior la orden de asistir a la fiesta y, con la esperanza de que La Mole y Coconnas se escaparían y con la convicción de que se habían tomado todas las medidas necesarias para favorecer su fuga, respondió a su hermano que accedería, muy gustosa, a sus deseos. Una vez que perdió toda esperanza como resultado de la escena de la capilla y desde que asistiera, en un último impulso de compasión hacia aquel amor, el más grande y profundo que experimentara en su vida, a la escena de la ejecución, se había prometido a sí misma que ni ruegos ni amenazas la obligarían a presentarse en una alegre fiesta en el Louvre, precisamente el mismo día en que había asistido a un espectáculo tan lúgubre como el de la plaza de Saint-Jean- en-Grève.

El rey Carlos IX había dado una nueva prueba de aquella fuerza de voluntad que tenía y que nadie quizá poseyó en tan alto grado. Postrado en cama desde hacía quince días, débil como un moribundo y amarillo como un cadáver, se levantó a eso de las cinco de la tarde y vistióse con sus más ricas galas. Cierto que, mientras se vestía, sufrió tres desmayos.

A eso de las ocho de la noche preguntó por su hermana y quiso ser informado de si se la había visto o se sabía dónde estaba. Nadie pudo responderle, ya que la reina Margarita había vuelto a su aposento a las once de la mañana y se había encerrado, prohibiendo terminantemente a todos la entrada..

Para Carlos no había puertas cerradas que valieran. Apoyado en el brazo del señor de Nancey, se dirigió al departamento de la reina de Navarra y entró sin anun ciarse por la puerta del corredor secreto. Por mucho que esperara hallar un triste espectáculo y por más que hubiese preparado de antemano su corazón, lo que vio era más deplorable aún de cuanto había podido imaginar.

Margarita, semimuerta, acostada sobre un sofá, y con la cabeza rodeada de almohadas, no lloraba ni oraba; tan sólo un estertor de agonizante agitaba su pecho.

En el otro extremo de la habitación, yacía sin sentido, tirada en el suelo, aquella mujer decidida que se llamaba Enriqueta de Nevers. Al volver de la plaza de Saint-Jean-en-Grève le

faltaron las fuerzas lo mismo que a Margarita, de suerte que la pobre Guillonne iba de una a otra sin atreverse a dirigirles una palabra de consuelo.

En las crisis que siguen a las grandes catástrofes nos sentimos avaros de nuestro dolor, como si fuera un tesoro, y consideramos como enemigo a todo aquel que intenta quitarnos la más mínima parte de él. Carlos IX empujó la puerta y, dejando al señor de Nancey en el corredor, entró pálido y trémulo. Ninguna de las dos mujeres le vio entrar.

Únicamente Guillonne, que en aquel momento atendía a Enriqueta, se levantó, apoyándose en una rodilla, y miró aterrada al rey.

El rey hizo una seña con la mano, que bastó para que ella hiciera una reverencia y se retirara.

Carlos se dirigió entonces a Margarita, la contempló un instante en silencio, y luego, con un tono de voz del que se le hubiera creído incapaz, dijo:

—¡Margot! ¡Hermana mía!

La joven se estremeció y trató de incorporarse.

—¡Vuestra Majestad! —dijo.

—¡Vamos, hermana, valor!

Margarita elevó los ojos al cielo.

—Sí, ya lo sé —dijo Carlos—, pero óyeme.

La reina de Navarra hizo un gesto como queriendo decir que escuchaba.

—Me has prometido asistir al baile —dijo Carlos.

—¿Yo?

—Sí, y como lo has prometido, lo están esperando, de modo que si no vienes, se van a extrañar de no verte.

—Perdonadme, hermano mío —dijo Margarita—, ¡pero mirad cómo sufro!

Margarita estuvo por un instante tentada de reunir todas sus fuerzas, pero se abandonó de pronto y, dejando caer de nuevo la cabeza sobre los almohadones, dijo:

—No, no, no iré.

Carlos le cogió la mano y, sentándose a su lado en el sofá, insistió:

—Sé que acabas de perder a un amigo, Margot; pero mírame, ¿acaso yo no he perdido todos los míos y, lo que es peor, a mi madre? Tú siempre has podido llorar a tus anchas, como lo has hecho en este momento; yo, en la hora de mis crueles dolores, siempre me he visto obligado a sonreír. Tú sufres; mírame, yo muero. Pues bien, Margot, ¡ánimo! ¡Te lo pido, hermana mía, en nombre de nuestro honor! Nosotros llevamos, como una cruz de angustia, la fama de nuestra familia; llevémosla, como el Señor hasta el Calvario, y si en el camino, como Él, tropezamos, levantémonos como Él resignados y animosos.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —exclamó Margarita.

—Sí —dijo Carlos, respondiendo a su pensamiento—, el sacrificio es duro, hermana, pero cada cual debe sacrificar lo que le corresponda, unos su honor y otros su vida. ¿Crees que a mis veinticinco años y siendo dueño del trono más poderoso del mundo no lamento tener que

morir? Pues mírame..., observa mis ojos, mi color, mis labios; son los de un muerto, es verdad, pero mi sonrisa..., mi sonrisa; ¿no hace creer que espero? Y no obstante dentro de ocho días, de un mes a lo sumo, tú me lloraras como lloras ahora al que ha muerto hoy.

—¡Hermano...! —gritó Margarita, abrazando a Carlos.

—Vamos, vestíos, Margarita —dijo el rey—, disimulad vuestra palidez y venid al baile. Acabo de ordenar que os traigan nuevas joyas y adornos dignos de vUestra belleza.

—¡Oh, los diamantes, los vestidos!... —dijo Margarita—. ¿Qué me importa todo eso ahora?

—La vida es larga, Margarita —dijo Carlos sonriendo—, al menos para ti.

—¡Jamás! ¡Jamás!

—Acuérdate de una cosa, hermana; a veces, es ahogando, o mejor dicho, disimulando el dolor como mejor se honra a los muertos.

—Está bien, señor, iré —dijo Margarita, estremeciéndose.

Una lágrima que absorbió rápidamente su cálida mejilla humedeció los ojos de Carlos.

El rey se inclinó hacia su hermana, la besó en la frente, se detuvo un instante mirando a Enriqueta, que ni le había visto ni oído, y exclamó:

—¡Pobre mujer!

Luego salió silenciosamente.

No bien hubo salido, entraron varios pajes llevando cofres y estuches.

Margarita les indicó que dejaran todo aquello en el suelo.

Obedecida la orden, se retiraron los pajes, dejando a Guillonnè con las dos mujeres.

—Prepárame todo lo necesario para vestirme, Guillonne —dijo Margarita.

La joven miró a su ama con aire de asombro.

—Sí —dijo Margarita con un acento de amargura que sería imposible transcribir—, me vestiré y asistiré al baile. Allá me esperan. Apresúrate, pues el día será completo: fiesta en la plaza de Saint —Jean— en —Grève por la mañana y fiesta en el Louvre por la noche.

—¿Y la señora duquesa? —preguntó Guillonne.

—¡Oh! Ella es dichosa; puede quedarse aquí; puede llorar y sufrir a su antojo. Ella no es hija de rey, esposa de rey ni hermana de rey. No es reina. Ayúdame a vestirme, Guillonne.

La doncella obedeció. Los adornos eran magníficos y el vestido precioso. Nunca había estado más bella Margarita.

Se contempló en un espejo.

«Mi hermano tiene razón-pensó-; qué cosa más miserable es una criatura humana.»

En aquel momento entró Guillonne.

—Señora —dijo—, ahí está un hombre que pregunta por vos.

—¿Por mí?

—Sí, por vos.

—¿Quién es?

—No sé, pero tiene un aspecto terrible; yo al verle me he puesto a temblar.

—Ve a preguntarle su nombre —dijo Margarita palideciendo.

Guillonne salió y volvió a los pocos instantes.

—No quiso decirme su nombre, señora, pero me rogó que os entregara esto.

Y entregó a Margarita el relicario que ella había dado a La Mole la noche anterior.

—¡Hazle entrar, hazle entrar en seguida! —dijo la reina, al mismo tiempo que se ponía mucho más pálida y acongojada de lo que estaba.

Unos pasos lentos y pesados conmovieron el pavimento. El eco, in dignado sin duda de tener que repetir semejante ruido, gruñó bajo el entarimado y un hombre apareció en el umbral.

—¿Sois vos...? —dijo la reina.

—El mismo que un día encontrasteis cerca de Montfaucon, señora, y el mismo que trajo al Louvre en su carricoche a dos gentiles hombres heridos.

—Sí, ya os reconozco, sois maese Caboche.

—Verdugo del distrito de París, señora.

Éstas fueron las únicas palabras que oyó Enriqueta de todas las que se habían pronunciado delante de ella desde hacía una hora. Levantó su pálido rostro y miró al verdugo con sus ojos color esmeralda, de los que parecía surgir una doble llama.

—¿Y venís...? —dijo Margarita temblando.

—A recordaros la promesa que hicisteis al más joven de los caballeros, al que me encargó que os devolviese este relicario. ¿La recordáis, señora?

—¡Ah! Sí, sí —exclamó la reina—. Y nunca alma más generosa tendrá más noble satisfacción; ¿pero dónde está?

—En mi casa; donde está el cuerpo.

—¿En vuestra casa? ¿Y por qué no me la habéis traído?

—Podían haberme detenido al entrar en el Louvre. Suponed que me hubieran obligado a levantar mi capa, ¿qué habrían dicho si debajo de la capa hubiesen visto una cabeza?

—Está bien, guardadla en vuestra casa; mañana iré por ella.

—Señora, quizá mañana sea ya demasiado tarde —comentó Caboche.

—¿Por qué?

—Porque la reina madre me ordenó que le reservara para sus experimentos cabalísticos las cabezas de los dos primeros condenados que decapitara.

—¡Oh! ¡Qué profanación! ¡Las cabezas amadas! ¡Enriqueta! —gritó Margarita, corriendo hacia su amiga, a quien halló de pie como si un resorte la hubiera levantado—. Enriqueta, ángel mío, ¿oyes lo que dice este hombre?

—Sí, ¿y qué es lo que hay que hacer?

—Debemos ir con él.

Luego, Enriqueta, lanzando un grito de dolor:

—¡Ah! ¡Estaba tan bien! —exclamó—. ¡Estaba casi muerta!

Mientras tanto Margarita se había puesto sobre sus hombros desnudos una capa de terciopelo.

—Ven, ven —dijo—, ¡los veremos una vez más!

Margarita hizo cerrar todas las puertas, ordenó que llevaran la litera a la puertecita falsa y, cogiendo del brazo a Enriqueta, descendió por la escalera secreta, haciendo señas a Caboche de que las siguiera. Ante la puerta estaba la litera y en el quicio el ayudante de Caboche con una linterna.

Los hombres que conducían a Margarita eran de la más absoluta confianza. Ni veían ni oían. Su absoluta discreción los hacía más seguros que si hubiesen sido bestias de carga.

La litera anduvo durante diez minutos, poco más o menos, precedida por maese Caboche y su criado con la linterna. Cuando se detuvo, el verdugo abrió la portezuela, mientras el ayudante se adelantaba corriendo. Margarita bajó y ayudó a la duquesa de Nevers a que hiciera lo mismo. En medio del gran dolor que las embargaba, el temperamento nervioso de la reina se revelaba como el más fuerte.

La torre de la Picota se erguía ante las dos mujeres como un gigante sombrío a informe, despidiendo un resplandor rojizo por dos troneras que se abrían en la parte superior.

El criado asomóse a la puerta.

—Podéis entrar, señoras —dijo Caboche—; todo el mundo duerme en la torre.

En aquel momento se apagó la luz que salía por las dos troneras.

Las dos damas, apretándose la una contra la otra, atravesaron la pequeña puerta ojival y pisaron en la oscuridad un suelo húmedo y pegajoso. Divisaron una luz al fondo de un corredor y, guiadas por el repulsivo dueño de la morada, se dirigieron hacia aquel lugar. La puerta se cerró tras ellas.

Caboche, con una vela en la mano, las introdujo en una sala baja y ahumada. En el centro de esta habitación había una mesa con los restos de una cena y tres cubiertos. Estos tres cubiertos correspondían sin duda al verdugo, a su mujer y al ayudante principal.

En el sitio más visible de la pared estaba colgado un pergamino con el sello del rey. Era el título de verdugo.

En un rincón había una enorme espada de larga empuñadura. Era la resplandeciente espada de la justicia. Aquí y allá se veían también algunas groseras imágenes representando a santos martirizados con los más terribles suplicios.

Al llegar a aquella habitación, maese Caboche hizo una profunda reverencia.

—Vuestra Majestad me excusará —dijo— si he osado llegar hasta el Louvre y traeros aquí. Pero ésta era la voluntad expresa y suprema del caballero, de modo que...

—Habéis hecho muy bien, maese Caboche —dijo Margarita—, y aquí tenéis esto como recompensa por vuestra bondad.

Caboche contempló tristemente la bolsa repleta de oro qué Margarita acababa de depositar sobre la mesa.

—¡Oro! ¡Siempre oro! —murmuró—. ¡Ay, señora, que no pueda yo rescatar a precio de oro la sangre que me vi obligado a derramar hoy!

—Maese —dijo Margarita mirando en torno suyo y como si dudase—, ¿tendremos que ir todavía a otra parte? No veo...

—No, señora, están aquí; es, sin embargo, un triste espectáculo que podría evitaros trayéndoos oculto bajo un paño lo que venís a buscar.

Margarita y Enriqueta cambiaron una mirada.

—No —dijo Margarita, que había adivinado en los ojos de su amiga la misma decisión que ella acaba ba de adoptar—. No, enseñadnos el camino y os seguiremos.

Caboche cogió la antorcha y abrió una puerta de encina que conducía a una escalera de pocos peldaños que parecía hundirse en la tierra. En aquel momento se produjo una corriente de aire que hizo saltar algunas chispas de la antorcha y trajo al rostro de las princesas un olor nauseabundo de moho y de sangre. Enriqueta, blanca como una estatua de alabastro, se apoyó en el brazo de su amiga, cuyo paso era más seguro; pero al llegar al primer peldaño titubeó.

—¡Oh! ¡No podré jamás! —exclamó.

—Cuando se ama de verdad, Enriqueta —dijo la reina—, se debe amar hasta en la muerte.

Horrible y conmovedor espectáculo era el que ofrecían aquellas dos mujeres resplandecientes de juventud, belleza y elegancia inclinándose bajo el techo de cal, la más débil apoyándose en la más fuerte y la más fuerte en el brazo del verdugo.

Llegaron al último escalón.

En el fondo de aquella cueva yacían dos formas humanas cubiertas con un paño de sarga negra. Caboche levantó un extremo del paño, acercó su vela y dijo:

—Mirad, señora.

Los dos jóvenes, vestidos de negro, estaban tendidos uno al lado del otro con la terrible simetría de la muerte. Sus cabezas inclinadas y puestas junto al tronco parecían unidas a él. Tan sólo un círculo de un rojo encendido dibujado alrededor del cuello revelaba la terrible verdad. La muerte no había separado a los dos buenos amigos, pues ya fuese por casualidad o por piadosa atención del verdugo, la mano derecha de La Mole reposaba en la mano izquierda de Coconnas.

Bajo los párpados de La Mole se adivinaba una mirada de amor y en los labios de Coconnas perduraba una sonrisa de desdén.

Margarita se arrodilló junto a su amante y con sus manos deslumbrantes de alhajas levantó suavemente aquella cabeza que tanto había amado.

La duquesa de Nevers, reclinada contra la pared, no podía apartar su mirada del pálido rostro de Coconnas, donde tantas veces había encontrado la alegría y el amor.

—¡La Mole! ¡Mi adorado La Mole! —murmuró Margarita.

—¡Annibal! ¡Annibal! —exclamó la duquesa de Nevers—. ¡Tú, tan orgulloso, tan valiente! ¿Ya no me respondes...?

Un torrente de lágrimas acompañó estas palabras.

Aquella mujer tan desdeñosa, tan atrevida, tan insolente en la felicidad, aquella mujer que llevaba el escepticismo hasta la suprema duda y la pasión hasta la crueldad, no había pensado nunca en la muerte. Margarita le ofreció su ejemplo.

En una bolsa bordada de perlas y perfumada con las más finas esencias guardó la cabeza de La Mole, más hermosa todavía al verse junto al oro y al terciopelo y a la que una preparación particular que se empleaba en aquella época para embalsamar a los reyes debía conservar eternamente su belleza. Enriqueta se aproximó entonces a los cadáveres y envolvió la cabeza de Coconnas en su capa. Curvadas por el peso de su dolor, más que por el de su carga, subieron la escalera dirigiendo una última mirada a los restos que quedaban a merced del verdugo en aquel antro sombrío destinado a los criminales vulgares.

—Nada temáis, señora —dijo Caboche interpretando aquellas miradas—; los caballeros serán sepultados santamente, os lo juro.

—Y tú les harás decir misas con esto —dijo Enriqueta, quitándose del cuello un magnífico collar de rubíes y entregándoselo al verdugo.

Volvieron al Louvre del mismo modo que habían salido. En la puerta la reina se dio a conocer. Al llegar a la escalera secreta bajó por ella, entró en su aposento, depositó su triste reliquia en el gabinete contiguo a su dormitorio, convertido desde aquel momento en oratorio, dejó a Enriqueta vigilando su alcoba y, más pálida y bella que nunca, entró a eso de las diez en el gran salón de baile, el mismo donde la vimos hace ya cerca de un año y medio al comienzo de nuestra historia.

Todos los ojos se volvieron hacia ella y Margarita soportó aquella mirada universal con un aire firme e incluso alegre. Le daba fuerzas el haber cumplido religiosamente el último deseo de su idolatrado La Mole. Carlos, al verla, atravesó tambaleándose la dorada multitud que le rodeaba.

—Gracias, hermana mía —dijo en voz alta.

Y bajando la voz.

—¡Cuidado! —añadió—. Tenéis una mancha de sangre en el brazo.

—¡Ah! ¡Qué importa eso ya, señor —respondió Margarita—,con tal de que tenga la sonrisa en los labios!

Sudor sanguíneo

✦

Pocos días después de la terrible escena que acabamos de relatar, es decir, el 30 de mayo de 1574, estando la corte en Vincennes, se oyó de pronto un gran albo roto en la alcoba del rey, el cual, habiéndose agravado sus dolencias durante el baile que ofreció el mismo día de la muerte de los dos amigos, se había trasladado al campo por orden de los médicos para respirar un aire más puro.

Eran las ocho de la mañana. Un grupo de cortesanos conversaba animadamente en la antecámara cuando, de repente, se oyó un grito y apareció en la puerta la nodriza de Carlos con los ojos anegados en lágrimas y diciendo con una voz desesperada:

—¡Socorro! ¡Socorro!

—¿Es que se ha puesto peor Su Majestad? —preguntó el capitán de Nancey, a quien, como ya se sabe, el rey había eximido de toda obediencia a la reina Catalina para consagrarlo exclusivamente a su servicio.

—¡Oh! ¡Cuánta sangre! ¡Cuánta sangre! —dijo la nodriza—. ¡Los médicos! ¡Llamad a los médicos! Mazille y Ambrosio Paré se turnaban a la cabecera del enfermo.

Ambrosio Paré, que estaba de guardia en aquel momento, al ver que el rey se quedaba dormido, había aprovechado aquella circunstancia para alejarse por algunos instantes.

Durante su ausencia se había apoderado del rey un sudor abundante. Como Carlos padecía un debilitamiento de los vasos capilares, se le produjo una hemorragia superficial. La nodriza, que no podía acostumbrarse a tan extraño fenómeno, creía como buena protestante y repetía sin cesar que aquel sudor sanguíneo se debía a que la sangre de los hugonotes vertida la noche de San Bartolomé reclamaba la sangre del rey.

Los cortesanos salieron corriendo en todas direcciones; el doctor no podía estar lejos y no tardaría en ser hallado. La antecámara se quedó vacía, pues todos deseaban demostrar su celo encontrando al médico so - licitado.

Se abrió entonces una puerta y apareció Catalina, quien, atravesando rápidamente la antecámara, entró en la alcoba de su hijo.

Carlos se hallaba postrado en el lecho, tenía los ojos sin brillo y la respiración jadeante. De todo su cuerpo se desprendía un sudor rojizo; su mano caía; fuera de la cama y en la punta de cada uno de sus dedos vacilaba una gota semejante a un líquido rubí.

El espectáculo no podía ser más terrible.

Sin embargo, al oír los pasos de su madre y como si la reconociera, Carlos se incorporó.

—Perdonadme, señora —dijo mirando fijamente a su madre—, quisiera morir en paz.

—¿Pensáis morir, hijo mío, sólo por una crisis pasajera, de este extraño mal? —dijo Catalina —. ¿Por qué os empeñáis en desesperaros así?

—Os digo señora, que siento que se me va el alma, os digo, señora, que es la muerte lo que siento llegar; ¡muerte de todos los diablos!... Me doy sobrada cuenta de lo que siento y sé perfectamente lo que me digo.

—Señor —dijo la reina—, vuestra imaginación es la más grave enfermedad que tenéis; después del merecido suplicio de esos dos hechiceros, de esos dos asesinos que se llamaban La Mole y Coconnas, vuestros sufrimientos físicos deben de haber disminuido. Sólo queda en vos el mal moral, y si pudiese hablaros diez minutos os probaría...

—Nodriza —dijo Carlos—, guarda la puerta para que nadie entre: la reina Catalina de Médicis quiere conversar con su muy amado hijo Carlos IX.

La nodriza obedeció.

—En realidad —continuó Carlos— esta conversación debía tener lugar un día a otro; más vale que sea hoy que mañana. Además, quizá mañana sea demasiado tarde. Pero os advierto que una tercera persona debe asistir a nuestra entrevista.

—¿Por qué?

—Porque, os lo repito, la muerte está en camino —replicó Carlos con una escalofriante solemnidad—, porque de un momento a otro entrará en este cuarto pálida y muda, y, como vos, sin hacerse anunciar. Ha llegado por lo tanto la hora de que ponga en orden los asuntos del reino de la misma manera que hice anoche en lo que se refiere a los míos particulares.

—¿Y quién es esa persona que deseáis ver? —preguntó Catalina.

—Mi hermano, señora. Ordenad que le llamen.

—Señor —dijo la reina—, veo con satisfacción que las denuncias dictadas por el odio, más bien que las provocadas por el dolor, se borran de vuestro espíritu y tienden a desaparecer pronto de vuestro corazón. ¡Nodriza! ¡Nodriza! —añadió Catalina llamando.

La buena mujer que vigilaba en la antecámara abrió la puerta.

—Nodriza —dijo Catalina—, cuando llegue el señor de Nancey, decidle que vaya de parte de mi hijo a buscar al duque de Alençon.

Carlos hizo un gesto que detuvo a la buena mujer dispuesta a obedecer.

—He dicho a mi hermano, señora —le repitió Carlos.

Los ojos de Catalina se abrieron como los de un tigre furioso. Carlos alzó imperativamente la mano.

—Quiero hablar a mi hermano Enrique —dijo—, es decir, al único hermano que tengo; no al que reina allá lejos, sino al que está preso aquí. Enrique escuchará mis últimas disposiciones.

—Si, como decís, estáis tan cerca de la tumba, ¿creéis que voy yo a ceder a nadie, y sobre todo a un extranjero, mi derecho de asistiros en la hora suprema, mi derecho de reina y mi derecho de madre? —dijo la florentina con un audacia inusitada ante la terrible voluntad de su hijo; tan fuera de sí la ponía el odio que profesaba al bearnés.

—Señora —dijo Carlos—, todavía soy el rey, toda vía puedo mandar; señora, os digo que deseo hablar a mi hermano Enrique y no llaméis a mi capitán de guardias. ¡Por mil diablos! Os advierto que tengo todavía suficientes fuerzas como para ir a buscarle yo mismo.

Al hacer un movimiento como para saltar de la cama, dejó al descubierto su cuerpo semejante al de Cristo después de la flagelación.

—Señor —gritó Catalina deteniéndole—, nos injuriáis a todos, olvidáis las afrentas hechas a nuestra familia y repudiáis nuestra sangre. Sabed que sólo un príncipe de Francia debe arrodillarse junto al lecho mortuorio de un rey de Francia. Por lo que a mí se refiere, mi sitio es éste; me lo señalan las leyes de la naturaleza y de la etiqueta y, por lo tanto, aquí me quedo.

—¿Y en virtud de qué título os quedáis? —preguntó Carlos IX.

—A título de madre.

—Ya no sois mi madre, señora, del mismo modo que el duque de Alençon ya no es mi hermano.

—Deliráis, señor —dijo Catalina—. ¿Desde cuándo la que os ha dado el ser no es vuestra madre?

—Desde el momento, señora, en que me quitáis lo que me disteis —respondió Carlos, enjugándose una sanguinolenta espuma que le subía a la boca.

—¿Qué queréis decir, Carlos? No os entiendo —murmuró Catalina mirando a su hijo con ojos estupefactos.

—Vais a comprenderme, señora.

Carlos metió la mano debajo de la almohada y sacó una llavecita de plata.

—Coged esta llave, señora, y abrid mi cofre de viaje; contiene ciertos papeles que hablarán por mí. Carlos extendió la mano, señalando un cofre que ocupaba el sitio más visible de la habitación, magníficamente repujado y adornado con una cerradura de plata. .

Catalina, dominada por el imperio que Carlos ejercía sobre ella, obedeció. Aproximóse lentamente al cofre, lo abrió, hundió en el interior su mirada y retrocedió de pronto, como si hubiese visto al reptil dormido.

—¿Qué hay en ese cofre que os asusta, señora? — dijo Carlos, que no perdía de vista a su madre.

—Nada —respondió Catalina.

—En ese caso, meted la mano, señora, y coged un libro; debe de haber un libro, ¿no es cierto? —añadió Carlos con una amarga sonrisa, que era en él más terrible que la peor amenaza en otro cualquiera.

—Sí —balbució Catalina.

—¿Es un libro de caza?

—Sí.

—Traédmelo.

Catalina, a pesar de su aplomo, palideció. Toda temblorosa alargó la mano hacia el interior del cofre.

—¡Fatalidad! —murmuró cogiendo el libro.

—Está bien —dijo Carlos—. Ahora, escuchad: este libro de caza... Fui un insensato ...; amaba la caza sobre todas las cosas ...; este libro de caza lo leí de cabo a rabo; ¿comprendéis, señora?...

Catalina lanzó un sordo gemido.

—Fue una debilidad —continuó Carlos—; que madlo, señora. Es preciso que se ignoren las flaquezas de los reyes.

Catalina se acercó a la chimenea encendida, dejó caer el libro en el fuego y permaneció de pie, inmóvil, mirando con inexpresivos ojos las azuladas llamas con que ardían las hojas envenenadas.

A medida que el libro se consumía, fue invadiendo la habitación un fuerte olor a ajo. Pronto el libro quedó convertido en cenizas.

—Y ahora, señora, llamad a mi hermano —ordenó Carlos de manera tajante.

Catalina, atónita, aniquilada por una serie de emociones que, pese a su profunda sagacidad, era incapaz de analizar y que, pese a su fuerza casi sobrehumana, no podía combatir, dio un paso hacia delante, como queriendo hablar. La madre tenía un remordimiento, la reina un temor y la envenenadora un recrudecimiento de su odio.

Este último sentimiento fue el que dominó a los otros.

—¡Maldito sea! —gritó precipitándose fuera del aposento—. ¡Triunfa! ¡Consigue su objeto! ¡Sí, maldito, maldito sea!...

—¿Habéis oído? Llamad a mi hermano —dijo Carlos persiguiendo a su madre con la voz —, a mi hermano Enrique; quiero hablarle inmediatamente acerca de la regencia del reino.

Casi al mismo tiempo que salía Catalina, había entrado Ambrosio Paré por la puerta de enfrente. Deteniéndose en el umbral y olfateando el olor que había en la alcoba preguntó:

—¿Quién ha quemado arsénico?

—Yo —dijo Carlos.

La plataforma del castillo de vincennes

✦

Enrique de Navarra se paseaba solo y pensativo por la terraza del torreón en que estaba preso; sabía que la corte estaba en el castillo que veía a cien pasos de él, y a través de sus muros su mirada penetrante adivinaba a Carlos moribundo.

El cielo estaba claro y sereno; un ancho rayo de sol se extendía por la llanura y bañaba de un oro fluido las copas de los árboles del bosque, orgullosos de la riqueza de su primer follaje. .

Hasta las mismas piedras grises del torreón parecían impregnarse del suave calor de la atmósfera, y los alhelíes, llevados por el soplo de los vientos del este y adheridos a las hendiduras de la muralla, abrían sus p étalos de terciopelo rojo y amarillo a los besos de una brisa tibia.

Las miradas de Enrique no separaban en aquellas verdes praderas, ni en las doradas copas de los árboles, sino que proseguían, ardientes de ambición, hacia la capital de Francia, destinada a ser un día la capital del mundo.

« ¡París! -pensaba el rey de Navarra-. Allí está París, es decir, la alegría, el triunfo, la gloria, la dicha; París, donde está el Louvre, y el Louvre, donde está el trono. ¡Y pensar que una sola cosa me separa de ese París tan deseado!... Estas piedras que ahora nos encierran a mí y a mi enemigo.»

Al apartar su vista de París divisó a su izquierda, en un valle poblado de almendros en flor, a un hombre sobre cuya coraza se reflejaba insistentemente un rayo de sol, proyectándose en mil direcciones distintas según los movimientos que el hombre hacía.

Aquel hombre montaba un fogoso caballo y tenía otro de las riendas que no parecía menos impaciente. El rey de Navarra vio cómo el jinete desenvainaba su espada y cómo, poniéndole un pañuelo en la punta, la movía a guisa de señal.

Inmediatamente, sobre la colina de enfrente se repitió la misma señal y al cabo de un instante se formó alrededor del castillo un círculo de pañuelos.

Tratábase de De Mouy y sus hugonotes, quienes, enterados de que el rey se moría y temiendo que se intentara algo en contra de Enrique, se habían reunido dispuestos a la defensa y al ataque.

Enrique volvió a mirar al primer caballero y, asomándose por encima del parapeto, púsose como visera la mano para evitar el sol que le deslumbraba, y reconoció al joven hugonote.

—¡De Mouy! —gritó como si éste pudiese oírle.

En su alegría de verse repentinamente rodeado de amigos se quitó el sombrero y lo agitó en el aire. Todos los pañuelos blancos volvieron a agitarse con un brío en el que se reflejaba el contento de aque llos caballeros al reconocer al rey.

—Me esperan —dijo Enrique— y no puedo unirme a ellos... ¿Por qué no lo habré hecho cuando pude hacerlo?... Ahora ya es tarde.

Entonces les hizo un gesto de desesperación al que De Mouy contestó con otro gesto que quería decir: «esperaré».

En aquel momento, Enrique oyó unos pasos que resonaban en la escalera de piedra. Retiróse a toda prisa, y los hugonotes, comprendiendo la causa de su ida, volvieron a envainar sus espadas y a ocultar sus pañuelos.

Enrique vio subir por la escalera a una mujer, cuya jadeante respiración denunciaba su prisa y, no sin un secreto terror, que siempre experimentaba al verla, reconoció a Catalina de Médicis.

Detrás de ella venían dos guardias que se detuvieron al pie de la escalera.

—¡Oh! ¡Oh! —murmuró Enrique—. Debe de haber ocurrido algo muy grave para que la reina madre venga a buscarme hasta aquí.

Catalina se sentó en un banco de piedra adosado a las almenas. Allí recobró el aliento.

Enrique se acercó a ella diciéndole con su más amable sonrisa:

—¿Es a mí a quien buscáis, mi buena madre?

—Sí, señor —respondió Catalina—. He querido daros una última prueba de mi cariño. Estamos en un momento supremo; el rey se muere y quiere hablaros.

—¿A mí? —dijo Enrique estremeciéndose de gusto.

—Sí, a vos. Estoy segura de que alguien le ha dicho que no sólo queréis el trono de Navarra, sino que ambicionáis el trono de Francia.

—¡Oh! —dijo Enrique.

—Ya sé que no es verdad, pero él lo cree así, y sin duda esta entrevista que quiere celebrar con vos no tiene otro objeto que el de haceros a un lado.

—¿A mí?

—Sí. Antes de morir, Carlos quiere saber lo que puede esperar o temer de vos.

—Pero ¿qué es lo que me va a ofrecer?

—¡Qué sé yo! Cosas imposibles, seguramente...

—¿No lo adiviináis tan siquiera, madre mía?

—No, pero, por ejemplo, me imagino...

Catalina se detuvo.

—¿Qué?

—Que creyendo en los propósitos ambiciosos que os atribuyen, quiere obtener de vuestros labios la prueba indiscutible. Suponed que os tiente como en otros tiempos se tentaba a los culpables para arrancarle confesión sin tortura. Suponed —prosiguió Catalina mirando fijamente a Enrique— que os proponga que aceptéis el Gobierno, que seáis regente, por ejemplo.

Una indecible alegría invadió el oprimido corazón de Enrique; pero el rey de Navarra adivinó el golpe y, con su espíritu flexible y vigoroso, se previno para el ataque.

—¿Yo? —dijo—. El lazo sería demasiado burdo. ¿Ofrecerme a mí la regencia cuando estáis vos y mi hermano, el duque de Alençon?

Catalina se mordió los labios para ocultar su satisfacción.

—¿De modo que renunciáis a la regencia? —dijo precipitadamente.

Enrique pensó que el rey había muerto y que era ella la que le tendía el lazo, por lo que contestó:

—Es preciso ante todo que oiga al rey de Francia, pues todo cuanto hemos dicho hasta ahora no son sino suposiciones.

—Sin duda —dijo Catalina—, pero de todos modos podéis declarar cuáles son vuestras intenciones.

—¡Dios mío! —dijo con aire inocente Enrique—. No teniendo pretensión alguna, mal puedo tener in —tenciones.

—Eso no es contestar —dijo Catalina, viendo que el tiempo apremiaba y dejándose arrastrar por la cólera—. Pronunciaos de un modo o de otro.

—No puedo pronunciarme sobre suposiciones, señora; una decisión concreta es algo tan difícil y sobre todo tan grave de adoptar, que vale más esperar las realidades.

—Escuchad, señor —dijo Catalina—. No hay tiempo que perder y lo estamos perdiendo en vanas discusiones y recíprocas cortesías. Hablemos cada cual como lo que somos; como rey y como reina. Si aceptáis la regencia, sois hombre muerto.

Enrique pensó que el rey vivía y dijo:

—Señora, Dios tiene en sus manos la vida de los hombres y de los reyes. Él me inspirará. Que avisen a Su Majestad que estoy dispuesto a comparecer ante su presencia.

—Reflexionad, señor.

—Hace dos años que estoy proscrito y un mes que estoy preso —respondió Enrique con gravedad—. ¡He tenido tiempo de reflexionar, señora, y he reflexionado! Tened, pues, la bondad de bajar primero y de decirle al rey que os sigo inmediatamente. Estos dos valientes —agregó Enrique señalando a los soldadoscuidarán de que no me escape, aunque la verdad es que no pienso hacer tal cosa.

Había tal acento de firmeza en las palabras de Enrique, que Catalina, comprendiendo que todas sus tentativas, cualquiera que fuese la forma como las disfrazara, no ejercerían ninguna influencia sobre él, bajó precipitadamente la escalera.

En cuanto hubo desaparecido, Enrique corrió al parapeto a hizo una seña a De Mouy que significaba: «acercaos y estad dispuesto para cualquier posible emergencia».

De Mouy, que se había bajado del caballo, montó en seguida y, llevando al otro de las riendas, fue al galope a situarse a dos tiros de mosquete del torreón.

Enrique le dirigió un saludo de gratitud y descendió la escalera del torreón.

En el primer descansillo halló a los dos soldados que le estaban esperando.

Una doble hilera de suizos y de soldados de caballería ligera vigilaban la entrada de los patios; era preciso recorrer un camino bordeado de partesanas para entrar y salir del castillo.

Catalina le esperaba allí. Al verle hizo señas a los dos soldados que le seguían para que se apartasen, y cogiéndole por el brazo le dijo:

—Este patio tiene dos puertas; si rechazáis la regencia, en aquella que veis detrás de los aposentos del rey os espera un buen caballo y la libertad; si escucháis a la ambición, volveréis a entrar por la que acabáis de salir... ¿Qué decís?

—Digo que si el rey me nombra regente, seré yo, señora, y no vos quien dará órdenes a estos soldados. Digo que si salgo del castillo esta noche, todas estas picas, alabardas y mosquetes se inclinarán ante mí.

—¡Insensato! —murmuró Catalina exasperada—. Creedme, no juguéis con Catalina a este terrible juego de vida o muerte.

—¿Por qué no? —dijo Enrique, mirando fijamente a la reina madre—. ¿Por qué no he de jugarlo con vos igual que con cualquier otro si hasta ahora he ganado siempre?

—Subid, pues, a ver al rey, ya que nada queréis oír ni creer —dijo Catalina, señalando con una mano la escalera mientras con la otra acariciaba uno de los dos cuchillos envenenados que llevaba y cuya vaina de cuero negro llegó a ser histórica.

—Pasad primero, señora —dijo Enrique—, mientras no sea regente, a vos os corresponde el honor. Catalina, sintiéndose descubierta, no trató de oponerse y pasó delante.

La regencia

El rey empezaba a impacientarse; había mandado llamar al señor de Nancey y acababa de ordenarle que fuese en busca de Enrique cuando éste se presentó.

Al ver aparecer en la puerta a su cuñado, Carlos dio un grito de júbilo y Enrique se quedó tan asustado al verle como si se hallara en presencia de un cadáver.

Los dos médicos que estaban a ambos lados de la cabecera del enfermo se alejaron, lo mismo que el sacerdote que había ido a proporcionar al desdichado príncipe los auxilios de la fe cristiana.

Carlos IX, a pesar de no contar con muchas simpatías entre sus súbditos, era llorado en las antecámaras. A la muerte de los reyes, cualesquiera que sean, siempre hay gente que pierde algo y que teme no recuperarlo con sus sucesores. Aquel duelo, aquellos sollozos, las palabras de Catalina y todo el aparato siniestro y majestuoso que rodea los últimos momentos de un rey y, por último, el espectáculo de aquel rey atacado por una enfermedad de la que más adelante hubo otros casos, pero ignorada en aquel entonces por la ciencia, produjeron en el espíritu aún joven y por consiguiente impresionable de Enrique un efecto tan terrible, que a pesar de su deseo de no ocasionar nuevas inquietudes a Carlos acerca de su estado, no pudo, como ya hemos dicho, reprimir un gesto de espanto al ver al moribundo empapado en sangre.

Carlos sonrió con tristeza. Ningún detalle escapa a los enfermos de las impresiones que sienten quienes les rodean.

—Venid, Enriquito —dijo tendiendo la mano a su cuñado—, venid, que ya sufría, al no veros; mucho os he atormentado en mi vida, pobre amigo mío; ahora me lo reprocho y, a veces, creedme, hasta he ayudado a quienes os atormentaban, pero un rey no es dueño de los acontecimientos y, además de tener a mi madre, a mi hermano de Alençon y a mi hermano de Anjou, he tenido que sostener sobre mi cabeza, durante toda mi vida, algo muy incómodo que cesará con la muerte: la soberanía del Estado.

—Señor —balbució Enrique—, sólo recuerdo el amor que tuve siempre por mi hermano y el respeto que sentí siempre por mi rey.

—Sí, sí, tienes razón —dijo Carlos—, y lo agradezco que hables así; Enriquito, porque has sufrido realmente demasiado bajo mi reinado, sin contar con que perdiste a lo madre durante él. Pero tú debes haber notado que muchas veces yo obraba obligado. Algunas he resistido, otras he tenido que ceder por cansancio. Pero tú lo has dicho, no hablemos del pasado; ahora me apremia el presente y me espanta el porvenir. Al decir estas palabras, el desdichado rey ocultó su pálida faz entre sus manos descarnadas.

Al cabo de unos instantes de silencio y sacudiendo por fin la cabeza como queriendo librarse de tan sombrías ideas, movimiento con el que salpicó de sangre todo a su alrededor, dijo en voz baja a inclinándose hacia Enrique:

—Es preciso salvar el Estado; es necesario impedir que caiga en manos de fanáticos o de mujeres. Carlos, como hemos dicho, pronunció estas palabras en voz baja. No obstante, Enrique creyó oír detrás de las cortinas de la cama algo así como una sorda exclamación colérica. Tal vez algún agujero practicado en la pared permitía a Catalina, sin que se enterara el mismo Carlos, escuchar esta trascendental conversación.

—¿Mujeres? —preguntó el rey de Navarra, como pidiendo una explicación.

—Sí, Enrique —dijo Carlos—, mi madre quiere hacerse cargo de la regencia hasta que regrese de Polonia mi hermano. Pero oye bien lo que lo digo: no volverá.

—¡Cómo! ¿Que no volverá? —exclamó Enrique con el corazón palpitante de gozo.

—No, no vendrá —aseguró Carlos—, sus súbditos no consentirán de ningún modo que venga.

—Pero —dijo Enrique— ¿no creéis que la reina madre le habría escrito con anticipación?

—Ya sé que lo ha hecho, pero de Nancey sorprendió al mensajero en Château —Thierry y me ha entregado la carta; en ella le decía que me quedaban pocos días de vida. Yo también he escrito a Varsovia; mi carta llegará, estoy seguro, y mi hermano será vigilado. De tal modo que, según todas las probabilidades, el trono de Francia quedará vacante.

Por segunda vez se oyó como un murmullo de protesta sin poderse precisar de dónde venía.

«Decididamente -pensó Enrique-, Catalina está allí: escucha y espera.»

Carlos, que no había oído absolutamente nada, prosiguió:

—Además, muero sin heredero varón.

Se detuvo; un dulce recuerdo pareció iluminar su rostro, y apoyando una mano en el hombro de Enrique añadió:

—¡Ay de mí! ¿Te acuerdas, Enriquito, de aquel pobre niño que lo enseñé una noche mientras dormía en su cuna de seda custodiado por un ángel? ¡Ay, Enriquito, me lo matarán!

—¡Oh, señor! —exclamó Enrique con los ojos empañados por las lágrimas—. Os juro ante Dios que durante todos los días y noches de mi existencia velaré por su seguridad.

—Gracias, Enriquito, muchas gracias —dijo el rey con una ternura nada propia de su carácter, pero que le imponía la situación—, acepto lo ofrecimiento. No le hagas rey, puesto que dichosamente no ha nacido para ocupar un trono. Trata únicamente de que sea feliz. Le dejo una fortuna independiente; nobleza, que tenga la de su madre: la del corazón. Quizá sería mejor para él que se le destinase a la Iglesia. ¡Inspiraría menos temores! ¡Oh! Creo que me moriría, si no del todo contento, por lo menos más tranquilo si tuviese aquí, para consolarme, las caricias del niño y el dulce semblante de la madre.

—Señor, ¿no podría hacer que vinieran?

—¡Insensato! No saldrían vivos de aquí. Tal es la condición de los reyes, Enriquito, no pueden vivir ni morir a su gusto. Pero, desde que me has hecho la promesa de ocuparte de ellos, me siento más tranquilo. Enrique pareció reflexionar.

—Sí, sin duda, os lo he prometido; pero ¿podré cumplirlo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Acaso yo mismo no puedo ser proscrito, amenazado como él o todavía más, ya que soy yo un hombre, mientras él no es más que un niño?

—Te equivocas —respondió Carlos—, cuando yo muera serás fuerte y poderoso; aquí tienes lo que lo dará la fuerza y el poder.

El moribundo rey sacó al decir estas palabras un pergamino de debajo de la almohada.

Toma-le dijo.

Enrique leyó el documento, que estaba avalado con el sello real.

—¿Yo regente? —dijo palideciendo de alegría.

—Sí, serás regente hasta que regrese el duque de Anjou, y como, según todas las probabilidades, el duque no regresará, no es la regencia lo que lo confiere este papel, sino el trono.

—¡El trono! —murmuró Enrique.

—Tú eres —dijo Carlos— el único digno y, sobre todo, el único hombre capaz de gobernar a todos esos galanes libertinos y a todas esas jóvenes descarriadas que se alimentan de lágrimas y sangre. Mi hermano, el duque de Alençon, es un traidor y traicionará a todos; más vale que le dejes en la prisión donde le tengo encerrado. Mi madre querrá matarle; destiérrala. Mi hermano el duque de Anjou, quizá dentro de un año, saldrá de Varsovia y vendrá a disputarte el poder; respóndele con una bula papal. Yo he negociado este asunto por medio de mi embajador, el duque de Nevers, y dentro de poco tiempo recibirás la bula.

—¡Oh! ¡Rey mío!

—Sólo debes temer una cosa, Enrique: la guerra civil. Pero permaneciendo convertido la evitas, pues el partido hugonote no tiene consistencia si no estás tú a su cabeza, y el señor de Con dé no tiene fuerzas para luchar contra ti. Francia es un país de llanuras y, por lo tanto, un país católico. El rey de Francia debe ser el rey de los católicos y no de los hugonotes, puesto que el rey de Francia debe ser el rey de la mayoría. Se dice que siento remordimientos por haber organizado la noche de San Bartolomé. Dudas, puede ser; remordimientos, ninguno. Se dice que derramo la sangre de los hugonotes por todos los poros. Yo sé muy bien lo que tiñe mi sudor; es arsénico y no sangre.

—¡Oh, señor! ¿Qué decís?

—Nada. Si mi muerte ha de ser vengada, sólo a Dios corresponde hacerlo. No hablemos de ella nada más que para prever los sucesos que traerá como consecuencia. Te lego un buen Parlamento y un ejército veterano. Apóyate en el Parlamento y en el ejército para resistir a tus dos únicos enemigos: mi madre y el duque de Alençon.

En aquel momento se oyó ruido de armas en el vestíbulo, acompañado de cambios de órdenes militares.

—Soy muerto —murmuró Enrique.

—¿Temes, vacilas? —dijo Carlos con inquietud.

—¿Yo, señor? —replicó Enrique—. De ninguna manera, ni temo ni vacilo: acepto.

Carlos le estrechó la mano. Y como en aquel instante se acercaba la nodriza con una poción que acababa de preparar en la pieza vecina, sin sospechar que la suerte de Francia se decidía a tres pasos de ella:

—Llama a mi madre, buena nodriza, por favor —dijo el rey—, y di que llamen también al duque de Alençon.

El rey ha muerto. ¡viva el rey!

✦

Catalina y el duque de Alençon, pálidos de miedo y trémulos de ira, entraron pocos minutos después. Catalina, como había adivinado Enrique, estaba enterada de todo y se lo había transmitido en pocas palabras a Francisco. Dieron algunos pasos y se detuvieron en espera de que el rey les dirigiera la palabra. Enrique se hallaba de pie, junto a la cabecera del enfermo.

El rey les declaró su voluntad.

—Señora —dijo mirando a su madre—, si tuviera un hijo, vos seríais regente, o en vuestro defecto el rey de Polonia, o en ausencia, en fin, del rey de Polonia, lo sería mi hermano Francisco; pero no tengo descendientes y, por lo tanto, al morir yo, debe sucederme automáticamente el duque de Anjou, que no está ahora aquí. Como un día a otro vendrá a reclamar el trono que le corresponde, no quiero que encuentre en él a un hombre que, teniendo derechos casi iguales para ocuparlo, pueda disputarle los suyos exponiendo al reino, por consiguiente, a sufrir una guerra entre los pretendientes. Ésta es la razón por la cual no os nombro regente, señora, ya que, si así lo hiciera, tendríais que elegir entre vuestros dos hijos, elección que habría de resultar sumamente penosa para una madre. Por esta misma razón, no nombro regente a mi hermano Francisco, ya que podría decirle a su hermano mayor: «¿No teníais un trono? ¿Por qué lo abandonasteis?» Prefiero por eso nombrar un regente que pueda conservar la corona en depósito y que la conserve bajo su mano y sobre su cabeza. Este regente, saludadle, señora, saludadle, hermano mío, este regente es el rey de Navarra.

Dicho esto, saludó a Enrique con un gesto majestuoso.

Catalina y Alençon hicieron una mueca que lo mismo podía tomarse por un saludo que por un estremecimiento nervioso.

—Tomad, señor regente —dijo Carlos al rey de Navarra—, aquí tenéis el pergamino que hasta el regreso del rey de Polonia o s confiere el mando de los ejércitos, las llaves del tesoro, los derechos reales y el poder. Catalina devoraba con los ojos a Enrique. Francisco se hallaba tan turbado, que apenas podía mantenerse en pie. La debilidad del uno y la firmeza de la otra, envez de tranquilizar a Enrique, le mostraban el peligro que se erguía amenazador en torno suyo.

Enrique, haciendo un violento esfuerzo y dominando todos sus temores, cogió el pergamino de manos del rey. Luego dirigió a Catalina y a Francisco una mirada llena de altivez que quería decir: «Tened cuidado; soy vuestro señor.»

Catalina comprendió lo que quería decir con aque lla mirada.

—No, no, jamás —dijo—. ¡jamás mi familia se so meterá a una dinastía extranjera; jamás reinará en Francia un Borbón mientras exista un Valois!

—¡Madre, madre mía! —exclamó Carlos IX, incorporándose más terrible que nunca en su lecho de enrojecidas sábanas—. Tened cuidado, porque todavía soy rey, aunque ya sé que no por mucho tiempo, y aún puedo dar una orden para castigar a losasesinos y a los envenenadores.

—Está bien. Dad esa orden, si os atrevéis. Por mi parte, yo daré las mías. Venid, Francisco, venid —dijo la reina, y salió rápidamente llevando consigo al duque de Alençon.

—¡De Nancey! —gritó Carlos—. ¡A mí! Yo soy quien lo ordena, de Nancey, arrestad a mi madre, arrestad a mi hermano, arrestad...

Una bocanada de sangre cortó la palabra a Carlos en el momento en que el capitán de sus guardias abría la puerta. El rey, sofocado, cayó en la cama con el estertor de la agonía.

De Nancey no había oído más que su nombre; las órdenes que siguieron, pronunciadas con voz menos clara, se habían perdido en el espacio.

—Guardad la puerta —ordenó con firmeza Enrique— y no dejéis entrar a nadie.

El capitán se retiró.

Enrique volvió sus ojos hacia aquel cuerpo inanimado que hubiera podido tomarse por un cadáver si un ligero soplo no hubiese agitado la franja de espuma que bordeaba sus labios.

Después de contemplarle por espacio de unos minutos, dijo como hablando consigo mismo:

—¡He aquí el momento supremo! ¿Es mejor reinar? ¿Es mejor vivir?

En el mismo instante se descorrió una de las cortinas de la alcoba y apareció un pálido rostro. En medio del silencio de muerte que reinaba en la estancia, se oyó vibrar una voz:

—Vivid —dijo esta voz.

—¡Renato! —exclamó Enrique.

—Sí, señor.

—¿Era falsa lo predicción? ¿No seré rey? —preguntó Enrique.

—Lo seréis, señor, pero todavía no ha llegado vuestra hora.

—¿Cómo lo sabes? Habla para ver si debo creerte.

—Oíd.

—Te escucho.

—Inclinaos.

Enrique se inclinó sobre el cuerpo de Carlos, y Renato, desde el otro lado del lecho, hizo lo mismo, de modo que, entre ambos, separados únicamente por el ancho de la cama, yacía sin voz y sin movimiento el rey moribundo.

—Oíd —dijo Renato—; colocado aquí por la reina madre para perderos, prefiero serviros, porque tengo confianza en vuestro horóscopo. Al hacerlo obro a la vez en interés de mi cuerpo y de mi alma.

—¿También lo ordenó la reina madre que me dijeras esto? —preguntó Enrique lleno de dudas y de angustia.

—No —dijo Renato—, pero os voy a contar un secreto.

El perfumista se estiró cuanto pudo y Enrique le imitó, de modo que sus cabezas casi se tocaban. Esta conversación entre los dos hombres sobre el cuerpo de un rey moribundo tenía algo de terrorífico, por lo que los cabellos del supersticioso florentino se erizaron de espanto y un sudor abundante corrió por la frente de Enrique.

—Éste es un secreto que sólo yo conozco —continuó Renato—, y que os revelaré si me juráis sobre este moribundo que me perdonaréis la muerte de vuestra madre.

—Ya os lo prometí una vez —dijo Enrique, cuyo rostro adquirió una expresión sombría.

—Prometido sí, pero no jurado —dijo Renato, echándose hacia atrás.

—Lo juro —dijo Enrique, extendiendo la mano derecha sobre la cabeza del rey.

—Pues bien, señor —dijo precipitadamente el florentino—, el rey de Polonia está a punto de llegar.

—No —dijo Enrique—, el correo fue detenido por orden del rey Carlos.

—Por orden del rey Carlos fue detenido uno en el camino de Château —Thierry; pero la reina madre, con su habitual previsión, había enviado tres por diferentes rutas.

—¡Oh! ¡Desdichado de mí! —exclamó Enrique.

—Esta mañana llegó un mensajero de Varsovia. El rey salía detrás de él sin que nadie pensara impedírselo, pues aún ignoraban la enfermedad del rey de Francia. De modo que este mensajero sólo precede en unas horas al duque de Anjou.

—¡Oh! ¡Si contara solamente con ocho días! —dijo Enrique. . .

—Pero es el caso que no disponéis siquiera de ocho horas. ¿Oís ruido de armas?

—Sí.

—Con estas armas caerán sobre vos. Vendrán hasta aquí a matarnos, sin importarles que os halléis en la misma alcoba del rey.

—El rey no ha muerto todavía.

Renato examinó atentamente a Carlos.

—Pero habrá muerto dentro de diez minutos. Tenéis, por lo tanto, diez minutos de vida; tal vez menos.

—¿Qué hacer entonces?

—Huir sin perder un minuto, sin perder ni siquiera un segundo.

—¿Por dónde? Si esperan en la antecámara me matarán al salir.

—Escuchad: arriesgo todo por vos, no lo olvidéis nunca.

—Pierde cuidado.

—Seguidme por este pasaje secreto: os conduciré hasta la poterna. Luego, para darnos tiempo, iré a decir a la reina madre que bajáis. Catalina supondrá que descubristeis vos mismo la salida secreta y que la aprovechasteis para huir. Venid, venid conmigo.

Enrique se inclinó hacia Carlos y le dio un beso en la frente.

—Adiós, hermano mío —dijo—, no olvidaré lo postrer deseo. No olvidaré que lo última voluntad fue hacerme rey. Muere en paz. En nombre de mis hermanos lo perdono la sangre derramada.

—Vamos, vamos —dijo Renato—, el rey vuelve en sí; huid antes de que abra los ojos.

—¡Nodriza! —murmuró Carlos—. ¡Nodriza!

Enrique cogió de la cabecera de la cama la espada del rey moribundo, ocultó en su pecho el pergamino que le nombraba regente y, besando por última vez a su cuñado, dio la vuelta alrededor de la cama y desapareció rápidamente por la salida secreta que se cerró tras él.

—¡Nodriza! —llamó el rey con voz más fuerte—. ¡Nodriza!

la buena mujer acudió a su llamada.

—¿Qué quieres, Carlos mío? —le preguntó.

—Nodriza —dijo el rey con los ojos desorbitados, en los que había ya la fijeza terrible de la muerte—. Debe de haber ocurrido algo cuando dormía. ¡Veo una gran luz! Veo a Dios Nuestro Señor; veo a Jesús y a la Santísima Virgen María. Ellos le ruegan, le suplican por mí: El Señor Todopoderoso me perdona .... me llama... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... Recibidme en vuestra misericordia. ¡Dios mío! Olvidad que fui rey, ya que me presento a vos sin cetro y sin corona. ¡Dios mío! Olvidad los crímenes del rey para acordaros tan sólo de los sufrimientos del hombre. ¡Dios mío! Aquí me tenéis.

Carlos, que a medida que pronunciaba estas palabras se había ido levantando poco a poco como para acudir a la voz que le llamaba, exhaló un suspiro y cayó rígido y yerto en brazos de su nodriza.

Mientras, los soldados, obedeciendo las órdenes de Catalina, se dirigían hacia la salida conocida por todos y por la que Enrique debía pasar; éste, guiado por Renato, se encaminó por el corredor secreto, llegó a la poterna y, saltando so bre el caballo que le aguardaba, salió al galope en dirección al lugar donde esperaba encontrar a De Mouy.

De pronto, al oír el galope de su caballo, algunos centinelas se volvieron gritando:

—¡Se escapa! ¡Se escapa!

—¿Quién? —preguntó la reina madre asomándose a una ventana.

—¡El rey Enrique!' ¡El rey de Navarra! —gritaron los centinelas.

—¡Fuego! —ordenó Catalina—. ¡Disparad contra él!

Los centinelas apuntaron con sus armas, pero Enrique estaba ya demasiado lejos.

—Huye —dijo Catalina—, luego está vencido.

—Huye —murmuró el duque de Alençon—, luego yo soy rey.

En aquel mismo instante, y cuando Francisco y su madre se hallaban todavía asomados a la ventana, crujió el puente levadizo bajo el trote de varios caballos, y, precedido por un ruido de armas entró en el patio al galope un joven con el sombrero en la mano y gritando: « ¡Francia! » Venía seguido de cuatro gentiles hombres cubiertos como él de sudor y de polvo.

—¡Mi hijo! —gritó Catalina extendiendo los brazos fuera de la ventana.

—¡Madre mía! —respondió el joven saltando del caballo.

—¡Mi hermano Enrique! —exclamó aterrado Francisco retrocediendo.

—¿Es demasiado tarde? —preguntó el duque de Anjou a su madre.

—Al contrario, y si Dios lo hubiese traído de la mano, no habrías llegado más a tiempo; mira y escucha con atención.

El señor de Nancey, capitán de la guardia, salió al balcón del cuarto del rey.

Todas las miradas se dirigieron hacia él.

Rompió una vara en dos y con un trozo en cada mano extendió los brazos exclamando:

—¡El rey Carlos IX h a muerto! ¡El rey Carlos IX ha muerto! ¡El rey Carlos IX ha muerto!

Dicho esto, dejó caer los dos pedazos de la vara.

—¡Viva el rey Enrique III! —gritó entonces Catalina, persignándose con piadoso reconocimiento—. ¡Viva el rey Enrique III!

Todas las voces repitieron este grito, menos la del duque Francisco.

—¡Ah, se han burlado de mí! —dijo, clavándose las uñas en el pecho.

—¡Triunfé! —exclamó Catalina—. ¡Ese odioso bearnés no reinará!

Epílogo

✦

Había transcurrido un año desde la muerte de Carlos IX y el advenimiento al trono de su sucesor. El rey Enrique III, reinando felizmente por la gracia de Dios y de su madre Catalina, había ido a una procesión celebrada en honor de Nôtre- Dame de Cléry. Marchó a pie acompañado de la reina su esposa y de toda la corte. Bien podía permitirse el rey Enrique III este pequeño pasatiempo; ninguna preocupación grave le turbaba por el momento.

El bearnés estaba en Navarra por fin y, según decían los rumores, se interesaba mucho por una hermosa muchacha de la noble familia de los Montmorency a la que llamaba la engañadora. Margarita estaba a su lado, triste y sombría, no hallando en la contemplación de las bellas montañas distracción alguna, pero sí un alivio a los dos grandes dolores de su vida: la ausencia y la muerte.

París estaba muy tranquilo y la reina madre, verdadera regente desde que su querido hijo Enrique era rey, vivía tan pronto en el Louvre como en el palacio de Soissons, situado en el lugar donde hoy se levanta el mercado de granos y del que sólo queda la elegante columna que puede verse en la actualidad.

Cierta noche se hallaba muy ocupada estudiando los astros en compañía de Renato, cuyas pequeñas traicio nes ignoró siempre y que ahora había recuperado su favor gracias al falso testimonio que tan oportunamente diera en el juicio contra Coconnas y La Mole, cuando fueron a avisarle que un hombre, al parecer portador de algún mensaje muy importante, la esperaba en el oratorio.

La reina descendió precipitadamente y se encontró con Maurevel.

—¡Está aquí! —exclamó el antiguo capitán de petarderos sin esperar, como lo exigía la etiqueta real, a que Catalina le dirigiera la palabra.

—¿Quién? —preguntó la reina madre.

—¿Quién queréis que sea, señora, sino el rey de Navarra?

—¿Aquí? —dijo Catalina— Él... aquí... Enrique... ¿Y qué viene a hacer el imprudente?

—A juzgar por las apariencias, viene a ver a la señora de Sauve nada más, pero si profundizamos más, descubriremos que a lo que viene es a conspirar contra el rey.

—¿Y cómo sabéis que está aquí?

—Ayer le vi entrar en una casa, y un momento después entró en la misma casa la señora de Sauve.

—¿Estáis seguro que era él?

—Estuve esperando hasta que salió, es decir, una buena parte de la noche. A las tres de la madrugada, los dos amantes se separaron. El rey acompañó a la dama hasta la puerta del Louvre; al llegar allí, ella entró sin que nadie la molestase, sin duda porque tienen comprado al centinela, y él se fue cantando una canción con un andar tan seguro como si estuviese en sus montañas.

—¿Y adónde se dirigió?

—A la calle de l'Arbre —Sec y, una vez en ella, a la posada de A la Belle Etoile, lugar donde se alojaban aquellos dos hechiceros que Vuestra Majestad mandó decapitar el año pasado.

—¿Por qué no vinisteis a avisarme en seguida?

—Porque aún no estaba seguro de lo que os vengo a decir.

—Mientras que ahora...

—Ahora lo estoy por completo.

—¿Le visteis?

—Perfectamente. Me había escondido en la casa de un vendedor de vinos situada enfrente de aquella en que le vi entrar el día anterior. Desde allí volví a verle entrar. Luego, como tardase la señora de Sauve, aso —mó imprudentemente la cara tras los cristales de una ventana del primer piso. Ya no tuve duda alguna. Por otra parte, la señora de Sauve llegó un momento después.

—¿Y crees que estarán allí como anoche hasta las tres de la madrugada?

—Es probable que así hagan.

—¿Dónde está la casa?

—Cérca de la Croix —des— Petits —Champs, hacia Saint— Honoré.

—Perfectamente —dijo Catalina—. ¿Conoce el señor de Sauve vuestra letra?

—No.

—Sentaos y escribid.

Maurevel obedeció y cogiendo la pluma:

—Estoy a vuestras órdenes, señora —dijo.

Catalina le dictó lo siguiente:

—«Mientras el barón de Sauve está de servicio en el Louvre, la señora baronesa se entretiene con un galán amigo suyo en una casa próxima a la Croix —des— Petits —Champs, hacia Saint— Honoré. El señor de Sauve podrá reconocer la casa por una cruz roja que estará pintada en la pared.»

—¿Algo más? —preguntó Maurevel.

—Haced una copia de esta carta —añadió Catalina. Maurevel obedeció sin replicar.

—Ahora —dijo la reina— enviad con un mensajero de confianza una de estas cartas al barón de Sauve y decidle que deje caer la otra en los pasillos del Louvre.

—No comprendo —dijo Maurevel.

Catalina se encogió de hombros.

—¿No comprendéis que se enfade un marido que recibe semejante carta?

—Me parece, señora, que en tiempos del rey de Navarra no se enfadaba.

—Quien perdona algo a un rey, no tiene por qué perdonárselo a un simple galán. Por lo demás, si él no se enfada, vos os enfadaréis por él.

—¿Yo?

—Sin duda. Lleváis cuatro hombres, seis si os hacen falta, os disfrazáis, derribáis la puerta como si fueseis los enviados del barón, sorprendéis a los amantes en pleno idilio, matáis en nombre del rey y, al día siguiente, el billete perdido en el pasillo del Louvre, encontrado por alguna persona caritativa, que ya lo habrá hecho circular, demuestra que es el marido quien se ha vengado. Sólo la casualidad ha hecho que el galán sea precisamente el rey de Navarra, pero ¿quién hubiera podido suponer que era él cuando todo el mundo lo cree en Pau?

Maurevel miró con admiración a Catalina, saludó y se fue.

Al mismo tiempo que Maurevel salía del palacio de Soissons, la señora de Sauve entraba en la casita de la Croix -des-Petits-Champs.

Enrique la esperaba y tenía ya entreabierta la puerta del piso.

Al verla subir por la escalera le preguntó:

—¿No os han seguido?

—No, al menos que yo sepa.

—Es que me parece que a mí me han seguido y no solamente esta noche, sino durante toda la tarde.

—¡Oh! ¡Dios mío! Me asustáis, señor —dijo Carlota—; si este recuerdo que tenéis para una antigua amiga fuese causa de que os aconteciera algún mal, os aseguro que no podría consolarme nunca.

—No os apuréis, amiga mía —dijo el bearnés—; tenemos tres espadas que vigilan en la sombra.

—Tres son muy pocas, señor.

—Son bastantes cuando quienes las empuñan son De Mouy, Saucourt y Barthélemy.

—¿Está en París De Mouy?

—Naturalmente.

—¿Cómo se ha atrevido a volver a la capital? ¿Tiene acaso como vos alguna pobre mujer loca de amor por él?

—No, pero tiene un enemigo cuya muerte ha jurado. Solamente el odio, querida, puede impulsarnos a hacer tantas tonterías como el amor.

—Gracias, señor.

—¡Oh! —exclamó Enrique—. No digo esto por las tonterías pasadas y por las venideras. Pero no nos entretengamos en discutir, no tenemos tiempo que perder.

—¿Seguís pensando en marcharos?

—Sí, esta misma noche.

—¿Habéis concluido de hacer los asuntos que os trajeron a París?

—Ya sabéis que vine únicamente por vos.

—¡Qué galante!

—¡Por Dios! Es la pura verdad. Pero dejemos esto, pues aún me quedan, antes de separarnos para siempre, dos o tres horas para ser feliz.

—¡Ah, señor! —replicó la dama—. Lo único eterno es mi amor.

Acababa de decir Enrique que no tenía tiempo para discutir, de modo que no discutió. Creyó lo que le decía la señora de Sauve o, escéptico como era, fingió creer.

Entre tanto, como había dicho el rey de Navarra, De Mouy y sus dos compañeros estaban escondidos en las inmediaciones de la casa.

Se había convenido que Enrique saldría a media noche en lugar de hacerlo a las tres de la madrugada. Como la víspera, irían a acompañar a la señora de Sauve hasta el Louvre y luego se trasladarían a la calle de los Cerezos donde vivía Maurevel.

Precisamente De Mouy había sabido aquel día el sitio exacto donde vivía su enemigo.

Se habían despedido de Enrique haría poco más de una hora cuando vieron aparecer a un hombre seguido a pocos pasos por otros cinco. El que venía primero se acercó a la puerta de la casita donde estaba Enrique y probó abrirla valiéndose de varias llaves.

Al ver aquella operación, De Mouy, escondido tras un saliente de la casa vecina, llegó de un solo salto hasta donde estaba el hombre y cogiéndole de un brazo le dijo:

—¡Un momento! Aquí no se puede entrar.

El hombre dio un paso hacia atrás y, al hacer este movimiento, se le cayó el sombrero.

—¡De Mouy de Saint —Phale!— exclamó.

—¡Maurevel! —rugió el hugonote levantando su espada—. Te estaba buscando, conque gracias por venir a mi encuentro.

La cólera no le turbó lo bastante como para que se olvidara de Enrique, por lo cual, antes que nada, se volvió hacia la ventana y silbó a la manera de los pastores bearneses.

—Con esto basta —le dijo a Saucourt—. ¡Ahora voy por ti, asesino! ¡Atrévete!

Y diciendo esto se lanzó contra Maurevel.

Éste había tenido tiempo de sacar una pistola del cinto.

—¡Ah! Esta vez —dijo el «asesino del rey» apun tando al joven— creo que morirás de veras.

Apretó el gatillo, pero De Mouy se inclinó hacia un lado y la bala pasó rozándole.

—Ahora me toca a mí —gritó el hugonote.

Aunque su espada fue a dar contra el cinturón de cuero de Maurevel, la estocada era tan violenta que la afilada punta atravesó el obstáculo y se hundió en la carne.

El asesino lanzó un grito salvaje, revelador de tan profundo dolor que los esbirros que le acompañaban le creyeron herido de muerte y huyeron aterrorizados hacia la calle de Saint-Honoré.

Maurevel no era valiente. Al verse abandonado por sus gentes ante un adversario como De Mouy, trató a su vez de escapar por el mismo camino que los otros gritando: «Socorro»

De Mouy, Saucourt y Barthélemy, llevados por el ardor del combate, salieron en su persecución. Cuando llegaban a la calle de Grenelle, se abrió una ventana de la casa y un hombre saltó desde el primer piso sobre la calle recién regada por la lluvia.

Aquel hombre era Enrique.

El silbido de De Mouy le había avisado el peligro y el tiro le había hecho suponer que el peligro era bastante grave. Por todo ello se sintió obligado a correr en ayuda de sus amigos.

Con audacia y valentía, se lanzó tras ellos espada en mano.

Un grito le sirvió para orientarse; provenía de la barrera de los Sargentos. Era Maurevel quien así gritaba, pues, viéndose acorralado por De Mouy pedía auxilio a sus hombres, que huían cada vez más asustados. Llegó un momento en que, para no ser herido por la espalda, Maurevel tuvo que hacer frente. Al volverse halló la espada de su enemigo, pero arremetió con la suya tan hábilmente, que consiguió atravesar la bandolera de su perseguidor. De Mouy no se amilanó y, contestando rápidamente, logró hundir de nuevo su espada en el cuerpo de Maurevel, de modo que salió un doble chorro de sangre.

¡Ya le tienes! gritó Enrique al ver la escena-. ¡Ánimo, De Mouy!

El valiente hugonote no necesitaba en verdad que nadie le alentara. Ya se disponía a arremeter nuevamente contra Maurevel, cuando éste, poniéndose la mano izquierda en la herida, emprendió una carrera a la desesperada.

—¡Mátale, mátale! —gritó el rey—. No le des tiempo a que se reúna con sus soldados, pues la rabia de unos cobardes puede acabar con la nobleza de quienes son valientes.

Maurevel, cuyos pulmones parecían ir a estallar, atosigado y jadeante, corría escupiendo sangre por la boca. De pronto cayó exhausto. En seguida se repuso y, sosteniéndose sobre una rodilla, recibió a De Mouy con la punta de la espada.

—¡Amigos, amigos! —gritó Maurevel—. No son más que dos. ¡Disparad, disparad contra ellos!... En efecto, Saucourt y Barthélemy se habían alejado por la calle de las Poleas en persecución de dos de los esbirros, y el rey y De Mouy se hallaban solos ante cuatro hombres.

—¡Fuego! —vociferaba Maurevel, mientras uno de sus soldados preparaba su mosquete.

—Sí, fuego, pero antes muere, traidor, muere, miserable —dijo De Mouy—. ¡Muere como un condenado asesino!

Y cogiendo con una mano la afilada espada de Maurevel, con la otra hundió la suya hasta la empuñadura en el pecho de su enemigo, con tanta fuerza, que le dejó clavado en el suelo.

—¡Cuidado, cuidado! —gritó Enrique.

De Mouy dio un salto hacia atrás, dejando su espada en el cuerpo de Maurevel, ya que uno de los soldados iba a disparar sobre él a quemarropa. Al mismo tiempo, Enrique atravesaba con su espada el cuerpo del soldado, que cayó junto a Maurevel con un grito.

Los otros dos se dieron a la fuga.

—¡Ven, De Mouy, ven! —exclamó Enrique—. ¡No perdamos un instante! ¡Si nos reconocieran, estaríamos perdidos!

—Esperad, señor, ¿creéis que voy a dejar mi espada en el cuerpo de ese miserable?

Se acercó a Maurevel, que yacía en apariencia muerto. Pero en el instante en que De Mouy ponía la mano en la empuñadura de su espada, que atravesaba efectivamente el cuerpo de Maurevel, éste se incorporó, armado con el mosquete que el soldado había dejado caer, y a boca de jarro disparó, matando de un balazo en el pecho a De Mouy. El joven hugonote cayó sin dar siquiera un grito. Su muerte fue instantánea. Enrique se precipitó sobre Maurevel, pero éste acababa también de morir. Su espada sólo hirió a un cadáver.

Era necesario huir. La pelea había atraído a gran número de curiosos y la ronda nocturna podía acudir. Enrique buscó entre los espectadores alguna cara conocida y encontró a maese La Hurière.

Como la escena tenía lugar al lado de la Croix-du Trahoir, es decir, frente a la calle de l'Arbre-Sec, nuestro antiguo amigo, cuyo humor ya de por sí sombrío, había empeorado singularmente desde la muerte de La Mole y de Coconnas, sus muy estimados huéspedes, había abandonado sus hornillos y sus cacerolas precisamente cuando preparaba la cena para Enrique, y acudió allí a enterarse de lo que pasaba.

—Mi querido La Hurière, os recomiendo a De Mouy, aunque me temo que poco podrá hacerse por él. Llevadle a vuestra casa y, si vive aún, no ahorréis nada para salvarlo, aquí tenéis mi bolsa. Al otro, dejadle en el arroyo para que se pudra como un perro.

—Pero ¿y vos? — dijo La Hurière.

—Yo tengo que despedirme de alguien. Dentro de diez minutos estaré en la posada. Preparad mis caballos. Enrique salió corriendo hacia la casita de la Croixdes —Petits— Champs, pero al desembocar por la calle de Grenelle se detuvo espantado.

—¿Qué ha sucedido en esta casa? —preguntó.

—¡Oh! —respondió el interrogado—. Una gran desgracia, señor. Una bella joven acaba de ser asesinada por su marido, que había recibido un anónimo advirtiéndole que su esposa estaba con su amante.

—¿Y el marido dónde está? —gritó Enrique.

—Se ha escapado.

—¿Y la mujer?

—Allí.

—¿Muerta?

—Aún no, pero no vivirá mucho.

—¡Oh! —exclamó Enrique—. ¡Traigo la desgracia conmigo!

Sin pensarlo más se precipitó hacia la casa.

La alcoba estaba llena de gente agolpada alrededor de una cama sobre la cual estaba tendida la pobre Carlota, que había recibido dos puñaladas.

Su marido, que pudo disimular sus celos contra Enrique durante dos años, había aprovechado aquella ocasión para vengarse de ella.

—¡Carlota! ¡Carlota! —exclamó Enrique, dispersando a la muchedumbre y arrodillándose junto al lecho. Carlota abrió sus hermosos ojos ya velados por la muerte, dio un grito que hizo que brotara la sangre por sus dos heridas y, haciendo un esfuerzo para incorporarse, dijo:

—¡Oh! Ya sabía que no me moriría sin volver a verte.

En efecto, como si hubiera esperado hasta aquel momento para entregar su alma a Enrique, que tanto la había amado, apoyó sus labios sobre la frente del rey de Navarra y, diciendo por última vez «te amo», cayó muerta.

Enrique no podía permanecer allí por más tiempo.

Sacó su puñal, cortó un rizo de aquellos hermosos cabellos rubios que tantas veces había acariciado recorriéndolos a todo lo largo, y salió sollozando en medio de las lamentaciones de los presentes, que no sospechaban que su llanto se sumaba a tan grandes infortunios.

—¡Amigos míos —exclamó Enrique desesperado—, todo me abandona, todo me deja, todo me falta al mismo tiempo...!

—Sí, señor —le dijo en voz baja un hombre que se había apartado del grupo de curiosos reunidos ante la casita y le había seguido—; os falta todo, pero tenéis un trono.

—¡Renato! —exclamó Enrique.

—Sí, señor. Renato que vela por vos. Ese miserable, al morir, os ha nombrado. Se sabe que os halláis en París y los arqueros os buscan. ¡Huid! ¡Huid!...

—¿Y dices que seré rey, Renato? ¡Un fugitivo!

—Mirad, señor —dijo el florentino, mostrando al rey una estrella que resplandecía entre los sombríos pliegues de un negro nubarrón—. No soy yo quien lo dice, es ella.

Enrique lanzó un suspiro y desapareció en la oscuridad.

Fin